

Régis Debray

*Una
educación
política*

**Alabados sean
nuestros señores**

del Taller de Mario Muchnik

Otros títulos
del Taller de Mario Muchnik

Kenizé Mourad
Un jardín en Badalpur

Isaac Montero
Ladrón de lunas

Antonio Pereira
Me gusta contar
Selección personal de relatos

Valerio Manfredi
El faraón del desierto

Giorgio Geddes
Nichivó
Vida y muerte en el frente de Ucrania

Margarita Candón
y Elena Bonnet
A buen entendedor...
*Diccionario de frases hechas
de la lengua española*

Lev Tolstói
Guerra y paz
*Versión integral
en una traducción definitiva*

Mario Muchnik
Lo peor no son los autores
Autobiografía editorial 1966 - 1997

En cubierta:
Che Guevara - © René Burri / Magnum
Fidel Castro - © Conchiglia / Sipa Press
François Mitterrand - © Yusuf Karsh
Foto de solapa:
© Jacques Sassier / Gallimard

Prohibida la venta en los países de América Latina

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT:

© 1996 Éditions Gallimard

© de la traducción: Francisco Castaño

© 1999 de esta edición del Taller de Mario Muchnik,
Paseo de la Castellana, 167, 28046 Madrid.

ISBN: 84-923869-3-2

Depósito legal: B. 15.354 - 1999

Título original:

Loués soient nos seigneurs

Esta edición de

Alabados sean nuestros señores

al cuidado de Ricardo di Fonzo

con la colaboración de José Luis Casares y José Luis de Hijos,
compuesta en tipos Aster de 11 puntos en el ordenador de la editorial
se terminó de imprimir en los talleres de
Romanyà/Valls, Capellades, Barcelona.
el 25 de marzo de 1999.

Impreso en España — Printed in Spain

RÉGIS DEBRAY

Alabados sean
nuestros señores

Una educación política

Traducido del francés por
Francisco Castaño



del Taller de Mario Muchnik

Alabados sean nuestros señores

-Te noto muy cambiado en política
-Directo de la ciudad- dijo el abogado.
Y reanudarás un vez.

-Tras diez le habías echado a perder,
el que solía con el amor el que había con el
poder. ¿Cuál podrá ser la razón?

-Quise la falta de una línea roja- dijo
Fabián.

-En ti, es posible. Por el contrario, yo
he pasado por cursos de manual, sin te-
ner en cuenta ni esas circunstancias. Más
fuertes que todo. En todo momento al-
gún y al momento siguiente.

Luego pasaron al ver a las circun-
stancias, a la época en la que habían ocu-
rido.

Fabián, la educación y el tiempo

—Te noto muy calmado en política.

—Efecto de la edad— dijo el abogado.

Y resumieron su vida.

Los dos la habían echado a perder, el que soñó con el amor, el que soñó con el poder. ¿Cuál podía ser la razón?

—Quizá la falta de una línea recta— dijo Frédéric.

—En ti, es posible. Por el contrario, yo he pecado por exceso de rectitud, sin tener en cuenta mil cosas secundarias, más fuertes que todo. Yo tenía demasiada lógica y tú, demasiado sentimiento.

Luego acusaron al azar, a las circunstancias, a la época en la que habían nacido.

Flaubert, *La educación sentimental*

LIBRO I

Los comandantes

1. Trascenio

La pulsión de dominio, siempre y en todas partes - La gloria - Esa generación de serie B - La hegemonía versión 1960 - El Quinto Regimiento - Una revolución demasiado mundial - Cristal de mitos, humo de utopías.

Odio la vida pública y a los políticos. Sin impedirme largos coqueteos con la calaña, esta aversión me ha eximido de los cargos corrientes, como los que aceptan los figurones. Apenas si hoy domino este odioso y pueril complejo de superioridad ("valgo mucho más que todos esos demagogos, manipuladores, matarifes, cínicos, marrulleros, acaparadores, corruptos, etc."). Lo que más temía en el griterío del foro era a los efímeros sin obra, la excitación sin mañana, a los diez pobres de espíritu que nos martirizan durante treinta años con su rostro, sus tics, el timbre de su voz, amplificadas cada día por la radio y la tele (que parecen ser su única vocación), borrándose luego como figuras de arena bajo las olas. Me pregunto ahora si no tomaba una incapacidad por una repugnancia, hasta sublimar una debilidad física en entereza. Del político, que no es un mamífero superior como los demás, sólo tenía el cerebro, poca cosa. Me faltaba lo principal: el aparato digestivo y dental (vinos de honor, banquetes, copas de comienzo de temporada, almuerzos en Lipp), los órganos de fonación (mítines, entrevistas cara a cara, cenas debate), el equilibrio hormonal (calumnias, emisiones satíricas y caricaturas), la terminación prensil ágil y mecanizable (cócteles, giras electorales, mercados), sin hablar de la memoria de los nombres, del juego de piernas, de la vigilancia diurna y nocturna, todas las cualidades innatas que una caza no vedada y abierta todo el año (régimen representativo obliga) impone al carnicero llegado (que a su vez se convierte en pieza de caza). A esos débiles pertrechos naturales injertad un resto de balbuceo infantil, una incurable inconstancia que prefiere zambullirse a nadar, un cierto gusto por lo frívolo y lo gratuito, una tendencia a la neurastenia, la necesidad de pesados sueños y tendréis, clásico cuadro, el apacible servidor de las Musas que un

carácter debilucho protege de los furores de ese Marte demócrata a los que no sobreviviría (campañas, tropas, enfrentamientos, duelos). Con el sufragio universal, para ir a la batalla y regresar hay que prestar un oído compasivo a las viejas damas, llevar su servicio semanal, practicar el puerta a puerta piso por piso porque los votos se arrancan en lo alto de las escaleras, preocuparse por las cacas de los perros, por los comedores escolares, por las pensiones de viudedad, por la recogida de basuras y, como recompensa, que en la calle le abronquen los furiosos. En resumen, pegarse al suelo, a la vida sencilla y brutal de una circunscripción, a los ciudadanos de carne y hueso. Más claramente: amar a la gente; y por tanto, tregua de hipocresía, amarse a sí mismo. Yo no tenía la fuerza. Pongamos que era misántropo. Nada peor que una ambición a la que el cuerpo se rehúsa: por lo que he sacrificado cualquier posición local –presidente de la República o de los Estados Unidos de Europa– para apuntar desde la adolescencia al imperio universal, quiero decir, lapsus, al imperio de lo Universal sobre las mentes. ¿Qué habría hecho un Elegido con un mandato electivo? (Un Elegido es un plumífero al que espera su foto en el manual de historia de los cataclismos del 2095; que ha firmado contrato con el editor aún no nacido y no tiene un minuto que perder para llegar a tiempo a la página, deslizar su cabeza en el lugar previsto para él en dicho día.)

Me preguntaréis entonces por qué, gustándome sólo la lira de Apolo, seguí los pasos de Luis Candelas. Por qué, cuando nada nos gustaba tanto, a la edad de los pantalones bombachos, como el papel biblia de la Pléiade, nos vimos en la trena a los treinta y a los cuarenta en palacio. Respuesta: lo propio de las pasiones es contradecir las vocaciones. Por voluntad y posición he buscado la verdad, es mi tropismo cerebral. El cuerpo, por su parte, quería el poder. ¿Sobre las palabras? Demasiado anodino. Todos los poderes: sobre los seres, las situaciones, las ideas, y en primer lugar sobre los propios poderosos. ¿Cómo resistir a la bestia? *Pasión* es peor que ardid, cálculo, estrategia de botica o de carrera. Es la crueldad exquisita. El juego del jugador, el alcohol del alcohólico. La fatalidad para descubrir ciertas venturas; ésta me ha reservado sólo angustias y las he cultivado. Inútil resistírsele, la *pulsión de dominio* viene de las entrañas; esa concupiscencia es una esclavitud como la otra. Por entero ligada a su presa, Fedra palidece a la vista de Hipólito y nada puede. ¿Qué puedo yo si con dieciséis años palidecía sólo con ver las *Memorias* de Churchill en un escaparate; si habiendo visto con mis propios ojos pasar a cien

metros, en el año de gracia de 1958, por la avenida Henri-Martin, al salir del instituto Janson-de-Sailly, el “Tiburón” negro de Charles de Gaulle (del que no presumiré de haber distinguido sus rasgos, aunque creyera adivinar en una décima de segundo su pesada silueta en el asiento de atrás), con dos motoristas de escolta y un coche siguiéndoles, pero sin sirena, me ha privado del sueño la noche siguiente? Perdonadme la vulgaridad; no estaba en mí, o más bien estaba en una milagrosa elevación, una ascensión a un estado superior. Fui marcado en la frente por este encuentro como por una estrella, ya que no podía tratarse de una coincidencia. Tenía diecisiete años. Este asunto de importancia se me había subido a la cabeza.

Oís aquí las burlas: “el figurón”, “otro colgado”, “el poder, realmente...” Lo que dicen de uno, lo reconozco, es siempre fantasía, y nada es más propicio al viejo juego de la vanidad que las lágrimas de los jubilados. En los asuntos públicos, ya decía el añorado François-René, “no hay nadie que haya llegado a ser durante al menos veinticuatro horas un personaje histórico y que no se crea obligado a rendir cuentas al mundo de la influencia que ha ejercido sobre el universo”. Pues bien, dejaré al vizconde por mentiroso. Mal haya de las ampulósidades melancólicas y de los melindres de autoflagelación. Cuando se toca terreno reservado, el efectismo literario debe arriar bandera. Optaré aquí por el candor, ese riesgo menor, y bien sabe Dios que existe riesgo. Él conoce el *double-bind* donde están cogidas nuestras arrepentidas altezas. Ególatras y livianos, si la abrimos; amnésicos y livianos, si la cerramos. Las buenas costumbres mandan entregar las cuentas al final del ejercicio; la cultura de flujo invita al “deslicémonos, mortales...” Avanzad alegremente sin reparar en obstáculos, se burlarán de vuestras palinodias. Volved sobre vuestras manchas de sangre, os echaréis sobre el mea culpa en lugar de haceros cortésmente olvidar. Y seréis fundidos con mantequilla rancia del terruño: elegancias, coqueterías de señorito. Ahí sacrifiqué no hace mucho más de lo que ahora me toca. Con ayuda de la edad, el brío y las piruetas me cansan tanto como a vosotros.

Peor para mí, mejor para vosotros. El examen de conciencia es un juego crepuscular donde el escrupuloso pierde todas las veces. Habría preferido estar solo en el banquillo. Detrás de mi pequeña historia, qué le vamos a hacer, no os engañéis, mi modestia debería despistaros, es al Otro, con su gran Hacha, al que se le verá el plumero: el batacazo del *sapiens sapiens* atropellado desde la edad de piedra por las relaciones de fuerzas. Y conozco la cólera de

los conciudadanos a los que una vez más voy a servir –luego, a ofender– paseando este espejo a lo largo de mis tropiezos, en los que algunos reconocerán los suyos a regañadientes. Antipatía antes o antipatía después, no hay tercer término. Enemigos, seguiréis por anticipado vuestro camino porque no corrí bajo vuestros colores. Amigos, que tanto habríais querido amarme, huiréis de mí porque me voy de la lengua. La nuestra, la suya, la tuya –“oh, desgraciado que crees que no soy tú”.

¿Por qué un buen día renunciamos a todo lo que nos hizo correr a lo largo de nuestra vida? Somos algunos millones los que huimos, a los que nos gustaría “comprender lo que nos ha pasado”. También esos deberán ir hasta el límite de lo decente, como este vuestro servidor, para arrostrar la incómoda objeción de la cincuentena a sus verdes años: “¿Por qué maleficio he vivido, sufrido y gozado por unas ideas (ansiedades o esperanzas) que no eran mi tipo? ¿Cómo mi conciencia política ha podido finalmente arrancar mi alma, zas, ida, desvanecida sin regreso? ¿Cuántos entre los contemporáneos muertos por una gran palabra, muertos para sus hijos, para sus amantes, para las acacias, para el olor de los toronjiles, para el roce de la muselina y de la seda, muertos en fin para ellos mismos, no habrían ganado más haciendo la profesión de fe de un Boris Vian posmoderno?: “¿Todo lo que no es un color ni un perfume ni una música, es una niñería?” ¡A la ladrona de sensaciones, al hada malvada, que mata en nosotros al poeta y al niño sería alentador imaginarla en cucullas detrás de una colgadura o un bastidor, a nuestra espalda, muy lejos! Sería una vez más mentirse como todos esos que ennegrecen “el rostro demoníaco del poder” y se alivian con chivos expiatorios, los ministros de paso. Sentarse en primera fila, impresionar, cambiar la opinión, dar el tono, tirar de los hilos, estar en el ajo... ¿es el atributo de los políticos? ¡Si sólo se tratara de puestos, de escarapelas y de perifollos! Pero, ay, la *libido dominandi*, como la llama san Agustín, está agazapada sólo en nosotros mismos, en el hediondo centro de un laberinto menos explorado que el de la hermanita freudiana, arrulladora de espíritu de familia y de humor (en resumidas cuentas acomodaticio) del que nuestros literatos hacen tanto caso. La pequeña sólo causa homicidios; la mayor, genocidios. Entre suicidios y crímenes pasionales, la pasión amorosa causa algunos centenares de muertes al año; entre guerras civiles e internacionales, la pasión política causa centenares de miles como media anual, decenas de millones en los tiroteos. Ahora bien, si la relación en “peligrosidad” es de uno a mil, es de mil a

uno en las bibliotecas. Conocemos mil veces mejor los resortes del “amor sexual exclusivo” que los de la adhesión exclusiva a una causa o a un jefe. ¿Y qué decir de los supervivientes? Mientras escribo esta líneas hay sobre esta tierra millones de Swann envejeciendo cuya Odette se llamó, en el Este, Stalin, Mao o Tito; en el Sur, Fidel Castro, Mobutu o Sankara y, al Oeste, Mitterrand, Sra. Thatcher o Nixon. Ningún Proust se digna ocuparse de ellos, como si la cosa pública no fuera digna de microcirujanos de la pesadumbre. Los sistemas la toman desde demasiado arriba, y los chismes desde demasiado abajo. Que me perdonen si, en el umbral de este continente más negro que la sexualidad, confieso parpadear. El miedo a lo peor.

Responsable pero no culpable. Que no cuenten conmigo para el quejica y el contrito: no fui ni estafado ni poseído. Y los compañeros han pagado los gastos del baile mientras yo ascendía de grado en mi rincón. Me cuidaré de dar golpes de pecho en los de mis señores sucesivos, *seduto e abbandonato*. Era demasiado mayor para hacerme caer a mí mismo en la trampa. La “profesión: estafador” es un empleo al alcance del primero que llega, todos los errores están de mi lado. Ni enrolado ni embaucado; una mitad de mí mismo ha engañado a la otra, voluntad de poder contra voluntad de saber. ¿Por qué entonces no culpable? Porque el *homo politicus*, que no es nuestra mejor parte, es el bípedo sin títulos ni condecoraciones, vosotros y yo, y no esa hez de descarriados que “hacen política”. “¿Todos somos judíos alemanes?” Sí, y también caudillos y Médicis. El rostro de esos testaferros tan desprestigiados es nuestro fotomatón en formato de cartel electoral, exento de los disimulos y trapacerías que nos impone el “tamaño natural”. Por muy asqueado que crea deber estar nuestro juicio sobre los jefes de clan, de Estado o de secta, ¿pensamos que esos caníbales habrían tenido semejante éxito si en primer lugar no hubieran hecho salivar a sus víctimas? El conjunto de jefes oficial es la parte emergente del iceberg. Por debajo hay cinco mil millones de cómplices, nosotros, aplastados por unos *alter ego* más afortunados. Preferimos cambiar gobernantes e ideologías. Comunista o fascista, “el pasado de una ilusión” cumple de maravilla, en el estiage de la creencia, su papel de pantalla-memoria. La crítica de nuestros más recientes *ismos* nos dispensa de escrutar el bello porvenir de las ilusiones, fruto de una infatigable y reiterada esperanza. Pronto vendrán otros delirios que no le irán en nada a la zaga a los últimos.

Excluido de las bellas letras, los dédalos del sacerdocio poético se me cerraron; pero no me imagino, cuando hemos murmu-

rado a nuestros quince años “ser Chateaubriand o nada”, que un pequeño Victor Hugo haga de chico de los recados en una papelería. Cuando un mosquetero en ciernes se ha llamado ante el espejo, cada mañana a la misma edad, “ser compañero de la Liberación o nada”, no se va a hacer diputado o senador. Aunque figure en el Anuario administrativo, Orden a la que aspiraba, con ingenio de descansillo, no es de los más representativos. El aviador ruso, el pintorzuelo diletante, el dandi opiómano, tenían más posibilidades de acceder que el presidente o el primer adjunto. No se me ocultaba que los aficionados en política acaban siendo los mejores profesionales de la Historia. Para no marrar la mayúscula sería pues un aficionado que no bromea, y trincaría, por su majestuosa desenvoltura, a los cachorros de la ENA y de la semiproporcional. *Outsider* encargado de las catástrofes es un oficio a tiempo completo. Se correspondía bastante con mis imperfecciones para que viera en ello una vocación. Sería pues, como recomendaba Lenin, un “revolucionario profesional” en tierra de misiones: el colmo del amateurismo para un político burgués. Cambié de libretto al volver a casa, diez años después, sin abandonar mi preocupación por *estar al lado*. Mi ideal: inclinar el globo sin que se me fueran los ojos tras las cantonales. Que es como decir: realizar una película sin producción ni equipo técnico. Soñé una Historia sin política, algo así como el cine sin industria del cine. Esas economías son escasas en la vida moderna: guerras civiles, cataclismos, invasiones. Esperando a que escampe –Aníbal descendiendo los Alpes, Alarico lanzándose sobre Roma, o Hitler sobre París–, el candidato avanza a la pata coja entre el escenario y las bambalinas. ¿Acaso sabemos? Yo me ejercitaba en el zigzag entre padre José y *prima donna* desde los bancos de la escuela secundaria: el primero de la clase pero tirando pelotitas a la última fila. El favorito alborotador es mejor que el murciélago. Favorito, ved mis plumas; desastre, ved mi pelo. Inatrapable. Creí sacar ventaja de estos juegos de rol. Error. Uno más uno, es entre dos. Demasiado realista para un aventurero, demasiado fantasioso para un hombre del aparato, y os veis desterrados de la carrera, confinados a las ardientes paciencias. Que no vengan a reprocharme que no he representado ningún “papel político de primera fila”, tampoco de segunda o de decimoprimer. Fingiendo comprometerse por el voto de obediencia, los hombres de gabinete tienen la eminencia gris y la notabilidad infinitamente más chusca.

El desmoronamiento del Imperio otomano dejó a Lawrence de Arabia en paro técnico; algunos hay a los que el del III Reich tampoco nos hizo un favor. Me di cuenta un poco tarde, a pesar del número de turistas alemanes en París, de que la orden había anulado el bando en 1946. ¿Así pues eso era “nada”? “Joven, baje a la tierra, no es usted ni T. E. Lawrence, ni Romain Gary, ni Jorge Semprún; tampoco se va a crear un Jean-Pierre Vernant o un François Jacob –no hay que confundirse de época ni de personaje”. Más fácil de decir que de hacer. Los contemporáneos de Luis XIV se amueblaban a lo Enrique II. ¿Quién puede vanagloriarse de ser contemporáneo de su tiempo? ¿Sin mi retrovisor, no habría terminado en el cuerpo administrativo? Los pequeños realistas que nos dan la tabarra con el eterno “¡Volved la vista al porvenir!”, ¿no estarían intentando desanimarnos de antemano? Hacer es rehacer o bien deshacerse. El anacronismo propulsa, los sincrónicos son unos enchufados. Queda que emperadores y paisanos, nuestros predecesores en la renuncia, han sido los testigos de exaltantes crueldades, mientras que las nuestras, desde 1945, fueron, al menos en Europa occidental y hasta ayer, bastantes insulsas. Nuestros Treinta Gloriosos: un fracaso para la gloria.

La gloria es menos vulgar que la celebridad; es una fama de efectos retardados, como un capullo de crisantemos plantado por un jardinero previsor al pie de una fosa recientemente removida. La gloria, en el patio de mi instituto, me la representaba como un patio de prisión a las seis de la mañana, con un paredón y el jefe del pelotón que me rinde honores antes de ordenar “¡Fuego!” Veía los doce fusiles florecer como un mes de mayo –corona póstuma y triunfal. Esta imagen piadosa, alucinación de un fanfarrón, creo que nació de dos fotos superpuestas: una, anónima, de 1944 en Francia, que mostraba a un resistente con la sonrisa en los labios, la cabeza descubierta, las manos atadas, de pie delante de una fila de soldados apuntando; la otra, de 1917 en México, firmada por Casasola, muestra la ejecución de Fortino Samano ante un muro de adobes de oscura mampostería. Con un sombrero de fieltro de ala amplia caída sobre los ojos, el puro entre los dientes, los puños en los bolsillos, arrogante y desgarrado, con un pie sobre el reborde del agujero, el anarquista lanza un rictus burlón a sus verdugos de uniforme, fuera de campo.

Poco importan los manejos con tal de que se tenga la imagen de marca. Una vez informado, parece ser que el sonriente mártir era

un miliciano ejecutado en la Liberación por crímenes de guerra, ya que, al igual que los alemanes, la milicia hacía arrodillarse a los resistentes prisioneros antes de abatirlos; y que Agustín Víctor Casasola, fundador de la primera agencia fotográfica de México, era lo bastante profesional para hacer posar al famoso Samano antes de su ejecución. La gloria con la que yo soñaba, como buen alumno (versión coloreada de Julien Sorel subiendo alegremente al patíbulo –“andar al aire libre fue para él una sensación deliciosa”–), es al colaboracionista Brasillach a quien ha ido a parar, fusilado en el fuerte de Montrouge el 6 de febrero de 1945, y no al resistente Jean Prévost con el que habría preferido mil veces identificarme, súbitamente abatido en una carretera, anónimamente, el 1 de agosto de 1944. El delicado latinista tuvo derecho al honor de una muerte de cara; el hermoso intrépido, a una ráfaga perdida. Todo pasa, pero al revés. El adolescente se ve actuar, pone la pose en el espejo que la acción viene a romper como una carcajada. Cuando eso me ha sucedido de verdad –los seis fusiles alzados a diez pasos, las manos atadas– en un patio de cuartel boliviano, al alba de un día de abril de 1967, dos días después de mi detención, ni siquiera un segundo he visto mi viñeta favorable. Ni paredón, ni cigarrillo. Unas intensas ganas de mear, los párpados mal despegados, hirsuto y titubeante. Despertado con una patada en mi jergón, un chusquero me empujó, con el cañón en la espalda, hacía un descampado y los pequeños reclutas indios que nos seguían tenían el mismo aspecto pasmado que yo (en esos casos todo el mundo duda sobre la conducta que hay que mantener). Yo me agarraba a mi sueño, buscando, aunque de pie, prolongar con los ojos cerrados un sueño interrumpido antes de tiempo. Una vuelta a la adolescencia. Era, creo, un comida campestre a la orilla de un torrente en los Pirineos, en verano, con amigos y chicas. Como mis interrogadores me habían prevenido la víspera por la noche que me mandarían al paredón sospechaba algo, sin querer comprender de qué se trataba. El sargento alineó a sus hombres, me apuntaron durante medio minuto. El “¡fuego!” no llegó, el oficial giró *in fine* los talones. Aún tenía el ánimo brumoso cuando, de vuelta a la celda, me esforzaba en reconstruir la escena confusa y demasiado rápida donde yo sólo había sido un comparsa cogido desprevenido “junto a sus pompas”. Ese simulacro de ejecución lo había vivido en el momento como unas sobras oníricas, ni pesadilla ni éxtasis. La vida no es “ajuste”; ¿por qué lo habría de ser la muerte?

Veinte años más tarde me había salvado: mi locura de grandezas no habría acabado mal. Cine, literatura, banca, industria... Gran Escritor, Gran Empresario, Gran Conciencia, Gran Alto Funcionario, Gran Manitú de la Comunicación, estos son objetivos de guerra más sensatos que Gran Timonel de las masas trabajadoras. Es la desventaja de la mitomanía política sobre la literaria, sea cual sea en ese punto tributaria de la meteorología. Así como las obras de arte crecen cuando la época mengua, así también el recorte de los acontecimientos debe ajustarse a sus dimensiones. ¿Habré hecho una elección equivocada? El período era talla muchachito. En otros, la Pasionaria en Madrid bombardeado, los procesos de Moscú, la llamada del 18 de junio, Churchill en los Comunes, Stalingrado, Buchenwald, Varsovia, Hiroshima. Sin suerte. En la Vía sagrada hubo que lanzarse con un impedimento que la guerra de Argelia y el 68 realmente no salvaron, a pesar de ciertas esperanzas: la paz civil. Predilectos de los cataclismos, nuestros mayores se llevaban la palma. Pertenezco a una generación de serie B, condenada por un blanco de la Historia al pastiche de los destinos fuera de serie que nos han precedido, arramblando con los de primera calidad y dejándonos los suplentes –subBlum, sub-de Gaulle, subMalraux, subBernanos, subCamus, subquiensea. La generación que tenía veinte años en 1930 o 1940 nos estableció las claves y los motivos; la siguiente, la mía, toca acordes simultáneamente como un oso en la partitura de los mayores. Gestionamos torpemente una cartera de clásicos inaccesibles que hemos trivializado y mitificado a la vez, de manera que, si se puede comparar al historiógrafo con el cinéfilo, de las tragedias del siglo finalmente no habríamos conocido ni la VO en blanco y negro ni el *remake* doblado en color, sino un *sketch* de circunstancias para una sala municipal de usos múltiples. Si a un político se le somete a examen, se reclama “acosado como un judío bajo la Ocupación”. Si otro pasa tres meses en prisión preventiva, evoca “la eficacia de la tortura nazi que encierra a la gente, sola”. En 1968 los CRS se habían vuelto ya SS, tres papeleras amontonadas se convertían en una barricada y una granja en Ardèche en una “base roja” o un “nuevo Yunnan”. Las revistas ilustradas denuncian cada mes un “Holocausto”, nuestros intelectuales van a pasar el Ebro en Sarajevo el fin de semana, en tanto que nosotros estigmatizamos un “Munich” de la educación esperando un “tribunal de Nuremberg” para la sangre contaminada. Hacemos frente al *apartheid* en los suburbios, entre publicistas se tratan de “colaboracionistas” y de “empleados de la *Propagandastaffel*”, mientras los más audaces “se

pasan a la resistencia”: desaconsejan un recital en un municipio de extrema derecha. Escultores de cenizas, triscadores de migas... El sueño heroico y brutal ha pasado antes nuestras narices, casi tendríamos mérito en chapucearnos una trayectoria en limpio, con las mondas. ¿Es inherente al “hijo del siglo”, sea cual sea el hijo y el siglo, ese despecho de lo sucedáneo, cuando el sol de Austerlitz ya se ha puesto y los Napoleón el Pequeño empiezan a pulular? Quizá toca a cada generación conjurar esa impresión obscena de parodia. La nuestra habrá jugado bien su partida. Nuestros jóvenes memorialistas compensan lo ordinario por el intrínquilis del asunto, las revelaciones escandalosas, los informes bajo la manga; esos taimados juegan al gran visir para deshacerse de sus rabos de cereza. Yo prefiero poner las cartas boca arriba: ni contemporáneo capital ni gran testigo, es el *verbatim* de un final de partida lo que aquí trazaré. Cuando llegué a mi siglo recogían las sillas plegables, los invitados interesantes se eclipsaban, mientras la morralla se lanzaba sobre pastelillos secos. Así pues, lo que hice, oí o vi me llevará menos que los cuentos chinos que me han empujado a sacar las narices fuera y, de vuelta a casa, a observar a mil notables morderse las pantorrillas para ocupar cien buenos puestos. Quizá todos los colegas acojonados podrán reconocerse en los cuentos de hadas que me contaba *in petto* para hacérmelo creer. Ellos también se preguntan. “¿Qué iba yo a hacer en esta galera?” Yo canturreaba “Llévame en una carabela...”, y confundí una con otra, sin pensármelo dos veces (en esos asuntos, por muy redundantes y reincidentes que sean, sólo hay primeras veces). Esta es la historia de mis carabelas. Sin esas pequeñas velas con la cruz latina infladas al viento, ¿a cuántas galeras habríamos subido?

De acuerdo, mi generación no vio humear la chimenea de Buchenwald ni tomó al asalto con veinticuatro años el ayuntamiento en agosto del 44. Los ultimitos en salir a escena, pero no nos quejemos: fue justo antes de caer el telón. Nuestros empollones tuvieron la suerte de hacer sus primeras armas en la última vertiente del cesaropapismo bizantino, cuyo desnivel comunista estuvo a punto de reconducir ayer al Occidente industrial a los tiempos benditos y pastoriles de Josué, Samuel y David. Los ministros de Dios en la tierra son, por tradición bíblica, de dos clases: los príncipes y los clérigos. Antaño, en Judea-Samaria formaban uno solo, hasta que la Cristiandad latina separara los dos reinos, tiara y diadema. Con la hoz y el martillo reinaba de nuevo en nuestras altu-

ras bibliófilas el duplicado. El que más *sabía* sobre las cosas ocultas desde la fundación del mundo era infaliblemente el que más *podía* sobre sus congéneres (hacer babear, hacer soñar, todo es uno). Lenin, Stalin, Mao, Enver Hodja y señores menores han prestado su rostro a esta monarquía mística y científica. Todos ellos, en su tierna edad, habían empezado por alinear silogismos en el papel y criticar, pluma en mano, los del vecino: bibliotecario como Mao, publicista como Lenin, profesor como Hodja. Todos hombres de letras y retoños del Libro. El proletariado había recompensado su presciencia, el Kremlin y la Ciudad Prohibida les venían a ellos como las guindas al pastel. Millares de levitas, en el Oeste, se daban por enterados. Empezando a los diez años por el latín y el griego, siguiendo a los veinte por el materialismo histórico, dialéctico a los veinticinco, un canijo estudioso se preparaba para su oficio de rey con una razonable esperanza de acabar como titán en la brecha. Hijo bastardo de Bandung y de Karl Marx, de la logorrea tercermundista y el epigrama renano, portavoz ateo de una Historia que aún no lo era, aunque escupiendo sobre el sable y el báculo, puedo decir que, hacia 1960, el dominio de las almas y de los suburbios ya no era una promesa. Funcionario en prácticas, opositor e interno: desde fuera, un vigilante de aspecto y bata grises. El dirigente interior, entre dos *in quarto*, miraba de reojo la cintura roja del planeta. Yo admitía compartir: tendría colegas en el Directorio, Oficina ejecutiva volante, políglota y rigurosa. Al revés que los cardenales del *Grand Siècle*, los estudiantes internacionalistas contemporáneos de Brigitte Bardot, de los Beatles, de las primeras teles portátiles y de los transistores llevaban la púrpura bajo el sayo (zamarra de pseudogamuza o de pana). En ese Sacro Colegio en gestación yo era uno de los más impacientes. La salida me interesaba más que el ejercicio, la lectura crítica e incluso sintomal de las Santas Escrituras. Nadie entre nosotros, dicho sea de paso, soñaba con engañar, explotar o manipular a quien sea. Se trataba más bien de inspirar, orientar, teleguiar a las “masas” que de conducir en directo, como vulgares Duce. Por eso esos sensatos jóvenes airados, futuros comisarios de los pueblos del mundo, se mostraban ya como hombres de gobierno, buscando el consentimiento y rehuyendo la violencia, despreciando a los dictadores, como todos los espíritus responsables.

Para una mejor comprensión de esta foto de clase, es necesario un poco de geohistoria. Treinta años (un suspiro, ya sé); pero entre el comunismo y nuestros hijos se ha abierto tal abismo que me siento, preguntado sobre este ayer por la tarde, como un escriba

de cancillería merovingia obligado a responder a las divertidas curiosidades de un doctor en Filosofía del MIT: “Veamos, usted que ha vivido bajo Chilperico, ¿cómo fue el final de los reyes perezosos?” Sin querer trazar aquí la compleja genealogía de Clodoveo, respondería sencillamente: “La era franca, *young man*, fue filosófica y confraternal”. Visto desde París, hacia 1960, el mundo del Este se parecía a una escuela doctoral donde diez catedráticos universitarios, uno por “país socialista”, rivalizaban en rigor para estimular, fustigar a sus doctorancillas, las poblaciones alumnas. Se trataba de quién aprobaría primero el concurso de entrada en el comunismo, desenlace último, sin posible “después”, del socialismo de Estado, estadio inferior: ¿China? ¿La URSS? ¿Albania? ¿Cuba? ¿No habían sido, acaso, engendrados mil millones de hombres nuevos por dos espíritus sistemáticos, Marx y Lenin? A sus cofrades recientemente fallecidos, los jerarcas agradecidos levantaban estatuas gigantes; rojas pancartas en las calles exaltaban en letras de oro la teoría, “gloria al marxismo-leninismo”. La vida de los pueblos, en el fondo, dejando aparte fruslerías, se resumía en una querella de escuelas, en un cuerpo a cuerpo de ismos celosos: revisionismo contra maoísmo, estalinismo contra eurocomunismo naciente, trotskismo contra estalinismo, materialismo consecuente contra humanismo burgués. Se dejaba a las *icas*, utilitarios y subalternos –estadística, informática, física, etc.– el cuidado de la intendencia; hoy es al revés. Salimos de una posguerra en la que, en los invernales sobrecalentados donde crecía el estudiante de letras, la filosofía dominaba en la cumbre. Antes fue la literatura; después serían las ciencias humanas. Más que un director espiritual, como lo era el escritor preclaro de antaño, el profesor de filosofía tenía algo de comendador *in partibus*.

Esta preeminencia dejaba al planeta como tributario de los destiladores de quintaesencias, su porvenir suspendido en nuestras retortas. La actualidad internacional, para quien sabía leer, se revelaría desde entonces como un comentario más o menos azaroso de los artículos de *La Pensée*, órgano teórico del PCF. La primacía de esta disciplina reina estaba inscrita en la constitución de los regímenes proletarios y los planes quinquenales. Siendo la primera de las asignaturas obligatorias, la filosofía se enseñaba desde la escuela primaria, condicionaba el acceso a la universidad y a las altas instancias; en Moscú como en Tirana o Hanoi, los institutos de marxismo-leninismo próximos al Comité central estaban mejor guardados de lo que lo está en París el Centro operativo de los ejércitos en el subsuelo del Ministerio de Defensa, en

el boulevard Saint Germain; la élite del pueblo se agrupaba en el Partido, destacamento avanzado del proletariado, pero la élite de la élite eran los exploradores de los arcanos de la Materia, opacos al vulgo; y los treinta y siete volúmenes de pasta verde almendra de las obras completas de Lenin tapizaban uniformemente el despacho-biblioteca de Mao Zedong, y nuestras buhardillas, como un arco de papel tendido entre la Ciudad prohibida y la Ciudad universitaria, dando fe entre nosotros de la unidad de destino. Sin duda habría mucho que decir del tan doméstico papel reservado a la filosofía, como servidora del Partido, simple prestataria de servicios. Se confundía entonces un poco demasiado la historia de los dirigentes y la de las ideas. Se trataba asimismo de reponer en su pedestal a la Teoría, cuyo abandono justamente había producido el oportunismo desnortado en el que se encenagaban esas burocracias de Estado y de partido. Tarea prioritaria, pero pelea de familia, entre especialistas. Cada sociedad tiene sus jesuitas. Así los doctores del proletariado sucedieron, en nuestras tierras, a los doctores de la República burguesa (que habían sido en su tiempo los discípulos de Comte, y más tarde de Alain), suplantando en el Este a los viejos elefantes del Kremlin. El corazón del futuro latía en nuestras personitas que, entretanto, campaban como buenas chicas en lo provisional: una sociedad de patanes a quienes no gustaba la gente de concepto, ni siquiera los de su campo. Si al menos nuestros promotores inmobiliarios hubieran tendido sobre la plaza de la Concorde una pancarta “¡Viva el liberalismo inmortal!”... Si nuestros ediles hubieran hecho flotar sobre el Arco del Triunfo un “¡Gloria a Tocqueville y a Raymond Aron!” habríamos podido discutir. No había ni materia ni lugar. Sólo he visto honrar a la filosofía con un mármol adecuado en el norte de Grecia, en la Plaza Mayor de Salónica y de cada pueblo macedonio donde se levanta, tótem municipal –en lugar de nuestro monumento a los muertos– el busto blanco de Aristóteles, el mejor hijo del país.

A este punto de historia universal se añadía, rareza en Occidente, una particularidad hexagonal: las responsabilidades cívicas del letrado o, si se prefiere, la politización de la cosa literaria. “La República de los profesores”, burlada y temida a principio de siglo, con lo que suponía, en un Jaurès o un Herriot, presidente del Consejo, de formación clásica y general, tenía desde hace cincuenta años su principal cultivo de polen en el establecimiento universitario parisino, agrupando bajo el régimen de internado cuatro o cinco promociones de alumnos de ciencias y de letras: la Escuela Normal superior. Anticipando lo macro, ese microcosmos,

había pasado, después de 1945, bajo la influencia de la extrema izquierda gracias a la influencia de un puñado de adelantados. El “socialismo científico” atraía a sus altares a un alumno de ciencias por cinco de letras (eso se comprende). Cuando me admitieron, en 1960, el Hombre nuevo tenía como gran vicario al antiguo “príncipe meapilas” del PREU de Lyon (el primero de la fila de los que van a misa), Louis Althusser. ¿Realmente se había convertido? “Si me adherí al marxismo”, dirá un día, “fue a causa de su catolicismo, pues encontré en el comunismo el mismo sentido de lo Universal. ¿Católico, qué iba a hacer en una iglesia, mientras que el Partido me reclama para la tarea concreta de la liberación de los hombres?” Cultivando el anonimato y rehuyendo a los periodistas, este recluso, al que los acontecimientos pronto jalearían, dejó que se agruparan en torno a él algunos seminaristas en busca de padre prior. No por proselitismo, por cortesía: era un manso que se protegía como podía de los tumultos exteriores, lejos de las violencias que admitía por escrito tanto más cuanto más repugnaban a su carácter. El consejo de regencia que presidía se reunía todas las semanas en el “salón de actos” (el bien nombrado, ya que la proliferación verbal cobraba para nosotros un valor de acto), o salón Cavaillès (el filósofo de las matemáticas fusilado por los alemanes). Ahí tuvo lugar el famoso seminario estratégico de 1964-65, titulado *Leer el Capital*, que poco después había de cambiar el curso del mundo, mitad capitalista, mitad revisionista; el cual, desventura de campesino, descubrió retrospectivamente, al día siguiente de mayo del 68, que su fortuna se había decidido a puerta cerrada por unos hermeneutas, en la cumbre. Pasaré aquí por encima de conceptos y derechos de autor para ir al meollo del tema: el método de dirección. Piedra angular: la escuela de formación teórica. Se abría en todas direcciones, al margen de las universidades y de las organizaciones juveniles. Con cuadernos mensuales, folletos a multcopista. El que tenía la posición justa se destinaba a la espera, demora indeterminada pero encadenamiento ineluctable, al puesto de mando. ¿Por qué? Porque sus tesis no podían ser reconocidas como rectoras y directrices por las fuerzas motrices de la lucha de clases, en conformidad con el axioma enunciado por Lenin: “El marxismo es todopoderoso porque es verdad”. De la verdad al poder, del “grupo de trabajo” al secretariado general, era todo derecho. Lo decisivo era la “hegemonía intelectual”, río arriba. Para sacarle partido en dirección sin más, y transportarse asimismo al cuartel general, había dos vías posibles en el plano táctico: influir en la línea del interior, método propio del “oposicional”, lo que lle-

vaba a apoderarse de la Unión de estudiantes comunistas, a la infiltración en el Comité central, a la persuasión individual de los dirigentes en su terreno; o provocar una escisión y volver el aparato por fuera: la “agitación de masas”. Lo que condujo a otros, hermanos enemigos de los primeros, a las puertas de las fábricas, a los Comités Vietnam de base, a la creación de nuevas uniones marxista-leninistas. Althusser soñaba con acumular los beneficios revisionistas y maoístas, dejando libertad de elección a sus discípulos del Círculo de Ulm, sin condenar ninguno.

Menciono de memoria este noviciado. Resbaló sobre mí como el agua sobre un pato. Aplaudía de lejos esas acrobacias de escuela, convencido de que jamás seguiría la rama de la Sorbona. Demasiado nebuloso y aleatorio para mi gusto. El procedimiento pecaba por defecto de sagrado, quiero decir de secreto. Abiertos como estaban al remolón, nuestros secretismos carecían de recovecos y jerarquía. Pese al esoterismos de los debates y la calidad de los oficiantes, no me parecían lo bastante reservados como para ser realmente decisivos. Sé bien que espesos anillos de silencio separan lo alto de lo bajo (los ruidosos no son nunca peligrosos). Nuestras sequías analíticas sufrían además de un falta de femenino y de húmedo, únicos fermentos fiables de sedición; un poco demasiado maleables –colores, músicas, imágenes. Y además, al contrario que mis compañeros, la Historia por poderes no me decía nada que valiera la pena: dejando demasiado espacio vacante entre terreno y libros, multiplicaban riesgos y eslabones intermedios. Actuar por tesis interpuestas era encomendarse para la ejecución a bisoños expuestos a una interpretación aproximada de los textos fundamentales, nuestras directrices indiscutibles. Ya podía el “núcleo dirigente” formar “líderes de masas”, segundo escalón en la toma de lo popular, hábiles en organizar a los autóctonos y en hablar en público; forzosamente habría pasajes vacíos, fallados entre el impulso escrito y las veleidades de la multitud. Arrojadadas al mundo, nuestras bulas sólo podían caer en manos inhábiles, incluso impías (nuestros dirigentes comunistas locales –el brazo secular de la época– que apenas si inspiraban confianza). El poder en la punta del concepto era aún, me temía, una historia en dos tiempos: cabeza y piernas, breviario y fusil. Más bien envidiaba a quienes habían mezclado en tiempo real tinta, sangre y alquitrán. Encaramado a una formidable pila de infolios, nuestro Maestro regentaba la taquilla del porvenir. Enseñaba las reglas de gramática sin preocuparse demasiado por las frases que se formaran. Marxista, Althusser ignoraba decidida-

mente la economía; cientifista, las ciencias en activo; revolucionario, las revoluciones en marcha (cuidándose mucho de ir a verlas). Quedaba lo esencial: Louis. Una bondad genial, intuitiva y afectuosa. Su pitillo en los labios, su “¿qué hay amigo mío?” que dejaba caer con una voz mal despierta al abriros la puerta, la mirada perdida, la corpulencia cansada, el fatigado *tweed*. Sus penetrantes silencios, su humor suicida. Raramente se vio en los doctores cabeza más colmada y más alerta. Ese neurótico lleno de tacto que, deslizándose hacia la psicosis, habría de estrangular a su mujer, a la que veneraba, poseía la inteligencia del corazón —el de los demás, por desgracia, que un buen pedagogo tiene como un honor preferirlo al suyo propio. Mi mentor se mató en 1980 por compañera interpuesta. La época era ya de Solzhenitsin, de los nuevos filósofos, de los *boat people*. Muchos de los candidatos a la dirección filosófica del mundo, oscuramente han rechazado —en su cuerpo— la pérdida de la hegemonía intelectual. En 1979, uno de mis amigos marxistas se tiró desde lo alto de una torre; otro, al fondo del Sena. Los menos aquejados se refugiaron en la depresión, el silencio o el Talmud. Las luchas de influencias son más graves de lo que creemos.

“El marxismo vuelve loco”, concluyó en aquel momento un exclaustro vindicativo. Así también se podía expresar un frailezuelo paseante, francotirador y partidario de hacer novillos. A la busca de un padre que pusiera manos a la obra. Una patria demasiado celeste no llena el estómago. En París, la abstracta familia de huérfanos a que me había unido al salir del instituto sólo me daba a querer grandes tíos fantasmales —Thorez, Mao, Ho Chi Minh—, cuando lo que yo buscaba eran hermanos de carne y hueso. Expatriarse para encontrar una fraternidad más que una asamblea de “queridos camaradas y amigos” es una necesidad sin edad, que no tiene mucho que ver con la bandera.

*Con el Quinto, Quinto, Quinto
Con el Quinto Regimiento
Tengo que marchar al frente
Porque quiero entrar en fuego*

*Con Líster y con Galán
El Campesino y Modesto
Con el comandante Carlos
No hay miliciano con miedo*

*Con los cuatro batallones
Que están Madrid defendiendo
Va toda la flor de España
La flor más roja del pueblo...*

La música sagrada, sin ninguna duda, ha provocado más conversiones que la teología. Como Dios por nuestras heridas, la entrega entra en nosotros por nuestros estremecimientos y *Morir en Madrid* todavía nos pone la carne de gallina. Lo sentí *in vivo* en ese verano de 1961, antes del célebre documental, algunas semanas después de bahía Cochinos, en las calles de La Habana que habían reunido a numerosos viejos republicanos españoles, entre los cuales el famoso Líster y El Campesino. Vislumbrarlos de lejos, en una tribuna, me enardecía. Con Ania Francos, que conservaba esos aires de familia en el fondo de su garganta; François Maspero, hijo de un resistente muerto deportado; Rogelio Cruz Wer, militar guatemalteco y antiguo jefe de la Seguridad de Arbenz, con quien compartía habitación en el hotel Rosita del Hornedo (el Che le había llamado para el ministerio de Industria), y algunos “rojos” españoles llegados de Moscú íbamos a lo largo del Malecón (paseo marítimo que olía a salmón y a gasolina), a unirnos a una concentración de masas en la plaza de la Revolución. Hacia el final de la mañana la brisa cálida se vuelve pegajosa, el asfalto se ablanda, y para animarse, entre soportales y buganvillas, mis camaradas en pantalón corto y mangas de camisa entonaban canciones de los años treinta. Nunca olvidé aquélla; más que *La Jeune Garde* o *Bandiera Rossa* en italiano, suena en mí como un grito de adhesión, una bandera sonora siempre alzada, cuando los soldados que arrastra tras sí, con el puño levantado, han desaparecido en el horizonte. Uniéndome a ese coro ambulante tuve la sensación de unirme a una interminable cadena de sacrificados felices, de los que las Brigadas Internacionales, antes de nuestros resistentes, habían formado el penúltimo eslabón. Esa guirnalda de trágicos gozos daba la vuelta a la tierra y a los años. Entre la Europa latina “antifascista” y la América latina “antiimperialista”, la identidad de sonidos y de colores, la presencia física de hijos y de hermanos supervivientes daban fe de que era precisamente en la Cuba de entonces donde la guerra de España y la Resistencia francesa se continuaban en ultramar, al alcance de la voz. Más aún que los relatos del derrocamiento del régimen progresista de Arbenz por la CIA y sus mercenarios en 1954, que me hacía mi compañero de habita-

ción, un guatemalteco rechoncho que sudaba desde por la mañana a gota gorda, los himnos rojos me hacían sentir la unión lírica de los tiempos. Pobres cantos culturales que, sin el brillo y los abismos de los coros cristianos, hacían a los nuevos conversos el mismo servicio: la apropiación maravillada de los santos misterios, comenzando por el que, para mi jovencísima fe, dominaba a todos los demás en esta nueva Iglesia del silencio, aunque siempre cantarina: la invencibilidad de los vencidos. Siguiendo hacia atrás el hilo de mis adhesiones tropiezo en esa dilatación vocal del cuerpo, esa *vox ecclesiae* fusionadora, esas liturgias subiendo del vientre y de nuestras fosas comunes que sumergen como un agua bautismal la vieja preocupación por uno mismo. Vine como catecúmeno, casi ateo. Como el joven Claudel, si se me permite la extravagancia, antes de estallar en sollozos ante los acentos del *Magnificat* una noche de diciembre en Notre-Dame de París. Necesité luego cuatro años de combates interiores para, aceptando plenamente su conversión, subir al altar a recibir el cuerpo de Cristo. Con perdón sea dicho, es el tiempo que necesité para, entre los que esperan en el umbral, al borde del misterio, domeñar la conmoción, sobreponerle nuestro Meccano marxista-leninista y ascender, cuatro años más tarde, hacia mi cripta tropical, dispuesto a recibir la comunión.

Venía de un país individualista, poblado de mónadas desconfiadas o guasonas. Se asociaba a las corales un ridículo de velada *scout*, incluso un relente de cantera juvenil, cuando no de grandes ceremonias a lo Nuremberg. En mi infancia formé parte de los Pequeños Cantores de la Cruz de Madera; la primera muda me había cambiado la voz, y al perder de vista a Dios, a los quince años, había roto con las salmodias y las lecturas colectivas en voz alta. Los militantes de extrema izquierda se reunían más que los demás, en el café, en la célula, en la habitación, pero en las manifestaciones y los mítines, discursivos y didácticos, *La Internacional* sólo estallaba al final de la carrera, en la desbandada. Mojigata o púdica, esta contrasociedad no tenía ni toque de muertos ni salmo. Un único ritual de retorno: la desangelada “entrega de carnet”. En esos reductos racionalistas, lejos de la cálida oralidad de los pueblos del Sur, y donde se mantenía que la teoría debe preceder y fundar a la práctica, las palabras escritas estaban obligadas a actuar directamente sobre las almas, sin pasar por los cuerpos; analíticamente, distributivamente, sin integración litúrgica del neófito. La política y la izquierda en Francia ponían en pie un teatro de texto, no de posesión escénica y menos

aún cantada. Es en Venezuela, en 1963, en la guerrilla de Falcón, donde por primera vez me di cuenta en detrimento mío la amplitud de mis carencias himnicas. Una noche, alrededor de un fuego de campamento, los guerrilleros se pusieron a cantar, alternando entre ellos cantos folclóricos del país; Douglas Bravo se volvió hacia mí y me pidió que cantara algunas canciones de Francia, especialmente del movimiento obrero. Me quedé cortado y ruborizado. *Alouette, gentille alouette* vino a socorrerme, sin relación con el asunto; enlacé con un *Canto de partisanos* bastante lamentable, y acabé en la primera estrofa de *La Marsellesa*. Me dio vergüenza; no por no conocer de memoria las siguientes, sino por tener que recurrir, para salir del paso, a esa tabarra eminentemente burguesa, aunque marcial y con un texto bastante sanguinario (ya demasiado para las sensibilidades de hoy). Con su vasto repertorio y su voz estentórea, Bernard Kouchner habría superado el reto cien veces mejor. Entre los estudiantes comunistas era nuestro tenor. Le felicitaba a menudo por su oído y su memoria, sin saber que era, en primer lugar, un asunto de corazón y de piernas, y que los hombres de acción son gente de ritmo y de cadencia. ¿No hablan acaso los liturgistas cristianos de sus “acciones de canto”? El canto acerca a Dios y se canta como se reza: con el cuerpo.

¿Como arranque de un “compromiso ideológico”, vagas ondas luminosas y sonoras? Era vaporoso y escaso, pero suficiente. Esos castillos en el aire hubo que cubrirlos, decencia obliga, con una ganga de madera. En lugar de canciones o de pinturas tuve, de vuelta en Francia, unas intervenciones estiradas en tres puntos de nuestros círculos de estudio. Esas sacudidas nerviosas se volvían así portátiles y manejables para otros que no las habían experimentado. Sacrificándola al decoro, como buen lógico del estremecimiento, exportaba la emoción como dialéctica, lo que ya era mentir. Traduciendo la efervescencia a especulación (lo que los dirigentes cubanos hacían al mismo tiempo por cuenta propia, vía la vulgata moscovita), se desfiguraba —*traduttore traditore*— como episodio de lucha de clases internacional una aventura patriótica que únicamente debía su anclaje a ese “Patria o Muerte” que enardecía a los sin patria. El vestir parisino pecaba por exceso de galas sabias, cuando lo razonable, creo, habría sido dejar a su ingenuidad bruta, a su tropicalismo intransferible, esa famosa “fiesta cubana”. Se la habría ayudado mejor haciendo eso, a permanecer *en* o a volver *a* la tierra.

Bajo ese nimbo rojo y negro, *la* revolución, el militante se amañaba ante sí mismo un batiburrillo de cromos llegados de todas partes, parecido a esos collages de fotos sobre las chimeneas. Mi colcha de retazos interior me cuidaba mucho de exponerla; yuxtaponía daguerrotipos militares de las barricadas de 1848 en París y clichés de bonzos en llamas en las calles de Saigón en 1961, pasando por los iconos de Blanqui, Lenin, Rosa Luxemburgo, Bolívar, Victor Serge, Zapata, Beloyannis, Jean Moulin y Ho Chi Minh. Emblemas mal avenidos pero bien juntos por un idioma estándar, que cumpliría el mismo papel federador que el latín de iglesia para el mosaico de feudos medievales, o que el árabe clásico, un lenguaje de verdad, para el Islam de hoy. En efecto, tenía el privilegio de ser hablado de Hanoi a Caracas pasando por Roma y Brazzaville, unificando en la ilusión de un destino compartido la diáspora multilingüe de los creyentes: el “marxismos-leninismo”. Seguí practicando esta lengua muerta mucho después de haber perdido la fe, incluso para explicar la necesidad de salir de ella. Nuestros léxicos son signos de pertenencia, y a veces de llamadas de socorro; no se elige conscientemente un vocabulario para explicar mejor ciertas cosas sino para conservar cierto compañerismo cuya nostalgia nos laceraba, a riesgo de sacrificar la comprensión de nuestro universo, que requeriría herramientas de comprensión más contemporáneas o mejor adaptadas a la proximidad alucinatoria de los suyos o, más bien, de los que, convertidos en extraños, nos negamos a abandonar pese a los desacuerdos. Hablé “marxiano” una veintena de años, libre de utilizar una lengua de la cabeza para satisfacer a un corazón que no quería divorciarse de los *militantes*, esa comunidad espectral que, en Francia, ya sólo malvive bajo el cráneo de algunos coroneles Chabert del progresismo, calvos y graznando. Lo más gracioso es que ese sánscrito en desuso, en una dependencia ya emancipada de sus fuentes universitarias decimonónicas, privaba al oficiante de toda repercusión y en primer lugar en el ánimo de los neófitos de los que quería hacerse oír —empecinamiento léxico que precipita el fin de la especie amenazada que él quería conjurar adheriéndose a su jerga.

Como un barniz o una laca, pero sin el sabor de la gelatina en el estofado de ternera, ese medio tan poco jugoso enmascaraba lo heteróclito de los materiales de desecho utilizados con fines de edificación. Tomados de sólidas tradiciones nacionales, esos fragmentos de Historia, arrancados a su mantillo, se convertían en cojitranco si no eran falseados. Así es como se acaba por hacer crecer, a partir de raíces naturales, una planta artificial: *la* Revo-

lución. Tan majestuosa como evanescente, la idea planetario-platónica (fruto de una inversión realmente especulativa entre un calificativo y un sustantivo) seguía planeando sobre sus epifanías localmente decepcionantes –Argelia, Vietnam, Cuba, Guinea, etcétera– como un hecho de imaginación global. La cristiandad también había sido otro, y, a menor escala, cualquier país lo sigue siendo mientras Dios le preste vida. ¿Qué es una nación sino una comunidad de sonidos y de imágenes, unos y otras uniendo a individuos que se ignoran físicamente? La revolución mundial abarcaba demasiado para apretar mucho, al menos en la duración, que es en esas materias la única prueba que vale. La *cubanidad*, la *francidad* o la *italianità* tienen una larga esperanza de vida. Sus ismos se han cuarteado, barniz demasiado barato.

Por muy filósofo que fuese de formación, nunca he sido sensible a las utopías. Si por esa palabra se entiende, con Georges Sorel, un constructo intelectual más o menos arbitrario salido del cerebro de un individuo y por *mito* la expresión de una fuerza instintiva, colectiva y afectiva; la revolución respondía más a lo segundo que a lo primero. Extrañamente, emanaba de un claroscuro más dinámico y coloreado pero menos definible que el comunismo, casi más envidiable que su promesa de una sociedad buena, como si no fuera necesario creer en la sociedad sin clases para armar la de San Quintín. A ese desorden justiciero, los maestros en imágenes me han conducido con más seguridad que los maestros en el pensar, que sólo me han servido para moler en conceptos el grano de las proyecciones. El cine, la fotografía y la novela han forjado mis certezas, que la lectura de los teóricos justificaba a medida, y mis años combativos deben más a Joris Ivens o a Chris Marker, los documentalistas de la ilusión lírica, que a Bachelard, Canguilhem y el propio Althusser, como si los primeros no dejaran de coser con una mano la continuidad épica que la “ruptura epistemológica”, que los filósofos enseñaban, desgarrara con la otra. En realidad las ficciones podían más, como fuerza de choque, que los documentales, y mucho más profundamente que con Lenin o Mao, Rosa Luxemburgo o Maurice Thorez, figurillas edificantes, me identificaba, a la chita callando, sin querer confesármelo, con Gary Cooper en *Por quién doblan las campanas*, y con Gian Maria Volonté en *Il terrorista*. Eisenstein y Dovjenko me parecían frente a ellos pomposos y monumentales. Si esos gigantes lejanos hacían relucir en la pantalla el fabuloso tiempo de los co-

mienzos, realmente no me lo hacían tocar con los dedos. Las guerras secretas o perdidas, los héroes disfrazados detrás de las líneas enemigas o errantes a la buena de Dios en una ciudad ocupada, las desesperaciones susurradas y sin testigos me conmovían más que la pompa de las muchedumbres subiendo la gran escalera del Palacio de Invierno o bajando la de Odessa, epopeyas debidamente acuñadas. Por más que la edad y la calma reinante hayan descolorido los encantos del celuloide, el tedio que inspiran los “proyectos de sociedad” en el papel jamás me ha abandonado.

Habiendo ayudado al traspaso el género femenino, mi pulsión mítica tenía más tarde, pendiente fatal, que remitirse a *la* revolución en Francia. Pues el mito es mujer y la egeria en la barricada –*La Libertad conduciendo al pueblo*– puede servir de insignia medianera entre los dos polos de nuestro imaginario llamamiento, las dos figuras de la idea democrática moderna, la nacional y la internacional. Traspaso que se ha llevado a cabo al término de una transición graduada, incluso retrógrada, que conduce, si uno quiere burlarse, de la Pasionaria a Juana de Arco pasando por la gaulliana princesa de los cuentos, la vivandera-egeria de 1830, Casque d’Or y Louise Michel. Se puede acaso describir con las mismas palabras las dos alegorías: *Es una mujer fuerte de pechos poderosos / De voz ronca y duros encantos / Y con el fuego en las pupilas...* El proletariado de Marx no es más que un concepto masculino; el pueblo de Delacroix, una imagen carnal que, como todo cuerpo de mujer, encarna para el inconsciente masculino el puerto y el mar, la amarra y la partida... Una de mis mayores dichas fue haber llevado un día de verano, en 1975, a Joan Baez a cantar para Dolores Ibárruri (de vacaciones en el Midi) en una terraza dominando el Mediterráneo, cerca de Mougins. La primera, pacifista, tenía treinta años; la segunda, comunista, ochenta. Tan intensas la una como la otra, esas dos nobles damas se entendieron de maravilla; y verlas juntas, separadas por el idioma, las ideas generales y medio siglo, entonar al unísono *La flor más roja del pueblo*, me ofreció el mejor ejemplo de reconciliación posible entre el rojo y el verde. América y España superpuestas, mientras dura una puesta de sol, en lo que cada una tenía de más singular, el idealismo moral y el heroísmo caballeresco, dieron esa tarde –tan rara sorpresa en casa– un rostro a la Francia radiante y cyranesca con la que todavía sueño.

No ignoro a qué peligros expone la vulnerabilidad a las mitologías. El Partido, el ejército, la Iglesia, esas flores carnívoras acechan en la esquina al majadero que se encapricha con imágenes de Épinal. Esas comunidades hechas de rituales, de insignias y de énfasis tienen leyendas en reserva para seducir a los huérfanos de lo maravilloso. Si pude, racionalista pese a todo, no perder la cabeza ni caer en la red fue, me temo, independientemente de mi voluntad. Digan lo que digan, en francés, *la* juventud y *el* pueblo, los mitos fascistas son agresivamente machos mientras que los mitos de izquierda conservan una dulzura completamente femenina, menos peligrosa. A lo que se añadió un puñetero sentido de lo real que me llevó, quisiera o no, a buscar lo exacto o lo trivial, el detalle que desinfla instantáneamente la escenografía de éxito. La toma de la Bastilla, más visceralmente que la toma del cuartel Moncada por Fidel Castro en 1953, el cromó nacional aún me hace estremecer, mientras un genio malo me susurra al oído que el pueblo de París liberó ese día a cuatro falsarios, dos locos y un jugador endeudado.

Aunque fuera el tiempo en el que la teoría vestía las convicciones de teoremas, y nuestras presunciones de previsiones, nunca habría podido seguir el canon de la razón razonante; necesitaba un fondo melódico y un picor en la nariz. No era quizá la peor manera de avanzar en lo incierto. “La miseria cargada con una idea”, decía Victor Hugo, “es el más temible de los artefactos revolucionarios”. De acuerdo. Pero una idea sin aroma, una línea justa sin canción ni película ni cuadro es como un regimiento sin bandera o un cerebro sin corazón: puro ectoplasma.

Primero de mayo: desfiles, mítines, exequias, conmemoraciones y traslado de cenizas (como las de Jean Moulin al Panteón, con Malraux como bardo salmodiando ante su Carlomagno, menhir caqui azotado por el cierzo): en 1965 todo le llegaba junto al solitario, la compañía y las certidumbres. Formar cuerpo, ser la alegría, era todo uno. Lo gregario y lo hormonal, doble palanca de nuestras incorporaciones, a los pensadores de la militancia les traían sin cuidado. En nuestro claustro librepensador, en la calle Ulm, donde se le miraba desde arriba, los más marxistas no veían en el folclore de los “países socialistas” (los ceremoniales gaullistas, a domicilio, no merecían ni mirada ni comentario), en el erotismo de masas de las oriflamas y los cantos, de los uniformes y los retratos gigantes, más que mojigangas decorativas, secuelas de una enfermedad infantil que pasaría rápido, el “culto a la personalidad”. Beaterías residuales, simples accesorios de escena, que ocultaban el hueso duro: lucha de clases, dictadura del proletariado, planificación. Contrariamen-

te a esos sabios, ingenuos de serlo demasiado, se nos ha revelado claramente que la intrusión del cientifismo en las viejas religiones de la salvación no suponía ruptura con el antiguo fondo de creencias humanas; y era mejor, en cierto sentido. Reflejo de activista, lo admito, que habrían recusado la mayor parte de nuestros teóricos que, por muy movilizados que estuvieran, no juzgaban en dinámico, sino por división estática de las sustancias. No alcanzaban a comprender el impulso vital, y por tanto el cuerpo y la estética. La Sorbona estaba por el antecedente de la Idea sobre la materia y la Razón sobre las pulsiones. Desde el español García Lorca al turco Nazim Hikmet, los poetas, hombres de corazón y de cadencia, sienten mejor a los combatientes que los hombres de ideas, aunque estén “en la izquierda”, como lo muestra la guerra de España donde incluso un filósofo como Miguel de Unamuno supo morir como poeta. Y la Resistencia francesa, donde los poetas salvaron el honor de las letras mucho mejor que los ensayistas y los novelistas. Quizá, mejor cortados para la idolatría, los que hacen pasar la moral por la física eran más aptos para el don gratuito de uno mismo, con un derroche incalculable de energía. Profesionalmente hablando, la psicosis amorosa es el fuerte de los artistas y la debilidad de los universitarios. No es que los “intelectuales” no se enamoren como todo el mundo, sino que están más inclinados a la reclusión. Entre los que tomaron partido por la Unión Soviética, por ejemplo, ¿cuántos no tenían una dulcinea rusa (de D’Astier a Vernant pasando por Aragon)? Se decía: “el régimen de sus ideas”, y era la mujer de su vida. Una militancia de cabeza –digamos: André Gide– no pega con la piel. De ahí la sinrazón del razonador cuando lanza pullas contra “los filósofos que se pierden en abstracciones confusas”. Mis abstracciones no tenían nada de confuso; mis humos, nada de abstracto. En lo abstracto, todo estaba limpio y claro, en el ángulo derecho. ¿El imperialismo? “El estadio superior del capitalismo monopolista de Estado...” Definiciones categóricas que se fueron más tarde en humo, mientras que las volutas del Quinto Regimiento no han cambiado de sitio. Me martillean la nuca despiadadamente. Así han cambiado, en algunos decenios, humo y cristal. Sin duda las había distribuido mal al comienzo, atribuyendo a frágiles construcciones lógicas una perennidad de sensación. Lo que yo tomaba por una poesía de complemento era nuestra prosa, nuestro sustrato. Comprendo a los profesores, llevados por su oficio a poner el carro delante de los bueyes: las razones no enseñan mejor que las emociones. Se puede dar una clase de moral o de economía política, no de flechazo, de sueño o de cólera. “Las co-

sas que pueden ser enseñadas”, dice el precepto tao, “no merecen ser aprendidas”. Nuestros amores y nuestros cineclubs, ¿no han servido acaso infinitamente mejor a la causa que nuestras escuelas de mandos?

Este relato comienza a finales de 1965. Nacer a la Historia veinticinco años después del nacimiento dispensa de tener que extenderse sobre el feto que fuimos antes. Esperé a esa edad para ser iniciado, introducido en mi *gotha* de fusileros, del otro lado del iconostasio que separaba a los fieles de los verdugos y mártires. Saliendo del comentario de las cosas adversas, el amargo destino de los profanos, fui al fin puesto en la confidencia de los asuntos en preparación, justamente bautizada “secreto de los dioses”. Con la única fe de un texto excesivamente prosaico –“El castrismo o la Larga Marcha de América Latina”– publicado algunos meses antes en francés en la revista de Jean-Paul Sartre, Fidel Castro, semiidió en activo, me mandó llamar. Por un telegrama transmitido vía su embajador en Francia, me reclamaba como su invitado personal en la Conferencia tricontinental que iba a inaugurarse inmediatamente en La Habana durante el período de fiestas.

Hasta esa tarde de diciembre, en la que soplaban un cierzo glacial en las calles vacías de Nancy, cuando el hostelero me entregó aquel pliego de papel azul en una habitación mal caldeada en la que preparaba la clase del día siguiente sobre las cuatro figuras del silogismo en la lógica formal, yo sólo había estado en el segundo anfiteatro, comiéndome con los ojos a los jefes, bebiéndome sus palabras, devorando el programa, meditando cada silencio. Un año y medio en América Latina, desde 1963 a 1964, a pie, en mula, en camión, en prisión y en tren. Seis meses en Cuba, en 1961, en el patio de butacas, de frente, pero sin acceder al altar mayor. Esta vez tenía salvoconducto, un azul caído de los telares. En este Odeón conspirador donde la entrada entre bastidores equivalía a la integración en la compañía, el “ojo del Príncipe” no estaba situado, como en el teatro a la italiana, frente al escenario, en el eje mediano del patio de butacas, en medio de los asistentes. La cima de las perspectivas campeaba detrás del escenario, lejos de las miradas, en el envés del decorado, en alguna parte entre las pasarelas de servicio y las remesas de accesorios. Hacia ese punto omega me dirigía, si se puede decir que una mariposa nocturna “se dirige” hacia la bombilla.

2. Alistamiento

El año 1965 - La imposible memoria política - Los peligros del transporte aéreo - Lujos imprevistos - El entrenamiento - La exclusiva fraternidad del secreto - Una redundancia: el "comunismo de guerra" - Entre Victor Serge y Richard Sorge - Respuesta al fiscal - El reto progresista - No éramos lo que creíais.

El *deus ex machina* telegráfico puso fin a una exaltante elevación de espíritu: las municipales en marzo, las senatoriales en septiembre. En diciembre las presidenciales.

Así se escribía, en ese año de 1965, la historia de Francia. Fútiles efemérides. Acordaos de lo olvidable.

Socialistas y comunistas firmaron un acuerdo de frente popular en el Sena. A la pregunta de un periodista: “¿Cómo se encuentra usted?”, de Gaulle responde: “No estoy mal, pero tranquilícese, no dejaré de morirme”. Gaston Defferre domina en Marsella; lanza el proyecto de “Federación demócrata y socialista”. *L'Humanité* denuncia el deslizamiento a la derecha. El Consejo permanente del episcopado echa una bronca al semanario *Testimonio cristiano* por haber publicado el artículo “Cristianos y marxistas hablan de Dios”. François Mitterrand llama a los franceses “a unirse al combate por una nueva esperanza”. “Contra el régimen del poder personal”, añade, “hay que recrear la República de los ciudadanos”. “Italianos” y “chinos” son apartados de todos los puestos importantes en la Unión de estudiantes comunistas. El consejo nacional del PSU, sin entusiasmo, se pronuncia a favor del apoyo a Mitterrand. El 29 de octubre, hacia las doce treinta, delante de la Brasserie Lipp, en el boulevard Saint-Germain, dos hombres portadores de carnets de policía invitan a Mehdi Ben Barka, líder de la oposición marroquí y uno de los jefes de fila del Tercer mundo, a subir a un coche. El 4 de noviembre de Gaulle anuncia su candidatura en la televisión: “Si la adhesión franca y masiva de los ciudadanos me compromete a seguir en funciones, entonces el porvenir de la nueva República estará decididamente asegurado”. Es la primera campaña televisada. Pierre Viansson-Ponté, en *Le Monde*, observa que “los actores deben apostar fuerte para pasar la rampa. Ya que

en los mítines y manifestaciones sólo se reúnen los militantes ya conquistados, hay que atraer a los indecisos y los tibios". El 3 de diciembre, en la primera vuelta, de Gaulle es obligado a ir a una segunda. Cambia de estilo y decide utilizar su turno de palabra. El 19 es reelegido con el 54,5 por ciento de los votos emitidos.

¿Añagazas ridículas? Qué más da, si ya no es ahí, en el Oeste donde *eso sucede*. Pobres compatriotas, zulúes que blandís vuestras urnas como fetiches sin sospechar que las cosas serias se llevan a cabo a vuestras espaldas. El movimiento que pasa por el Sur, eso es lo que importa. Esta vez será la buena. Ya era hora: 1917, Lenin y Trotski, revolcón; 1945: segunda oportunidad perdida, estalinismo y telón de acero. Dialécticamente, a la tercera va la vencida. ¿Hasta dónde irá la escalada americana en Vietnam, "centro de lucha mundial entre revolución y contrarrevolución"? Hasta el "Apocalypse now". Nuestro tiempo es el de la revolución, el capitalismo está copado, los abandonistas no cambiarán nada. Las naciones proletarias del Tercer mundo han retomado la antorcha de las manos de un Occidente extenuado o comprado. Un Diên Biên Phu planetario se prepara a lo lejos: los burgueses en la taza del water y decenas de millones de ritsos a cubierto en la selva, llevando la artillería a mano. "Esperamos la guerra", declara Chu En-lai al pasar por Argel. "Estamos convencidos de que Estados Unidos va a bombardear China y sean cuales sean los sacrificios que tengamos que soportar seguimos convencidos de que el imperialismo americano será aplastado, al igual que aplastasteis el imperialismo francés".

El último vals no tendrá nada de una cena de gala. Herido, el tigre de dientes atómicos aún puede morder hasta hacer sangre. Quienientos mil comunistas muertos en Indonesia, en un silencio cómplice. Todavía más numerosos, los primeros soldados desembarcan en Vietnam del Sur, donde se desarrolla el ensayo general -Johnson anuncia muchos más. Un cuerpo expedicionario americano ha ocupado igualmente Santo Domingo en abril, para aplastar un levantamiento popular espontáneo que se reconoce en Francisco Camaño. De Gaulle es el único en Occidente que ha condenado la agresión americana, ¿pero qué puede un país capitalista contra la lógica del capitalismo, una burguesía nacional contra la burguesía mundial? Malcolm X, al regreso de La Meca, ha sido asesinado por el poder blanco (y no por decisión de Elijah Muhammad, con su delfín Louis Farrakhan y los dirigentes de la Nación Islámica). Fue en pleno Harlem, un 21 de febrero. Otro duro golpe. Pero los Black Muslims, confío, no irán a la desbandada por algo así (han anunciado el fin del mundo para 1975). Por otra parte,

Cassius Clay ha vencido a Liston con los puños, en Louisville, Kentucky: un tío Tom cede el ring a un negro concienciado.

Cuando Ben Barka fue asesinado en los alrededores de París acababa de presidir, como jefe del Comité preparatorio (CPI) de la Tricontinental, la postrera reunión de puesta a punto en El Cairo, en septiembre. Las “tres A”, la Conferencia de los tres continentes –llamada oficialmente de “solidaridad de los pueblos de África, Asia y América Latina”– es la heredera de Bandung, que había sancionado en 1955 el final de los imperios coloniales y contemplado la entrada en la Historia de mil millones de chinos. En 1965, el progreso con respecto al afroasiatismo de los orígenes tiene que ver con la irrupción en escena de América Latina, vía la revolución cubana. Tal como se lo hacía ver el marroquí a un escéptico, al pasar por Praga: “La Tricontinental será un acontecimiento histórico por su composición ya que las dos corrientes de la revolución mundial estarán aquí representadas: la corriente que surgió con la revolución de Octubre y la de la revolución nacional liberadora”. Estarán presentes en La Habana la URSS, China, Indonesia, India, Japón, el FNL del Vietnam del Sur, la RAU, Guinea, Argelia, Ghana, Tanzania, el ANC de Sudáfrica, el Movimiento de liberación nacional de México, el FRAP chileno, el FAR (Fuerzas Armadas Rebeldes) de Guatemala, el FLN de Venezuela. El comité, que permitía la coexistencia de los representantes oficiales de los países comunistas y neutralistas y los delegados de las organizaciones revolucionarias, ha exhortado a “la constitución de comités nacionales que habrían de ser el germen de los frentes populares unidos antiimperialistas en cada país”. La escisión del campo socialista ha estado a punto de abortarlo todo (ni China ni la URSS podían correr el riesgo de dejar el Tercer mundo al otro). Había sido necesaria la astucia procedimental de Ben Barka para salir del callejón sin salida: este último tuvo la idea de un comité dentro del comité, que hizo enrocarse a Cuba y Venezuela, cuestión de desarmar a la delegación china que ve en Cuba un punto de apoyo del bloque soviético. Así pues, es la troika Vietnam-FLN venezolano-Argelia la que lanza desde El Cairo la llamada: “Nosotros, los pueblos del mundo”. Convocatoria planetaria que Ben Barka redactó, él solo, en una esquina de la mesa y ratificada al alba en un salón del hotel por tres delegados felices de poder irse a dormir, siendo uno de ellos mi compañero Oswaldo por Venezuela.

Ya no es momento del “neutralismo positivo” de 1955 sino el del asalto frontal. Nasser unifica el mundo árabe, Ben Bella convierte a Argelia en la base de retaguardia de los exiliados futuros,

donde se organizan los jóvenes Nelson Mandela (ANC), Abou Jihad (Palestina), Marcelino de Santos (FRELIMO) y algunas decenas más. El Che pasó, en febrero, por el seminario afroasiático, para decirle públicamente cuatro verdades a la Unión Soviética: si la palabra comunismo tiene un sentido, dijo en resumen, los ricos deben compartir, y el campo socialista financiar la revolución del Tercer mundo. Todavía se busca el panafricanismo en Accra, detrás de Nkrumah, pero la unidad africana avanza. El Magreb estará pronto unificado gracias al contagio del socialismo, y ese feudal de Hassan II saltará dentro de poco como un tapón. "África es la América Latina de Europa", hacía notar el propio Ben Barka. El Che la considera aún más madura para el salto decisivo que su continente de origen. En el Congo-Kinshasa, donde los paracaidistas belgas acaban de reconquistar Stanleyville, el fantoche de Tshombé ve levantarse contra él un nuevo Consejo ejecutivo revolucionario dirigido por Gaston Soumialot. Se empieza a hablar de un tal Mobutu. En julio, el Che desembarca en Tanzania con ciento treinta y seis oficiales cubanos, cinco de ellos blancos. Amílcar Cabral, a la cabeza del PAIGC, ha liberado la mitad de Guinea-Bissau; Agostinho de Neto y el MPLA se imponen en Angola, Mozambique también toma las armas. En Guatemala, el Movimiento revolucionario 13 de Noviembre (MR 13) ha abierto un *foco* en la Sierra de las Minas; el FLN de Venezuela tiene tres en plena actividad y, en Cuba, Luben Petkoff adiestra a un centenar de hombres: el desembarco con una quincena de oficiales cubanos está previsto para principios de 1966. En Perú un comunicado militar, el 24 de octubre, ha anunciado la muerte de Luis de la Puente Uceda, jefe del MIR (Movimiento de la izquierda revolucionaria); Héctor Béjar ha tomado enseguida el relevo. En Bolivia, César Lora, secretario general del POR trotskista, fue muerto por el ejército en la mina Siglo XX; las milicias de mineros armados se movilizaron como respuesta y ocuparon la estación de radio. En Brasil, Francisco Julião organiza a los campesinos del azúcar del nordeste. En París (ediciones Maspero, La Joie de Lire, calle Saint-Séverin, 40, 75005, ODÉ68-02), *Partisans*, revista bimensual (3,90 francos), llega a su número 18. En él se pueden leer textos de Maxime Rodinson, Adolfo Gilly, Pierre Vidal-Nacquet, Paul Barn (*¿Qué es un intelectual?*), Võ Nguyên Giáp, Bertolt Brecht, Frantz Fanon y Gérard Chaliand. Menos mal que Maspero está ahí para hacer lo que incumbiría al PCF, si este último aún fuera una fuerza revolucionaria. Y que hay cineastas para ver y hacer ver: *Prima della rivoluzione* de Bernardo

Bertolucci, *Los puños en el bolsillo* de Marco Bellochio, *Pierrot le Fou* de Jean-Luc Godard.

La orden del día de los estados generales donde se darán cita los dos tercios de la humanidad no podía adolecer de ambigüedad, pese a ciertas dificultades tácticas. Sería preciso neutralizar a la vez el formidable chovinismo chino, impidiéndole dividir por todas partes a las fuerzas vivas y utilizar a propósito el arsenal de los revisionistas sin ceder a las sirenas de la coexistencia pacífica. La URSS ya sólo piensa en la carrera hacia la Luna, lanzada por Gagarin y en la que tiene todas las posibilidades de llegar primero. Se duerme, ronronea, pero produce con qué pelear. Tras tantos sufrimientos, el mujik tiene perfecto derecho a respirar un poco y a comer su gulasch en paz. Pero como esta retaguardia bien cebada teme las grandes sacudidas habrá que forzarle la mano, sin romper abiertamente.

En el fondo de los Urales un "poeta del acero" trabaja para los olvidados de la distensión: el *tovarich* Mijaíl Kalachnikov. En las fábricas de Kíev construye el mejor fusil del mundo, el AK-47. Esa joya barata bien vale algunas amabilidades. Con su cargador de treinta balas, su cañón corto, su resistencia al agua, su fiable simplicidad, supera al AR-15 y al M-16 americanos, inútilmente sofisticados, encasquillándose por nada y cuyo cañón se calienta demasiado. Delicadas vietnamitas de diecisiete años, entre dos partidas de cartas, lo utilizan como ametralladora para abatir en pleno vuelo a los cazabombarderos F-14 plagados de electrónica. Nuestra honda apunta cada vez más certeramente, los días de Goliath están contados.

La limpieza llevará diez o veinte años. Después de eso, hacia el año 2000 velaremos por la educación de las nuevas generaciones. El socialismo triunfante concederá al hombre antiguo algunos parques protegidos, nuestros futuros museos de etnología capitalista: Suiza, Países Bajos, Mónaco, Paraguay; y a esos bantustanes del lucro enviaremos en viaje de estudio a los pioneros que lo merezcan, para que se hagan una idea de la prehistoria y tiren cacahuets al *brokercito* que gesticula en su canasto. En cuanto a los Estados Unidos de América, tenaz reducto, los negros pronto se sublevarán en masa siguiendo a los Black Muslims, se unirán con los latinos subiendo del Río Grande, para atenazar Wall Street. Las perspectivas nunca han sido mejores.

Más claro que el agua. Estaba dispuesto a compartir el Apocalipsis con los voluntarios de mi país. Siempre y cuando abrieran los

ojos. Nada fácil. La ceguera de los amigos de la otra orilla, a quienes advertía benévola para que tomaran las disposiciones que se imponían, me afligía. Aún me acuerdo, en aquel año, de un encuentro en la calle Souflot, en París, con un condiscípulo historiador, Michel B., que había entrado en la calle Ulm un años antes, cacique de su promoción y con quien me sentaba en el Consejo de disciplina de la Escuela como representante de los alumnos. Este refractario al sentido común, de una ironía demoledora, que alardeaba de corbata y no escondía sus muchas ambiciones, me anunció en la esquina de un café en la calle Souflot que había decidido entrar en la Escuela Nacional de Administración. Me reveló sobre la marcha para qué servía ese extraño apéndice: fabricar directores de gabinete, prefectos, ministros en serie. Me quedé estupefacto. Yo había creído a mi colega mayor un Rastignac, un Rubempré, prendado de lo positivo; descubrí a un pánfilo soltando una presa por atrapar una sombra. Servir a un gobierno burgués, cuando los cuadros de mando proletarios iban a tomar la sartén por el mango mañana al amanecer... ¡Qué ingenuidad! Además de que correspondía a los de letras dar órdenes a los tecnócratas y no al revés, los retrasados que se dejaron abandonar en la calle Saint-Guillaume me dieron durante mucho tiempo la impresión de delegados del acondicionamiento del territorio en el Imperio romano, que optaban por la región Pompeya-Herculano (red de comunicaciones, fiscalidad, orden público) en el año 79 menos 1. En vano ensalcé ante este insensato la presencia en los alrededores de los jóvenes combatientes del Vietcong, de los Sputniks, de los nuevos cohetes intercontinentales, de los T-34 y Mig-19, sin olvidar la ciencia de la Historia de la que eran la recompensa y los garantes. Mandatario de los arsenales de la justicia fracasé en convencer a mi compañero, que me creía un tipo peregrino porque me iba a los trópicos, donde se entablaban las partidas decisivas, y al que consideraba un visionario porque se quedaba en Francia, donde ya no pasaría nada. Compadecía a ese quimérico, hombre excelente por otra parte, que muy pronto se encontraría en el Elíseo en el gabinete del presidente Pompidou. Yo apostaba por los valores seguros, lo tangible, lo duradero: la estrella roja.

Muchos fuimos los que nos divorciamos del *aquí* para desposar el *otra parte*. Nada he visto pues de nuestros *golden sixties*, los convulsos y los preciosamente pop. Me perdí los Chats Sauvages y los Chaussettes Noirs, lo confieso apesadumbrado, como dos años antes la “noche loca” de junio en la que, como respuesta a la llamada del programa Salut les copains de Europe n.º1, ciento cincuenta mil

jóvenes invadieron la plaza Nation para escuchar al “ruidoso profeta de los nuevos tiempos”, Johnny Hallyday. Brel y Ferré me tapaban a los Beatles. Adepto del *be-bop*, el *twist* no me parecía serio, ni el *yeyé*, ni el *rock*, ni los *teenagers*, ni las clases de edad, ni el *star-system*, ni Elvis Presley, ni la industria de las 45 revoluciones, ni las comunicaciones de masas. Ni la puesta en órbita, en el Sahara, del primer satélite francés. ¿Eurovisión? Una diversión burguesa, un engañoso, un truco americano. No vi los *self-services*, hamburgueserías y *hot-dogs*, ya que el Maheu y el Capoulade, los viejos *bis-trots* que formaban el ángulo de la calle Soufflot y el boulevard Saint-Michel campean en vis a vis para siempre. Nadie hablaba de gays, de inevitabilidad, de *software*, de vídeo. Fue mucho más tarde cuando supe lo esencial de lo que había sucedido ese año en mi patria, a saber: que Courrèges había declarado la guerra de las faldas cortas; Sylvie y Johnny casados en justas nupcias; Madeleine Renaud representó a Duras, y que el madrás era *in* en decoración. Veía sin verlos hombres con el pelo largo, mujeres en pantalones; poco me importaban la primera gira de Bob Dylan, el pop-art y los Rolling Stones. No adiviné el debate sobre la contracepción, en un país de abortos, donde “tomar la píldora” era tan raro como el *hasch*, la hierba o un porro; no supe que Mike Jagger tenía un *look* andrógino, ni que Jean Shrimpton, la chica más bella del mundo, era *sweet*, sencilla y sexy. No comprendí la revolución copernicana del Vaticano II. No leí *La adoración* de Jacques Borel, premio Goncourt (prefiriendo *Las cosas* de Pérec, premio Renaudot, porque escribía en *Partisans* y me había alquilado su apartamento parisino mientras sociologizaba en Sfax). No capté nada del duelo Roland Barthes-Raymond Picard, “nueva crítica o nueva impostura”. No atravesé el túnel del Mont-Blanc. No vi *Le Père Ubu* de Averty en televisión. Como tampoco, en el cine, *Viva Maria*, de Louis Malle, *Simón del desierto*, de Buñuel, *Los amores de una rubia*, de Milos Forman. No vi *La 317ª section* de Shoendoerffer (un veterano de Indochina, sospechoso). Ni *El doctor Zivago* llevado a la pantalla (Hollywood, sospechoso). Ni las retrospectivas de Dubuffet y de Nicolas de Staël. A la sombra de Matisse no hay sitio para Warhol, que tiene en París su primera exposición (genios y campeones, o son franceses o no son). Veo grandes resplandores en el Sur, tomando el relevo de los que se habían apagado en el Este. Doscientos millones de comunistas tienen los ojos vueltos hacia Pekín y Moscú; quinientos millones de católicos, hacia Roma. Yo miro hacia Argel.

El coronel Huari Bumedián derrocó a Ben Bella pero mi compañero Oswaldo, antiguo profesor de sociología en la universidad

de Caracas, continúa el trabajo. Después de haber firmado en El Cairo, en nombre de Venezuela, la llamada a los pueblos del mundo (solo, como un mayor), se instaló en la villa Susini con los compañeros del FLN (no el argelino, el venezolano). Fundaron una sociedad de importación-exportación, El Aceite Jujura. Cuba regaló a Argelia diez mil toneladas de azúcar para que las reexpidiera a la China Popular a cambio de ciento veinte toneladas de armas americanas heredadas de la guerra de Corea para enviarlas a la guerrilla venezolana, privada de kalachnikovs por razones evidentes. Oswaldo forma parte del equipo de quienes tienen por misión reexpedir ese lote tan embarazoso por carguero, en pequeñas dosis repartidas en el interior de los barriles de aceite de oliva (conservación fácil pero *packaging* difícil). Sartriano adiestrado en el en sí para sí pero no en el caramillo, compra regularmente *Les Temps Modernes* –para distraerse– en una librería de Argel, y fue a dar en el número de enero con el artículo que Claude Lanzmann había publicado bajo el título: “El castrismo o la Larga Marcha de América Latina”. Justo en ese momento llega el Che a Argel. Invita a Oswaldo a la embajada cubana en la que reside (Papito Serguera embajador). Cuestión de prepararse el porvenir (¿no podía acaso ir él un día a Venezuela?); y, por el momento, su pequeño proyecto de intervención en el seminario afroasiático, que le pide que traduzca al francés. Los dos hombres juegan al ajedrez en el jardín, hablan de las brillantes perspectivas y, curiosamente, de Egipto y de sus pirámides. Oswaldo confiesa que tuvo vértigo escalando Keops, el Che le riñe como a un chiquillo: “Son los niños los que tienen vértigo, un revolucionario jamás tiene vértigo”. Oswaldo asiente y, para cambiar de tema, le muestra el número de *Les Temps Modernes* que ese día llevaba por azar en el bolsillo. El Che, que lee francés, se lo nacionaliza en el acto. Ese pequeño azar decidió mi vida, quiero decir la imagen que de ella guardarán algunos supervivientes (cada uno, espacio obliga, sólo tienen derecho a una sola). Apenas si me he repuesto, treinta años después.

Oswaldo dio la señal decisiva o fatal –unas hojas impresas de mano en mano. El Che llevó ese ejemplar a Cuba en su equipaje y se lo pasará algunas semanas más tarde, después de traducirlo, al salir para el Congo, a Fidel Castro, que no lee francés. Lo que a este último le dio la idea de invitar al autor (ese fidelista desconocido en el batallón que parece que describe como buen conocedor los callejones sin salida de la guerrilla urbana y las ventajas de la rural). Respondí sí al telegrama de Fidel, que poco después

me envió a preparar la llegada del Che a Bolivia. Fue como antiguo compañero de Guevara como Salvador Allende me recibió a mi salida de la prisión, en 1971. Fue como portador de un mensaje de Allende a Mitterrand como yo conocí a este último cerca de Pau, en 1972. Y fue como supuesto experto en el Tercer mundo como el presidente electo me introdujo en el Elíseo, en 1981. Todo se encadena, ligado a un mínimo ademán.

El disparador del desvarío, mi introductor ante los príncipes, el primer eslabón, fue, pues, Oswaldo B. El mismo que me presentó dos años antes, en un jardín de Caracas, a Élisabeth B., la madre de mi hija. Mi lejano compañero apadrinó la vida y la muerte, justa aunque involuntaria confusión de poderes. No sabía lo que desencadenaba al prestar *Les Temps Modernes* a un argentino de paso (¿no prestéis nunca libros?), y yo no sabía lo que encadenaría al asistir a la Tricontinental (¿no salgáis nunca de vuestra habitación?). La primera dificultad es la que cuenta.

Se han visto, hacia 1940, pasmados del concepto que la Historia ha recuperado a salto de mata de una guerra boba. Puedo dar testimonio de una bobería inversa: un adorador de las tempestades atrapado en la bonanza tirando de los cabos para que la Historia ponga viento en las velas.

Si nuestras galeras dejan algún rastro en los archivos, ninguna estela sobrevive de nuestras carabelas –salvo la media sonrisa de los desembarcados. Su trayectoria breve y magnífica no está atestiguada. ¿Cómo dar favorable acogida a los cuentos de hadas que cambiaron de dirección sin ceder al malvado placer del escarnio? En eso es en lo que la memoria política es todavía menos fiable que las demás (y la física de las certezas menos avanzada que la de las nubes). Nuestras militancias se deshilaron en nebulosidades, como si las ideas eje por las cuales nos derrochamos sin echar cuentas se evaporaran en la naturaleza. En el momento, embarcar para Citera parecía demasiado evidente para que le encontráramos una explicación; veinte años después, ahí está demasiado extravagante para que le busquemos una. El regreso al “en cuanto a sí” deja frente a frente a dos extraños que se miran desafiándose: el ilusionado de antes y el desengañado de después. Es el momento en que el *ex* se acusa de no haber guardado las distancias con la actualidad de ayer (pero si lo hubiéramos hecho no habríamos hecho nunca nada). Debería más bien incriminar a las efemérides oficiales, esas medias mentiras que sólo señalan los acontecimientos.

tos fracasados, vencidos, más bien caídos de las nubes. ¿No serían las nubes las que habría que poner en su lugar de honor? Pero quizá ya no hay más memoria de los entusiasmos colectivos que de los dolores físicos. De igual modo que se pueden rememorar los tratamientos sufridos, nuestra habitación del hospital, el rostro del médico, los frascos de suero, el color de las paredes, incluso el nombre de los medicamentos, pero no el fuego del cólico nefrítico que motivara todo ese despliegue de cuidados y de aparatos, así podemos releer los discursos, panfletos, programas o verbosidades en los que creímos (cuando no los redactamos nosotros mismos) pero no reconocer ese pedestal silencioso de evidencias que garantizaba la credibilidad y cuyo hundimiento bajo la línea del horizonte transforma esos cuerpos del delito indiscutibles en icebergs fantasmales, entre sueño y pesadilla.

Evocando la Resistencia, un veterano comparaba el desvanecimiento de un “gran momento” al de la improvisación de jazz, esa *jam-session* que hace levitar a intérpretes y público sobre la marcha pero que, a falta de grabación, se sumerge en la nada. Si es cierto que ese milagroso éxito de saxo sólo se ha tocado una vez, existen numerosas grabaciones que cualquier curioso podrá consultar después: almanaques, periódicos, libros, fotos, decretos y palabras de autor. Esos materiales de historiadores no son para nosotros, que querríamos revivir o sentir nuestros arrebatos, nuestras nieves de antaño. Por exhaustiva que sea la documentación recogida, faltará a la llamada de los hechos la carabela, sin la que esas crónicas, a causa de su propia exactitud, nos parecerán fabricadas por un falsario para calumniarnos mejor.

El *posible* emisor, que pone en movimiento una generación tras otra sufre de un vicio redhibitorio: no se toma el pelo a sí mismo. Ningún cassette audio ni VHS para el miedo y la esperanza. Ningún proyecto previo en las restricciones. La historia de los historiadores conservará huellas de los contenidos, no de los estados de conciencia; de las profesiones de fe, consignadas, no de los vaticinios flotantes, desaparecidos en la vergüenza, el temor al ridículo, cuando no a la extravagancia; de los programas políticos, no de las previsiones atmosféricas. Los “antiguos combatientes” tropiezan en este escamoteo de última hora que las transforma en el acto, cuando van a contar su propio mini Verdún, su propia Omaha Beach o su propio Gulag, viejos chocheantes opacos (para ellos también). Un revolucionario es en primer lugar un vigilante, un soñador al acecho, mucho más que el *homo politicus* en tiempo de calma. A falta de medios mecánicos

de conservación y sin soportes de fijación, el sabor de la inminencia no es más memorizable que un perfume, mientras que únicamente esa ansiedad podría dar fe, como un original, de nuestras motivaciones pasadas. A ese vigía es al que habríamos querido ser fieles; con la vara de sus expectativas es con la que mediremos, más tarde, la amplitud de nuestros fracasos. Sin esos delirios desdibujados serían nuestros propios actos los que se volverían delirantes.

Ese sentimiento de extrañeza que nos inspiran los testigos materiales de nuestro pasado lo podemos imputar a la deformación de los recuerdos, a lo impalpable de un clima, al archipiélago de las memorias (el período cumbre de un individuo nada le dice a su vecino que no vio ahí sino calma chicha), al juego de cartas de los credos colectivos (que transmuta lo más creíble de una década en lo “increíble” de la siguiente), incluso al tiempo que pasa y enjuga todos los calores. Pero esas causas bien conocidas son aún poco al lado de otra más fascinante: el carácter inasible de ese tiempo misterioso y sin embargo tan trivial: el futuro anterior.

Adiestrados para el “todo y ya” del placer electrónico, ya no somos, en videoesfera, lo bastante tolerantes con la espera. Las técnicas del directo, lo saltarino televisual dan a las ardientes paciencias de antaño un giro caduco y fastidioso, el de una novela de formación del siglo XIX. Aquí estamos en una puerta falsa con relación a lo que fuimos en los tiempos del libro, de los proyectos a largo plazo y de los colectivos militantes. Como desterrados de nuestra propia memoria. Cada época se define mucho más por sus anticipaciones que por sus cumplimientos, y aún más la que espera la revolución para mañana. Asimismo cualquier diáspora de antiguos creyentes comulga de pensamiento no con los fracasos que ha soportado sino con los proyectos que ha perseguido largamente, y que al hilo de los años se han ido rodando al limbo, remordimientos agridulces y compartidos que le dan el aire de familia. Basta con amputar una generación de militantes, esos Lawrence prosaicos, del sueño árabe para transformarlos en chiflados víctimas de cómicas insanias. De ahí nuestra incomodidad ante las fotos en blanco y negro, las viejas películas documentales que miramos, asombrados o despechados, y que nos parecen a nosotros que en ellas reconocemos a nuestros amigos, nuestras calles, incluso nuestra propia silueta, chuscos como trucajes expeditivos, porque cuando vivíamos ese presente era un resto de resta puesto descuidadamente al final de una hoja, un “para acordarme” esperando el final de la operación en marcha. Algo provisio-

nal sin importancia, una sucesión de obstáculos que descontar de la parusía que vendrá, englobadora inminencia que hacía más soportable, si no ridículo, esa caída de la bici, ese devaneo sin mañana, esa infame nota en el oral. Habitación desvalijada, gruesa mancha de tinta sobre la chupa nueva, semana de esquí chafada por el mal tiempo: esas pequeñas miserias que “chupan el aire” cuando se vive el ahora le parecen livianas al optimista que acecha el Apocalipsis, la gran desgracia que hará mañana nuestra felicidad.

La felicidad de 1965 estaba *políticamente* determinada, supeditada a batallas de ideas de las que la expresión, un poco insulsa, *elección de sociedad* da impropriamente cuenta. Sin duda nunca creí, en lo más intenso de esta esperanza, que “todo es política”, ni siquiera que la totalidad de un hombre pueda explicarse por consideraciones de clase o de ideología. Pero las claves de la vida íntima que, por naturaleza, no alcanza a comprender –el sentimiento amoroso, el gusto por los cuadros, la curiosidad del más allá– debería dejarlos al borde del camino, pospuestos hasta las calendas griegas, cuando hubiera pasado la urgencia. Y es que el yo no era menos aborrecible para el milenarista de 1960 embargado –dejando a un lado todo lo demás– por la Historia, que para los jansenistas de 1660 embargados por lo Eterno. Ningún objetivo de guerra individual. La castástrofe esperada vuelve bastante indiferente “las cuestiones personales”. “¿Qué vas a hacer más tarde, querido?": ansiedad idiota. Más tarde será la revolución. Muy bien. ¿Y después? Agujero negro. ¿Cuál será mi papel? Impreciso, pero importante, por supuesto. ¿Habrá todavía, *después*, teatro, con carteles, divas y figurantes? Evidentemente no. Entraremos en la carrera a tiros, pulverizando sobre la marcha las estrategias de la carrera y las angustias de la representación: en vísperas de un terremoto planetario, la mejor de las estrategias. Pues yo daba por supuesto, presunción debida tanto más a mi inexperiencia de la guerra que a mi convicción de ser inmortal, que en la inminente conflagración me salvaría (es la ventaja de las hecatombes cósmicas sobre las pequeñas matanzas, que uno se salva de ellas más fácilmente). La supervivencia se daba por hecha, nada podía hacerme daño. De camino hacia su Jerusalén celestial, pasando entre los hombres, el recién bautizado del siglo xx, como el del siglo primero, era de este mundo sin serlo. Su papel consistía en pasar el testigo, de los mártires de ayer a los de mañana, como si los verdaderos pasadores de testigo no fueran los propios mártires. *Después* del único bautismo que cuenta, el de

fuego, es cuando hacemos este sencillo descubrimiento, con la amenaza de la muerte en primera persona (esa de la que nunca hablan estrategas y doctrinarios).

No se atraviesan tres siglos en ocho horas impunemente. Para alguien más pesado que el aire la aeronave es una paradoja, y entre Europa y América del Sur una imprudencia. Los viejos Britannia de hélices de la Cubana de Aviación que unían en aquella época Praga con La Habana hacían escala en Gander, en Terranova, Canadá –hasta dos días cuando había que reparar un motor o esperar una pieza de recambio. Esas meritorias averías no bastaban para el *glissando* psicosomático, para este lento ajuste de los sentidos que permitía hasta entonces la vía marítima. En los tiempos en que los viajes eran algo más que transportes, el etnólogo, el emigrante, o el turista en singladura en un transcontinental hacia las Indias occidentales tenían el tiempo disponible para tomar el aire, para reacomodar la vista, el oído, el olfato al capricho de las escalas. La aviación nos ha confiscado los piqueros y las gaviotas reidoras, las luciérnagas en la noche, la danza de los delfines y de los peces voladores a lo largo de la rada, las brisas de tierra ve-teada, las albas violeta “exaltadas como un pueblo de palomas”, los puertos de donde salen en medio de los gritos barcos de remeros cargados de frutas desconocidas. Esas privaciones de lo pintoresco tuvieron menos importancia que un desajuste demasiado sucin-tamente horario. Con la ayuda del anonimato de los aeropuertos la vía del aire disimula los cambios de siglo entre continentes bajo la sensación, engañosamente superficial sobre la pista de asfalto, a la llegada, de una humedad insólita. En cuanto al pretendido Nuevo Mundo, la fascinación ante unos espacios desmesurados escamotea el huso secular de las mentalidades que habrá que trazar un día en la superficie del globo, como ya lo han hecho con las veinticuatro franjas del huso horario. A la mentira aérea, engaño internacional que disfraza los progresos de la navegación de acercamientos culturales (cuando las distancias mentales se ahon-dan a medida que las distancias físicas se reducen), se sumaba en ese París-Praga-La Habana el tampantojo marxista-leninista, cin-ta de imágenes y de palabras cosida con hilo rojo. Esta rutilante capa de iconos y de eslóganes que se extendía de Asia hasta Amé-rica, pasando por Europa y África (sin tocar, bien es verdad, los Pacíficos norte y sur) recubría fallas geológicas que separaban unas de otras las diferentes tierras del interior. Las instituciones

establecidas por encima semejan piezas de acarreo, precipitadamente acicaladas sobre pedestales, sobre siglos de costumbres de evolución tardía. La sovietización delataba una cirugía plástica precipitada, que habría injertado el mismo implante alógeno en diferentes organismos más o menos retráctiles sin tener en cuenta su sistema inmunológico, esa misteriosa defensa interna propia de las sociedades como de los individuos, aunque menos conocida en las primeras que en los segundos, dedicada a la salvaguarda de la *propia integridad* y que llamamos, a falta de algo mejor, el “espíritu de un pueblo” o el “carácter nacional”. ¿No es acaso la ideología la pasión de los que no quieren saber nada de la *inmunología*?

En el Caribe la exhibición de símbolos de pertenencia al “campo de la paz”, tanto más ostensible cuanto más reciente, había modificado el vocabulario, no el pasado colonial, cargado de reflejos y de hábitos. El simpatizante de fuera, que creía tocar con el dedo a la juventud del mundo, abordaba una franja pionera de la caballería conquistadora, en los límites temporales de la cristiandad. Llevaba en mi equipaje a Lenin, Mao, Giap, salterios fuera del tema; para orientarme en esta vieja capitanía general del Imperio español tendría que haber traído el *Libro de Amadís* y *El caballero liberado* de Olivier de la Marche, libro de cabecera de Carlos V. A falta de antecedentes, el viajero con equipaje se exponía a tomar una vuelta atrás por un salto hacia adelante, y a los caballeros de la Edad Media por pioneros del Hombre nuevo. Porque se puede cantar *La Internacional* y hacer del pasado tabla plena. ¿Por qué la Historia tiene que ser cronológica, si apenas lo es nuestra propia vida?

La Habana se presentaba aún como un rincón de América del Norte hundido en el costado de un país criollo (a su vez, rincón del África negra instalado en territorio hispano). Una ciudad llana alrededor de una bahía, damero de *cuadras* ocre o azufre del que se levantan en el aire vagamente marino algunos edificios que no llegan a rascacielos (los hoteles Hilton y Riviera, el edificio Focsa), además de, en la vieja Habana, una cúpula blancuzca de Capitolio, réplica de la de Washington. Con sus aceras llenas de baches, sus soportales descoloridos, sus pastelerías rococó desconchadas, se había deteriorado mucho desde 1961, cuando aún me cruzaba, en el Malecón, ese paseo de los Ingleses enjalbegado de rosa y de azul, corroído por la sal y las brumas, con los vendedores ambu-

lantes de batidos de piña o de naranja, con los carritos de aguacates, mangos y papayas, con los limpiabotas (los vendedores de tómbolas y loterías habían sido prohibidos). Viva el internacionalismo proletario, Aquí no se rinde nadie, ¡Comandante en Jefe, ordene! Hasta la victoria siempre: omnipresentes a lo largo de las calles y en las paredes, las inscripciones de colores chillones habían borrado los Palmolive y los Chesterfield de la era americana. Se veían, bamboleándose por las calles, Buick y Chrysler multicolores, con el capó abollado y parachoques cromados sujetos con cuerdas. Parada en seco en su auge por la revolución, como cansada entes de estar acabada, la ciudad disimulaba mal, bajo su nuevo barniz antiamericano, los volved a lo de siempre de *hot dogs* y de coca-cola: un Broadway horizontal, con menos anuncios y más humedad. Había algo de barroco en las columnatas de escayola y los porches rosa marchito de las viejas mansiones, pero nada evocaba los tiempos coloniales como una catedral sin vida, algunas calles empedradas, un fortín de postal sobre las olas, con cañones y almenas, como un decorado de cine abandonado. En su *kitsch* hollywoodiense 1940, los hoteles casino de Meyer Lansky y de Lucky Luciano, el Riviera y el Capri, donde Benny Moré y Rita Montaner aún hacían flotar lánguidos mambos, boleros anticuados; los pocos cabarets o restaurantes aún a flote, Tropicana o “1830”, esperaban a Humphrey Bogart y Lauren Bacall, pero desde luego no a un émulo de Felipe II surgiendo de un Oldsmobile blindado. En el Nuevo Mundo es donde el Viejo nos coge mejor en la trampa. Sumado a este alargamiento de los días, esta parada de los relojes, de las construcciones y de la vida urbana que suscitaba el ideal comunista allí donde estuviera en el mundo, lo descolorido de los lugares podía desorientar al peregrino. Paseando por este decorado retro se imaginaba haber retrocedido veinte años en el siglo xx, cuando de hecho tendría que navegar, desnortado y sin mapas, en sus contactos de alto nivel, entre el Siglo de Oro y el Siglo de las Luces. A cámara lenta: las cosas de palacio van despacio, como decían en Madrid en tiempos de El Escorial. La mínima ocupación –una llamada telefónica, una comida en el restaurante, la compra de un paquete de puros– llevaba diez veces más tiempo que en un país “normal”.

Esta languidez internacionalista, común a los países cálidos y a los “bastiones avanzados del socialismo” (que a menudo eran una misma cosa), se agravaba en este país de desarreglo generalizado de los relojes. Motivo: la arritmia caudillista. En las esferas de decisión, la iniciativa más anodina dependía de una orden ex-

presa del Jefe; todo el mundo alteraba su reloj de acuerdo con sus idas y venidas totalmente imprevisibles, de manera que sus legendarios retrasos, amplificados por los de los intermediarios, repercutían de arriba abajo de la cadena de activistas, minoría más expectante que actuante. Cada dirigente internacional, cada conspirador digno de interés que desembarcara en esos años en La Habana hacía la prueba de un juego sin reglas a través de la angustiosa expectativa de la entrevista. El VIP de la revolución mundial pasaba por tres etapas. La primera empezaba en el aeropuerto, cuando su anfitrión de verde oliva le decía en voz baja: “Fidel quiere verte”, lo que le propulsaba ya a un círculo de *happy few* muy por encima, y en el acto, al margen del peregrino de base, pero le obligaba a estar localizable en todo momento, a vigilar sus compañías y a prepararse para el milagro. La segunda se producía en general la víspera de su partida prevista, duplicando *in extremis* su estancia en una duración al menos equivalente; comenzaba con “Fidel va a verte”, que implicaba la inmovilización definitiva en el hotel (o en la Casa de seguridad), la suspensión de cualquier otra cita y el inicio de una tensión nerviosa prolongada. La tercera se abría cuando ya estaba, unos días o semanas más tarde, a punto de estallar, con la llegada en tromba de un alto mando, generalmente el propio Manuel Piñeiro (el jefe de los servicios secretos), anunciando con una voz triunfal: “llega Fidel”... En realidad, al igual que el indicativo futuro del anuncio anterior significaba la esperanza y no la probabilidad, este presente no era el del acta sino el de la inminencia. El apogeo podía aún durar desde treinta minutos a tres días. No era raro que los tres actos de esta obra requirieran varios meses.

Entre palmeras y bananos, todo era un *quid pro quo*. Hidalgos andrajosos como guerrilleros a la cabeza de un ejército de campesinos supuestamente proletarios; un caudillo a la antigua campando como líder de vanguardia; dirigentes “antiimperialistas” formados en la cultura imperial, acostumbrados al “*american way of life*, forofos del béisbol, de los helados y de los *comic strips*, cambiando en odio un amor caído (no más americanomaniaco y, en su trasfondo, americanófilo que Fidel Castro); sindiós predicando la cruzada, puritanos a quienes repugna cualquier cálculo económico sumergidos en manuales de economía política; hijos de Bolívar adiestrándose en jurar sólo por Marx, que detestaba a Bolívar (al igual que Chateaubriand y por las mismas razones). La voluntad

erigida en fetiche, la impaciencia en argumento en medio de una indolencia tropical, en el que cada asunto importante se aplazaba hasta al día siguiente: mañana compañero; el culto de lo marcial en el contoneo danzarín de las multitudes, donde se mezclaban botas y arrastrar de chancletas, gorros militares y rulos; Cromwell descamisados sobre un fondo de rumba y de relajo (Fidel y el Che, que ni uno ni otro bailaba, gozaban tan poco de los ritmos afrocubanos como de las bromas y el humor criollos); la dialéctica cubriendo con sus cinco leyes estalinianas a la santería, el vudú local; y los collares sagrados de Changó, el dios africano, tachando los iconos del Che en las chabolas de planchas de madera en cuya puerta se leía: *Fidel, ésta es tu casa*.

La América Latina se jacta con todo derecho de ser mestiza –contrariamente a la anglosajona. El saludable sincretismo de las razas se duplica con un sincretismo de los tiempos menos ostensible pero más original –rico en vértigos, en riesgos y en comicidad. En la Cuba revolucionaria el mestizaje alcanzaba cotas tragicómicas, desorientando al adversario “imperialista” tanto como al amigo “nueva izquierda”. Los dos asistían por adelantado e *in vivo* a una versión doblada al español de *Los visitantes*, esa película burlesca donde se ve a unos escapados de Azincourt hacer auto-stop en cota de malla y desbaratar, a fuerza de no entender nada, las asechanzas de un siglo hostil.

Esos errores de reparto, enternecedores o exasperantes, se convirtieron a la larga en estratagema de cara a un enemigo demasiado nórdico y racional para captar las reglas de un juego tan barroco. Y explican para muchos esa inverosímil geografía e historia: cuarenta años de marxismo-leninismo feudal en la que podría haber sido a principios de este siglo, y lo será quizá a principios del siguiente, la cincuenta y algo estrella de los *United States of America*.

Que la fuerza de una nación tiene que ver con sus finanzas y su comercio y no con sus hazañas militares, y que el interés del país debe tener prioridad frente al servicio de Dios –esta idea a fin de cuentas deprimente se abre paso en las cortes europeas en los alrededores del Renacimiento. No habían alcanzado las costas cubanas, y en esta isla a trashora, los comandantes se habían impuesto como sagrada misión salvar a la humanidad, al tiempo que purgaban a su propio pueblo con sus desechos más viscosos (por algo llamaban *gusano* al exilado o candidato al exilio). Más allá de las afinidades simbólicas entre cruzada y revolución, las sobreimpresiones imaginarias entre rebeldes de pelo largo galo-

pando en los cañaverales y libertadores a caballo de la Independencia (Martí relegando aquí a Bolívar), un medievalista habría reconocido enseguida en el “Caimán barbudo” de las Antillas, y a pesar de un desarrollo material más avanzado que el de los países vecinos, una formación precapitalista inmersa, como las sociedades adormecidas por rituales bajo el Antiguo Régimen, en lo sobrenatural. Sobrenatural enraizado a la vez en las novelas de caballería, la secta Abakua y en los orígenes latifundistas de la economía, pero entorpecido por las tristes coacciones económicas y la mediocridad espiritual del marxismo de inspiración soviética. Sobrenatural sin paraíso, sin resurrección de la carne ni la amplia panoplia de lo maravilloso cristiano, sin monasterios, sin catedrales y sin tumbas; desmentido además por el implacable darwinismo a la inversa de la selección burocrática (siendo el cedazo comunista, en la selección por lo bajo de los caracteres y de las inteligencias, más lamentable que la media mundial); así pues, una mística condenada de antemano a una entropía acelerada. Pero un sobrenatural cuyo impulso primero permitió a ese pueblo alzarse por encima de sí mismo (como ya lo habían hecho, en su tiempo, los franceses de 1792 y los rusos de 1917). Volando en auxilio de costumbres mentales tanto más movilizadoras cuanto más arcaicas, un buen manejo de la radio, de la televisión, y un instinto de poder sin igual autorizaban a un clan de machos inventivos, reagrupado en el Movimiento del “26 de julio” y enseguida rebautizado “vanguardia socialista”, a edificar, so capa de materialismo dialéctico, un Estado tan militarizado como espiritualista. Además de la salud y la educación gratuitas, apreciables regalos, la revolución colmaba a su grey de gratificaciones inmateriales, hartazgo pronto llevado hasta los límites de la inanición física: desfiles militares, exequias solemnes, exorcismos oratorios, congresos de repetición, celebraciones enfáticas de los acontecimientos fundacionales: 1 de enero, 1 de mayo y 26 de julio, recompensas honoríficas a los trabajadores, (entrega de banderas, diplomas, medallas, etc), peregrinajes regeneradores al cuartel Moncada, al Pico Turquino (la cima de Sierra Maestra, a mil ochocientos metros), culto de los dos santos mayores, José Martí y el Che, invocación ritual a los manes de los mártires, en la escuela y en la fábrica, exhibición de reliquias (que irá hasta la repatriación de las manos cortadas y momificadas del Che). Al igual que una sociedad capitalista se presenta, como había señalado Karl Marx, como una “inmensa acumulación de mercancías”, la sociedad “socialista” sustituía la carencia de bienes y servicios por una in-

mensa acumulación de ceremonias, y las más despojadas las más entusiastas.

Abandonando la cubierta superior por el pañol me encontré en primera, no lejos del camarote del capitán, por encima de mi clase. En el último piso del ex Hilton rebautizado "Habana Libre", en una suite doble. No todo el que quiere merece el sacrificio; para descender, el populista organizado comienza entonces por ascender (en sentido inverso, el joven burgués diplomado que, antes de hacerse cargo de los asuntos familiares, se va a lavar platos a un pub en Londres o a hacer de chófer de un patrón en California). Y es que en tiempos del comunismo ir al pueblo no significaba abrazar la miseria. No siempre, o no enseguida. Las mocedades de Aquiles son montañas rusas y los cambios de latitud favorecen los saltos de estatus social. En Estados Unidos, tierra prometida, yo había deambulado, sin un duro, a lo largo de los *highways* y de las calles de Harlem. Dos años antes, cuando fui a unirme con los condenados de la tierra en Venezuela, país que imaginaba miserable, caí sobre la gran riqueza. Invisible detrás de sus muros en las ciudades de Europa, se exhibía al aire libre en un *country-club* de ensueño, a dos pasos de los barrios de chabolas llamados ranchos que coronan la hondonada llena a rebosar de Caracas. Era, en plena aglomeración, el mundo apenas trasplantado de *Lo que el viento se llevó*, con sus céspedes, sus sirvientas negras, sus blancas verandas. Un gran señor comunistizante, patrón de la prensa y buen novelista, me abrió generosamente su quinta y vi con mis propios ojos dos dibujos a pluma de Picasso en un cuarto de baño, un Balzac original de Rodin junto a la piscina, unos Calder en el césped, unos Léger y Max Ernst en cada habitación. En ese ambiente y en esa época, a una gran familia le parecía absolutamente natural tener cuatro coches americanos en el garaje, cinco o seis criados fijos y champagne en las comidas. En los países pobres es donde menos se esconde el lujo, sin ser sinónimo de reacción. La alta sociedad comunistizante de la posguerra, Internacional informal a caballo entre la cultura y la política, llevaba un tren de vida acomodado pero aleatorio. Incluso una figura de pro, como Neruda o Asturias, podía pasar de la noche a la mañana de la condición de proscrito a la de embajador, o de la prisión central a una quinta a orillas del Pacífico. Los bruscos cambios tropicales ya no eran para mí un descubrimiento, pero la vida de canónigo en pleno "bastión adelantado" da una cierta sensación de estar en falso. Uno se acaba acostumbrando.

El concilio de los pobres de la tierra se bañaba en el lujo, y todo el areópago de los mandos del Tercer mundo vivía provisionalmente muy por encima de sus medios. El hotel que había elegido el gobierno revolucionario para alojar a sus invitados, las sesiones plenarias y las comisiones que ocupaban los salones del piso bajo, era un palacio. Desastrados y como perdidos, los “mandos” erraban por un *lobby* todo de mármol y dorados con una torpeza de jóvenes suburbanos perdidos en el Plaza Atenea. Un profesor de instituto debutante no tiene precisamente ni los medios ni la costumbre (se adquiere rápido) de pedir a un *room service* por la mañana *pancakes* en almíbar de arce, por la tarde daiquiris y cubalibres en los bares, y de poder elegir cada día entre tres restaurantes: polinesio, italiano o criollo. Con el carné oficial de huésped nos bastaba con firmar; todo sería gratis, sin gastos extra, sin ni siquiera una factura que mirar. Yo tenía veinticuatro años y un coche con chófer día y noche a mi disposición; una especie de ayuda de campo; una terraza, un ascensor reservado. Un teléfono blanco aunque sin llamadas internacionales (precaución y desvincijamiento obligan). La vida como en el cine. Mis compañeros, una vez acabada la Conferencia, volvieron algunos días más tarde a sus junglas o sus escondrijos, mientras que nosotros nos quedaríamos allí hasta nuestro traslado, algunos meses después, al barrio de Miramar, a una casa anónima y modesta, lejos del centro y de las miradas indiscretas.

Aún no era la escasez del “período especial”, pero me doy cuenta de lo que una evocación como ésta puede suscitar en los cubanos de hoy que no tienen un céntimo, sin contar los que ya, con su cartilla de racionamiento, la libreta, se apretaban el cinturón. No parecía, en la indigencia ambiente, que nos hicieran reproches. Quizá una tradición de acogida, la costumbre de las fiestas, un evidente consenso popular (en los que no emigraban) y la imposibilidad de las críticas públicas se combinaran para hacer aceptables unas condiciones de vida que, en cualquier país capitalista, habrían atraído la cólera del hombre de la calle que ve a unos invitados extranjeros dándose la buena vida a su costa. El Estado francés concede a sus huéspedes oficiales, jefes de gobierno o ministros –para las visitas llamadas de trabajo– tres días en el hotel Crillon, y ni uno más, sin los extras. Yo tuve que revolver Roma con Santiago, en 1983, para obtener del protocolo el pago de una modesta factura de teléfono que el joven primer ministro de Granada, Maurice Bishop, en visita oficial a París, materialmente no podía pagar (lo mismo le sucedió al capitán Sankara, el

no menos joven y revolucionario presidente de Burkina Faso, y como él asesinado algunos meses más tarde por un adversario). La dirección competente temía sentar precedente, el espantoso *precedente*, obsesión del Quai d'Orsay. Tacañería, rutina, ahorrillos hereditarios, ignorancia de la escasez de bienes: el rico Estado francés, de fondos sórdidos y pingües donativos, no es generoso con el extranjero. El pobre Estado antillano lo era. El "turismo revolucionario" de los intelectuales y viajeros insignes llegados de Europa, que se había convertido en objeto de bromas, era la cara visible pero en nada representativa de una migración más discreta y masiva, más implicada también. La revolución cubana ha albergado durante años a decenas de miles de militantes y refugiados anónimos, de América y de África, sin pedirles un céntimo. El turismo sexual ha sustituido después la acogida de los creyentes. Me parece que el *apartheid* de las ideas escandalizaba menos que el del dólar. La ideología se comparte mejor y se reparte menos. Ni prostitutas ni garitos; mercado negro marginal; propina insultante. Ningún servilismo en el personal hotelero (dependiente de la Seguridad y tan vigilado como vigilante). El que esos despilfarros de la "solidaridad internacional" hayan contribuido al empobrecimiento general, que los falsos gastos hayan formado siempre parte de los presupuestos "totalitarios" no quita nada al sentimiento de gratitud que conservo. ¿Generosidad interesada? Sin duda —y verdadera generosidad, de provechos improbables, que hay que abonar en la cuenta tanto de un temperamento hospitalario como de una ideología internacionalista. ¿Por qué elegir, si las dos, entonces, coqueteaban con la felicidad?

¡Cómo no querer a título personal la liberación de los pueblos si comienza por liberarnos de todo contacto con chequera, declaración de impuestos y facturas de la luz! En el momento no hice el desglose. Me habría parecido ocioso distinguir entre los diferentes tipos de bienestar: físico, haciendo músculos en los gimnasios; moral, adhiriéndose libremente a la necesidad histórica; económico, y hasta ligeramente granuja, viviendo a expensas de la princesa. No sin, en las primeras semanas, una cierta incomodidad, a la que trataba de engañar lo mejor que sabía imputando esa opulencia imprevista al genio del lugar, para vestir el privilegio de extrañamiento: un regalo del "realismo mágico", como decía Alejo Carpentier. *El Siglo de las Luces*, mi biblia adolescente, daba a sus lectores una primera impresión de esos esplendores sensuales. Entre la novela del cubano y esa tardía confirmación se había intercalado la realidad sin fases: dieciocho meses de vagabundeo, de norte a sur de

América Latina, entre 1963 y 1964, me habían vacunado contra los eldorados. Mi compañera venezolana era de la tierra y, viajando juntos, habíamos tenido suficientes connivencias sobre el terreno para no caer en el vicio del exotismo: fijarse más en el paisaje que en el paisanaje, fundir a los seres humanos en el color local. El turista disocia la geografía y la historia. Yo más bien padecía del defecto contrario, sustituyendo, en mis hojas de ruta, las indicaciones de floras, desiertos y selvas por los cronogramas, organigramas, siglas y pseudovarios de los amigos y movimientos de extrema izquierda. En ese inicio de 1966, el olvido de los alumnos, de los glaciales pisos amueblados de Nancy y de los corredores del metro de Châtelet daba todo su sabor a ese comunismo de cucaña, bueno y barato, en el que ya el dinero no contaba. Extralúcido como su amigo Breton, el surrealista Matta me había confesado antes de mi partida su chasco tras su paso por Berlín Este: “En aquella Niza funeraria y sin árboles”, me confesó en París, “los propios jóvenes viven como jubilados con mortales domingos, como en el asilo”. No sólo por las alambradas del muro, sino por un invencible tedio. No veía más que una única salida para tanta gris monotonía, que el Partido incluyera en sus estatutos: “Es deber de todo joven comunista ir a capturar una ballena a Groenlandia y remolcarla hasta Ceilán”. El golfo de México tiene más tiburones que ballenas. Para paliar el inconveniente, el Estado nos concedía anticipos cotidianos de surrealidad. Mango fresco y zumo de guayaba en el desayuno; guacamole –aguacate, tabasco y cebollas– como aperitivo, con daiquiri; una sublime mulata de ascensorista, palmeras y brisa a la orilla de piscinas templadas. Pronto tendrían los trabajadores todos esos mimos de libre acceso; la vanguardia político-militar los saboreaba la primera; no hay nada de anormal en esto. ¿No es la revolución el domingo de la vida, en sus albores? Por muchos lunes desilusionadores que Fidel me había prometido desde mi llegada, me era fácil prescindir del desplegable turístico en el que me habían alojado.

Con prórroga y decidido a desertar para no ir a Argelia había esquivado en Francia mis “obligaciones militares”. Se desquitaban en Cuba, con otro uniforme. Mi generación sólo conocía la guerra a través de los libros: Sunzi, Clausewitz, Giap, Mao, citas escogidas de Lenin. Me había metido a fondo por escrito, como cualquier oficial cadete del proletariado, en consideraciones “estratégicas” acerca de esto y aquello. Esos molinetes no cuestan nada, ¿por qué

privarse de ellos? *Dulce bellum inexpertis* –la guerra es bonita para quien sostiene la pluma. En los años anteriores, en mis tribulaciones improvisadas, mi bautismo de fuego se había reducido a uno o dos choques sonoros en un rancho de Caracas y una mina de Bolivia; mi prisión, en Perú, a unos días de cárcel (“ingeniero químico y terrorista de origen checo”, tituló un periódico local al día siguiente); y mis secretos de organización a algunas indiscreciones sobre las disidencias internas de tal o cual movimiento. Ya era hora, con veinticinco años, de ir al grano –sobre todo cuando la prueba de afiliación, en las cohortes de creyentes, distinguía el grano de la paja.

Después de la ordenación sacerdotal en Francia, el armarse caballero en el frente. Don Quijote al timón, hay que brillar con la lanza y la espada. No con las palabras. El rito de paso que constituía el entrenamiento, lo había evocado Fidel desde los primeros encuentros, como una formalidad, ni que decir tiene, indispensable. El período de formación para la guerra clandestina valía a la vez como certificado de cualificación y sacramento de iniciación. Acepté con entusiasmo, sin plantearme nada. Incluso era preguntón, tantas ganas tenía de recuperar mi retraso para ponerme al nivel de mis compañeros. Cansado de “estrategia” tenía ansia de táctica. No fui “reclutado” y no me “comprometí”. Iba al origen, a los tejemanejes, allí donde las cosas se deciden, menos preocupado por creer que por actuar, y en primer lugar por formar parte. Así fue como al mes de mi llegada abandoné el traje de baño por el uniforme verde oliva y la piscina de un hotel de lujo por una reclusión en las montañas, a la intemperie –marchas forzadas, sed alucinante, judías pintas y sardinas. ¡Qué alivio! Un par de borceguíes levanta la moral en un dos por tres. Una hora de kárate al día pone los verdaderos valores en su sitio. A lo largo de 1966 di mis clases feliz, con una sola preocupación: rechazar la licencia.

Era una academia militar al aire libre, donde el ejercicio físico imitaba a los ejercicios espirituales de Loyola por su aspecto excesivo y devoto. Por lo demás, la felicidad del internado. Con su horario, su pausa dominical, sus manuales por asignaturas y cuadernos de apuntes cuadriculados. Había *defensa personal*, un florilegio de artes marciales; *tiro* antipersonal, con fusil y con pistola, montado y desmontado de armas; *atentado y sabotaje*; *comunicación* (claves de codificación y desciframiento, radiotransmisión, morse); *explosivos*; *chequeo y contrachequeo* (métodos conspirativos en ciudad); en fin *táctica*. Cada uno tenía sus disciplinas pre-

feridas. Mal cocinero, negado en aritmética, tuve pobres notas en “explosivos”: demasiadas fórmulas complicadas para el cálculo de las cargas, con coeficientes y multiplicaciones (la calculadora ha debido simplificar mucho las cosas desde entonces); demasiadas sales, polvos, combustibles de nombres bárbaros. Esas sesiones me recordaban las “ciencias naturales” de quinto, o las prácticas de química con balanzas y probetas. Clorato potásico, nitrato de amonio, fulminato de mercurio, ácido de plomo. Una pesadilla: mezclas fallidas, resultados desiguales, errores de decimales. ¿Es la cultura lo que queda cuando hemos olvidado todo? En esta disciplina me ha quedado de tanta aplicación el olor a almendra del plástico C3, fundente y espiritoso como mazapán; la idea, tranquilizadora o inquietante, no lo sé, de que se puede fabricar una bomba con cualquier cosa (juguetes, peines y virutas de madera); y algunas fórmulas grabadas como alejandrinos: “los nitratos de potasio disuélvense en el agua”, “nada de pirotecnia para explosivo líquido”, “amatolita y cloratita son más potentes que amonal y dinamonal”. Así completé mis humanidades, tan inútiles como las demás; pero si pasamos la adolescencia deletreando las conjugaciones latinas (que no utilizamos en la vida corriente), bien podemos consagrar seis meses de nuestra juventud a aprender cómo matar limpiamente a nuestro prójimo, o a nosotros mismos (si se nos permite distinguir esas dos operaciones). Salvo que esas lenguas muertas se olviden como las otras; el adulto debe reciclarse periódicamente.

Me tomaba la revancha en tiro, que hacía mover el culo a los gandules. Nuestras armerías eran la cueva de Alí Babá, para volverse loco. Dudo mucho que ningún país en el mundo haya tenido “armotecas” tan completas y bien aceitadas, de libre acceso. Desde el revólver al bazooka y el mortero, pasando por la carabina, la granada y el fusil ametrallador, casi todas las armas ligeras fabricadas en el planeta desde principios de siglo estaban a nuestra disposición, con los proyectiles correspondientes. Municiones y fuego a voluntad. Chinas, soviéticas, americanas, europeas. De vértigo. Pasar de Camilo Cienfuegos al Scorpion 7,65 checo, tipo Smersh y Doctor No; del viejo Springfield, o del Garand 30,06 de la Segunda guerra mundial al FAL belga y al AR-15 americano, del bazooka clásico al RPG-2 chino, eso nos costaba, al final de la jornada, moratones en el hombro y los dedos despellejados, pero también una cierta alegría interior, como si la potencia del fuego recobrara otras dentro de nosotros. En resumidas cuentas, la Academia de París me creía profesor de Filosofía en la universidad de

La Habana y yo andaba a salto de mata en la provincia de Pinar del Río, cursillista de un servicio “acción”. Este ascenso en poder bien valía una caída en el escalafón de la educación nacional.

Al anochecer, una o dos veces al mes, Fidel llevaba a algunos elegidos al Punto Cero. Ese polígono estaba situado no lejos de la autopista central, a unos treinta kilómetros al este de la capital, pero tan bien escondido por las colinas que los veraneantes que tomaban la autopista hacia la playa de Varadero no podían sospechar que pasaban junto a un “centro de subversión internacional” mundialmente conocido (por los servicios especializados), por donde pasaron, en los años sesenta y setenta, varios miles de aspirantes a guerrilleros de todos los países (entre ellos muchos futuros ministros, senadores, presidentes, perfectamente, aunque, o más bien porque tardíamente, legalistas). A algunos centenares de metros del litoral estábamos lejos de los cocoteros de tarjeta postal. Unos cuantos cerros pelados bajo un cielo al rojo vivo con, en la depresión de esas áridas dunas, unos ríos secos sepultados bajo los espinos y matas de palmeras desplumadas. El centro del campamento estaba ocupado por los barracones de madera donde se llevaban a cabo las clases de instrucción: explosivos, armas, sabotaje, transmisiones, chequeo y contrachequeo en un medio urbano. Las autoridades evacuaban el lugar cuando el Comandante en jefe venía a una hora tardía a verificar algún punto de doctrina, con los allegados del momento, los comandantes Piñeiro, jefe de la Seguridad y de la Información, llamado Barba Roja, evasivo y guasón; Vallejo, su médico personal, flemático de larga barba blanca; Jesús Montané, silencioso de barriga rechoncha; Papito Serguera, antiguo embajador en Argel, joven galán bromista y muy listo. A ese núcleo se agregaban dos o tres latinoamericanos, responsables de los reemplazos en el entrenamiento y, a guisa de interlocutor testigo, entre mascota y valedor, “Debraï, el Francés”. Como participaba en los ejercicios de varias guerrillas nacionales (dominicana, venezolana, guatemalteca) me hallaba algo “descompartimentado”, fuera de las normas de “compartimentación” (combatientes de orígenes distintos, incluso de organizaciones de la misma nacionalidad, incluso diferentes fracciones de la misma organización, no debían encontrarse nunca). Así fue como conocí muchos grupos a prueba en las cuatros esquinas de la isla, cada una esperando el día D de un desembarco o de una infiltración, siempre inminentes y siempre rechazados. Los naturales de Santo Domingo, que habían venido para tres meses, debieron esperar cuatro años antes de volver a su país; entretanto la mayor parte se había dispersado de desesperación.

A Punto Cero, el Comandante en jefe venía a experimentar la famosa *manguera*. Era la manía del momento: un nuevo tipo de emboscada, caracterizada por el empleo de bengalas y una sabia combinación de ráfagas. La estela luminosa permitía ajustar el tiro a primera vista, uniendo lo preciso a lo graneado. Fidel había hecho instalar un sistema de cables y de tornos de mano que tiraran, a poca velocidad a lo largo de una carretera empinada (el guerrillero ataca a los vehículos en las pendientes), de un camión GMT de adrales, con maniqués sentados a ambos lados, como si fueran paracaidistas enemigos. Desde un pequeño alto rociábamos con nuestros AK de culata corta ese blanco alejado pero consentidor, según la orden convenida. El juego consistía en ser sólo tres los que dispararan. Como yo había acabado, a la larga, por incorporarme al trámite y que no apuntaba demasiado mal, el Comandante me incluía en el trío de tiradores tumbados del que él era el centro, aplicado y pedagógico. El objetivo era convencer a un comandante latinoamericano –ese día “Ricardo”, el jefe del Ejército de la guerrilla de los pobres (EGP) de Guatemala (que seguía en activo)– de que sólo contaba con él para sacudirse las pulgas. Un asalto de ese tipo permitía a una tropa en autodefensa estática pasar a la ofensiva. Así lo exigía la regla del *foco*, sacada de la experiencia en la Sierra Maestra y que esas nuevas armas ligeras hacían más factible. Sólo un irresponsable o un chiflado podría no aprovecharse de esa ganga.

–Hoy con el AK-47 tres hombres tienen la misma potencia de fuego que una compañía a principios de siglo. ¿Es increíble, no?

–¿Y bien? ¿Qué quiere decir eso, Comandante?– preguntaba uno de nosotros, falsamente incrédulo, cuestión de no dejarle en paz para que Fidel, desafiado, fuera hasta el final de la demostración.

–¿Están ciegos o qué? ¡Eso quiere decir que tres hombres pueden comenzar una guerra! Los inventores de estos fierros no sospechan las consecuencias– retomaba nuestro campeón, entre dos ráfagas (el tiempo en que dos soldados volvían a poner el camión acribillado en su sitio).

Protestas burlonas en el entorno.

–¡Usted exagera, Comandante!

–¿Realmente lo creen?

–¡Sería demasiado hermoso!

Cada uno se sabía su papel. Fidel miraba su Rolex fijándose en el segundero.

–En nueve segundos nadie ha podido saltar del camión (una vez más ayer lo ensayé con mis muchachos). Duración de una rá-

faga automática: entre dos y tres segundos. Poner el cargador: cuatro segundos.

Al momento verificaba:

—Tres, más cuatro, más tres. Echen cuentas. Primera ráfaga, treinta cartuchos, en el sentido de la marcha del vehículo. Eso es fundamental, insisto. Si no, sólo las primeras balas acertarán, las demás se habrán desperdiciado. Así pues, de la plataforma hacia la cabina, y una vez alcanzado el conductor, vuelta a la plataforma—. Apuntaba su AK y vaciaba el cargador. —Al cabo de tres segundos, y simultáneamente, intervienen los otros dos. La clave está en la simultaneidad. Tú, Régis, sobre la plataforma, en automático. Y tú, Ricardo, en semiautomático, para los que consigan saltar a tierra. La última arma sigue disparando, tiro a tiro, en caso de necesidad, para cubrir a los otros dos que se dirigen hacia el camión, o lo que quede de él. En diez segundos hemos hecho besar la lona a diez. ¿De acuerdo?

Una vez fijado ese punto encadenábamos con los escalonamientos de las emboscadas: la primera contra una vanguardia, lo que llevaba a toda la columna enemiga a retirarse, y entonces segunda emboscada, en el camino de regreso, cerca de sus bases. Es lo mejor cuando una tropa desmoralizada se acerca a sus acantonamientos y relaja la vigilancia.

—Atacas por la noche en tal o cual carretera, dos, tres veces. Entonces, el enemigo no vuelve a salir de noche. Vale. Bueno, lo atacas de día, a pie. ¿Que monta a sus efectivos en camión? Bueno, la manguera. ¿Que blindas sus vehículos? Bueno, las minas. Cuando tu sorpresa ya no sorprende, inventas otra: tomar siempre la delantera.

Estos regocijos nos ocupaban largas horas, en una farándula de estelas plateadas, fuegos artificiales en horizontal. Concursos de puntería, torneos sembrados de aclamaciones y de juramentos en los que Fidel, como un señor, estaba en la obligación de ganar. Aquel año estaba de moda el tiro nocturno: arma en la cadera, mirada por encima del cañón, ojos bien abiertos, rectificando según la trayectoria luminosa. Problema: las pavesas localizaban al tirador. Solución: brevedad y movilidad. Regla: tener el fusil armado para no ser detectado en la oscuridad por el chasquido del seguro. Por otra parte las granadas de fragmentación, por la noche, son más útiles que por el día para romper un cerco: no se localiza al guerrillero, que no tiene que alcanzar un objetivo preciso. Un día que por descuido levanté demasiado pronto el cañón se me escapó un disparo y por poco le doy al Comandante en jefe en

la cabeza. Regicidio por inadvertencia... En el calor de la acción no me lo tuvo en cuenta.

Se daba por supuesto que nosotros, los buenos, ocupábamos permanentemente las posiciones altas y los malos la hondonada de las gargantas; que siempre estarían flaqueantes y nosotros fuertes como un roble, la barriga llena, la cantimplora también, con municiones a voluntad e informes seguros, senderos de acceso bajo control y guajiros –campesinos de los alrededores– ganados para la causa. Esas condiciones, reunidas por naturaleza, puesto que llevábamos a cabo la guerra del pueblo, no admitían discusión (sobre todo porque nuestros ejercicios se desarrollaban en montañas amistosas y protegidas).

En Falcón, en el verano de 1963, la guerrilla venezolana me había mostrado una jungla muy distinta, por lo inhóspita, de los bosques sanos y aireados de una isla sin animales salvajes o venenosos. La treintena de guerrilleros que entonces conocí, en compañía de dos hombres de imágenes, mis amigos Peter Kassowitz y Christian Hirou, debían dedicar tanta energía y tiempo a los penosos trabajos de supervivencia física –agua, caza, transporte de alimentos, mantenimiento de las armas, acecho día y noche– que ya no les quedaban fuerzas a esos desdichados corroídos por las enfermedades tropicales para pensar en entablar combate con quien fuera. Para colmo de la mala suerte, el ejército venezolano se cuidaba muy mucho de entrar en una zona tan apartada, sin población ni producción económica, contentándose con cercarla para coger la presa cuando, sin fuerzas y sin recursos, tuviera que salir del bosque. Debidamente reprendido por Fidel y los veteranos de la Sierra Maestra, olvidaba rápido esas contraprestaciones, que ellos atribuían a una estrategia equivocada y a una deficiencia de mando. Mal pensado, mal hecho. No tenían en cuenta que la Sierra Maestra cubana es casi bucólica. Una Arcadia a lo Bernardin de Saint-Pierre saneada por los vientos, donde nunca falta el agua, sin cascabeles ni serpientes ni arañas venenosas, sin goros (esas larvas que se incrustan y crecen bajo la piel antes de echar a volar directamente desde la nalga o el brazo), convenientemente poblada, amenizada por bananeros y palmeras y, por añadidura, fácilmente accesible desde la segunda ciudad, Santiago de Cuba. Los juegos de guerra del Comandante escasamente servían en las selvas del continente –aquarium viscoso apenas translúcido, éter resistente y acorchado donde el guerrillero se abre un túnel con machete, los pies sangrando en los harapos, el busto en escuadra, con treinta kilos a la espalda, menos de mil calorías al día, un sue-

ño entrecortado por los turnos de guardia en la linde del campamento, acurrucado por la noche en una hamaca húmeda bajo un nylon con goteras. Si añadimos a eso disentería, tobillo roto, bala en el hombro o el muslo, llaga purulenta por falta de penicilina, diarrea, paludismo, ausencia de base de repliegue, tendremos el absoluto desamparo del guerrillero abandonado a sí mismo.

Esta preparación semejante a muchas otras, imagino, se exaltaba con una penumbra que la hacía muy superior al trivial período de instrucción. Ese añadido de prestigio tenía que ver tanto con las dimensiones del objetivo —la revolución mundial— como con la confidencialidad de los lugares y ejercicios. La cosa militar, clásica y mecánica reunía así lo que Honoré de Balzac habría llamado asuntos de alta policía.

¿Qué sería de la guerra fundadora sin enemigos camuflados que desenmascarar y sin agentes que infiltrar? Los rebeldes tenían el talento para esos juegos crueles impuestos por las circunstancias, y la cultura comunista de la organización, en ese punto, no ha puesto trabas a su talento. La cultura de guerra en tiempo de paz es el espionaje y la información. El mundo soviético se destacaba en eso. Fuera de los comandantes, felices poseedores de un apellido, mis compañeros sólo tenían nombre, y eran alias; ni dirección personal, ni despacho, ni número de teléfono. Ni grado reconocible ni uniforme, ya que en la ciudad iban de civil. Administrativamente dependían no del Minfar (las fuerzas armadas) sino del Minint (ministerio del Interior). Eran los “hombres *de Piñeiro*”, jefe del departamento América, coordinador de las operaciones clandestinas en el exterior, los miembros del Frente Liberación (en un medio feudal no se depende de una administración, se pertenece a tal o cual). Esa hermética francmasonería que, desde dentro, parecía una pandilla de alegres muchachos, informales y relajados (en la que un soviétólogo tontamente habría imaginado a mis “oficiales habituales”), me formó *in situ* en la cultura del misterio como dimensión constitutiva de las sociedades revolucionarias (lo que es el principio de publicidad para las sociedades burguesas). Por regla general, andarse con tapujos era una manera de vivir y de gobernar en los países burocráticos del Este, desprovistos de anuario de comercio administrativo, incluso de guía telefónica, donde los mapas de carreteras estaban clasificados “confidencial-defensa” y a cualquier corresponsal de un periódico extranjero se le trataba como espía apenas disimulado. En

la isla del Sur, el viejo truco era también una pasión existencial, llena de frescura e inventiva.

El espionaje, considerado por nuestras democracias como un mal necesario, cuando no vergonzoso, confiado a administraciones paralelas o subalternas, para carreras de funcionarios poco atrayentes, allí seguía siendo el oficio de señores que había sido en el siglo XIX (y a los ojos del almirante Canaris, jefe de información militar alemán durante la guerra). Un sacerdocio magnificado por la propaganda y confiado a la élite de la élite. En Cuba, los grandes espías gozaban de una considerable visibilidad social. Ulbricht no se exhibía con Marcus Wolf en Berlín Este, pero Fidel llevaba siempre con él a Barba Roja. Había una prelación tácita en los servicios de seguridad: los trabajos sucios del contraespionaje, cívicamente necesario, tenían un aura menor que la información y la acción exterior, atributos del primer círculo (como si la DGSE en Francia estuviera en el candelero más que la DST, o como si en Estados Unidos la CIA fuera más intachable que el FBI). Bloqueada sobre el terreno y obligada a estar a la defensiva, la revolución se toma la revancha fuera, sorteando el bloqueo por medio de la exportación clandestina. Contraofensiva o huida hacia adelante, la salvación vendría por pillar por la espalda al enemigo, con la multiplicación de focos revolucionarios en sus traseras continentales. Por aburrido o monótono que sea ese sector de actividad (muchas esperas, pocos golpes de mano), los servicios llamados entre nosotros paralelos pero allí centrales suman todas las ventajas posibles: una paranoia no solamente lícita sino aconsejable y funcional, la ebriedad del peligro, el placer jansenista del anonimato, la inmunidad de la cultura oral (nada de órdenes escritas y el menos papel posible) y la clausura de una casta por naturaleza, Este u Oeste, libre de tentaciones democráticas. En una religión de misterios, las verdaderas jerarquías son de orden iniciático. Desde el Comandante en jefe (Estados Unidos y América Latina constituían su dominio reservado), hasta el último oficial de seguridad vestido de agregado comercial en una embajada lejana, pasando por el pretoriano silencioso del escolta cuyos ojos brillan del orgullo de pertenecer al areópago impenetrable y envidiado de los que, ocho horas al día o uno cada tres días pueden comerse con los ojos al Supremo, incluso adivinar dónde va a estar con una hora de antelación. La pertenencia a los círculos concéntricos de lo conspirativo (de muy distinta naturaleza que nuestro bonachón “bajo la manta” o “la otra cara de la medalla”) clasificaba a los dignatarios; la mayor o menor importancia de los

planes conocidos medía para cada uno su cantidad de poder. De ese modo la retención de información estructuraba cada piso del dominio del hombre sobre el hombre, encerrando la vida política (si se la podía llamar así) en un círculo vicioso que arriba parecía la virtud misma (siendo “contrarrevolucionario” quienquiera que lo juzgara vicioso): porque estar en la cima es estar al corriente. ¿Cómo los que, abajo, no saben nada (los medios oficiales de información no informan de nada) podrían pedir cuentas a los que lo saben todo? ¿Cómo sugerir una alternancia que resultaría destripar los secretos en poder de los jefes y, por tanto, traicionar a la patria, o tantear a ciegas, y por ende traicionarla también? Por lo demás, informar es compartir, tanto como decir mutilarse: Fidel compartimenta al por mayor y al detalle. Y millares de Fidelitos repiten el juego en cada peldaño de la escala, el disimulo por orden descendiente formando una pirámide en cada ministerio civil, centro de producción, regimiento, instituto, unión de escritores, en la vida de barrio y de cada uno.

Nomenclatura: la palabra era aún insólita; decíamos: el aparato, término genérico para designar a los miembros todos del aparato de Estado, del Partido y de la Seguridad. De él dependía yo, como algunos centenares de latinoamericanos en proceso de partida. ¿No era yo acaso un “cuadro estratégico de la revolución”, como me dijo Piñeiro, con una cierta ironía en el fondo de sus ojos? Alguien al que había que proteger, vigilar, importunar y cuidar. Esas diferentes gimnasias se combinaban en la vida paralela que llevaban los futuros o antiguos combatientes desperdigados por las cuatro esquinas de la ciudad.

Incluso después de haber abandonado mi hotel por diferentes casas operativas no tuve que hacer compras y mucho menos cola. Unos empleados domésticos, vestidos de civil, velaban discretamente por la despensa, y el servicio de la “seguridad personal” del ministerio del Interior depositaba dos veces a la semana, con camionetas y repartidores de uniforme, los víveres necesarios en grandes bolsas de papel de embalaje. No teníamos que ir a la tienda reservada a los diplomáticos. El frigorífico se llenaba solo. Llegado el caso de enfermar, tendríamos nuestra clínica a disposición, el equivalente a Val-de-Grâce (pero cerrada a la morralla). La lectura masoquista del diario *Granma* ni siquiera era necesaria. Cada tarde recibía un boletín ciclostilado, unas cuantas hojas grapadas, titulado *Panorama Mundial*, que agrupaba artículos de la prensa americana y noticias de agencias internacionales. Y cuando nos encontrábamos con un miembro del Buró político o

un comandante que contara con los favores del poder, era un gozo descubrir lo mejor de lo mejor, reservado al más alto nivel: fajos en bruto de cables provenientes de la AFP, la AP, o la UPI (lo que oía o leía cada día cualquier francés en Francia realizado como secreto de Estado).

Las neurosis del ambiente me ganaban sin darme cuenta: enfermedad de la sospecha y delirio de interpretación. Tomada desde los extremos, a derecha o a izquierda, la visión policíaca del mundo es un alucinógeno poderoso, que da a los intoxicados –ventajas de los paranoicos sobre la morralla– las dichas de la coherencia, más los gozos minuciosos de la verificación. Poco importa que se tenga “todo falso” en el conjunto, si cada detalle confirma lo bien fundado del cuadro general. Por falta de tiempo, Pierre Goldman, al volver de Venezuela a Francia, malograría su cura de desintoxicación. La mía me ocupó diez largos años. El hábito contrapolicíaco hace imaginar un agente en el primer fulano, ve un doble fondo en cualquier pregunta anodina, descubre en el perro atropellado la “desinformación” por el “agente de influencia”. Poco a poco se fuerza la dosis para no tener “mono”. Vistos desde La Habana, dos de cada tres sociólogos y ocho de cada diez periodistas, en cualquier sitio de América Latina, de cualquier nacionalidad y tendencia que fueran, paseaban una “tapadera”, enemigos camuflados o falsos amigos (soviéticos, por ejemplo). Sin contar el personal de embajada, los funcionarios internacionales y los hombres de negocios de paso por la isla, agentes estatutarios y casi tranquilizadores. Los autores extranjeros, culpables de libros o artículos críticos sobre la revolución, eran al instante descalificados: un “están cogidos” que dispensaba de absorber el veneno puesto que tan tristes señores sólo podían repetir ignominias al dictado. Por regla general, todo disidente era “un agente de la CIA”, igual que Aquiles tenía los pies ligeros o Atenea los ojos garzos. El epíteto innato bastaba en la prensa y en los medios oficiales. En cuanto a los “órganos” –más exigentes–, cuando un nuevo sospechoso entraba en su campo de visión el único punto que merecía discusión era la identidad del servicio extranjero al que pertenecía el desconocido; pronto una decisión caía desde las cimbras, tan perentoria como inexplicada; imparable como todo rumor, aliviaba enseguida las inquietudes. Una vez etiquetado el inclasificable (CIA, Intelligence Service, SDECE, etc.) dejaba de interesar; todo estaba en orden, la hidra imperialista era una y la misma con varios tentáculos; el siguiente. Que fuéramos los delegados del Bien sobre la tierra se daba por su-

puesto; más extraño me parece hoy nuestra visión de las fuerzas del Mal: una organización centralizada, monolítica, dotada de una implacable coherencia en todos los puntos del globo. El imperialismo: una conjura planetaria y cínica, buscando las veinticuatro horas del día manipular, intoxicar, infiltrar y corromper a los más ingenuos o los más débiles de entre los Justos. Cuando pude conocer un poco, en Francia, esos servicios que con razón llamamos “especiales” para conjurar toda generalización (especialmente como secretario del Consejo del Pacífico Sur, donde las cuestiones nucleares eran capitales), recuperé, veinte años más tarde, un estado de ánimo igualmente sincero y justificado –tela de araña, nido de víboras y paraguas búlgaros– del “lado bueno”, con los frentes cambiados (la fechoría se convertía en hazaña y el traidor en héroe). El comunismo se perfilaba en las declaraciones y las notas de servicio parisinas en algo repugnante agazapado en la sombra y avanzando por todas partes topos y tentáculos para manipular, intoxicar, etc. Basta con hojear, en el propio Hexágono, las memorias de los vigilantes de las murallas, en el Occidente cristiano, para verificar que la cosa mejor compartida del mundo, que no es el sentido común sino la paranoia, es transversal a los regímenes y a los credos. Entre el Este y el Oeste, la satanización cruzada ha dado trabajo a miles de funcionarios. Cada servicio, a un lado y otro del telón de acero, con la misma patética indignación, ofrecía al escéptico las pruebas más materiales de la infamia rival. Cada uno tenía a disposición un museo de los horrores y diabólicas ingeniosidades traídas del otro lado: aparatos de escucha sofisticados, trampas para alimañas, restos de aviones espía, microfilmes, transmisores en miniatura, más de cien casos debidamente catalogados de topes desenmascarados, chantajes descarados, agentes dobles devueltos, etc. Me bastaba, en 1966, con una hora de conversación con Manuel Piñeiro para tener la certeza de que el Infame estaba al acecho, infatigablemente; de igual modo en 1986, con el patrón de la DGSE, en sentido contrario. Sin duda los dos tenían razón, y al mismo tiempo: nada se parece más a una KGB que una CIA y viceversa. La deformación profesional que les era propia era un racionalismo desesperante, que se acerca paradójicamente a la mentalidad primitiva por su intratable coherencia y la transformación de toda cosa en signo de otra cosa. Para un adepto al Gran Juego nada es fortuito, nada de libre albedrío. El hombre es todo, salvo sujeto de sus actos: conductor o conducido, manipulador o manipulado, burlador o burlado, pero nunca él mismo, tontamente, simplemente.

Los grandes espías, como los magos y los brujos, tienen en común que ignoran el azar, que gobierna las pequeñas cosas, y la necesidad, que gobierna las grandes. Bendita ignorancia que les dispensa de devolver los trastos, convencidos de la inutilidad, al final, de sus tinglados demasiado cuidadosos.

Individualmente y en conjunto, los compañeros del aparato tenían menos del “idiota especializado” que sus homólogos occidentales (según la idea que me pude hacer mucho más tarde). Los más fanáticos, extrañamente, no eran los que pensábamos. Nuestros bravos militares habrían podido envidiar su cultura política, su jovialidad y su libertad de tono. Formados de entre el montón, en la lucha contra Batista, esos latinos avisados y motivados se parecían más, me imagino, a los agentes de nuestra Resistencia que a los oficiales de carrera en los que la República francesa delega obstinadamente ese tipo de reponsabilidades (prefiriendo sin duda los simplismos del Gran Mudo –el ejército– a inteligencias menos disciplinadas, pero civiles y por tanto menos “seguras”). Curiosos del “otro lado”, los cubanos conocían el mundo norteamericano desde el interior, leían John Le Carré y Gilles Perrault, se interesaban por su cara a cara. Parecían menos expuestos a la vanidad. Sin duda una “sociedad cerrada” reduce las tentaciones, mientras que vemos a nuestros hombres de la sombra publicar sus memorias y frecuentar los platós al día siguiente de su expulsión. La videosfera alimenta la indiscreción y el exhibicionismo, incluso en los que deberían sustraerse más a él. Socialmente, por el contrario, lo que merece ser salvado en Occidente ofrece una solución colectiva infinitamente superior. Relega esos ejercicios y neurosis a los márgenes, pero los compensa, para saldar toda cuenta, con una sobreabundancia de obras de ficción. De ese modo nuestras sociedades se vacunan contra una demonología tan embrutecedora como improductiva, impidiendo al delirio ocultista hacer de ello una mancha de aceite. Películas, series, novelas de espionaje nos purgan irónicamente, según la vías probadas de la catarsis estética, de nuestras pulsiones fabuladoras y paranoicas, mientras que estas últimas son mantenidas, oficializadas e inculcadas como un deber en cada súbdito de los “países socialistas”. Sabiduría republicana, eso es lo que es nuestro confinamiento en sus límites, en los lugares apartados y por un tiempo llamado a propósito “de excepción”. Sabiduría venerable y romana, ya que en una ciudad tan dotada para la guerra como Roma, el templo de Marte estaba situado fuera del recinto sagrado de la Ciudad Eterna con el fin de que no fuera mancillada, y el

imperium militiae se apagaba nada más regresar de campaña el cónsul.

Como la obsesión sexual y la frecuentación de los cines, la atracción de la información baja con la edad. Estaba demasiado sofocado, al volver a Francia, para dar vuelta del revés la manía, como los antiguos comunistas que sustituyeron la hidra imperialista por el pulpo totalitario. Este símbolo de obsesivo, el neoliberal estalinista, ha desempeñado un papel dinámico en el periodismo y entre bastidores. A falta de entrenamiento preferí cambiar de chaqueta a darle la vuelta. Un presidente de la República, antiguo ministro del Interior, puede pedir a las agencias paralelas pequeños servicios para sus asuntos de dentro. Para los de fuera (los únicos atractivos para mis ojos de aficionado), la materia de esos gabinetes oscuros, bastante sombría, sólo realza una sana competencia administrativa, y para los que deciden, una atención fluctuante; la espuma que se forma fuera nutre sucedáneos de novela, o faroles resumidos. El propio Malraux, evocando a Guevara, en los circunloquios de una conversación imaginaria con de Gaulle, en *Les chènes qu'on abat*, no escapa a la norma: "¿Estaba en el maquis con su amante ruso-argentina, agente rusa, de la que dicen que lo entregó?" "Pero si eso era falso. Ella no había dejado de sugerirle que organizara dinamiteros de minas, y que les subordinara los pueblos, con más o menos células establecidas por los servicios americanos. Pero tenía sus recuerdos de Cuba, y sus ilusiones maoístas [...] Gracias a esta mujer, sólo gracias a ella, los servicios rusos pudieron protegerle algunos meses. Además, ella recibió cinco balas en el vientre como consecuencia de un enfrentamiento del maquis, murió, y fue entregado once días más tarde."

Un error por cada palabra: sin duda Tania no fue la amante del Che, que se abstenía bastante bien; no era rusa, sino alemana de la RDA, nacida en Argentina. Intérprete en Cuba, reclutada sobre el terreno, enviada luego a La Paz como "agente fijo", no tuvo que ir a las minas de estaño; la mataron cuarenta días antes que al Che, con la retaguardia de Joaquín, al atravesar un río, cogida en una emboscada; ilusiones maoístas el Che ya no tenía, sobre todo desde su viaje a Pekín, donde le habían mostrado tras un cristal a un Buda viviente llamado Mao; a las aldeas perdidas de Valle Grande, pobladas de analfabetos atemorizados, guaraníes que apenas hablaban español, les habría costado esconder a unos James Bond; y no veo cómo los servicios rusos, cuya primera preocupación no eran los indios del Chaco, habrían podido proteger a alguien que la dirección comunista local, mejor implantada, y sus propias au-

toridades políticas más bien tenían ganas de torpedear. Qué más da: todo eso “queda bien en el cuadro”. La única virtud que se requiere del que cuenta: la firme resolución de ignorar los mapas y el calendario. Negligencia permitida a los virtuosos del *bluff*, que saben, como el muy lúcido Malraux, reconstituir lo real con lo imaginario (incluso si aquí su genial mitomanía se extravía). Por el contrario, el farolero medio que invade quioscos y escaparates, colma nuestra capacidad de asombro.

El caso cubano se distinguía a su favor de los europeos por su ausencia de hipocresía. Practicaba sus valores militares lealmente, crudamente, sin inscribir en el frostispicio de un ministerio de la verdad: “La guerra es la paz”, como en el 1984 de Orwell. Ese socialismo de guerra desdeñaba lo plañidero, del tipo Movimiento por la paz, “demócratas sinceros y hombres de buena voluntad”; las nanas moscovitas *mir i drujba*, “paz y amistad”; los cromos albergues de la juventud, chicos y chicas *chic* dando la vuelta al mundo, con el pañuelo rojo al cuello y la mochila a la espalda. Al poner en primera fila a los profesionales de la violencia, ese protocmunismo, aún sin etiqueta, asumía orgullosa, ingenuamente, a la partera de la Historia. Nuestras sociedades de consumo infravaloran la guerra. Las sociedades de poder, sea cual sea su debilidad, la sobrevaloran. Sin darse cuenta de sus límites. El jacobinismo a la francesa se exalta en el reclutamiento en masa y la patria en peligro, pero puede sobrevivirles bajo formas más bonachonas (la *guerra* escolar, el Plan “ardiente obligación”, la *enérgica* reforma del crédito, etc.) Por muy pacifista que fuera su presentación, o su disfraz, la estrella roja no ha dejado de declinar en la paz; la beligerancia le era consustancial, y el “comunismo de guerra” casi una fórmula redundante. En la guerra (internacional o civil, la una después de la otra), nació, la ha perpetuado, la ha sufrido, la ha gozado. En el fondo, guerra de partisanos, guerra total, guerra convencional o de insurrección, ese sistema no sabía hacer otra cosa, y el propio fascismo hizo otro tanto. El comunismo, en todas partes o casi (dejando aparte Afganistán) ha ganado la guerra y perdido la paz. Ha ganado la guerra de los tanques y de los espías, perdido la de los vaqueros, la batidora, el rock, las imágenes y las estrellas del espectáculo. Su historia, en la propia Europa, testifica por (o contra) sus orígenes: nace en las entrañas de la Primera guerra mundial, se acurruca en el período de entreguerras, centellea de nuevo en Stalingrado y en el maquis,

se infla en la posguerra, y muere de paz. ¿En nuestra propia conciencia colectiva las Brigadas Internacionales no borran acaso los procesos de Moscú; el heroísmo del Ejército Rojo, el pacto germano-soviético, como, en Francia, Fabien y el *Affiche Rouge* han borrado las deserciones y las componendas de 1940? En el imaginario del militante francés, Tillon y Môquet absuelven a Thorez y Marchais, los FTP compensan de los hombres del aparato. Los mejores militantes vinieron a los partidos francés e italiano durante la Resistencia y los abandonaron enseguida. Mauthausen y Buchenwald hicieron inclinarse a antiguos deportados demócratas hacia el estalinismo, como a Pierre Daix; y cuántos pasivos o prisioneros, como Althusser al volver del campo de concentración, se unieron al Partido después porque sintieron que sus miembros sabían lo que otros habían desaprendido: hacerse matar. El respeto por el hombre comunista (que no excluía una hostilidad lúcida al propio sistema) fue disminuyendo a medida que cicatrizaba en nosotros la guerra mundial. De igual modo, nuestra consideración retrospectiva para “el gran pueblo soviético”. En 1995, en un cine, los chicos y las chicas de veinte años que veían el *Schindler* de Spielberg se echan a reír tumultuosamente en la última escena (el oficial del Ejército Rojo a caballo acogido como libertador por los judíos detenidos). Mis vecinos creían que era un efecto cómico del guionista para relajar la atmósfera. En 1945, los jóvenes franceses habrían considerado sospechosa la discreta alusión de la escena. Tal vez un día se llegue a un justo medio en los ánimos desapasionados.

En su diario de guerra, Ernst Jünger, al ver a Céline en la primavera de 1944 asediar la embajada de Alemania en París para obtener papeles y salvoconductos, anota que es “curioso ver cómo unos seres capaces de exigir con total sangre fría la cabeza de millones de hombres se preocupan por su mísera vida”. No era este el caso de los barones y duques: “Patria o Muerte”; lo que predicaban, se lo exigían a ellos mismos. Entre comandantes, capitanes y tenientes (los tres grados del Ejército rebelde en sus comienzos), aproximadamente quinientos partidarios de la guerra a ultranza han perecido discretamente en “misiones internacionalistas”. La primera, en Santo Domingo, en 1959. Luego, en Nicaragua, Venezuela, Granada, Argentina, Bolivia, Chile, Guatemala. Sólo la guerrilla colombiana se resistió a esta invasora fraternidad, rechazando en sus filas y aún más a su cabeza cualquier injerencia cubana. Las expediciones africanas, después de la desastrosa locura de Guevara en

el Congo, pusieron en acción, por el contrario, en Angola, Etiopía, Somalia, Yemen, Guinea-Bissau, unidades regulares con medios convencionales. Ciento cincuenta mil cubanos serían enviados a Angola, quisieran o no, y por turnos: se les llamó “voluntarios” por convención (los que querían quedarse en casa eran severamente castigados).

Voluntarios, en los años sesenta, esos cubanos lo eran lo bastante como para prescindir de la palabra, hasta el punto de disputarse el honor de ir a infiltrarse en países donde nada (y la mayoría de las veces, nadie) les llamaba. El don de sí se ha deslizado de Marx a Alá, de Hanoi o La Habana a Teherán o Argel. Decimos “fanatismo” para designar una dedicación desconsiderada, que expone su vida y la de los demás más allá de lo necesario (defensa nacional o intereses vitales) y sin ánimo de lucro (mercenario o “perro de la guerra”). ¿Cómo, entonces, distinguir a los “Patria o Muerte” de los “locos de Dios”? En primer lugar, el garbo; el correr tras el ron y las faldas; la guasa y la jovialidad. Eso corta radicalmente con los afganos demacrados y macilentos (tal como los descubrí veinte años después, en la frontera paquistaní, rígidas figuras de la Inquisición, cubiertas en aquella época por la aureola del “combatiente por la libertad” de los que Occidente de manera unánime, sus medios de comunicación, sus servicios secretos y la *intelligentsia* francesa en particular, disfrazaban esos valerosos oscurantismos). El contraste no es menos grande por lo que se refiere a su situación espiritual. Cristianos a su pesar, esos agnósticos descarados se creían no creyentes. Dando la vida a Alá o a Cristo, el mártir gana en el cambio. Pasa de un purgatorio al paraíso. La muerte del comando suicida a manos del infiel precipitará su felicidad, salvando su alma de un cuerpo calamitoso. ¿Pero qué sucede con una yihad laica? ¿Qué interés en la nada puede tener un materialista? Un valiente en marcha hacia la leyenda—como Guevara— puede esperar permanecer en el corazón de un pueblo, la única vida eterna con la que puede soñar un descreído. ¿Pero y el clandestino que se infiltra de noche, con papeles falsos en una playa lejana, cuando no hay ninguna guerra declarada? Me vuelve a la memoria Tito Briones, el primer jefe de las tropas especiales (con quien me había entrenado), muerto en una playa venezolana en 1967. O Demetrio Escalona que acompañó a Camaño en 1972 a Santo Domingo. Para aquél ninguna recompensa póstuma. Su gobierno renegará de él para escapar a las represalias, y la resistencia local (por poco precavida que haya sido) hará lo mismo, por amor propio y patriotismo de organización. Sólo una cul-

tura histórica muy particular puede dar cuenta del enigma de la muerte feudal sin la metafísica de la feudalidad.

Fue una suerte para el régimen de Fidel Castro que el “embargo” americano, contra el que no dejó de protestar, con razón, viniera a relevar desde fuera el estado de guerra más o menos abierta de los años de plomo, permitiéndole de ese modo la imbecilidad imperial, después de la guerra fría, conjurar un estado de paz y de libre intercambio con el exterior al que no habría podido sobrevivir. Lo obsidional fue y siguió siendo hasta el final su oxígeno.

¿Qué había venido pues, a *hacer*, a algunos años luz de mi terruño?

¿*Qué hacer*? Pregunta demasiado ortodoxa. Rechaza y refleja una inquietud menos confesable: ¿como *quién*? ¿A qué predecesor quería parecerme? Ningún tratado político socorrerá a esas preguntas más pertinentes y menos frívolas, ya que cada respuesta es una novela que nadie puede escribir por nosotros. O más bien se graba en nosotros a nuestras espaldas, en fragmentos, y no sin imprevistos, a partir de historietas desperdigadas, trozos de películas flotando en la retina. Subterráneo como es, ese montaje, si por imposible lo lleváramos a término, no valdría para ningún otro y llegaría demasiado tarde. Aun cuando pudiéramos alcanzar nuestro objetivo y recompensar, con toda imprudencia, a nuestro ego predilecto, como un retrato robot a partir de indicios incoherentes, la suerte está echada: no seremos, está claro, el que habíamos soñado ser. Lo habremos sido mucho menos, o de través, y hasta al revés. El insecto de metamorfosis que es un joven de proyectos se distingue de las orugas en que no alcanza casi nunca la forma de mariposa adulta, la que los entomólogos llaman *imago*. No es que yo tuviera una elevada imagen de mí mismo: magnificaba a mis compañeros, nuestras tareas y la época. Quizá sea el destino de los humanos que tengan que imaginar grandes avenidas para arriesgar unos pasitos.

Si ser grande es “abrazar una gran causa”, a la gente de estatura media siempre le interesará que le crezca el cuello. Mucho se nos tenía que subir a la cabeza para imaginarnos que un puñado de tíos y de kalachnikovs iban a “hacer la revolución”. Cada uno se lo creía, amigos y enemigos. El fantasma que había desertado de Europa recorría los Andes, lo bastante obnubilador para evitar que se calibraran en su justa medida nuestros efectivos y nuestros medios, supuesto que debíamos “liberar” un continente. Eso ha-

bría sido presunción en cualquier otra parte, pero la historia latinoamericana no se rige por las normas comunes; unos pocos locos intrépidos son suficientes allí para poner todo patas arriba. En 1956, en México, Fidel se proponía desembarcar en Cuba con trescientos hombres; consiguió ochenta y dos a final del año; quedaron doce en pie al cabo de una semana, de los cuales siete armados. El primer ataque a una guarnición se hizo con treinta guerrilleros. Al cabo de dieciséis meses había ciento cuarenta rebeldes. Ochocientos invadieron la isla a finales de 1958, y en el momento de la entrada en La Habana el Ejército rebelde no llegaba a tres mil hombres (de los cuales, mil quinientos reclutados en el último mes).

Ya estaba en el orden de grandeza microscópica de los Libertadores. Un abogado se había apoderado de un país de siete millones de habitantes con los efectivos de una compañía; y un insolente, Bolívar, de un continente de treinta millones de habitantes, en 1811, con un regimiento. ¿Todo sería pues, “en las orillas misteriosas del mundo occidental”, cuestión de voluntad y de táctica? Todo no, pero mucho. Desde la Conquista hasta los nuevos zapatistas es una constante, en las Indias occidentales, esta desproporción (entre la pequeñez de las causas y la enormidad de los efectos). Con seiscientos hombres y dieciséis caballos, Cortés pulverizó no solamente un imperio sino una civilización; con ciento ochenta hombres y treinta y siete caballos, Pizarro quebró la pirámide del Imperio inca decapitándola; y Bolívar, con un puñado de ingleses y de desaharrapados de las orillas del Orinoco, terminó con el más viejo imperio colonial del mundo. Rapidez y mística suplen por defecto a las fuerzas sociales y materiales. Desde 1520 hasta 1960, esta historia caótica nos muestra un mismo desfase entre sujeto de hecho y sujeto de derecho de las convulsiones sociales; entre la “vanguardia” y las “masas”, entre el pequeño motor y el gran movimiento. No sería irreal definir la política en Macondo como el arte de lo imposible. En su lentitud, muchos de estos países dan la sensación de avanzar a cabezazos, sobresaltos voluntaristas entrecortados por extensas playas de adormecimiento; y un puñado de niños bien dotados basta, de tarde en tarde, como hemos visto últimamente en México, para sacudir este sopor.

No era mi propósito dedicarme a la catequesis. Ni tomar la pluma como arma —como buen intelectual. Ningún afán de vencer —vencer bastaría. Nunca se me pasó por la cabeza enseñar en las escuelas del Partido, parir artículos en *Granma* (el *Pravda*

local) o cantar las virtudes del Jefe. Me imaginaba como franco-tirador en la sombra, tinta y sangre, marginal en el centro de las cosas, *machine-gun* en una mano, máquina de escribir en la otra. Me imaginaba entre los *missi dominici* del Centro, como enviado del Gran Cuartel general, saltando de un maquis al otro, de una capital a la otra. En tanto que "ojo de La Habana", al igual que hubo, antes de la guerra, en París, Madrid y Berlín unos "Ojos de Moscú" (el suizo Humbert-Droz, el checo Fried, el italiano Togliatti). Los encargados de misiones ganan si son extranjeros en su país de misión —por la objetividad de su mirada y la imparcialidad de sus informes. Me identificaba, pues, con el "revolucionario profesional" de antes de la guerra, tipo ideal anticuado al que la Mitteleuropa predisponía mejor que el mar Caribe. Ese nómada irregular, dedicado al autocastigo, yendo y viniendo entre la Underwood y la 9 mm, no tenía nada del brillo, del aspecto borrascoso y un poco fanfarrón que asemeja al "insurgente" o al "rebelde" a un Hernani teatral (además de que los Andes o la Sierra Madre son un decorado más sugerente que Bruselas o Berlín). Y es que los introvertidos de la grafoesfera, al revés que las videoesferas zapeadoras y bulliciosas, se proyectan de mejor gana en personalidades del pasado engrandecidas por la exégesis y el tesauro que en figuras de actualidad, vírgenes de biografía y de reputación muy aleatoria.

¿A quién quería exactamente parecerme? A un cruce de Serge y Sorge. El primero, corrector de pruebas; el segundo, periodista. Me veía en La Habana en el II Congreso de la Internacional comunista, en 1920, recibiendo, como el autor de *Lo que un revolucionario debe saber sobre la represión*, al americano John Reed, a los franceses Alfred Rosmer y Raymond Lefebvre, al holandés Sneevliet, al indio Roy, fundador del Partido comunista mejicano, al húngaro Béla Kun. El hotel Habana Libre yo mismo lo rebauticé hotel Lux. Yo sustituía las columnas de estuco y los artesonados dorados del teatro Chaplin de La Habana donde se llevaba a cabo la sesión de clausura de la Tricontinental. Mis Bujarin, Zinoviev y Radek estaban en la tribuna, de verde oliva, y hablaban español; pero la sala hablaba cinco o seis lenguas, por la que yo zigzagueaba, políglota condescendiente. Yo había nacido en Bruselas en 1890 de padres rusos; me habían encerrado en la Santé por complicidad con la banda de Bonnot; y pronto iría no a Berlín sino a Caracas, corresponsal clandestino de un nuevo *Inprekor*, el boletín mensual de la Internacional bolchevique. Esta vez, progreso, me zafaría de la G.P.U. y Romain Rolland no tendría que arrancar a

Stalin mi liberación (justo después del Congreso internacional para la defensa de la cultura, París, 1935). Victor, el escritor ruso belga de la oposición de izquierdas, había muerto en México en 1947, discretamente; Richard, organizador alemán de la red soviética en Shanghai y Tokio, había sido ahorcado por los japoneses en 1944, gloriosamente. Ese sueño espurio combinaría los incentivos de la alta moralidad trotskista y los del *Reader's Digest* (estilo “el espía del siglo”). Fórmula de compromiso ideal, puesto que un agente en tiempos de guerra, contrariamente al “permanente” de tiempos de paz, afronta las mayúsculas sobre el terreno, a cubierto de las fáciles desilusiones del moralista por los ajetreos minúsculos y adherentes del clandestino. De ese modo conservaría una doble pertenencia: a la República de las letras europeas y a la Internacional de los agentes secretos, agente de enlace de las estanterías ante las armerías. Entre correo y oficial: un elfo inasible e inmortal. A pesar de los clichés que les enfrentan como perro y gato, el “revolucionario profesional” (mirada turbia, virilidad vellosa, bombas con mecha bajo la chaqueta, vagabundeo perpetuo) y el “hombre de letras” (mirada aterciopelada, manos femeninas, bata casera, suavidad sedentaria) han patrullado las mismas zonas del espíritu, y hasta los mismo barrios –así Lenin en Zurich en 1916 que vivía en la casa al lado del cabaré Voltaire, cuna de Dadá, donde charló un día con Tristan Tzara. No lejos de la casa de James Joyce y Romain Rolland. “Hombre de letras” es lo que pondrá Lenin en la casilla “profesión”, en su tarjeta de inscripción en el congreso del partido bolchevique en 1919. Jugaba al ajedrez con Gorki, del mismo modo que Trotski hablaba de igual a igual con Diego Rivera o André Breton. Revolucionario y literario, angora y bóxer; dos animales de una misma fauna urbana, de un mismo condominio, pronto privados de “nicho” (el tubo catódico y la devaluación de lo político matan dos *has been* de un tiro).

Miembro de una Orden disciplinada y jerarquizada, el irregular clerical vivía en el siglo como recluso, del que bastante a menudo tenía los lentes, la delgadez y el aspecto ausente. Cuando se encontró con él, en 1941, en el carguero que les conducía a los dos de Marsella a América, Lévi-Strauss descubrió en Victor Serge “una vieja señorita de principios”. Ex asiduo de las cárceles de Francia, España y Rusia, el ex anarquista que se unió a Lenin en 1917, el intratable adversario de Stalin, perseguido por las policías roja, morena y tricolor, le evocó la imagen asexual de un monje budista. Nuestra tendencia a instalar a los revolucionarios como marginales miríficos dándose la gran vida, cruce de Sergio

Leone y André Malraux, olvida que la subversión social, que dura un siglo, ha tenido como ejes caracteres de orden, obsesivos y escrupulosos; preocupados por pasar inadvertidos, conservando el anonimato, entregados en cuerpo y alma al futuro. No sé si ese tipo psichistórico estaba movido, como diría un nietzschiano, por el resentimiento y el odio a la vida. Por haberme encontrado con algunos ejemplares de todas las tendencias y nacionalidades (trotskistas, anarquistas, comunistas), me acuerdo de que ese peregrino monacal, rígido y rigorista, en las antípodas de la “figura de pro”, se reía de los bravucones como de los calaveras y que prefería una penumbra estudiantil, hasta una cierta mojigatería, al desaliño de una bohemia egocéntrica y dionisiaca.

Lo que da a esa contrasociedad revolucionaria contornos tan anticuados es la confusión que la videoesfera ha producido en nuestros espíritus entre la afición a aparecer que tienen nuestros cizañeros caseros y la cultura del misterio en la que entonces se inscribían las actividades subversivas. Al día siguiente de Octubre 1917 había tan pocos cines como gafas negras. Dejando a un lado a Chaplin y Emil Jannings, el cine mudo no producía estrellas; sólo había actores en la ópera y en el teatro, espectáculos de élite. Entre el agitador, el provocador exuberante de después del 68, del tipo Jerry Rubin o Eldrige Cleaver, y esos monomaníacos metódicos, hambrientos de lecturas y nada presumidos, que sirvieron de armazón anónima tanto al estalinismo como al trotskismo, hermanos enemigos, hay el mismo abismo que entre la Cruz Roja de 1930 y el *charity business* de 1980 (la estrella del “terrorismo internacional” sería con relación al antiguo “agente de Moscú” lo que el campeón de lo humanitario al camillero suizo). Es el abismo cronológico y moral que separa el culto al Libro del culto a la Imagen —y la tipografía del plomo, de la prensa electrónica. Mis pocos fogosos prototipos, esos “cuadros” transnacionales desaparecidos a media carrera, la mayor parte asesinados por Stalin, apenas iban al cine, me imagino, o no lo suficiente. Esos solitarios demasiado disciplinados han podido dejar un nombre en los archivos pero no un rostro: los Borodin, Ignace Reiss, Pianitsky, Willy Münzenberg, Koltsov, Hans Beimler, el jefe de la centuria Thaelman en España, Artur London, y tantos otros desconocidos por el público, con los que me había cruzado aquí o allá en memorias o notas a pie de página. Esas estrellas grises de las leyendas rojas, me consolaba de su evanescencia prestándoles una larga y triunfante posteridad.

“Cuanto más hablen de mí, mejor”, habría dicho un día Carlos, la estrella del terrorismo de izquierda, “pues más peligroso pa-

rezco.” Verdadera o falsa, ese tipo de fanfarronería habría desentonado en nuestros medios donde reinaba un cierto esnobismo del incógnito. Entrar en Revolución era hacer voto de oscuridad, de pobreza y de obediencia –no de castidad. A los que más admirábamos era a los que menos daban que hablar de ellos, o se las arreglaban sin semblante. Con su genio publicitario, Fidel concentraba en su persona las luces de las candilejas, absorbiendo en su provecho todos los deseos de figurar flotando entre sus partidarios. ¿O era que cada comandante había comprendido que tenía las de perder si quisiera competir con el Líder Máximo? Al primer círculo le gustaba representar las arlesianas, engañar a los proyectores. Sólo la élite de la élite accedía al *nec plus ultra* de la desfiguración por los servicios técnicos del ministerio del Interior (el equipo especializado de Ramiro Valdés). Así fue cómo el Che, al final de su entrenamiento en la hacienda puesta a su disposición, al venir a La Habana a decir adiós a sus hijos, totalmente irreconocible, oyó decir a su hijita, Aleidita, a la que había cogido en sus rodillas, que le perdonaría esa familiaridad porque tenía el mismo acento argentino que su papá. Para el Hombre nuevo significaba poco una foto de identidad. Los gentileshombres de bastidores no buscaban hacerse ilustres por el ruido sino por el secreto de un *perinde ac cadaver*. Con su dimisión oficial y su marcha clandestina a Tanzania, en marzo de 1965, el Che, *deus absconditus*, ¿es que no había consagrado su preeminencia con una pura y simple invisibilidad?

Felizmente, el culto a la personalidad alrededor de Fidel procuraba a todos reaseguros narcisísticos. Es un rasgo común en los círculos de allegados, que, en diferentes grados, poseen el arte de repartirse el cuerpo del patrón, tal como está reflejado por sosias y ventrílocuos. Aunque alejados de la galería de los espejos de la Corte, los “hombres de la sombra” se benefician de un reflejo de reflejo, que les da derecho a una celebridad por poderes (ya sea en el Caribe, alrededor del Jefe, o en Francia, alrededor del Presidente). El creyente ama al Jefe como a sí mismo, como nosotros mismos le devoramos con los ojos. Ingestión a distancia, de la que esperamos que nos lleve a tomar su tono de voz, a injertar en nuestro cuerpo los gestos de su mano, sus arrugas, su andar. He visto la masticación mimética de una misma carne por mil bocas, mil ojos ávidos engendrar, tanto en París como en La Habana, milagro de ese canibalismo amoroso, cientos de comandantes o, más tarde, de presidentes, réplicas en miniatura del original, escoltándolo en círculos concéntricos como las jerarquías de ángeles, con

rostros todos parecidos, que rodean en ciertos retablos flamencos la figura del Padre (de ese modo nacieron, más peligrosamente, de arriba abajo de la Alemania nazi transformada en pueblo-cerco, millones de pequeños *Führer*). El poder, enfermedad ópticamente y no sexualmente transmisible, da así lugar a epidemias imitativas propagándose a partir de un foco central, el Amado (reproducción mejor preservada que la otra de los angustiosos virus que todos sabemos).

Discreción, exhibición, todo tiene un término medio. Al igual que un mismo temperamento personal puede ser utilizado por dos sociedades o dos momentos de una sola para cumplir funciones opuestas –la reflexión espiritual o la insurrección general–, un mismo estilo de conducta puede tomar una dirección contraria según el entorno en el que se halle un interés de gloria. Ese camaleón se ha visto en otras. Mirad si no: ese espécimen representaba allí la desaparición y aquí regula los proyectores. Ecosistema obliga: en la guerra subterránea, la oscuridad marcaba el poder; en la sociedad del espectáculo, el poder de un individuo se mide por su visibilidad social. Y se declara, este animal, más a lo suyo en ese “nicho” que en aquél, hace más por las torres de marfil que por las vueltas a la pista, y es que ciertas ambiciones se encuentran más a gusto en la abnegación que en la demagogia. Pido a los señores, a las señoras del jurado que no se dejen engañar por los montajes del acusado...

Frente a los defensores de la “vanguardia político-militar”, las trampas del eterno amor propio se duplicarían de sospechas propiamente sociológicas. Cualquier cronista del “socialismo de los intelectuales” descubrirá aquí un caso entre otros mil de sediento astuto, sección “burocracias celestiales en formación”. Requisitoria desengañada, tesis conocida:

El movimiento socialista, que se ampara tras la invocación de los proletarios, traduce los intereses materiales de una categoría social distinta de la clase obrera, la *intelligentsia*, que hizo su aparición en el XIX con la democratización de los sistemas educativos. El eslogan “el poder a los trabajadores” en realidad disimulaba el feroz apetito

de una capa de “desclasados” (frustrados, insatisfechos, amargados) en busca de dominio, a los que el orden tradicional no ofrecía salidas a la altura de sus aspiraciones. ¿Es este individuo el tipo del “intelectual proletarioide”, quebrantando el destierro, el enésimo burgués antiburgués, fracasado presa de bovarysismo, sirviéndose del levantamiento anticolonial como de un trampolín para una negativa a hacer carrera más jugosa que una trivial búsqueda del éxito personal? Lo que queda de supremacía inmaterial en un mundo materialista, ¿no es acaso al caballero de la Justa Causa a quien le cae en suerte? ¿Al revolucionario profesional “armado de la teoría científica de la Historia”, que iba a endosar a las clases trabajadoras la conciencia que les falta? ¿A un futuro parásito del Estado, encaramado de por vida sobre un pasado de combatiente más o menos apañado? ¿Ese exaltado se dice preparado para sacrificarse por un mundo mejor? No crean nada de eso: quiere curar su pena de vivir y librarse de aprender un verdadero oficio. No vayan a confundir el amor por los pobres y el odio de sí de un hijo de familia. El peor de los egoísmos se viste de altruismo...

Esos sarcasmos estarían en falso por el agarradero de fuerza mayor —cuando la ocupación extranjera, la abdicación de una República transformada en “Estado francés” atañen a lo existencial al afectarlos a domicilio. Nadie acusará de esas segundas intenciones al resistente europeo de 1941: responde presente— urgencia obliga. ¿Pero qué es lo que hace correr a un voluntario extranjero al que ningún desastre empuja y que rechaza actuar como solista, fuera de jerarquía, fuera de plan? Pues lo peor era que yo me quería militante organizado y disciplinado, no aventurero, ese electrón libre que se sirve de los demás para embriagarse de sí mismo. Alma de élite, escritor fuera de serie, el coronel Lawrence rebasaba mis medios; me había replegado, lo hemos visto, a un *remake* latino-kominterniano que se me daba mejor. ¿Pero qué relación vital mantenía yo con los masacrados latinoamericanos? ¿Con esos proyectos de desembarcos en países lejanos, sin otras apuestas más que las imaginarias para quien no estaba en ello? El olor de la pobreza, esa mezcla de agrio y moho, no se me pegaba a la piel. Algunas semanas en una mina de estaño a lo *Germinal* en Bolivia, cerca de Oruro; algunos intercambios con peones en plantaciones de plátanos,

en Ecuador; contactos con uno o dos sindicalistas chilenos, en Santiago. En total, sólo había congeniado con “cuadros”, permanentes o cabezas locas.

Al informe “causa de los pueblos contra la necesidad de hacerse el interesante”, el Ministerio Fiscal podría incorporar otro cuerpo del delito: nuestro credo oficial. Nos decíamos un poco demasiado leninistas para ser verdaderos marxistas. Quien se obsesiona con la política deja de lado a la sociedad. La revolución, sin la gente. El Estado, sin la vida: el vicio habitual del jacobino. Añadid a ese pasivo un sentido exagerado de la organización. El organigrama es la cortesía del mando; como “coordinar”, para “subordinar”. Lo óptimo: organizar a los demás, impidiéndoles que os organicen primero. De este arte inmemorial, la cultura comunista había hecho una segunda naturaleza. “¿Internacionalismo proletario?” Subordinación de la parte al todo, representado por un centro, Moscú en este caso, el único habilitado para definir cuáles son los “intereses permanentes y generales del movimiento”. Pekín se había rebelado en contra, y desde 1958 presentó claramente su candidatura al magisterio universal.

¿Estaba lejos, el inculcado no hablaba chino, y Mao era más inaccesible que Buda? Por suerte, para él la rueda había girado gracias a Ben Barka y sus amigos de El Cairo. ¿Apartándose de las tesis ultras y demasiado etnocéntricas del Imperio del Medio, el Tercer mundo, en 1965, había situado su Roma en La Habana trasladando allí la sede de sus instituciones representativas? Que no se agarre a eso, el inculcado retira de su faltriquera dos continentes de cinco. ¿La Tricontinental realmente no ha conectado con los movimientos africanos, demasiados caóticos, ni con los asiáticos, donde el soberano chino estaba sobre aviso? De acuerdo, actuaremos sólo con América Latina, una miseria, veinticinco países. Al decidir que ahí estaría el epicentro, al asociarse a su “Centro dirigente”, La Habana, nuestro Bismarck de salón creía catapultarse al corazón de las cosas. Así, a la satisfacción alucinatoria de hacer la Historia en caliente en lugar de escribirla a toro pasado, se añadía la presunción que da alas a los timoratos. En el centro de la escena, sobre un fondo de miserias bien reales, feliz de lo peor con tal de que se le diera un papel en la película...

Por ahora, me habían puesto a prueba enseñándome cómo disponer seis pastillas de plástico en derivación con un sólo detonador, para destruir un puente de prisa y corriendo. Quizá nunca utilice ese saber hacer, más divertido en todo caso que deletrear la lista de categorías kantianas a un preuniversitario del instituto Jeanne-d'Arc en Nancy. Más vale acumular lo nuevo que dar salida a lo acumulado. Además de los beneficios de la formación continua, ¿no había hecho, a fin de cuentas, un buen *cálculo*?

¿Proceso de intención? No, de hecho consumado. La prueba: me libré. Nadie somete a examen a los que dejaron la piel en una cuneta. Al salvarla, con mis nombre de pila, barriga y carrera, debía esperarme ver a François de La Rochefoucauld, el autor de las *Máximas* (1613-1680), volverse hacia mí, con el dedo índice sombrío. ¿Qué responder al fiscal de los insomnios? Perorata por perorata, me arriesgo mejor a ésta:

Querido duque, vos reducís el mundo a la Corte, porque vuestro partido, la Fronde, ha perdido. Es despecho. Bajo vuestro rasero, «el amor propio», todas nuestras acciones vienen a ser lo mismo y ninguna vale nada. Bien veo el interés en juego tras vuestro nihilismo saqueador: devaluar la naturaleza humana dejada a sí misma, para entronizar la gracia y hacer volver a los altares a los que Versalles ha repugnado. Pero han pasado tres siglos, y Dios tiene ausencias. Hoy hay que arreglarse con las únicas fuerzas disponibles, las nuestras. Que seamos monos, convengo en ello, pero no por ello hay que concluir, querido colega cortesano, que todos toquemos el mismo aire, y que suene desafinado. El mío, por ejemplo. Pero he oído por los alrededores bastantes cavatinas que hacen llorar de felicidad para saber que entre los titís también tocan. De acuerdo: todas nuestras virtudes son “vicios disfrazados”. Salvo una: el valor, que no se falsea. Vos teníais mucho, vos, que tomasteis las armas a los dieciséis años. Yo, que tengo menos, solamente pude ver con mis ojos a los valientes en acción —en Venezuela, en Bolivia, en Cuba, e incluso en Francia. Suficiente para adivinar que una educación política no es un tratado de moral sino una obra sin texto, improvisada a medida sobre un bastidor de partida, en la que cada figurante merece una máxima muy suya, y que un moralista del *Grand Siècle*, o un Cioran del nuestro, deben dejar su puerta entreabierta a algunas sinceridades impre-

vistas, que confirman la regla y que imponen si no el respeto, un poco de incertidumbre. Un “todos interesados” que crea, por adelantado, el desierto a su alrededor me parece un sistema de explicación tan insuficiente como el “todos podridos” de la taberna. Demagógica y vieja Francia, el colmo, estaréis de acuerdo.

Bromeo sobre la dignidad para dar el pego pero me ha sucedido antaño ser cándida y neciamente desinteresado. No calculaba mi adhesión y no esperaba nada positivo; poco me importaban las consecuencias; ningún balance ventajas/inconvenientes. Sólo había empleado mi deseo, y el inconsciente usa de ardides pero no calcula. ¿Era ése el mejor camino para satisfacer los intereses de un profe de secundaria debutante por ganar veinte años después una cátedra de universidad, o las aspiraciones al Parnaso de un escritor en ciernes? Viendo el resultado, aparentemente no. Deberíais, entonces, explicarme, queridos desmitificadores, por qué se podía partir con tan buen pie por un camino tan equivocado. En ese espejismo de insurrecciones proletarias proliferando como hongos de Río Grande a Tierra del Fuego, ¿qué había tan deseable como para hacerme olvidar mis vicios egoístas de “sólo sé hacer eso”? ¿No tenéis la respuesta? Yo tampoco, y ahí está un pequeño Diógenes de más, buscando, linterna en mano, sus recovecos de sombra. “Busco un hombre”, que se perdió.

En cuanto a mi “cine”, no me hagáis reír. Al celuloide no le gustan los Victor Serge, ni siquiera los Richard Sorge. Incluso si Anthony Quinn como Stalin o Alec Guinness como Trotski no hubieran sido más inverosímiles que como Fay-sal o como beduino, el cinemascope prefiere las dunas doradas a los suburbios rojos. Excepto unos camellos y unos kifis, las tribulaciones de Serge bien valen las de Lawrence, dos años mayor que él, pero, ¿a qué guionista inspiraron? Los ricos, que sólo prestan a los ricos, han admirado mucho al autor de *Los siete pilares de la sabiduría*, que supo imponer en vida una imagen halagadora de sí mismo (y que defendía quizá a sus espaldas la causa de los Majors de Hollywood). Y nada al héroe revolucionario del antiestalinismo. Para el dividendo-imagen, vale más el derrick que el bolchevique.

Me acuerdo de que durante un viaje de exploración en Bolivia, algunos meses antes de la llegada del Che sobre el terreno, entre dos inspecciones de zonas posibles de acción, me había llevado *El asunto Toulaiev* de Victor Serge, en francés. Abandoné el libro, en una pequeña pensión en Santa Cruz, para ir a ver *Lawrence de Arabia* que se estrenaba en el cine de la ciudad. Allí estaban todos los suboficiales de la guarnición. Algunas semanas más tarde, un ingeniero uruguayo de gruesas gafas de concha llegaba a Bolivia bajo el nombre de Alfredo Mena y cruzaba Santa Cruz en *jeep* hacia la frontera argentina. Con su prótesis dental, su calvicie, sus cejas reforzadas y sus zapatos sin tacón (para perder centímetros), sin barba ni boina, el Che no se parecía en absoluto a un primer actor de cine, sino a un ejecutivo medio barrigón y grisáceo. Me contó más tarde que pasó frente al cine Edén, donde todavía estaba anunciada la película pero sin tener tiempo de pararse y comprar una entrada. Total, nueva versión de la Caverna de Platón, los beduinos bolivianos clavaban sus ojos fascinados en Peter O'Toole en la gran pantalla sin ver a su propio Lawrence, en carne y hueso, penetrar en sus selvas, ni visto ni oído.

He encontrado hoy esta página de un viejo cuaderno de viaje, escrita en el carguero que me devolvía a Francia, a fines de 1964, al salir de Río de Janeiro.

Guerra - Falta de información, desmantelamiento de las organizaciones, preponderancia americana. Aparato político imperialista *centralizado*. Contra-aparato que crear, informativo, no ejecutivo.

I. *Boletín* "Correspondencia internacional".

II. *Base antiimperialista* (voz consultiva/ejecutiva). Objetivo: *unificar* los movimientos. Discusiones libres. Recogida de experiencias. Balances. Evaluaciones tácticas → consignas.

III. *Fichero*, centro de documentación. Archivos.

-hombres

-movimientos

-informes → poner a *cubierto* doc. secreta.

IV. *Informadores*. 2 tipos.

1. Corresponsales permanentes y responsables

2. Viajeros acreditados. Condiciones:

-conocer el continente

-principios leninistas

-neutralidad táctica

Crear una conciencia continental efectiva, no formal: los problemas de cada organización nacional son los problemas de todos.

Nada de polémicas negativas: *charlas*.

Forma definitiva del IC = Oficina de información

+ *contenido* primero del IC = organizar la conquista del poder.

Situación histórica *análoga*.

IC: Internacional comunista, fundada en 1919, disuelta en 1943 (*Correspondencia internacional* era su boletín de enlace en los años veinte). Para mí, entonces, un modelo insuperable. Comparar, siempre es poco o mucho pontificar. Aquella comparación me engrandecía, daba más valor a la tarea (hoy sería a la inversa). No era sensata sino fortificadora (lo que es mejor, en el orden de la acción). Intelectualmente, plantear una *analogía* entre la América Latina de los años sesenta y el Occidente de los años veinte apenas si era serio: “¡Compañeros, reemprendamos al trabajo donde Lenin lo dejó, reconstruyamos el Komintern en América Latina, la situación histórica es la misma!” Independientemente de los parámetros económicos y sociales, América Latina (expresión geográfica desprovista de sentido político y cultural, ya que las Américas son varias y su latinidad superficial) jamás conoció la carnicería de 1914-1918, la gran proveedora de las vocaciones del período de entreguerras. Aquí no había, aparte de Chile, antiguas democracias parlamentarias. La independencia política de los Estados nacionales, adquirida desde hacía siglo y medio (que en Cuba se remontaba sólo a 1898), unida a la ausencia de ocupación extranjera, militar y visible, descartaba cualquier comparación posible con la “cuestión colonial”, tal como se planteaba desde la India al Turkestán, desde China al mundo musulmán, en la época del congreso de Bakú (1920). Estas consideraciones razonables, suscitadas por el examen de los hechos, además de que me habrían pasablemente desanimado (especialmente porque anulaban la ventaja comparativa que daba un cierto conocimiento de los archivos del “movimiento obrero”), sobre todo habrían interrumpido la buena tradición de la que el subversivo, en los tiempos de la grafoesfera, era portador e incluso campeón. La novedad histórica le repugnaba por instinto, y sólo había elección

entre la falsa novedad, fruto de una lectura precipitada, superficial, de los acontecimientos, o la distracción deliberada del enemigo para apartar del buen camino a los atolondrados. Tenía demasiado sentido de la tradición como para improvisar. El individuo trivialmente conservador da lugar a un reaccionario; sólo un conservador radical puede dar lugar a un revolucionario. En una sociedad desnaturalizada, le sigue obligando a *volver* a las fuentes. A principios de los años sesenta, mi edad dorada era Petrogrado 1917; la cambié cinco años más tarde por la Sierra Maestra 1956; era un progreso; en realidad cualquier fecha me parecía buena con tal de que fuera pasada. El trabajo de traductor-intérprete de los acontecimientos en marcha que le toca en suerte al militante, al cuadro, en ese sentido volvía a enlazar el sagrado ayer al hoy profano. Hicimos, a nuestro pesar, de grandes plagiarios. Eso es, sin duda, lo que perdió a esta generación de revolucionarios, después de tantas otras. Perdió en cuanto a los resultados. Pero sin la voluntad de imitar en todo a los mayores, ¿hubiéramos tenido el impulso, la fuerza de querer que todo volviera a empezar?

Lukács definía al intelectual revolucionario como “el que adopta sobre el mundo el punto de vista de la *totalidad*”. El de la *anterioridad*, sin contradecirlo, parecería más exacto. Para cada uno, la actualidad es una transacción entre una expectativa y una multitud de reminiscencias. En el militante, tan fuertes son la espera y la memoria que no le queda mucho sitio para el instante presente. Son las sensibilidades retrospectivas, los temperamentos saturnianos quienes son propensos a querer volver a empezar el mundo. Sean cuales sean las imágenes-acciones que les mueven, la batalla o la huelga general, la mentalidad de los “refundadores –ya que la refundación es la fantasía más constante de las vanguardias– hace mejores migas de lo que se cree con un fondo de melancolía.

Una larga cadena de ávidos lectores grafómanos, poniendo punto y aparte más allá de las generaciones y de los continentes, como una cordada de alpinistas sobre el vacío, creaba un *linaje*, el nuestro, y cada uno tenía la sensación, en su rincón, de que debía *garantizarlo*. ¿Por qué traicionar la clase de origen? En primer lugar para seguir fieles a los libros de clase. Un buen alumno estaba más expuesto que otros al “virus del sueño que inculca la acción”. Este sarampión se cogía por la lectura. En París, nuestro centro de reagrupamiento no era por casualidad una librería llamada La Joie de Lire (el gozo de leer) –si Maspero no había elegido el letre-

ro, era un justo y bello letrero. Para un alumno de Francia, la carrera de relevos había empezado con Gracchus Babeuf y Buonarroti; se daban luego la mano los carbonarios de La Rochelle, los descamisados de junio de 1848, los comuneros del Père-Lachaise, los espartaquistas de Berlín, los Kio y Gisors de las comunas de Shanghai y Cantón, los internacionalistas del Quinto Regimiento y las Brigadas, los del Affiche Rouge y del Vercors. Todos esos voluntarios desdichados de la felicidad, racimos de semi-condenados suspendidos entre el cielo y la tierra, ¿es que podíamos abandonarlos a media subida, a unos pasos de la cima? ¿Decidir que habían muerto para nada? ¿Dejar caer en el absurdo esas teorías de Sísifo colgadas a nuestros faldones, eslabón demasiado débil? Esa sensación de deuda para con unos predecesores hace ya tiempo desaparecidos, que nosotros adoptamos, autoproclamados ahijados, como padrinos o tutores, bastaba para empujar a un joven burgués rebelde fuera de los caminos trillados de su clase social.

El gozo de ver ha sustituido al gozo de leer, que impedía tan a menudo mirar y escuchar a los seres de carne y hueso –cada medio tiene sus defectos, ninguno es impune. La Parca catódica ha cortado el sentido dinástico de obligación para con lejanos predecesores. El ideal, la pasión subversiva habrán durado tanto como la sacralización del libro, principal vector del germen genealógico, con la inteligencia literaria como foco de infección, y el obrero instruido como medio receptivo (el estado de nuestros conocimientos mediológicos permite un paralelismo con la difusión de las enfermedades infecciosas –un germen, un vector, un medio– que es algo más que una asociación de ideas y en absoluto un juicio de valor). Blanco de las imágenes *live*, el telespectador de Occidente produce un culpable instantáneo: los famélicos del Kurdistán o de Ruanda señalan con el dedo al ahíto a través de la pequeña pantalla. La larga historia de los Prometeos, solidaria con los hombres y oficios del Libro, desaparece bajo golpes de pecho sin herencia ni descendencia. El brote, el aborto que soñaba con igualarse a los héroes de antaño estaba entretenido en las bibliotecas, los archivos, las huellas inscritas de las víctimas, como en esa multitud de pequeñas casas editoriales, de librerías, de revistas confidenciales y de “multicopias” que en todos los países propagaban el recuerdo y las obras de los heresiarcas pasados –libertarios, blanquistas, anarcosindicalistas, trotskistas–, como las de los ortodoxos del movimiento. Con el cambio de transporte del papel a la pantalla, de lectores a veedores, y el dejar fuera de juego los legajos del abuelo, la vergüenza del heredero putativo –la vergüenza es el pri-

mer sentimiento revolucionario— que teme mostrarse indigno de sus antiguos crucificados se relaja en impulsos teledirigidos: menos orejas, más compasión, pero en el escamoteo de los segundos planos. Obedeciendo al ojo indiscreto de las cámaras, no al dedo ansioso que pasa las páginas, parece como si desertáramos de la historia por la geografía.

Incluso si ésta frecuenta la historia de la extrema izquierda política desde hace doscientos años, el *innovador pasadista* es una figura de origen literario, de la que el escritor romántico ofrecía un buen prototipo: ese agitador monárquico de las sociedades industriales quería volver a la Edad Media saltando por encima de las Luces, y hacer de Lanzarote del Lago contra Voltaire. Nuestros propios ancestros habían mostrado el ejemplo de la regeneración retrógrada. Saint-Just se viste con la toga de Bruto; Lenin baila en el patio nevado del Kremlin, en el centésimo día de la revolución de Octubre: ha resistido tanto tiempo como la Comuna de París; los obreros insurgentes de Berlín, en el invierno de 1918, se hacen llamar Espartaco; Trotski estigmatiza al estalinismo como un Thermidor; antes de ser él mismo descrito como Bonaparte por los partidarios de un Stalin al que entonces veíamos como Pedro el Grande, antes de reconocer en él a un nuevo Iván el Terrible. *Bis repetita placent*: el eslogan de los pioneros, que quieren prohibir a la Historia que se repita y no pueden impedirse, al hacer eso, investir la actualidad de arquetipo.

En la práctica, la nostalgia o la obnubilación académica del pasado, si dan motivos para ir, privan al plagiario de los medios para lograrlo. Al igual que los estados mayores franceses de 1939 que preparaban la Segunda guerra mundial con los métodos y las armas de la Primera, organizábamos la revolución por venir con las herramientas de la precedente. Esa Internacional continental en la que pensábamos (y que conoció poco después una vida efímera bajo las siglas OLAS-Organización Latinoamericana de Solidaridad) se traducía en mi ánimo por una pirámide de correos, informes y boletines de enlace en papel biblia, a la que las radiotransmisiones y el avión sólo aportaban un complemento a fin de cuentas exterior. Esa construcción aparentemente racional conservaba la huella del *Grito del pueblo* de Jules Vallès, incluso de los catecismos de anverso y reverso de los saint-simonistas. Calcábamos, más allá del Kominintern, las técnicas y las místicas del siglo XIX: la hoja clandestina como soporte de la organización... Chapuza casi contemporánea del telégrafo, de los banquetes de Belleville bajo Luis Felipe y de los “republicanos comunistas, con bigote, barba y pelo largo”, que tan-

to asustaban a Chateaubriand cuando iba a la prisión Sainte-Pélagie a visitar al moderado Armand Carrel.

El lado aplicado y serio del revolucionario acaba por jugarle malas pasadas. Había puesto en fichas la guerra de España: efectivos, cronología, líneas de mando, estudiado los planos de las batallas de Teruel y del Ebro, así como el reclutamiento de las Brigadas Internacionales. Coleccionado las resoluciones de los seis primeros congresos de la Internacional, desde 1919 a 1928. Todo lo que era accesible en lengua francesa sobre las sublevaciones obreras de Baviera (1918) y de Hamburgo (1923), las comunas de Shanghai (1927) y de Cantón (1928), el *Schutzbund* austríaco (1934), creo haberlo leído y anotado bien en los meses precedentes a mi viaje. La compulsión paleográfica por lo capitular, cruzada con lo creativo antillano daba a luz un vanguardista más bien retro. Es un error creer que las “ideas avanzadas” pueden absolver a las herramientas periclitadas, como si el fin pudiera renovar los medios. Si es verdad que un proyecto político tiene la edad de sus herramientas y no de sus objetivos, el nuestro databa, en el fondo, de los años 1848. Por su falta de arraigo en los medios indígenas, su olvido de los “niveles de conciencia real”, el origen estudiantil o urbano de sus reclutas, el “foquismo” (doctrina del foco guerrillero) o el “guevarismo” –Bolívar visitado de nuevo por Blanqui (1805-1831) con Lenin en portada– tenían alguna posibilidad de éxito en los hechos de lo que nos acusaban los diplomáticos chinos en La Habana, para nuestra gran indignación: favorecer el “bandidismo”, o sea la formación de bandas armadas sin relación en el pueblo. Auguste Blanqui... De un continente y de un siglo al otro, ¿no era la misma acritud, la misma dureza represiva, la misma obsesión policíaca de los dos “lados de la barricada”? Excepto la manera de tomar las armas –la guerrilla y no el motín, la selva y no el pavimento– ocupábamos un intervalo muy semejante al de las minorías actuantes del socialismo utópico, del tipo carbonario o “Sociedad de las estaciones”. En alguna parte, en la ideología, entre Robespierre y Lenin; en la tipografía, entre la monotipia y la linotipia; y en la creencia, entre la fe del carbonero y el dicasterio romano.

Aislados del campesinado ya lo estábamos. La gente del Libro es rata de ciudad, había arrogancia e inconsciencia reclamándose de una ruralidad de la que ignorábamos todo, como puros retoños de la cultura urbana. Un historiador de larga duración vería quizá en el movimiento revolucionario contemporáneo, incluido el terciarista, una etapa más convulsa que otras en la lenta

toma de control de los campesinos por los urbanos, de la cultura oral por la cultura impresa, lo que es tanto como decir un ardid de la modernización capitalista.

Metralleta, claves de descifrar, tinta simpática, hojas volanderas, detonadores químicos o folletos de agitación: esas panoplias nos parecían indispensables. Nuestros años sesenta pertenecían aún a la grafoesfera. Era un tiempo en el que la guerra se hacía a tiros y poemas. El mismo en el que, en la Francia ocupada por los nazis, Londres arrojaba en paracaídas poemas de Éluard con Sten. En vísperas de Internet, los hijos de Gutenberg querían dar a luz un mundo de cosmonautas con los fórceps del *Carbonaro*, sin ver venir la informática y las redes que poco después deberían mojarnos la pólvora.

En 1961, en Cuba, había participado durante dos meses en la campaña de alfabetización, en las montañas del Oriente, pedagogía de corte militar llevada por la revolución a los campesinos de la Sierra Maestra. Ese azar no me parece carente de significación. Hablaba de la fe de la época en el alfabeto, y la mía propia, duplicada por una total inconsciencia de las apuestas sociales de la imagen –desde los tebeos a la televisión, decididamente despreciada. Las virtudes regeneradoras de lo impreso siguen inspirándome la misma superstición que a un contemporáneo de Michelet o de Barbès –mística elitista convencida de popularizarse gracias al formato reducido, más fácil de esconder y de hacer circular. Propagandista, me había quedado en el mismo arranque educativo –trocando una clase de cuarenta alumnos en Francia, por un preu de doscientos millones. *Educare* quiere decir: hacer salir las tropas. ¿No tienen acaso *educador* y *duce* la misma raíz en latín? No hay en ello nada vergonzoso. El deseo de guiar a sus congéneres –anclado en el corazón del mortal y condición de toda duración colectiva– no puede solamente desdeñar el cambio objetivo de los sistemas técnicos en el arte de transmitir. Los islamistas de hoy, con sus casetes audio, su portátil y su correo electrónico llevan una era de adelanto, y no treinta años, sobre los guevaristas de esa época. No se me oculta que los satélites y la fibra óptica han abierto, entre nuestra mentalidad de soporte papel y nuestras actuales comunidades virtuales, un abismo no menos grande que entre los cazadores-recolectores del paleolítico y los agricultores-ganaderos del neolítico, más importante en todo caso que el que separaba a los copistas de 1450 de los impresores de 1550. Frente a los jóvenes habituados a los videojuegos y a los CD-ROM, tengo la impresión de un saurio perdido entre los mamíferos, como consecuencia de un despiste darwiniano.

¡Cómo pasa el tiempo! Achata los relieves y cierra las fisuras. Nos transforma en esas hormigas que vemos desde lo alto, en un sendero, escalar el caballón herboso. Llega en esto el buitre de las memorias. El día ha amanecido, el historiador se asoma a la ventana, fresco y dispuesto, y, desconsolado, descubre más abajo, lejos detrás, a esos pequeños excitados yendo en dirección contraria, llevando claramente un camino equivocado. Si tiene buen corazón, el Michelet de los asaltos frustrados intentará comprender desde dentro a los insensatos. Si abandona la piedad por la mirada fría, la ronda de las ilusiones perdidas distribuirá las malas notas a la pequeña tropa de extravagantes. Ese espectador exonerado observará los comienzos a través del desenlace. ¿Cómo iba a tener el tiempo, o ese don de empatía tan necesario y tan desacreditado, de acordarse de que esos a los que así somete a examen se han levantado con la luna, y que se han puesto en camino en una media luz indecisa, entre noche y día? El historiador no sabe, no quiere saber que nada se parece más, para el incierto medio tono, a un crepúsculo que una aurora; o que un canto nupcial de ballena azul al chirrido de una puerta con los goznes herrumbrosos. ¿Tomábamos el verano indio de una utopía por una primavera? Se ha hecho cierto; y sigue siendo molesto (para un supuesto anticonformista, volver a interpretar un viejo clásico del repertorio: el compañero de viaje encubriendo nuevas tiranías bajo el nombre de liberación). Y sin embargo todavía no puedo conformarme, adherirme a las impresiones telescópicas de los historiógrafos de un ejército muerto. Demasiados recuerdos se resisten.

Sin duda la historia no es la memoria sino su crítica, sin lo cual los memorialistas podrían pasar por historiadores. El profesional está ahí para desbaratar la trampa del testimonio y desmontar las mentiras del recuerdo. Pero podemos preguntarnos si la famosa perspectiva inherente a la larga focal no está llena de tantas ingenuidades como la inmersión de los actores, día a día, en sus humos motrices; y si, entre las ilusiones retrospectivas del sabio y las ilusiones de perspectiva del militante, la menor de las mentiras es desde luego la que se dice. Incluso si ahora hay que contar por decenios los cambios que, en la historia del Apocalipsis en su primera forma, exigían siglos, la falsificación por omisión consiste en juzgar el objetivo apuntado por el objetivo alcanzado. ¿Qué pensaríamos de un historiador del cristianismo que viera las primeras comunidades de Antioquía y de Éfeso, en tiempo de san Pablo, a la luz del triunfo constantiniano y de la religión de Estado de Teodosio?

Me parece que tres distorsiones debidas a la distancia desfiguran en este fin de siglo los compromisos revolucionarios de antaño: el prejuicio *totalitario*, que haría pensar que el régimen soviético daba conciencia y vida a nuestros proyectos; el prejuicio *terrorista*, que confunde las “guerras de liberación” con esas campañas de atentados ciegos que tanto hemos visto desde entonces; y el prejuicio *romántico*, que reduciría lo que para muchos era el resultado de un cálculo estratégico a la llamada de otras tierras. “Régis Debray es un aventurero sediento de sangre”, resumía en junio de 1967 la Agencia de informaciones periodísticas de Miami, Florida, como conclusión de una inspección de mis hechos y gestas, en una memoria ampliamente difundida en las dos Américas. Independientemente de lo bien fundado de ese diagnóstico, me veo forzado a resaltar que no era, en esa época, ni soviétófilo ni instalador de bombas, y menos aún filántropo. Nadie puede decentemente acusarme de haber querido la felicidad del género humano.

¿El desenlace totalitario? ¿La lentilla Goulag? La tristeza de las herejías es que el tiempo injusto las reintegra a la ortodoxia que rechazaban por encima de todo; bastan unos decenios para devolver en los ánimos a las ovejas negras al aborrecido redil. Al igual que una cima de cuatro mil metros se confunde, a los ojos de un alpinista que desciende, poco a poco con los contrafuertes que deja tras él, la indiferencia por lo que estaba en juego, oscuro ahora y bizantino, y la sustitución de las cosas por sus signos ruedan mezclados en el absurdo, para nosotros que hemos regresado al llano, todos los disidentes de una misma fe. Sumergir a la “nueva izquierda” de los años sesenta en la marmita totalitaria (como a la antigua izquierda trotskista nacida en los años veinte en el caldero estalinista) conduciría a una jivarización abusiva de los antiguos. No detestábamos menos, en nuestra dependencia guevarista, a la oficialidad fusiladora de Budapest que al “social-traidor” de París encubriendo la ratonera y los poderes especiales. Detestar, bien es verdad, es un muy mal presagio: envejece. No se inventa el porvenir con buenos sentimientos; con sentimientos negativos se está seguro de entrar en él, pero a reculones: cada uno, *post mortem*, tendrá la edad de lo que ha execrado.

En *La guerra de guerrillas*, en 1959, Guevara había resumido las tres lecciones que aprender de Cuba: “1) Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra un ejército regular. 2) no siempre se debe esperar a que se reúnan *todas las condiciones* para hacer

la revolución: el foco insurrecto puede crearlas. 3) En la América subdesarrollada, el terreno fundamental de la lucha armada debe ser el campo". Si el primer y el tercer punto podían parecer anodinos, el *todas las condiciones* engendró diez años de lucha a cuchillo con los comunistas de la región y los diversos aparatos del mundo soviético. La disputa de las "condiciones" (previas, concomitantes, consecutivas, parciales o totales) llegó a ser, incluso en América Latina (también para los veteranos), tan evocadora como lo son para nosotros, ateos, las disputas del "Filique" en el siglo x (¿El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo o *para* el Hijo?) o, en el xvi, las de la predestinación y la gracia, que sin embargo cortaron una y otra Occidente y a muchos cristianos en dos. Únicamente un escolástico de la historia de las ideas políticas podría comprender aún las feroces sutilezas del cisma "foquista". Y sus explicaciones no ayudarían a remontar el curso de nuestras creencias.

Esos partidos, esos Estados, esos aparatos nos horripilan demasiado para que no dejen rastro: en nuestras palabras, seguramente; en nuestras conductas, un poco. La amalgama desde la otra orilla, sentimentalmente inicua, a escala de los protagonistas, se juntará quizá con la verdad a vista macroscópica. ¿Comunistas? Sin duda algún día apareceremos como que fuimos de la familia por los objetivos, separados solamente por las vías y los medios. Los tercermundistas dieron su "adiós al proletariado" y al mismo tiempo a Europa, pero sin abandonar la idea axial de una clase mesías, el campesinado de los países "coloniales y semicoloniales". Esta sustitución de actores no cambiaba la metafísica del papel, y mucho menos cuando como buenos fundamentalistas preconizábamos la vuelta a las fuentes para encontrar la inspiración. La época era del "revivalismo" laico. La vuelta a las fuentes que llevaban a cabo en los textos de Marx los escoliastas europeos para desenmascarar las falsificaciones; otros, más inclinados a la acción directa, la realizaban a través de Trotski, Lenin, Rosa Luxemburgo, Kropotkin, etc. Esa posición de corrector raspando el palimpsesto, capa tras capa, nos transformaba en anticomunistas del interior, puristas una pizca pedantes y que tenían con arrogancia, como lo hacía Sartre al mismo tiempo, al anticomunismo de fuera, prosaicamente liberal, por un "perro". La preocupación que yo tenía por investigar sobre los años heroicos del internacionalismo, antes de que los huéspedes del hotel Lux en Moscú recibieran la bala en la nuca, da cuenta de esta postura de arqueólogo propia de cualquier impugnación religiosa a una religión establecida. Como

los reformados frente al papismo simoníaco, o los integristas de hoy frente al Islam oficial. Había un buen comunismo desaparecido bajo el malo; bastaba con frotar los últimos decenios y la versión apócrifa desaparecería por sí sola. Del hecho de que el mal comunismo fuera el real no se seguía la idea de que el bueno fuera imaginario, sino que el real se había equivocado, por distracción, relajamiento o error de "lectura" (como esa lamentable confusión denunciada por los althusserianos entre el joven Marx idealista y el estructuralista de la madurez). En resumen: variedad avejentada de la antigua, la nueva extrema izquierda adelantaba a su primogénita por el retroceso. El laborismo, Suecia, o incluso Togliatti realmente no interesaban; pasábamos por encima de la generación de nuestros padres para reunirnos con nuestros abuelos, y a esas ganas de renacimiento se añadía una instintiva desconfianza hacia los descoloridos profetas de la patria chica –Jaurès en cabeza–, a los cuales preferíamos Guevara, Fanon o Giap, más coloreados y atractivos. Reinventar la revolución exigía hacer inventario minucioso de sus protocolos perdidos, rebuscando en los centros de documentación. ¿Los partidos están cansados? No importa, los héroes harán el trabajo. Animosos, aún les faltaba la recocida sabiduría de los estudiantes de paleografía y archivos, frequentadores de los fondos del "movimiento obrero". Nos concernía el ponerlos al día y al corriente. Hay que echar a andar a las masas, repetíamos en La Habana, precisando, cuestión metodológica: las condiciones previas para alzarse es la decisión de alzarse, y lo demás pa'el carajo. Moralmente irresistible, ese rústico discurso del método me parecía demasiado poco cartesiano para convencer a las ratas de ciudad, el marxismo urbano, razonador suspicaz, animal de sangre fría del que no se podía esperar que viniera a calentarse en contacto con la oralidad tropical, paratáxica y sincopada. Haría falta argumentación y deducción, me parece, para infundir respeto a la clericalia roja diseminada por todos los confines del mundo –corazones tibios, espíritus retorcidos. Incluso si discernimos ahora en él el mal injerto de la idea sobre la pasión, de la doctrina sobre la ocasión, mi folleto *Revolución en la revolución* fue el fruto de ese escrúpulo tipográfico. El Estado cubano lo puso en circulación, el aire de la época le dio alas. Editado en español con una tirada de trescientos mil ejemplares, en enero de 1967, por la Editora Nacional de Cuba, leído cada día en Radio Habana, se diseminó bajo cuerda en los países hispanohablantes (excluida España), antes de alcanzar, en traducción, los países más extraños a nuestra cultura.

¿Missolonghi? ¿El romántico-aventurero? Por el uso que hice de ello, mis años *partisanos* no fueron más byronianos y menos materialistas que mis años de *establishment*. Siempre tuve los pies en la tierra, cambiando de tierra, cambiando de pie. No es por “romanticismo” por lo que la gente de mi especie plantaba su tienda en los extremos, sino para ir al extremo del principio de realidad. Jamás habría soñado con pisarle los talones a unos marginados que no hubieran tenido el centro en su colimador. Como tampoco fui izquierdista en Francia, a mi regreso, no estábamos allí por la violencia purificadora sino por la violencia útil. Echándole la culpa tranquilamente al “eslabón más débil”. ¿La guerrilla? Un discurso de poder. No todos los desclasados se parecen. Cuando un hijo de familia se iba con armas y bagajes con los cultivadores de plátanos y de maíz (sin embargo las montañas a las que se dirigía no estaban despobladas), estaba movido por otros móviles que el “establecido” exaltado o el émulo de Simone Weil voluntaria para la fábrica en las andadas de Mayo del 68. El centroamericano creía hacer de palanca en el punto más útil de un sistema de fuerzas. La sierra quizá no era el yacimiento de poder que imaginaba, pero lo que ese refractario pretendía, por un atajo, era el poder de Estado y no dar testimonio, ante Dios, la Historia o la Moral. La guerrilla era el arma del débil, sí, pero para llegar a ser el más fuerte. No había nada en sí irrealizable en ese proyecto, atestiguado en otras partes y en los hechos. ¿Habría que recordar Diên Biên Phu y que la “guerrita” en China, en Vietnam, en Argelia, modificó realmente el mapa del planeta —lo que nunca hicieron las armas nucleares ni las divisiones blindadas del Reich? ¿Qué puso fin a los imperios coloniales y a la hegemonía europea en el mundo? ¿Cómo los guerrilleros afganos, a su manera, desencadenaron la caída de un coloso? ¿Que las únicas sublevaciones verdaderas de la historia contemporánea, desde China a México, fueron, después de la Comuna de París, obra de campesinos y no de obreros? ¿Es perder la chaveta decir: la vieja Europa ya no es el epicentro ni el faro de la humanidad?

No le echaba la culpa señaladamente, es verdad, a la gran retaguardia soviética. ¿Pero cómo componérselas con lo real sin comprometerse? Sólo las grandes conciencias logran dar capote. Yo siempre he fracasado. Quienquiera *hacer*, y no simplemente ser o parecer, debe *hacer con*, un *terzo incómodo*. El propio Guevara, que no pecaba, y no lo bastante, por realismo, pasaba sin vergüenza de los compromisos con las burocracias existentes, comenzando por la “delegación caribeña del sistema comunista internacional”. Renuncia a su puesto de ministro y a su nacionalidad

cubana pero no rompe ni con el Estado cubano ni con su Jefe. ¿Qué habría podido *hacer* en el Congo y en Bolivia sin los oficiales, los hombres, las armas, las bases de entrenamiento, la radio, la logística, los dólares, los pasaportes falsos puestos a su disposición por un socialismo en vías de degeneración? ¿Habría podido siquiera alcanzar su “puesto de combate” en África y en América? ¿No logró acaso salir vivo del Congo, con sus hombres, como consecuencia de un tácito amor con amor se paga entre La Habana y Washington (donde se ignoraba quizá su presencia como él mismo ignoró aquel acuerdo)? ¿Y qué habría sido de esa misma pequeña base trasera del “romanticismo revolucionario” sin los misiles y la ayuda económica de la otra gran base que era la Unión Soviética” en el otro extremo del mundo? Iba así, de lugar en lugar, la cadena de solidaridades, la cascada de dependencias que había que consentir para producir la brecha deseada. Para lograr en el Sur una “tercera vía” entre el Este y el Oeste era forzoso apoyarse en un campo contra el otro; y, en el “socialismo real”, sólo se encontraba lo real que pudiera compensar el socialismo. El calificativo nos parecía, a nosotros tercermundistas, más importante que el sustantivo, por poco prometedor que fuera –pero “no teníamos elección” (última palabra de la sabiduría política). ¿Quién habría podido seriamente soñar en apoyarse en Washington para combatir a la United Fruit? ¿En el Pentágono para derribar a los ejércitos de torturadores entrenados por el Pentágono y que obedecían al South America Strategic Command de Panamá?

Frente a las realidades burocráticas (no decíamos “totalitarias”), un cierto activismo permitía hacer el avestruz –la guerra es la guerra. ¿Cómo? Diferenciando la Revolución intocable, y el régimen discutible. En ese campo atrincherado en el que penetrábamos bajo una inscripción que cortaba el paso con letras escarlata al aeropuerto José Martí, *Territorio libre de América*, el revolucionario ocultaba al cubano; pero a la hora de manifestar una apreciación sobre los “desvíos”, el cubano venía en nuestra ayuda para no tener que “pensar la revolución”. ¿Un guerrillero ilustrado se volvía caudillo metomentodo? ¿El *Granma*, periódico único, adaptaba eslóganes para llorar? ¿La Seguridad zarandeara aquí y allá a algunos poetas, homosexuales, bailarines, intelectuales y otros blandengues? ¿El ama de casa hacía cola seis horas para los dos huevos semanales, libreta obliga? Una isla tropical y en estado de sitio, respondía yo, es un poco estrecha para una gran idea: falta de infraestructura y de mentalidad adecuadas. Y además, esos gallos –pobrecitos– no deben hacer olvidar la parti-

tura. Elevémonos, queridos camaradas, a un punto de vista de conjunto. La lucha es mundial y sin la existencia del “campo socialista” en nuestras retaguardias no hay relación de fuerzas viable con el “imperialismo”. Tanto peor para la retaguardia, si lo cotidiano es un poco molesto (siendo tan atractivo enfrente, en el Imperio). Que se tomen su dolor con paciencia esos cubanos, checos y otros polacos, lo haremos mejor la próxima vez. Nuestro reino no es el hoy. Ese “aguantad, ya llegamos” no tiene nada de lo que sentirse orgulloso. No nos esperaron y tenían razón. Godot no llegó y el porvenir tenía las espaldas anchas. Si me bastaron una decena de años para sustituir la espera del incendio en el Sur por la espera del “socialismo en libertad” en Europa (como el novio de una princesa de *Las mil y una noches* que no logra consumir se rebaja a una paisana palpable aunque de menos reputación: la socialdemocracia), puedo concebir que los rehenes de esos regímenes fosilizados están hartos, después de medio siglo o más, de estar de plantón ante los escaparates vacíos.

En 1963 ya había entrevisto, como por el agujero de una cerradura, en Praga, esa grisura del Este, sin personalidad ni transcendencia. Fui a visitar a mis camaradas latinos allá en el exilio, representantes de su partido en la *Revista de la paz y del socialismo* (postrer avatar del Kominform), el salvadoreño Roque Dalton y el venezolano Barreto. Nos burlábamos como de una astracanda *kitsch* y benigna. Comparada con los gamines de Bogotá, con las bandas de las favelas y los indios exterminados de Guatemala, con los millares de cuadros torturados y asesinados cada año sólo en ese país, el purgatorio del este europeo, más desconsolador que inhumano, oscilaba entre el mal momento que pasar y el lamentable accidente en el camino que pronto se olvidaría. La rejilla Norte-Sur reducía la Este-Oeste a una gruesa rebaba en el campo de los bien provistos. Era despreciar a la gente sencilla, en la “Europa secuestrada” donde Milan Kundera laboraba en silencio, pero ésta nos parecía seguramente menos invisible que la América de los ranchos y de las favelas donde hay todas las posibilidades de morir a los treinta años. Y además, nuestro propósito no era embellecer una revolución instituida (y por tanto inevitablemente traicionada), sino hacer surgir otras –“uno, dos, tres, varios Vietnam”. Esta inminente multiplicación de los panes acabaría pronto con la crispación de nuestras fortalezas intolerantes. Al establecer puentes de fraternidad entre los continentes, al hacer mancha de aceite por todo el planeta, la ola revolucionaria crearía sociedades más viables porque menos inseguras.

Por último, la etiqueta *terrorista*. Es un hecho: yo pasé en Cuba por los mismos centros de entrenamiento que el joven “Carlos” algún tiempo después. Si su carrera fue luego más brillante es que sin duda tenía más cualidades, perseverancia y motivaciones. Y algunos años menos. El “terrorismo” no estaba a la orden del día en nuestros grupos de insurgentes (distintos en eso del Irgún o del grupo Stern en la guerra judía de liberación) por muchas razones, siendo la primera que la televisión no tenía ninguna importancia. La videoesfera comienza en 1968, exactamente lo mismo que la primera acción que se puede calificar, en la extrema izquierda mundial, de “terrorista”: el desvío de los aviones de la compañía *El Al* por el FPLP de George Habas. Este tipo de operaciones no es la continuación de la guerrilla por otros medios, sino un sustituto publicitario en su ausencia, para compensar la incapacidad de una organización de base popular débil para disparar sobre el terreno. Entonces se trasplanta a la ubicuidad espectacular –la pantalla de la televisión– un combate localmente imposible. Las vanguardias guevaristas de la época (muy diferentes en eso del posmoderno Marcos) carecían demasiado dramáticamente de sentido mediático y de la menor preocupación por las relaciones públicas para andar pensando en desviar un avión o lanzar un mensaje por las ondas. En lo tocante a esto, eran más bien recatadas. La lucha armada tenía sus reglas protocolarias. Atracar un banco para luego comprar armas –de acuerdo. Matar deliberadamente civiles en plena calle –imposible. “Ejecutar” a un traidor o a un torturador –sí. Liquidar fríamente a un prisionero –jamás. Cualquier enemigo herido capturado debe ser curado como si fuera un guerrillero. El coche trampa, la bomba en el metro o en un café, el chantaje con rehenes no sólo eran impensables para mis amigos: la sola mención de un inicio de actividades de ese tipo habría supuesto la exclusión inmediata, si no la ejecución sin rodeos, del degenerado. El “revolucionario profesional” –expresión que ahora ya suena tan estrafalaria como “funcionario de la revuelta”– era con respecto al terrorista de hoy lo que un padre abad es a un gurú de una orden del Templo Solar. Digamos que los primeros tienen en común “la violencia” como los segundos “lo sobrenatural”. No podría definir mejor lo que diferenciaba a la violencia revolucionaria de la violencia represiva que recordando que, en aquella época, la tortura de un prisionero era impensable en los adeptos de la primera, y en los de la segunda, corriente. Si se quiere reflexionar sobre ese detalle, se verá que hay una gran diferencia.

3. La monarquía y el cruzado

Revolución: del buen uso de una palabra - Fidel, el coloso puntillista - Moravia y Mussolini - Un rey de guerra - Vértigos divinos - El tiempo, ese gran demoledor - El Che, un hombre con prisa - Malentendidos póstumos - Sublimación de un suicidio - Consigna: convertir la derrota en victoria.

Si solamente hubiéramos escuchado esa palabra que comienza por *rêve* (sueño) y acaba como *destrucción*. Una faja publicitaria, en francés. En un único aliento, el asalto del cielo y el batacazo. Habríamos necesitado la atención con vuelo del poeta. A la máquina infernal que ha destruido, en el siglo xx, los sueños del xix, recuerdo que la lengua española le daba un reverberación sonora extraña a la nuestra. En boca de los comandantes, *revolución* se reencantaba, se recantaba, lírico aljibe. La *r* gutural, colérica, cual rubicundo estruendo de tormenta subiendo del garguero, se suavizaba *in fine* en un *ción* ceceante y azulado. Terror de la primera sílaba, caricia de la última: la acentuación local permutaba las fases estándar del proceso. Tras la roja sangre, las sedosas mulatas (blusa azul escotada y boina miliciana sobre el ojo) abrían sus brazos a los supervivientes. Por regla general, es más bien al revés: los arrumacos primero, después el pelotón.

Durante cincuenta años, afiliados y adversarios de Europa han vivido en el amor, el odio, el terror, la sospecha —en una palabra, la obsesión del Partido. En las Américas, se inclinaban más bien por una obsesión menos localizada y más sensomotriz aunque también fatalmente encarnada. Algo novelesco, no de organización sino de huida hacia adelante. Para comprender por qué decenas, centenas de miles de hombres pudieron encontrar en él un motivo suficiente, qué digo, exaltante, para vivir y para morir, no serviría de nada recordar el historial del vocablo, como parco semántico. Un no dicho cósmico trascendía el sentido literal, aplastándolo bajo una carga deflagrante extraída de lo más silencioso del alma colectiva. Desde que descendió del cielo a la tierra, con mayúscula y pronombre definido, en los alrededores de 1790 en Francia, revolución designaba, al pie de la letra, la “sustitución de la clase en el

poder, un cambio radical de Estado". Bajo mano, venía a relevar un mito inmemorial: la renovación del mundo –*metabolé* de Platón, *mutatio rerum* de Cicerón, *conversio* de san Agustín. El subrepticio sobredimensionamiento perdió su credibilidad en algunos decenios, tan gris e insípida se volvió la palabra, por una mezcla de decepción y de inflación. Inglesa, americana, atlántica, de Octubre, de palacio, de los claveles y de terciopelo, *revolución* se diluyó en demasiadas salsas –verde, sexual, indumentaria, técnica, científica, tranquila. Sólo recupera su máscara de sombra en las prosopopeyas de un gran contrarrevolucionario como Solzhenitsin, exhortando en plena floresta a los vendeanos a enarbolar la flor de lis y la bandera blanca. Al inaugurar en 1993 un memorial a las víctimas del Terror, en Lucs-sur-Boulogne, no lejos de Puy-du-Fou, el profeta le restituye un resplandor de absoluto, pero es el absoluto del Mal. Entonces el *opus Dei* reverdece como *opus diaboli*, “el desencadenamiento de la horda” recupera una dimensión hugoliana. “Las revoluciones”, exclamó aquel día el gran ruso bajo las ovaciones de los Blancos de Francia, “destruyen el carácter orgánico de la sociedad, arruinan el curso natural de la vida, aniquilan a los mejores elementos de la población.” Argumentación inalterada desde Joseph de Maistre. Revolución suscita desde entonces en nosotros, no sólo en el linaje de sus víctimas sino en el de sus autores y beneficiarios, las mismas imágenes repulsivas que revuelta o motín en los salones del siglo XVIII: villanos sodomizando a blancas castellanas. A esa crisis de epilepsia caníbal es a la que precisamente la alta idea de revolución, que se quería universal y racional, previsor y calculada, creía sacar a los miserables. Y he aquí, nuevo capítulo en el gran libro de los cambios totales, que el término vuelve, dos siglos después, a su acepción inicial: rotación completa de un móvil alrededor de su eje. Vuelta al punto de partida. La trayectoria se cierra sobre sí misma –coz del asno de la astronomía a la política, leona exangüe. Dos siglos, millones de cadáveres, una vuelta para nada.

Para un gobierno durante mucho tiempo en ejercicio, como se ha visto no hace mucho en México, bajo el reinado del Partido Revolucionario Institucional (PRI), y más tarde en Cuba, su representación en efigie reporta raras ventajas: escamotea los estancamientos bajo la imagen de un impulso inaugural desvanecido en los hechos pero verbalmente perpetuado. No dicen: “el gobierno exige” o “el Estado ha decidido”; dicen: “la Revolución os pide

que” o “la Revolución considera que”. Permutar el sujeto ideal y el sujeto efectivo de las decisiones, además de que confiere a una dictadura *de facto* una legitimidad que la coloca por encima de las leyes comunes (lo mismo que *Patria* o *Nación* para un régimen “burgués”), permite asimilar lo que estanca a lo que se mueve repintando el orden establecido con los colores de la insurrección. El rebelde funcionarizado puede entonces fundir en ese sortilegio tres ingredientes por lo común disociados: el precepto evangélico, la historia universal y la defensa de intereses categoriales. El corporativismo de los círculos dirigentes se funde con el mesianismo de los dirigidos, de manera que la conservación de los privilegios adquiridos por una clase de nuevos ricos sea tomada a pecho por todos los pobres (eso funciona, al menos al principio). En el exterior, donde el prestigio está al abrigo de la vida cotidiana, el emblema garantiza una consideración propiamente mítica –y Fidel Castro, mezcla de Prometeo y de David, en los barrios pobres del hemisferio, desde Caracas a Harlem, arrastra tras sí hasta el final a todos los corazones. En el quincuagésimo aniversario de las Naciones Unidas, en 1995, todavía fue, de lejos, el líder más aplaudido en la asamblea general: monstruo sagrado, principal atracción, campeón de los humillados– su sola silueta electrizaba al Tercer mundo. América Latina venera en él a un resistente decorativo, la del Norte a un agitador original. En Cuba, la captación de energías populares por la clásica trifulca hidropolítica sacó ventaja, como siempre y en todas partes, de la baja del caudal inicial. Pero a esta enésima “glaciación burocrática”, la revolución le confirió durante un cierto tiempo el atractivo de los deshuelos primaverales. Gobierno y oposición reunidos en un solo hombre, Fidel conservaba para sus partidarios –una inmensa mayoría– el prestigio anarquizante del rebelde. ¿El zorro humanista de 1958 sospechaba que esa enteleguía medieval tendría pronto una única cabeza, la suya, un mismo cuerpo, el suyo, y un mismo fin...? Desde luego que no. El uso de la palabra como escudo, como caparazón institucional, tiene como virtud el transformar una malversación de esperanza en alegato moral.

Bronce protector ideal, revolución vacía al autócrata en *alócrata*, ante sus propios ojos y con toda sinceridad. Su ego es la revolución, el pueblo, a quien ha dado todo, humilde plumífero. Para decir “yo”, Fidel no dice yo sino *nosotros*, como un Borbón; ese nosotros individual mezcla majestad egoísta y altruista abnegación; da fe de que, haciendo las masas la revolución, su Comandante no es más que la encarnación provisional del Primer Principio y que

sólo existe como su delegado. Pero también que quien se niega a obedecer al fideicomiso de la Providencia le hace el juego a la contrarrevolución, a la CIA, a Miami. "Con respecto a Dios, siempre siempre estamos equivocados" decía Kierkegaard. Con respecto al Jefe, los revolucionarios también, porque criticar aunque sea poco sus ucases es insultar a su madre, a la propia revolución, a su padre y, ya puestos, a la moral, al honor, a la dignidad humana. Militantes inteligentes han tardado diez o incluso veinte años en desprenderse de la palabra sagrada del Comandante por él consagrada. Ese divorcio desgarrador desemboca más que en la desilusión en el suicidio y, para la mayor parte, en la ruina del sentido de la vida. No hay nada aquí de aberrante. Fenómeno universal, esa desgracia de la conciencia política (no la de los libros, la vital, la sufriente, la encarnada), expuesta a las desautorizaciones del hecho. El fidelista, el mitterrandista, el chiraquiano (por quedarse en una órbita trivial o familiar) o, si se prefiere dar consistencia a la cosa, el estalinista, el mussoliniano o el petainista, tienen en común que miran por instinto las vicisitudes del momento a través de la persona y los ojos del Jefe. Lo que no supone que lo vean todo de rosa, ni mucho menos. A menudo serán los primeros y los mejor informados de las zonas de sombra, errores, faltas, desastres, vergüenzas, ligados a lo que los escépticos llaman prudentemente "el régimen instalado" (comunista, liberal, fascista, socialista, nacional, etc.). Sencillamente, piensan que todos esos problemas, innegables, tendrán mañana una solución, que se llama Fidel, François, Philippe, Valéry o Jacques —es incluso ese pensamiento el que les define como fidelistas, mitterrandistas, petainistas, giscardianos o chiraquianos. El descubrimiento (vacilante, confuso, contradictorio) de que es en la supuesta solución donde reside el problema hace que se les venga el mundo abajo. Obliga al afiliado a una dolorosa revolución de la mirada. El aficionado ingenuo a la pintura, que mira a través del cuadro como por el marco de una ventana que da a un paisaje, se pone a mirar la propia factura —la pastosidad, la textura de la tela, el sistema de pinceladas. En un Estado de sociedad que, contrariamente a la democracia, no admite la creencia de un recambio en su seno, o de visión alternativa sobre el mundo, el afiliado o el obediente se ve afectado de catatonia por *double-bind*, como el ratón en su jaula entre dos descargas eléctricas: si quiere seguir sirviendo a la Revolución en sus principios originarios deberá "traicionar" al líder histórico que encarna el principio en los hechos; si quiere seguir sirviendo lealmente al líder (y todo el sistema que sostiene y salvaguarda su

dominio personal), deberá “traicionar” el espíritu de la Revolución, o la idea que de ella se hacía, y por tanto traicionarse a sí mismo. En Cuba, el alcoholismo, la depresión melancólica o el cañón de la pistola resolvieron, tal cual, según los temperamentos, la dificultad objetiva.

De la palabra clave, el uso es libre, y tan variado (cada uno con sus desviaciones de sentido, su mala fe). Para muchos, yo entre ellos, era un motivo de puesta en camino más que un medio de evasión. Me incitaba a liar el petate como puede hacerlo una línea de fuga, cuando el alejamiento de lo que estanca alrededor importa más que las ganas de alcanzar un objetivo cualquiera. El punto de mira permite al impaciente colocarse dos pasos por delante de donde está y de no ser lo que es en el momento mismo –bovaryismo tónico. No fui un revolucionario feliz, por el mero hecho, pero estaba feliz de serlo por dentro, sedentario movido por la llamada luminosa de una escapada como viajero de la mañana, ausente ya de su vivaque y ante quien se abren todos los posibles. Ese horizonte tiene como mérito estar fuera de nuestro alcance, avanzar con el que marcha y por tanto moverlo. Le debo el haber podido prolongar mucho más allá de la adolescencia la embriagadora afición por las partidas, como un navío en dique seco que conservara la sacudida nerviosa de su cascarón mucho tiempo después de su puesta a flote. Y esa trémula dicha de zarpar, nadie en el mundo me la ha comunicado mejor que Fidel, personaje de suspense del que cada aparición, con sus zancadas impacientes en la habitación donde da vueltas como fiera enjaulada, su dedo índice apoyado en vuestro pecho para tomaros por testigo, su brazo por el hombro para una confidencia en voz baja, se parecía para mí a un *alzar el telón*. En ese drama prometeico y colectivo, que él orquestaba ante vuestros ojos, a corazón abierto, tenía el arte, mediante una brusca entrada en materia, de involucraros como uno de los actores principales, indispensables para el buen desenlace, sobre quien el regidor va a poder por fin apoyarse. Alistamiento al minuto que deja al interlocutor de ocasión estupefacto de reconocimiento al mismo tiempo que de responsabilidad, movilizado, elevado a cimas inesperadas, por miedo de no “estar a la altura”.

¿Era su singular aptitud para irradiar la actividad, la metamorfosis de un buen mozo en titán, magia relacionada con los aires del momento, el deslumbramiento por la palabra-sol que aureolaba

al personaje –revolución? Los contemporáneos de Pol Pot y del “naufragio castrista”, los turistas canadienses, franceses, españoles que se dejan desplumar a toda prisa en una ciudad fantasma, entre fachadas leprosas y filas de prostitutas, no pueden adivinar con qué cálida luz oro y púrpura ese contraluz cubría entonces a un Elegido de la Historia –ese triunfador al que una foto había inmortalizado, a su llegada a La Habana, con una paloma posada en el hombro, como el Espíritu Santo de los iconos medievales picoteando el hombro de Gregorio Magno. Yo veía en él mucho más que a él, como si su persona diera en calado a todas partes rica en ázoe, globalidad temblorosa que me hacía respirar hondo. No he vuelto a recuperar desde entonces esa sensación de oreo, de apertura hacia el porvenir que proporcionaban esos conciliábulo densos de informaciones secretas llegadas de todas partes, y donde zigzagueábamos entre Vietnam y Tanzania, Buenos Aires y Pekín, Argel y Bagdad. Era como para un ciclista cambiar de desarrollo, del provincial al planetario, con una amplitud de pedal a la que mi aislamiento cultural no me había preparado. Es un hecho muy poco observado que los nacidos en países exiguos o en ciudades-Estado (como hoy Singapur o Hong Kong, ayer Venecia o Amsterdam) son más propensos a sentir en mundial que los nacidos en vastos territorios continentales, más propicios a lo cerrado y que, al encontrar pasto a domicilio, no experimentan la misma necesidad de quitar el cerrojo al horizonte. Cuanto más grande es un país, y da la espalda al mar (los puertos salvan), más emparedadas están las vidas. Los insulares irradian. ¿Hemos notado que los mejores estrategias vienen a menudo de lugares aislados (Córcega o la isla de la Reunión) o del medio marino (Inglaterra o Japón?) Dotado de una cultura autodidacta ávida, apañada pero bastante amplia, Fidel vibraba con cada sacudida del planeta. Llegaba a su isla en la piel, subsuelos y recovecos; olfateaba mentalmente a América del Norte; sentía por instinto América del Sur (exceptuado Brasil, que es un universo aparte); contentándose en lo que respecta a sus antípodas, los países de Europa, con aproximaciones periodísticas. Nuestras charlas –si la palabra no implicara compartir la palabra a la francesa que su cortesía de hidalgo acaso habría tolerado pero que la desigualdad de rangos y su carácter, una vez pasados los preliminares, dejaban sin objeto– respetaban sin saberlo la etiqueta de Buckingham Palace, aunque al borde de un campo de baloncesto o en un sendero de montaña, sin previo aviso ni reglamento formal: nada de iniciativa temática. No salirse jamás del tema lanzado por el Soberano,

reanimarlo pero sin hurtarlo, es, después de todo, una regla universal, que rige tácitamente nuestras conversaciones con todos los poderosos. Nos hablan de lo que ellos quieren, no de lo que nosotros queremos, y a menudo acabamos por querer lo que ellos quieren.

Este artista de lo oral no eludía taimadamente las preguntas generales (que pronto dejé de hacerle y hacerme, temiendo tanto el ridículo como la lesa majestad). El Caballo (sobrenombre popular) volvía por instinto a la cuadra: su Sierra Maestra, sus héroes, Martí, Céspedes, Maceo, sus propias conspiraciones. Se dejaba guiar por su naturaleza y nuestra locura. Pues la paranoia no es una exclusiva del poseído en jefe: era, es siempre la de un entorno –estalinista ayer, islámico hoy, Cristo Rey antes de ayer–, pero en estado concentrado, llevado al máximo de eficacia infantil por la fiebre obsidional. Si la extravagancia sólo afectara a la cabeza no repercutiría en todos los rincones del cuerpo social amenazado, en cada uno de los creyentes alzados contra las infamias de fuera. A esa irradiación de calor, cual un Arquímedes rēgresando hacia su Siracusa asediada, el gran orador tiende un espejo sonoro que lleva a la incandescencia el fervor ambiente. ¿No es este intercambio de buenos procedimientos el que suscita al “líder carismático” e incita a relativizar los poderes autónomos del “cabecilla”?

Su lado Micromegas habría encantado a Voltaire (a quien la Corte y la persona de Federico II inspiraron el cuento del mismo nombre): me ha hecho compartir su manía por los detalles (todavía más fácil para un obsesivo). Megalómano minucioso, disimulado expansivo, ingenuo astuto, Fidel prestaba una detallada atención al hormiguero del día, pequeña corte improvisada que él aplastaba sin gritar cuidado, al primer cambio de humor o de línea. Como un jinete sus cabalgaduras, montaba a sus medios allegados a rienda suelta, infatigable. Los hombres de poder son forzosamente versátiles en amistad; no tienen tiempo que dedicarle a quien ya no puede servirles. Este utilitarismo de las relaciones personales es más marcado en los “totalitarios”, de una sola pieza, que en los “liberales” que, gustándoles desdoblarse entre corte y aldea, pueden conservar al abrigo a inútiles, viejos amigos sin rentabilidad evidente. El Cubano moderaba la ingratitud de la función por un aumento de solicitud, sobresaliendo en esa figura que dicen trivial (pero que, hasta donde se nos alcanza, excluye a Stalin y Mao no menos que a Franco y Mussolini): el cruel amable. El talón de hierro afectuoso. Me dejó pasmado, poco después de mi llegada, por el puntilloso cuidado que se tomó por mi “cobertura”, ocupán-

dose en primer lugar por incluirme en el jurado de la Casa de las Américas, en una concesión de premios literarios; luego, por entregarme un certificado médico para justificar, ante el director de mi instituto, por vía de la embajada de Francia, mi desaparición; después, agotados estos subterfugios, se inventó otro: un seudonombamiento como profesor en la universidad de La Habana, en la que sólo entré una vez en año y medio, para encontrarme con la redacción de la revista *Pensamiento Crítico*. (Este grupo de filósofos ávido de novedades y preocupados por el rigor crítico, donde tenía verdaderos amigos, fue disuelto después de 1968 a causa de “desviacionismo ideológico”).

Con una voz aguda de soprano, sorprendente para quien se espera al barítono tribunicio, red que poco a poco tomaría amplitud como un oboe después de la obertura, borrándose bajo los metales, me preguntaba pausadamente, al principio de cada encuentro, sobre el avance de esos simulacros, sobre los desiderata de mi compañera Élisabeth, la calidad de un vino de Burdeos que un invitado la había regalado, el funcionamiento del aire acondicionado del hotel, la conducta del chófer, el primo del director, los amargos comparados del café cubano y del *espresso* italiano. Yo que había creído en el adagio latino *De minimis non curat praetor*, descubrí así, como advierte el cardenal de Retz, que “no hay pequeños pasos en los grandes asuntos”. Seis meses después de mi llegada (el Che volvía entonces de Praga a Cuba para volver a irse enseguida, pero yo no sabía nada) pasó a recogerme al hotel en su coche para exponerme lo que cualquier agente inmobiliario habría tomado por una pérdida de tiempo: las ventajas y los inconvenientes del apartamento al que los servicios de seguridad proyectaban trasladarnos a mi compañera y a mí: vecindad, abastecimiento, exposición de la terraza, entrada de servicio, garaje. Y pedirme mi parecer. Yo pasaba de las cuestiones materiales. Él no. Fidel, lo juro, tenía infinitas delicadezas, un calor humano y unas deferencias que no he vuelto jamás a encontrar en sus pares.

Lo que se ganaba en amplitud de miras, al lado de los *barbudos*, se perdía, por supuesto, en matices y complejidad. Cualquier implicación fuerte en un combate suscita en el militante, que es un soldado (*miles*), esa curiosa mezcla de dilatación arterial y estrechamiento cerebral. Es que al simplificar la existencia, la cultura de guerra simplifica también el pensamiento; pérdida de sutileza pero ganancia de tiempo; desaparecen las zonas ociosas o medias de la conversación, entre el cotilleo y la lucubración, la guasa y la exégesis, en la que demoran los “politizados” en tiempos de paz. En

reunión íntima, nunca oí a los comandantes “hablar de política”. En plan tertulia y cotilleo, como nuestros “profesionales”, entre sí. Ni siquiera como nuestros comentaristas demasiado cerebrales de la actualidad, en plan billar o ajedrez. El profesional *intriga* permanentemente, el revolucionario *conspira*. ¿Qué diferencia? La intensidad de las apuestas y una cierta indiferencia por los “costes humanos”, por los propios seres, reducidos a sus capacidades de acción. Desdeñando cualquier psicología, los comandantes saltaban de una ética sin matices a una técnica diáfana. Con Fidel, la “moral” consistía en una declinación somera, para atributo inmediato de las personas cuyo nombre surgía en la conversación, innumerables sinónimos que posee el español para “honor” (honra, decoro, vergüenza, entereza, nobleza, etc.) y para su negativo (blandenguería, claudicación, deslealtad, derrotismo, etc.) Valentía o cobardía. Alternativa escueta: tener o no tener. Blanco o negro. Chimenea de corrientes de aire, sin purgatorio en medio –un mismo individuo podía subir o bajar (lo más corriente bajar), en un abrir y cerrar de ojos, del cielo de los héroes al infierno de los *pendejos*, blanduchos y desinflados (según como el individuo hubiera respondido a las esperanzas puestas en él, es decir a los cálculos políticos del Jefe). La técnica versaba sobre tal o cual detalle de ejecución: ¿treinta o cincuenta por ciento, el número de bombas lanzadas por la aviación que no explotan? ¿Setecientos cincuenta o cuatrocientos metros, el alcance de una carabina de mira telescópica? ¿Entre el nuevo fúsil FAL belga (7,62) y el viejo Garant americano (30,06), qué fúsil elegir y por qué? ¿Es mejor, para una columna en marcha cargar un bazooka chino, el RPG-2, ligero pero con un alcance de ciento cincuenta metros, o un mortero de sesenta, cinco veces más pesado con un alcance de dos mil metros? Cada una de esas discusiones podían prolongarse una o dos horas; moral y técnica, toda una noche.

Ya no había lugar entre esos dos extremos para lo que un europeo habría llamado las “cuestiones políticas de fondo” (de las que habrían debido o podido depender los detalles operativos en los que se encerraba, y nosotros con él, el Comandante): ¿qué poder es ése que hay que “tomar”, y para hacer qué? ¿El “imperialismo es un dragón con figura humana, una hidra de Lerna, o hay varios centros de decisión, varios polos de interés en los Estados Unidos? ¿Podemos realmente hablar de “sociedades neocoloniales” en América Latina, sin matizar y diferenciar entre ellas? El Caballo no veía ahí más que argucias, pedanterías para “pequeños papas ideológicos”. Si le citábamos tal o cual autoridad se im-

pacientaba. “No hay necesidad de buscar en Marx o Lenin cómo amañar un detonador con una linterna, o un mortero con la culata de una escopeta de caza. Vosotros, los europeos, estáis enfermos de teoría pero la guerra no es una cuestión teórica.” Tenía totalmente razón. Yo prefería entrar en su juego. Desde entonces me pongo siempre de parte de aquellos cuyo primer impulso es el de mirar las cosas y no el de consultar los libros.

Si el trastero *totalitario* sirve a los publicistas como armario para los cadáveres molestos, la palabra, que conserva su validez en el campo de las artes (donde hay un parentesco desde Moscú hasta Berlín), podría aplicarse, con mayor propiedad que a los regímenes, a una psicología patronal. Totalitario sería entonces el hombre de acción para quien su acción es todo, sin que nada más cuente para él. El patrón Historia, sin pormenores, totalmente identificado con su papel. Así entendida, la *personalidad totalitaria* atraviesa las edades, aflorando todo tipo de reinos de taifas históricos, espirituales o policíacos, o las dos cosas. Una situación de hostilidades generalizadas le dará las mejores posibilidades de imponerse. La guerra reclama del protagonista la entrega sin reservas —el calor de la acción prolongada impide tanto la perspectiva como la restricción mental. En esos extremos de intensidad, la distinción entre hombre privado y hombre público no tiene valor. Mitterrand no tuvo nunca que llevar a cabo una guerra seria —y había dos Mitterrand, cuando hubo un solo Fidel y un solo Che. Educado por la paz, y para ella, el líder democrático parte la diferencia, y puede cultivar jardines secretos, sin dejarse completamente definir por su función; el jefe carismático no tiene partes de sombra porque nadie guerrea a medias. Nuestros presidentes tienen a mucha honra aparecer por encima o al lado de su trono. En París no pueden encontrarse con un escritor sin darle a entender que es del gremio y que, si no fuera por las cargas de su cargo, también se habría enfrentado con novelas, ensayos y confesiones. En otra parte es un pastor protestante extraviado, o un hombre de negocios, o un actor de películas del Oeste que no ha encontrado su destino. En Francia es un Flaubert fallido, víctima de un error de orientación. Continuando sin saberlo la ancestral, estatuaría desconfianza de los aristócratas hacia los clérigos, los comandantes no tiene esas coqueterías; miran a los intelectuales como los visitantes del zoo; están sin coartada. Nada de juego ni de laberinto: de una sola pieza y en línea recta. El demócrata se

sabe transitorio. Vive según varios tiempos. Existía antes y existirá después de su mandato; su puesto no es su persona. El totalitario, a su lado, representa un personaje lineal y monomaniaco, monocromo y monocrono. El poder es su vida, no un oficio; se da por completo a él, en cuerpo y alma, sin la esperanza de una jubilación bien merecida, lejos de los asuntos –abstinencia impensable. Un elegido por el pueblo se va a las ocho de la tarde del Elíseo y pasa a otra cosa: cenar fuera, amigos, familia. Un elegido por la Providencia ignora esos tiernos laberintos. Para Castro, que se decía casado con la Revolución (y para quien comportarse como marido, hijo, amante o padre habría sido venir a menos), jugar al baloncesto, acostarse con una chica, o cocer unos *spaghetti* sólo era un pasatiempo destinado a recuperar fuerzas, una pausa a lo largo del camino, sin quebrantamiento de las obligaciones. ¿Quién puede imaginarlo cultivando rosas y jugando a las cartas en una finca mejicana, rey en zapatillas acabando dulcemente sus días en un exilio dorado?

“¡Asombroso! ¡Un auténtico Mussolini!” Radiante, sin ironía aparente, Moravia me susurra la palabra al oído. Está de pie en la tribuna de invitados, en este año de 1966, en la plaza de la Revolución, y escuchamos a Fidel dirigirse a un millón de cubanos, a los que mantiene encantados desde hace una hora larga de reloj. “Se burla usted”, le digo, juzgando la broma de bastante mal gusto. Italiano por italiano, habría preferido a Garibaldi. “No, no, créame, usted no había nacido, pero es exactamente eso.” Lucía una sonrisa astuta pero embelesada. (Alberto Moravia, que más tarde se convirtió en un amigo, antifascista nada sospechoso, siguió siendo “fidelista” y “pro cubano” hasta su muerte.)

Evalúo a distancia la sagacidad transversal de la declaración –que me había ofendido, en el momento, como un sarcasmo. Creo incluso que Moravia había encontrado así, paradójicamente, la clave del poder de seducción que ejercía esta isla oralizante y declamadora sobre nuestros espíritus progresistas. El socialismo científico, médium frío, sometido siempre a sus orígenes librescos, carecía singularmente de *pathos*, de cuerpo y de entonación. El comunismo, último avatar de las religiones del Libro, había envejecido como monstruo de papel, aburrido y escolar, rebelde a la improvisación. El lenguaje estereotipado estaba *escrito* y los oradores del Partido leían sus discursos con una voz neutra y monocorde. Es incluso pasmoso ver, en los noticiarios soviéticos, a Stalin

en lo más duro de la Gran Guerra patriótica, en un Moscú asediado por la *Wehrmacht*, llamar a sus compatriotas al arranque salvador declamando ante el micro con un tono monocorde, el rostro impasible, la nariz en el papel, un texto estereotipado, como un secretario de célula leyendo un informe de actividades. En ese mundo penoso y gris, en el que la emoción apenas se mostraba, la irrupción de la teatralidad latina, de una retórica del cuerpo y de la voz producía el efecto, y no solamente oratorio, de una "revolución en la revolución". La ruptura con la dicción administrativa a la que estábamos acostumbrados, sobre todo en Europa, donde el oído había perdido la costumbre de las grandilocuencias propias de las grandes circunstancias y donde el *talk-show* televisado aún no había privatizado la elocuencia como murmullo, proporcionaba el frescor juvenil de un descubrimiento, como si fuera un regreso a las fuentes tonificantes de la *actio* retórica en la Roma antigua. Recuperaba así la liturgia un vigor vital de estilo fascista, si se quiere, sin la ampulosidad paródica y el lado *peplum* de Mussolini. La televisión, que ha rematado en ese terreno el efecto "charla al calor del fuego" inaugurado por la radio de posguerra, nos ha entregado desde entonces esas gesticulaciones retrospectivamente cómicas, sirviendo el ridículo aquí como signo externo de una ruptura tecnológica, entre el período y la frasecita.

Al hacer esto, la isla antillana invertía el esquema sexual subyacente en el juego secular de la Razón en la Historia. Para el heredero de las Luces el libro era masculino y la muchedumbre femenina. El cuadro leninista (y no sólo él) tenía como tarea depositar la simiente de lo escrito en el regazo de las masas, supuestamente letradas, inseminación científica que produciría, nueve meses, años o decenios más tarde un vástago legítimo: la Revolución. La población campesina y obrera, preñada de sus obras (completas a ser posible), daría a luz en el dolor pero a su tiempo. Los fascistas cambiaron el reparto racionalista trasladando sus fantasías infantiles de omnipotencia al hablar y feminizando la escritura. Dándole de nuevo a la oralidad y a las imágenes fuerza fecundante y violenta. Y no solamente los jefes, los intelectuales fascistas se querían también ellos machos de la palabra viva. Brasillach, en *Estoy en todas partes* y en 1943, todavía acusaba a la democracia de haber "privado a la nación de imágenes en provecho de lo escrito agostado". Moravia resumía la paradoja por la palabra adecuada que era también cierta: en La Habana, el intelectual occidental podía ofrecerse, durante un mitin de masas,

dos placeres en uno, generalmente incompatibles: el de ser comunista y fascista, o más bien, porque estaba prohibido y era impensable rozar cualquier cosa que pudiera evocar el fascismo, el placer de ofrecerse un arcaísmo de contrabando, violando, de manera inconsciente, una especie de prohibición.

Pero sin duda estas comparaciones están demasiado marcadas en el rincón de las ideologías. Quizá allí sencillamente descubríamos, más allá de la cálida inmediatez del Verbo, esa oscura psicología de la creencia enunciada por san Pablo: *ex auditu fides*. La fe por la audición. Para creer *en* alguien hay que oírlo, y si es posible con varios –acorde profundo, cuerpo a cuerpo de una voz y de un tímpano. Para creer que algo es así o de otra manera basta leer o ver en silencio. Quien se alza de una estima débilmente energética a una adhesión plenamente dinámica, practica el adagio paulino: *escucha* la voz del muecín cayendo del minarete, del predicador en el púlpito, del líder en la tribuna. Se vuelve tímpano.

Sin olvidar que en griego antiguo el mismo verbo designaba la escucha y la obediencia. *Upakuein*, obedecer, es, literalmente, escuchar debajo. De hecho, no nos imaginamos a un tribuno metiéndose en el puño a una audiencia de abajo arriba. Fidel, encaramado a un estrado de madera, detrás de su realzado pupitre de micrófonos, dominaba un explanada de oyentes subyugados. Sigue siendo para mí una *voz*, una entonación que basta que la oiga por azar en la radio para quedarme prendido.

Nosotros, europeos pasteurizados, nos encogemos de hombros ante esas truculencias folclóricas. Esos reyes del pronunciamiento, esos bandoleros con patillas. El escaso tamaño del país antillano y su apenas rostro lo destinan a las noticias menores, retoño barroco de un tronco comunista hendido por el rayo. Muy injustamente. Fidel Castro es un falso energúmeno; nos cuenta nuestra historia olvidada; que parezca excéntrica a la gente seria es prueba de la amnesia que reina en el “centro del mundo”, en nuestras sociedades demasiado bien peinadas y como desodorizadas. Lo olvidado, lo inhibido, es la guerra.

Hay jefes y jefes, como hay guerra y paz. Hay dos Mahomas en uno. El predicador misericordioso de La Meca no es el jefe militar de Medina ordenando degollar a judíos y politeístas. En Francia he tratado diez años con un dirigente de gran valor físico al que no le gustaban la guerras, las armas, el uniforme, el maniqueísmo, los

estados mayores, los servicios secretos, la escueta división entre amigos y enemigos, rechazándolo por instinto, actuando con astucia lo mejor posible. He tratado con otro en el Caribe casi igual de tiempo, a quien no le gustaban la paz, los diferentes matices del gris, las cotas mal cortadas, prestándose a ello sólo a regañadientes. Mitterrand, Fidel Castro; Presidente, Comandante; señor de paz, señor de guerra. La Meca, Medina. Planeta de día, planeta de noche, ¿todo depende de las condiciones?

El Comandante (el único absoluto, artículo definido) debería hacernos recordar que “La guerra, soy yo” precedió y fundó “El Estado, soy yo”. Desde luego la guerrilla es la guerra de antaño, de antes del 14, la “guerrita” nacida en España, sin armas pesadas, sin artillería, sin aviación, y que ya desconcertó a Napoleón por su vetustez inaprensible. No la guerra industrial y técnica, carnicería que enfrenta capacidades colectivas más que voluntades individuales. Una hermana pequeña de la guerra feudal. Un asunto de alma, de corazón y casi de cuerpo a cuerpo, en que cada uno pone a prueba su valor frente al prójimo (y esta guerra ideal, arcaica, en Cuba fue notablemente corta y poco sangrienta). Llamar presidente al Comandante en jefe habría sido ofenderle, degradarle. Durante cuarenta años en traje de faena, botas, cinturón, pistola, el líder cubano sólo ha abandonado el uniforme al final del recorrido, para visitas al extranjero; el traje dos piezas y la corbata se ofrecían como prenda de buenos modales, un adelanto sobre el certificado de buena conducta esperado, para confundir al adversario liberal. Diplomacia y dólar obligan (ese Fregoli también podía vestirse de golf, con *green* y *caddies*, para forzar las puertas del club de las fieras de buenos modales etiquetado “comunidad internacional”).

Este conspirador nato posee el arte de llevar la contraria. Es el primero que conspira contra los equipos gubernamentales a los que entrega las riendas –tomando enseguida distancias si sus ministros se hacen impopulares–, hasta el punto de encarnar, a los ojos de sus vasallos, tanto el Estado como la protesta contra el Estado, contra esas burocracias incapaces e insensibles. Como entre nosotros Felipe el Hermoso, Luis XI o Enrique II, el rey populista la toma con la aristocracia para apoyar la causa de los humildes. Aunque haya acumulado sobre su cabeza tal número de títulos que harían palidecer a Stalin o Mao, Franco o Duvalier, el jefe del ejército eclipsaba de lejos al jefe de partido, de Estado, de gobierno y de otras cien instituciones y organismos que también era para cumplir. Su residencia privada en La Habana se ha conver-

tido hoy en un campamento militar, el de las “tropas especiales”; entonces era todavía un campamento volante por montes y valles, de una “casa de seguridad” a otra, sin una escolta de motoras en el mar, de limusinas en carretera. Castro apenas adivinaba a Fidel, rey sin altanería ni ceremonia, sin cumplidos ni distancia, como ese Luis XII del Renacimiento que recibía al embajador Maquiavelo nada más llegar. El país es su castellanía, el Estado su patrimonio. Lo administra como un latifundista su hacienda. Propietario supereminente, dueño de relojes y medidas, mantiene en ello a sus sargentos, sus prebostes, sus guardabosques; oficiales y secretarios regionales son sus feudatarios, presidentes y ministros, sus ayudas de campo; el presupuesto nacional, sin discusión ni control público ni siquiera contabilidad, es su cofrecito personal; la Corte, su puesto de mando; el segundo comandante, pronto vicepresidente y viceprimer secretario, su hermano menor Raúl. Los grandes feudales rodean a los príncipes de sangre. Ni vida privada ni vida de familia; ni casa ni fiestecitas. El Jefe no es ni un marido, ni un padre, ni un hijo, es Jefe a tiempo completo. Sus casamientos desiguales, olvidados; sus amantes, del país y de otras partes, innumerables pero desperdigadas y anónimas; los bastardos concebidos por obras reales, en número impreciso (se han contado unos once hasta hoy), mantenidos a distancia. Un solo punto fijo en la capital: Celia Sánchez, su compañera y secretaria en la Sierra Maestra, en cuya casa eligió vivir en La Habana; ella tampoco, esta pantera huesuda, pequeña, diligente y discreta abandona jamás el uniforme. Administra su retaguardia, se encarga de mantener el hilo con lo civil. El Gran Inabordable surca sus confines, sin programa ni calendario, *jeep* por caballo, *kalachnikov* por espada, distribuyendo limosnas y larguezas a los indigentes que le suplican.

La escolta se componía de una decena de guajiros de verde oliva, sin distintivos particulares. En su coche, sentado atrás, se pisaban fusiles ametralladores tirados en desorden; y en la calle 11, en la pequeña casa de Celia Sánchez, en el último piso, donde él dormía en calzoncillos y camiseta en una litera de somier metálico, tomábamos el desayuno ante un arsenal amontonado bajo la cama. Nunca se sabe. Excepto ese detalle y los aparatos de gimnasia de la habitación contigua, el Jefe vivía en un cuarto de paredes desnudas, en un alegre desorden de libros y de papeles. Protección personal todavía campechana, a base de connivencias y de movilidad. El Jefe era inaprensible, todavía no como el despota, en su fortaleza bajo buena guardia (los mil hombres del ba-

tallón especialmente dedicado a la seguridad de Palacio), sino como el guerrillero que “muere y huye”, desaparece sin prevenir, toma la dirección opuesta a la que acaba de indicar en voz alta, bifurca a medio camino. Imprevisible, sabiamente, instintivamente impuntual. Nada de itinerario fijo, nada de horario: la magnífica informalidad del *condottiere*. Una entrevista de media hora puede durar dieciséis horas, pero una visita oficial será acortada sin explicaciones. Le dejó lo fastidioso del protocolo a un presidente de la República, Osvaldo Dorticós, jurista de buena disposición, figurante estoico y compartimentado. No nos dormíamos antes de las tres o las cuatro de la madrugada –hábito del guerrillero que se embosca por el día y se desplaza por la noche. Sus levantarse y acostarse ritmaban, como la hora al sol, los relojes del Estado. Lo que implicaba dos ritmos cotidianos: el, ordenado y previsible, de los oficiales-ministros, jefes de servicio y altos funcionarios, en su puesto en horario laboral, para despachar los asuntos corrientes; y el, sin agenda ni horario, de los comandantes jamás localizables, tampoco ellos, en su mayoría sin función bien definida pero dotados de dos atributos visibles de la soberanía delegada: la barba y la pistola (ya fuera al cinto, bajo la guayabera, o bien a la vista sobre la cadera). En ese puesto de mando volante al que embajadores y dignatarios extranjeros, incluidos los soviéticos, prácticamente no tenían acceso, un ministro en traje civil parecía un hidalgo infanzón o mozo de armas. No habiéndose jugado la piel cuando y allí donde hacía falta, en la sierra purificadora y no en la corrupción de las ciudades, esos perros viejos no tenían sino su merecido: el papeleo de los decretos y las reverencias ante los “países hermanos”, objeto de un desprecio irremediable (con la excepción, misteriosamente, de Bulgaria). La propia Unión Soviética recibía sus pullas –“un país gigante gobernado por enanos”, me repetía Fidel, no sin perspicacia y con tono afligido, dejándome el cuidado de concluir que más valía aún una isla pequeña gobernada por un gigante. Para redimir a los Jruchov, Mikoyan y otros Bulganin estaba felizmente el recuerdo de Stalingrado, de los partisanos, del mariscal Jukov y de la batalla de Kursk (el mayor enfrentamiento de blindados de nuestra historia) que procuraban a los soviéticos “de antes” el primer lugar en el palmarés mundial de la heroicidad. Primacía histórica mantenida por las películas-río de la Mosfilm (que Raúl Castro se hacía proyectar en su sala de cine personal), de las novelas edificantes traducidas al español, tales como *Y el acero fue templado* de Nikolai Ostrovski o *Un verdadero hombre* de Boris Polevoi, que daban lectura por la noche

en nuestros barracones. El Ejército Rojo absolvía al Partido soviético; la retirada de Kruschev en la crisis de octubre había confirmado la congénita pusilanimidad de los civiles, burócratas regordetes a los que una inexplicable abulia confiaba, en el Este, la última palabra. Ni que decir tiene que el segundo círculo, el de los viejos comunistas, veía al primero, los hombres del “26 de Julio” (el movimiento fidelista original), como a una camarilla de “pequeños burgueses irresponsables”, de cizañeros aficionados. Catapultado a la guardia cercana del Jefe, por encima de la cabeza de los oficiales, estaba, bien es verdad, más al corriente de lo reservado que de lo administrativo, tanto menos cuanto que este Estado se complicaba poco por la normalidad (hasta el punto de haber podido sobrevivir sin Constitución durante diecisiete años). Se puede adivinar qué comentarios suscitaba en los paladines de la ortodoxia el aterrizaje de un “pequeño protegido”, francotirador extranjero, peor aún, de un país capitalista, y por añadidura fuera del Partido. No metería entre esos miembros del aparato a Carlos Rafael Rodríguez, antiguo dirigente comunista instruido y cosmopolita, entonces número tres del régimen (después de Fidel y Raúl). Como numerosos ex estalinistas, se mostraba más liberal con los heréticos que los bolcheviques de última hora.

Nacido de los juegos de la guerra y del azar, ese monarca todavía improvisado no fue coronado en Reims o en Westminster. No cura llagas. Nada tiene que ver con Cristo, la Virgen y los santos. Pero tiene su propia trascendencia: la Revolución; sus gestas y sus predecesores; su raza, y sus historiógrafos; tiene sus criados, sus duques y sus condes, sus liturgias, su generosidad, su santa voluntad, su “secreto”, sus jaulas y máscaras de hierro, sus órdenes selladas, sus Bastillas; su inagotable buen corazón y sus malos consejeros –“si Fidel estuviera al corriente, eso no ocurriría” era la frase más pronunciada en el país, desde las chozas hasta las ciudades. Pues no se dice Castro sino Fidel, como se decía Luis o Enrique. Únicamente los soberanos son llamados por su nombre –la ubicuidad virtual permite una especie de familiaridad. Bien es verdad que ese rey Estado no es un rey Ley sino un rey Espada. Las leyes fundamentales del reino no lo dominan; puede todo sobre ellas y ellas no pueden nada sobre él. Es un rey *in statu nascendi*, que extrae su sacralidad de sus hazañas personales y no, como el rey cristiano, de un Estado o de una tradición preexistente. Es un puro rey de guerra. ¿Tan extraño es, después de todo, que un rebelde acabe por ser rey? La guerra tiende a hacer al monarca y rebelde viene del latín *re-bellum*: “el que vuelve a

empezar la guerra". Toda guerra que se prolonga sin medida es una monarquía que se acerca. Que un capitán feliz diga a sus compañeros: "La guerra ha terminado, pasemos a otra cosa", y ahí está su deposición en la orden del día. (Los republicanos tienen esa valentía, que le falta a los caudillos. Sólo ellos, Washington, Clemenceau, o de Gaulle, saben cerrar las puertas del templo de Jano.) "El rey es un artesano de la guerra como el zapatero lo es de los zapatos", decía Mariana, el español del Siglo de Oro.

En la época de la Tricontinental, *monarquía* habría parecido cómico o fuera de lugar; *guerra* estaba en todas las bocas y en cada encrucijada. Los anales recordaron la "crisis de los misiles" de octubre de 1962, el gran escalofrío de aquel decenio. Sobre el terreno, el vértigo nuclear se vivió como una enésima peripecia, sin especial relieve. Mis amigos me hablaron de ello como de una momento delicado en su vida. Nuestra guerra fría era allí caliente, sucia y de perpetua actualidad, y comenzó en 1959, antes de que se hablara en La Habana de Marx y de Lenin. El atentado de la CIA contra el carguero *El Coubre*, en pleno puerto de La Habana, ochenta muertos; las bombas en los cines, los incendios en los campos de caña, los sabotajes de las centrales azucareras; el desembarco en la bahía Cochinos, preparado por el bombardeo de los aeropuertos; las armas arrojadas en paracaídas en el Escambray, en el centro de la isla, donde tres mil "vendeanos" le hacían la vida imposible al Ejército rebelde; los comandos mafiosos zarpando de Miami para asesinar a Fidel; las atractivas espías infiltradas cerca de él como en las novelas de estación —esas agresiones no eran asunto de los comandantes. Habrían prescindido de ellas, pero a fin de cuentas esa guerra de "baja intensidad" les iba como un guante. Además de que la lucha clandestina era su única especialidad indiscutible, avalaba su preeminencia, al tiempo que reagrupaba de maravilla al buen pueblo tras esta nueva nobleza plebeya, que debía todo al Jefe. Toda la isla podía convertirse en un campamento militar, y el uniforme verde oliva (como las palmeras), en símbolo de la adhesión y en punto de mira colectivo. Además de que en Cuba los períodos de pluralismo habían sido demasiado cortos y ridículos para constituir una tradición liberal, o dejar una nostalgia, los hábitos de clandestinidad no ayudaban a facilitar el regreso. Como mostró la Resistencia en la propia Francia, una organización clandestina jamás es democrática sino vertical: nada de estatutos escritos, no hay tiempo para consultar a las bases, para reunirse, para informar. Demasiada democracia en la guerra subterránea es la muerte o la fragmentación. Un jefe

de red o de movimiento no es un dirigente elegido obligado a rendir cuentas, y controlable por sus mandatarios. Funciona por la confianza, el aplomo, la autoridad personal. El grupo de dirección, alrededor de él, forzosamente tendrá mucho de clan, de camarilla la del adversario o rival, mientras represión, amenazas de infiltración y caídas obliguen al conductor del juego al “ejercicio solitario del poder”. *Dura lex sed lex*. Los veteranos de una lucha clandestina, sea donde sea, raramente resultan buenos demócratas respetuosos de los procedimientos. Visto desde dentro, ese estado de guerra clandestina perpetuada, con lo que supone de determinación, de rapidez de ejecución y de compartimentación, hacía que nos pareciera natural, cuando no francamente deseable, la ausencia de libertad.

Un ideal aristocrático se deslizaba quizá más cómodamente bajo el discurso igualitario que en el culto burgués de los méritos y de los notables, como si la exaltación ritualizada de las “masas” exaltara en cada uno, por espíritu de contradicción, las ganas de distinguirse. La aportación de esa vanguardia fortificada al grueso de la tropa comunista (que se extendió a través de los movimientos de liberación del Tercer mundo entrenados y formados en la isla desde 1960 a 1990), es no haber abolido la dura jerarquía igualitaria, sino invertido sus polos, sustituyendo la Gnosis por el Gesto. Demiurgo heroico-sentimental: basta querer para obtener. Normalmente, en Rusia y en China, los más competentes del Partido dirigían las jerarquías del ejército (rojo o popular), y ponían por las nubes al ingeniero y al técnico, exaltando presas, canales, complejos industriales y cosmódromos. A esta *hybris* tecnocientífica, fuera del alcance de un campesino pobre, correspondía bajo el trópico el culto macholeninista del superhombre armado, del que Toshiro Mifune, el samurai de las películas japonesas, ídolo de todo el país (privados por el bloqueo de Gary Cooper y John Wayne), ofrecía la encarnación más ejemplar. “Las mejores espadas son las que permanecen en la vaina” –la sabia advertencia del *rônin* tan del gusto de Kurosawa que sirve de moraleja a *Sajuro* pasaba sin embargo inadvertida. La valentía rebajaba la clarividencia, la nación-batalla, el país-taller; y la política, asunto de *cojones* más que de prudencia, continuaba la guerra por otros medios.

De ahí el tiempo consagrado por la sangre azul a los ejercicios físicos, a los torneos de tiro, como a la pesca submarina y a la caza, atributos del *primus inter pares*, Fidel. Anulado el poder del

espíritu, conjurado el del oro, idealmente sólo la espada queda en liza. Ella escribe la Historia a fuerza de hazañas viriles que los letrados, detentadores de lo escrito, explicarán después al buen pueblo mediante cursillos, clases y citas. En la feudalidad, las funciones políticas no estaban separadas de las funciones militares. Como aquí el “brazo armado” de la cabeza pensante. Nada de comisarios políticos para duplicar o vigilar al jefe de unidad militar. Era a los civiles a quienes les tocaba obedecer a los guerrilleros –el Che en Bolivia exige desde un principio la subordinación del Partido comunista. Pura herejía, a ojos de la tradición. Y los soviéticos no pararán hasta restablecer, tras la desaparición de Guevara, la primacía de los comisarios sobre los condestables.

Los caballeros de antaño no cultivaban la tierra de la que vivían. Al principio de la revolución, sus homólogos tropicales, antiguos labradores muchos de ellos, se imaginaron a su vez exentos del trabajo productivo, como por otra parte de las obligaciones fiscales o económicas, tanto más cuanto que la noción de impuesto había desaparecido y que la mayor parte de los servicios urbanos eran gratuitos o casi: el teléfono, el hospital, el alojamiento, la escuela y el consumo eléctrico. Siendo ministro de Industria, Ernesto Guevara se esforzó por interesar a los revolucionarios en la producción económica dotándola de prestigio guerrero. Militarizando el vocabulario y a los propios asalariados: “brigadas” de cortadores de caña, “contingentes” obreros, “batallas” de la producción. Y enviando a los soldados del Ejército rebelde a participar en el “trabajo voluntario”, como cortadores de caña. Gracias a estas cargas, prestaciones de sudor ritualizadas, casi litúrgicas, el Estado reconciliaba la primacía doctrinal del “trabajo productivo” con la supremacía moral del combatiente, la “ciencia” marxista con el mito popular.

En esta tosca monarquía, sin legistas ni cuerpos intermediarios, cuya traducción simplista es lisa y llanamente una dictadura, los hombres de poder se mueven en un espacio sin volante ni degradé, en blanco y negro. Allí donde el militante sólo puede sobrevivir como cortesano, los *curricula vitae* son entrecortados, llenos de intermitencias, y los altibajos se suceden sin razón aparente. Eso genera hombres corroídos por la angustia, sin estudios ni carrera, sin término medio entre planear y hundirse. En los grados superiores de la pirámide, es la posibilidad o no de acceder a la cima que divide a los vencidos de la existencia de los triunfadores. *Estar en la viva* (estar en el ajo), *tener acceso* (a Fidel) –ese

estatus casi sobrenatural aunque eminentemente precario no dependía de la función oficial ni del rango protocolario sino de amistades imprevisibles y decisivas. Tenía en ascuas a esos quinientos importantes de uniforme que se agitaban en las alturas luchando no por *tener*, esto o lo otro, sino por *ser*, alguien. La primacía no miraba la tarjeta de visita, sin significado (salvo la pertenencia al Buró político, distinción real; ministros, directores, Comité central tenían un papel cosmético), pero con esta única facultad mágica: ser o no ser de quienes *le* ven. Un batacazo inopinado no deslizaba al ascensionista del *in* al *out* (como en nuestras benignas rúbricas de las revistas), sino del ser a la nada. Esa fulminación súbita, irrevocable, y conocida rápidamente por el Todo La Habana, provocaba depresiones de varios años; pocos accidentados salían indemnes. Numerosos fueron los suicidios de dirigentes que habían “perdido el acceso”; desde los más ilustres, como el presidente de la República, Osvaldo Dorticós, o Haydée Santamaría, la heroína de los primeros días, la legendaria presidenta de la Casa de las Américas, hasta oscuros ministros en funciones súbitamente desenganchados y humillados.

La carrera de cualquiera a la intimidad del Jefe se traducía a la llegada por una carrera de velocidad al precipicio. ¿Cómo explicar esa paradoja de la *libido dominandi* si uno no cree en la pulsión de la muerte? Por el sortilegio al que no escapa ningún realzado. Cuando el nuevo favorito ha accedido al santa sanctasantórum, con las partidas de ajedrez en la calle 11, el balón vuela en el gimnasio hacia las doce de la noche, las competiciones en el polígono de tiro al alba, las comidas familiares a la hora del desayuno con vino y queso francés en un trozo de mesa, la vida corriente es tan fácil y familiar, tan trivialmente cotidiana y distendida, que excepto el cambio de ritmo (dormir por el día hasta las tres de la tarde y ponerse realmente en marcha a la hora de la cena) tiene la sensación de que no ha pasado nada de muy “brujo”. El propulsado está totalmente sorprendido de ver cómo se abre un foso impalpable entre él y los demás –familia, colegas, amigos. Esos ya han comprendido. Lo saben en el perímetro mágico, o maldito, de los grandes secretos. Olfatean por instinto los peligros del embrujamiento, de la aspiración hacia lo alto, discernen mejor que él la trampa bajo lo milagroso, la desgracia, el alejamiento sin frases, si no peor, la cárcel, el suicidio o la degradación; porque el atolondrado habrá tenido una palabra desgraciada, un paso en falso o no, pero un rival, a su espalda, se lo habrá dicho al Jefe supremo con aire afligido. Entonces los amigos bajan la voz y se

apartan del futuro apestado, ya no se atreven a hacerle preguntas. Ahí está “maldito”. Fascinante pero temible, un hombre aparte, tan expuesto a la ebriedad como a la catástrofe. Todos los vasallos se dejan atrapar en ese maleficio. El Jefe es un hombre como los demás, desconcertante de simplicidad, que se entusiasma por nada, como un niño; que se encapricha de un desconocido y no lo suelta; lo lleva por arriba y por abajo, mañana y tarde, hasta el punto de que poco a poco el ascendido se deja ir, baja la guardia. Va a ceder a la “vana gloria” (como la llamaba Loyola), a presumir ante un tercero, un rival que espera su hora. Va a dejar caer, por teléfono, al pedir un favor personal (tres veces nada: un pequeño sobre de divisas, un coche Lada último modelo, la autorización de salir del país para un primo) a tal o cual ministro o subalterno al que nota perplejo o reticente al otro extremo del hilo, un fulminante “Ponte a ello, ayer noche vi al Jefe”; y unos días más tarde, inexplicablemente, un rayo partirá al presuntuoso. El Jefe ya no da señales de vida. Invisible, inabordable. El fiel desamparado –comandante, ministro o diplomático– descubre entonces el abismo ontológico que le separaba sin saberlo de quien se creía el amigo, el brazo derecho, el *alter ego*. Descubre que los hombres necesitan a Dios pero que ese Dios, contra todo proverbio, no necesita a los hombres. Y que esta disimetría está en la base de todo. Demasiado tarde: una vez “caído” ya no se volverá a levantar. Sólo le quedará, vuelto a la tierra, intentar en vano remontar la pendiente solicitando, como quien no quiere la cosa, bajo cualquier pretexto anodino, a tal o cual intermediario posible con el Palacio, intercesores más o menos indulgentes; pero aquéllos se cuidarán bien de coger el teléfono al contagioso. Y entre los antiguos compañeros con quienes se cruce por casualidad, unos días más tarde, si no son unos años (en una embajada, una recepción o en cualquier tribuna), quizá pueda, por muy peligroso que se haya vuelto, pillar a uno para preguntarle, como descuidado, si Fidel recibió su mensaje de explicación, si todo está *okay*, si se aclaró el malentendido. Pero “Fidel” (como dice el fidelista trivial, “Castro” marcando al enemigo declarado) pone en alerta al posible intercesor, y la mirada del supuesto mensajero al momento se vela con una conmisericordia turbada. Esa es la prueba de que el caído en desgracia ya no cuenta. Porque en el círculo inmediato, en el corazón del corazón, para evocar en su ausencia al Jefe, se utiliza una perífrasis gestual, la equivalente en sociedad oral al impronunciable tetragrama hebraico (esas cuatro letras YHWM de que se servían los escribas judíos para nombrar a Dios

sin nombrarlo). Se lleva uno dos dedos al mentón para esbozar el contorno de una barba, o al hombro para sugerir la estrella de plata en la hombrera. Así hacen esos arcángeles de rostro humano de quienes dicen, bajando la voz, que “trabajan directamente con Fidel”, los miembros del Despacho o del Grupo de Apoyo. Hacen o más bien hacían. El gesto poco a poco perdió sus virtudes diferenciadoras al ser imitado por los pequeños (cualquiera, en la calle o en su cocina, señala así al Supremo). Hubo que inventar otra manera de pregonar su connivencia con “allá arriba”. Reverencia, éxtasis o canguelo, connivencia, o todo a la vez, la celeste milicia de los ayudantes emplea una perífrasis, nombre de código que cambia con la moda, los interlocutores, la inexorable degradación de las contraseñas. Es, por ejemplo, La Iglesia, El Hombre, El Uno. Así en el Antiguo Testamento Elohim o Adonai, para circunscribir el lugar del Sujeto. *Omnis potestas a Deo*. Todo jefe, ya lo decía san Pablo, viene y tiene de Dios. Basta confesarlo para aliviar la herencia; y autorizada esa catarsis que atenúa, incluso anula, el terror milenario, establece la diferencia entre la entidad gobernante de hoy y su ancestro teocrático. El “Dios” de parodia, amable burla, con que humoristas y periodistas revestían en Francia al presidente Mitterrand, subrayaba *a contrario* que sólo era un hombre como los demás. El nombre desactivaba la cosa, conjuraba su regreso, liberaba las ganas. Un Dios de verdad, intolerante y fulminante, a imagen del Viejo de la horda primitiva, tiene poder de vida y de muerte sobre sus criaturas, a las que nadie recomendará el rasgo de humor. El que un allegado llamara al Comandante en Jefe “Dios”, ante testigos, en voz alta, habría sido la señal de una demencia suicida, tanto como de una rigurosa objetividad el hecho de que no habría tenido bastante con el resto de su vida para expiar. Tanto como el afecto y la piedad, la onnipresencia de los micrófonos (real o no, pero supuesta por todos, incluidos los íntimos, en casa, en la oficina o en el coche) estimulaba la metáfora poética en el hombre adicto cuando hacía alusión al Soberano, acantonando a los pajes y a los condes en el discurso indirecto propio de la teología negativa (el Ser supremo sólo podía ser representado en vacío, más allá de toda determinación humana o positiva).

Dios tiene sus cóleras pero no se ríe (Cristo tampoco). La más profunda diferencia entre el divino demócrata y el divino autócrata: he visto muchas veces a Mitterrand reír a carcajadas, hasta llorar, escuchando una historia graciosa, un chiste de la vida (como los que le traía Roger Hanin, hombre de ingenio y amigo

cálido). Reír en público, para un rey, es siempre descubrirse, desnudarse. Por muy chistoso de cara sería que fuese, François Mitterrand consentía de buen grado en esa confesión de debilidad. Nunca vi reír a Fidel (tampoco al Che). Contar un buen chiste o acordarse de una película cómica. Sabiendo desde siempre que la risa es sacrilegio, y por tanto regicida, al Jefe le horrorizaban los *gags* y sospechaba de las bromas. No era cuestión de decoro ni de etiqueta, ni siquiera un rasgo de carácter, sino de metafísica. Un buscador de absoluto poseído por la Causa suprema no puede pensar en verla relativizada por una agudeza. De lo sagrado ninguno puedo apartarse y aún menos carcajearse. Al pesar lo prohibido desde lo alto sobre las criaturas, sátiras y parodias en régimen religioso (compensadas en lo bajo por un culto secreto a la burla y por devastadoras epidemias de buenos chistes, como medida de defensa antitrágica, espontánea y clandestina) hacía lo serio obligatorio, pero era, en la cúspide, natural, evidente y por así decir sobrehumano. No es la omnipotencia lo que hace a Dios, sino la omnisuficiencia. El psicorregido es para sí mismo su propio universo, no tiene *afuera*. Esta clausura sobre sí mismo indispensable para lo sagrado, a falta de la cual se expondría al riesgo de incredulidad por fractura, produce jerarquías *cerradas*, como decimos de una sociedad, de un rostro o de una puerta. Tercos, seguros de sí, marchando derechos, dueños de sí mismos como del universo.

Mortal gravedad de los inmortales. Se parten la crisma por exceso de verticalidad.

Los antiguos combatientes tienen medallas, banquetes, pensiones y ministerio. En el lado "revolucionarios profesionales", nada de asociación de antiguos combatientes, nada de soldado desconocido, nada de llama que avivar. Es un contrato de duración limitada (Lenin, que inventó el término y la cosa, no tuvo ese ciudadano), un empleo en el que el "desarrollo de carrera" se revela fastidioso, cuando no fatal. Los pintores y los burdeos mejoran con los años. El liberado que asciende se estropea. El veterano virará a tirano o a forajido, burócrata o delincuente (no está prohibido combinar). Como el clandestino llegue hasta el final, su guerrera se cubrirá de chatarra, su cráneo con una gorra de plato levantada por delante, su lengua de palabras pastosas y grasas. No logrando morir, sobreviviendo al reflujo, el Rebelde acaba en Padrino. Y el movimiento de liberación en mafia. Así para la clase de tropa: si

quiere cortar con el trabajo del duelo, se deslizará por las mismas demoras —entre diez y treinta años—, y casi sin saberlo, de una aristocracia esotérica a un *lumpen* parasitario, ya sea de las jurisdicciones militares de excepción a las salas de lo criminal, y del cuartel político al del derecho común. Al principio, por la buena causa; al final, por la supervivencia.

Cuando la esperanza estaba ahí, todavía con una apariencia de organización tras ella, ha asaltado uno o dos bancos para comprar armas, mantener la red de apoyo, resarcir a los homólogos del país vecino. Para reducir al mínimo los riesgos, le parecerá más saludable raptar a un industrial inofensivo para pedir rescate; y aún más lucrativo echar una mano a los narcotraficantes por un porcentaje. Esa escalera se baja sin dificultad. ¿Dónde colocar la frontera entre ilegalidad y gran criminalidad, guerrillero y *desperado*, “impuesto revolucionario” y “extorsión”? En esas guerras rampantes y subterráneas, sin declaración ni capitulación formales, cada insurgente puede trazar una línea por su cuenta, convenciéndose de que la distracción siempre podrá servir para un relevo, más tarde, cuando se reanude la lucha. Las estadísticas establecen en uno por mil los casos de éxito (si así puede llamarse a la “toma de poder”), lo que nos deja novecientos noventa y nueve “revolucionarios sin revolución” abandonados en la jungla de las ciudades como electrones libres (por un gobierno que exiliará o liquidará o corromperá muy pronto a sus propios héroes). El ex entonces se convierte en un problema de la sociedad. En Colombia, la reconversión de los insurgentes a la vida legal ha supuesto tantas dificultades como para nosotros la financiación de la Seguridad Social o la tranquilidad de los suburbios; el Estado y la Iglesia han puesto en funcionamiento “programas de reinserción” con resultados moderados. En Venezuela, el presidente de la República financió de su bolsillo la compra de fincas o de acciones para los pequeños señores de la guerra en paro. Con razón, hasta tal punto la deriva de un idealista en gángster puede gangrenar una sociedad. La metamorfosis de los comandantes sandinistas o salvadoreños en *businessmen* sin complejos ha dado que pensar a más de uno. “Perdieron los principios, los valores, el sentido de la lucha”, me decía de ellos, con desprecio, mi viejo amigo guatemalteco Ricardo, dirigente de una guerrilla todavía en activo, que se ha negado durante mucho tiempo a parar. Esta descomposición se asemeja a un fenómeno físico: la vuelta al mundo profano parece desintegrar al misionero con la misma necesidad que la vuelta a la atmósfera pulveriza el cuerpo de una lanzadera espacial, una vez pasada la combustión.

“¡Dimisión! ¡Dimisión!” De ese grito con fama de hostil que lanza la Asamblea al ministro culpable yo haría con gusto un suspiro votivo, una súplica para que el hombre de la Historia recupera la perfección propia de su ser, vía la abdicación, el exilio o el suicidio –catástrofe prometedora. El requerimiento se dirige preferentemente a los reyes de la guerra, que no deben en ningún caso, por la estética de la función, llegar a viejos; mientras que los reyes de la paz toman con el tiempo, en su mayor parte, una pátina de viejo marfil que les favorece (un Mitterrand está bajo de forma a los treinta y en su mejor a sus sesenta). Yo esperé mucho tiempo, como la mayoría de sus antiguos partidarios, que Fidel dimitiera un buen día, o mejor, que se ofrecería una inmolación ofensiva –lo contrario del cianuro en el fondo de un búnker en ruinas. Muchos fidelistas soñaron para Castro –para no ver a Castro cómo echaba a perder a Fidel, cómo lo relegaba a las mazmorras de una leyenda intransmisibile– un final parecido al del sueco Gustavo Adolfo, muerto en Lützen a la cabeza de sus tropas en 1632: el Jefe lanzándose contra las alambradas de Guantánamo, como José Martí arremetiendo contra el español con el sable desnudo, y cayendo fulminado por una bala yanqui. Esta apoteosis de postal hacía poco caso del instinto de conservación de los realistas: los buenos políticos prestan más atención a su salud que su perfil póstumo. Por eso, a fin de cuentas, Castro, siempre preocupado por su “retaguardia”, ganó la batalla de los puestos y perdió la de los sueños –al revés que el Che, al que al final sus limitaciones como político le vinieron bien. Qué importa si eligió entrar en la leyenda para salir de un callejón sin salida, personal y político: la saga guevarista salvó el fracaso revolucionario del atolladero moral. ¿Hay algo más “payaso triste” que un viejo anticuado perorando en medio de los escombros acerca de la juventud del mundo? La sustitución del número de actor por la canción de gesta frustra nuestra egoísta petición de dignidad (para los demás). Castro no jugó limpio a este respecto, cuando Guevara nos satisface porque, “montando a su Rocinante”, ya no se bajó. Fidel, Che: el tiempo ha degradado al Monarca y sublimado al Cruzado. Injustas transfiguraciones, respecto a las competencias y hazañas respectivas. El Che no aseguraba lo ordenado de los asuntos, prefería el comienzo al laboreo. Es cierto. Pero existe una justicia superior, opuesta a la razón de Estado aunque igualmente eficaz y que podríamos llamar la razón del más débil. Es el perdedor quien gana.

Morir por las ideas sí / pero de muerte lenta.../ Pues al forzar el paso sucede que morimos / Por ideas que un día después ya no se llevan... ¿Nos dio pruebas Brassens con sus palabras? Las ideas del Che ya no se llevan, si es que no dan escalofríos. Forzó el paso, y ahí está más vivo que ayer. Su silueta aún se pasea entre los pobres –su póster da beneficios a los ricos, los aficionados al “romanticismo”. Como Kennedy en su Occidente. No envejecer, asesinado como el argentino o el americano, en su defecto coronado como Bolívar o de Gaulle, es el mejor pasaporte para el más allá. La muerte lenta es una abjuración, el hilo roto antes de tiempo, una consagración que marca en la frente con una señal sacramental. ¿De qué sirve prolongar un reino algunos años si supone quitarle un siglo al resplandor de un nombre? Los viejos jefes aferrados a las pequeños goces del poder, a la delectación de nombrar, ascender y distinguir, hacer y deshacer, ¿ignoran que en tales dominios la prolongación equivale a un acortamiento? (Al presentarse para un segundo septenio, sin idea motriz ni gran disputa que sostener, para mostrar su maestría en el pequeño juego de las seducciones y de las maniobras, Mitterrand corría un cierto riesgo.) Lo que pierde el individuo físico, su mito se lo devolverá centuplicado. En el teatro del mundo todos los primeros papeles pierden la partida, porque, en la acción política, más que ninguna otra sometida a la entropía, ninguno puede ganar, en el sentido de “alcanzar sus objetivos”, “cumplir su contrato”, “poner sus actos a la altura de sus palabras”. Ni siquiera los más afortunados, que se cuentan con los dedos de una mano, han podido escapar, como Bolívar, al acta de su derrota, al para qué final. En el personal político, la última criba opone a los que logran el fracaso y a los que lo pierden (por demasiado querer permanecer). De Gaulle, el Che y Allende sólo han alcanzado, mientras vivían, uno la “participación e independencia nacional, otro su “guerra de liberación continental”, el de más allá el “socialismo en libertad”. Pero, por muy diferente que haya sido su sueño, su fracaso nos ayuda a tener otros, como su muerte nos ayuda a vivir.

El demócrata francés y el autócrata cubano, que no se encontraron por casualidad en París, en el crepúsculo de su carrera, tienen en común haber “durado mucho”: sobre su silueta, la posteridad tiene todas las posibilidades de pintar en un mismo color matizado. Gris sobre gris. Ese es un juicio menos moral que estético: a contrapelo de los siglos académicos (como el siglo del propio Luis XIV), el gusto moderno prefiere los croquis, los estudios a los lienzos aca-

bados y lamidos, los aforismos y fragmentos a las prosas demasiado pacientemente hiladas; los destinos truncados en flor, los robles que abatimos antes de la cuarentena a los centenarios beneméritos. En política como en pintura y en literatura, nada da sensación de acabado sin una dosis de inacabado, como si, también en este terreno, acabado y truncado no hicieran sino uno.

Para convencerse de la poca importancia de las ideologías en la conducta de sus mejores campeones, basta con considerar lo opuesto del camino elegido por los dos principales comandantes. No por ser marxista y comunista se elige la corona de espinas o la corona sin más. Según el filtro de una cultura o de un temperamento, esa doctrina justificaba del mismo modo el acomodarse a las circunstancias –durar cueste lo que cueste– como el amor supremo a la soledad –la vía Espartaco. En el cruce de los dos caminos, Fidel y el Che se encontraron, como lo harían más tarde, más burguésmen, Mitterrand y Mendès France, pues la eterna bifurcación propia de la visión política del mundo no impide, por un corto momento, al astuto y al intransigente coincidir y hasta cooperar –pero no por mucho tiempo. Los franceses eran rivales sin ser íntimos, mientras que el argentino y el cubano formaban un tándem de complementarios en las antípodas. Fraternalmente unidos aunque de familias diferentes, Fidel vivía en la horizontal de los asuntos, el Che en la vertical del sueño.

Desavenencia, divorcio, exilio: el rumor volvió a representar a Stalin y Trotski. El militarote y el paladín. El impudente y el imprudente. Eso tranquiliza. Es un cañamazo ya probado. Y falso. Quiso el azar que yo fuera el último trujimán entre los dos compañeros de armas. Oí a Fidel a solas, antes de mi partida para Nancahuazú, hablarme toda una noche del Che, con esa mezcla de tacto, de orgullo y de inquietud que un hermano mayor puede tener por uno pequeño que marchó a la aventura, del que conoce bien los defectos y a quien por ello quiere más. Oí cómo el Che, antes de mi supuesto regreso a La Habana (tras un rodeo por los países vecinos), me hablaba de Fidel, dándome para él numerosos mensajes, personales y políticos (su radio-emisor ya no funcionaba.) Con una devoción sin resquicios. Sin duda hay, en el abandono a sí mismo del antiguo brazo derecho, puntos de perplejidad que los propios supervivientes –quedan tres– no se expli-

can. Puedo sin embargo dar fe de que jamás hubo ruptura del Che con Fidel –y que los contrastes de sensibilidad no rompieron la relación de fidelidad. Si existe un misterio es ahí donde está, en esa fidelidad a toda prueba del nómada por el único jefe sedentario que ha reconocido como suyo. Tiene que ver con la psicología, no con la ideología. Antes de encontrar a Fidel en México, el Che era una palanca sin punto de apoyo que no habría podido levantar nada si el cubano no le hubiera proporcionado un suelo y un trampolín. Eso constituye una deuda. Sacado por un caudillo pragmático de los izquierdismos de adolescencia, este *outsider* sin territorio le debía nada menos que su entrada en el mundo real y la posibilidad de hacer en él sus pruebas.

Culturalmente todo los oponía. Guevara era en principio un hombre del Libro –cuando los criollos son gente de tradición oral, reacios a la síntesis, a la organización, al encadenamiento lógico. Mentalidad narrativa, localista, anecdótica, a la que no predisponían la educación europea y la frialdad razonadora, un tanto melancólica, del argentino. Fidel, que sólo leía libros de Historia (obsesionado como está por los historiadores de mañana y por su imagen póstuma) y para quien la teoría jamás ha sido un problema, rehúsa el debate de ideas, no escucha el argumento del adversario. Estudioso y preocupado por fundar su gestión en verdad, el Che buscaba el argumento y al adversario: se preocupaba de distinguir lo objetivo de lo subjetivo, y no solamente lo útil de lo inútil (obligación de medios, no de resultado: podemos equivocarnos, ¿hemos buscado al menos?). Había devorado, muy joven, a Julio Verne, Conrad, Lorca y Cervantes; aprendido francés e inglés; leía los tratados de economía tomando notas. En Cuba invitó a los heréticos: al trotskista Mandel, al maoísta Bettelheim, para escucharlos. En Bolivia, ya sin fuerzas, aún llevaba libros al hombro. Tiempo antes se había hecho una pequeña biblioteca escondida en una gruta, al lado de las reservas de víveres y del puesto emisor: libros de medicina, pero también *Mi vida* de Trotski, opúsculos de Mao y las poesías de León Felipe. Una fuerte lluvia lo estropeó todo, y abroncó duramente al portador de la mala noticia. Todos creíamos tener para unos años, de idas y venidas, como alrededor de una base roja a la china. Entre las misiones que me había encargado estaba la de traerle, en mi próximo viaje, algunos libros para completar sus reservas. Me acuerdo de que la lista comenzaba por la *Historia de la decadencia y caída del Imperio*

Romano del inglés Gibbon. Prueba de que pensaba tener tiempo por delante, una vez estabilizada su retaguardia. La *summa* de Gibbon, terminada en 1788, para mí era sólo un lejano recuerdo escolar, un poco como *El siglo de Luis XIV* de Voltaire (no he leído ni uno ni otro). Al Che la parecía de actualidad (hoy que los historiadores analizan la decadencia del Imperio americano, esta curiosidad incongruente da prueba de una cierta premonición).

Así pues, un rumiante de lo escrito, pero devorado por la impaciencia. No queriendo o no sabiendo hacer antecámara, como los hábiles, esos gerentes de las esperas colectivas. Importándole poco si era comprendido o no, sin buscar los medios de ganarse a las “masas” para su punto de vista, como hacen los políticos. Ni siquiera a sus propios lugartenientes: no explica sus órdenes, no informa a la tropa, no le pregunta nada, jamás le concede la palabra. Más déspota con los suyos, en ese sentido, que Fidel. En el Congo, en Bolivia, deja a todos sus subordinados en la oscuridad y guarda en su poder no sólo sus planes sino sus razones. Estratega, no táctico. Apunta a lo más lejos, sin preocuparse por los intervalos y el terreno. “Crear dos, tres, varios Vietnam”... ¿Pero cómo reproducir el Vietnam en el Congo y en Bolivia, lejos de los arrozales y de Confucio? ¿Cómo acostumbrar a africanos y latinos a excavar bajo tierra laberintos de topos, a permanecer durante semanas inmóviles en un agujero, conectados con el aire libre por una caña hueca? ¿Cómo repetir a distancia la Sierra Maestra, cuando Batista, por ejemplo, no tenía tropas helitransportadas, y que sus colegas enseguida se invistieron, tras la victoria, de rebeldes cubanos?

Siempre con un compás de adelanto sobre la música, me decía de él Fidel. Sí, siempre con prisa —de exponerse al fuego enemigo, de tomar Santa Clara, de entrar en La Habana, de distribuir las tierras, de romper con Estados Unidos, de hacer entrar a los comunistas en el gobierno, de paralizar la Banca nacional echando a los expertos, de tachar públicamente a la Unión Soviética de neocolonialista, de invitar a que entrenase en Cuba a Jonás Savimbi y Roberto Holden, aliados inciertos, sin pensárselo dos veces; de partir precipitadamente para Tanzania, sin prevenir a las autoridades legales ni en la frontera ni sobre el terreno; de poner a todos ante el hecho consumado, importándole un bledo saber si “las condiciones objetivas y subjetivas se dan o no juntas”. El Che, que lo politizaba todo, no era un experto en política; y sobre ese punto, Fidel se había mostrado —en esa especie de confesión en voz alta de la que me hizo testigo, una noche de enero de 1967—

de una irreproachable lucidez. Acondicionar los intervalos es asunto de los legos. El regular en el siglo se negaba a ello porque negaba el tiempo. Su objetivo: ayudar a nacer al Hombre nuevo con fórceps dentro de unos decenios. Los desorganizados que abandonaban la fila de espera en lugar de hacer cola ante el buen Dios eran estigmatizados como “izquierdistas” y arrojados fuera de la Iglesia. El argentino se burlaba bastante de los doctores como para arrostrar la excomunión, “tomando su impaciencia por un argumento teórico”, abiertamente y sin artimañas.

Al Che le gustaba compararse con un cristiano de las catacumbas frente al Imperio romano que era la América del Norte. Tras haber refutado la idea de que Cuba era una “excepción histórica”, y convencido, como todos nosotros, de que “la cordillera de los Andes sería pronto la Sierra Maestra de América del Sur”, puso sus miras en la rebelión congoleña. Se llevó hábilmente, en 1965, a un centenar de militares de raza negra –pensando que el color hacía “africano”– con el fin de proseguir la guerra con él hasta los confines del lago Tanganika: la locura acabó en desastre, y Mobutu tomó el poder sin pegar un tiro, tres días después de la marcha de los cubanos. Sus compañeros, que le habían seguido en servicio impuesto, apenas si sabían contra quién combatían, ni con quién ni por qué. El Che se explicó esta derrota por la ineptitud personal de sus aliados locales, los epígonos de Lumumba, reagrupados en un fantasmal “Consejo nacional de la liberación” que distribuía falsos comunicados de victoria desde su habitación de hotel en París o Dar-es-Salaam. Luego fue a plantar su cruz no lejos de Argentina, la tierra de su madre, de sus novias, de sus tangos, donde le habría gustado morir. Segundo fracaso. Sus partidarios enseguida lo explicaron por la traición moral de la dirección comunista del terruño. Todo era bueno para salvaguardar las metáforas históricas que sirven de íntimo motor a los “refundadores”. Qué importa, los puros de las catacumbas sólo sienten desprecio por las transacciones, los rodeos y los hombres tal como son. Van derechos a lo peor. Adepto de los atajos, el Che ignoraba lo que los cristianos llaman la economía de la salvación. Desde el bautismo venezolano hasta el calvario boliviano practicó el tiro tenso. Como quien quiere evitar en la muerte el trabajo del duelo.

Tenía veinticuatro años cuando, estudiante de medicina bastante pasota (se llamaba a sí mismo matasanos), encontró su camino

de Damasco en pleno centro de los Andes venezolanos. “Yo os lo digo, se acerca la hora, es ahora cuando los muertos van a oír la voz del Hijo de Dios y los que la hayan escuchado vivirán.” Nacido en el año 10, san Pablo, patricio internacionalista, anunciaba el acontecimiento para la tercera década del siglo primero. Nacido en 1928 después de Cristo, el argentino de buena familia todavía no desesperaba en el segundo tercio del siglo xx. Una boca de sombra, un extranjero un poco lunático con el que se cruzó por la noche en un pueblo indio de montaña, le había transmitido, al final de este recorrido iniciático, “con una risa de niño travieso” –anotó al día siguiente en su cuaderno de viaje– la Buena Nueva: “El porvenir pertenece al pueblo que, paso a paso, o de golpe, va a conquistar el poder, aquí y en todas partes en la tierra”. Misionero que descubre su misión, transforma en ese mismo instante el vaticinio en fantasmagoría: “Vi sus dientes y la mueca traviesa con la que precedía a la Historia, sentí su apretón de mano [...] y ahora sabía que en el momento en que el gran espíritu rector diera el enorme golpe que dividiría a la humanidad en apenas dos facciones antagonistas, yo estaría del lado del pueblo. Y sé, pues veo grabado en la noche que yo, el ecléctico disecador de doctrinas y psicoanalista de dogmas, aullando como un poseso, tomaré por asalto las barricadas o las trincheras, teñiré mi arma en la sangre y, loco furioso, degollaré a cuantos vencidos caigan entre mis manos. Y como si una inmensa fatiga reprimiera mi reciente exaltación, me veo caer, inmolado en la auténtica revolución que estandariza las voluntades, pronunciando el mea culpa edificante. Ya siento mis raíces dilatadas, saboreando el acre olor de la pólvora y la sangre, de la muerte enemiga. Curto mi cuerpo, listo para la batalla, y preparo mi ser como un recinto sagrado para que en él resuene, con nuevas vibraciones y nuevas esperanzas, el aullido bestial del proletariado triunfante”. Iluminación digna de los “fanáticos del Apocalipsis” –visitación mística como la que tenían los héroes luteranos de las guerras de campesinos. Cada uno disparata y divaga cuando le toca. Esos fantasmas vengadores los olvidamos al despertar o tan pronto como salimos de las salas oscuras para pasar a las “cosas serias”. El visionario, vidente “hastaelfinista”, se distingue del soñador corriente en que no se frota los ojos para volver a la tierra. Hace de una visión nocturna su objetivo de pleno día: “Alzar ejércitos de proletarios internacionalistas, unidos todos bajo la misma bandera de la Redención de la Humanidad”. El Che levantó la bandera, los ejércitos no acudieron; la apuesta, dirá, aún no está

perdida. Hay que empeñarse; la victoria es para después –y en el fondo, ¿es realmente indispensable? Es ceñir la espada lo que hace la cruzada, no la toma de Jerusalén. “Qué importa dónde nos sorprenda la muerte con tal de que nuestro grito de guerra sea oído.” Lo fue, en ese caso, en Nicaragua, en El Salvador, en otros diez lugares, y treinta años después de su muerte, los zapatistas mejicanos de Chiapas lo han retomado como eco. A su vez, ponen el oído en tierra, acechando el temblor decisivo. ¿Se harán matar? Otros se alzarán desde el fondo de un valle, invocando el nombre de sus mayores. Así se transmite la antorcha.

El calvario había comenzado como *road movie*. Hay que irse para encontrar la verdad –el príncipe Siddharta también tuvo que romper el capullo. ¿Quién no se acerca a los hombres alejándose de sus compatriotas? Fue surcando su continente durante dos años en una vieja moto, entre 1951 y 1952, desde la pampa a los llanos, con su compañero Granado, especialista en lepra; cómo Ernesto Guevara, jugador de rugby asmático de suelas de viento, hizo tres descubrimientos a la vez: que había indios en América, proletarios encorvados en las minas y, felizmente, comunistas un poco por todos los lados para alzar la cabeza. Una noche de mucho frío, acurrucado en una caseta, en Chuquicamata, al norte de Chile, Ernesto prestó su manta a un minero desconocido que dormía a su lado. Al día siguiente escribe en su libreta de ruta: “Es uno de los días que más frío he tenido en mi vida, pero en el que me he sentido más cercano de esta especie humana tan extraña para mí”. En la especie, Castro estaba como pez en el agua. Guevara se mantenía a la orilla, o por encima, como un extraño atravesado por furtivos impulsos de ternura. Como si se hubiera construido su propia ciudadela; él mismo dos comandantes, dos estilos de mando, dos visiones del mundo: la constructiva y la sacrificial. Sarcástico y poco demostrativo, el Che se atraía a los hombres dándoles las menos pruebas posibles de afecto, y Fidel los capturaba por una exuberancia comunicativa. Fidel confía en el contagio lírico, el Che en el poder del ejemplo. El cubano establece la diferencia entre una causa y un programa, digamos entre lo que exige la doctrina y lo que permite la realidad. Es un político. Quiere durar. El argentino todavía prefiere lo imposible a lo posible. Es un místico. Quiere morir. La belleza del perfil y la “llamada del héroe” no explican por sí solas su apoteosis. Es la desaparición brutal, antes de los cuarenta, precocidad crística, la que saca del lote común al artista, al político o a la estrella del espectáculo (¿qué habría sido Pollock sin su accidente-suicidio, o

James Dean, e incluso Valentino?). ¿Ángel fulminado por una veleidad de la fortuna? No. El Che tiene bien merecida su muerte, la incubaba desde hacía diez años.

¿El poder? Su valor supremo no era conquistarlo y menos aún conservarlo. Sacar de esta indiferencia a un Robin Hood o a un rebelde de capa romántica manifiesta una cierta distancia al respecto (buena y necesaria para el ideal). Por inclinación y decisión, el individuo real era indiscutiblemente más duro y menos compasivo que su hermano mayor ávido de poder personal. Menos demagogo que Fidel y aún menos demócrata. Los hermosos retratos de Korda y Burri nos han legado un afectuoso soñador—cuando dulzura y bondad no eran sus rasgos más sobresalientes. Feraz malentendido este: la revuelta antiautoritaria del 68 tomando a ese partidario del autoritarismo de tomo y lomo como emblema, desde París a Berkeley. Una ola de sensibilidad permisiva y naturista, poniendo por las nubes a un puritano encorsetado. Esa vuelta al “clericalismo de ambulancia”, que ha sustituido en el pináculo al militante por el médico, blandiendo la efigie de un “médico del mundo” antes de tiempo pero que, desembarcando en Cuba en 1956 con unos expedicionarios armados, había inaugurado su biografía con ese gesto emblemático: abandonar su maletín de enfermero para recoger el fusil de un camarada muerto. La simplificación póstuma de un vivo complicado determina, en cualquier época, el trabajo de la leyenda (inversa y complemento del trabajo del duelo). La obra natural del tiempo, “ese gran escultor”, tuvo aquí tres ayudantes: las cantinelas populares, la recuperación oficial y los póster de Occidente. En Cuba, la religión de Estado hizo del héroe su piedra angular. Los escolares recitaban cada mañana: “Todos los pioneros seremos como el Che”. Y los militantes: “Sus enseñanzas fortalecen nuestro trabajo”. Se convirtió en “el hombre sin manchas, el modelo del nuevo hombre”. Liturgias populares que en nada merman la autenticidad de un afecto popular y espontáneo. Es todo un continente quien ha transfundido en el eremita armado sus nostalgias y deseos. El pueblo le ama. ¿Amaba él al pueblo? Sí, y a la humanidad—más en idea que en carne y hueso y en masa más que en unidad.

Toda leyenda es una suma de contrasentidos, ésta no es una excepción. ¿El “apóstol de la resistencia a la burocracia”? El ministro de Industria preconizaba una planificación ultracentralizada, con control administrativo de la producción y de la gestión. Desde que suprimió los “estímulos materiales”—cuanto mejor se trabaja

más se cobra— en beneficio de los “estímulos morales” —cuanto más se trabaja más se honra uno—, el sistema desembocó en una desvitalización de los órganos de base en beneficio de un aparato de dirección tan hipertrofiado como ineficaz. En esas condiciones, ¿una economía administrada no es sinónimo de una todopoderosa burocracia? Queriendo industrializar al galope una economía agraria, creando un estancamiento en las materias primas y las capacidades de autofinanciación, las pequeñas unidades industriales fueron destrozadas, y la caña de azúcar desorganizada. Pérdida en los dos tableros. ¿El Che “libertario, indulgente, abierto”, contra un Fidel cruel y dogmático? Allí donde Fidel, en 1959, enviaba al paredón a cinco esbirros del antiguo régimen, el Che no habría retrocedido ante diez. La pena de muerte no era un caso de conciencia para esos dos jefes de guerra —no hay guerra a muerte y menos aún de guerrilla sin doce balas en el pellejo para los traidores y desertores, en cualquier tiempo y país. La pena capital les era natural, por lo que Diderot habría llamado un “idiotismo” de oficio. Pero hay una diferencia entre deshonar a un adversario o a un rival antes de enviarlo al paredón, y la salva sin frases ni calumnias. El Che se contentaba con la segunda. Pero fue él y no Fidel quien inventó en 1960, en la península de Guanahá, el primer “campo de trabajo correctivo” (nosotros diríamos de trabajos forzados) —no sin ir él mismo, para ponerse a prueba. Pureza de los ángeles exterminadores: el Che no habría tolerado jamás en su entorno a homosexuales, desviados o “corrompidos”, a diferencia de Fidel. Su formación política, más antigua y sólida que la de su jefe mayor, recuerda más a Netchaiev (“duro consigo mismo, el revolucionario debe serlo con los demás”) que a Tolstói. “No tengo ni mujer ni casa ni hijo ni padre ni madre ni hermano ni hermana. Mis amigos son mis amigos cuando piensan políticamente como yo”, escribió en una carta. Y el joven franciscano que quería curar a los leprosos de Perú, si un día evocó al revolucionario ideal movido por un profundo sentimiento de amor, acabó por hacer de su testamento un largo grito de odio fúnebre: “el odio eficaz —dijo— que hace del hombre una eficaz, violenta, selectiva y fría máquina de matar”. Los islamistas dicen eso con muchas más florituras.

Lo que opone el guerrillero político al “guerrillero heroico” es lo que opone un príncipe de la Iglesia, majestad indulgente, al anacoreta que se crispa sobre su disciplina para evitarse la tentación del compromiso. O el capitán de equipo, centrista por necesidad, al alero izquierda al que nada obliga a ceder. Por muy

dictador que haya sido, el cubano estaba más dispuesto a la transacción que su lugarteniente, menos sujeto que él al principio de realidad. En tierra de adopción, sin el poder último de decisión, el argentino no pudo dar toda su talla gubernamental, pero apuesto a que habría sido un Supremo más cortante y drástico, menos tornadizo y zigzagueante que el otro. Más alejado de los asuntos, no tenía que aguar su vino ni jugar a los Horacios y Curiacios con el adversario imperial. El arte político –dividir al adversario y ganar tiempo– no era su fuerte. En Cuba, ese Maquiavelo a la inversa se habría hecho un máximo de enemigos en un mínimo de tiempo: los viejos estalinistas, que detestaban el “izquierdismo”; los burgueses de la ciudad, que desconfiaban del “comunista”; y los término medio, a los que le repelía ese sectario demasiado radical y para colmo “extranjero”. Después de lo cual, gladiador abandonado, bajaba a la arena –Congo, Bolivia– a declarar la guerra a los Estados Unidos y a la Unión Soviética con un puñado de escopetas. Unir de un solo golpe dos imperios contra él, más los partidos comunistas del lugar y las fuerzas armadas locales –un lance difícil. Todos los extremos contra un extremista, el cual rehusó buscar ni un solo apoyo en el centro. El menos experto vería en esta proeza de misántropo una obra maestra de antiarte político.

Tanto mejor. El Che, nuestro anti-Príncipe. No es por ser extraño al juego político por lo que ha entrado en la memoria política del tiempo. No llevó a cabo un combate de ambición sino de redención. No tenía una concepción medida y calculada de su guerra particular, sino moral, como la que se tiene en una guerra civil. El valiente quiere rehacer el alma del mundo, no retocar el mapa. Guerra santa, pues, limitada al extremo en sus medios, pero total por lo impreciso de los objetivos perseguidos, sin otro final posible que el aniquilamiento del adversario o, en su defecto y más seguramente, de sí mismo. Una guerrilla de religión, la voluntad como credo. El más célebre adepto de la guerra revolucionaria, en el fondo, no abrazaba en modo alguno el objetivo sobriamente realista que fue el de sus homólogos asiáticos (Mao, Giap u Ho Chi Minh).

Fue consigo mismo con quien se las tuvo que ver: el Che fue su mejor enemigo. Ahí yace la tragedia del personaje. No amaba a los demás –excepto a su madre, Fidel, dos o tres compañeros de adolescencia– porque no se amaba a sí mismo, ya que había pasado su infancia sobreponiéndose a una constitución bastante frágil y a un asma incurable. Se “adiestró” muy joven desde la

adolescencia con el rugby y muchas mortificaciones. Los que renuncian y los santos aprenden pronto a castigarse y prefieren la obediencia a la libertad. El dominio de sí mismo, el rostro noble del masoquismo, el Che lo llevó hasta la voluntad de voluntad, como un formalismo de la ascesis. A fuerza de someter un cuerpo recalcitrante aprendió a someter a los demás, por una vuelta de dureza. El físico decide, es de nacimiento. Fuerza de la naturaleza, Fidel no tenía que forzar la nota: ese Depardieu criollo revienta la pantalla. Se identifica tan bien con los demás que los demás se identifican con él: el cabecilla nato es histérico como un espejo. El Che no tenía ni su arranque, ni su solidez, ni su facundia, como tampoco su calor geográfico ni la cordialidad del tropical. Los astutos suplen ese tipo de infortunios aprendiendo el abc de las relaciones públicas. El Che tenía demasiado orgullo para rebajarse a los melindres de la comunicación, que transformaron a un genio de la propaganda, Castro, en divo de la televisión. Los documentalistas se quejan de que hay pocas imágenes del Che en los archivos filmados del Instituto Cubano de Cine; nadie había dado orden a los cámaras, era la elección de un autodestructor ocupado en “construir el socialismo” y que se castigaba a sí mismo dejando de buen grado al Jefe Máximo la exclusiva de los *spots* y de la comedia del poder. El celuloide lo descubrió después de su muerte, para transfigurarlos. Existen una o dos fotos del Che tomadas nada más ser capturado: medio vagabundo, medio troglodita, el pelo enmarañado y los pies envueltos en trapos, totalmente irreconocible. Para dar garantías a la opinión extranjera, los hombres de la CIA y los militares bolivianos procedieron al aseo del cuerpo, a vestirlo, a maquillarlo, en fin a devolverle su rostro de antaño. Y fueron sus enemigos quienes ofrecieron al mundo ese cadáver crístico del que salió una leyenda –los ojos abiertos, la cabeza levantada por una tabla, tendido sobre un lavadero de cemento a modo de lecho de pompa. Y si en Cuba nunca gozó, estando vivo y fuera de los cuadros muy politizados, de la misma popularidad difusa que Camilo Cienfuegos o Fidel Castro (menos amado a fin de cuentas que Camilo, desaparecido en 1960), cultivó un carisma *a contrario*, por la lejanía. Al poder de sugestión, voluble y expresivo, oponía, no sin ironía, el poder del laconismo, que pone de igual modo en tensión a los allegados. La electricidad puede pasar entre los hombres por el cortocircuito.

En una palabra: Fidel era un hombre muy simpático y poco recomendable; el Che un hombre antipático y admirable. Mucho menos amable y afable que el primero, para sus allegados y su-

bordinados. Lo contrario del revolucionario sin escrúpulos, para quien el fin justifica los medios, pero la pasión de la integridad puede tener algo de cruel. Insensibilidad, “inflexibilidad”: cara sobrehumana, cruz inhumana de una misma medalla. Aquello de lo que fui testigo en Bolivia va en el sentido de todos los testimonios que he podido recoger de los veteranos del Congo y de la Sierra. Con sus hombres, el “jefe exigente”, de “implacable y rigurosa disciplina”, no vacilaba ante el abuso de poder, con un júbilo sombrío bastante mal disimulado. Cada vez más frío y distante, ese puro se endureció con los años. Enviar a primera línea, sin armas, a un recluta ordenándole que le coja el fusil al enemigo, con cuchillo o con las simples manos, era una de las costumbres: así lo hacía en la Sierra Maestra. Amenazar con el paredón, como desertor, a un viejo combatiente emérito que tropezó en medio de un vado y perdió su fusil en la corriente por descuido es una señal de mal carácter. Sancionar por una falta sin importancia –un bote de leche condensada birlado– a un subordinado hambriento y agotado no con cuatro horas de guardia, por la noche, en lugar de dos, sino con tres días sin comer es ya más riguroso. Como humillar a un campesino sin experiencia, ante toda la tropa, para enseñarle a andar derecho. Mirar sin pestañear a sus compañeros, en el Congo, andando con los pies descalzos en la jungla, ya que “los africanos bien que lo hacen”, eso no está falto de crueldad. O bien obligar a los que se habían acostado con una negra a contraer al punto matrimonio ante él. Capricho de puritano pero que empujó a uno de ellos, ya casado en Cuba, al suicidio.

Ante la muerte de sus más antiguos compañeros, el Che guardaba para él sus sentimientos, absteniéndose de cualquier signo externo de compasión. “Un arañazo”, decía encogiéndose de hombros, ante alguno que perdía sangre. Sus mortíferas broncas repentinas, sus descargas tan temidas, hacían saltar las lágrimas. Le vi, ante todos sus hombres reunidos, degradar a “Marcos”, el jefe de su vanguardia, el comandante Pinares, y tratarlo de *comemierda* porque, en su ausencia, había ordenado antes de la hora una retirada del campamento central. Como no concedía la palabra a los que había maltratado o castigado, ni les ofrecía una segunda oportunidad (lo contrario que Fidel), los resentimientos y las tensiones, particularmente entre cubanos y bolivianos, más susceptibles, se acumulaban en Nancahuazú, sin escapatoria posible, por temor a vejaciones suplementarias.

Una distancia infinita, interior, separaba en Bolivia al Che de los suyos, como un muro de silencio y de temor. “Ya no soporto a

ese tipo. Está imposible o se ha vuelto loco. Nos trata como a críos indecentes. Pídele a Fidel que me haga volver a Cuba”, vino a confiarme Marcos después del altercado, en voz baja, durante mi turno de guardia. En Cuba era comandante en toda la regla, miembro del Comité central, gobernador de la isla de los Pinos, llamada de la Juventud. En esta jungla, sollozaba como un niño rabioso. A Marcos lo mataron poco después, y su cuerpo fue devorado por los perros salvajes; Benigno sobrevivió. Va camino de los sesenta años. Sigue profesando todavía una total lealtad al Che. Le vio llegar a su choza, siendo un jovencísimo campesino de la Sierra Maestra, unos días después del desembarco, cuando el Che todavía era sólo el médico atraído por la guerrilla, y lo siguió a todas partes hasta su muerte. Le pregunto si recuerda alguna señal, algún gesto de afecto del Che para con él. Reflexiona largo tiempo. “Sí, un día, en Bolivia, era a finales de septiembre. Yo tenía una bala alojada en el hombro, con mucha fiebre. Sólo podía disparar con la mano izquierda. Me echó la bronca y luego me tomó por los hombros, sin decir nada, y me dio su ración de cigarrillos. Le pregunté por qué. «El herido eres tú. Los necesitas más que yo.» Fue amable, ¿no?”

¿Qué sentimientos hacían que sus hombres le siguieran siendo afectos? El miedo y la admiración. Miedo de sus descargas y castigos. Admiración por su valor, su rectitud, su carácter. Vejaciones y desaires venían como a cimentar una especie de veneración. “El Che no envía a la gente a la muerte quedándose en la retaguardia. Sube a primera línea con sus hombres. Puede ir a socorrer a un herido bajo las balas. Dice las cosas a la cara. Es inteligente, habla bien, incluso si dice muchas groserías. Y cuando había que repartir entre veinte un minúsculo pan de azúcar –la *chancaca* boliviana, paralelepípedo rojizo y duro al diente–, o dos huevos duros, o un *choclo* –la mazorca de maíz hervida– hacía partes iguales entre todos, y la suya era la nuestra.” En la selva zaireña sus únicos dos privilegios eran un cocinero para él y su estado mayor, y una caja de puros que compartía gustosamente. En Bolivia, un termo de café amargo y la exención de los turnos de guardia. Su ayuda de campo, Tuma, le ayudaba a colgar su hamaca. El moralista no hacía trampas. Verdugo de sí mismo y de los demás, en un mismo impulso compulsivo. Llevando la solidaridad al límite, la indiferencia también –un día sí, otro día también.

Se ha hablado de crueldad mental. La cosa sólo debería chocar a los atolondrados que querrían el día sin la noche, y el héroe positivo sin negativo. Esos inconsecuentes olvidan la doble naturaleza de

los mártires: sacrificados y sacrificadores, suicidio y homicidio. Y que los hombres “capaces de morir por sus ideas”, como se dice sin pensar mucho en ello, tienen la misma capacidad para matar por ellas: por regla general, la muerte se da y se recibe con la misma facilidad.

Estoicismo, dice el moralista; *sadomasoquismo*, responde el psicólogo. Los dos se parecen. Si la perversidad consiste en hacer sufrir a otro por las contradicciones que no sabemos resolver en nosotros, y que a nosotros mismos nos hacen sufrir, ¿qué campeón de la justicia habría podido concernir al psiquiatra? Nada sabemos de la psique de Cristo, que los evangelios sin duda han idealizado; ¿qué especialista ha examinado a san Pablo, Loyola o Teresa? Si el Che hubiera encontrado a su Freud la revolución del siglo xx habría perdido a su mesías. ¿Cuántos grandes hombres, cuántos canonizados de tal o cual credo nos quedarían si hubieran pasado por el diván? El pintor Degas contaba que su madre le había llevado, siendo aún niño, a casa de madame Le Bas, la viuda del gran convencional. La piadosa señora sufrió un sobresalto al descubrir en la pared los retratos de Robespierre, Couthon, Saint-Just. “Eran unos monstruos”, exclamó. “No —le respondió tranquilamente su jacobina anfitriona—, eran santos.” Piadosa pero engañosa antítesis. Sin duda habían sido las dos cosas. Si hay “asnos de genio”, ¿por qué no ha de haber monstruos de santidad?

La virtud teologal de la esperanza puede camuflar una desesperación secreta. Entre un suicidio y un sacrificio, ¿qué Dios vería la diferencia? Siempre es posible envolver uno en el otro. Esta suprema cortesía fue la del Che: no se mató, se dejó morir.

En Cuba el suicidio político tiene su abolengo, que se remonta a la independencia. Los dos héroes fundadores de la nación, Carlos Manuel de Céspedes, jefe del ejército mambís, o independentista, que liberó a los esclavos en 1868, y José Martí, el poeta libertador que cayó en 1895 en una carga de la caballería contra la infantería española, mostraron el camino, con alguna ambigüedad. La tradición fue retomada en 1951 por Raúl Chibas, líder del “partido ortodoxo” y primer maestro del joven Fidel Castro. El político denunciaba la corrupción del régimen pero, ¿quién cree a un político? Se burlaban de él. Entonces se disparó una bala en la cabeza, en la radio, durante una emisión en directo; creyeron entonces en su buena fe, pero demasiado tarde. Castro no olvidó la lección. Es un *shogun*, no un samurai. Hecho para mandar, lue-

go para vivir. Por muy caballeresco que se sea, por mucho que se sepa que “un cadáver es honorable, un prisionero no”, la experiencia indica que “se puede salir un día de la cárcel, no del cementerio”. Sin hacer dengues inútiles, Fidel se declaró prisionero tras el fracaso del asalto de la Moncada, donde sesenta y dos de sus hombres habían dejado la vida; y en la sierra, por muy valiente que fuera, nunca se exponía más de lo necesario. El Che, en ese mismo tiempo, jugaba con las balas en Alegría del Pío, en El Hombrito, en Santa Clara, corriendo riesgos que Fidel, sin duda a sabiendas, juzgaba inútiles. Tenía la vocación. La belleza del muerto. Seducción de ascendencia hispánica donde la sangre semilla de Tertuliano, el padre de la Iglesia, se mezcla con la sangre del buey de las tauromaquias. El padre de la nación cubana, Martí, murió de acuerdo con una profesión de fe que un partidario de Franco, un Millán Astray, habría hecho suya: “Creo en la muerte como en el soporte, en la levadura y en el triunfo de la vida”. Este vértigo es el lujo moral del marginal, que no tiene que rendir cuentas más que a sí mismo y a la posteridad; está desaconsejado para el responsable en ejercicio. La antítesis del aventurero y del militante, que no es una patraña, puede hacerse extensivo al héroe y al dirigente.

Bien es verdad que no se abrió las venas, no era Werther. El Che fue asesinado por orden de tres generales bolivianos con el visto bueno del gobierno americano. El Che no anunció su suicidio, ni siquiera lo pensó claramente, como el Schopenhauer de la leyenda sentado ante una mesa bien abastecida. Está por entero en sus actos, o más bien en esa ausencia de iniciativas, ese fatalismo (una palabra que le era muy querida desde hacía ya tiempo), esa tozudez apática, rutinaria, ese empecinamiento que marcó sus dos últimos meses en la jungla boliviana. Su conducta de fracaso venía de más lejos. Sin remontarnos a la Sierra Maestra o al discurso suicida de Argel se pueden encontrar huellas en su decisión, en el Congo, de marchar directamente hacia la América andina, a pesar de su debilitamiento, sin ni siquiera pasar por Cuba para prepararse –idea que Fidel le hizo cambiar a duras penas; la inverosímil ligereza con que, en el mes de agosto de 1966, aceptó partir para una región boliviana inexplorada, a partir de un informe verbal de su adjunto “Papi” hecho a la ligera, sin proceder a una investigación política, geográfica, social del terreno, sin tratar de construir una mínima red de apoyo en los alrededores, ni reclutar un solo boliviano de la zona, mientras que en otras regiones, más propicias, Alto Beni y Chaparé, le abrían los

brazos. Tal es el tabú que a mí mismo me ha costado veinte años, hasta confesarme esta paradoja, corroborada por cien indicios, de que el Che Guevara no fue a Bolivia para ganar sino para perder. Así lo exigía su batalla espiritual contra el mundo y él mismo. Algunos lamentan que no haya prevenido de ese detalle a los compañeros cubanos y bolivianos que llevaba con él. Su subconsciente había sin duda omitido de advertirle a él mismo. Hemos olvidado un poco rápido, es verdad, esos escalones vivos de una subida al Calvario, suprimidos de las biografías, fotos, telefilmes y álbumes. Esa treintena de comandantes, capitanes y tenientes que se veían instalados en una región liberada de los Andes para muchos años y que desaparecieron sin dejar huella mucho antes de tiempo. De la sombra donde se hunden esos espectros sin rostro, en la propia leyenda guevarista, la injusticia me parece a la medida de una abnegación quizá superior, por su anonimato aceptado, a la de Fernando, alias Ramón, alias Che.

Octubre de 1967. Veintidós lisiados. Siete cubanos, de los cuales dos heridos graves. Siete bolivianos, de ellos tres enfermos. Uno llora de sed. Dos peruanos, uno impedido. Espectros en harapos que dan miedo. Los perros les ladran a su paso, por todos los lados. Se evita a esos apestados. La columna de sonámbulos titubea a través de las aldeas casi vacías. Incluso una noche acampó entre dos pueblos a cinco kilómetros de distancia, en medio de la carretera, sin ninguna precaución. El Che va al encuentro de los campesinos. Corre tras ellos, les habla, se identifica, sabiendo que tan pronto como se dé la vuelta irán a denunciarlo. De este modo el ejército boliviano seguía su desplazamiento casi al mismo tiempo. Multiplica las imprudencias. No quiso deshacerse de las mulas que retrasaban la marcha. No es que su voluntad se debilite: la aplica a hacer todo lo que haga falta para acabar limpiamente y rápido. Deja que le sigan la pista, anda de frente, negando la evidencia. Insensible a los muertos, aparentemente, dejando sangrar a un herido en un rincón durante una hora, burlándose de él porque no ejecutó sus órdenes. El 20 de septiembre sus hombres, agotados, le piden que haga un alto para ponerse a cubierto, recuperarse, cuidar a los enfermos y heridos, coger plátanos, maíz, ahumar una vaca. Responde: "No hay tiempo para descansar". Se ha empeñado en tomar la aldea de Muyupampa, sin necesidad, sólo por comprar medicamentos en la *bodega*, cuando habrían bastado dos hombres, una exploración discreta. Sus hombres de confianza más curtidos, veteranos del Ejército rebelde, Orlando Pantoja, Benigno, Pacho, vienen a hablarle:

–Retirémonos de aquí, Fernando.

Les escucha, sarcástico:

–¿Por qué, tenéis miedo? Sigamos hasta el final.

–¿Hasta dónde?

–Donde sea, ya veremos después.

–¿Después de qué?

–Iros a tomar por culo.

El Che sigue. En realidad quiere llegar a Valle Grande para comprar víveres y medicamentos, y desde ahí llegar a la provincia de Sucre porque esos eran los planes hace seis meses. Todo ha cambiado, pero él no cambia de plan. Camina. Sin botas. Nato le ha cosido unas alpargatas demasiado grandes: la suela con un neumático, el empeine con dos pieles de carnero como correas. Vomita. Las aguas sulfatadas le dan diarrea. Bajo la luna, las cantimploras, relojes, cacharros y cinturones brillan en la noche. Todavía tienen la fuerza de recoger tierra seca, orinar encima para ablandarla y recubrir con ella las partes metálicas. Pero los machetes y las armas hacen ruido. El Che exige permanecer en las zonas habitadas. Es inútil ponerse a cubierto.

“Esperad un poco –decía a sus compañeros, en los últimos días, con una sonrisa esquinada–. Quién sabe si un angelito va a caernos del cielo sin gritar cuidado.” Paracaidistas, comando de socorro, ¿por qué no? En la *Chanson de Roland*, Dios envía al valiente agonizante en Roncesvalles, rodeado de sarracenos, a su ángel querubín para “llevar el alma del conde al paraíso”. Esta vez, Dios se abstuvo.

Y en el cadáver esquelético expuesto en el depósito de Valle Grande, fotografiado y filmado por obscenos objetivos, se unen los dos ideales funerarios de la cristiandad: la víctima expiatoria que muere para redimir los pecados de los suyos, y el paladín inmolándose en silencio por su Carlomagno, como el conde Rolando negándose hasta el final a tocar el olifante.

Para quien ha llegado a la república por la revolución, una sombra velará siempre los brillos del foro. Fiestas de la Bastilla, euforias electorales, alegrías de ascensos y nombramientos: se puede –¿se debe?– probar sin que nos abandone un regusto de fraude que vale casi por el *memento mori* susurrado por el esclavo al triunfador romano. La mínima experiencia revolucionaria arrastra a la roca Tarpeya a cualquier *okupa* de Capitolio. Lo que ponía exultantes a mis amigos a mí me entristecía como un mal presagio.

Los suicidios de Bérégovoy y Grossouvre los anonadaron; yo estaba, me temo, mejor preparado para ello. Y sin embargo no me acostumbro todavía a la hecatombre latina de aquellos años de plomo. Me deja una melancolía apenas nauseabunda, como ante un osario excesivamente generoso, donde los inmolados, de alguna manera, hubieran puesto demasiado de su parte. Todas las carnicerías militares inspiran, nada más pasadas, el mismo asco ante el estropicio de vidas humanas. En el caso de aquellas guerrillas, y con respecto a las dos guerras mundiales, el latinoamericano podría considerarse afortunado si compara las cifras. Pero si los sacrificados de la revolución no se cuentan por millones sino por decenas de millares, lo deliberado de la matanza compensa, me atrevo a decir, el cambio de escala en lo macabro. Militante y militar tienen la misma raíz. Es normal que a un asesino al que el rebelde decide librar una guerra sin cuartel se lo cargue a él y a sus congéneres, lo mejor que pueda. Lo que es menos comprensible es ver, a espaldas del enemigo, a los amigos matarse a sí mismos o los unos a los otros, y la retahíla de suicidios, fratricidios, parricidios e infanticidios que ofrece la historia de una revolución vista desde dentro inspira el desolado horror de una especie de sacrificio dentro del sacrificio. La degollina, como mucho, si es preciso; la interdegollina, no, es demasiado. Puedo hacerme a la idea (a falta de imágenes que restituyan lo insostenible) de que mis antiguos camaradas de entrenamiento, el poeta guatemalteco Otto René Castillo y Nora Páez, fueran capturados en su tierra, en Zacapa, torturados y quemados vivos por el ejército guatemalteco, en 1967. Sigo sin poder admitir que a mi "socio", mi viejo amigo Roque Dalton, un grandísimo poeta de El Salvador moderno, lleno de humor, de insolencia y de alegría de vivir, fuera asesinado de un balazo en la cabeza en 1978 por el joven jefe de su propia organización, en la casa de El Salvador donde se escondía, cuando había vuelto al país para lanzar sobre el terreno la lucha armada que pregonaba en sus libros. Ni que el viejo Marcial, el dirigente salvadoreño de los FPLE, pusiera fin a sus días en Managua después del asesinato, llevado a cabo por sus hombres, de una camarada y rival, Ana María.

Quizá la revolución de la edad moderna bajo sus diferentes facetas, sufriente y militante, consiga un día insertarse en una larga historia de la pulsión de muerte, como un resurgir del sentimiento sacrificial en el Occidente dolorista –Isaac, Sansón, Jesús, Blandine, Juana de Arco... En las capitales de América Latina un sociólogo cínico diría que esta escuela del sufrimiento ha servido

a los temperamentos suicidas de lugar de cita ideal, como en París el último piso de la torre Eiffel o en Tokyo cualquier terraza de rascacielos.

En tiempo de paz cada sociedad elige su Minotauro, y éste, mirándolo bien, es menos absurdo que el automóvil, que en Europa se cobra cada año –sacrificio estático sin fe como acompañamiento– su tributo de carne, como un rescate consentido por adelantado a nuestra maquinaria industrial y mercantil. Un psicólogo “burgués” matizaría esta comparación sugiriendo que un tipo humano condenado por la historia objetiva estará más tentado que otro por un ideal nihilista. El suicidio sería entonces el “olvídamme” último y sin duda inconsciente del inadaptado que transfigura su rechazo al medio en inmolación ejemplar. La apoteosis del perdedor: a la vez comprobación y sublimación de un callejón sin salida. ¿El mundo exterior lo quiere? Es él que no quiere nada, lo toma a broma, y a sí mismo con él. “Piojo que puede pum ya no es piojo,” decía el poeta surrealista. El suicidio sería en ese caso no el rasgo sino el acto supremo de humor negro de los que no lo tienen (ese sexto sentido que les falta a los revolucionarios, con excepción del mexicano Marcos que confirma la regla). Barbey d'Aurevilly, ultramonárquico y *dandy*, consideraba al final de su vida que ya sólo le quedaba elegir “entre el cañón de la pistola o el partido de la Revolución”. Era en Francia, a finales del siglo pasado. Un héroe del nuestro habría podido responderle que se pueden tener los dos en uno, y que así se transfigura un revés en victoria.

4. Desenganche

Mis huevos de Colón, la nación y el odio - Los peligros de la felicidad - Las rupturas no tienen agenda - Metamorfosis cubanas - Familias, os amo - Una huida hacia adelante - La lucha del amo y del esclavo - ¡Ay de los extranjeros! - Un proceso desgarrador - La cultura olvidada de la guerra - Reconocimiento de deuda.

Año Nuevo 1971. 1) Está lo nacional. 2) Está el odio. Con esas dos actas irrecusables, que habría podido levantar al salir de mi *in-pace*, la misa estaba dicha. Si el animal político no era un loco furioso, yo debería haber abandonado el puesto sin pedir más explicaciones. ¿No están ahí los ingredientes básicos de la química de la Historia? Ningún experimento parece poder sustraerse a ello en el fondo, cuando los *contra* nada valen en la ciencia y en el arte (aunque artistas y científicos deban ceder –la carne es débil–, como individuos). Eso huevos de Colón me han quemado la mano. No tenían su sitio en ese *prêt-à-porter* de *wishfull thinkings* que me servía de comodín, ni en esos planes sobre el cometa que bautizamos “estrategia mundial” para hacernos los importantes. Absorber esas dos trivialidades me costó muchas contorsiones. ¿Pero alguna vez se consigue? Si actualmente puedo pasar por un patriota aceptable, sigo teniendo dificultades con el odio.

Fue en prisión donde llegué a ser libre. Emancipación modesta, totalmente intelectual. Entre cuatro paredes, preservado de los calores comunitarios (ventajas de las celdas de aislamiento, ya sea en plena canícula), tuve todo el tiempo libre para proceder a una nueva “reconstrucción de posiciones”. La “cuestión nacional”, según el título oficial, nos había saltado a la cara. El Che murió de ella, y volvió a la guerrilla, practicada como artículo de exportación, a fin de cuentas inofensiva.

¿Qué había, pues, aprendido yo de asombroso? Que mi grupo sanguíneo, si se me permite la metáfora, no era latino. De donde se deducía este escándalo: si bolivianos y cubanos no se habían encontrado, ni siquiera en la guerrilla; si, siendo europeo, había tenido tanta dificultad en que me aceptaran los kambas y los colas del Altiplano, es que la revolución no bastaba para construir

un suelo común, la gran patria de los apátridas. Decimos: “nacer”, de donde viene *nación*. Es una falsa activa. Habría que decir, como en inglés o en latín, “soy nacido”, acto pasivo. Lo que soy, irremediablemente, se ha representado ante mí y sin mí. Heredo de una Historia que intentaré rehacer o deshacer pero que al principio no he hecho. La supranacionalidad no es asunto de voluntad. No se elige una comunidad como un reloj en un escaparate. Y en cada uno de esos hijos de Bolívar hablando marxista empezaba a ver al patriota que se ignora. No todos. Algunos sabían, como mi amigo René Zavaleta, que había sido ministro de Minas en La Paz, bajo el gobierno de Paz Estenssoro. A menudo me había repetido, antes de incorporarme al campamento de los guerrilleros: “Quiero fundiciones de acero para mi país. Entre otras ventajas, eso haría nacer un Proust quechua. Allí donde no hay altos hornos no hay magdalena”. Yo todavía no había establecido la estrecha relación entre la siderurgia y la búsqueda del tiempo perdido, correlación que parece –en la distancia– caer por su propio peso. El olvido de la industria es el privilegio de los industrializados, como el desprecio del dinero es el atributo de los ricos. Altos hornos para todos. Cualquiera que sea el anacronismo, o el inconveniente ecológico (todavía inadvertido, es cierto) me habría adherido con gusto a un eslogan así: la acumulación primitiva del capital es el punto de partida del sindicato obrero, del debate parlamentario y de los grandes libros de memorias. Cada pueblo tenía derecho a ello. Por otra parte, tenía claro que esos voluntarios cubanos, chilenos y bolivianos vestían –de rojo misionero, bajo el nombre de internacionalismo– un orgullo y una memoria completamente autóctonas (como en nuestro país, los adeptos del gran viento cosmopolita visten con ese hermoso nombre la cultura nacional de los Estados Unidos, que como buenos provincianos del imperio confunden con el mundo mismo). En el fondo esos guerrilleros, esas luchas armadas protestaban contra la ausencia de un Estado republicano, y hasta de un Estado sin más; justicia parcial, ninguna soberanía. Ellas expresaban en lo esencial (y lo siguen haciendo como se ha visto en México) la petición de nación, con unas mínimas reglas de juego. ¿Y yo, a qué me oponía? ¿Qué sentimientos negativos me movían a actuar? ¿El odio a la “democracia”, como el fascista? Evidentemente no. ¿Al “capitalismo” como modo de producción material? Tampoco: sabía demasiado poco de economía, importándome un bledo, como para analizar bajo ese ángulo la iniquidad reinante. Dadas mis circunstancias –Indochina, Argelia y Bandung obligan–, los es-

pantapájaros se llamaban “imperialismo” y “colonialismo” (dos términos actualmente fuera de circulación). Sin duda desacreditaban de rebote a los anteriores, ya que el capitalismo (otro demonio desaparecido...) como sistema social no era a todas luces inocente, y que una democracia que explota, deporta, bombardea las *mechtas*, aldeas, del otro lado del mar se parece bastante si no a un trampantojo, al menos a una media verdad. ¿Pero en qué consistía a fin de cuentas el “antiimperialismo” de un europeo trasplantado? El nacionalismo de izquierda era la denominación común de los latinos de mi campo. “Patriotismo de izquierdas” recomendado a las periferias oprimidas pero denunciado, en los países soberanos, como “chovinismo”, estrechez ciega y peligrosa. La doctrina castigaba como prohibido en el norte lo que alababa en el sur del planeta. ¿Sin embargo los jacobinos de 1793, los comuneros de 1871, los resistentes de 1944 no se llamaron a sí mismos “patriotas”? La incoherencia afectaba igualmente al “gran hombre”. Sólo hay héroes en otra parte. Las naciones proletarias tenían el monopolio de la sublime casta, que vampirizaba a los burgueses. Por eso nos parecía normal lanzar pullas contra el hombre providencial –ni Dios, ni César, ni tribuno– para pisarle los talones a los grandes manitús de los confines, sin preguntarse ni un momento si el pájaro raro no podía anidar de manera estable...

Hasta 1967 me dio vergüenza ser francés. Era menos malo que yanqui, descrédito al que me exponía mi pelo rubio de *gringo*. Por eso me aplicaba, por precaución, a marcar las distancias con lo americano hablando español con un redoblado acento francés. En los medios anticonformistas el Asterix se veía favorecido por un supercrédito inveterado, que le confería, incluso si Carnot y Robespierre no podían plantarle cara a Lenin o Trotsky, a falta de certificado de proletario, un derecho de primogenitura plebeya. Con la Comuna de París y *La Internacional* escrita por un compatriota, Eugène Pottier, el precedente 93 autorizaba a corregir los trabajos de los alumnos como profesor indulgente. Un mástil con el gorro frigio dominaba la plaza de la Revolución en La Habana, y había oído *La Marsellesa* cantada en español por los mineros bolivianos desfilando, fusil al hombro, en las minas de estaño de Siglo XX y Huanuni. La prolongación, no del boulevard Saint-Michel hasta el mar, sino del Vercors hasta los Andes no era sólo el producto de mi imaginación, y oí a más de un latino que no hablaba ninguna lengua extranjera –ensayando, al saber de dónde era yo– las palabras universalmente conocidas de *partisans* y de

maquis (emblemas ingenuos de francidad desde entonces sustituidos, entre los no francófonos, por *croissant* y *parfum*). Su reflejo halagaba la vanidad nacional. Esta manera de vivir a crédito de este pasaporte rozaba sin duda el abuso de confianza: un gachó expatriado podía entonces aprovecharse de un prestigio que lejanas glorias habían ingresado en la cuenta bancaria “Francia”, sin que él haya puesto de su bolsillo. Hacia 1960, de Gaulle, Jean-Paul Sartre y Brigitte Bardot formaban alrededor del francesito de paseo un trío servicial y ambulante que llegaba sin esfuerzo hasta los suburbios de Bogotá o de La Paz. Ya fuera ignorante del gaullismo, filosóficamente hostil al existencialismo y sexualmente inclinado por las morenas, cualquier galo migratorio encarnaba más o menos esta Santísima Trinidad cuya inmaterial escolta le daba una cierta aureola, como un brillo de gloria indirecto. Fuimos numerosos los que sacamos partido en esos años a esta refracción, y la puesta de sol francesa puso fin a esta usurpación de aura a fin de cuentas involuntaria. ¿Es que no vemos en cada extranjero de paso llevar la sombra de su país? Un soviético en París, aunque píe como un gorrión, resonaba ayer como barítono de todos los coros del Ejército Rojo, como reverberan hoy en el más ridículo de los americanos los reflejos superpuestos de Neil Armstrong, Ted Turner y Clint Eastwood. Digamos que el francés hoy ha recuperado su talla exacta, la de un pequeño cantón de Europa, postigo occidental del nuevo Imperio del Medio, entre el Atlántico y el Pacífico.

Extrañamente, los retazos que me llegaron de Mayo del 68 –rumores de periódico, de radio, de cartas–, lejos de acercarme en espíritu al pavimento natal más bien me alejaron. Aunque tranquilizado por ver que las buenas tradiciones –barricadas, énfasis y banderas rojas– no se habían perdido, de lejos, el psicodrama anarco no me decía nada que valiera la pena. A pesar de ciertos atavíos viejo-marxistas y el buen color, la kermés, a simple vista, punitiva y puritana, olía a chamusquina; se trataba de disfrutar sin trabas y no morir por la Causa. Esos aderezos californianos, esos juegos del deseo y del devenir que creaban lo insólito de la cosa, olían a falsificación diabólica. Esos jovencitos eran demasiado amables, demasiado “simpáticos”. Faltan demasiada experiencia, buenas lecturas. Y con razón, ya que abrían de par en par al Viejo mundo las puertas de la videosfera americana; esos gritones eran descubridores; yo pertenecía a la prehistoria. Como esos coleccionistas decadentes que acumulan en su palacio romano desconchado terracotas, pastoras Luis XV y urnas etruscas, vie-

jos búhos a los que el sol y el barullo de las piazzas acaban por asquear, sin duda estaba a punto de unirme a esa especie de aventureros anticuarios a los que un sentido exagerado del patrimonio acaba por disuadirlos de las aventuras.

Para quien arrastraba, obligación estatutaria, el arcaico deber de expiación, el sacrilegio sesentaiochista radicaba en la ausencia de sacrificios humanos. La sangre no había sido derramada. Una revolución sin muertos era la vida del Cristo sin Gólgota, el *thriller* sin cadáver: la Historia muy barata. ¿Qué peso tiene una fe sin muertos? ¿Cómo nuestro Moloch podía tomarse en serio ese pastiche bribonzuelo cuyos ministros recién salidos del pavimento no habían asumido, a semejanza de los guillotinales guillotinales del noventa y tres, de los fusiladores fusilados de la Comuna, y del propio Guevara, el doble papel de Minotauro y de devorado? Hace ya mucho que he dejado de irritarme contra ese juego de signos desapasionados –al menos en Francia– al cual, bajo el nombre de izquierdismo, ese *Insurgente* de Vallès en versión bromas y engaños sirvió de preámbulo. Lo admitimos mejor cuando ya no somos revolucionarios, que no en vano rima con reaccionarios. El punto de vista “valgamedió” sólo era esclarecedor al margen, sobre la volatilidad del movimiento y la futura inconsistencia de esta memoria. La carencia de sacramento por la sangre (sacralidad y sacrificio tienen lazos comunes) debía en efecto confinar al homenaje cultural las conmemoraciones decenales del mayo del 68, que sólo dan lugar a debates de ideas en los papeles y los estudios, como si el acontecimiento de referencia no alcanzara, en lo más oscuro del inconsciente nacional, a convertirse en hito o piedra angular. Aún hay fieles, llevados por una compulsiva obligación sanguínea, que celebran en París la Comuna, la Resistencia, y la ejecución de Luis XVI –en el muro de los Federados, en el monte Valérien o en la plaza de la Concordia. Mayo del 68 tuvo sus campeones, sus filósofos –Foucault, Deleuze, Baudrillard y “todo el que cuenta”–, no sus conjurados ni sus hechizados, como si el acontecimiento sólo complaciera a los hombres de genio, y poco. Como si estuviera grabado en nuestras inteligencias y no en nuestra carne, no logrando suscitar una francmasonería de vengadores juramentados como las que levanta cada vez que pasa el “duro segador de ancha hoja”.

Cuando en 1969, por una especie de telepatía, un gaullista de izquierda del que no sabía gran cosa, Philippe de Saint-Robert, entregó a mi compañera, que venía a visitarme, una profesión de fe gaullista, se me heló la sangre en las venas. Le respondí en el

acto, desafiando a la censura, con una carta que puedo reproducir porque él mismo lo hizo, después de haberla conservado mucho tiempo en la manga para no perjudicarme. Las críticas que, en homenaje a las esperadas palinodias de los intelectuales, ironizarían, en 1990, sobre mi “tardía conversión gaullista” no han tenido en cuenta que ésta ya tenía veinte años de edad. Soy consecuente con las ideas, aunque no tenga muchas, ni muy nuevas.

Camiri, agosto de 1969

Querido Philippe de Saint-Robert,

He recibido su *Jeu de la France*, le doy ahora las gracias por ello con un retraso que las circunstancias y mi régimen celular pueden, espero, excusar. Esta misma carta le parecerá extraña viniendo de un desconocido, desde tan lejos, cuando casi todo podría enfrentarnos, después de tantos acontecimientos, como dicen. En realidad hace tiempo que quería conocerle personalmente, tras haber leído artículos suyos aquí y allá. Su libro me habrá permitido sin duda conocerle, pero una carta no vale por un encuentro, y abandono el proyecto que me había hecho de enviarle un a modo de informe de lectura, que permanecerá, pues, en estado de borrador para uso personal. La cuestión es demasiado importante, me llena, me invade demasiado como para tratarla puntillosamente; me refiero, desde luego, a la idea y al hecho de la nación. Para usted, a la idea y al hecho de Francia. Me gustaría decir que para mí también, si eso fuera plausible; y sin embargo, hay un sabor a exilio en ciertos combates que usted tiene la suerte de ignorar, yo no. Usted menciona oportunamente unos poemas de guerra de Aragon, creo, “aquellos que miraban más allá de la nación, pero que en primer lugar miraban por ella”. Hermosa, sencilla fórmula que me conmueve, poco importa, pero sobre todo que expresa a su manera el auténtico internacionalismo cuya fórmula buscamos por todos los rincones de la tierra, por todas partes donde unas naciones luchan por nacer y se sienten solidarias de una lucha idéntica en su esencia, pero que se lleva a cabo en otra parte. Tiene usted algunas páginas sobre la idea de nación que, además de su belleza un poco clásica, llegan hondo. Me servirán, me atrevo a de-

cir, para dos textos futuros, si me está permitido publicar un día.

Es una pena que no haya podido prolongar ciertas líneas filosóficas o históricas, que, desarrolladas, quitarían quizá a algunos asertos su filo algo simple. Su rechazo de lo que usted llama la "ideología" implica otra, igualmente "ideológica". Si la nación es una permanencia saludable, no por ello es una abstracción sin historia y sin contenido social. Hay una Francia que explota, saquea y mata: Indochina, Argelia. Hay una Francia que libera, piensa y hace vivir, en la medida en que reconquista su independencia, que el general de Gaulle, bien es verdad, había comenzado a devolverle... ¿hasta cuándo, hasta dónde? Dolorosas preguntas que yo repito en mi rincón, desde hace algunos meses. Pero no quiero entrar en el fondo de un tema al que defiende su complejidad. No por gusto del compromiso. Quizá sepa un día que no siempre me muerdo la lengua, y que tengo por "Francia", por la princesa de los cuentos, por "la Libertad guiando al pueblo" una pasión tan exigente como la suya. Una cosa es segura: quien no comprenda que la unificación económica y técnica del planeta Tierra correrá pareja con la acentuación de sus particularidades nacionales, quien no se haga cargo de esta asombrosa dialéctica, que es el tejido de nuestro presente, ya es hora de que pase de una vez por todas por un imbécil. Ya sea socialista, pacifista y mundialista. Cuántos contemporáneos que se creen modernos entrarán reculando en el siglo XXI, con la ilusión de un cierto XIX...

Todo lo que sigan haciendo, usted y sus amigos, por salvar lo esencial del naufragio que nos acecha, esa "cierta idea de Francia" que implica su independencia y el mantenimiento de su soberanía real, que implica, como consecuencia, su apoyo a la soberanía de los demás pueblos —su acción, su organización quizá, pueden contar con un simpatizante más, un joven francés como cualquiera que, porque ama a su país y a su pueblo, acudió a Bolivia. Cada uno juega, como puede, a su manera, el juego de Francia.

¿Me había vuelto un cateto otoñal? ¿Un moderno de épocas bajas, desclasado por la última ola transnacional? No hay ridículo que

por bien no venga: esta vejestoriedad me ha dado algunos años de adelanto sobre los hijos de Mayo en el descubrimiento de los arcaísmos propios de lo posmoderno. Los izquierdistas de las metrópolis se creían todavía chinos, “judíos alemanes”, fedayines palestinos, *bodois* vietnamitas, guerrilleros bolivianos, o lisa y llanamente proletariado internacional, como los trotskistas. Yo ya sabía que *sólo* era francés, o mejor europeo, y nadie escapaba a ese encogimiento con el lavado, ingrata amputación de ubicuidad. Algunos se reconocerán más tarde, según, judíos judaizantes en *yes-hiva* o bretones bretonantes en Quimper. *Kippa* o boina, el origen se venga. ¿Cómo engañar su finitud? En 1971, cuando salí de la cárcel, me crucé en Santiago de Chile con un compatriota trotskista de paso. Acabamos hablando de que aún se podía preservar un margen de independencia “gaullista” en la órbita americana. Sin andar pregonando, le di conocimiento de la persistencia desconcertante de los reflejos nacionalistas, y que acaso había que pensárselo mucho. Presintió en mis palabras la vieja canción del terruño, un retroceso chovinista bueno para arruinar la esperanza de una estrategia planetaria. “La nacionalidad”, me dijo, “no es más que un azar geográfico –no se puede fundar nada sobre un azar, y menos aún un proyecto de liberación humana. Las naciones, ya ves, no tienen mucha importancia.” Me abstuve de hacerle ver que el planeta Tierra también es un azar astrofísico, y que él y yo éramos azares biológicos. Lo que no nos impedía curar nuestras pupas –en la bola terráquea y en nuestras personitas. Toda muerte también es un accidente, de donde no se deduce que cada uno pueda hacer de su vida un suceso. No llevé la mentalidad pueblerina hasta el extremo de hacerle notar que todo lo que existe existe por azar y en cierta manera, *anyhow somehow*. Que había algo necesariamente bruto, insuperable y sin razón, en los más refinados y que eso se llamaba el destino, desde los Atridas. Siempre nos desacreditamos, a los ojos de un espíritu sistemático, al oponer una contingencia a una finalidad –un sórdido *alguna parte* al por todas partes utópico. Como mucho os concederá una distracción folclórica, como se reconoce el derecho al error –nadie es perfecto. No por eso deja de ser que el *lugar* y el *hecho* ofendan a la idea justa, que prefiere la ley del ningún sitio y de los planos a cuadros. La idea fija deduce las contingencias de un luminoso primer principio y margina al azar, como un resto de salvajismo, al que expulsar *off limits*. Lo opaco, lo ondulado, lo oblicuo, la mugre del tiempo, la rareza de las cosas y lo que hay de animal en el hombre no tienen cabida en las “ciudades” radiantes. “Los grandes reloje-

ros" están ahí para erradicarlos, con la ayuda, hoy, de la PAO y del cálculo numérico. Frente a tantas buenas razones (a las que pronto se sumarían los mercados, los satélites y los ordenadores; en resumen, los hechos de mundialización) me la volví a meter mi gran estupidez, la nación, prudentemente en el bolsillo (más vale plegar la bandera que desgarrarla).

El odio, pasión no menos oscura que la idea de nación, nada tuvo de sorpresa de alambique, al término de una larga decantación. Fue un hallazgo relámpago, completamente físico, al día siguiente de mi detención en el pueblo de Muyupampa, en traje civil, al poco de haber sido identificado y reconocido por los desertores como el "Danton" extranjero cuya presencia en la guerrilla tanto les había intrigado. Se presentó ante mí sin cumplidos ni previo aviso, bajo la especie de un formidable puñetazo en el plexo (que no deja jadeante, sino asfixiado). Seguido al punto de un linchamiento en regla por un equipo de suboficiales locos de rabia, fuera de sí, que interrumpió *in extremis* la llegada fortuita de un capitán. Unos agresores emboscados les habían matado varios camaradas unos días antes, esos sargentos se desquitaban conmigo de su impotencia, satisfacción espontánea, ojo por ojo, diente por diente. En plena crisis sacrificial tenían cogido al chivo expiatorio, bueno bajo cualquier punto de vista: extranjero, desarmado, responsable de no se sabe qué, pero representativo del enemigo. Odiar, es odiar a todos los demás en uno solo. Los días, las semanas, los meses siguientes fueron para mí una inmersión en ese elemento consistente, ese aceite negro y viscoso que nunca había probado hasta entonces, del que jamás había sospechado que hiciera girar esas pequeñas máquinas cuyos fabricantes de tesis y modelos de sociedad dibujan el alzado en el papel, sin mala intención.

Mi falta de preparación sobre este capítulo era total. Un letrado sin notoriedad no es *objeto* de odio; tampoco yo era *sujeto* emisor o transmisor. El marxismo es una cultura del antagonismo, no de la venganza. Había acariciado una utopía virginal: la violencia sin el odio. Esta inmaculada concepción sólo existe en las cabezas. Cuando se predica la guerra santa, en la que hay que execrar al infiel por su linda cara, se pregona el odio sin rodeos. Cuando se recomienda la guerra justa, como razonador laico, sólo se va contra maldades impersonales: imperialismo, colonialismo, fascismo. Había abrazado la lucha de un conjunto abstracto contra

su doble invertido, Revolución contra Opresión, sin rencor, sin poner nombres, cuerpos, ojos bajo esos Grandes Transparentes. Era tener en poco las solidaridades instintivas, el fuego de la acción. Romeo ama a Julieta en su rincón pero los Montescos odian a los Capuleto; estos asuntos de familia nos esperan en cada esquina y sólo los nómadas escapan a los reflejos comunitarios; por eso salen a la superficie cosas sin ningún valor. En el prado, el duelista que más odia al otro tiene todas las posibilidades de ganar. En la carrera del fanatismo yo partí en solitario, serio impedimento. Necesité algunos días para superarlo, ponerme a la altura de los sentimientos que me manifestaban. Para elevar el reflejo tribal al nivel de representatividad colectiva que me concedían, un poco demasiado generosamente, impulsivos torturadores.

Los muros de La Paz y de las ciudades bolivianas se cubrieron poco después de cartelitos y de pintadas —¡Muera Debray!— algunas de las cuales, creo, habían surgido por sí mismas; viudas de guerra y las familias de los soldados muertos en emboscadas desfilaban reclamando la cabeza del criminal; editorialistas francófilos sopesaban las carreras comparadas de los tres franceses que se habían hecho más ilustres en la planificación: Landru, el doctor Petiot y ese crápula que llevaba mi nombre. Tras los muros de mi celda podía oír a unos hombres borrachos —no recuerdo mujeres— gritar “¡Al paredón!” Más tarde, al bajar del furgón celular para ir a la sala del tribunal militar, vería sus puños tensos, rictus y escupitajos. Tal fue en resumen mi bautismo, mi “bienvenido al club” de los furibundos y de los poseídos que revive allí donde esté la trifulca política, y aún más la guerra de religión. Nadie accede a la luz de los proyectores sin que un día u otro se le eche al cuello la execración de los desconocidos. Yo me había consagrado a la sombra y me encontraba, de mala gana, en la portada de los periódicos —felonía de la que aún no me he repuesto. La malevolencia puede entrar en la columna del debe de un plan de carrera; mis contabilidades internas siempre la habían excluido. Muchos jefes de partido o de gobierno se dejan el pellejo en el país del odio —bajo las balas de aislados puestos al rojo vivo por el medio que le rodea. ¡Y si sólo hubiera las multitudes, las pendencias, los muros abombados de rojo! Mucho he aprendido acerca de lo que esconden buenas costumbres y respetabilidad leyendo el *Mercurio* del 12 de septiembre de 1973, el decano de la prensa chilena, el equivalente de nuestro *Figaro*, incluso del *New York Times*. Este austero periódico al que me refiero, al día siguiente del golpe de Estado militar puso en su portada el anuncio de búsqueda, con las fotos, de una

veintena de personalidades de izquierda: “capturar vivos o muertos”. El órgano central de la burguesía chilena sólo vio ventajas al verlos poco después torturados o fusilados. Ya habían sido ejecutados in situ (entre otros), detrás de la Moneda, mis amigos Pedro Olivares, Jaime Barrios, Claudio Jimeno; los tres, socialistas, profesores y consejeros del presidente Allende. Eso le pareció normal a los obispos, banqueros, senadores, médicos y patronos de esa Inglaterra de América Latina. Ya no nos hacemos idea de ese salvajismo, el de nuestra preguerra y de la Ocupación, y que sigue siendo la suerte de los países del Sur, aunque sean educados y acomodados como el Chile parlamentario de antes de Pinochet.

El odio al burgués, a Occidente, al yanqui es abstracto. Enmascara bastante a menudo la falta de curiosidad y una cierta pereza de espíritu, propia de los sedentarios. Me gustaban demasiado los viajes para ser totalmente su víctima. En cuanto al odio a sí mismo, uno se arregla, incluso se puede vivir de él. Es una taciturnidad recocida, una incomodidad familiar. El odio que los demás nos profesan no se domestica tan fácilmente. Es una quemadura desconcertante, siempre nueva, y que no se detendrá jamás. Esa estridencia, ese silbido característico de las aversiones viscerales desencadenado por tal o cual nombre propio, lo he oído, igual a sí mismo quince años más tarde en mi país, en mayo de 1981, cuando los espíritus normalmente ponderados ventearon mi nombramiento para el Elíseo, en forma de notas firmadas por académicos, de calificativos electorales, de sueltos-espantajos. Recortes de prensa, cartas anónimas, insultos en la calle: cada día que pasa devuelve al distraído al pie del muro. Ni siquiera falta el amigo tranquilizador, mensajero a su pesar: “Chico, no sabes lo que soporto por tu causa –pero estáte tranquilo, que aguanto bien”. A veces me gustaría cambiar de piel. Imposible echar la culpa, a la manera victimaria de Jean-Jacques, a las conspiraciones de los malvados en la sombra. Hay naturalezas, es así de sencillo, que catalizan el aborrecimiento y la acrimonia. Prefiero además cargar las tintas cogiendo a contrapié a los idólatras de mi entorno, como una figura de la tele, con banalidades situacionistas o una molesta laguna. Fácil reputación de gruñón; responsabilizo a la naturaleza como provocación para tener un poco de mérito. Por más que la piel se endurezca, uno no se acostumbra a esta animosidad segura de sí misma y esteriotipada con la que siguen gratificándome personas altamente estimables sin haberme leído ni visto jamás; a esta merma de sí mismo, bautizada “tristeza” por Spinoza y “depre”

por cualquier hijo de vecino, que a la larga establecen los arañazos de la hosquedad. Roen cada día un poco de nuestra capacidad de atrevimiento y desviación. La tribu literaria considera maligna mi prosa. Sin razón. No ignoro que quien da golpes no puede quejarse por recibirlos. Es la ley de la *guerra spirituàle*, lo acepto. Sin renegar de un cierto regocijo polémico –fatal aliviadero de la voluntad de poder en un escritor– siempre me he limitado al vapuleo de ideas, para desescombrar, evitando el bajo placer de denigrar a los hombres. Nada me es más ajeno que el ataque personal, la caída, envuelto en llamas, de un individuo. No puedo hacer, en un periódico, la crítica de una publicación si no es para hablar bien. Reagrupé en libros fragmentos críticos bajo el título *Elogios I y II*: panegíricos del Tintoretto, de Courbet, de Claude Simon, de Muglioni y de los grandes republicanos franceses; el gacetillero no decía ni pío; ¿publicaba unas páginas irónicas *Contra Venecia* para hablar de la felicidad que Nápoles me había dado un día? Ahí estaba ya elevado a tropa de choque y malvado de honor. Como me odian quieren que yo me odie. Lo siento, esa autoalergia se me ha pasado. La política es un mundo regido por una sabiduría simplista, resumida en el antiguo precepto griego: “Ama a tus amigos, odia a tus enemigos”. Prefiero lo contrario, que es más fecundo: mira los defectos de tus amigos, y aprende a reconocer las cualidades de tus enemigos. Ese consejo me lo aplico a mí el primero. Cuando miro con los ojos de mis detractores –algo a lo que me obliga la simpatía que la mayor parte de ellos me inspira– hago mía su animadversión: ayer por cínico que acaba-de-probar-su-sistema-con-los-cobayas-indios, hoy por el perturbador-generosamente-pagado-que-hace-carrera-a-la-contrà. Esos intrigantes me revuelven el estómago, no me reconozco en ellos. Por el contrario, me conozco lo suficiente como para evitar los símbolos sociales a los que decidí coger ojeriza; la menor coincidencia con el individuo real me haría caer en sus brazos. Los que habrían sido mis enemigos, si tuviera suficiente tenacidad como para coleccionar, se convertirían, de rechazo, en mis mejores amigos. Quien se ha convertido, en defensa propia, en un personajillo de Landerneau sabe bien que, aunque diera la espalda a la feria en la plaza, la quedará pegada a la piel esa pasión que apesta y mata. Es la servidumbre del hombre público; pero puede, como compensación, contar con la solidaridad de los suyos. Un escritor, un filósofo, un aislado no tiene tal salvavidas, “los míos” –el partido intelectual al que repugna el espíritu de cuerpo de sus competidores electorales. Tie-

ne pues que alimentarse, para remontar la corriente en solitario, de ese generador. Envidiable ayuda, que drogó a Zola, espada-chín donde los haya: "El odio es santo", escribía. "Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desdén militante de aquellos a quienes enfada la mediocridad y la estupidez". Nada grande se ha hecho sin odio, habría podido precisar Hegel evocando nuestras pasiones motrices. Al faltarle a mi subsuelo esta fuente de energía, el gran aliento panfletario me está prohibido. Las pequeñas cóleras son repentinas; y no tengo suficiente asiduidad como para odiar metódicamente, uno por uno, al infatigable ejército de los odiosos.

Enero de 1971. A la sacrosanta mugre estuve a punto de olvidarla al desembarcar en el Chile de la Unidad Popular, a mi salida de la cárcel. Todo allí me sonreía: el porvenir, las mujeres, los eucaliptus... Y el propio Salvador Allende, al que le gustaba reírse, el buen vino y los bellos trajes de alpaca. Yo me temía que "el socialismo en libertad" acabaría por zozobrar; pero que lo hiciera en sangre, no, impensable. Eso no le gustó a Allende, ese pronóstico de fracaso, puramente electoral y aritmético, tan anodino con respecto a los cuchillos que se afilaban a escondidas. Me arriesgué a decirlo sin malicia, en nuestras primeras conversaciones, de las cuales una, grabada para la galería, entre Santiago y Viña del Mar, su residencia de verano (Miguel Littín sacó de ahí un bonito documental, a pesar de los reiterados incidentes técnicos). Con un orgullo bonachón, el presidente, que tuteaba a todo el mundo y se dejaba tutear campechanamente, me mostró sobre su mesa la foto dedicada del Che con estas palabras: "A Salvador Allende, que va al mismo sitio por otros caminos". Pensamos: "a la revolución". Había que leer: "al suicidio". Entonces, se nos habría recriminado ante un sobrentendido tan fuera de lugar. El socialista chileno, regularmente elegido, con un apoyo popular creciente (que pasó en un año de una mayoría relativa a una mayoría absoluta), iba a la muerte por el camino más largo, como el propio país iba al baño de sangre con buen humor. Quien no ha conocido el verano austral en Chile en ese primer año del Frente Popular no ha conocido la dulzura de vivir.

Para la mística de la lucha armada, la tentación de la felicidad era una idea nueva y subversiva. Para mí, el vértigo fue sensorial, ligado tanto a la libertad recuperada como al cambio de aire, al acento cantarín, a la urbanidad amable que me rodeaba. ¿Era el

vino blanco, las tiendas, el arte de vivir, las “lolitas” de tacones altos de los hermosos barrios de Providencia, el lado “clase media alta” del Santiago burgués? Este país de acogida me daba a probar una sabor aperitivo de Francia. Al lado del seco y duro Altiplano, de una Bolivia encerrada en sus hielos, su adobe y su rocalla, sin salida al mar, Chile, con sus casas de madera de tonos pastel, desplegaba una gracia femenina, un encanto suave, yodado y primaveral. Había en el ambiente algo alegre y ligero, que proporcionaba al acostumbrado a las estepas la misma extrañeza que al saltar en avión de Baviera a Toscana, incluso si el océano Pacífico, con su frialdad gris, ventosa y algo áspera, daba a esta Italia de América una nota céltica, como un recuerdo de cabo de Raz o de Irlanda. El golpe de Estado de 1973 hizo caer un telón de sangre sobre ese alborozo campechano que, por un momento, evocaban para un francés, según la imagen que había podido hacerse en la distancia, nuestro verano del 36. Nada sombrío ni salvaje en este impulso de utopía veraneante, desprovisto de ascetismo y grandilocuencias. Los grupos de izquierda, donde las relaciones amorosas parecían ocupar un amplio espacio, respiraban una confianza ingenua en el porvenir, sin la acritud de las cantinelas mortíferas. “La democracia es un ejercicio de modestia”, dice Camus. Éste lo era indulgente. Allende jamás derramó sangre, ni encarceló ni exilió. Nada de partido único, ni policía política ni milicias armadas. Lo que pasa por grandeza, en la revolución, es a menudo barbarie revestida de religión. Chile era un país demasiado civilizado o demasiado sensual para caer en lo feroz, incluso si el super ego colectivo, en la izquierda, permanecía preso, como el del propio Allende, en el campo magnético de las leyendas. El estilo de vida de los dirigentes socialistas desmentía felizmente sus inflamadas peroratas. Si lo pensamos bien, esta tercera vía de compromiso –la “vía chilena”, como se decía entonces– ofrecía a un intoxicado de profecías una perfecta cámara de aire de descompresión. La extrema izquierda local quería ver en ello un realce de la vieja saga; era mucho mejor: la voluntad de revolución como pasión movilizadora, pero sin el sistema de autoridad y encuadramiento del comunismo. Esta fórmula ideal es el mar en la montaña, Europa en América; pero justamente es a eso a lo que se parece Chile, donde la geografía loca de una lengua de tierra montañosa ha puesto playas soleadas al lado de las nieves eternas: la contradicción se ofrecía como semitonos a la vista, como brisas ligeras en la piel. El “socialismo en libertad” es lo salado-azucarado, el dulce de leche después de la banasta de ostras y erizos de mar; eso se paladeaba, allá, muy co-

rientemente. Si la felicidad es una idea democrática, inventada en Grecia por las primeras ciudades de hombres libres, las largas estancias que hice en Chile entre 1971 y 1973 aceleraron mi reeducación secular. Subversión en la subversión. Casi me descristianizaron. Salí de allí “útil para el servicio”, reformista consentidor, el pie en el estribo, sin intención ninguna de “cambiar la vida”. Más allá de los debates parlamentarios, de los periódicos saliendo en todas direcciones, de la alegre batahola que reinaba en las calles y las oficinas, más allá del relajo de la costumbres y del eclecticismo doctrinal, todo en ese país magníficamente femenino transmitía este mensaje libertario y pagano: no es el sufrimiento el que salva. Cadetes del Alcázar, voluntarios para la horca, abstenerse. Quien se pone a creer en la felicidad en política traicionará tarde o temprano a la revolución. La politización de la felicidad emprendida por el Siglo de las Luces habría construido un arma de doble filo, cuyo uso puritano escondió al principio, alrededor de 1793, los nuevos empleos gozadores. En esto Saint-Just no se desenvolvía mal. Curar de lo irreal o convertirse a lo terrestre expone a los peores abandonos de los devotos de las religiones seculares. Una primavera del alma es un exclaustro más.

Sin embargo ese país de medida, de sabiduría y de placeres optimistas fue el más salvajemente golpeado por el odio de clase. “La Historia universal no es el lugar de la felicidad. Los períodos de dicha son páginas en blanco, ya que son períodos de concordia a los que le falta la oposición...” La concordia –relativa– duró tres años, y la “oposición” hegeliana tomó una forma totalmente inesperada de bombardeos, asesinatos, torturas, exilios, desapariciones y fosas comunes.

Radical-socialista en su forma de ser y de gobernar, radical sin más en su modo de despedirse, Salvador Allende (si se me permite enrolar a un gran señor en un museo Grévin tan intimista aunque edificante a su manera) vino a ocupar retrospectivamente su sitio en medio de mi galería de monstruos sagrados, con Castro y Guevara a la entrada, y Mitterrand al otro extremo, muy cerca de la puerta de salida. Este señor de transición se acerca a los primeros por su muerte de samurai y lo resuelto de sus convicciones, al segundo por su vida de demócrata y astutos rodeos. Este *mitigado* disminuye el brillo del personaje, más que injustamente olvidado y como borrado de los anales de una izquierda gestora que tiene miedo de sus grandes sombras y no quiere oír nada de su pasado, que va más allá. Nada de capilla ardiente para ese socialdemócrata inmolado en el campo del honor. Sin duda faltó, al

mito mundial que no existió, la foto-testigo, la máscara crística y redentora del sacrificado, como el Che –los militares chilenos se cuidaron bien de no cometer el mismo “error” que sus colegas bolivianos, en el aseado y exhibición de los restos mortales. Escamotearon todo. Queda en mi *Bildung* personal, como homenaje interesado y muy insuficiente, una figura sobria y discreta, ligeramente detrás de las demás, garantizando un interregno entre el jefe de guerra, el gran inspirado obsesivo y sin piedad, y el juez de paz ladino: un justo medio, más proclive al recurso de derecho que al puñetazo, pero que sabe, *in fine*, descolgar el fusil.

A la largueza en la clemencia, en la izquierda, respondió en la derecha la más obscena brutalidad. Y el propio Allende, el antihéroe de los guerrilleros de la época, murió el 11 de septiembre de 1973 como héroe romano: se suicidó con una bala de kalachnikov entre los escombros de su despacho de la Moneda, bombardeado por la aviación. Una manera de decirle a los “facciosos”, que tomaban al asalto el palacio presidencial, que la Junta no tendría al placer de atarle vivo a su carro. Algo así como: “No me obliguéis a pedirlos que salvéis mi vida, seríais capaces de concedérmelo”. Con su barriguita de notario regalón y sus maneras de senador de Lot-et-Garonne, el francmasón estoico, en el último y decisivo minuto, pasaba a la categoría superior. La salida con señorío hace cien veces más que “transformar la vida en destino”: transforma el destino en voluntad. Habiendo hecho a los suyos tan suntuoso regalo, ya no quisieron más. Cuando su hija Beatriz, escapada del palacio antes del desenlace, llegó a La Habana unos días más tarde, anunció a la muchedumbre reunida en la plaza de la Revolución, en presencia del Comandante, que su padre había muerto en combate, asesinado por la soldadesca (nombre corriente del soldado enemigo). *Muerto en combate* es la medalla de los héroes oficiales. Ella misma estaba equivocada debido a un testimonio erróneo, pero como se necesita ser víctima para crear un justo, todo estaba en orden. Cuando se supo la verdad poco después, los militantes se taparon la cara y defendieron aún más la tesis del asesinato. Donde hay un tabú hay una mentira. La izquierda chilena necesitó años para integrar la falsa nota sublime, a medias palabras, y con muchos miramientos. En cuanto a Beatriz, sólida combatiente que había temido infringir la regla, se suicidó en 1976, en La Habana, dejando una carta a Fidel Castro que nunca ha sido publicada.

¿Quién puede decir *cuándo* dejó de amar? Podemos dar con la fecha en que hemos dejado escapar, por un gesto, una mirada, una sonrisa, el inicial “te amo”; pero el día en que nos hemos murmurado *in petto*: “En el fondo, ya no la amo”, sin contar el, siempre retrasado, más doloroso pero menos decisivo y por lo demás para nada indispensable, de “A propósito, ya no te amo” articulado en voz alta —esas fechas no se inscriben en ninguna agenda interior. Se hurtan traidoramente a la lectura. ¿Evitamos la evidencia o el recuerdo porque sería doblar las campanas? ¿Sin duda presentimos en esos desapegos irremediables pérdidas de sustancia, irremediables disminuciones de vitalidad que casi habrían podido llamarse, si no existiera la obra maestra del mismo nombre, “los días de nuestra muerte”? Quien ha nacido varias veces, otras tantas ha muerto; pero preferimos evocar nuestros nacimientos a nuestras muertes sucesivas. Así es como se amontonan en una memoria algo avergonzada abortos amordazados, nuestros dobles que no han sobrevivido y que patalean en vano para remontar la corriente. Cada uno de esos *alter ego* podrían señalarnos (si aceptáramos oírle) una pertenencia ida, una familia disuelta nada más formarse, y su hilera formaría un alineamiento de crucecitas blancas en un cementerio abandonado. Atravesamos a toda marcha el sendero de esos *yo* desaparecidos, esos *nosotros* que no existieron, por miedo de tener que rememorar las astucias sioux que tuvimos que emplear cada vez para cortar el cordón umbilical con las pequeñas comunidades a las que hemos faltado al compromiso, por muy tranquilizadoras y reconfortantes que hayan podido ser. Que el campo magnético de las capillas fuera de naturaleza política, artística, esotérica o anodina (digamos trotskista, surrealista, francmasona, o sencillamente amistosa), permanece en nosotros el malestar, la poco lúcida impresión de habernos despedido a la francesa.

¿Cómo dejamos de formar cuerpo con un grupo de pertenencia? Raramente como catástrofe, como quien cae de un tren en marcha. O más bien, si es verdad que una parte íntima del viajero *se desenganchó*, digamos su parte razonadora, otra, más secreta y contumaz, se pondrá instintivamente a correr a lo largo de la vía para volver a coger el tren, del que su clon lógico sin embargo acaba de comprobar que iba por una vía equivocada. En ese paso laboriosamente negociado del sufrimiento a la simpatía, luego al resentimiento y finalmente a la indiferencia, que marca las etapas de una *desincorporación*, análoga al desvanecimiento de la ansiedad amorosa en descaro, proceso que puede durar varios lustros,

lo que llamamos la *conciencia política*, esa mosca cojonera, se bambolea, discute, gesticula, como perfecta ilustración del consejo de Rouletabille: "Ya que estos misterios se nos escapan, finjamos ser los organizadores". Erótica o política, la historia reconstruida de una separación de cuerpos, tan estrafularia como el enamoramiento, vaivén de bruscos alejamientos y regresos del fuego, de menosprecios y recaídas, tendería a sugerir que sólo se puede salir de un delirio por medio de otro. Pero si, aunque debamos representarnoslas después como "vueltas a la razón", nuestras *rupturas* no son menos irracionales que nuestros flechazos, el final de una historia de amor con una capilla, una banda, un partido o un hombre es para nosotros infinitamente más brumoso que su nacimiento. Con relación a los comandantes, el alejamiento me ha llevado una buena decena de años –lentitud en el alivio de la que no tengo razones para sentirme orgulloso.

"¿Qué queda de nuestros amores?" En primer lugar, el estupor de haber amado. Lo que aviva el apuro, y nos advierte de los zigzag del descreer, es el desagradable descubrimiento de que hemos hecho un esfuerzo inaudito para derribar una puerta abierta, que los indiferentes, muy a menudo sin conocer nada del tema, franquean desde hace mucho tiempo sin pensárselo. Las cadenas imaginarias son las más pesadas, y es bastante humillante quemarse la sangre durante años para confesarse *in fine*, sudando la gota gorda, que dos más dos, igual a cuatro. Casi me caí de las nubes el día en que François Mitterrand, a quien acompañaba a La Habana en 1975 (en un grupo en el que figuraban Gaston Defferre, Lionel Jospin, Edmonde Charles-Roux, André Rousselet y Didier Motchane), al salir de una fastidiosa y formal entrevista entre las dos delegaciones francesa y cubana donde Fidel había monopolizado la palabra durante dos horas, masculló delante de mí en un tono desdeñoso, fatalista y apenas impaciente: "Evidentemente, no se podía esperar otra cosa de un dictador". Mi nuevo padre había despachado el correo como quien expide los asuntos corrientes, mientras que el otro había "puesto el disco". La palabra me estremeció. Me esforcé, durante los días que siguieron, en atenuar su brutalidad. Dictador, me decía, es un poco superficial, no toma en cuenta el bloqueo, la idiosincrasia, la cultura histórica del país, etcétera. Hace falta un muy complejo trabajo de ajuste óptico para ver la nariz en medio de la cara de un "ideal del yo" al que estamos tan acostumbrados que ya no lo miramos. Por esas fechas ya estaba dispuesto a discutir, digamos a plantarle cara a la palabra. Diez años antes, imputándolo sin pes-

tañear a la grosera malevolencia del “enemigo”, me habría enco-gido de hombros. No es que la palabra no haya parpadeado en mi cabeza, ante tal rasgo de arrogancia o cual delirio estadístico. Re-lámpagos rápidamente tapados, señales durmiendo en la memo-ria, piedrecitas que un Pulgarcito interior y providencial deja caer a lo largo de nuestro camino y que realmente sólo nos avisarán cuando hayamos llegado a buen puerto.

El jefe a la muchedumbre: “Os sorprenderé por mi ingratitud”. La muchedumbre a su jefe: “Te sorprenderé por mi amor”. Deje-mos a los historiadores la cuestión de saber si la naturaleza cam-biante de los arrebatos de la masa modifica el *hero instinct* o el *group mind*. Lo que parece cierto es que “el nacimiento del amor en Occidente” interesa más a los especialistas que su extinción. Nosotros no lo hacemos mucho mejor que ellos, en lo tocante a nuestro pequeño Occidente interior.

Cada punto de la red comulga con el culto del Patrón, quien es-tablece el lazo entre todos y cada uno y por quien la cohesión lle-ga a desconocidos a los que de otra manera todo separa. El centro de las almas y el eje del mundo, se rivaliza por ganar o conservar su amor (de nada es nunca absuelto el hombre) con un temor ob-sesivo y mudo: perder su protección. Desmerecer. Decepcionar. En eso caso, seréis expulsados de la tropa y la vida perdería todo sen-tido. En Camiri, el aislamiento físico reduplicaba vértigos de re-pudio –apaciguados de cuando en cuando por los mensajes y los guiños de ojo. ¿No sentí yo, además, la mayor euforia cuando, al llegar a Santiago de Chile, la víspera del primero de enero de 1971, mi amigo Coco Paredes, íntimo de Allende y jefe de la policía chi-lena, me entregó un telegrama de Fidel en el que este último me daba pruebas de su afecto y me decía su alegría por verme libera-do? Sí, conocí una mayor aún con la ceremonia del día siguiente: cuando Ariel, uno de los responsables del departamento de Améri-ca, encargado de Bolivia, vino a mi casa para entregarme en nom-bre de Piñeiro, y no sin cierta solemnidad, la insignia de casta: una Star 9 mm, de fabricación española. “La CIA y los fascistas se creen todavía en su casa en Santiago”, me dijo. “Con eso, al menos po-drás pasear por la calle.” Conservé esa pistola una decena de años –hasta la generalización de los detectores en los aeropuertos.

Febrero de 1971. Hijo pródigo, vuelvo a casa. Todavía no es Francia. Vuelo directo Santiago-La Habana. En Chile estaba de permiso. Llega el momento de ponerse a disposición del Alto Mando.

Había dejado a un jefe desgredado, encontré a un Líder Máximo –ceñido de verdades flamantes. Nuestra primera entrevista –una prueba de reajuste mutuo– no se celebró en su despacho sino en la Casa de seguridad, en la ciudad, donde fui directamente conducido desde el aeropuerto y donde me visitó al día siguiente de mi llegada. Aún conservo en mi retina el monolito verde oliva en el recuadro de la puerta que daba a la calle, macizo faraónico, impermeabilizado; una torpeza, como un apuro compartido. Ya no éramos exactamente sincrónicos, a pesar de los abrazos. ¿Era yo quizá el testigo algo molesto de un pasado superado, recuerdo inoportuno? Se puso a alabarme la sagacidad, la solidaridad de la gente de Moscú. Me volvía a la memoria nuestra última conversación nocturna a solas, cuatro años antes, sus invectivas exasperadas contra los soviéticos, sus hombres sobre el terreno, sus mezquindades y su apetito por controlarlo todo hasta la asfixia. Lo que había en el individuo de “movido” o de inquieto se había paralizado, como envarado. Ese febril se había vaciado en su estatura: como si el segundo cuerpo del rey, el teológico, hubiera reabsorbido al otro, el carnal. Representaba, encarnaba. Todo a la vez: Yo-Partido-Estado-Proletariado-Nación-Humanidad. Incrustadas una en la otra, esas muñecas rusas constituyen un lastre de plomo, pesado para la agilidad mental. Ya no podía tutearle; el usted se imponía por sí mismo. Quien ha encontrado las llaves del poder eterno irradia esa sacralidad interior que los historiadores de las religiones llaman lo “numinoso”. Una solemnidad totémica se había amparado de mi compañero, en camino de estar seguro de todo y sordo a todos.

Yo había conservado la imagen de una revolución incierta, en borrador y como búsqueda; descubrí a mi regreso un sistema de gobierno racionalizado, jerarquizado y ceremonioso. Menos pasional, más impositivo. Mis interlocutores se habían convertido en responsables –es la suerte común de las aventuras que se sumergen en la adversidad del poder, cuando las pesadas gracias de Estado ceban a una pandilla de compañeros como altos funcionarios de puestos asignados, separados por un protocolo, unos cometidos intercambiables, un organigrama. El engrandecimiento del rebelde en jefe de Estado había producido aquí una burocratización a la vista, a ritmo acelerado (el cálido invernadero tropical acorta los plazos de germinación). La mutación de los marginales en potentados estaba lejos de estar acabada, como si los compañeros de las primeras horas ya no fueran admitidos a compartir la tienda del Máximo Jefe. Muy pronto, el antiguo ca-

marada (etimológicamente, quien comparte la cama) al que le había tocado, en la Sierra Maestra, dormir bajo la misma manta debería, por disposición reglamentaria, cuando se encontrara en su presencia, mantenerse a diez pasos del Comandante en Jefe, firme, con los ojos bajos. Está obligado a esperar a que el Máximo le dirija la palabra para abrir la boca. El caudillo bonachón (al menos a mis ojos, inexpertos) de 1965 no vivía en un barrio reservado, donde todo paseante de civil pertenece a la Seguridad; no tenía todavía los tres Mercedes blindados –berlinas estrictamente iguales para que nunca se sepa en cuál se encuentra–, los centenares de hombres de las unidades especiales de protección desplegadas en las calles de alrededor; todos los semáforos puestos de antemano en verde en su camino, la ambulancia que le sigue, el probador, el cámara filmando cada gesto, el chaleco antibalas. Sus íntimos podían acceder a su despacho (las pocas veces que el Jefe iba por allí) sin tener que dejar pistola, navaja suiza o lima de uñas en el despacho del ayuda de campo, para pasar luego a un pasillo iluminado, pórtico de seguridad disimulado detrás del cual un oficial de la escolta igualmente disimulado les observa en una consola de video, hasta una puerta corredera cerrada que sólo el Jefe, avisado por el micrófono por el susodicho oficial que recita los nombres y cualidades del impetrante, puede abrir desde el interior por telemando; y entonces, en el despacho transformado en refugio antiatómico y antiquímico, la audiencia comienza, cronometrada.

Otro hombre en otro país. El estiramiento soviético se había superpuesto al dejarse ir criollo. A medio camino entre los fervores caídos y el cartón piedra, el régimen, boa impedida, digería pesadamente sus reveses: la “salida” fallida del Che, la derrota de las guerrillas en el exterior, el fracaso de la cosecha de diez millones de toneladas, la quiebra de los planes agrícolas. Hice la ronda de los amigos para unir los hilos, interrogándoles prudentemente sobre los cuatro años transcurridos. Su relato me dejó entrever un poco del desorden eléctrico que había presidido en las grandes batallas perdidas: la Lucha contra la Burocracia, la Ofensiva revolucionaria, la Cosecha gigante de azúcar... La militarización de la economía había alcanzado unos grados no ya retóricos sino organizativos. Fidel había disuelto los ministerios y enviado a los comandantes a las provincias para tomar la dirección de la producción, a partir de puestos de mando fijos contruidos a partir de la nada. Por lo demás, el “aparato” calcaba el modelo Gran Hermano. ¿Por qué ese súbito cambio? A esta pregunta ingenua, el

comandante Serguera, mi amigo “Papito”, fidelista de la primera hora, antiguo embajador en Argel y francófilo, no me respondió directamente. Se dirigió con una sonrisa triste hacia su biblioteca, hojeó *Economía y sociedad* de Max Weber y me lo tendió, sin decir palabra, por la página titulada: “La institucionalización del carisma”. Todo estaba dicho, en efecto. La soviétización del Estado permitía yugular a la pequeña nobleza militar aún turbulenta. Al burocratizar el antiguo “Ejército rebelde”, donde la *nomenklatura* soviética sustituía los tres grados de los comienzos (teniente, capitán, comandante), al someter el todo a un partido artificial provisto de sus atributos decorativos –congresos, Buró político, Comité central, etc–, el rey de guerra empujaba fuera a los inconformistas –todos los que, testarudos o corazones puros, no sabían mentir. Pasada así por el molde, esta revolución en pleno vigor quedaba lista para el envejecimiento precoz de las homólogas del Este. Como esas ciudades completamente nuevas de América del Sur de las que Lévi-Strauss observa que “pasan de la frescura a la decrepitud sin detenerse en la vejez”, las revoluciones de este siglo habrían pasado de la adolescencia a la esclerosis sin haber hecho una pausa en la edad madura. Una aurora soleada, un largo invierno, una primavera abortada, el agujero negro: la pendiente abrupta del “socialismo real” fue también, para muchos, la de los comunistas individuales. ¿Pero no es un destino bastante común –y no me excluyo del lote– ese salto del fervor al hastío por encima de la lucidez? ¿Quién no ha conocido a esos entusiastas pasados al otro extremo, a los que abandonamos tontos de remate sin sospechar nada, y que encontramos en el umbral de la edad madura, astutos como zorros sospechando de todo...?

Allende tenía más del tío de América que del padre espiritual, y como sobrinito impertinente, afectuoso aunque incrédulo, le visité en varias ocasiones, hasta el mes de agosto de 1973, unos días antes del drama. Ya tenía un papá sobre mis espaldas, que cabalgaba sobre millares de hijos adoptivos (cada uno creyéndose, como es justo, el pequeño preferido, el discípulo reservado). Y cuando se ha dado con un padre, esa rareza en vías de desaparición, hay que intentarlo dos veces antes de abandonarlo.

¡Familias, os amo! Incluso demasiado... La revolución, leí más tarde, quería ser una ruptura con el *pater familias*. ¿Dónde tenía yo la cabeza? Lamentable contrasentido: yo había hecho de ello, desde el principio, una revuelta por el Padre (el genitor biológico no

tiene realmente nada que ver en el asunto). Tan frustrado de admiración y de sujeción que pedí más patriarca. Padre nuestro que estás en los cielos, dadme aquí abajo un padre individual, vertical y severo, un gigante que me levante del suelo en un periquete, me sujeté sobre sus hombros y me haga ver a los enanos, mis congéneres, desde toda su altura. Me hacía el niño para salir de la infancia, ¿pero cómo romper el cascarón sin alguien con quien reunirse a lo lejos, tanto más irresistible cuanto más extraño a nuestro mundo? El don de sí nos hace crecer elevándonos a las alturas superterrestres donde reina el Epónimo: el Fidel de los fidelistas, el Lacan de los lacanianos, el Mitterrand de los mitterranistas... o el Cristo de los cristianos. El clan “liberación” me había ofrecido esta familia sobrenatural, si no contra natura, desafiando la fatalidad tan bien resumida por Napoleón III que algo sabía de esto: “Se soporta a la familia, se elige a los amigos”. Mi castrador de reemplazo, después de todo, sólo se lo debía a mis méritos –razón de más para aferrarse a él.

El torniquete de las afiliaciones, que rompe una familia para rehacer otra, es más molesto o divertido, las dos cosas sin duda, en el lado izquierdo. La orilla opuesta se juega el todo por el todo en la economía, término griego que designa todo “lo que atañe a la casa”, mientras que la antigua derecha exaltaba la obediencia, la natalidad y los buenos padres de familia (el ideal reaccionario venía a ser la transformación de un pueblo en una gran familia). La izquierda, por tradición, rechaza los valores de naturaleza y de herencia, en beneficio de la libertad individual y de la voluntad general. El aprieto viene de que sólo se puede dar cuerpo a ese rechazo de lo natural introduciéndolo en las familias de sustitución no menos asfixiantes que la biológica –partidos, sociedades o asociaciones. Por suerte, llegan de cuando en cuando los tiempos de guerra para hacer saltar esos corsés; entonces se constituyen otros con nuevos gastos, a pulso: redes, movimientos clandestinos, grupos paramilitares– esos hogares sin estado civil. El “aparato” cubano, pequeña familia cálida y ruda, había sido a lo largo de mi encarcelamiento mi cuerpo de referencia, mi puerto de amarre –que me enviaba, por diversos rodeos (mi compañera en primer lugar), instrucciones y ánimos. Trabajaba en un plan de evasión cuando la llegada de un gobierno de izquierda a La Paz, en 1970, lo dejó sin objeto. La comunidad de los riesgos es la más adherente de todas: voluntaria como un contrato y fusionadora como una tribu.

Desafilarse, matar al Padre, dar con otro, afiliarse de nuevo, matar de nuevo... Ahí está la dicha de Sísifo: en la búsqueda de

una sociedad perfecta, comulgante y no comunicante, ese círculo mágico del que el ashram y el kibutz, sobre todo para quien nunca fue allí, dan, de lejos, la imagen más aproximada. Ese festín en el que se abren todos los corazones no es un espejismo; he comido en su mesa –la Nochevieja de 1967, en la plaza de la Revolución de La Habana, donde cien mil cubanos banquetearon codo con codo, con *congri*, cerveza e himnos. Al menos esa es la imagen que yo conservo. La batida de una *familia libre* –que los pesimistas juzgarán equivalente a un círculo cuadrado pero que no podemos impedirnos imaginarla perdida por descuido y por tanto recuperable mañana– es lo que parecen ser las militancias para una adolescencia prolongada. Queremos ser reconocidos, que se hagan cargo de nosotros, que un calor y un tutor venga a tener bajo sus órdenes al solitario que nos negamos a ser, al desamparado en que tanto nos costará convertirnos. Estamos dispuestos a sacrificar ese hermoso fantasma, nuestro poco de soberanía, nuestra apariencia de dignidad. Por fuerza, los trabajos de duelo cansan; nos hacemos a la idea de no ser amados, de dar vueltas sin padre, a la buena de Dios; sustituimos a los compañeros por amigos, algunos; y sobrevivimos, al margen, sin volver a pensar en los días elegidos. Hacerse mayor, en suma, no es ir por la noche a las reuniones. Es, entre dos tristezas –quedarse solo en casa o quedarse frío en medio de los exaltados–, elegir la menor.

Desde luego, el “asesinato del Padre” es un cliché que permite quedar bien. Como si yo hubiera sido un hijo particularmente sanguinario. Sólo tuve que levantar actas de defunción, una tras otra, sin precipitar las cosas. Mis padres se suicidaron moralmente por su cuenta, como unos mayores. Althusser acabó como asesino; Castro, tirano; Mitterrand, consensual. Aquí es donde cierro mi redoble de tambores para proceder dignamente a los funerales. Mi declaración de quiebra: un registro obituario.

Vivir dividido, dividirse para sobrevivir, es el viejo ardid de los hijos compartidos, nadadores entre dos aguas. En la dependencia estalinista, el chantre esquizofrénico y el potentado paranoico componen una pareja clásica (digamos, para el formato grande, Ehrenbourg y Stalin, Aragon y Thorez). A escala minúscula, mi desdoblamiento era sin doblez. Si no era más inteligente, me quedaba de corazón. Tiene sus tácticas el corazón, sus combates de retraso, sus astucias. Sabe sin saber. No quiere saberlo. Sabe muy bien pero sin embargo...

Defensa elástica. Se evacua una posición avanzada, insostenible, por una segunda más atrás que parece más segura –el tiempo de ver. En 1968 el comandante había aprobado, aunque con sobrentendidos y circunloquios, la invasión de Checoslovaquia por las tropas del pacto de Varsovia; y este desengaño, que mi compañera me hizo saber durante una visita a Camiri, contribuyó no poco a hacerme recuperar mi condición de europeo –abofeteado. Escribí una carta dirigida al Jefe para comunicarle mi desacuerdo desolador, pero circunscrito. De ahora en adelante, le decía educadamente, sólo tendría jurisdicción sobre América Latina; sobre mí, ya que me encontraba allí atrapado; pero para Europa y el resto, del que no conocía nada, ¡que sea lo que Dios quiera! Esta primera ruptura de incondicionalidad nadaba bastante bien entre dos aguas. El “caso Padilla” (autocrítica policíaca de un buen poeta cubano) me sorprendió poco después de mi salida de prisión y no arregló las cosas, obligándome a refinar la restricción mental. Los europeos que protestaron me llevaban la ventaja de haber pasado sólo algunos días en La Habana; asqueados, esos intelectuales evocaban un resurgimiento del estalinismo y no escondían su rencor de antiguos simpatizantes. Yo elegí hacerme el idiota; ¿no era acaso todo este asunto una idiotéz? Instinto de conservación. Un estudio más detallado, un diagnóstico más ajustado, ¿no me habrían llevado por deducción a persuadirme de: 1) que había soportado casi cuatro años de cárcel por un error de apreciación; 2) poco a poco, mis camaradas, el Che incluido, deberían haber sido mis adversarios, y 3) que yo mismo estaba para el asilo? En cuanto al primer punto, era un poco pronto; en cuanto al segundo, todavía ahora lo excluyo instintivamente; sólo puedo admitir el tercero. De paso por París, en 1971, fui a visitar a Sartre a su estudio del boulevard Raspail. Estaba solo. Me abrió la puerta con aspecto huraño, me invitó titubeante a sentarme, y me escuchó con aplicación hablar ante él en favor de una mala causa perdida: la revolución asediada, la mancha sin significado, no hacerle el juego al enemigo, etc. Me replicó que Castro ya no era el que él había conocido en los tiempos en que escribía en *France-Soir* “Huracán sobre el azúcar”, que se pasaba sin darse cuenta del lado de los opresores y que todo eso le traía malos recuerdos, la Unión Soviética y compañía. No me atrevía a contestarle que “todo eso” me los traía a mí muy buenos, y que la tasa más alta de escolaridad del continente latinoamericano bien valía el exilio interior de un poeta. Ni que Castro, al lado de Mao que el Sartre maoísta dejaba adular en torno a él, seguía siendo un monaguillo. Nos separamos cada uno contrariado con el otro; él

llevaba veinte años de adelanto, y yo diez de retraso. Fue nuestra primera y última entrevista a solas. ¿Así que Cuba no era una tierra de felicidad y de libertad? ¡Pues sí que estamos bien! La felicidad, replicaba yo, es para los gilipollas; la libertad, para los ricachones. Que Herberto Padilla y sus amigos me perdonen, no estaba en mi mejor forma.

El “corazón” se las apaña para ponerse en regla con la razón. Pagué así tributo a la inteligencia crítica (*lip service*, dicen el inglés) redactando una autocrítica “orientada al porvenir”, con lenguaje estereotipado. Fue *La crítica de las armas*, en 1973, tres volúmenes de informes sobre el fracaso de la guerrilla “foquista” en Venezuela, en Guatemala y en Bolivia, después de una investigación, entrevistas y recogida de documentos. La cosa apaciguó mi compulsión plumífera (ni un desastre sin atestado, ni un asalto al cielo sin un croquis de las escaleras y un alzado de las nubes). La empresa, tan árida como inútil, me ocupó dos años completos; un fiasco perfecto; demasiado militante para los simples curiosos; no lo suficiente para los protagonistas. Tenían razón al no leerlo: la racionalidad analítica jamás ha hecho que la causa de los pueblos adelante.

Retomé la tradición de las caminatas por la montaña detrás de Fidel. Me acuerdo de haberle sorprendido una tarde con un fidelismo exagerado. Se había encaprichado entonces con chismes a la japonesa, desde el reloj de cuarzo a los minitransistores, pasando por los nuevos equipos de exterior. Una tarde, al pararse para montar el campamento cerca de una fuente, en un claro, se puso a sacar de su mochila ultramodernas hamacas, nylon, uniforme de recambio, escudilla, antorcha, de materiales ligeros, a extenderlos sobre la hierba y a detallarnos las ventajas de cada artículo. No pude resistirme a sacar, en voz alta, la conclusión de esas demostraciones. “En resumen”, le dije, “cuando la mochila del guerrillero haya pasado de veinticinco a doce kilos, el mundo habrá cambiado de fase.” Como no soportaba los juegos de palabras, el Jefe torció el gesto y se apresuró a frenar mi seguidismo incondicional: “Danton, vas más rápido que la música”, me respondió sin discutir la hipótesis misma. Fue a la fuente a calcular en cuanto tiempo podía llenarse una cantimplora vacía. Tenía el don del infantilismo serio. Niño travieso pero siempre metódico.

El mejor remedio para el ateísmo naciente: las devociones. En aquellos años me reincorporé al entrenamiento. En Bolivia nada había terminado; en el Salvador, a donde iba Roque Dalton, todo volvía a empezar. Había que prepararse. La Gringa me daba ejemplo: esta bella alemana, militante del “Ejército boliviano de libe-

ración", regresaba de Hamburgo –donde había ejecutado a un alto torturador de la policía boliviana– y preparaba su regreso a La Paz, donde pronto sería a su vez muerta. Con ella y Giangiacomo Feltrinelli, el editor del *Doctor Zhivago*, que había venido a La Paz poco después de mi detención, en 1967, enviado por Cuba, formábamos un trío. Seguíamos juntos un entrenamiento en Punto Cero. Giangiacomo era tan nulo en química como yo, pero mil veces menos razonable en política. Se encontró su cuerpo despedazado algunos meses más tarde, al pie de un poste eléctrico gigante cerca de Milán, donde había intentado aplicar, torpemente, nuestros apuntes de clase. Me contaba proyectos peregrinos de desembarco en Sicilia, de maquis en los Alpes, de sabotaje. No me lo tomaba en serio. "No digas gilipolleces", le decía en voz alta, mientras manipulaba mis hilos y mis pilas sobre un jergón, "esas cosas no tienen que ver con Europa, no te confundas de época." Este artesanado no tenía otro destino, evidentemente, que la América de los dictadores. Me miraba sin decir nada, con sus ojos de miope, las gafas en la nariz, con una suave sonrisa, convencido de que el fascismo estaba a las puertas de Roma, que los "negros" preparaban un golpe de Estado y que sería necesaria de nuevo una Resistencia *bis*. Los revolucionarios viven y mueren por metáforas. Ese hombre generoso había puesto en práctica el "dejad todo" de André Breton, abandonando su editorial, sus millones y sus castillos para establecerse como proletario en una clandestinidad defectuosa, a ver si recreaba los *partigiani* y cantaba a coro *Bella Ciao* como en los buenos viejos tiempos. Muerto en el campo del honor de las analogías. Uno más. Honor para él.

No era el pacto con el diablo, sino el peso de las connivencias, las deudas de gratitud. Mis camaradas cubanos eran los únicos que sabían que yo había mentido en toda regla a lo largo del juicio. Mi sistema de defensa fue: observador, periodista, bobo de paso. Eso no se sostenía pero, además de estar muy dotado para dárme las de imbecil, eso dejaba a La Habana fuera de la causa. Es verdad que había llevado un arma y participado en la primera emboscada; había disparado, sin duda no había matado; no había venido a entrevistar a nadie sino a recibir instrucciones. El general de Gaulle había teleografiado a Barrientos. Pero los cubanos, mucho más que los franceses, habían orquestado mi salvamento inspirando las campañas de solidaridad, inflando el asunto, acreditando *urbi et orbi* mi papel de idealista desorientado. Nunca se sabe qué mal saldrá de un bien. Al querer salvarme, mis amigos le habían cerrado, sin saberlo, toda puerta de salida al Che. Los mil-

tares no fallaron, era de cajón, al calcular las repercusiones que habría supuesto un Guevara vivo en sus manos. Si eso no fue determinante, pudo tener su importancia. He contado por lo menudo en *Las máscaras* el lío político-policíaco —es inútil volver sobre ello, así como sobre el papel molesto jugado en segundo plano por el argentino Bustos, detenido conmigo. La desproporción entre el ruido que hicieron en torno a mi caso y la función muy secundaria que había cumplido explica, creo, mi diligencia. Como no había merecido tanto honor, debía recuperarme después.

No sabemos nunca las consecuencias de lo que hacemos, o no hacemos. Apenas ayer supe de un curioso encadenamiento de causa y efecto. Fui a explorar el Alto Beni, una zona accidentada muy propicia para la guerrilla, al norte de Bolivia, en el verano de 1967. Antiguos conocidos me vieron y los comunistas lo supieron. Mi presencia alertó al secretario del Partido comunista, Mario Monje, que llegó a la conclusión, acertadamente, de que Fidel le había mentado al pedir que ayudaran al Che a volver a Argentina y al asegurarle que los guerrilleros tan sólo estarían de paso por su país. Ayudé involuntariamente al Partido comunista a comprender que el primer objetivo era por supuesto Bolivia, ¿si no por qué un “agente cubano” inspeccionaría y atravesaría una zona situada al norte del país si la frontera con Argentina está al sur? Fue entonces cuando el aparato clandestino del PCB se las ingenió para empujar al Che hacia la salida, incitando a otros agentes cubanos a elegir como zona de operaciones el extremo sur boliviano, zona desierta totalmente contraindicada, una auténtica ratonera.

Esa es la verdadera responsabilidad: aquella de la que no podemos responder, y que descubrimos veinte años después.

La Habana, 1973, 1976, 1979. El Komintern latino se había parado en seco, como la ofensiva guerrillera; ya no había escapatorias como forma de evasivas. Era forzoso abrir los ojos sobre lo que sucedía, y que yo no quería ver, y no sobre lo que mañana cambiará todo. Fue en esos años de “reflujo revolucionario” cuando logré explicarme claramente el malestar que sentía en cada estancia en la isla, y especialmente esa curiosa impresión de que, en una sociedad en principio orientada hacia el porvenir, los individuos no tenían, por así decir, ninguno. Si la igualdad de oportunidades es en países capitalistas un ideal materialmente fuera de su alcance, y demasiado escarnecido por la desigualdad de las

condiciones entre los barrios de una misma ciudad, entre París y sus suburbios, entre el campo y la ciudad, la desigualdad feudal, reino del hombre sobre el hombre en estado puro, se revela aún más desesperante.

El dinero o el Partido. Dos fetiches, dos añagazas: económica en el capitalismo real, política en el antiguo socialismo real. Donde domina el dinero la esperanza está permitida, puesto que el juego está abierto, hay margen; donde domina el Partido está cerrado, y el margen significa la exclusión definitiva. Reina el *numerus clausus*. Hay que ser miembro del Comité central para tener coche, y esta pertenencia se decide desde arriba: nadie tiene su vida en sus manos. La sociedad comunista era una sociedad de estatuto, si no lo era de casta, en la que el acceso a las cosas era decidido por unas personas: el caso de la figura feudal. En Cuba los comandantes concentraban todos los poderes: militar, político, económico y espiritual. En el caso de la figura capitalista, el acceso a la gente está decidido por las cosas y las vías del éxito pueden ser diversas. Si una está cerrada se puede intentar otra. Nuestras dependencias son más anónimas, y sobre todo disociadas: si mi banquero me niega un crédito, al mismo tiempo un ministro puede recibirme y el director jefe de mi periódico abrirme su sección de cartas de los lectores. En un país en el que una cabeza entraña todos los cuerpos es imposible andarse con rodeos con la jerarquía, es uno u otro: el dinero, la influencia y el renombre. De ahí un eje de separación que no opone cardinalmente el rico al pobre, sino el poderoso al débil, los grandes a los pequeños. “En el vocabulario carolingio”, escribe Duby, “la palabra *pauper* marcaba ante todo la sumisión al poder; no se oponía a *dives* (el rico) sino a *potens*.”

Sin duda no era una sociedad de casta o de orden en sentido estricto, donde preeminencia y relegación se reciben en la cuna. No obstante, si puede haber aparentemente comunismo en lo carolingio es que la oposición del “poderoso” en la cima al anónimo más abajo se daba en Moscú y en otras partes por un fundamento moral, cuando la del rico al pobre, entre nosotros, se da por un estado de hecho. Además, la escalada de las alturas dominantes, en el sometido del socialismo real, no podía constituir el objeto de las mismas expectativas, ni siquiera de una competición planificable –vistos los imprevisibles bruscos cambios de línea y la arbitrariedad de las alturas (los milagros de ascensión se pagaban con otras tantas desgracias inexplicables). Un pequeño patrón en quiebra tiene estadísticamente más posibilidades de rehacerse que un pequeño jefe comunista destituido de volver a salir a flo-

te. El pobre, entre nosotros, tiene razones para envidiar al rico, pero al menos no tiene ninguna para inclinarse ante sus cualidades morales. El ganador capitalista ha ganado la lotería, pero el hombre de piedra se supone que está hecho de piedra: allí, nada de lotería ni de juegos de azar... El débil feudal envidia pero debe también admirar al *potens*, cuyos discursos de justificación son los de la religión impuesta a todos, de modo que el grande –ventaja agravante– se supone que encarna los valores del pequeño. De donde resulta una movilidad social escasa, una “sociedad bloqueada”, no por disfunción sino en su propio origen.

En Cuba, el “deber internacionalista” permitió en cierta medida desbloquear la esperanza de la gente de abajo (varones y en condiciones de empuñar las armas). Válvula de seguridad exterior, la expedición a tierra santa para luchar con los infieles vino en el momento oportuno, en los años setenta, a democratizar el privilegio de cruzada, que pasó entonces de las tropas especiales al ejército regular. Contra una indulgencia plenaria concedida por el Líder Máximo, varios centenares de miles de reclutas y de oficiales fueron firmemente invitados a ganar puntos de santidad en ultramar, Angola y Etiopía. Templarios al partir; al regresar, mendigos.

La desventura de esos misioneros, inevitablemente me hace pensar en ese capítulo de *La fenomenología del espíritu* titulado “La lucha del amo y del esclavo”, fragmento de valentía del que fueron, de mala gana, un buen ejemplo. La palabra clave de esa célebre odisea de las conciencias, una de las más utilizadas en Cuba, es “prestigio”. Se recitaba entre los revolucionarios como un verbo, al derecho y al revés. Nunca medí su peso de vida y de muerte como en el momento en que, en nuestro campamento en Nancahuazú, “Marcos”, el comandante Pinares, contestó al Che que acababa de humillarle en público tratándolo de cobarde y mujerzuela: “Mejor muerto que desprestigiado”. Los dos hombres, en cierto modo, representaban una vez más el drama del reconocimiento tal como, ciento cincuenta años antes, Hegel lo había muy exactamente diseccionado. Permítaseme un poco de filosofía; no por el placer del comentario escolástico, sino porque incide aquí en lo más vivo. Una conciencia, para ser conciencia de sí, debe hacerse reconocer por otra conciencia de sí. El hombre se distingue del animal porque en él la conciencia de la vida se eleva por encima de la vida, y en que su deseo de ser reconocido por otro sobrepasa el de perseverar en su ser. Ciertamente el hombre es un lobo para el hombre, pero un lobo espiritual. El lobo ani-

mal lucha por la vida; el lobo espiritual lucha por la muerte, si tal es la condición para que sea reconocido por su amo como igual o superior a él. Al poner su vida en juego, el prestigioso muestra que se ha liberado del primero de los esclavismos, el de la vida. Se coloca como hombre libre, frente al vil que se niega a someterse a la causa (aceptando, por ejemplo, las misiones peligrosas del Comandante en Jefe) porque prefiere la pequeña existencia del menesteroso, sufriendo la resistencia de las cosas, transformando día tras día sus condiciones materiales de existencia. El riesgo de muerte, en el vasallo que aspira a la soberanía, forma parte de una estrategia inconsciente de dominio ya que es la proeza de fe y de sangre la que constituye al amo como amo de los serviles. Pero la historia de la abnegación no se detiene aquí. El “Patria o Muerte” se remite a la muerte, es pues un ser esencialmente moral; el *gusano* (apodo para “villano”) se remite a las cosas, es un *animal económico*, hundido en el universo de la necesidad. Tembló de miedo ante la idea de perderlo todo, y esquivó este miedo en el trabajo. Porque el esclavo trabaja, aprende un oficio, se las arregla, hace chapuzas, trafica, se larga a Miami, se busca un curro, funda una empresa. Durante ese tiempo, los amos delegados, los comandantes que deben todo a la revolución, es decir al Jefe, se van a hacer reconocer imaginariamente por él en Venezuela, en Etiopía, Yemen, Angola, Nicaragua. Afrontan la muerte, pero no la materia. La política, pero no la economía. Y los supervivientes que vuelven a casa, a Cuba, se ven a los cincuenta años coroneles o generales sin un céntimo que valga, con sus tres huevos a la semana, sus dos litros de gasolina al mes y una nevera estropeada por las averías eléctricas. Recientemente se veía en La Habana a un general en la reserva mendigar a la salida de una “tienda diplomática” para extranjeros. Mientras tanto, desembarca en la casa vecina el primo de Miami con las manos llenas de regalos. Se había marchado en el éxodo de Mariel, en 1980, y su primo el general, entonces capitán, había ido al puerto de embarque, vestido de civil, a tirar huevos podridos al infame, al mezquino, al traidor, con millares de “revolucionarios” llevados al lugar en autobús, por la buena moral de las tropas y los cámaras extranjeros. Y he aquí que diez años después el antiguo “gusano” se pavonea regiamente por su antiguo barrio. Incluso va a ofrecerle a su antiguo perseguidor un billete de cien dólares —el equivalente de un año de salario o de pensión para el caballero apeado. El ex humillado humilla a su amo, el cual pasa a estar inexorablemente bajo su dependencia, financiera, mental, material. El antiguo miembro de

“Liberación”, el samurai jubilado, o en prisión (por poco que su amo y señor haya juzgado útil ponerlo a la sombra), descubre en ese instante que la vía del dominio era un callejón sin salida y la de la servidumbre “la verdadera vía de la liberación humana” (por retomar los términos de mi maestro Jean Hyppolite, en su *Génesis y estructura de “La fenomenología del espíritu”*). Descubre la vanidad del ideal de prestigio, que había hecho suyo, para conseguir el reconocimiento de sus pares y la decisiva, del amo de los amos, el Comandante en Jefe. Su vanidad o, más exactamente, su perversidad, porque entrevé, al acercarse a los sesenta, que el deseo que antaño sentía de combatir y de morir le había sido insuflado por el amo absoluto, que este encantamiento no era realmente el suyo, y sólo tenía como función última colmar el incolmable deseo del Supremo –deseo de ofrecerse como espectáculo la vida y la muerte de sus subordinados para gozar, a través de ellos, de su propio poderío. El Jefe erigió en religión nacional la concepción sacrificial del mundo, al tiempo que prefería, para su propio gobierno, una concepción más sobriamente conspirativa. Muchos súbditos murieron de credo oficial; él vivió, buen gestor del sacrificio de los demás. Pero contrariamente al amo espiritual, el amo de los cuerpos tiene un defecto en su coraza; no se remite a su poder inmediatamente; su poder efectivo pasa por la mediación de los que creen en él y en su poder, como para aceptar servirlo y morir por él. Aún más fiduciario que el maestro de lo sagrado, del saber o de las artes, el amo de la espada domina a crédito, en razón de la reverencia que le manifiestan sus víctimas. Es su deudor, como Dios, en el fondo, lo es de los hombres, que, si no creyeran en él, le habrían hecho desaparecer.

En 1958 un campesino muy joven cogió las armas en la montaña. En 1965 parte con el Che para África y en 1967 le sigue de nuevo a Bolivia. Superviviente y ascendido a coronel, le da una paliza a su vecino de rellano que quiere refugiarse en una embajada. Unos años más tarde, al descubrir que le han engañado, recupera el alma del rebelde. Entonces, abandona uniforme y pistola y se vuelve a plantar tomates a su granja. “La mejor respuesta a ese poder es el no poder”, me decía ayer Benigno, héroe curtido de su país, superviviente de diez misiones peligrosas y que ha vuelto a su arado. Nada de estilo Gandhi o Cincinato. Este campesino-soldado valiente y lúcido ha comprendido lo que sucede cuando no se quiere *desarmar* para defender con uñas y dientes su puesto de jefe: uno se subleva tras Bolívar y se forja un Tapio-ca. Él ya no soporta el bloqueo como coartada, la reconstrucción

sin tregua del enemigo, la defensa de la patria como medio de policía. No es lo mismo, en efecto, establecer una dictadura de excepción para hacer la guerra, que hacer la guerra perpetuamente para legitimar una dictadura de por vida. Para realizar ese distinguo desde el interior, cuando no se ha ido a la universidad a leer Hegel e Hyppolite, se necesita rumiarlo veinte años. Personalmente, los buenos autores no me han permitido hacerlo mucho más corto.

Lo que además saben presidentes, generales, cardenales y agentes secretos —a saber, que es más difícil hacer la paz que hacer la guerra; mandar tropas a un territorio que evacuarlas; exfiltrar un agente que infiltrarlo; colgar que tomar los hábitos—, los “profesionales” se cuidan bien de advertírselo a los jovenzuelos. Estos últimos deberán aprender a sus expensas que cuesta más desengancharse que engancharse. Yo ya no era un barbilampiño, pero me empeñaba en retomar el servicio. Lo que prueba que en estas materias el sentido común no es lo que nos activa o desactiva. Después de mis descubrimientos semiintelectuales semifísicos —la nación y el odio—, lógicamente habría debido concluir, y en honor al *errare humanum, perseverare diabolicum*, cambiar de actividad, volver a las bibliotecas. Dejar mi mochila, volver página. No hice nada de eso. Con el Jefe y los suyos, sin casi ya ideas en común, conservé muchas afinidades. Hasta marchar a Nicaragua en 1979 para luchar con el uniforme sandinista. Nadie me empujaba a ir, y mucho menos los cubanos, que me frenaron lo mejor que pudieron reteniéndome en La Habana, desde donde se dirigían las operaciones. De hecho, llegué a Managua el día de la “victoria”; sólo pude participar en las “operaciones de limpieza” contra la guardia nacional de Somoza replegada hacia el norte del país.

Se puede hacer una cosa con conciencia y aplicación sabiendo que es idiota de manera inconsciente; también se puede, a la inversa, dejar que su inconsciente os dicte acciones que se rechazan en conciencia. Si el revolucionario es aquel al que animan una clara seguridad en el porvenir, la certeza de tener razón, la nitidez de perspectivas (de una manera que él llamará “espantosa” cuando haya dejado de serlo pero que por el momento le parecía la más natural, la gran salud del espíritu), yo ya estaba demasiado perplejo, en los años setenta, para tomarme por tal. Al mismo tiempo que me llamaba abiertamente reformista, para Europa, al mismo tiempo que hacía concienzudamente mi autocrítica, se-

guía predicando la revolución en América Latina. Con toda mi mala fe –que no excluye la buena fe de las conductas, en la superficie. Eso, creo, para enfrentarme con dos sentimientos llegados de una zona más oscura que aquella en que tejen, se deshilachan y se zurcen nuestras convicciones sucesivas (la conciencia y los sentimientos juntos, eso sería demasiado hermoso): la culpabilidad del superviviente, que nos impulsa a darnos prendas, y el miedo al orfelinato, que nos disuade de soltar amarras. Lo que acabé por hacer, poco a poco y sin demasiado desgarramiento, a medida que pude echar el ojo a unos padres adoptivos más naturales, me atrevo a decir, y, muy rápidamente tras Allende, el propio François Mitterrand. Desnudaba a un rey para vestir a otro. Los reyes mueren como los padres, la paternidad es inmortal. La verdad sea dicha, sólo pude gritar “¡El rey Fidel ha muerto!” en el momento en que pude encadenar, igual piedad, igual aliento, con “¡Viva el rey François, su roble y su rosa!” Un espectro expulsa a otro –así sobreviven las almas militantes.

En esos cambios de personas en la cima se pueden ver señales de inmadurez; o bien descubrir a través de ellos los movimientos pendulares de un empeinado querer vivir. Descreer, desafiliarse, es morir un poco. Hay que aferrarse, prolongar el arrendamiento para paliar el incesante aplazamiento de las promesas. Nancahuazú, Santiago, La Habana: creemos que hemos llegado, no es más que una escala para aprovisionarse de agua y de víveres y llevar anclas de nuevo, mal que bien. En 1965 yo había seguido la vuelta a un primer plano de las esperanzas de Europa en el Tercer mundo; en 1975 yo volvía a marchar en sentido inverso para salvaguardar lo que me quedaba de fe –traspaso de esperas del Tercer mundo hacia una república socialista de Europa, bomba anidada en el corazón del Viejo mundo. “Y si la noche es larga, es que ya llega el día”: esta seguridad astronómica (que Brecht ha usado mucho) me ha protegido durante mucho tiempo del desengaño terminal –ese momento de vacío, que nuestras supersticiones conjuran mal que bien, en el que Godot descubre que no había nada que esperar, y no más *allí* que *aquí*. El acceso a la edad adulta, parece ser. Final de las hermosas certezas, de las suertes que tentar, de las alucinaciones del amor. Consunción general. Los ojos se abren, y las zapatillas salen del armario. Un enésimo desencantado se arrincona, con regreso emocionado a sus extravagancias de juventud, a punto ya para la puesta de las Memorias. “Espectador comprometido” –se llama uno entonces– para ganar en los dos tapetes; y veneramos esta sabiduría de las naciones, sentencioso disimulo de abandono. Pobres de nosotros.

Varadero, 1979. Luis Alberto L., a pesar de su nombre, es de origen y familia franceses. Llegó a Cuba en 1957, se unió a los rebeldes, combatió con el Che en Santa Clara. Lo conocí en 1961; era primer teniente y trabajaba en la Dirección política de las fuerzas armadas. Daba clases en la terraza del ministerio, a partir del manual de Politzer. Abandonó el uniforme en 1968. El partido lo consideraba un poco “libertario”, incontrolable y vagamente sospechoso. Fidelista de corazón, ejerce el psicoanálisis en el Hospital nacional. Cansado de la “espionitis” ambiente, me habló de sus ganas de marchar a Nicaragua. Aunque yo tenía las mismas ganas le aconsejé más bien que regresara a Francia. Ya no tiene allí lazos ni, añade, motivaciones. Espera que la revolución centroamericana se muestre más abierta, más acogedora con los alógenos, con los marginales. “Quizá”, le dije, “pero actúa rápido. Esto no durará.” Mostró su acuerdo, pero con una sonrisa un poco triste.

Nadie, con el pretexto de que ha servido a los mantenedores del *statu quo*, me apartará de la idea de que las sacudidas colectivas, por variable que sea el designio visible, obedecen a las reglas de las mareas, simplonas, incorregibles y recurrentes, como las atracciones de la luna y del sol sobre el mar. Entre esas “leyes de bronce” que parecen actuar con la regularidad de una bomba aspirante e impelente, como la clásica sucesión de los místicos por los aprovechados, o de la comunión de los creyentes por la coalición de los apetitos, no veo otra más depresiva que la acogida fraternal dada a los simpatizantes extranjeros; seguida, algún tiempo más tarde, de su marginación a la sombra o a la muerte. Ninguna constricción más repetitiva –desde París 1789 hasta La Habana 1959–, y menos estudiada por los historiadores de las revoluciones (de las que esta xenofobia es la zona de sombra preferida), que ese repliegue territorial del género humano, esa retracción de los deseos de universalidad de los orígenes bajo el chovinismo sin pudor de los finales de ciclo. Los *sans-culottes* de 1790 adoptan al venezolano Miranda, al prusiano Anacharsis Cloots, “amigo del género humano”, al “*citizen Paine*”; tres años más tarde están en el agujero o huidos. Los bolcheviques de 1920 acogen con los brazos abiertos en Moscú alemanes, franceses, americanos, indios, etcétera, –que serán los primeros opositores y los primeros fusilados. Y el falso rostro del Komintern fue finalmente disuelto en 1943. La “patria en peligro” ya no canta *La Internacional*. Los hijos de la revolución mundial se reconocen como hermanos –pero la caza nacional de brujas sabe de entrada distinguir entre el primo por alianza y el hermano de sangre.

Yo vi prevalecer el derecho de familia sobre el derecho a las afi-
nidades en el Caribe, donde fueron inexorablemente apartados, al
hilo de las crisis, los millares de voluntarios por las nuevas legio-
nes de Bolívar —empezando por Guevara el argentino (cuyas car-
tas de adiós, hechas públicas prematuramente, hacían imposible
el regreso a Cuba). Los dos franceses o binacionales que ser-
vían en el Ejército Rebelde no duraron mucho, una vez que la
guerrilla terminara. En el Chile de Allende el mismo proceso, ade-
más amortiguado, hasta que la junta militar, para hacer la heca-
tombe menos inaceptable, orienta sus proyectores sobre los
“mercenarios extranjeros”. En Nicaragua los “internacionalistas”
argentinos y chilenos, salvadoreños e incluso cubanos, fueron más
o menos sutilmente devueltos a sus casas para no herir el senti-
miento popular. ¿Pero por qué buscar lejos? ¿Qué suerte reservó la
República española a las Brigadas Internacionales? ¿Y la Resis-
tencia francesa a los resistentes españoles, a los judíos polacos de
la MOI, a los “nombres impronunciabiles” del Affiche rouge? ¿Qué
huellas han dejado en las placas de nuestras calles o en nuestros
manuales escolares?

Los voluntarios y aventureros que prestan ayuda a una in-
surrección extranjera porque les habla a su corazón y dice luchar
por el Hombre, pronto flotarán como zombis entre su patria de
origen que reniega de ellos y su patria de adopción que desconfía.
Esos hombres generosos, que lo han dado todo, no serán inclui-
dos en los grandes libros y la deuda pública. Como si ese *no man's*
land de la memoria fuera la sepultura que cada pueblo asigna,
con toda la buena fe, a los acreedores que él no eligió.

Julio de 1989. Los apodaban los Jimagua, “los Gemelos”. Había he-
cho amistad con ellos en el verano de 1961. Esos Cástor y Pólux de
verde oliva recorrían La Habana en un Studebaker descapotable
color frambuesa, en envidiable compañía. Hijos de buena familia
educados en los Estados Unidos, habían elegido, tras haber parti-
cipado en la lucha urbana del “26 de julio”, la revolución socialista
mejor que la reproducción de los privilegios y una carrera fácil en
Florida. Esos *sportmen* inconformistas, cultivados y revoltosos, hi-
cieron donación a la Causa de su yate, de su villa sobre el mar, de
su pequeño avión y de su herencia. Y a Fidel, esos temerarios le en-
señaron la pesca submarina, los deportes náuticos y la caza. Me
volví a encontrar a mis dos entusiastas en 1966 en los pasillos de la
Tricontinental, luego en las escuelas de la guerrilla. Estaban entre

los animadores de *Tropas*, como se llamaba la unidad de élite, las “tropas especiales” del ministerio del Interior, al margen de la jerarquía, destinadas a las intervenciones exteriores. El equivalente de los comandos de marines franceses o de los boinas verdes americanos, con la excepción de la formación política. Esos quinientos hombres (que aumentaron más tarde hasta dos mil) constituían el batallón sagrado, sin funciones policíacas. Fue una unidad de *Tropas*, trescientos hombres, la que en 1975, enviada vía Argel a la capital angoleña, Luanda, le evitó *in extremis* de caer en las manos del ejército surafricano. Tony y Patricio hablaban inglés, pero no ruso, y ningún consejero soviético penetraba en el recinto de ese “servicio de acción” (como, por otra parte, tampoco en el departamento “América” donde informar al KGB era considerado un delito). Fidelista en el alma y comunista por necesidad (o más bien por azar, como nueve cubanos de cada diez), el tándem dependía directamente del Comandante en Jefe, del que todos los consideraba como hijos adoptivos. Actuaban, por supuesto, sin orden escrita. Con “los Gemelos” se podía empalmar desde desmontar el Uzi, la delicada pistola ametralladora, a la evocación de un Miró o del último Norman Mailer; a esos amantes del combate les gustaba pintar y leer: Tony se había casado con una joven filósofa de la universidad. Esos dos vividores desenvueltos hacían palidecer a mis bolcheviques escolares y ajados. Habíamos simpatizado.

No fueron seleccionados para acompañar al Che al Congo, por blancos de piel, ni luego a Bolivia, porque eran más expertos en la lucha urbana que en la rural. Lo lamentaron. Volvimos a tomar contacto en 1971, justo a mi salida de la cárcel; estaban en Santiago, organizando la retaguardia de las guerrillas vecinas. Esos dos corsarios, siempre de buen humor, que tenían del Rey patente de corso, pasaron luego de una “misión internacionalista” a otra. Los vi durante los años siguientes a pie de obra en Nicaragua, donde dirigían el frente sur, y en Jamaica; se les vio, o más bien no se les vio, en el Líbano, en Estados Unidos y en otras partes. Hasta el día en que Tony fue repatriado y entregado, por orden expresa de Fidel, a otra clandestinidad, el contrabando de Estado. Responsable del departamento Moneda Convertible del ministerio del Interior, sección “Operaciones navales”. Para burlar el bloqueo americano y conseguir un máximo de divisas, costara lo que costara. Misioneros armados reconvertidos a la importación-exportación, entre viajantes de comercio y traficantes de rebotica, “la Revolución” les conminó a uno y otro a burlar la ley lo mejor que pudieran. La cocaína tiene una relación de riesgos y ganancias insuperable; Washington iba

a soltar información; La Habana debía ganarle la partida, sacrificando a cambio algún peón. A fuerza de “jugar a los hombres” (como le decía Napoleón a Las Cases), se acaba por comerlos. Los peones del Capablanca barbudo, él mismo gran jugador de ajedrez, pasaron en un abrir y cerrar de ojos del tablero a la cazuela.

Último flash. En el banquillo de los acusados del “proceso Ochoa”, Tony y Patricio de la Guardia: el primero, coronel de los servicios de inteligencia; el segundo, general de brigada, antiguo jefe del Estado Mayor central del ministerio del Interior, para limitarse a unos títulos sin significación. De civil, camisetas de cuadros, aire ausente, frente al tribunal de suboficiales de uniforme. El primero será fusilado al mismo tiempo que el general Ochoa, de valor admirable y sonriente, y algunos más, por “tráfico de drogas”. El segundo, condenado a treinta años de cárcel, porque la acusación no ha podido encontrar contra él el mínimo indicio de cualquier “delito”.

Todos los ingredientes del ritual exorcista fueron sacados del armario para la “Causa n° 1”: el abogado de oficio que comienza excusándose por tener que defender a un crápula; la acusación del fiscal, extravagante; las interrupciones de la sesión para consultar con las alturas; los acusados con la cabeza baja, consintiendo, a los que el Jefe ha prometido salvarles la vida si representan su papel convenientemente. Yo que creía que esta casa de locos estaba reservada para los historiadores de una demencia ya representada, ya juzgada...

Fidel, justificando después en público las condenas a muerte, mencionó a los Jimagua de pasada, aunque ya no supiera exactamente, precisó, de quién se trataba.

Una coincidencia me condujo al día siguiente, 11 de julio de 1989, a Moscú para una ceremonia franco-soviética que conmemoraba el bicentenario de la Revolución francesa. Medio Politburó hacía de figurón en el escenario de un teatro astroso. Patio de butacas distinguido. Discursos oficiales. Después de Thierry de Beaucé, por el Quai d'Orsay, tomo la palabra sobre el destino de las revoluciones y “cómo acabarlas sin traicionarlas. Nuestra respuesta fue la República. Queridos amigos soviéticos, ahora que la contrarrevolución llega a vuestro país, como siempre después de una revolución, ¿por qué no construir, vosotros también, un Estado republicano?” *Marsellesa*, televisión, rosas rojas. Las dos delegaciones se retiran a unos bastidores no menos astrosos. Tomo aparte a Shevardnadze, ministro de Asuntos Exteriores, y a Alexandr Yakovlev, encargado de la ideología en el Buró político e inspirador de la *perestroika*, para pedirles que intervengan, que

consigan al menos un aplazamiento. Levantan los ojos al cielo. “Ya no tenemos verdaderos medios de presión, y Castro es muy soberbio. Hace lo que le da la gana.” Les doy la razón, aunque a fuerza de ver a Fidel etiquetado como “satélite” por la buena prensa me había hecho alguna ilusión. Insisto. En vano. Mis interlocutores –¿quién se lo reprocharía?– tienen la cabeza en otra parte. Moscú no hará nada.

¿Y quién se interesaría por un *remake* pasado de moda? Un “proceso de Moscú”, en 1989, no es serio. ¿Cómo convencer a unos europeos sanos de espíritu que se entretengan en una mojiganga fuera de temporada? Los que saben, los veteranos, se encogen de hombros: comprenden demasiado bien. Los jóvenes no se lo pueden creer: es demasiado gordo. Y en América Latina, donde la justicia es habitualmente una parodia y donde ya no se lleva la cuenta de las ejecuciones sumarias, este “incidente del trayecto” deja a la opinión insensible.

Cuando volví a París, Ochoa y Tony de la Guardia habían sido pasados por las armas.

A sus camaradas del pelotón, antes de marchar al paredón, con lágrimas en los ojos, Tony gritó: “Haced que mis hijos no sean soldados como yo, que he sido traicionado. Que yo sirva al menos de experiencia”. Esto se supo después. En el país del secreto, todo está filmado, tanto el amor en las habitaciones como la muerte al aire libre.

El Saturno comunista se diferencia del jacobino en que los hijos sacrificados están obligados a expresar al Padre su reconocimiento por el justo castigo con el que les acaba de honrar (en perjuicio de su felicidad y de su propia tranquilidad de espíritu). Diversos indicios permiten pensar que Ochoa y sus coinceptados plantaron cara al pelotón amigo despreciando a Castro, conservando, paradoja de un largo hechizo, la imagen de un cierto Fidel en el fondo de su corazón. El cual explotó bajo las balas de ese mismo Jefe al que Tony había servido, amado hasta la locura, y que se hizo proyectar, nunca se sabe, el video de la ejecución.

Desde esta fecha yo llamo, a Fidel, “Castro”. El cambio de nombre no se ha llevado a cabo sin animosidad. Con tristeza y en silencio, como después de una derrota íntima. No estoy seguro de haber envejecido mejor que mi antiguo mentor (sin duda más expuesto a las desfiguraciones de la edad que un memorialista marginal). Hay que tener cuidado de no odiarse a sí mismo en los padres difuntos.

México, 1990. Comprendo a los latinoamericanos, todos esos amigos que, como Gabo y tantos otros, siguen simpatizando con el país rebelde (tanto más cuanto que no tienen que vivir en él), con el Comandante encanecido en su oficio. García Márquez hace lo que puede para humanizar al inhumano, pensando que ese es un asunto de familia, cerrada a los niños mimados de los derechos humanos, a los europeos que dan lecciones. No le quito la razón, aunque todo eso me parezca retro, desfasado, insostenible: prueba de que me he convertido, como él dice, en desesperadamente francés. Lúcido, quizá, pero inoperante.

Desde el interior, a puerta cerrada, no nos vemos envejecer. Una pareja que no sale de su burbuja (ideología o cultura) sigue siendo joven, ya que no descubrimos su edad sino en los ojos de los extraños, al cambiar de ambiente. Además, el tiempo que pasa es una trampa: se hace pasar por amigo del político y es su peor enemigo. Una injusticia entre otras de ese oficio. Por un lado, se considera la duración como una prueba de seriedad, y el empecinamiento por una señal de profesionalidad —la incursión breve, de aficionados irresponsables. Por otro, somos los primeros en vituperar los finales de reino interminables, los presidentes que se aferran. Nos echan la vida a perder: la longevidad se va de la lengua. No se contenta con hacer alarde de una decadencia que no queremos ver —sobre todo en el prójimo, donde nos agrade imperdonablemente (nos acostumbramos mejor a la nuestra). Nos lee en voz alta un Libro repugnante, del que los militantes, guiados por un muy certero instinto de conservación, no quieren saber nada; un libro amoral cuya intriga se va dilatando sobre varias generaciones, de manera que nos es fácil, en nuestra escala de tiempo, eludir sus conclusiones. Ese libro taoísta, chistoso y desconsolador, es el *Libro de los cambios* (el manual del saber hacer político). Por muy ridículo que pueda parecerle a nuestros señores, la anécdota cubana se ha convertido, a mi modo de ver, por esa ley más dura para quien quiere cambiar el mundo que para sus dóciles gerentes, en un lección de cosas, *abstract* sonoro y brillante. *Joint ventures*, cuentas en el extranjero, tráficos *off-shore* y bajo mano: el Estado espiritualista de los *sixties* engendró treinta años después una sociedad aún más materialista que la nuestra, en la que todo lo que no es divisas y ganancia se hunde en el ridículo. En Cuba como en China, como reacción contra su juventud robada, el ex comunista sólo jura por el billete verde, con el entusiasmo del nuevo canalla. Los guerrilleros quisieron matar el dólar en su cabeza, y en reciprocidad el dólar los mata, bienes y personas.

Los ricos quizá se equivocaron al cantar victoria. ¿Qué cultura no habrá sido pulverizada por lo que reprime? Al pensar sólo en la guerra, los “totalitarios” fueron abatidos por la economía: al querer hacer al Hombre nuevo, fabricaron el becerro de oro. Al pensar sólo en la economía, ¿cómo estar seguros de que nuestros liberales podrán hacer frente a la guerra para dar mañana media vuelta? Si ese fuera el caso, y como en el Evangelio donde los últimos serán los primeros, los rezagados del siglo xx se nos aparecerán como pioneros del xxi (cierto gusto por el pasado encontrará entonces un nuevo empleo futurista).

¿Se puede sacar un sentido ejemplar de ese lento giro del rojo al negro? No habrán sido necesarios treinta años para que el Patria o Muerte de los orígenes se deslice al ¡Viva la Muerte! del general franquista (como las “Brigadas de respuesta rápida” inventadas en La Habana para aterrorizar a los manifestantes recuerdan, hasta el punto de confundirse, a los *squadristi* de Mussolini). Para que un ultrarrevolucionario se vuelva ultraconservador, o un Cid Campeador roce al Père Ubu. El oponente de primera hora dirá que el gusano estaba en el fruto; y el autócrata totalitario de setenta años, en el bravucón totalitario de veinte. Podría añadir que el poscomunismo será su peor castigo y que fue por lana y volvió trasquilado. Lógica del efecto perverso, de la que la tradición llamada reaccionaria hace un pretexto retórico que sirve para todo (para no emprender ninguna reforma y dejar las cosas como están), pero cuya realidad experimental no puede ser sin embargo negada. Un “antiimperialismo” demasiado furibundo estibarà a la Cuba del próximo siglo al imperio; gran número de cubanos, al final del nuestro, ya sueñan con irse a Miami, y, tras la muerte del tirano, los habaneros no dejarán de aplaudir la bandera estrellada sobre el Malecón, como ayer en Tirana o en Praga. Ciclo astronómico de las revoluciones. Prostitución, desigualdades, cárceles, dólares... Alcázar ha sustituido a Tapioca, Castro a Batista, y mañana su reverso, *eadem sed aliter*. Pues el *Libro de los cambios*, como toda tragicomedia, tiene su versión alegre y en este caso ilustrada: es *Tintín y los pícaros* de Hergé.

En los manuales escolares del 2190, los tres pequeños giros de la isla antillana serán objeto de una nota a pie de página, sección “Rarezas del siglo xx”. Pero en el *Guinness* del poder absoluto, mi mentor permanecerá en cabeza: ha ganado a Stalin y a Franco. La dictadura más larga de este siglo podrá dar algún dolor de cabeza a los futuros doctores en dominaciones que chocarán contra esta hazaña técnica: un caudillo en la era de los gerentes, que se

convierte a sus setenta años casi en el decano de los jefes de Estado del planeta, habiendo sobrevivido a diez intentos de asesinato, cinco desastres internos (cada uno de ellos le habría costado el puesto a un tiranuelo corriente), al derrumbe de su protector y abastecedor extranjero, al hostigamiento (obsesivo y contraproductivo) de la mayor potencia del mundo a sus puertas, y, hacia el final, al éxodo de sus *balseros* escapándose en cámaras de aire desafiando a tiburones y ciclones.

En cuanto a las bambalinas de la hazaña, ninguna contabilidad entregará lo esencial: centenares de miles de vidas rotas, humilladas, desfiguradas; la omnipresencia devoradora de la delación y los pequeños espionajes; los exilios, muertes, detenciones arbitrarias; el prodigioso despilfarro de sinceridades y de entusiasmos; las exasperaciones que se gastan, las desesperaciones encerradas en sí mismas, doble lenguaje y doble juego en cada etapa de la pirámide. Contrariamente al ruso y como el brasileño, ese pueblo afroeuropeo no tenía dotes reales para el sufrimiento, sino más bien para el danzón y la rumba, las supersticiones, el amor físico, el juego, la guasa y el ron. Triturado por la guerra a ultranza y el partido único, vistió el uniforme a contracostumbre. Pasmosas fueron su tenacidad y su disposición, mayoritarias y auténticas durante tantos años. El castrismo no escatimó la cárcel (arrambló con treinta y cinco mil sospechosos en dos días, cuando lo de Playa Girón, para parar en seco cualquier quinta columna), pero casi nunca "torturó" (en la acepción cruda, latinoamericana del término, sustituida por la indirecta, la psicológica, a la manera *El cero y el infinito*). Hasta el proceso Ochoa, las purgas no fueron liquidaciones. Con respecto a eso, ese fortín bajo bloqueo, merecerá una cierta consideración de los historiadores del Gulag. Pero el monopolio de la información, el amarre primero, el enrase después de la sociedad civil, el encuadramiento de los cuerpos y de los espíritus (con esos comités de defensa de la Revolución instaurados en 1961 en pleno estado de sitio, para vigilar cada barrio), todos los secretos caseros del Estado policiaco "popular", bien aireados ya, no habrían bastado para hacer aceptables para una gran parte, durante tanto tiempo, incuria y penuria. Ha sido necesaria una movilización de sueños y de corazones como la Europa del Este no conoció jamás; ha sido necesario en primer lugar un gran dramaturgo. Como una mujer libre de cincuenta años demasiado a menudo repudiada o despreciada por sus antiguos dueños, españoles primero, americanos luego, esta isla se creyó finalmente amada por un superhombre, y se entregó a él, como para tomarse la re-

vancha. El clásico “Gobernar es hacer creer”, tan querido por Hobbes y Churchill, tomó en este caso especial la consistencia de una adhesión novelesca a un echador de venturas, entre pajarero y prestidigitador. Un animal escénico y de Estado hizo, durante un cuarto de siglo, de una población más bien guasona y distraída, una gran sala sudorosa, aguantando la respiración, bloqueada en su asiento. Representando la Revolución, grandiosa figura de la inercia, como un suspense con secuelas, la estrella americana mantuvo a “su” pueblo en vilo, cautivo de un drama épico del que él mismo garantizaba la representación, el guión y la realización. En la vida cotidiana más que mediocre del cubano de base, en la que no sucedía gran cosa, al menos estaba el cine al aire libre de la plaza de la Revolución. Cada uno esperaba el próximo “discurso de Fidel” como el enésimo episodio de un folletín político-policíaco de elevado presupuesto. “¿Con qué nos va a salir ahora?” “¿Quién ha matado a quién?” “¿Y ahora, dónde están el bueno y el malo?” El desarrollo del melodrama permite olvidar las vacas flacas; como las vacas gordas anunciadas no llegan nunca, el animador tiene cada vez más dificultad para tener cierto éxito, el público acaba por adormecerse, refunfuñar y largarse (sin atreverse a silbar). La magia se agarrota. Basta de camelo. ¿Qué puede la matanza del César sobre unos vientres vacíos —qué *circenses* televisado puede sustituir al *panem* en casa?

La guerra agotó la demasiado pequeña y tardía monarquía castrotrista (como había sangrado la España de Felipe II, la primera potencia de su tiempo). Los antillanos nos contarán un día cómo el compañerismo se convierte en mafia, y los paladines en mercachifles. Cómo se pasa insensiblemente del caballero andante al *jinetero* (jinete que vive del turista vendiéndole chicas y ron). Cómo la mecanización del heroísmo, la tabarra de los Patria o Muerte, Socialismo o Muerte, Marxismo-leninismo o Muerte, los cromos sansulpicianos del “guerrillero heroico” y los eslóganes norcoreanos han permitido poco a poco yuxtaponer un mercantilismo de neófitos, intramuros, y un idealismo retórico en la fachada. Perpetuado por la hagiografía y la iconografía de los escaparates, el recuerdo edificante de los templarios de la hoz y el martillo sólo sirve entonces para dorar la píldora. “Nuestros héroes (Camilo, el Che y los demás) derramaron su sangre por vosotros, estáis en deuda con ellos, y no es caro pagar con racionamiento, cortes de electricidad, farmacias vacías, despidos, salarios de miseria, exclusión de los hoteles, playas reservadas a los extranjeros.” Queda que a pesar de un final en forma de pescadilla que se muerde

la cola, de la gran diferencia entre discursos y conductas, de esa “gran mentira” característica de nuestro siglo, más flagrante allí donde el discurso levanta el vuelo y se engola, la isla caribeña ha aportado una valiosa y a fin de cuentas original contribución.

París, 1995. ¿Remordimientos? ¿Añoranzas? ¿Arrepentimiento? Bien oigo la acusación. Con la crema de la intelectualidad tercermundista, saldría fiador durante un decenio de esta ilusión asesina. No del todo impunemente. Confidente, francotirador o flanqueador, pagué, con algunos años de prisión, mi óbolo a la magia totalitaria. Lo que no me exonera de toda responsabilidad.

Totalitario: imposible albergar a los compañeros, a mi juventud y nuestras carabelas bajo esa palabra que *totaliza* demasiado fácilmente. El individuo-pormenor no sale ganando. Del público en el teatro, Valéry decía que era “un gigante más tonto que sus partes”. Es el caso del Leviatán contemporáneo: espantoso como *todo*, visto de lado y desde arriba; atractivo desde abajo y discretamente considerado en sus partes constitutivas. A los que toman vistas aéreas que confunden fascismo y comunismo en la red “totalitaria”, con el éxito prometido a los flashes de sobrevuelo, me cuidaré de oponer las razones de orden factual que deberían incitar a una mejor “definición”; historiadores como Paxton, Kershaw y otros ya han desmontado esta noción reloj blando. Sin entrar en la controversia filosófico-histórica, la confusión de los *ismos* me inspira un sentimiento porfiado de injusticia, mientras desfilan por mi memoria decenas de rostros encontrados en el camino. Lo que me deja callado, súbitamente soñador, ante esos panoramas apresurados de trama inconsistente, cabe en una palabra: la superior calidad humana de los militantes que hicieron girar la inhumana máquina. Es un hecho que los hombres y las mujeres que hoy admiro, muy a menudo han pasado, en su juventud, por la extrema izquierda –por poco mancillados que estuvieran de política. Como si ahí se hubiera llevado a cabo una selección de los caracteres, a la entrada en la vida. Lista bastante nutrida, que por limitarse a los ilustres iría desde Julien Gracq, escritor, hasta Georges Charpak, físico, pasando por cien nombres menos conocidos. Hasta tal punto que todavía hoy si me sucede simpatizar con un desconocido de mi edad encontrado en un tren o un avión, habrá nueve posibilidades sobre diez de que en un giro de la conversación sepa algunos días más tarde y sin gran sorpresa que también él “pasó por eso”. Pero el bastante se-

lecto partido de los “antiguos del Partido” nunca valdrá la ronda de las siluetas íntegras y esbeltas de todas las nacionalidades que se pone a dar vueltas en mi cabeza ante la palabra de mala reputación: “comunismo” (cuando las de buena reputación, “socialdemocracia” y “centrismo”, me evocan la imagen poco atractiva de notables barrigudos o de jóvenes ejecutivos en terno). Todo eso se puede resumir en la actualidad en el reflejo ridículo del paseante de la Francia profunda, al ver caer la noche: mochila, empapado por la lluvia y flaqueándole las piernas, a quien un fulano con el que se cruza en la carretera le hace saber que el refugio de etapa con el que contaba en el pueblo de llegada está lleno y que tendrá que alojarse en una casa particular, granja, corral o cabaña. El caminante de 1995, súbitamente perplejo, tras sus compañeros de camino, murmura *in petto*: “¡Ah, si al menos hubiera un militante, un compañero, un veterano o uno en activo en este pueblucho...! Estaríamos seguros de poder llamar a su puerta, y alrededor de un vaso de tinto podríamos al menos reponer fuerzas”. Más de una vez me ha sucedido lamentar, perdido en un rincón perdido de Auvergne o de Ardèche, no tener en el bolsillo una lista de los militantes comunistas de la región. Es verdad que a ella añado mentalmente los militantes cristianos (y los miembros de ONG caritativas). Es gente de la que se puede estar seguro de que no soltarán los perros contra los extraños que empujan el portillo de madera del jardín. Y que dirá, a la hora de cenar, que donde comen cuatro comen ocho. Ese no es un tipo de argumento que las ciencias políticas juzguen de recibo; eso me basta para juzgar finalmente como bastante frívolos a los sabios doctores que pasan un poco rápido sobre este aspecto de las cosas.

Tanto como la leyenda dorada de las revoluciones de antaño y la imantación natural que ejercen sobre nuestro imaginario judeo-cristiano los perseguidos (cuyos jefes perseguidores abusan tanto mejor cuanto que podemos conservar de ellos la imagen de los perseguidos que ellos mismos fueron en los principios de su carrera), el “factor humano” explica la mayor parte de las conversiones a una causa por sí misma dudosa. Es que para juzgar un sistema social hay que considerarlo como propio, en todas sus facetas, por piezas. Para *creer* en él, basta con dar con *un* tipo maravilloso, o varios, que respondan por el *ismo* lejano y disuadan al simpatizante de abrir pausadamente el informe. En eso se parecen la fe revolucionaria y la fe religiosa, y más por los mecanismos de adhesión que por la naturaleza de los fines perseguidos. Como la religión revelada, el “socialismo científico” era un germen que se

activaba por el encuentro humano. Dijeran lo que dijeran los teóricos, no fue un saber oponible a otros saberes sino, para sus adeptos, la *revelación* de tal o cual persona, modelo de identificación en el que pudieron descifrar su propia existencia y ponerla en tela de juicio. Había tanta distancia de la *Summa* de santo Tomás a los votos monásticos como del *Capital* de Marx a las inmersiones militantes: de ahí lo falso de las acusaciones argumentadas de los dogmas “estalinistas”, que apenas concernían al que pega carteles (como se decía ayer), tanto como una controversia acerca de la doble naturaleza de Cristo a la hermanita de los pobres. ¿Es que acaso no es como consecuencia de los compañerismos, de los tratos personales y no de los análisis de texto, que sólo venían después, como los más cerebrales, los más apasionados por la argumentación se lanzaron a las aguas glaciales del cálculo partidista?

¡Qué sencillo sería todo si el comunismo no hubiera sido más que una máquina de fabricar campamentos! La desdicha, o la dicha, no sé, es que producía, entre dos crímenes, fraternidad, abnegación, optimismo, valor y generosidad. Máquina de corromper y de enaltecer. De volver a los hombres peores y mejores de lo que son. De hacerlos felices, pues la felicidad está en la lucha y la necedad también. Como todos los emblemas de agrupación, la bandera roja fue una buena escuela de arrojo y de imbecilidad. Desde ese punto de vista, sierras y páramos me proporcionaron la ocasión de una regresión del lado del espíritu y de una avanzada del lado del corazón: la segunda compensa ampliamente, en mis balances íntimos, a la primera.

¿Me atreveré a decir mi deuda, bien sopesado todo? Si debo a mi primer genitor, Louis Althusser, un importuno prurito de verdad, es el segundo, Fidel Castro, quien me condujo al hito del rigor. Me hizo tocar con el dedo esa fastidiosa verdad que, por vías académicas y más desapacibles, Raymond Aron, en esa misma época, inculcaba a los hijos de la feliz burguesía de mi país: “La acción política es respuesta a una situación, no exposición de teorías o expresión de sentimientos”. Mi tirano tutelar sólo habría añadido a la fórmula del profesor, que lo habría comprendido perfectamente: “La acción está ahí para responder a una situación de hostilidades”. En el linaje de Maquiavelo y Clausewitz, ni que decir tiene. A esta señorial familia, convenientemente honrada por mis dos barqueros, me abstendré de añadir al Che, que no era ni mu-

cho menos un hijo de María –no más, me atrevo a decir, que san Sebastián y Baden-Powell. Y sin embargo el guevarismo –más que el propio Guevara, desviacionista demasiado heroico– me introdujo en la ortodoxia no monetaria sino guerrera. Ella no tiene edad. “Polemós, rey y padre de todas las cosas”, decía Heráclito, sin consideración con Eros. Envidio a los que tienen la suerte de vivir sin horizonte, a esa inocencia tenderé de ahora en adelante. No doy un céntimo por una cultura política que no sea también una cultura de guerra. Decapante y resbaladiza, antidemagógica (al menos en período de prosperidad), repugna a los hombres de ideas y os echa a perder la reputación ante los demás. No tengo nada de experto en cuestiones estratégicas, pero son las únicas, en política, que me parece que valen una conversación. Más allá de un simple interés por las “cuestiones de defensa”, ocurre lo mismo con una visión del mundo poco simpática y poco frecuentada por una izquierda de demasiadas amables utopías. Contra ese idealismo fofo que mima las buenas voluntades con la vieja nana, sistemáticamente ridiculizada por los hechos pero que ayuda a cada generación a dormirse –arbitraje internacional, seguridad colectiva, fuerzas de paz y de interposición–, me inmunizó el decenio de los comandantes. Lo jurídico-europeo le ha dado en estos últimos tiempos un vigor nuevo. Si el eurodelirio de este fin de siglo liberal –“Europa es la paz”– siempre me ha parecido precario, es porque en tierras lejanas me dieron una idea general de las sombrías lógicas de poder, abriéndome un postigo de muerte sobre la vida que no he podido nunca desde entonces cerrar.

La sola idea de guerra parece chapada a la antigua al civismo planetario que tiene los favores de la opinión. Esta condescendencia generalizada prospera tanto mejor cuanto que nuestros medios de destrucción vuelven abstracta la relación internacional, como la propia matanza que, a gran escala, fuera de los actos terroristas, sólo se materializa para nosotros como reflejos televisuales, en el fondo de nuestra caverna doméstica. Nuestros complejos militar o industriales han despersonalizado la función guerrera incorporando la valentía a los sistemas de armas, ajustando a la variación de precios la capacidad militar sobre el producto nacional bruto, colocando al ingeniero por encima del pendenciero. Después de 1945 la pacificación nuclear del mundo desarrollado acabó de transformar al gran capitán en calculador de equilibrios. Nada fue menos “guerrero” que las silenciosas disuasiones subterráneas o submarinas, gracias a las cuales el mundo rico pudo vivir en paz durante medio siglo. Las pocas inmersiones en las que pude parti-

cipar, a partir de Brest, con nuestra fuerza oceánica estratégica, me hicieron sensible al carácter asombrosamente apacible del acecho nuclear. El papel de un submarino lanzacohetes no es escupir fuego, sino acarrear escuchas en silencio a trescientos metros de la superficie, para recoger “señales” y tratarlas por logicales. ¿Esas altas tecnologías tienen efectos emolientes? Quién sabe si demasiados horrores posibles no han perjudicado el honor real de nuestras sociedades... Al acompañarse el progreso de las técnicas militares de una regresión equivalente de los valores marciales hay quizá una relación inversa, a largo plazo, entre la potencia destructora de las panoplias y el prestigio moral del soldado. Este último seguiría pues una curva descendente, desde el hoplita griego hasta el oficial de tiro ante su consola. Ya el arquero amenazaba al caballero, y la ballesta a la espada. La expansión de las armas de fuego –bombardas, culebrinas, mosquetes y arcabuces– derribó una sociedad caballeresca fundada en la armadura y la espada, y los nuevos instrumentos de dominio –el satélite de observación y el avión AWACS, que sustituyeron al barco de vapor acorazado y al cañón de tiro rápido del siglo XIX– nos autorizan incluso la expedición “a muerte sin previo aviso” (del lado centro y mercenarios indígenas).

En las relaciones de hegemonía, frente a las demás civilizaciones, nuestras democracias fortificadas se juegan el resto a la técnica. Encubriendo lo espiritual, en lo que somos débiles, por lo material, en lo que somos fuertes. Contra el Corán, el misil Tomahawk. Con sus comandos suicidas, los islamitas hacen lo contrario (o de necesidad virtud, visto su débil equipamiento). El occidental se remite a sus instrumentos para salvar su puesto y su vida. Con lo informático y lo espacial, hoy se beneficia de un salto hacia adelante militar al menos equivalente a la revolución de los siglos XV y XVI que produjo “bastiones”, mosquetería y navíos de combate a vela. Así nuestras antepasados pudieron parar en seco el empuje islámico de la edad clásica: primero a Lepanto, ante Viena luego. El rico de la antigua cristiandad está todavía en su derecho de esperar otro tanto de sus prodigiosos sistemas de armas. Podemos sin embargo preguntarnos si, cualquiera que sea su “superioridad” en valores humanistas, el occidental, del que nuestras mentalidades de dominante femenina hacen un ser-para-la-vida, no se encuentra en inferioridad espiritual frente al ser-para-la-muerte adiestrado por las sociedades falócratas de fuerte creencia, las que llamamos subdesarrolladas. La intolerancia del superdesarrollado a las pérdidas de vidas humanas ilustra

la parálisis tragicómica de las grandes potencias frente a los micro-Estados resueltos, a las bandas decididas, a los “fanáticos” (esa palabra que sirve tan a menudo para no pensar). Siendo la disuasión nuclear inoperante sobre el débil, las operaciones aéreas impedidas por el relieve, el camuflaje o la piel de leopardo, podemos asistir a la vuelta desconcertante a la mina, al fusil, hasta al cuerpo a cuerpo. ¿Hasta cuándo podrán las democracias “restablecer el orden” o salvaguardar nuestros “intereses vitales” sin pagar la factura de la sangre? Resurgirá entonces la angustia arcaica de la pregunta operativa entre todas para la que el individualismo activo no tiene respuesta: ¿si nada vale una vida, para qué hacerse matar? ¿Qué queda de una gran potencia “totalitaria” –doscientos cincuenta millones de habitantes– como la URSS en Afganistán, cuyos *babuchkas* ya no podían soportar, en los años setenta, tres mil ataúdes? ¿Qué queda de la “superpotencia” sin rival de doscientos cincuenta millones de habitantes que debe retirar sus tropas de un confín de África porque dieciocho de sus soldados de infantería han sido abatidos en la operación? Hoy más que nunca, para evaluar la potencia de un Estado, sin dejarse deslumbrar por sus presupuestos o sus armadas, conviene observar qué relaciones mantienen sus jóvenes con la muerte, si Dios se hace cargo de ella, si hay o no un paraíso.

En cuanto a los “cascos azules”, gendarmerías multinacionales y demás laboriosos montajes, esas falsas buenas ideas nos sirven de escapatorias. Diez razones, todas justas y complicadas, explican la debilidad congénita de esas “fuerzas” de la ONU, pero la más simple la eludimos prudentemente: los soldados de la paz, sin “interés por actuar”, nunca encontrarán en una resolución jurídica una razón para morir. No se trata de los individuos, desde luego, sino de la sustancia ética de nuestras sociedades (de la que vienen en sus mayor parte esos contingentes), donde la esperanza media de vida, la escasa natalidad y el escepticismo ambiente contribuyen a hacer de un ciudadano que cae en el antiguo “campo del honor” un escándalo moral, y hasta una falta política embarazosa para el gobierno.

Hemos estado a punto de convencernos de que Marte había muerto en Hiroshima y que Hermes el mensajero, nuevo estratega, serviría en adelante de árbitro entre los pueblos. La superpotencia soviética, acorazada de bombas y de blindados, ¿no se desmoronó acaso como un castillo de naipes? Que la potencia en el año 2000 tenga más que ver con los haces de ondas que con las toneladas de acero, con la velocidad que con la extensión, es un he-

cho. En la era informática, lo ligero “pesa” más que lo pesado; y un ciervo de diez cuernos tiene menos posibilidades de ponerse a la cabeza de la manada que un corzo de un año sin candil. Que los parámetros de la supremacía hayan sido desplazados al mismo tiempo que nuestros parámetros científicos y técnicos (como había diagnosticado Michel Serres) es una evidencia que atestiguan la continua ascensión de los dos vencidos de la Segunda guerra mundial, Alemania y Japón, así como el desmoronamiento de un falso “gigante” militarizado en exceso y a la antigua. Las guerras, que marcan la diferencia, se volverían económicas, culturales, tecnológicas, hasta narcóticas (siendo el tráfico de drogas la guerra del Sur contra el Norte). ¿Se puede concluir que únicamente los atrasados tienen tiempo que perder en preocupaciones y presupuestos militares? La posmodernidad parece representar Cartago, con pantallas y parábolas, contra Esparta. Como si nuestras sociedades pudieran hacer trampa mucho tiempo con la cuestión religiosa: ¿a qué le atribuimos nosotros un precio infinito? ¿Por qué, por quién estamos dispuestos a pagar el precio más elevado?

Es una trivialidad recordar que “la primera formación estatal fue en su origen una organización militar”, y que la distinción amigo/enemigo estructura lo colectivo. Sin embargo a los políticos finos no les gusta la guerra, y hacen todo, como en 1940, para hurtarse al minuto de verdad. Los comprendemos. Es embarazoso admitir que el “arte de vivir juntos” pueda acabar en el arte del mutuo exterminio. No es facha interrogar a Aristóteles a partir de Clausewitz. Al desalojar al lobo en nuestros manuales de ciencias políticas, ese lobo que fue el comunismo, empuje mahometano en pleno Occidente ateo. ¿Quién puede ver en ese tiro por la culata una aberración pasajera y sin mañana, que el reino de la economía conjura para siempre?

Por muy delirante que haya sido su culto a las armas y a los héroes, los comandantes, los guerrilleros latinoamericanos me abrieron los ojos a la contienda humana. Gracias a ellos no puedo por menos de mirar todo período de paz como una curiosa guerra. Si la guerra es un mal y la paz una prórroga, se deriva una regla de conducta: no querer la guerra, como el fascista; no creer en la paz, como el dormilón. Es fácil adormilarse: la paz tiene eso de perversa que se considera en el momento normal y natural, cuando el historiador puede verla como un intervalo interesante pero precario (de 1500 a 1800, 270 años de guerra en Europa, y del años 1 al 600, 587 en China). Cegados por nuestras prolife-

rantes superestructuras jurídicas, y la creencia, siempre renaciente aunque siempre desmentida por los hechos, de que el comercio y la industria hacen retroceder las “pasiones belicosas”, nuestra posguerra democrática soñó con disolver el uso de la fuerza en el reino de los juristas y la oleada de los supermercados. Buscó un seguro de paz en los códigos, los reagrupamientos económicos y la tasa de crecimiento. El europeo helvetizado de ese modo se transformó en juez de paz de un planeta ardiendo, pero sin conocimiento del sumario ni de las reglas del juego. Se tapa la cara ante los bárbaros de los confines –sin ver que él mismo es el producto de un pasado que bien vale el presente de los que juzga “fanatizados” o “tribalizados”. La mejor prueba de que el Occidente cristiano está aún en posesión, hasta que el Asia confucionista le suceda en el puesto de piloto, de la regencia espiritual de nuestra casa de locos, es esa diseminación entre su posición dominante en el funcionamiento de los ideales legítimos y su alejamiento de los laboratorios de verdades que son el hambre, la inseguridad, la fe conquistadora y la guerra. En esta materia, distinta de las ciencias exactas y naturales, la reputación mundial de nuestros ideólogos nunca podrá ocultar lo poco que de realidad tienen nuestros debates de ideas. Es a los mastodontes del Norte industrial de después de 1945, dotados de las mejores bibliotecas, profesores y fondos de archivos, tranquilidad, silencio, becas opulentas y asistentes serviciales, a los que los dos tercios más despojados del planeta se encuentran que han delegado, quieras que no, el cuidado de desarrollar la norma de referencia. Ahora bien, protegidas por la orden egoísta de la disuasión nuclear (la paz en el centro, la guerra en los escalones), al abrigo de un paréntesis de paz sin precedentes, las nuevas generaciones de nuestros países se han convertido en extrañas a lo que hay de fundamental y recurrente en el orden maldito de lo colectivo. Dotado de intelectualidades moralizantes y gustosamente pacifistas, protegido por sus circunstancias de toda curiosidad malsana por la cosa militar, este “primer mundo” (sobre todo europeo), entregado a su nueva religión escandinava, ya no tiene la experiencia histórica correspondiente a sus capacidades especulativas. No se puede ser a la vez y por mucho tiempo el centro pensante, juzgante y apreciente del planeta, y permanecer en la periferia de sus tormentos: la tarifa de aprendizaje será pesada. Ese desajuste entre lo estrecho del tarro y la amplitud de nuestras miras reguladoras vuelve baldíos, me parece, las sofisticaciones impresas que se amontonan por millares en los expositores de las librerías, más deudores del

comentario libresco que de la observación de los hechos. El adepto a los viejos maestros de la sabiduría que prefiere, según dice Maquiavelo, “la verdad efectiva de la cosa a su imaginación”, encontrará con qué consolarse de esos encallamientos fin de siglo en la nueva puesta en movimiento del viejo tren de los horrores: guerras, alianzas, fronteras, ardides, armisticios –*sound and fury as usual*. La proliferación nuclear como el desmoronamiento de “la paz por el derecho”, sobre el propio suelo europeo, al menos tendrán esto de bueno: abandonar los discursos edificantes, precipitar el regreso de los filósofos de fábrica y de lo novelesco de alta densidad. ¿Sin las hecatombes napoleónicas, Hegel y Stendhal, Schopenhauer y Tolstói habrían existido? No hay que desesperar del porvenir.

Si estoy de vuelta de la historia que hacen los hombres, sobre la que cada uno es libre de sus hipótesis, de la que me hizo y que me permite un poco más de certidumbre, encuentro en el umbral a un sultán de las islas. Aunque me hubiera conservado bajo su mano, ese Scaramouche de barba florida me habría dilapidado sin cumplidos, pero si no me hubiera hecho decidirme nunca habría salido del cómodo “sorboniense” hacia las nimiedades de las que los grandes autores se burlan –intendencia, armento, logística, máquinas. Gracias a lo cual, más preocupado por el “¿cómo funciona?” que por el “¿qué quiere decir?”, por fin abandoné la preocupación bélica al término de una última recaída, en Francia, en la curiosidad técnica. El *porqué del cómo* lo llamé mediología, y ahí me he quedado. Malicia de los efectos perversos: un logorreico me previno contra el logocentrismo. Un realista quimérico, un feroz sutil del Caribe me ha malquistado, gracias a Dios, con el hombre culto parisino y el radical distinguido neoyorquino. Heme aquí patán, seguiré desdeñable. *Realpolitik*. No ser sino hacer. El instinto de realidad. El sentido del detalle. La resistencia al odio, al desprecio. Otros espíritus voladores cayeron a tierra por caminos más honorables: la Resistencia, una tesis de medicina, un diario por hacer, un gobierno civil. ¿Qué puedo hacer yo? Los amantes de las nubes no aterrizan solos, un ogro me sirvió de ángel amortiguador. No es una historia como es debido, es la mía, perdonen, ya no cambiaré.

LIBRO II

Los gobernantes

1. La investidura

*Aquel día de mayo de 1981 - El armario de los secretos -
El sueño de Casiodoro - No hace falta soñar.*

Fue el monje Joaquim de Flore (1130-1202) quien se dirigió al planeta el 21 de mayo de 1981. Misterios de las improvisaciones. Sorprendido por el problema en el último minuto, copié al cisterciense milenarista y endosé, la víspera por la noche, el fuego sagrado a quien corresponda: tres hojas formato A4 con cuerpo 16. En el salón de actos del Elíseo, ante las cámaras, por la boca del presidente de la República francesa recientemente elegido, el religioso calabrés proclama con gran pompa el advenimiento de la “tercera edad”. Será la buena. Después del Antiguo Testamento, luego de la dilaceración del Hijo, la reconciliación del Espíritu Santo. En la ejecución del plan divino, el pueblo-Mesías había arrastrado los pies. Para alcanzar el milenarismo perdido deberá trabajar duro, hasta tal punto “está en la naturaleza de una gran nación concebir grandes designios”. Está con todas las letras en el discurso del flamante jefe de Estado. El país, precisé por escrito, “*debe* iluminar la marcha de la humanidad”. Y con razón: la patria de los *Miserables* recobra su bien de familia, el socialismo –hijo legítimo de los jacobinos que nos habíamos dejado robar, en 1917, por unos *mujiks* mal pulidos y, desde 1945, por indígenas demasiado hambrientos. En lo sucesivo Roma estaría en Roma. Nuestro celebrante casi hace que me enfade al apartarse del pergamino. El *debe* de la iluminación global se redujo en la lectura a un “*puede* iluminar” blandamente virtual. “Para este fin, añadí en el palimpsesto, Francia *puede* contar consigo misma.” Aquí, mi portavoz se enmienda al invertir: *debe* en lugar de *puede*. Siempre esos poco más o menos, esas pequeñas artimañas. Decididamente incorregible. Bueno, un error de pronunciación, pasemos. En la euforia general, perdono esas fruslerías a nuestro trujamán –hacer, es hacer con, ¿hace falta repetirlo?–, incluso si creyó bue-

no *in extremis* entrelazar la trama ternaria del iluminista con los tópicos al uso, consensuales y humanistas (cuya responsabilidad declino), como “el camino del pluralismo” o “la confrontación de las diferencias en el respeto a los demás”. Qué importan esas concesiones si en lo sucesivo la mayoría política se acerca a la mayoría social. Lo importante es lo construido, el decir sagrado bajo las florituras, el tres místico del profeta medieval (que pronto hará danzar el triunfo hegeliano del espíritu). Cayendo de América en Europa, como Caribdis en Scila, me encontré, ya se ve, en el asiento trasero. Después de Julio Verne, la Jerusalén celeste. Al igual que el Nuevo mundo, tabla rasa iluminada por delante, es el lugar ideal para ensayar fórmulas nuevas, las de los veranos fer-vientes –reducciones de los jesuitas, falansterios de los fourieristas, el hombre nuevo del Che–, el mundo antiguo, donde el pasado ilumina el presente, es un lugar de recapitulación, ideal para la edad madura que llega, en otoño, a recolectar viejísimas heredades.

La consumación de los tiempos es un vals de tres tiempos. En ese día inaugural (como puede leerse, y no se lee, en el *Boletín Oficial*), la Francia redentora abordaba pues “la *tercera* etapa de una larga marcha, después del Frente popular y la Liberación”, sellando “la *nueva alianza* del socialismo y de la libertad”, es decir “la más *alta* ambición que ofrecer al *mundo* de mañana”. Sí, el ángel del último día sacará al primate carnívoro del atolladero. Esbozo del punto omega, este mayo lluvioso iniciará la nueva puesta en perspectiva de los siglos industriales: después del momento capitalista, 1850-1920, primer fracaso; su negación totalitaria, 1920-1980, segundo fracaso; he aquí la *negación de la negación*, de la que el planeta empezaba ya a desesperar, el socialismo en libertad, 1981-2081 (aunque una escuadra de batidores, nosotros, deba dejarse en ello la piel). Francia, “el tercer pueblo”, después de judíos y cristianos, conduciría Babilonia a nuestra común verdad final. En esa odiseas dialécticas la primavera acaba siempre por hacernos volver a casa tras largas tribulaciones (menos útiles, a fin de cuentas, de lo que parecían). En la última fila, tratando de pasar desapercibido, sonrisa de esfinge y ojos sumisos, me regocijo al oír resonar bajo las arañas, esotéricas y televisadas, las volutas del eterno Evangelio. ¿Recuperación de fe? ¿Llama mal apagada? El recitante oficia de buena gana, sin timidez aparente –me pidió “un sermón que tuviera carácter”. Está servido.

Fue realmente el único. Nadie escuchó la perorata. Enormes, colosales, rimbombantes, nuestros ofrecimientos escritos de re-

dención pasaron inadvertidos. La prensa del día siguiente apenas hizo mención de este vuelo de campanas. Localmente, la orden del día universal resbaló sobre las cabezas de los gnomos dispuestos en herradura alrededor de los presidentes del Consejo constitucional y de la República. Otros, me temo, tenían las agitadas cabezas en otra parte: “¿Por qué Marie-Claire Papegay, la secretaria del Presidente, no se quiso poner al teléfono? ¿Estoy a bien con Pierre Mauroy? ¡Si me hubieran dicho que iba a ser primer ministro! ¿Y mi despacho, en qué piso, cuántas teclas en mi teléfono y qué coche, R25 o CX? Con tal de que el fotógrafo esté ahí cuando dentro de un momento le dé un apretón de manos al Bien Amado...” Así daban vueltas los cerebros de los importantes, cada una para sí, colegiales en fila bajo nuestro cobertizo del patio escolar de zancadilla y pescozón. No escuchaban a su mesías. Demasiado contentos por estar ahí. Murmurando como el apuntador en su agujero, enmascarado por un telón de notables, me habría creído taimado. Cuando vi al ayuda de campo entregar los tres folios al Entronizado de pie frente al micro, me reí para mis adentros de mi impostura. Cuando este último se los metió con indiferencia en el bolsillo, para pasar a las cosas serias, felicitaciones y chácharas, lloré solapadamente por mi inocuidad, adivinando ya que en el principio no fue el Verbo, y que esos bellos juramentos llegados desde el fondo de las edades no tenían estrictamente ninguna importancia, *words, words*, vano sudor. Una sola foto, dicen, vale más que un largo discurso. La prueba: del introito tricolor nos ha quedado un solo cliché de abrazo, mil veces reproducido, entre un gran saliente y el impetrador de la República. ¿Quién se sirvió de quién, en suma? ¿Yo, de mi portavoz, para que colara el mensaje? ¿O él, de su portapluma, para hacer ruido con la boca –obligación protocolaria de los demócratas en ceremonia pública? ¿Quién utiliza a quién? En política es la pregunta última. Se me ocurrió entonces, ganso de la misa, por primera vez.

“Mi vocación es política en la estricta medida en que es religiosa –apuntó un día François Mauriac–. Estoy comprometido con los problemas de abajo por razones de arriba.” Repatriado a lo alto, el testigo de Dios había dejado lo de bajo al menudo personal al que se pasa, cada siete años, el gran collar de la Legión de honor por el cuello, y a nosotros, clérigos sin clero, las razones, que no han variado mucho desde san Agustín. Tendríamos que volver a poner en funcionamiento el ascensor entre cielo y tierra. Estaba herrumbroso. Al republicano-socialista, presunto repara-

dor, no estaba muy seguro de verlo acontecer, pero era la ocasión soñada de tener el corazón limpio, aquí y ahora: entre los hijos de Michelet, en la última línea recta del post 1789. Encargado de las relaciones suelo-éter, no habría garantizado un porvenir radiante; Michelet, aquí abajo, jugaba su última carta. Se doró la píldora, ese día, a las poblaciones locales. Lejos de sumarnos a su entusiasmo, vía esa profesión de fe críptica, Joachim y yo les entregábamos la última advertencia. Les notificábamos la verdadera naturaleza de lo que estaba en juego, ni más ni menos. ¡Por algo se trataba de un cambio de mayoría! Tras los dos fiascos de los predecesores, el sadocomunista en el Este y el masotercermundista en el Sur, ya iba siendo hora para Occidente de recuperarse. Una vez expedido nuestro plenipotenciario en el cabriolé Citroën CM descapotable, con el aún reciente primer ministro de pie a su lado, en dirección al Arco de Triunfo, llama del soldado desconocido –hay que distraer a los papanatas–, me volví hacia Bérégovoy para meterle en el ajo, en el vestíbulo de honor, ya que acababa de evocar en voz baja a Blum y el verano del 36. “No es un nuevo comienzo”, insinué subiendo la gran escalera de palmeras de bronce construida por Murat, el rey de Nápoles, “es una conclusión”. “Y tú que lo digas”, me respondió, vivaz, el nuevo secretario general de la Presidencia, mostrándome con el pulgar grandes nubes negras. “Se van a mojar, los pobres. ¿Vas al Panteón esta tarde?” Donde se ve que la Historia con mayúsculas también está hecha de malentendidos. Pero era él quien tenía razón: el cielo estaba desapacible.

Era ya un poco tarde, convengamos en ello, para repescar el Hexágono, Europa y al género humano. El servicio de Sèvres y los tenedores de plata dorada de la comilona que siguió a la entronización real –la emoción abre el apetito– sólo me medio desorientaron. Llegábamos como gendarmes a los altares del sacrificio, electoralmente vencedores, religiosamente deshechos (a pesar de los coros de la Ópera confiados a Lang y de un almuerzo de doscientos cubiertos con “la crema de los intelectuales y artistas del mundo entero” –Melina Mercuri, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Elie Wiesel, William Styron, etc–, el fondo del aire más que rojo era festivo). Aunque no consignada en parte alguna, una atmósfera, lo supe después, pesa infinitamente más que un programa como es debido. Entre la gracia y la desgracia aún imaginaba un ascenso posible, con dos o tres empujoncitos, después de la ayuda feliz en el hotel de la Pompadour. Pasados los primeros temores las masas agnósticas nos estarían luego agradecidas.

El aire se volvía pesado. Despertado por el *Himno de la alegría*, Jaurès desearía buena suerte a su sucesor desde el fondo de su panteón. La esperanza siempre rebrotada de las desgracias públicas, que consume a los mejores, cumplía su plazo. Las nubes que revientan, descargan tormentas durante largo tiempo deseadas. En fin, lo peor podría empezar, justo después de las fiestas en el jardín. Insurrección de los barrios altos, motines militares, incendio de las Tullerías, provocaciones de los servicios especiales, guerra de España, atentados... ¿Quién habría apostado por el estancamiento político, el fango habitual? Allende había diferido durante tres años la cuchilla; por más que la apuesta estratégica fuera escasa, la CIA no lo dejó escapar; la mitad de su gabinete fue pasado por las armas, la otra al campo de concentración. ¿Cuánto tiempo permaneceríamos nosotros indemnes? Ya un año, sería un milagro: el tiempo de mostrar el camino por donde otros, más tarde, seguirían nuestros pasos. Yo miraba con el corazón encogido a mis compañeritos de gabinete, distribuidas las celebridades, llenos de la alegría insensata de quien llega a estos asuntos sin sospechar nada. Jugábamos a arrellanarnos en los sillones Imperio de seda azul vincapervinca, alzando la nariz sobre los trofeos de madera dorada, los amores y genios sobre las puertas, los retratos ovales del salón de Embajadores, las tapicerías bíblicas, las ánforas gigantes del jardín de invierno. El olor a sangre que flota alrededor de los tronos no parecía afectarles. Esos neófitos, seguros de pasar entre las gotas, subían a la carreta con caras de recién casados. Viejo novio de la derrota, la mía estaba más sombría; los veteranos saben que no se bromea con el Malet-Isaac. Al igual que una alta función "capta" al fulano que acaba de acceder a alla, un desenlace shakespeariano agarraría sin tardar por el cuello a los cuerpos constituidos, pimpantes y lustrosos como para pasar revista, que alrededor del Elegido hacían tintinear sus chapas, cordones y birretes. ¿Cuántos de nosotros sobreviviríamos al futuro golpe de Estado? Hombrecillos, como todo lo que prefiere el éxito a la gloria, los carienrojados condecorados no perdían nada por esperar: nuestro destino sería más grande que nosotros mismos. (Me cuidaba de advertir a los viejos de la vieja IV República, a cuya espalda había escuchado mi homilía de cordero místico. Esos bienaventurados no habrían comprendido: se creían de regreso a René Coty y el presidente Queuille –y yo en vísperas de una Comuna de París bis. Cada uno sus fantasmas. Los suyos, al menos, marcaban el rumbo.)

"Pórtate bien. No te dejes ver demasiado, eso nos perjudicaría", me susurró, ya al día siguiente, un joven colega. "Supongo que te

das cuenta de que este no es tu sitio.” Asentí con mucho gusto. Él pensaba ya en los próximos sondeos. Corría el rumor de que habría comunistas en el gobierno; chicos de los recados, transpunteres, comparsas, quizá, pero eso como máximo. “Nuestros amigos americanos” sacaban el vozarrón, el vicepresidente Bush que amenazaba con desembarcar en persona en París; nuestros líderes de opinión veían rojo; “los hombres del Presidente” estaban incómodos. “No es el momento de cargar las tintas”, masculló uno de ellos. Enarca pero sensible a las desavenencias de la opinión, me recordó que yo tenía “un serio problema de imagen”. Habitualmente, lo modero por el sentido de la conveniencia. Esta vez, atolondradamente acababa de asomar la cabeza por el lado izquierdo del escenario, dando al patio, por la alta ventana sobre la escalinata de peristilo, al final de la cual acechaban los reporteros que habrían podido verme. Retrocedí enseguida, para no comprometer. Mis camaradas me lo agradecieron.

El primer secretario del partido socialista tranquilizó poco después a un periodista que se inquietaba al ver a un peligroso marxista entre los “consejeros cercanos” del Presidente: “No es más que un amigo personal, entre otros muchos, al que no hay que atribuir importancia política”. Comprendí que aquel hombre de paz llegaría lejos. Únicamente junto a Gaston Defferre, Jean-Pierre Chevènement me manifestó, al mismo tiempo, su simpatía. Este hombre de carácter tendría dificultades.

Para satisfacción general me vi pues asignado al rincón más exiguo de la primera casa de Francia. Una habitación esquinada, al fondo de un dédalo, del lado de las dependencias, lejos de los santuarios de decisión bañados por el silencio del parque. Ese callejón sin salida le iba bien a un diletante poco serio al que se había encargado de lo oficioso y de lo paralelo que tuviera que ver con nuestras relaciones con el Tercer mundo (callejón sin salida mediático que no interesaba a nadie en el entorno, y con razón). Mis superiores, encantados, creían mortificarme; me devolvían a mis viejos disfrutes —célula, desván, subsuelo. La afectación jerarquizante de los cuchitriles colmaba mis deseos, el olor a cerrado me exalta. Sólo aflige a los “relacionales”. Los saraos me inhiben, los objetivos me dejan frío, los espumosos me ponen los pelos de punta, y más de diez personas alrededor de una mesa, me dan ganas de huir. Eso preserva.

El azar (que sirve a los humildes y a los agorafóbicos) hizo de un confín de exilio la cueva de Alí Babá. Inversión cristiana de los últimos en los primeros debida a la incomodidad de un laberinto

estrecho y grisáceo (desde entonces lo han pintado), de tal modo nuestro Palacio de la Suprema Armonía, retranqueado con respecto a las fachadas pomposas, se parece más a una subprefectura del Aveyron que al castillo de los rumores. ¿No había acaso descubierto, deambulando a través de los pasillos, escaleras y dédalos ocultos, al empujar una puerta por descuido; que el famoso “teléfono rojo” que unía Moscú con París, únicas capitales nucleares del continente europeo, a la manera del que unía la Casa Blanca y el Kremlin, no era más que un teletipo al fondo de un cuchitril, cobertizo de escobas y detergentes diversos que olía a lejía? ¡Oh desencantos! ¡Oh amargura! Niños que tembláis ante los misterios, cuidaos de violar el umbral de los templos.

Inencontrable y coqueto, mi despacho comunicaba con un antiguo baño reacondicionado como cuarto trastero, del que nuestros dignatarios, encaramados en lo alto, ignoraban incluso su existencia. En esta hondonada limítrofe, entre oficina de pedidos y depósito de espera, desembocaban por vías inexplicadas todos los canales de información que irrigaban hora a hora el cuartel general: notas de consejeros, telegramas del Quai d’Orsay, informes de estado mayor, fichas de las oficinas de información. Esos afluentes en sobres MMU (muy muy urgentes) iban *in fine* a dormir allí, en simples carpetas de cartón apiladas en un armario metálico verduzco, bajo una sencilla cerradura de maleta, cuyos accesos la Sra. C., documentalista del sector internacional, protegía celosamente. La última poseedora de los secretos, encargada de la recolección y clasificación de este maná ininterrumpido era una damita de pelo gris, sin señas particulares. La persona más importante de la República, ignorada de todos, llegaba y se marchaba en metro. Admitida en la Presidencia en la época de Vincent Auriol, había visto pasar mucha gente bajo esos artesonados descoloridos. Pero gente decente, distinguida, catalogada, de la que el *Who’s Who* podía responder. De más edad que la mayor parte de las secretarías de la Casa que se habían refugiado en su administración de origen para escapar de la violación de los ilotas, así como del espectáculo del saqueo de las cajas fuertes por los partidarios del reparto, había permanecido firme en su puesto, mártir Blandine de los archivos de la suprema magistratura. En los primeros tiempos consiguió disimular los sobresaltos, creo que con la preocupación, muy loable, de poder prestar declaración ante la posteridad –una posteridad que no dejaría de tomar enseguida, una vez restablecidas las jerarquías naturales, la forma severa pero justa de una Corte Suprema o de algún tribunal de excepción (a la altura de las

felonías que se tenía derecho a esperar de socialcomunistas ebrios de impunidad). Lectora puntillosa de *Paris-Match*, del *Quotidien de Paris* y del *Figaro*, especialmente de las alarmantes advertencias de Jean d'Ormesson que subrayaba con lapiz rojo, tan pronto como se replegaba a su búnker, no se le escapaban, desde luego, las potencialidades justicieras de su puesto de observación. Las saboreaba de antemano con una valerosa determinación, a veces atacada de vértigo. Al igual que el ojo de Dios entre los nazis había tenido que trocar la sotana por el uniforme SS, el invisible ratón gris, sin traicionar su deber de reserva, seguía trotando sobre la moqueta para alimentar con papeles la "célula diplomática", en el ir y venir de ujieres de chaqué o de civil, como quien no quiere la cosa, pero con los ojos bien abiertos y el oído al acecho para cuando llegara la hora de presentarse a declarar. Nos cruzábamos a menudo, intercambiábamos incluso algunas cortesías varias veces al día, debido a una disposición de los espacios descabellada que la obligaba a atravesar mi despacho en cuanto franqueaba la puerta del suyo. Colmo de la buena o mala suerte, por una coincidencia de doble filo que podría valerle mañana una acusación de complicidad pasiva tanto como una condecoración por arrojo detrás de las líneas enemigas, la pastorcita del Estado de derecho bordeaba por fuerza el antro de un lobo, de un topo, de un extremista –atrevámonos con la palabra: un ideólogo– infiltrado en las altas esferas por la KGB, como se lo daban a entender, de tarde en tarde, sus gacetilleros preferidos.

Durante un mes o dos, despavorida, me fusiló con la mirada cada vez que me atreví a cerrar nuestra puerta acolchada pero medianera con la esperanza de burlar su vigilancia –obligándome a batirme en retirada. Pretextaba diez urgencias y cinco prioridades para no dar curso a mis relaciones detalladas pidiendo la difusión de documentos, súplicas indirectas y sin duda tímidas. Hasta el día en que, después de un tenaz y delicado trabajo de aproximación (sobre el que prefiero no extenderme), di brutalmente un puñetazo (en la mesa), lo que la llevó a ceder en un detalle crucial: el rincón del cajón donde depositaba la llave del armario de todos los peligros. Desde entonces tuve permiso para meter la nariz, en autoservicio, día y noche, mañana y tarde, en todos los informes secretos y prohibidos, nutridos por centenares de notas acumuladas desde hacía varios años sobre cuestiones estratégicas llamadas "Este-Oeste", que daban lugar a tantas especulaciones histericoides: SS20, Pershing, misiles Crucero, MBFR, Alianza Atlántica, Pacto de Varsovia, equilibrio de fuerzas, sin contar los informes USA, URSS,

RFA, OTAN, UEO, CEE, ANZUS, ANSEAN, y más. Como la cabra del señor Seguin, la testaruda Sra. C. se había rendido, levantando la tapadera de las marmitas donde se cocía el porvenir. Un glotón en las cocinas. Como un pinche en Maxim's viendo que vuelven a él los manjares intactos, probaba de todos los platos, haciendo poco caso de la compartimentación entre Casa civil y militar, circuito gabinete y circuito secretariado general, consejeros de esto y de aquello. Así es –beneficio imprevisto de una estrategia de elevación estoicamente diminutiva, como la tienen los discípulos de Ignacio y los mosqueteros de la reina– como me convertí en el hombre mejor servido de Francia, el mejor informado sobre el estado del mundo, justo después del generalísimo (a lo más tardar al día siguiente). Pues a diferencia del jefe del Estado, como del ministro de Asuntos Exteriores o del director de Asuntos Políticos, distraídos por un exceso de obligaciones protocolarias, mundanerías ociosas y viajes inútiles, yo tenía todo el tiempo para leer, anotar, comparar, recortar. Agrestes mano a mano, cumbres industrializadas, correspondencia francoamericana y conciliábulos francofranceses, la médula sustantiva caía a hora fija en mi cartapacio, como *verbatim* calentitos, sin trucajes de complacencia ni tijeretazos. En el corazón del acontecimiento puesto que a distancia estaba en la procesión y repicando, atracándome de lo *real*, satisfaciendo mi glotonería de cifras, gráficos y menudencias. Mi satélite de observación personal daba la vuelta a la tierra en veinticuatro horas. Cambiaba de órbita a voluntad, saltando de las *notas* de fondo (de diez a treinta páginas, que ignora el “decididor”, limitado a una o dos) a los *informes de final de misión* de los embajadores (que no se elevan jamás), a los *telegramas* diplomáticos (tres colecciones al día), o a las fichas sin membrete de los servicios. Desconectado por arriba, vuelto a conectar por descuido, la embriaguez del poder sacaba partido –a mi nivel– de ebriedad de saber, más allá del perímetro de mis atribuciones. Con la certidumbre de hallarme en la línea de llegada *ex aequo* con los primeros eunucos de Palacio, gracias al proverbio de un filósofo: “Saber para prever a fin de poder”. Reminiscencia escolar que vino oportunamente a dulcificar mi confinamiento en los suburbios palatinos, lejos del “diván” en el lado derecho del escenario, dando al jardín, allí donde se toma una decisión por minuto. En el lado que da al tiempo de la reflexión, al menos había una compensación: echar una ojeada por la ventana a las hermosas damas del faubourg Saint-Honoré dedicándose a sus pañuelos Hermès.

¿Devuelto a la antecocina por unos ostrogodos? Pues bien, en el reino bárbaro treparía hasta “señor de las antecocinas” a pulso. Algún día, en los libros de Historia aparecería como si hubiera sido para François El Prudente lo que fue Casiodoro para el emperador Teodorico (o, para los modernistas, Commynes para Carlos el Temerario). Civilizaría a los tecnócratas, ahogaré a los economistas en el latín y el griego, edificando un arca de Noé arqueocristiana a espaldas de los enganchados a las cifras, de los comunicantes de “signos fuertes”. Al igual que el prefecto del pretorio del siglo VI se sirvió de los nórdicos de pelo largo, plagiarlos iletrados con pesadas joyas de oro para extender por el imperio las Santas Escrituras y las bellas letras, yo establecería en el *establishment* núcleos de comisarios de cuentas y de publicistas con san Agustín, Auguste Comte y André Gorz. Y mi nuevo Teodorico podría decir orgullosamente: “Otros pueblos tienen las armas igual que nosotros, pero sólo el soberano de los romanos dispone de la elocuencia”.

¿De qué modo procedería? Pedagógicamente. Corrigiendo los prejuicios de las élites gobernantes, oponiendo a una opinión equivocada por los malos sacerdotes de los medios de comunicación la autoridad de la cosa misma, la verdadera verdad, el fondo de la historia. Me era forzoso proceder indirectamente. Tendría el oído del hombre que tenía el oído del pueblo. El gobierno de carambola, en cierto modo. De rebote en el blanco. Es la vieja paradoja del atajo-rodeo. No me gusta hablar para no hacer nada. Menos aún para mis pares. Amigos, enemigos (y el más íntimo de todos, vuestro servidor) me han reprochado a menudo ignorar a la “base”, hacer caso omiso a los anónimos y a los soldados rasos. Es que a todas las ruines inclinaciones del caudatario –prurito de honores, afición por lo mullido, los flashes y los pequeños sobornos–, desdeñan añadir una preocupación urgente: ir a la cabeza hace ganar tiempo. Primer beneficio: la rapidez. El consejero es un hombre con prisa. “Se me preguntará si soy príncipe o legislador para escribir sobre la política. Respondo que no”, advirtió Jean-Jacques Rousseau, reformador a paso lento, “por eso escribo acerca de la política. Si fuera príncipe o legislador no perdería el tiempo diciendo lo que es necesario, lo haría o me callaría.” Al dar calabazas al hombre del hacer, el junco pensante se convence de que va a recuperar el tiempo perdido garrapateando para nada sus doce tesis sobre la Democracia 2000; pasar al fin al acto, silenciosamente, y aniquilarse en el trazo de fuego de los decretos. Al reunirse con la miserable raza del lado derecho del escenario (como

dicen los frustrados del jardín), el comprometido voluntario ataja a través de las palabras, atajo de audacia en el que hay que ver una medida de economía (de la que el veleidoso sólo sabrá después lo que ha costado, muy a menudo a otros más que a él).

“Capacidad de producir el máximo de resultados con el mínimo de gastos”: ese *minimax* cívico es tan antiguo como la ciudad y la filosofía. “Es demasiado tarde para actuar sobre algo”, decía Malraux, “sólo se puede actuar sobre alguien.” Este atestado desolado es de todos los tiempos. Condujo y despidió a Platón de Siracusa, a Aristóteles de Alejandría, a Séneca de Nerón, a Descartes de Cristina, a Voltaire de Federico II, y al propio Malraux del gran Charles: los cabezas de cartel también velaban por el rendimiento. La primera huella consignada de ese cálculo equivocado de productividad se halla en la carta VII del viejo Platón, donde cuenta por qué respondió afirmativamente a la carta de Dion invitándolo a Sicilia para asistir a su tío el tirano Dionisio II, en calidad de ayuda en la decisión. “Como me preguntaba si debía ponerme en camino y responder a esa invitación o tomar partido, lo que sin embargo hizo inclinar la balanza fue que, si alguna vez se debería acometer la realización de mis concepciones en materia de ley y de régimen político, era el momento de probar. En efecto, sólo tenía que convencer a un hombre y eso bastaría para asegurar totalmente el advenimiento del Bien. Fue pues en ese estado de ánimo y dispuesto a realizar esa tarea como abandoné Atenas; no por los motivos que me atribuyeron algunos, sino por miedo sobre todo de quedar entonces a mis propios ojos por alguien que no es nada más que un pico de oro y que, en cambio, se muestra incapaz de acometer resueltamente una acción.” Suscribo en su integridad los motivos del detenido de Siracusa. Que se diga que Platón y Debray se han encontrado por fin en la definición de añagazas y cimbeles. Un comunicado de la AFP sería bienvenido.

Nunca he sabido comunicar. Esa cocina tiene sus recetas, que me superan. Es mi talón de Aquiles. Me explico en griego, mis guiños no hacen sonreír a nadie, mis frases “sinuosean” como serpientes de mar. Por suerte, están los elegidos del pueblo para hablar en pueblo al pueblo. Impedido en el lado de las chozas, fui al castillo a tomar como traductores a esos técnicos de superficie. El alcalde y sus consejeros de imagen relevarán a lo verdadero ante las mentes sencillas. Esa buena gente sabe arreglárselas para hacer vibrar la cuerda, acunar, zarandear. Serán pues nuestros cableo-

peradores. Les colaremos el programa, por detrás, a los obreros del saber hacer. Encauzar el mensaje es asunto suyo. Nosotros, las gentes del saber, desde hace dos mil quinientos años no tenemos oficio. Tenemos la vocación, como otros el odio o la peste: separar lo verdadero de lo falso, descubrir los espejismos, afrontar la realidad desnuda, sin pestañear, sol o muerte.

A un emborronador de cuartillas ingenioso se le despacha a la estratosfera. Cliché burgués y demasiado cómodo. Un filósofo, de la peor ralea, materialista y crítico no es de los que caen en “la política literaria de las nubes”. Tenemos una divisa en nuestra corporación: “No hay que soñar”. Es triste. Un filósofo es alguien que no quiere contarse cuentos. El problema, como se ve aquí mismo, es que no se hace la historia sin contarse muchos, *in petto*; y que un militante que no sueña con los ojos abiertos sirve para quedarse en casa. Había tenido suficientes extravagancias. Las razones de lo alto me eran familiares desde los bancos de misa; eran los problemas de abajo los que yo quería diseccionar, en conjunto y en detalle. Por ascesis. Nuestros palacios cretenses no sólo son nidos de sicarios y de “sinecuristas”, como canturreaban nuestros trovadores; desde hace diez mil años que hay minotauros en el fondo de los laberintos. Os pegan la nariz a las rugosas realidades que abrazar, prueba mortal para los ideólogos, esos habladores a los que no les gusta estar entre la espada y la pared, donde me gusta estar; ya no es posible entonces enjuagarse la boca como el charlatán de las salas de redacción que sueña con conducir sin concretar y prefiere el gran proyecto de sociedad a una pequeña producción. Lo real, era la apuesta, mi vértigo. *Hic Rhodus, hic salta*. Lo *real* se parece a la imaginación en que no perdona. A la jactancia y a los retóricos. Los engranajes requieren lo exacto. Poned al anatematizador ante un combinado interministerial durante ocho días –o estará curado para siempre de su *yaka* o se deshará en lágrimas y se largará con su mamá. El jacobino corta en carne viva. Es un hombre práctico.

“La verdad, la amarga verdad”, la divisa sirve de epígrafe a *Rojo y negro*, está firmada por Danton. Fue mi alias en América Latina. ¿No podríamos alcanzar el *súmmum* de la impertinencia asumiendo el papel antaño apreciado, hoy tan desprestigiado, de “consejero del Príncipe”? Lo contrario, para aquel a quien no ciegan los estereotipos, del “palacio” –que quiere gustar dorando la píldora. Los cortesanos de la opinión, los intelectuales fantasmones están ahí para hacer llorar a las marujas afuera: yo dejaré los grandes principios a los espadachines de las palabras. ¿La ver-

dad de Danton? Un filo de cuchilla de afeitar que embotan nuestras "libres opiniones" impunes, que afilan las terroríficas obligaciones de la puesta en práctica. Atareándome doce de las veinticuatro horas en el mismo acontecimiento, los ojos secos, estaría en relación con las cosas mismas. De este lodo, de la mierda extraída del armario de los secretos sacaría, después del tamizado y del refinado, lapidarios estudios de factibilidad. No se gobierna sin laconismo.

En un hospital de locos, nuestros reyes electivos, pensaba yo, pobre loco, necesitan en su patio trasero parapetos para llamarles al orden escarnecido del hecho. Me impuse esta incómoda misión: encargado de la defensa de las largas duraciones ante tribunales de lo efímero, abogado del pasado y del porvenir, de la viuda y del huérfano de nuestra videosfera, protegía a mi Príncipe contra las magias electrónicas de la media luz. No habría que elegir entre el servicio a la verdad y al Estado, puesto que se me pagaba (módicamente) por depositar a los pies del jefe las pepitas de oro de lo posible. Escoltaba a mi campeón en medio de conferencias y de asechanzas; no para embriagarle de lirismos parlanchines sino para deslizar en su bolsillo, pasados por el tamiz, notas, telegramas e informes, un estado del mundo en dos folios. Mi pluma servil será su flamante espada. Una estrategia previsora necesita reflexivos exactos, almas de acero, insensibles a las pullas y a las banderillas, tallando en el *smog* mediático vislumbres de porvenir. Lo conciso stendhaliano, el trazo de punta dura harían más daño al desorden establecido que las amonestaciones y anatemas de los devoradores de revistas.

Yo operaba a hurtadillas, de espaldas a los efectos fáciles, *con conocimiento de causa*. Complejo lo real, se ha repetido suficientemente, pero racional; el batiburrillo de *news* oculta tendencias largas e ininteligibles, relaciones constantes pero desconocidas entre varias series de fenómenos. Yo desenmarañaría esas relaciones, extrayendo de causas complejas razones simples; viajaría para observar a simple vista África, Asia, y América; desvelaría los móviles profundos de las tiranías y de los terrorismos; averiguaría yo mismo y enviaría a mis ayudantes a los pueblos primitivos, recolectando sus informes, ponderando los prejuicios, resumiendo las opciones; demostraría, con los documentos en la mano, por cronología y estadísticas, allí donde el vulgo se indigna o se encoleviza, víctima de su buen corazón. Excéntrico, lejos de las vanidades germano-pratinas y de las desazones electorales, dueño del código y de los relojes, me anticiparía sobre las guerras de mañana,

entre naciones, religiones y civilizaciones. A falta de poder guiar en directo a las multitudes, instruiría a mi Señor sobre el camino que hay que seguir. Él avanzaría sin reparar en obstáculos, saltaría por encima de la agenda mediática de sus ministros, con olímpica zancada. A veces me mostraría, púdicamente, su reconocimiento; me haría subir a su santuario, el salón dorado que ya servía de despacho al General; yo me sentaría, ladeado, como hacen los familiares, ante el escritorio Cressent, palisandro y tafellete rojo, el ojo gris azulado, la frente grávida de preocupaciones, pero aún disponible; entonces, con palabras veladas pero tiernas, enfrascado en mi última nota cuyo margen cubriría con gruesos caracteres azules, se preocuparía por mis deseos, mi retaguardia (pues, al igual que “toda carta merece respuesta”, le gusta repetir, “todo servicio merece recompensa”). Murmuraría ruborizándome, con los ojos bajos: “Sólo cumplo con mi deber, Presidente. Amo a la República, permitidme servirla en conciencia, como ciudadano; quiero decir: sin esperanza”. Él levantaría la cabeza, intrigado; insistiría, me propondría de un tirón, por orden creciente de importancia, la medalla de las Artes y las Letras, un sillón en el Consejo económico y social, la villa Médicis, un puesto en Gas de Francia. Entonces me erguiría, pasaría del carmesí al pálido para tomar altura. “No compréis mis servicios, mi Príncipe. Son gratuitos. Las sinecuras para los demás, no faltan menesterosos. ¿No será pues posible jamás separar el amor por el bien común y el consumo de honores sociales?” Con este *quousque tandem Catilina* de la mejor inspiración, me levantaría orgullosamente, no sin hacerle saber con un ceño enojado el desprecio que me inspira su desprecio por los humanos. Se quedaría con boquiabierto, en su sillón Regencia, apoyado en el cojín de terciopelo verde. Y me retiraría en silencio a mis aposentos, con la majestuosa tristeza de un Colbert incomprendido.

¿Tengo derecho a abordar las cosas serias como un guasón? No. La ilusión achispada inspira las fanfarrias de obertura. Da a todas las salidas un airecillo de vuelo planeado, de tocata barroca. Lo sé: moral y filosofía políticas exigen un tono responsable. Sea. Pero en la Corte, más que en ninguna otra parte, la verdad sale de la boca de los bufones y esas woodyllenerías indican por sí mismas lo que cabe en nuestras locuras-Maquiavelo, en nuestros vuelos de ambición, de divagaciones primarias; el pueril envés de nuestros ternos; digamos las componentes cómico-psíquicas de la

cuestión Poder. Señalaría pronto más crudamente por qué peldaños descendí de la Comuna de París al Palacio Real, o de Casiodoro a Courteline –de la carabela a la galera. Sin duda debo explicar en primer lugar por qué deriva previa me encontré embarcado allí, por qué viaje, y qué capitán justificaba tanta fatuidad por mi parte. Se llamaba François Mitterrand. Fue presidente de la República francesa de 1981 a 1995; otros señores tuvieron o tendrán más lustre, carisma, visión –o menos, ¿quién sabe? Ese es el que me dieron muy antiguos sueños, mi época y mi lugar de nacimiento. Uno no elige su vida. Deja hacer a su tiempo, su impaciencia y su rey.

¿Fue un buen o un mal rey? Otros lo debatirán. Lo que es seguro, para mí, es que era un gran señor.

2. Un señor

El camino de Sauveterre - El tiempo de las cerezas - La virtù y la virtud - Mejor geógrafo que historiador - La cultura del imbroglio - El oro y el plomo.

Desde antes del final de su mandato, el “retrato de François Mitterrand” daba lugar a un campeonato cívico-literario, figura impuesta en revistas, platós y cenas. ¿Qué hombre de letras, excitado por sus colegas, no ha tenido que decidirse a ofrecer –catorce años obligan– su “misterio Mitterrand”, como el colegial de antaño, el 1 de septiembre, su “cuento el día más bello de sus vacaciones”? Ahora me toca a mí. Ese pozo sin fondo, ¿no ha vomitado aún sus sombras? Sólo puedo añadir nimiedades, pero sólidas, como se vuelven las partículas en suspensión en un vino que forma posos tras una larga fermentación. Mi bodega de recuerdos está hecha de tal manera que lo agrio se va con los años.

¿En qué fundar mi presunción? En algunos documentos, y en la perspectiva. Conservé en mi poder mis “papeles de agente”, violando decididamente unos reglamentos que ya no existían, a falta de República. Los saqueadores de pecios, que comercian con la memoria nacional, me lo reprocharán tanto menos cuanto que los autógrafos en mi poder no habrían llevado a la horca a nadie. Nada de diario de a bordo. Demasiado descontento de lo poco que me sucede cada día, demasiado impaciente por el mañana, nunca pude obligarme a esa minucia masoquista. ¿Y qué habría tenido yo de importante que consignar? “Favorito de cámara” y no del consejo, al margen de las grandes deliberaciones, no tuve que conocer asuntos cotidianos. Sus colaboradores inmediatos veían al presidente todos los días. Yo pertenezco, entre 1981 y 1988, al segundo círculo, a “aquellos que se entrevistan con el jefe del Estado cuando lo desean y que pueden hablarle un poco de todo”. Los “comandos”, el “escuadrón volante”, los “mosqueteros”, decía el gacetillero con razón. Situados fuera de la jerarquía, los “encargados de misión ante” tenían el acceso directo, pero errático.

A la ecuanimidad le queda la distancia, entre divertida y afligida, que da el agotamiento de los despechos. François Mitterrand durante mucho tiempo guardó conmigo, inexplicablemente, una lejana indulgencia; yo también, y perdón por la simetría; nuestra ruptura “ideológica”, al principio de su segundo septenio, no merató una ternura cierta por el hombre privado, libertino respetable, por la elegancia y el valor. Indulgencia sin relación alguna con la del padre por sus hijos espirituales, Fabius, Lang o Attali; ternura, no de compañeros de una vida, como François de Gros-souvre o Paul Guimard (por limitarme a los íntimos que conocí mejor), sino de amigos por momento cómplices, a los que todo viene a separar salvo el rechazo a repudiarse. Esto es lo que me evitará la tentación de los empleados: desquitarse en el ocaso de la vida, y sobre el papel, de todo lo que no se atrevieron frente al Patrón, cuando hizo falta.

Que el balance de un principado se haya podido resumir al llegar a su fin, en el ánimo del público, en unas radioscopias del Príncipe, de pie, en familia o en conciencia, dice mucho sobre la época y el personaje. Entre los reyes que han hecho Francia, ninguno habrá guiado tanto la mano de los retratistas, biógrafos y radiógrafos. Entre nosotros, nunca hay una gran distancia entre el escritor y el Narciso, ni entre la cosa escrita y la cosa pública. Lo extraño en este hombre de pluma es su metamorfosis final en hombre de imagen, ocupando las pantallas con sus estados de ánimo, confesándose en directo, poniendo su yo en escena a través de innumerables reportajes, películas, entrevistas, libros, diálogos. Allí donde de Gaulle hablaba de Francia, Mitterrand hablaba de sí mismo. El primero no tenía interés por sí mismo. Sus recovecos íntimos –¿pero, tenía?– le y nos dejaban indiferentes. El segundo nos tranquilizaba porque se nos parecía: una común preocupación por sí mismo une a cualquier fulano al jefe del Estado. En 1969, de Gaulle puso fin a treinta años de Historia con un comunicado de prensa de dos frases, y volvió a su casa sin recibir a un solo periodista, sin salir ni una vez en la televisión, encerrado con las palabras hasta su último aliento. Desde 1994, el segundo hizo durar todo un año la ceremonia de despedida, transformando la crónica del tiempo en diario íntimo. Nos provocó el interés por su vida en familia, por su adolescencia, por sus citas, por sus viejos amigos. Se “panteonizaba” con pequeñas pinceladas, borrando sus gallos, supervisando sus huellas, seleccionando sus testigos, rele-yendo a sus amigos línea a línea, filmando sus confidencias, multiplicando los contrafuegos, hasta autorizar a su antiguo consejero

especial a violar la decencia y la ley al fotocopiar los secretos de Estado. Hablando a cara descubierta de sus sinceridades, de su final ya próximo, de sus sufrimientos físicos, del más allá; auscultado por los periodistas semana tras semana: “¿Cómo está usted, señor Presidente?” “¿Qué tal lleva su tratamiento?” “¿Qué sentimiento le inspira su muerte cercana?” Esta obscenidad mediática pareció natural a todos, o casi, y resultó una muy bella salida. Hasta tal punto lo sagrado republicano, hasta tal punto la función presidencial se había ya audiovisualmente humillado ante “el miserable montoncito de secretos”. Me incorporé al Estado en 1981, con la ingenua idea de que las instituciones están ahí para huir de eso que Hannah Arendt llamaba “la futilidad de la vida individual”, lo anodino de los humores y de los compañerismos. Esta elevación, que despersonaliza tanto la obediencia como el derecho de mandar, ¿no es acaso la razón de ser de la Ley? Ha sido necesario acostumbrarse al vuelco del principio por el hecho televisivo, sumado al gusto presidencial por la introspección pública. El poder supremo pone de ahora en adelante al desnudo, por la obligación técnica de transparencia, todo lo que tiene de apolítico un político profesional. Cuanto más largo es el reino, más impudor tiene el *strip-tease*; la crueldad del desnudarse alcanzó al final del doble septenio abismos de refinamiento, pena y compasión. ¿Y él mismo? Don Juan, cráneo desafiante, al borde de la tumba, a la moral, a la nación y a sus amigos, se prestó a la puesta al desnudo de su pasado con una complacencia provocadora. Como una lupa cada vez más potente con el tiempo, la duración de un reino agranda el mal como defecto, el defecto como vicio y, en fin, como crisis de confianza. Nosotros somos todos falsos, manipuladores, enredadores, tortuosos, amnésicos, de mala fe, etc. Pero podemos ocultar nuestro juego (o en su defecto, pedir clemencia), porque a fin de cuentas ninguno de nosotros ha presidido los destinos franceses durante menos tiempo que Luis Felipe o Napoleón III pero más que Napoleón I, desde Brumario hasta Waterloo. Y lo que la oficialidad en videosfera (donde *privado* ya no se opone a *público*) tiene de más despiadado, es quizá esa manera suya de expropiar en vida a un hombre público de su propia vida, hasta nacionalizar su intimidad –sus órganos, su cáncer, o su agenda.

¿Por qué me colgué durante diez años de ese señor que no era mi tipo? Egotismo por egotismo tengo derecho a responder a esa pre-

gunta, tanto más cuanto que fuimos algunos millones los que nos la planteábamos, cada uno a su manera, a la hora de rendir cuentas.

Sin mis años de exilio nunca habría puesto mis miras y mi imaginario en el antiguo adversario del general, para otorgarle la más alta misión: alcanzar el colmo de los manes, un fulgurante Jaurès-de Gaulle. Al desembarcar a comienzos de 1973 del Chile de Allende, que me había confiado un mensaje para su homólogo francés, una amiga común me condujo hasta él. Celebraba un mitin en Pau, para ya no sé qué elección local. Descubrí a un tribuno social-católico, de verbo amplio, incluso enfático; y por la noche, en la cena, un espíritu fuerte y conciso, con colmillos afilados: ese paso sin transición de lo solemne a lo sarcástico (o, en sus escritos, de la elegía a la cabronada) dejaba perplejos a los recién llegados. Con una ventaja: esos cambios bruscos alejaban a los tibios. Me hizo subir al día siguiente en su coche y, durante tres días, surcamos en alegre camaradería un Suroeste cómplice y reidor. Descubrí la Francia cantonal, con la que sólo había tratado en idea a través de libros y mapa mural. Tocando por fin tierra, más ebrio que Lindbergh en Bourget, lo estaba pasando de maravilla. Aquella Francia III República de consejeros generales rechonchos y de ayuntamientos-escuela con balcones, de patios de granjas y de monumentos a los muertos, donde Jules Guesde toma del brazo a Giraudoux, la había soñado pero nunca visto realmente. Padecía una tal falta de "francitud" que un mantel de cuadros rojos y blancos, un campanario con gallo de veleta, una bien rodada *r* bastaban para hacerme tocar la tierra prometida.

Esas alucinaciones le parecerán tontas a quienes jamás han salido, porque hay que expatriarse para aprender por el cuerpo de qué patria estamos amasados. Al revés que los paraísos, todos perdidos, las naciones sólo existen encontradas, y no valen nada si uno no las pierde de camino. Campo de prisioneros, Ocupación, exilio, largo periplo: todo es bueno, hasta tal punto se hacen encuentros con tan poco. Será en las calles vacías de Vancouver o Puerto Montt, en invierno, en medio de las autopistas flanqueadas de rótulos y de supermercados que hacen allí las veces de ciudad, donde un europeo se acuerde de esa extraña zona del planeta donde hay gente en las ciudades después de las seis, donde hay gente en los bares o los pubs que hablan alrededor de una mesa de cosas de antaño, y que esa región habitada por el tiempo se llama "Europa". Disculpo de buena gana a aquellos a quienes nunca le han salido al paso unas ventanas azules de Bretaña y unas tórtolas grises de París si alardean de su desprecio por el fran-

chute y por los quiquiriquís. La esencia de una nación, ese punto de fuga que avanza con nosotros, nos provoca y nos mueve a su antojo, final de línea de una odisea sin cesar continuada y fallida, es la nostalgia; pero es justamente el tipo de sentimientos que ninguna escuela, ninguna familia, ningún libro puede enseñaros. Tuve que habitar vocales, consonantes, diptongos demasiado inhóspitos —oh la *jota* española, la *s*, la *z*, que le hacían la guerra a mi lengua, allá, en el fondo de mi garganta y que durante tanto tiempo me delataron como intruso— y saboreaba el gozo insensato de poder jugar inadvertido en mi lengua materna. Mitterrand, cantón tras cantón, me hablaba de los hombres, de las batallas, de los paisajes; los vallecitos a nuestro alrededor cobraban vida con historias, grandes o pequeñas, desde las últimas legislativas hasta Enrique IV; me hablaba de sus abuelos, su genealogía; me devolvía la juventud francesa que no tuve, con una geografía nueva por añadidura. Me recuperaba a su costa. Él no era Penélope, yo no era Ulises, pero aquella Galia narbonesa comentada en directo se convertía en mi Ítaca: ya está, hemos llegado, ya no nos movemos. Entre mi madre y la Justicia tuve que elegir diez años antes; ¿sería posible reconciliarlas? ¿Vislumbrar la igualdad en casa, en francés? A Mitterrand, sin duda, le importaban un bledo mis mitos, mi madre y lo demás, con excepción de la lengua, pero me había dicho sí, puesto que a la pregunta que no le hacía no me había respondido no. Así pues, sería él. ¿Qué? Poca cosa: el mediador entre la señora Francia y su millonésimo huérfano.

La cristalización se efectuó entre Jurançon y Béarn. Como la rama de Salzburgo tan querida por Stendhal, deshojada por el invierno y hundida en las profundidades abandonadas de una mina de sal, el líder de la izquierda emergió de aquel hundimiento en Aquitania “provisto de una infinidad de diamantes móviles y deslumbrantes”. Como yo venía de una humanidad fraternal, exuberante, la que se da abrazos en Santiago o Caracas, ese juramento un poco seco, de usted y abrochado, podía desconcertar. El inconsciente amoroso salvó la dificultad. Al momento adorné su rostro, su silueta, su patronímico con mil perfecciones que se ven entre las terrazas de Pau y las termas del Béarn, en la carretera de Sauveterre: vallecillos, torrentes, hayedos, viñas, quintas, jardines a la francesa del castillo de Laas, viejos puentes cubiertos de musgo del Oloron, campos peinados de maíz. Mi provincia al fin encontrada, en realidad revelada a un parisino que se orientaba diez veces mejor en los Andes que frente a los Pirineos. Aquella Fran-

cia carnal y casi biológica arrastraba tras ella otra, impalpable y soñada, que yo conocía mejor y que nunca me había abandonado ya que era una Francia de memoria y de Historia. Entre los ojos del narrador y el rostro de Albertine, “centro generador de una inmensa construcción que pasaba por el plano de su corazón”, se interponían demasiadas sensaciones indefinibles, gratas o dolorosas, como para que ninguna foto de la bienamada pudiera dar cuenta de ello, como para que él mismo estuviera en situación de percibir más tarde las metamorfosis del ser amado, porque ella era “como una piedra alrededor de la cual ha nevado”. Entre mis treinta años y aquel grave quincuagenario a quien ya perseguían (el enemigo de clase es despiadado) dudosos rumores de petenismo, de patriotas argelinos guillotinado, de expedición de Suez y de Observatorio, vino a interponerse una nebulosa de imágenes de Épinal y de deseos durante demasiado tiempo reprimidos; toda una vía lactea de 14 de Julio en el pueblo de la *La Marsellesa* de Renoir, la bufanda de Jean Moulin, las gafas redondas de Walter Benjamin y las barricadas de agosto del 44 titilaban a lo lejos como luces de Bengala. Humo incluido. Un día de septiembre de 1994 lo volví a ver en el claustro de la calle Ulm, a donde había venido a hablar a los estudiantes por el bicentenario de la Escuela Normal Superior. Veinte años después. En aquel viejo señor de rostro pulido por el sufrimiento, simplemente entrado en años, sencillamente presidencial, con el busto arqueado, como todos los viejos jefes, no reconocí a mi barquero clandestino de héroe como tampoco Saint-Loup, en la fotografía de Albertine que le tiende el narrador, al ser celeste del que le había hablado tantas veces su amigo, al que había creído hasta entonces un hombre sano de espíritu y del que el pequeño Marcel descubre, consternado, el incommunicable delirio. No es que Mitterrand hubiera cambiado tanto; era la nieve que se había derretido. Así son los asuntos del corazón, de los cuales los que llamamos públicos, y que en el fondo lo son muy poco, no son la variante menos desalentadora.

En el codo con codo militante, en medio del desparpajo optimista y campechano como era el de los comensales y de los mítines de la “gente de izquierdas” antes de la fractura de su fe, hacia finales de los años setenta (y que para nosotros emparenta el pre-Solzhenitsin con una preguerra algo fabulosa), nuestro campeón marcaba ostensiblemente las distancias paseando en medio del

guirigay una especie de flema cáustica y glacial. ¿Timidez natural u "origen de clase" obliga? Muy normal, decía para mí, Blum sufría los mismos achaques. En esas señales de atrincheramiento, en esa reserva quizá involuntaria, y hasta dolorosa, veía yo incluso la marca de una historia muy nuestra, una prueba suplementaria de autenticidad: el movimiento progresista, desde siempre, está conducido, en Francia, por grandes burgueses que traicionan a su clase. Pisaba terreno conocido. "No es militante quien quiere. Si el yo va primero, estamos separados para siempre." Conocía esta maldición de nacimiento lo suficiente para disculparla en otro. En todo caso, aquel socialista autocentrado no ocultaba que tenía un ego, y que no lo traicionaría por una hostia o un sermón de su nueva Iglesia. No amenazaba histeria. Yo veía de buen augurio ese plomo interior. Por fin un burgués que juega limpio y no engaña a su plebe.

"Los franceses", dice Paul Thibaud, detractor agudo, "se dan cuenta de que la altura del personaje no tenía otro referente que el de una idea de sí devoradora y destructora de todo." Media verdad. Sin la otra mitad, la aventura empezada en Épinay en 1971 no habría pasado de la crónica ministerial. La idea que nuestro jefe se hacía de sí mismo, si era preexistente a la que nosotros nos hacíamos de él, y en nada dependía de ella, no era devoradora y destructora sino afable e incluso complaciente. Invitaba a todo hijo de vecino a representar en su persona sus propios referentes. Era el doctrinario que se agarra a su propia imagen y quiere ordenar el mundo alrededor de una idea fija de sí. El egocentrismo rígido, abrupto, hace paranoicos corrientes, estériles: el déspota clásico. Mitterrand fue un egocéntrico servicial y productivo, porque nunca hizo de su ego un dogma cerrado. Lo abrió a todos. De tanto ver en él a un personaje de novela, muchos comentaristas olvidan lo que diferencia a la novela del tratado, sin tomar la medida del novelista. Su obra habrá sido su propio personaje e inventará a sus héroes a medida, todos solidarios y diferentes: extrema derecha, petenista, giraudista, gaullista, tercera fuerza, anticomunista, anticapitalista autoritario, liberal indulgente, europeísta, Unión sagrada. Un novelista se domina y no se identifica con sus criaturas: porque es todos sus personajes a la vez no es ninguno de ellos, y cada uno se expresa, llegado su turno, con sus tics, su acento, su propio vocabulario. Cuando es bueno, un autor de ficción es siempre sincero; porque, enteramente suyas las convicciones de sus múltiples dobles, cada lector puede, según su propio pasado o sus afinidades electivas, identificarse con tal o

cual personaje sin perjudicar por ello a los demás. La novela de esta vida ha sido escrita por todos nosotros; si hubo "mentira" somos su coautores. Cada militante, cada colaborador e incluso cada elector pudo colocar su pequeña historia en uno de los segmentos de la suya, proyectar su película en esta pantalla de ángulos variables y complacientes. Aquel espejo facetado o espejuelo (según con qué ojo lo miremos) que aquel líder supo componer con sus fragmentos de vida sucesivos permitió, por efecto de una generosidad sutil aunque a fin de cuentas pasiva, a todos nuestros narcisismos, abstractos o individuales, amalgamarse, sumarse al suyo propio, hasta hacerle franquear, en 1981, "la barrera del 50 por ciento". Aquel egotista habrá colectivizado el disfrute del poder, por proyección. Hubo sitio, en aquella pantalla gigante, para casi todos los sueños, todos los relatos, todos los egos imaginarios del tiempo, generación tras generación, desde el "Estado francés" hasta la sociedad bursátil, pasando por la República consular y la socialdemocracia. A cada uno su guión internacional, la salvaguarda de Occidente, la defensa de Israel, la solidaridad atlántica, la alianza de la otra cara soviética, el apoyo al Tercer mundo, la independencia francesa, pero una sola pantalla para todos. Yo soy vosotros. Él es nosotros: hermoso mecanismo de creencia que permitió desde 1971 al federador de los socialistas, misterio unificador, agrupar en torno a él arcaicomarxistas y neocalifornianos; al vencedor de 1981 uncir a su carro a los pálidos psicorrígidos y a los morenos chispeantes; a la encarnación de la Francia unida, en 1988, amalgamar en la "generación Mitterrand", en la segunda vuelta, antirracistas al día y nostálgicos del Mariscal.

Habitualmente, un carácter reflexivo no permite ese juego de superficies reflectantes. Lo extraordinario, en aquel introvertido singular, fue la alianza de un yo denso y duro, en el interior, cediendo a la coyuntura sólo lo estrictamente necesario, con una plasticidad igualmente dúctil, de puertas para afuera. De ahí su fortuna política. Las fórmulas de composición pueden variar, más o menos toscas o desarrolladas, según las químicas individuales, pero la regla vale para todos los elegidos: en democracia, el cuerpo del jefe es un cuerpo heterogéneo, como lo es el cuerpo electoral. Francia no es homogénea; o si tiende a serlo, no lo era todavía hace treinta años. Teniendo en cuenta las filiaciones, los intereses y las novelas colectivas que coexisten en una población, quien tiene que hacerse elegir por la mitad más uno de sus compatriotas no puede hacer otra cosa, estadísticamente, sino timar a un tercio largo (o sea una mitad larga de su propio campo). Lo

mejor de lo mejor consiste en crear *un tercio móvil*, de manera que los decepcionados de la mañana sean los tranquilizados de la tarde y viceversa, lo que reparte los resentimientos y evita la formación de tapones explosivos. Es conocido el adagio: "O el político engaña a sus electores, o engaña al interés del país". Aquel presidente fue a este respecto ejemplar: de un extremo al otro de la opinión, por una especie de alternancia en la alternancia, cada sensibilidad pudo sentirse –por turnos– expresada, cuidada y traicionada. Para mi película interior, la pantalla no se inmovilizó hasta diez años después, ante los actos del jefe del Estado en ejercicio, estilo inacción incompatible con el mandato que secretamente le había confiado a mi reformador, en la terrazas de Pau; pero para comprender la lógica empleada en aquel estilo he necesitado diez años más. Las delegaciones de imagen tienen esos abatimientos: la cristalización es un flash; el desamor, una gangrena.

Se ha hablado demasiado, me parece, de cinismo y de ausencia de convicciones en aquel hombre púdico que se quejó más de una vez, y con razón, de que no le creían cuando decía creer profundamente en lo que hacía, con todas sus fuerzas, con todo su corazón. Se percibe como ambigüedad una sucesión de sinceridades superpuestas, con el inevitable cono de sombra que proyecta la más reciente sobre la precedente; se ve un laberinto en una sinuosidad trazada con líneas rectas de sentido contrario –que fue casi el único, en su entorno, en poder poner una detrás de otra: ¿es culpa suya si su medio siglo fue sinuoso? Ese gran acompañante del tiempo se amoldó a sus caprichos, a sus empujes con tanta buena fe que fue incapaz, un día, de volver sobre la víspera para un comienzo de contrición. Se absolvió en cada momento, porque fue precisamente sincero y absoluto. Sencillamente, ninguna convicción nueva obra en detrimento de las convicciones anteriores; se amontonan una sobre otra, como las generaciones en una pirámide de edades. Antigaullista de derechas recicló el credo de su juventud después de 1958 en el antigaullismo de izquierdas, más amplio y de mayor alcance, sin retocar nada de sus redes y reflejos anteriores, como se construye una nueva casa con materiales de derribo, una segunda novela con los personajes de la primera. Sin que el novelista vea en ello contradicción pues el tío Goriot no tiene por qué oponerse al primo Pons, ni *Las ilusiones perdidas* a *Esplendor y miseria de las cortesanas*. Si repasamos esta vida, descendemos el curso del siglo XX por su centro: una hermosa novela del XIX, de aprendizaje y de desilusión. ¿Novela de

aventuras? Sí, si damos a esa última palabra todo su sentido. Para el *militante*, la finalidad es esencial, y su persona accesorio. Para el *aventurero*, la finalidad es accesorio, cualquier finalidad se niega por sí misma porque está subordinada a su sola persona. El *aventurero* cultiva la negatividad; el *militante* trabaja con disciplina en un orden abierto a todos. Aquel individuo tenaz no estuvo ciertamente dominado por una causa. Pero por su tolerancia para con las ilusiones de los demás, su disponibilidad para las finalidades que cada período se da, habrá inventado esta nueva figura: el *aventurero* positivo.

Mi cabecita daba vueltas, a mi regreso de América, sobre una gran novela inacabada, demasiado barroca para la inspiración nacional: el gaullismo de extrema izquierda. La República a la que dio estilo Michelet, con las palabras de Trotski. Era la morriña. La vida está hecha de malentendidos, Francia también: la suya olía a tierra y a muertos, tranquila y segura de sí misma, intacta; la mía era una hadita precaria y paseante, a la que no se le tiene tanto apego porque sólo habita las mentes, charnegas a poder ser, pero a la que hay que vigilar cada día porque puede desvanecerse en cualquier momento. Mitterrand escuchaba mi delirio, divertido, demasiado cortés para desengañarme; publiqué poco después en *L'Unité*, para la campaña de 1974, un peán a mi princesa roja, Francia, escarnecida por una burguesía que se había vuelto otra vez vichysta, humillada ante la pasta y América, donde la Butte-Rouge respondía por adelantado al monte Valérien. Mi nuevo amigo no me hizo ninguna observación sobre aquellos excesos patrióticos: prueba de que nos entendíamos a medias palabras, reforzada la connivencia. ¿Su joven escolta de "convencionales" y él no parecían realmente estar en esa onda? ¡Pues vaya asunto! Bien sabemos que un hombre no es lo que cree ser, es la *b* con la *a*, *ba*, del materialismo. Patriota y montañés por dos, esos girondinos y yo, me daba así un tiempo de adelanto sobre su destino. Esta pirueta tiene un nombre, entre los dialécticos: la unión de los contrarios. Cuando dos adversarios se enfrentan en duelo singular, acaban siempre por parecerse. David se convertiría en Goliath, inútil protestar, es la ley. Por otra parte, en cuanto al lustre y al descaro, mi nuevo héroe no había empezado mal: ¿qué hay más gaullista que su no al gaullismo, en 1958? ¿Y su travesía del desierto, no había sido acaso una disidencia, ya que todos los caciques de la IV República, salvo Mendès, se ha-

bían rendido al rancho? Enmarañado en “las fuerzas del dinero”, de Gaulle no tenía “la base social de su proyecto político”. Sólo la izquierda, a mi modo de ver, con su desinterés innato y sus fuerzas obreras, podía llenar esa casilla vacía, la independencia de los pueblos, por el momento ocupada por las barrigas de la era Pompidou, vacante demasiado ridícula para no ser provisional. Así pues, nosotros expulsaríamos a los usurpadores. Cuando un gobernante ha elegido durante un cuarto de siglo la oposición, no llega al poder sino para hacer historia, más que política. Esa fue mi apuesta mitterrandista, en 1981, como lo había sido en 1974.

Me jactaba de no haber nacido el día anterior, y el tiempo, todavía marxistizante, estaba en el ánimo de lo serio. Además infames sombras volvían a veces a perturbar aquel voluntarismo pascaliano. Me acuerdo muy bien de que no voté por el amigo de las componendas de dientes largos en las presidenciales de 1965. En la Unión de los estudiantes de la época, en rebelión contra el partido, se le había negado a aquel “tipo poco claro” el derecho a representar a las “masas trabajadoras de las ciudades y los campos”. ¿El petenismo? Una calumnia, de acuerdo; el Observatorio, una provocación dilucidada. Pero, ¿y “Argelia es Francia”? ¿Pero y el secuestro de Ben Bella sin dimisión del gobierno? ¿Pero y el asesinato legal de Yveton, aquel comunista de Argel que no había matado a nadie, con su aval? Yo sabía demasiado y no suficiente; sabía y no sabía; no quería saber. Nuestro deseo y el ambiente habían borrado al notable centro derecha, al cazador de moros, al atlantista militante. El malamado no tenía que retocar su pasado: de eso nos encargábamos nosotros mismos. No camuflaba nada, contraía el tiempo, saltaba del 41 al 44, de la evasión lograda hasta el balcón del ayuntamiento donde hablaba de Gaulle —a quien sujetó de una pierna, nos contaba, para impedir que cayera. Sus últimos viajes al Chile de Allende, a la China de Mao, sus citas de Marx, del Che y de Althusser, el impulso de una época en borrador emborronaba las pistas, atestiguando la metamorfosis de un “republicano oportunista” en socialista taimado. En este estadio, aquellas objeciones de pichafría sólo lo eran todavía para la “pequeña izquierda”, a la cual yo había vuelto la espalda al ir a unirme, en 1965, a las altas instancias de la eficacia histórica, las que no hacen tortillas sin romper los huevos. ¿Habríamos preferido Savary, Daniel Meyer, Mendès France? Ciertamente, pero en un mundo de Padrinos no se ocupa el terreno con premios a la virtud. Del mismo modo que sólo se vence a la naturaleza obedeciéndola, un burgués sólo vence a *su* naturaleza tras haber cedido a ella —¿dónde estaría si no el mérito?

Es del estiércol de donde nacen las rosas. Tenaz pionero del Apocalipsis, nuestro charenteño tarde o temprano precipitaría tempestades políticas y sociales que le endurecerían o le quebrarían; Nasser o Neguib importa poco, el nuevo socialismo “pasaría” con o por encima de él. Al orden de las razones dialécticas se sumaba en mi caso un goce altanero y pícaro, Escudero del Príncipe negro, señalaba fecha. Para el día en que el Caballero blanco dejara caer la máscara, revelando a los santo Tomás de la izquierda moralizante que era el auténtico, “el hombre de negocios del genio del universo”, el mediador de la historia de Francia y del verdadero socialismo tal que en sí mismo al fin. Al acoger en mi regazo, misericordia taimada, al antihéroe de los izquierdistas, me preparaba para aquel papel sublime: la rehabilitación *in extremis* del héroe desconocido. Saboreaba de antemano el agradecimiento de mis pequeños camaradas, cuando aquellos atolondrados vieran con sus propios ojos la lucha de clases salir hirsuta de las urnas para saltarles al cuello. Todo lo que se les pedía a cambio era deslizar una papeleta de voto. Nada caro, la Historia con mayúsculas.

Los *seventies*: aquel tiempo de derrotas electorales fue nuestro tiempo de cerezas (el amor al fracaso es una virtud de izquierda). ¡Qué hermoso estaba el 81 bajo los soportales y los plátanos del 73! Se dice que la República es clemente con sus hijos pródigos; sus instituciones de entonces lo eran menos: la Educación nacional me cerraba sus puertas; ninguna redacción me abría las suyas, salvo para los trabajos a destajo; estaba en la estacada. Mitterrand fue el único que me acogió sin hacerme preguntas, sin preocuparse por el qué dirán. Aquel moderado maravillosamente imprudente siempre supo dar hospitalidad a los huérfanos de las causas perdidas; de extrema derecha después de la Liberación, de extrema izquierda después de Mayo del 68. Dios es ambidextro, es su función; y su mano izquierda no fue menos osada que la otra, al tiempo que creaba, de ese lado, más ingratos (la lealtad es una virtud de derechas). Hace falta una buena dosis de intrepidez para practicar lo que los expertos llaman la recuperación. Le estoy agradecido a aquel viejo solitario por abrir a uno más joven su pequeña familia. No era una caballería, ni una sagrada familia, pero, en cuanto al abrigo, me arreglo con poco. Curioso entorno (del que ignoraba que yo sólo era uno entre tantos). Los mitterrandistas de la tercera hora (yo era de la sexta) esperando a los expertos de la novena, y a los enarcas de la undécima,

componían una Joven Guardia de ambiciosos aún treintañeros, muchos de ellos antiguos de la Convención de las instituciones republicanas, recién salidos del congreso de Épinay. Una gran diferencia de edad protege al Príncipe contra sus sombras de juventud y los resentimientos de los excluidos: nada de susceptibilidades que llevar con tiento, ni de recuerdos molestos que temer; ningún puesto que compartir ni señuelos que agitar. Los cachorros de lobo pueden esperar. Más vale asesinos en ciernes que rivales a los que vigilar: no se siente uno en confianza. Blanquista reconvertido en “radicalsocialista”, me gustó aquella hermandad fugaz. Allí el tono era libre, crudo y vivo. No estaba acostumbrado a la ferocidad ágil de los animales políticos en libertad, cuando los conjurados se encuentran entre ellos. Mitterrand está a sus anchas en las reuniones íntimas, liberado de los *ismos* y de las poses. Rápido, desengañado. Va enseguida al grano: la relación de fuerzas, la física de las ambiciones, la lógica de los intereses y de las alianzas. Aquella crueldad aguda, aquellas ojeadas y patadas, sin florituras, reforzaban mi confianza. Laconismo de los capitanes. Los habladores, al pie del muro, decepcionan siempre.

Llegué en el buen momento. Aquel pequeño *círculo* era demasiado profesional, y demasiado cerca ya de las alamedas del poder para formar una *capilla*, como las *sociedades de pensamiento* tan del gusto de los aficionados de la izquierda intelectual; pero aún muy lejos del objetivo, y frescos de corazón, como para formar una camarilla, crispada en sus rituales, sus entradas. Pronto conocería el paso de la *banda* a “la Casa del Presidente” –pero cuando el *clan* no es todavía *serrallo*, es lo máximo de la camaradería: aún reina la buena fe, el buen humor. Se está espabilado, aún no desvergonzado. La ausencia de discriminantes jerárquicos previene las vejaciones, las envidias importantes; la comunidad de las ilusiones crea la de los individuos. Mis reservas mentales eran más locas que tácticas, nada de ansiedad superflua. No habiendo jamás soñado con entrar en el Partido socialista, sin comité director ni feudo electoral a la vista, no me molestaba. La red, no ya la muchedumbre, sin partido en el medio: lo óptimo para un marginal que necesita compañía, que tiene demasiada experiencia para tomarse en serio un programa, demasiado orgullo para entrar en un organigrama.

En 1974, como en 1978, había una gran concurrencia del verdadero pueblo alrededor del “representante del Programa común” (sobrenombre que hacía sufrir a nuestro campeón pero que ninguno de sus allegados se tomaba a lo trágico). Ya conocemos

el esnobismo involuntario de las aglomeraciones. Al igual que en arte declaramos bello el objeto, cuadro o estatua, delante del cual nos agrupamos, en política adornamos con todas las virtudes al individuo que nos da una comunidad. Los hombres temen de tal manera la soledad que admiran todo lo que les permite estar juntos: la alegría del agrupamiento justificaría por sí sola a los partidos, al tiempo que les asegura una clientela y un porvenir ilimitados. Los mítines de campaña, en 1995, cuando la gran cuestión entre izquierda y derecha era “¿IVA o CSG?”, despedían tanto calor, movilizaban tanta juventud, generosidad y fervor como los de 1974, cuando la cuestión era: ¿viejo mundo o nuevo mundo, capitalismo o socialismo? En la izquierda la oferta disminuye, la demanda sigue siendo igual. Y la esperanza. Eso que llaman “el final de la política” jamás impedirá a los corazones bien nacidos dilatarse al contacto de los unos con los otros, ya sea en el Vel’ d’Hiv’ o en Bercy, y los “grandes momentos” de una juventud militante se repiten de generación en generación, señales de un impulso que llega de tan profundo que disuade de cualquier examen racional de los motivos o de los envites (los cuales, en el fondo, poco importan). Esos ejercicios de levitación colectiva que son, cada siete años, el mitin final de las presidenciales, y las grandes manifestaciones de primavera, sólo me habrían dejado excelentes recuerdos si no hubieran desembocado en un gobierno. Pues tanto como la marcha hacia el poder fusiona a los militantes y suscita en ellos la alegría (que, al decir de Spinoza, aumenta la potencia de vivir), su ejercicio dispersa los equipos e inspira a los individuos, de nuevo segmentados, tristeza, disminución, según el mismo, del sentimiento interior de potencia. Después de 1981, cada abeja de la apicultura mitterrandista se encontró encajonada en el fondo de un alveolo llamado despacho, en aquella colmena de secciones verticales, miel improbable, reina invisible, al que llamábamos el Castillo. “No quiero gabinete”, nos dijo el Presidente nada más ser elegido, en su despacho aún gaulliano, alfombras Gobelins y muebles Boulle. “El entorno, no lo conozco. Como colectividad, no debe existir. Hay individuos que prestan su ayuda, punto.” Primera ingratitud del Príncipe: la dispersión de la gente de confianza.

Si hace honor al sentimiento de su importancia, el mejor momento del escriba es antes, no después de la victoria –como el de una bella muchacha cortejada, antes de la rendición. Sea cual sea el régimen. El bolchevismo hizo uso de todos sus teóricos hasta el golpe de Estado de octubre, como Mussolini de los suyos en Italia.

Los hombres de ideas son muy del gusto del pretendiente, inoportunos para el ganador. Son los mismos, pero la necesidad carece de ley. Para ocupar el sillón hacen falta ideas generales sobre el porvenir; para conservarlo se necesitan las menos posibles. Particularmente en Francia, donde, como decía Balzac en 1840, "un hombre especial nunca puede ser un hombre de Estado, sólo puede ser un engranaje de la máquina y no el motor". Por eso el "apoyo de los intelectuales" es más necesario a un combatiente en campaña que a un vencedor en plaza, aunque necesite los extremos de la mesa para sus almuerzos de gala. Una oposición hace funcionar las cosas con debates, manifiestos y proyectos; un gobierno, con prefectos e inspectores de Hacienda, de escaso ingenio. Lo que puede decirse de manera más noble: existe un tiempo para el proyecto de sociedad, otro para el cierre del presupuesto. El jefe de partido debe hacer soñar, el jefe del Estado tiene que mandar hacer. Otros deberes, otras necesidades. De ahí esta paradoja: el acceso de un responsable de partido al puesto supremo, que tendría que despejar las perspectivas y del que esperaríamos una visión más elevada sobre la condición humana, suscita en el recién elegido un inexorable reducción del horizonte y, entre sus gurús predilectos, el paro técnico. Dejan de ser útiles. En el fondo, desde el día en que empecé mi carrera oficial como consejero, el 21 de mayo de 1981, se había cumplido mi tiempo. Sólo podía servir para los remordimientos de aquel ser taciturno, o para los puntos y comas de sus discursos. Como él desdénaba los primeros tanto como yo los segundos, nuestra unión no podía llegar a vieja.

No es que yo tuviera el alma delicada. En Francia, entre 1960 y 1980, cualquier "intelectual de izquierdas" (especie que no fue jamás la mía) ejercía de Hércules en el cruce de caminos: tenía que elegir entre Virtud y Voluptuosidad, Mendès y Mitterrand, Deber y Poder. Lo más transparente de la izquierda moral siguió el camino de la renuncia, con riesgo de ir a dar, llegados los sesenta, a incurables languideces. La vía serpenteante de los marrulleros sólo se abría a los majaderos, que tenían mala prensa. Un mendesista convertido en mitterrandista renegaba de sus opiniones; un mitterrandista pasado a Mendès ponía cara larga. Al final de los años setenta, los sajones eran más numerosos que los veteranos. Es el movimiento de la vida: del desierto al oasis.

Los dados habían rodado para los que habían llegado tarde, y el dilema, en 1973, era menos corneliano. Como me era simpático todo lo que repele al intelectual de principios, mis malas inclinaciones me imponían la elección equivocada, sin escrúpulos de

conciencia. Cuestión de tropismos. Pierre Mendès France sólo merecía respeto, sin nada de blando o de impulsivo. Ante la conciencia de la República, aquel laureado de la oposición general, inscrito en el cuadro de honor de la época, el super ego sólo podía inclinarse. Su filiación era la mía, las Luces y la República; su perfil, racionalista y riguroso. El inconsciente se oponía, encontraba en aquella figura de Justo, tótem de las élites, un no sé qué de insípido y de poco sexy; de demasiado limpio. ¿Era el lado “prefecto de las costumbres” del padre severo? ¿O el poco atractivo que inspira el virtuoso que ya no corre ningún riesgo? Austeridad, rectitud, honradez, estimación de experto, ciertamente; pero comodidad también. La moral hecha política nunca ha hecho una política, salvo algunos meses en Matignon. La Historia ha dado su veredicto, injusto. Mendès France fue un hombre de pro, que no fundó ni una república, ni un partido, ni una doctrina; aquel rebelde no trastocó de manera durable ningún interés establecido. Como si se excusara por actuar, mejor politólogo que político, un poco demasiado Antígona para mi gusto y no suficientemente Creonte. ¿Qué parte asignarle en aquel melancólico al rechazo de medrar, más que honorable, y cuál a una cierta voluntad de impotencia, que lo es menos? De lejos me parece (pues por así decir nunca nos encontramos) que este alumno modelo, que seguro que no iba al cine por la tarde, tenía más inteligencia que psicología. François Mitterrand no era “Coco de Oro”, de acuerdo. Pero a mi modo de ver tenía menos frío en los ojos porque se atrevía a obrar, aceptar los sufragios comunistas, hablar de revolución en público y de policía en privado. Sobre todo le veía más relieve y más biografía. Hombre de principios, Mendès tenía demasiados para meterse con la pluma, las sombras en el cuadro, la chusma y las mujeres bonitas. Aquel hombre rigorista, que se interesaba demasiado por las ideas y no tanto por las formas, no tenía ojos para los claroscuros, los marginales, los fuera de juego. El gusto por los seres extravagantes que tenía el guardabosques de las Landas, y la libertad de su vida personal me enmascaraban su lado políticamente más esperado, clásicamente maniobrero. Mendès escondía sin duda más extravagancia bajo su existencia más conformista. Fuera lo que fuese, mi rechazo instintivo de las almas buenas me inclinaba hacia el amigo de los escritores, esos canallas que van al grano, a lo más negro de la vida, y me alejaba de los profesores que se andan por las ramas con una regla y un compás. Además el abrazo dado al hermano pequeño por el hermano mayor, bajo las arañas en fiesta del Elíseo, después del

anuncio del fin de los tiempos, se me reveló como el homenaje de la *virtù* a la virtud.

Favorecida por el avance en la muerte, menos expuesta a la farfolla de lo que dura, la memoria de Mendès durante mucho tiempo le hizo sombra, entre los puristas y las vírgenes, a la de Mitterrand. Pero seamos justos. Si tuvieron el uno y el otro una envergadura histórica, y fuera de todo énfasis, ninguno de los símbolos de la izquierda francesa del medio siglo habría hecho resonar en los corazones y en el mundo la pequeña nota heroica, como Saint-Just o de Gaulle. Mendès habría podido ser el gran intendente del general; para inventar su propia leyenda le habría hecho falta a aquel hombre de temple “una mínima vena de locura”, una parte irracional, un sueño alocado y bello. Que haya devotos para forjar unas vidas paralelas entre un sabio y un genio muestra hasta qué punto el espíritu de lo serio puede conducir al delirio de los politólogos. Nadie alcanza lo sublime sin rozar lo burlesco. De Gaulle estaba tocado: oía voces, hablaba a los muertos y de sí mismo en tercera persona. Un gran hombre es un barroco serio, lo bastante tenaz para desarmar las risas. La epopeya cómicoheroica de la Francia libre comienza con unas cuantas gracias, y cuando René Cassin, antes de firmar la primera convención jurídica que unía a Gran Bretaña con los tres pelados de Carlton Gardens, en junio de 1940, pregunta a de Gaulle: “¿En nombre de quién firmo, mi general?”, y se oye responder: “¡En el nombre de Francia, Cassin!”, miró a su alrededor para asegurarse de que ninguna persona en su sano juicio fuera testigo de la escena. Les habrían tomado por dos locos furiosos. Hasta el “¡Viva Quebec libre!” de 1969, de Gaulle fue grande por sus salidas de tono y sus extravagancias.

Nuestro abogado, casi demasiado inteligente, habría dado el menos intelectual de los presidentes de la V República, y ahí fue donde enseguida me apretó el zapato, desde 1983. “El intelectual es aquel que ordena su vida alrededor de una idea” (definición alta del espécimen, aunque idealmente exacta), y él vivió, en lo que a esto respecta, en el desorden. Es a las propias ideas a lo que parecía insensible. La visión estética del mundo que me había seducido en el observador me repelió enseguida en el actor; el arte por el arte, en esta materia, permite durar, no crear. Habíamos sido víctimas de un *quid pro quo*. Lo creí un táctico por táctica; y lo era por carácter. Le atribuí un oportunismo de método; sería su

destino. Había admirado al refractario a las verbosidades; sospechaba que lo era también a cualquier pensamiento amplio de la Historia. Contrariamente a la sabiduría, a la sagacidad no se le oye hablar. Pero la agudeza, la rapidez de la ojeada crean una lucidez de corto alcance. Una buena nota, una mala nota, es lo mismo. El antiintelectualismo, en resumidas cuentas, es una cosa demasiado seria para permitírsele a simples empiristas. El suyo me había parecido dar prueba de una valerosa libertad de espíritu, mezclada con dandismo y astucia: revelaba una alergia a la síntesis, y me temo, a la propia idea de verdad. Por su lado, como yo le redactaba discursos con ritmo y puntuación, se creía apoyado, situación clásica, por el “universitario que sabe escribir”; yo no “redactaba”: yo sudaba sangre y lágrimas para traducir ideas-fuerza venidas de las entrañas en lirismo prefectoral. En el fondo me había tomado por un literato haciendo carrera, tras un rodeo por el exotismo: “Ya verá, Régis, cuando esté usted en la Academia, sí, sí, no proteste...” Yo protestaba, él reía –sin malicia. Cada uno su profesión. La mía era pulir las frases, hasta el birrete. Que se puedan tener convicciones o, peor, un pensamiento un poco organizado del mundo y de la Historia indicaba o una coquetería suplementaria, vuelva a la casilla anterior, o un antojo peligroso, véase más adelante, casilla “ideología”, humo tóxico. Para esta familia de ingenio, un filósofo nunca es otra cosa que un escritor impedido. Encontrándose a gusto en compañía de la gente de letras, por lo incisivos en el detalle y fáciles en el fondo, achacaba mis asperezas a una falta de humor, una vaga misantropía, una susceptibilidad excesiva, ignorando que si las palabras son anguilas, las ideas, como las piedras, tienen aristas.

Su paso por Vichy y las revistas “teóricas” de la revolución nacional, en las que había colaborado, no sin aplicación, lo habían vacunado sin duda contra las doctrinas, hasta el punto de identificar, escaldado, cualquier idea general con un extravío dogmático. Es un elemento de explicación. Queda que sus primeras contribuciones, en 1942 y 1943, en la *Revista del Estado nuevo* y en *Oficio de jefe* revelan, bajo una fraseología de época, una constante que se amplificará: detrás de una mística de lo carnal, un rechazo orgánico a esa herramienta para hacer historia que llamamos la “abstracción”. “El error extraído de mis libros de historia”, escribía bajo la Ocupación, “y que me había enseñado a colocar a la patria entre los ideales me había llevado poco a poco a viajar a la abstracción. Y rápidamente se habían descolorido, momificado, unos trazos robustos y altivos.” Treinta años más tarde, socialista

oficial, el amante de la gleba persiste y firma, relegando a los amigos de la idea entre los elfos de quimeras: "Una cierta idea de Francia", la expresión es del general de Gaulle, "no me gusta. No necesito una idea de Francia. Francia, la vivo". Trivialidad de adolescente esta antítesis entre lo cerebral y la verdadera realidad vivida, lo frío y lo caliente: si hubiera hecho un mes de filosofía, en COU, habría sabido la diferencia entre razón y sistema. Pero los escritores de la derecha sensible, desde Barrès, consideran la clase de filosofía como un lugar de perdición, y a los maestros republicanos como castradores de energía. Nuestro joven desarraigado no tuvo su Bouteiller, ni su Renan. "Pequeño feroz" en estado bruto, sin intervención de un pedagogo, pudo dar rienda suelta al "culto del yo". El instinto es natural, el argumento artificio. De ese salvajismo asentado, hereditariamente burgués, resulta una concepción escéptica y despectiva del oficio, según la cual la política no tiene por qué preocuparse de lo Verdadero, a reserva de caer en lo peligroso o lo aparente. "O bien, pensamos, la verdad es lo que yo creo y que impongo a todos, o bien la verdad es lo que conviene y me sirve; asunto de fanático o, si no, de circunstancias; en ambos casos, pamplinas." Así razonan los literarios, esos conocedores del alma humana a quienes no se la dan con un razonamiento. Sabor, sí; saber, no. Conclusión: navegamos a ojo, de manera aproximada, o nos vamos a pique. Excelente para el cabotaje de puerto en puerto. Para alta mar se necesitan instrumentos.

Un detalle habría tenido que ponerme la mosca detrás de la oreja: en sus círculos concéntricos de amigos de cincuenta, treinta o diez años, ningún "desarraigado superior", gran universitario, investigador, enseñante. La universidad, un aparcamiento de juventud, sólo los mediocres se quedan (el hombre de teatro, en Jack Lang hacía olvidar al profesor de derecho). Atrapado entre religión y literatura, el mundo austero de la Educación era para Mitterrand terreno extraño, como el racionalismo laico y la búsqueda desinteresada de lo Verdadero. Al visitar Alemania eligió a Jünger frente a Gunther Grass; y habla con total seriedad de los videntes, los curanderos indonesios y de los torcedores de cucharas a distancia. De la Escuela, ese espiritualista no tiene ni la mística republicana ni la experiencia del becario –ningún respeto por las entrañas. Un asunto social entre otros, como la salud y la vivienda; un sector más que gestionar, que supervisar, que ablandar –profesión Presidente obliga. En el hombre entregado al concepto, herramienta operativa, asidero del mundo, desenmarañamiento y penetración, sólo ve un pedante o un doctrinario, Diafoirus o Ro-

bespierre. Para ese prejuicio de sensibilidad, cualquier visión filosófica es violín o guillotina, deseo piadoso o presunción. Los dos primeros años en el Elíseo yo organizaba por él almuerzos no de gala, sino de trabajo agrupando por temas precisos a algunos "grandes intelectuales": Fernand Braudel, Simone de Beauvoir, Louis Dumont, Pierre Nora, Claude Lanzmann, Pierre Vidal-Nacquet, Michel Foucault, y otros; o encuentros sobre zonas sensibles: la India, la URSS, el Islam, con especialistas, historiadores y sociólogos; el encargo se volvió una carga. Desconfiado, temiendo que le colaran un *a priori* a los postres, eludía cualquier discusión a fondo. Resultado: mundanerías pretenciosas; ni rentables, porque no había fotografías, ni provechosas, porque "cuando llegue el momento ya veremos". Y volvimos a lo agradable: Françoise Sagan, Antoine Blondin, François-Marie Banier: estilo, anécdotas, encanto y causticidad, las verdaderas raíces; más, para las recepciones de la tarde, el todo París de las letras y de las artes, trivial atributo concedido al ministro de Cultura, formidable gancho. Había fracasado. El lector de *La Table Ronde*, de *La Parisienne* y de *La Revue des Deux Mondes* no se metería nunca con *Temps modernes*, con *Esprit* o con *Débat* (sin que nadie le pida que llegue hasta *Annales*, *Hérodote* o *Mots*). El camino de los saberes estaba cortado. Se acabaron las grandes perspectivas. Habría que areglárselas con los sofistas de la "nueva filosofía", los panfletarios derechistas que tienen buena mano y cabezas buscadoras con olfato. Para ellos los papeles principales y los otros.

La Compañía de Jesús nos habría arreglado todo eso. Pero, ¡ay!, curas de Angulema y maristas del "104" no estaban a la altura. Definir, clasificar, distinguir, ordenar; proceder por etapas y divisiones; oponer, eliminar, reunir: esas precauciones se aprenden desde la infancia, en los Padres. Es la razón de una educación clásica. Contrariamente a la leyenda, aquel literato no tuvo una seria. El heredero prometedor fue abandonado en la facultad de derecho y a su talento: demasiada sutileza, insuficiente sistema. Es de Gaulle quien tiene el estilo jesuita: claro, nítido, dominado. A pesar de lo drapeado y lo sonoro, una lengua militar, sin trampa ni *sfumato* ventajoso; señal de una organización racional del trabajo y de un método de mando probado, con escalones jerárquicos, coordinación por jefes de estado mayor y reparto de competencias por despachos. El oficio de la guerra lo exige pero la abogacía puede prescindir de ello. Al no tener ni la formación militar ni la cultura organizativa del jefe de empresa, Mitterrand no pudo suplir con una experiencia práctica de la nitidez su falta de educación abs-

tracta. En ese caso, Lamartine reina, “el estilo es el hombre”. Hablo con conocimiento de causa: el cuidadosamente descuidado, el abandonado prudente, los fui haciendo míos por el camino. Alto funcionario desde 1981 para las profesiones de fe, para las arengas de Cancún y, en otras partes, para las respuestas diplomáticas al Tercer mundo embarazoso, me deslicé enseguida, con la ayuda del aprendizaje, de la oratoria a lo íntimo e incluso a lo intimista. Al final del primer septenio, yo practicaba el Mitterrand sin parar y devorando kilómetros. Según el esquema habitual de las entrevistas de prensa “vayamos más lejos con”: preguntas escritas previamente, respuestas subcontratadas a un esbirro, y por último fotos de un gran periodista con el Presidente bajo los árboles (para sellar la autenticidad del conjunto). Aún redacté, antes de su reelección, para una gran revista de actualidad, una larga confesión supuestamente oral y transcrita del magnetófono, con suspiros y observaciones accidentales, que el presidente releyó sin suprimir ni un “eh” ni un “ah”. Directamente del clon al cliente. Hacer es-lalon sin tropiezos, repetirse si es necesario; no cerrar ninguna puerta, tres puntitos, yo qué sé qué más: zigzaguar, sobrevolar, sugerir; temas y variaciones, espirales, fintas. No asestar nada, no asumir nada; nada de espinas, lo enderezado, lo fluido, lo vaporoso. Y que cualquier fórmula en la primera página pueda ser compensada en la segunda por otra de sentido contrario, que la anule. Así, a cualquier cita sacada de contexto se opondría otra, contradictoria aunque complementaria, en un desmentido que no lo sería del todo. ¿Cómo le tiraría yo la piedra a mi inasible patrón? Nunca habría podido introducirme en su sombra si sus dobles fondos, sus evasivas no hubieran sido los míos, por un cierto lado. Él, al fin y al cabo, era mi otro yo, mi sosias aumentado y astuto, el alter ego del foro: un filósofo no está hecho de piedra ni de ideas puras, sería demasiado hermoso.

Nadie gobierna inocentemente, algunos gobiernan profundamente. Un de Gaulle coge las cosas por la raíz; un Mitterrand, por las hojas. Tener principios está bien; remontarse a los primeros principios es mejor; y esto aclara aquello. Las quejas contra el florentino de Jarnac nos han apartado de lo esencial: una cierta carencia de radicalidad. ¿Los que se obnubilan con la “parte de sombra” no son ellos mismos los que dejan la presa para la sombra? Ninguna laguna de memoria, ninguna mancha negra escapará a los sabuesos, salvo quizá el vínculo que une déficit de valores y falta

de rigor; culto al capricho y “cultura general”. Lo que se le inculcaba con ese nombre al estudiante de derecho de los años treinta, como en la actualidad a los candidatos al gran oral de la ENA, es una soltura verbal que confiere a generalidades de buen tono el barniz de un humanismo comodín, tanto más conveniente cuanto más impreciso. Un poco escaso para saciar un gran apetito de comprender, cuando todo se tambalea. Gracias al campo de concentración y a los años negros, que lo emanciparon, nuestra semilla de jefe pudo añadir a esa sopa demasiado clara la experiencia del caos y algunas lecturas personales. Pero la intriga y la artimaña acapararon demasiado rápido al escritor fallido, después de la Liberación, y no profundizó en nada. Este crecimiento acelerado dio a luz un ser mixto, necio y mordaz. Escritura vigorosa, pensamiento aproximado. Salta del detalle malvado, bosquejado del natural, el apunte del novelista, a la generalización piadosa, sacada de los periódicos o de la sabiduría de las naciones. Escuchando o leyendo a este fino ingenio se va de la pepita al cliché, soñando con una parada en alguna parte entre Jules Renard y el Eclasiastés, o respirar novedades de término medio, más practicables. Nada como una trivialidad, es cierto, para parecer profunda: el “dar tiempo al tiempo” durante mucho tiempo deslumbró a la crónica que ignora que ese dicho español, *dar tiempo al tiempo*, es un tópico por el que ningún bachiller se atrevería a poner las manos sobre el fuego más allá de los Pirineos. En materia internacional, que es la más importante, la altura sentenciosa dará por ejemplo la “eterna oposición” entre persas y árabes, la dureza de los imperios para con los débiles, “Francia es mi patria, Europa es mi porvenir”, “El equilibrio de fuerzas entre el Este y el Oeste”, única clave de la paz”, etc. ¿Pero qué entiende por esas “fuerzas”? ¿Las panoplias militares? ¿Los materiales, fuerzas muertas? ¿Las economías, las culturas, fuerzas vivas? ¿Qué quiere decir entonces equilibrio, y cómo calcularlo? ¿Y la disuasión del débil al fuerte no estaba ahí precisamente, para anular las viejas nociones de equilibrio como paridad aritmética? ¿Qué quiere decir el Oeste, en realidad, y el Este, históricamente? Un “hombre cultivado” no interroga a la *doxa* de su medio; no le da vueltas a los lugares comunes de su época, los que sirven para argumentar pero sobre los que no se argumenta. Sondear las palabras, desconstruir las evidencias, repensar lo usual de nuevo fresco consiguen lo urgente, desembocan en la paradoja y chocan con el sentido común. La desviación al prejuicio no es “políticamente rentable”, pero será justamente él quien distinga, medio siglo des-

pués, al gran político del hombre de la Historia. El primero moderniza las respuestas sin cambiar las preguntas, el segundo cambia de problemática y salta al siglo siguiente. Frente a la deriva de los continentes, de Gaulle se remonta a las causas e inquieta, Mitterrand corre tras el efecto y tranquiliza.

Los abogados no están hechos para descubrir nuevos mundos, ni guerrear en los confines. El golilla saca partido de los códigos existentes, sin forjar otros. Se trapacea, se contemporiza, se arregla; se negocia el mal menor en la rinconera de una ventana; se salvan cabezas, una por una, caso por caso. Sin visión de conjunto; sin poner en cuestión las prácticas. Poca imaginación, mucha marrullería. Cultura de cumplido, donde se acaba por creer que a los hombres se les coge por las palabras y a los toros por el rabo. Aquel jurista nunca colgó su traje: no tenía necesidad de ejercer, la abogacía la llevaba en el alma. Su política extranjera no fue la continuación por otros medios de la guerra, que detesta, sino de la abogacía, de donde salieron tantos talentosos superadaptados, para quienes entrar en política equivalía a pasar del Palacio a los palacios, de una bohemia acomodada a otra. Así se hacía bajo la IV República; pero en la ortodoxia de este período sólo se vio, en medio de los altos funcionarios de la siguiente, que al herético de la V. No era un rebelde sino un anticuado. Confundí al uno con el otro.

No es extraño que un licenciado en derecho, un notable enraizado, aunque entonando el “cambiar de vida” del momento, estribillo tonto y fugaz, no pudiera nunca romper en su fuero interno con el marco de pensamiento de su medio. En política internacional, de Gaulle podía nomadizar porque se había vuelto libre con respecto a las fórmulas de su tiempo; sedentario, amigo de los planisferios rosas y de los oteros, mejor geógrafo que historiador, Mitterrand tergiversa y compone. Prefiere andarse con rodeos con los efectos secundarios que hacer añicos las causas primeras. *Contra* los abusos, *dentro* del sistema. Resistir al Mariscal, sin cortar con Vichy; hacer evolucionar el colonialismo en el África negra, sin arriesgarse a una franca descolonización; templar la arrogancia americana, entrando en el rebaño de la OTAN; moralizar el dinero que todo lo ensucia, halagando a la cesta de la compra y botando a Tapie. El “sí pero” es su inclinación natural. Supo superarla, y ese endurecimiento le honró, por su no a de Gaulle en 1958 y sus veinte años en la oposición. Clamó bien alto su hostilidad a la pena de muerte, en 1981, en vísperas de un escrutinio decisivo. Es la prueba de que aquel hombre táctico tuvo sus conviccio-

nes. Y sin embargo ese “pese a nosotros” del orden establecido dará lugar a un inconformista finalmente conforme. Los burgueses emancipados son así: originales a medias, rebeldes que van a misa. Se tiene más de una casa, pero se vuelve a dormir a la propia. Se abandona sin romper, se va uno sin divorciarse: la familia es sagrada –y cómoda. Así se acondicionan vidas privadas tan heréticas como ortodoxas. Algunos se deciden, cortan los puentes. Él conserva un pie en tierra, en la otra orilla. Rubicón, ¿y eso que és? Donde se denuncia un doble lenguaje cínico e intencionado yo veo más bien un impedimento casi físico, y social, de quemar las naves; la leve esquizofrenia propia de las semidisidencias, a quien infunden respeto los poderes de hecho, las capacidades y las fortunas que se ofrecen. Atípico en el estereotipo, sabiendo por instinto hasta dónde no llegar tan lejos, un lamartiniano devorado por la maniobra que inspira la misma ambivalencia a los demás que la que inspira él mismo. Un vaivén, a la izquierda, de esperanzas y de decepciones; a la derecha, de inquietudes y de alivios. Alrededor de ellos, mientras viven, todo está mitigado, apoyo y oposición. En su conducta, nada realmente entusiástico, nada demasiado grave tampoco. Sus partidarios no se dejarían matar por ellos, no más que sus adversarios contra: eso se equilibra. Los únicos irreductibles, en contra o a favor, son los necios que no han comprendido bien. La embestida en el interior de los consensos no deja de tener sus ventajas inmediatas, para dividir el campo contrario y proceder en el propio a las adhesiones mayoritarias –las instituciones más los banqueros, los enfermeros más los grandes patronos, los raperos y los carcas. Para lo póstumo y el largo plazo, la semimeditada tiene inconvenientes.

Transformar una debilidad, el eclecticismo, en capacidad exige sangre fría y un ápice de aplicación. Se requieren dos virtudes, que son también dos técnicas: la compartimentación y la indiferencia. La primera regula el actuar; la segunda, el sentir. Por muy superdotado que estuviera el invulnerable en una y otra, las dos cosas combinadas convierten cada día en una ascesis. Entrenamiento del alma y del cuerpo, que hace del arte política una de las bellas artes y eleva al virtuoso casi a la categoría de un Marco Aurelio, excepto el imperio y las *Máximas*.

Un alto funcionario o un jefe de Estado corriente apenas si tienen necesidad de esta disciplina personal puesto que separan su vida política de su vida privada –separación normal desde el mo-

mento en que el Estado se diferencia de la familia, como sucedió entre nosotros entre la edad feudal y el inicio de la monarquía centralizada. Nuestro demócrata es un Valois: de la cámara a la antecámara, del despacho al camarín, el serrallo es omnipresente y sin rodeos. Eso se llama "personalizar las relaciones". Fusionando servicio y vasallaje, aviva el psicodrama a su alrededor; y en la nebulosa llamada entorno, la carrera por los puestos se agudiza en carrera por la proximidad. Un fin de semana en Latché, Pentecostés en Solutré, el domingo por la noche en la calle Bièvre, era hacer puntos. No estar era retroceder tres casillas. Desconcierto perpetuo en la Corte y casa de tócame Roque en el Castillo. En aquella jaima de emir un poco perverso, reclutada al azar de la suerte, "la Casa del Presidente", según la apelación protocolaria, cancillería, harén, escolta y cargo no tenían fronteras claras, de manera que cada consejero, hombre o mujer, llegaba a preguntarse si estaba allí como legista, sicario, confidente, poeta, chambelán, loco, favorito, prometida o repudiada. Circulación e incertidumbre mortíferas. Depresiones, crisis nerviosas, suicidios. Algunos se volvieron majaras, la mayor parte se volvió chupona, una élite sirvió.

El ejemplo venía de la cima. Si aquel Príncipe hubiera sido el calculador sin entrañas que dijeron, su gabinete sólo habría estado poblado por administradores y expertos. Aquel arca de Noé maridó lo peor y lo mejor porque aquel hombre de clan más que de Estado mezclaba siempre, peligrosamente, lo personal con lo funcional, la connivencia con la competencia. Aquel hombre frío funcionaba con lo afectivo –para lo bueno y para lo malo, fidelidad y nepotismo. Conducía con las riendas flojas aquel voluminoso cafarnaún, cerraba los ojos, esquivaba, perdonaba. Habría sido necesario que un amigo matara a su padre y a su madre para encontrarse con la puerta a la Corte cerrada. François de Gros-souvre, el acólito de los días malos soportaba en el otoño de su vida una febril campaña de desprestigio, en la que se mezclaban confidencias, resentimientos, hechos exactos y fantasías. Conservó coche, despacho, apartamento y teléfono en Palacio hasta la venganza final: el suicidio acusador, delante de las narices de su señor demasiado lejano. Creo, no obstante, que fue por buen corazón y delicadeza por lo que el señor de la casa, informado de todo, lo conservó hasta el final bajo su techo, para no humillarle. Reflejo de "padrino", quizá; generosidad, desde luego. Ambos no son incompatibles.

Cuando una vida ha cogido en un nudo tantos hilos eléctricos, cada paso en falso os pone a merced de un cortocircuito. Hay que

unir y aislar a la vez –aislar al principio para poder combinar los hilos, a la salida. La divisa de semejante revoltijo es “dividir para sobrevivir” –complacer viene luego, reinar será regalo. Si Badinter se encuentra con Bousquet en el almuerzo, Omar Bongo a la madre Teresa en el salón, o el gran maestro francmasón al hermano Roger de Taizé en el vestíbulo, es el *lapsus linguae*. El patrón tiene que templar todas las gaitas, pues cada uno tiene su competencia y tendrá, o ha tenido, su circunstancia. Para que todos tengan parte en el juego, cada peón debe convencerse de que es favorito del jugador de ajedrez, el único que guarda el verdadero pensamiento del reino. Así pues, cuidado con los horarios, con los planos de mesa, con los itinerarios: un cruce sucede tan deprisa. Una jornada presidencial es una obra de Marivaux, un *Così fan tutte* de cómplices y aparecidos, unos portazos apagados de puertas talladas en la pared entreabriéndose y cerrándose por turnos en un despacho mal iluminado; es máscaras y “bergamáscaras”; carpa y conejo; una embriaguez picaresca, una metamorfosis a voluntad, una divina representación de papeles. Júpiter se realiza en sosias. El poder supremo es la desmultiplicación máxima, el más alto gozo: ser varios, por todas partes a la vez, fisgón de mil ojos, saboreando en el espejo la hilera sin fin de sus dobles burlones. Representar cada día *Anfitrión* exalta las fuerzas vitales: embriaguez nietzschiana, ubicuidad de superhombre inaprensible. El resistente de los pseudos haciendo malabarismos con sus contactos y sus máscaras se junta con el Presidente saltando de Consejos de defensa a su pisito de soltero, de ceremonias radio-televisadas a calaveradas pillinas. El hombre más a la vista de un país se reúne así con el más secreto; todo jefe de Estado tiene disfrutes de conspirador; y Mitterrand fue casi tan feliz de un castillo al otro, como el joven Morland en moto de una red a la otra.

¿Es de aquella época de la que conservó ese gusto muy mauriciano del susurro, de la palabra insinuada entre dos puertas, del aparte capital? Estirado en los cónclaves, las comidas de cumplido, las reuniones de cien personas, liberado por el conciliábulo, reidor y distendido en los encuentros íntimos, aquel Presidente tan comedido quedará en mis recuerdos como ese que, cuando se dispersan en el vestíbulo del Elíseo los invitados de un almuerzo de trabajo, os da una voz doblando el índice, o bien os saca aparte con un gesto: “Quédese un minuto, Régis, tengo algo que decirle...”

Semicapacitado, a la larga: el tramposo, es el riesgo, acaba ahogado en su trampa. Sucede que el laberinto a la Feydeau desemboca en un callejón sin salida, y que por querer tener todos

los hilos en la mano uno se enreda dentro. El “asunto Greenpeace” fue el ejemplo tragicómico de que demasiado secreto perjudica la acción secreta misma. No tanto la propia operación, idiota desde su principio, desmesurada en sus medios y desbaratada sobre el terreno en Auckland por un imponderable, como su revelación por cajas chinas, que tuvo al país sin aliento durante seis meses. Habría bastado con que el Presidente reuniera alrededor de una mesa a las cinco o seis personas que habían tenido que ver con aquel montaje para aclarar el embrollo en veinte minutos. Esa puesta en claro nunca tuvo lugar, suponía un cara a cara. Al mostrar mi extrañeza por ello ante un general amigo mío, bien situado, el muy astuto me hizo comprender sonriendo que el patrón sería el primero en sentirse incómodo por una reunión así. Pues habiendo, a unos días de distancia, respondido con un sobrentendido a Lacoste, el jefe de la DGSE; con otro, diferente, a Hernu, el ministro; y con un tercero al jefe del estado mayor particular, cada uno se habría vuelto hacia el autor de aquel desorden. Creyendo al otro en el ajo, nadie soñó en ponerle música a los silencios a medias presidenciales. Sutil partida de escondite de la que salió una criminal estupidez, y se hizo cargar con el mochuelo a lejanos “almirantes del Pacífico”, de espíritu liberal pero supuestamente infantiloides, y al verbo “anticipar”. Falta de método. Es el mismo que encontramos en el estiaje diplomático, en la reticencia monárquica con respecto al *debriefing*, que exige todo un aparato administrativo. Nada más terminar una reunión privada con un homólogo extranjero, un jefe de Estado o de gobierno informa a su ministro y a sus colaboradores de lo que se ha dicho, con el fin de que éstos hagan llegar lo esencial a todos los eslabones de la cadena afectada, hasta la embajada en el lugar. Saliendo de esas entrevistas como si nada, el Presidente amigo de tapujos dejaba a sus diplomáticos en la vaguedad. Tenían que mendigar un poco de información ante el intérprete que tomaba notas (obligado él mismo a la discreción); incluso tirar de la lengua al día siguiente a un subalterno japonés para saber, en inglés, lo que el Presidente francés había decidido, rechazado o sugerido al primer ministro de Japón. Es humillante –y “aficionado”. La retención de información, viejo truco feudal para acrecentar o conservar el poder, es un vicio contagioso. Transformaba a cada consejero y a algunos ministros en pequeños seres tenebrosos paseando por la ciudad su misterio para acreditar su importancia. De ese modo el embrollo llegó a ser en el Elíseo una cultura colectiva, a contrapelo de las técnicas modernas de la decisión y de

la comunicación. Las personas lógicas que por entonces concibieron el proyecto de un "Consejo de seguridad nacional" a la francesa chocaron contra un *non possumus* caracterológico que habría parecido absolutista a Luis XIV: para tener las manos libres, y ninguna otra obligación que para conmigo mismo, tengo que conservar la boca cosida, acumular el mayor número de secretos posible, oír sólo pareceres con cuatro ojos. La distancia es el abc del mando; el enigma por el enigma es la majestad barata: un erróneo buen cálculo. Nietzsche decía que los verdaderos nobles son "los verídicos, los que no necesitan disimular". Si los grandes políticos se reducen a grandes simuladores, no actuarán bien como grandes señores.

Con la indiferencia, ese agnosticismo del corazón, tocamos lo más íntimo, la última zona de sombra, donde perdemos pie. Ese no sentimiento no impide las amistades, los amores, los apegos; los multiplica, los acrecienta sin gastos; manteniéndolos a distancia, bajo control, hace menos costosa la felicidad. No depender nunca de los afectos, destino de los apasionados, eso facilita una cierta perseverancia del corazón, como la desimplicación permite evaluar más certeramente los accidentes del terreno. Nuestro elegido domeñó ese difícil arte: que la gente se encariñe con él, sin que él se encariñe con la gente. Se tensa por curiosidad, se afloja por cansancio (los gastos de seducción dejan el corazón agotado), pero el desinterés agarra el anzuelo *in extremis*. Soberanía desdeñosa por una nivelación de los candidatos a la captura: ¿él u otro...? Y ese alisado se extiende de los individuos a las situaciones, de las situaciones a las finalidades, rebajadas por la soberbia. Todo es igual, todo viene a ser lo mismo. El soldado de la *Wehrmacht* y el FFI, hermanos en el valor y el patriotismo. Blanco o negro, Pétain o de Gaulle, derecha o izquierda, ¿qué diferencia? Ni aprobación ni adhesión: se toma, se pasa, se deja. Y se almacenan los seres, por si acaso. En las almas corrientes la indiferencia es una indolencia; o aumenta con la edad, como un *taedium vitae*, un decaimiento. En aquel flemático siempre emprendedor, el desapego fue una insolencia y una fuente de energía.

Al viejo que le montaba una escena, anunciando que iba a matarse si seguía tratándole con frialdad, el Presidente, silencioso durante todo el tiempo, habría respondido solamente: "Esté seguro de que asistiré a sus exequias". Eso es lo que contó Gros-souvre a un confidente, la víspera de su suicidio. Exacto o soñado,

ese laconismo es digno de lo antiguo y de las concepciones estoicas de la acción. El sabio asiente a los acontecimientos del mundo. Exento de toda caída, el emperador ve con un mismo ojo la gloria y la ausencia de gloria, la salud y la enfermedad, al amigo vivo y al amigo muerto. Aspirando sólo al dominio de sí mismo, el maestro se limita, para lo demás, a los comportamientos convenientes: honrar a los dioses, despachar los asuntos y enterrar a los amigos. Al cumplir su deber de *apatía*, el estoico agudiza su voluntad; consiente tal o cual acción pero no quiere ni constreñirse ni encerrarse en ella. Despreocupado de todo lo que no depende de él, buenos o malos vientos, traición de los cómplices o fidelidad, salvaguarda su fuero interno, que sólo depende de él. “Solamente eso te pertenece: representar convenientemente el personaje que te fue confiado.” La indiferencia nutre la “paradoja del comediante” de Diderot: “No es su corazón, es la cabeza la que hace todo. A menor circunstancia inopinada, el hombre sensible la pierde; no será ni un gran rey, ni un gran ministro, ni un gran capitán, ni un gran abogado... En la gran comedia, la comedia del mundo, todas las almas cálidas ocupan el escenario; todos los hombres de genio están en el patio de butacas”. Aquel insensible solícito jugó su juego a caballo entre candilejas: tribuno echando fuego por los ojos sobre las tablas, desengañado de mirada fría en el patio de butacas. Talleyrand observa a Gambetta de soslayo, esas dos medias mentiras crearon la verdad de un hombre. Duplicitad, grita la *vox populi*. No, desdoblamiento, responde Diderot, es la representación que corta en dos. Leed a Retz cuando aconseja que hagáis ver que se lleva a cabo una acción que otros podrían reprocharos no haberla hecho en absoluto, no haciéndola: de ese modo llamó a Condé, su enemigo, en su auxilio; de ese modo Rocard fue ascendido a Matignon. Mitterrand, apolítico de corazón, hará todo el tiempo una política de cabeza –ese fue su genio, y su límite. ¿Podía siquiera confesarse lo que esta distancia para consigo y los demás encubría de descreimiento profundo? Moderado en todo, salvo en nihilismo –su único principio radical.

La longevidad deteriora. ¿Quién va a entrar en las memorias? No un fundador. Ni un justo. Un gran carácter, curiosamente realizado por raquíticas acciones. Grande por la firmeza de ánimo, la resistencia a los golpes, los obstáculos salvados, y sus propia paradojas. ¡La Bruyère burlado! ¿Qué microscopio de moralista clásico podría

encuadrar al audaz timorato, al *condottiere* centrista, al delicado despectivo, al calculador imprudente, al cauteloso brillante, al virtuoso metepatas, y así sucesivamente? El hombre oblicuo toma nuestros encasillamientos al sesgo, desarma nuestras antítesis, sustituye el o por el y. Arreglaos con eso, mis gatitos. Yo he reinado.

Y nosotros, los húsares, los veteranos amotinados por una campaña de Italia, lo hemos amado –tanto más cuanto que él no nos amaba. Hemos seguido saltando de impaciencia a ese Kutuzov alucinado como Bonaparte, porque nos prometía las llanuras magníficas, y que pasaríamos los Alpes tras él para reunirnos con Fabrice en Milán y dar con las duquesas en Parma. Le dimos nuestra fe, a él que tenía poca. Europeo ciertamente convencido pero socialista de ocasión, que se hizo elegir, en 1981, sobre el socialismo y no sobre Europa, y ondeó luego en la superficie de las cosas. Encontrarse al término de aquella Larga Marcha –1965-1995– en Charente interior, Chardonne como Stendhal, fue la desilusión de una generación distraída. “Nos habíamos vestido para otro destino” –no para una carrera, ni para este regreso a la tierra. ¿Hay que estar resentido contra él por esta humillación? Impedimento para las almas, a distancia, el radicalsocialismo respeta al menos las vidas y los cuerpos. Los cruzados tenían un ideal, Lenin también, ¿Mitterrand no? Felizmente, en algún sentido. Eso ahorra los muertos, los sacrificios inútiles. Cuando falta el Absoluto falta el heroísmo pero también las calamidades, y la parte de sombra sigue siendo benigna: bajo aquel sátrapa bonachón, legalista y tolerante, ni se mató ni se secuestró ni se proscribió. Ni torturas ni máscaras de hierro ni mazmorras. Escuchas telefónicas y jugarretas judiciales: en materia de príncipes, se han visto peores. Dejemos aquí los moralismos gazmoños y nuestras decepciones más o menos vanidosas, nosotros, a quienes la Sanseverina ha dado el enésimo plantón. Conservemos la mirada fría. Ver a un genio de la acción enredarse en lo anodino, a un gran luchador terminar en una arena de provincias, por haber encarnado más que a sí mismo, pone triste. Lo que aflige al aficionado a las emociones es un extraordinario sentido de los medios al servicio de fines tan poco extraordinarios, en Europa, como la cohabitación y la alternancia democrática, concebidos como distribución de élites, mitad y mitad. No se trataba al principio de ocupar un ala en la propiedad del barón sino de construir otra, sin baronía. “La Historia me hará justicia”, dice los últimos días, “he garantizado la alternancia en el Estado”: sí, dentro de los moldes, sin que afecte a los del partido único. Notables de izquierdas, pues, ocupan en

la actualidad un escaño en la Trilateral y en el Consejo de Estado, tienen ficha de asistencia, dirigen periódicos y cenan en el Siglo. Que les aproveche, pero quienes les han elegido tenían sin duda otras miras en la cabeza. Al *establishment* liberal le bastó con dos septenios, dentro y fuera, para cooptar a las “nuevas capas”, anti-gueros inconformistas, nuevos conformistas. Balance positivo, ciertamente, pero, ¿para quién y para qué? Nuestro objetivo de guerra en 1974 y 1981 no era exactamente el *spoils system* y la rotación de los puestos, más el franco fuerte y una total libertad de prensa, o del dinero en la prensa. Para hacer volver a los amigos de la IV República bajo los pórticos de la V, para reconciliar la cervecería y el castillo, las élites orleanistas con los Borbones, para sustituir a los tecnócratas del crecimiento de 1960 por los tecnócratas de los grandes equilibrios de 1980, ¿había que movilizar toda la esperanza, todos los pífanos y tambores?

De Gaulle tenía mil años de historia sobre su cabeza, Mitterrand tuvo a Mitterrand, lo que no era poco pero no suficiente. A aquella autonomía un poco corta él la llamó “libertad”. Aquel irónico creyó en efecto que se llegaba a ser un hombre libre desprendiéndose de los valores y de los fines supremos —cuando es al contrario. Para quien está seguro de poder recurrir a todo (rufianes incluidos) ya no hay tabú, ahí está catapultado más allá del bien y del mal. Lo que pasa es que medios sin fines, pragmatismo sin fe, sólo hacen la mitad del programa. El Che estaba en posesión de la otra. De un continente al otro, pasé de la fe sin método al método sin fe. Es demasiado tarde para que encuentre a mi hombre ideal, el que reuniría los dos fragmentos de la tesela. La bonanza de los tiempos no se presta a ello y un gran hombre, en política, siempre es el encuentro de un gran carácter y de una gran circunstancia. Del lado izquierdo, que es el mío, no he visto a nadie de primera fila lograr esta unión del sueño y la razón, o, como diría Freud, del principio de placer y del principio de realidad, que de Gaulle supo efectuar en su orden, subordinando un romanticismo de los fines a un clasicismo de método. No hay suerte. ¿Mala serie o artimañas? Muchas fatigas y compromisos para verse finalmente reconducido al divorcio de los dos reinos, fundamento de esta conciencia desgraciada que inspira la izquierda intelectual y de la que hice todo lo posible por separarme, cayendo en las aguas sucias de la eficacia. Tal es quizá el destino del “hombre de izquierdas” contemporáneo, especie orgullosa nacida en el siglo XIX del cruce entre la Revolución como mito y el Libro como herramienta, anacronismo técnico en vías de extin-

ción en la videosfera, nueva ecología planetaria. Nos habíamos contado historias, vivíamos en lo imaginario por encima de sus medios reales. Como Francia en el mundo, la izquierda en Francia, desde 1945, viajaba en primera con billete de segunda. Un revisor charentino llegó, afable y pícaro, y volvimos como quien no quiere la cosa al compartimento adecuado. Mutis excepción francesa, mutis arrogancia. Mutis también guerra de religión. Apaciguamiento, modestia, relajación. Una democracia como las demás ¡vaya! Un giro a la izquierda, un giro a la derecha. ¡Uf! En resumen, aquel presidente socialista libró a una última generación de socialistas soñadores de un siglo de mentiras que tanto bien nos habían hecho.

Las fidelidades sobreviven a los “grandes hombres”, porque llamamos así a los pequeños que se subordinan a más grandes que ellos. Mitterrand se llevará las suyas a la tumba, o las nuestras enseguida después. Y con razón: ego sin trascendencia, voluntad sin finalidad, pasará a la posteridad como una larga estrella fugaz. Los aventureros políticos, al revés que los literarios, producen cometas sin cola. De aquél, que no tendrá muchos seguidores póstumos, creo sin embargo que sería un error hacer el chivo expiatorio de nuestras ilusiones perdidas, sin cuestionar su legitimidad. ¿El cabeza de turco de los fervores apagados, no paga acaso los platos rotos del tiempo? ¿Es él quién nos ha decepcionado, o la cosa política a través de él? ¿Era Mitterrand la ilusión o la propia política? ¿Y no era *nuestra* ilusión? Sí, el tráfico de sueños no es un delito como el tráfico de influencias, pero hace más daño, y a poblaciones enteras. Habíamos confiado nuestras locuras a aquel genio de la adaptación, nos las devolvió cambiadas en vil plomo: equilibrio del comercio exterior, Gran Mercado y RMI. ¿Teníamos pues oro en la cabeza? Gritamos traición, al ladrón. “¡Nuestros sueños, devolvednos nuestros sueños!” ¿Hacemos bien soñando todavía, y sobre estas realidades? ¿La actividad política, no consiste, trivialmente y en definitiva, en traducir la esperanza a gestión, el absoluto a calderilla, como el fotograbador transforma una superficie en puntos, un negativo en color en papel blanco y negro? *Traddutore, traditore* —sí, pero sin esa traición nuestros libros de historia tendrían muchas páginas en blanco.

Amé al seductor, al pastoril, al amigo —menos al Narciso de Estado. Las dinámicas íntimas, no las fluctuaciones públicas y consensuales. Pero al jefe que ha decepcionado a más de uno le estaré agradecido, finalmente, por esta decepción. Le reconoceré incluso sus descubrimientos tardíos (dos mil años de retraso): no hay que

dar al César lo que es de Dios; la política como religión nacional toca a su fin; no es sano confundir un sacerdocio con un oficio. Los hay más degradantes. ¿En qué consiste ese oficio? En hacerse elegir, en saber esperar, en estrechar manos, en almorzar en restaurantes, en engañar, en tejer redes, en despedir los ascensores, en soltar amenas simplezas en los estudios, en pasar revista a la prensa por la mañana y en cazar con jauría. Eran costosos malentendidos los míos, pero es una lástima para el porvenir. El tiempo de los profesionales, luego de los prudentes, ha llegado. El problema es que los profesionales, por mucha ciencia y conciencia que tengan, no tienen por una vez ninguna imaginación. En política como en otras partes, sólo los *outsiders* tienen ideas nuevas. La perspectiva de ver, en cada final de unas presidenciales, al antiguo enarca plantar cara al antiguo enarca permite presagiar duelos muy tristes.

Resumamos este período que, me temo, no hará época, tomando, para mayor seguridad, la peor de las hipótesis en cuanto al protagonista. Llevado por un resto de céfiro milenarista; “surfeando” sobre la última ola de esperanza revolucionaria levantada en Francia por Mayo del 68, último resurgimiento de la religión del siglo XIX en el XX; sirviéndose de la vieja corriente del golfo, igualitaria tanto mejor cuanto que no venía de allí, sin tomar pues las palabras por las cosas (“cambiar la vida”, “ruptura con el capitalismo”, “programa común”, etc.), un cínico perspicaz sigue el movimiento; y como tiene tozudez, lo acompaña hasta su término. Debería haberse ahogado con él, hacia 1983. Para sobrevivir, este socialista se metamorfosea, *vía* el mito Europa, en liberal a su pesar y vuelve a hacer pie *in extremis* a la orilla extrema del siglo, playa políticamente tranquila. De ese modo, una izquierda religionaria que llevaba una República y dos revoluciones técnicas de retraso sobre el curso de las cosas, gracias a este hombre-puente pudo pasar en una generación de 1848 al *New Deal*, o de Marx a Roosevelt. El vasallaje socialista saltó, en quince años, de la tendencia a la “escudería”, del militante al aficionado, del programa al sondeo, de concebir a gestionar, de la convicción a la opinión, del proyecto de sociedad a la ambición personal. En 1980 yo oía hablar de patronos, no de empresarios. En 1995 el experto socialista ya no dice “la clase obrera” sino “el factor trabajo”. Habríamos podido desear un tratamiento menos brutal, mejor controlado y sobre todo más franco, pero la gente de izquierdas tiene algo en ella bastante infatigable, bastante inmortal, para resistir a esta caída de peso, con peligro a dejar en ello un poco de su alma. Y además, ¿no había que pasar por eso, im-

pidiendo como impedía avanzar la grasa de las palabras muertas? Porque no se trata sólo de Francia, la resaca fue internacional, y la era mitterrandista, la forma francesa de una desdramatización universal, más elocuente aquí que en otras partes por haber tenido como escenario el país de Europa que pasaba, desde Marx, por “la patria de la política”. Hemos sufrido las consecuencias de una cura mundial de adelgazamiento. España, Italia, y todo la Europa latina fueron golpeadas de frente en el mismo momento. Aquí estamos, pues, más ligeros, en lo físico y en lo moral. Ese sería el contenido general de esa voluntad puramente individual, y hueca por serlo demasiado; la verdad de nuestra ilusión; o, si la Verdad definitiva de un episodio histórico no existe, al menos la que puede permitir que nos recuperemos mal que bien. “Se ruega no poner música al final de estos versos”, decía Victor Hugo a su posteridad. Un hombre de Estado hoy debería prohibir a la suya de poner Idea al margen de sus actividades. Espiritual al final de este temporal. “Nada de discursos”, pidió precisamente Mitterrand en sus últimas voluntades. Manteniéndose catorce años a flote, la ex izquierda francesa conoció un notable éxito político y un no menos notable fracaso filosófico. Esto sacó partido de aquello. No nos dio razones para vivir, nos quitó algunas. ¿Y desde cuándo, nos responderá, el papel de un gobierno sería el de dar a los hombres razones para no matarse? Ya no estamos en 1793, 1848 ó 1944. ¿Cómo quitarle la razón? El sentido de la vida, para eso están las Iglesias. A cada uno su oficio.

Digno mandatario de un fin de siglo poco digno (¿pero qué siglo fue fiel a sus comienzos?), trujamán involuntario de un mensaje que lo supera, la desventura de estos años de viento reclama sin duda una lectura a lo Hegel, pero cabeza abajo. Perderá su importancia, pero también su amargura. El no genio del universo tiene también sus hombres de negocios. Al igual que el otro después de la batalla de Iéna vio pasar bajo sus ventanas el espíritu del mundo a caballo, yo podré decir a mis nietos, con una media sonrisa, que vi algunas veces al espíritu de un mundo sin espíritu pasar en un R25 blindado bajo las ventanas de mi despacho, ante los penachos rojos de los guardias republicanos, haciendo crujir la grava blanca de un patio de honores.

3. Consejos a las jóvenes generaciones

Partir temprano - Sobre todo nada de celo - El desapego profesional - Las equivocaciones de los sutiles - Una sola realidad, la imaginaria - Valor sin límites del pretexto falso - La corrupción no es un drama - La carrera en solitario - Del buen uso de los cócteles.

¿Y a vosotros que después de nosotros viviréis, qué os importan los desengaños de un viejo loco?

Escuchadme.

No he venido, burgrave encargado de lo sombrío, a mesarme las canas para entregar un enésimo boletín de derrota. Lúgubremente, noblemente, para haceros cómplices. Vosotros lo habéis impugnado: no tengo el alma lo bastante buena para la pompa fúnebre, ni los cajones tan llenos como para añadir un memorial a tantos otros. Sólo quiero seros útil.

¿Qué podéis recordar de lo que no fue un drama? Nada especialmente palpitante, ya lo sabéis. Dejemos de lado el guirigay de los consejos, de las conferencias, de las cumbres; ha sido aireado; fotocopadoras y derechos de autor dieron a las costumbres una seria ventaja sobre la ley, que fijaba en treinta años el plazo de decencia; el secreto prohibido de la mañana se cuenta desde ahora por la tarde en la tele. Algunas indicaciones prácticas que atañen al “arte de la prudencia” estarán más cerca de prestaros servicio. Los más jóvenes no necesitan especialistas en agridulce que disquen el sentido muerto de la Historia sino informaciones detalladas para abrirse un camino entre cáliz y delicias. Es necesario, ¿verdad?, que la guardia descendente pase las consignas a la guardia ascendente. Alegremente, en plan servicial, para ayudar a los Mazarinos novicios a cumplir bien su destino. Lo que haré aquí, como un veterano del taller que ya sólo piensa en los aprendices, por honor del oficio.

¿Mazarino? Mirad atentamente. Un maestro artesano y una obra maestra. No vemos que se pueda añadir gran cosa a los quince axiomas y cinco preceptos de su *Breviarium politicorum* de 1683. En estas materias tan sutiles como inalterables la fecha de

aparición cuenta bastante poco, pero cada época olvida su latín y hay que recordárselo. Comenzad pues por aprender los irrefutables “axiomas” del gran malamado:

1. Actúa con todos tus amigos como si fueran a convertirse en tus enemigos.
2. En una comunidad de intereses, el peligro comienza cuando una de sus miembros llega a ser demasiado poderoso.
3. Cuando te preocupes por conseguir algo, que nadie se dé cuenta antes de que lo has conseguido.
4. Hay que conocer el mal para poder impedirlo.
5. Lo que puedas arreglar pacíficamente, no lo intentes arreglar por la guerra o por un proceso.
6. Más vale sufrir un leve perjuicio que, con la esperanza de grandes ventajas, hacer que progrese la causa de otro.
7. Es peligroso ser demasiado duro en los negocios.
8. Más vale el centro que los extremos.
9. Debes saber todo sin decir nada, ser amable con todos sin entregar tu confianza a ninguno.
10. La felicidad consiste en permanecer a igual distancia de todos los partidos.
11. Conserva siempre cierta desconfianza respecto a todos y estate convencido de que no tienen mejor opinión de ti que tú de los demás.
12. Cuando un partido es numeroso, incluso si no eres de ese partido, no hables mal de él.
13. Desconfía de aquello hacia lo que te incitan tus sentimientos.
14. Cuando hagas un regalo o cuando des una fiesta medita tu estrategia como si fueras a la guerra.
15. No permitas más fácilmente que se te acerque un secreto de lo que dejarías que un prisionero decidido a degollarte se acercara a tu garganta.

¿Necesitaré igualmente recordaros sus “preceptos” básicos?

1. Simula.
2. Disimula.
3. No confíes en nadie.
4. Habla bien de todo el mundo.
5. Prevé antes de actuar.

¿Os parecerá este breviario seco y anticuado? Que cada uno lo complete, lo vista y lo remoce. La experiencia de un humilde y marginal encargado de misión evidentemente no bastará para ello, pero ninguna nota a pie de página está de más en ese vademécum que cada generación perfila y que la siguiente olvida, antes de dar los mismos pasos, las mismas máximas, descubriendo el Mediterráneo. Aunque sea vano esperar alguna lección de la Historia y que aquí cada suplente se crea un pionero, me avergonzaría si no cumpliera la obligación elemental que incumbe a los veteranos de los vestíbulos: ayudar a los jóvenes a ganar tiempo en los senderos de la gloria. Sólo tengo para eso una autoridad: el fracaso, nuestro mejor maestro. ¿El mío sólo fue simple y previsible? Por supuesto. Los ¡cataplún! del consejero áulico están programados desde hace veinte siglos que cae de lo alto —en prisión, en el oprobio o en el ridículo. Escriba del Nilo, guardián del sello, escritor del serrallo, intelectual de la corte, lamepríncipes, pelotillero, estafador: la gradación de los motes sucesivamente utilizados por las almas buenas para designar a los desgraciados que quieren dar alguna responsabilidad a la inteligencia indica por sí mismo la tendencia histórica. La pendiente es descendente. No desespero de verla mañana vuelta a subir por algunos jóvenes entregados al bien público y que ambicionen representar un gran papel en grandes acontecimientos —o vistiendo su ambición de abnegación (¿qué Dios reconocerá a los suyos?). Dejemos ahí el suplemento de alma, optemos por algunos complementos de información. Si la sangre fresca hace lo contrario de lo que yo hice (yo, que he representado un papel subalterno en acontecimientos corrientes), habrá mayores posibilidades de conseguirlo.

¿El libro de oro de la melancolía ya no tiene hojas vírgenes? Mejor, abrid vuestros cuadernos, para los apuntes técnicos; son los únicos que valen.

1. *Salid temprano.* No se requiere otro viático para “hacer gabinete” (así se llama al grupito de colaboradores personales de un presidente o ministro). Pasillos y antecámaras envejecen precozmente; razón de más para meterse pronto. Edad límite: treinta años. En Occidente, el aumento de la esperanza media de vida se acompaña con un rejuvenecimiento equivalente del personal gubernamental, de manera que la edad media de las *nomenklaturas* no deja de bajar. Los bienpensantes se alarman por ello, y no soportan ver a “unos mequetrefes de menos de treinta años dar, sobre temas que

no conocen, órdenes a curtidos directores de administración". El jefecillo sin más aprendizaje que un paseo por los campos durante una estancia en provincias, que cortocircuita a las direcciones competentes, maquina de la mañana a la tarde y no puede recibir a un visitante diez minutos sin perder tres comunicaciones telefónicas para hacer notar su importancia, es un espectáculo que puede en efecto inquietar. A pesar de los riesgos de petulancia, la edad joven se impone no obstante por muchas razones.

En primer lugar, el joven proletario tiene un mejor rendimiento que el viejo; y es que es un proletariado *sui generis* quien puebla las dependencias de palacio. El producto del trabajo de un miembro del gabinete siempre dispuesto a cargar con lo que sea sólo pertenece a su patrón. Ideas, discursos, viajes, contactos, lecturas, todo eso vuelve al superior jerárquico inmediato, director de gabinete o secretario general. El homenaje a quien corresponda hace al consejero técnico; y la transmisión en mano del producto acabado (al ministro o al presidente) hace al consejero especial, el favorito, el "instrumento ciego". Suyo el beneficio material y moral del trabajo de los subordinados. De ahí la importancia decisiva que conviene dar al emplazamiento de los despachos, que cada uno tenga interés en apostarse lo más cerca posible del jefe, en los últimos eslabones de la cadena de transmisión. Ahí es donde se convierte en poder la plusvalía extraída a los explotados al principio de la cadena. Además de que esta condición choca menos cuando es la de un joven levita, la fortuna de trabajar para otro, sin reciprocidad evidente, es más fácil para el perro rabioso que para el viejo loco. A este último le repele más el despilfarro y se sabe que no hay ninguna otra profesión en la que la pérdida de energía sea más elevada que la actividad militante y política en general. No sería desesperado comparar esta última con una gigantesca máquina de Tinguely, pero construida con carne humana, tintineando y rugiendo con todos sus músculos y neuronas, consumiendo un máximo de tiempo, de sueños, de sudor y de abnegación —para producir casi nada. *Input* considerable, *output* inconsistente. Pasada una cierta edad, cuando el tiempo empieza a faltar, se es más sensible a las pérdidas en fila, se está más tentado por calcular, por mirar al gasto. Si preferís la metáfora más noble del paquebote, digamos que el contraste entre la oscuridad y la pesadez de los trabajos preparatorios en la sala de máquinas y la apabullante personalización de las repercusiones sobre el puente inspira un malestar cierto, cuando no se está en primera clase y que hay que ir cada mañana al carbón. De ahí el interés por hacer que le atribuyan a uno rápidamente un

feudo o un mandato para unirse a los elegantes que pasean indolentemente por el *deck*. Si queréis más *glamour*, digamos que un gobierno moderno son trescientas manitas afanándose en el vestidor para cinco *top-models*, que saben cómo dar vueltas bajo los focos pero les importa un rábano el corte de los vestidos y las dificultades de la alta costura.

A los veinticinco años se puede uno privar de descendencia para participar mejor en la gloria presente y futura de su señor. A los cuarenta y cinco se tiene la nostalgia de sus pelotas perdidas, le da a uno por soñar en no se sabe qué injertos reconstituyentes. El vicio anima, el ego piensa en el ego, en el tiempo que huye, en los días y en las noches que se ha llevado el viento, en las sucias fatigas que se han sufrido para arrancar de los puestos a los compañeros (embajadas, carteras, direcciones, empresas, etc.), que nunca acabarán de castigaros, en los fines de semana pasados por entero discutiendo en improbables y estériles reuniones sobre reformas que nunca se llevarán a cabo; con el espeso informe confidencial sobre la reforma audiovisual que el Presidente os ha encargado a toda prisa haciéndoos comprender que el otro, el oficial del que tanto se habla, es para la galería, informe que consumió vuestra primavera y todo vuestro verano, que entregáis en propia mano, en septiembre, en el día indicado, y que el Presidente coloca descuidadamente en un cajón porque, os dice, un italiano formidable, un tal Berlusconi, nos va a arreglar todo esto. En resumen, uno se vuelve más avaricioso o menos "primo". Uno se desengaña, re-funfuña. Uno se deteriora.

Luego, un lobo joven sufrirá menos con la maldad propia del entorno; él mismo tiene los colmillos los bastante sólidos para no asustarse de las denticiones. Los palacios nacionales son lugares urticantes y crueles, jungla flordelisada más que las otras sujeta a las luchas darwinianas por la vida. Esos lugares peligrosos ganan visitados los domingos, día del patrimonio, cuando los carniceros responsables pasean a su progenie por los castillos del Loira. Dejarse excluir *in extremis* de un viaje que ha preparado uno mismo, de un almuerzo restringido sobre el informe que os habían encargado, de un conciliábulo antes de la decisión del que habíais tenido la iniciativa; dejarse robar una buena idea, descubrir su nota copiada por un superior con cambio de firma, o dejarse imputar una fuga a la prensa organizada por un rival para desacreditaros, etc.: larga sería la lista de afrentas corrientes. Que explica la cómica insistencia, la obscena desmesura de las "disputas de subalternos" en las verídicas historias del reino, aunque a ma-

nuales y balances les traigan sin cuidado. Es la parte olvidada de las memorias de Estado; demasiado ridículo o demasiado familiar para atreverse a volver sobre ello, una vez retirado de esos asuntos, pero hay está el fondo de salsa no datada, lo agrio intersticial y conjuntivo. Los más afectados acaban por olvidarlo, como desaparece en el oído un bajo continuo de acompañamiento por debajo de las variaciones melódicas del concierto. ¿Quién podría decir la cantidad de putadas y vejaciones que representa una jornada de importante, de un subdirector de administración en el “nivel más elevado”? El primer ministro descubre en el periódico la llegada de un Jaruzelski a París; fue cortocircuitado por el ministro de Asuntos Exteriores, que dejó al Presidente el cuidado de informarle, el cual no hizo nada. A tragarse el sapo. El Presidente a su vez descubre viendo la televisión que su segundo le desaprueba con medias palabras. Acaba de nombrarlo, ¿qué puede hacer o decir? A tragarse el sapo. El secretario general de la Presidencia descubre por casualidad que el patrón mantiene reuniones importantes a sus espaldas. A tragarse el sapo. Un saco lleno de sapos en medio de un nido de víboras, y eso, cada día que Dios trae, de arriba abajo de la escala. Todos tragan, callan y esperan. Hace falta estómagos jóvenes para digerir y volver a empezar al día siguiente como si tal cosa. En el ejército de civil que es una burocracia de Estado, las minicrueldades jerárquicas son tanto más aceradas, estudiadas, ajustadas cuanto más reina entre altos y simples suboficiales, vestidos con el mismo traje, una especie de llaneza igualitaria y relajada.

Por último, volviendo a casa hacia las nueve de la noche, el joven turco estará en mejores condiciones de superar noche tras noche, después de diez citas seguidas, esa impresión de vacuidad dulzona, la del *zapeador* después de una hora de zigzag entre diez programas de tele idiotas; esa sensación de inmovilidad agotadora que inspira la rueda sin fin del trabajo político-administrativo; esa sospecha que os coge entre dos luces de que las actividades cruciales a las que os habéis consagrado anhelantes desde por la mañana a las siete eran insustanciales, inoperantes, irremediablemente acuosas. Tanto como la prohibición de pensar que conlleva el agotamiento gestor, el incumplimiento propio de una esfera en la que nadie ve el final de sus actos deja en la boca un cierto sabor a ceniza que, pasada una cierta edad, incitaría casi a seguir a Séneca en su bañera. Siendo jóvenes resistiréis mejor.

2. *Sobre todo, nada de celo.* No os precipitéis en el momento crucial –nuevo presidente, nuevo gobierno, nueva mayoría. Es el momento de huir de antecámaras, teléfonos y entornos. Si ya habéis adquirido un poco de visibilidad social (mejor que un nombre, una carrera o una obra: un rostro), salvaguardadla preciosamente. Retiraos del juego en el momento mismo en que todo hijo de vecino patatea para tener su parte en él. Cuanto más tarde entréis en liza, mejor seréis recibidos. Ocultad vuestras intenciones, y vuestras convicciones, si las tenéis. Seguid siendo tal como sois: un hombre de principios, que no transige, lejos de las refriegas subalternas. Ved a dónde la adhesión entusiasta y resuelta a una causa partidaria conduce a los “buenos militantes” y “fieles seguidores”: a las cocinas. Los “centristas”, de los que dicen que son blandos e inconstantes, están en el gran salón con honores y larguezas. Para los que les gusta demasiado servir está la escalera de servicio; entrad por la puerta grande. Es una regla, partido o gobierno, que los últimos en llegar, los más duros de convencer; así pues, a los que hay que cuidar más es a los que hay que mimar prioritariamente. De ahí el interés en no pertenecer a ningún partido, equipo o movimiento: eso “marca”, y os aparta de los mejores puestos. Cada facción que llega al poder busca en primer lugar enmendarse; para mostrar su amplitud de espíritu reservará sus favores para los que no pertenecen a ella. Esta obligación democrática le otorga un insólito vigor a los axiomas 8 (“Más vale el centro que los extremos”) y 10 (“La felicidad consiste en permanecer a igual distancia de todos los partidos”) del previsor Cardenal. Si vuestras debilidades por tal o cual son por desgracia conocidas poned mala cara, poned vuestras condiciones, al tiempo que os dejáis ver, pero de lejos: vendrán a buscaros. Mostraos en la pequeña pantalla, conseguid alguna gacetilla en las revistas, el deseo es mimético.

Veis, me contradigo. Después de haberos dicho: “Leed Tanizaki, buscad la sombra, lo acolchado y las oscuras profundidades de los gabinetes”, os digo: “Huid la sombra, sed gritones y ruidosos”. Es la propia fortuna que es fluida y versátil. De ahí este consejo: elevaos en la sombra, y sabed que la sombra no paga. Si se os da a elegir entre una crónica regular en la prensa, una travesía del Atlántico en solitario o una colección de *haikus*, y un puesto de secretario de Estado o de alto consejero oculto, no dudéis ni un minuto. No cedáis al viejo deseo de estar en el ajo, a la angustia de perder la oportunidad, a la atracción de los arcanos. No vayáis a vestir camiseta y dorsal sólo para pasar seguidamente al otro

lado de los muros, allí donde se guisan, eso creéis, los grandes secretos. Quedándose fuera es como mejor se influye en el dentro; en videoesfera (donde el *in* y el *out* han permutado), salir en una revista en colores servirá mejor a vuestra marcha adelante que dar el último toque a una nota confidencial bien informada. Aumentando lo más rápido posible vuestras luminancias es como aumentaréis vuestras oportunidades. Las luces de las candilejas llevan derecho al serrallo, el cual corre el peligro de cerraros como contrapartida las luces de la ciudad (si tomáis en serio las viejas reglas del juego, sentido del Estado y deber de discreción). La época ha trastornado el “honesto disimulo” antaño recomendado por nuestros grandes jesuitas. Hoy es prudencia exhibirse con periodistas, cantantes, actrices, humoristas, presentadoras y publicistas; e imprudente cultivar la amistad de un presidente de subsección de lo contencioso, de administradores civiles o, peor aún, de profesores agregados, esas vías sin salida. Vuestros almuerzos, vuestras cenas son preciosos, Invitad a los primeros a vuestra mesa; huid de los segundos, acabará por saberse.

Pensad en ello bien. “Administración”, por etimología, quiere decir: ir hacia lo *minus*, gente de pocas y pequeñas manos. La seguridad de carrera se compra con una oscuridad segura. Podría ser una falta de ambición, para una voluntad de poder nueva, alistarse del lado del poder público cuando los poderes de hecho se convierten en privados. Y nuestro derecho público impotente. Al unirse a la clase llamada un poco a la ligera decisoria, un miembro de la clase discutidora corre el riesgo de sacrificar al deber de discreción su principal baza: la flexibilidad de los espíritus, la conformación de las opiniones. El propio Príncipe, conectado permanentemente con periódicos, radios y teles, puesto en perfusión por su servicio de prensa, vibra y reacciona ante todo ese trajín extramuros. Prestará más atención a una “tribuna” de periódico que a una nota silenciosamente depositada en su mesa, puesto que la primera de un periódico, leída por un millón de personas, ejerce una presión social que debe tener en cuenta, mientras que una nota que nadie sino él leerá no es un peligro. Sólo tendrá la importancia que su único lector, él mismo, quiera buenamente concederle; no causa sensación; permanece en su poder, a su discreción, bajo su mano; si no le hace ningún caso no tiene repercusión. Por el contrario, estará obligado a responder a una reprobación pública repetida, a una corriente de opinión bien asentada, a una “sensibilidad que se expresa”. ¿Pero qué debe el Amo a aquel que eligió para alimentarle y criarlo con su propia mano? Nada. Para

que te preste oídos el Presidente, hablarle al oído no es lo más eficaz. El Amo depende de la opinión; convertíos en líder de opinión y el Amo dependerá de vosotros. Cada uno sólo corteja a aquellos de los que depende. Los mejor acreditados en Palacio ya no son los que pensamos: son los que lanzan pullas en la pequeña pantalla o en los papeles contra los acreditados de Palacio, pero que se distinguen de estos últimos en que a ellos, al menos, se les cree.

Si ya pertecéis a la elite de los que tienen algo que decir sobre la actualidad, evitad tomar partido por algo que no sea una noble causa sin objeción posible (la democracia, la libertad de conciencia, el rechazo de las *fatwas* y de los genocidios). Mantened las distancias, continuad siendo Gran Conciencia. Moderad la mundología con una contención de buena ley. Que vuestros editoriales sigan siendo sin indulgencia, casi educados, más bien socarrones. Será entonces cuando el Presidente os invite a un desayuno privado, favor reservado a los divos del campo contrario; será entonces cuando los ministros de Estado, en pleno cóctel, prueben a tutearos, os cojan del brazo, tiren de vosotros hacia un hueco para un largo aparte, a la vista de todos y para el mayor castigo de los “adheridos”. Os convertiréis en envite en la “batalla en marcha”, a quien engatusar, a quien neutralizar, y por qué no, que digan, a quien hacer cambiar de opinión. Es en esa encrucijada de la carrera, en que la seducción mutua va a brillar con todas sus luces, cuando la Gran Conciencia debe imperiosamente mantenerse firme, negarse a confirmar el flechazo, aceptar las confidencias sin desvelar sus artimañas. Para un hombre de pluma digno de ese nombre, alquilar sus servicios a un poderoso es la mejor manera de no llegar a serlo él mismo. Todo el arte del hombre de principios está ahí: exhibir sus talentos sin enajenarlos. Que se convierta en “un hombre de confianza” y estará fuera de juego. “De confianza”: dejad a los acólitos esa expresión que mata. Y la incondicionalidad a los pánfilos. Un gilipollas enseña sus alas, el astuto las oculta y sólo muestra las garras. Desglosando de entrada los intereses, la personalidad en público ganará si sigue siendo ese ser enigmático, receloso, imprevisible y difícil que ya es, en privado. Franco con respecto a la pena de muerte, terco con respecto a la política árabe. Rico de incomprendiones desconsoladoras y de divinas sorpresas. Mujeres o Conciencias, sólo se hace el gasto por las inseguras y las inesperadas. Los leales no necesitan caricias. Un presidente en ejercicio sólo lee, escucha, mira distraídamente los alegatos o los rostros de los suyos; conseguida de antemano, no tiene información realmente nueva que esperar de ellos. Concentra su atención sobre sus adversarios reconocidos,

porque la oposición vuelve perspicaz, como la adhesión vuelve esponja. Sólo dirige su catalejo, asiduamente, a un justo medio “recuperable”; y se encaprichará precisamente de quien no se deja recuperar del todo. Esta titilación se llama, entre los publicistas, el “deber de independencia” (de algunos dicen de “irreverencia”). Este espíritu de rebelión sospechosa, que crea la superioridad de las Conciencias centrales sobre los pequeños empleados de Estado, Baltasar Gracián, acordaos, ya se la recomendaba al *Cortesano* (bajo el epígrafe “Saber entretener la espera ajena”). “No hay que echar todo el resto al primer lance: gran trata es saberse temprar, en las fuerzas, en el saber, e ir adelantando el desempeño.” Los eclesiásticos del siglo XVII realmente tenían el ingenio agudo. Nada debe ser perdonado al Príncipe y a nuestro público –ni su fuerza ni su debilidad ni vuestra conciencia. Y cuando crean abriros los brazos, pueda su sombra seguir siendo todavía la de una cruz.

¿Es necesario mencionar la suerte reservada por todos los regímenes a los adictos de la primera hora? Son los obreros de la decimoprimer a quienes se alzan con la puesta. Habría que ver que los que estuvieron a las duras estén también a las maduras, que los veteranos de Vercors o de Buchenwald reciban *además* unas carteras en la Liberación; que los republicanos en el exilio del Segundo Imperio vengan a importunar a la República de los Julios; o que los socialistas de 1960 se encuentren en los puestos claves del socialismo de 1990. Eso habría sentado peligrosos precedentes. No olvidéis nunca esta verdad primera. Como tampoco que el combatiente de las sierras no es el que gana las revoluciones, ni el investigador en el trabajo el intelectual con patente, no se reclutan los ministros con futuro entre los viejos militantes. La galera política opera en un dos por dos; os toca a vosotros elegir vuestro momento, si tenéis la intención de vivir en el lado de los remeros o en el lado de los capitanes.

3. *Una fe moderada.* Seguid siendo profesionales. No os dejéis poseer por vuestro asunto, llevados por él, heridos, insomnes. Sólo el aficionado se apasiona. El profesional juega ligeramente al lado. De ese modo podrá seguir estando suelto, disponible, preparado para su próximo papel o cartera. Ser presa de sentimientos fuertes hace bajar la guardia, expone a la emoción, al farfuleo, a caer en la trampa. Desensibilizaos. Mirad bien las banderas y billetes ganadores. “Haré tres observaciones.” O también, para

comenzar una intervención que será algo larga: “Medio minuto, si me permiten”. Es frío, seco y preciso. ¿Se dejan llevar por la cólera, por la indignación? ¿Se lanzan a pecho descubierto a una empresa? Se prestan a “un ejercicio” (la palabra de los diplomáticos habla por sí sola). Tienen la pinta despejada, como la nuca; el aspecto desocupado y dispuesto, invulnerable, no jocoso, oreado —como su mesa, notablemente limpia y despejada (al jefe de cocina se le reconoce en la superficie de trabajo inmaculada). En cualquier areópago identificaréis en unos minutos al antiguo alumno de la Escuela de administración por una cierta frigidez íntima, que lo hace sonriente, eficaz y rápido. Entre expeditivo y hastiado. Este experto de sangre fría conservará justamente su sangre fría allí donde otros, vulnerables por vehemencia, pierdan pie. Ascendido a ministro, pasará en un abrir y cerrar de ojos, con soltura, de un mitin en las afueras a cenar en Maxim’s, o de una interpelación con lágrimas en los ojos por los condenados de la tierra, a una reunión de alegres comensales con grandes patronos de la industria media hora más tarde. La ausencia de fuego interior facilita ese desdoblamiento, ese desapego donde sería un error ver una marca segura de insinceridad o de dandismo, pues es en primer lugar la del discernimiento en terreno accidentado, y las más de las veces, frente a la cantidad de agresiones exteriores, un acorazamiento de autodefensa. ¿De qué sirve salir a tiempo en efecto si uno no cuida de su cabalgadura? Poner demasiada alma en la vida impedirá ir lejos. Un hombre habitado es un torpe; un hombre obsesionado es un peligroso. Natanael, te haré olvidar el fervor.

No seáis tampoco demasiado concienzudos, pasaríais rápido por aficionados. Para que le tomen a uno en serio en el medio, no hay que tomarse nada demasiado en serio. Lo aprendí demasiado tarde. Por eso empecé mal (y por tanto mal acabé). En 1981 me tomé mi tarea a pecho, como un novato. Con un entusiasmo de beocio. Quería obrar bien. Conociendo un poco mi asunto pero ignorante de las técnicas administrativas, me lancé al estudio sin abandonar mi despacho (en lugar de invitar a comer a los periodistas). Si me hubieran ascendido a ebanista de un día para otro, me habría entregado con las mismas ganas a la marquetería. Nombrado encargado de misión en el sector internacional forcé el paso para alcanzar al enarca, sus conocimientos y su léxico, tragándome cursos y tratados, desde el *Breviario de redacción administrativa* y el *Manual de protocolo* hasta las obras especializadas y los fascículos de *La Documentación francesa*. Ornamen-

tador de notas, acicalador de informes, no es un estado, eso se aprende. Para cumplir lo que yo creía mis deberes hice mis primeras armas con una aplicación de cateto. Llevé mi torpeza hasta querer *precisar mi situación*, poniendo en el papel, tres meses después de mi entrada en activo, la concepción que yo tenía de una posible coherencia con respecto al Tercer mundo (como se le llamaba todavía), con propuestas de iniciativas escalonadas y enlazadas, región por región. Memorándum clásico de una treintena de páginas —objetivos, costes y ventajas, medios y métodos. Esta puesta en limpio me parecía que respondía a un triple deber de lealtad (aquí está en el fondo lo que yo pienso), de transparencia (¿estamos pues de acuerdo?) y de eficacia (para la buena marcha del servicio). Mandé subir mi disertación a las alturas, donde desapareció en un agujero negro. Me había adelantado sólo para obtener unas vagas directrices de lo Alto, un mínimo parecer. Después de lo cual, me imaginé, podría actuar en plena armonía (o bien volver a mi casa si la distancia se revelaba demasiado grande entre el pupitre del Jefe y mi pasatiempo favorito). Ningún eco, sino quince días más tarde, como respuesta a mis preguntas orales, una sonrisa presidencial tan benevolente como incómoda: “Interesante, sí, eh, ya veremos, ¿verdad?” ¿Al menos se había “enterado”? Del Quai d’Orsay, por el contrario, me devolvieron a los dos días mi copia anotada al margen, debidamente salpicada de *síes* y de *noes* argumentados, inteligibles. El ministro había tenido en cuenta el castigo, párrafo a párrafo. ¡Qué le vamos a hacer!, el terreno estaba reservado, yo servía al soberano, el feudatario del Quai no podía hacer más. Claude Cheysson no era *politicus* sino politécnico. Dos oficios incompatibles. Una facundia un poco cortante, un tono entusiasta, ideas personales, un carácter abierto pero abrupto, una rectitud estrafularia que le hacía violar diez veces al día los preceptos del Cardenal y de los abades de la buena escuela de antaño: “No abrirse ni declararse en absoluto”; “A los príncipes les gusta ser ayudados pero no superados”; Si alguna vez la pasión se ampara del espíritu, que sea sin perjudicar al empleo, sobre todo si es uno considerable”. Con esos grandes funcionarios excesivamente competentes y demasiado poco psicólogos, la manera perjudica a la cosa. Esos ingenios cuadriculados sostienen que no existe ningún problema que un buen método de trabajo no pueda resolver (cuando el especialista sabe que no existen “problemas que una ausencia de decisión baste para resolverlos”). ¿Impide la agudeza desvelar sus artimañas? El espíritu matemático del antiguo alumno de la Escuela po-

litécnica y su falta de marrullería llevaban al imprudente a decir lo que pensaba y a hacer lo que decía. La franqueza es quizá el colmo de la diplomacia, y de la buena estrategia, pues son los tácticos quienes sólo salen de la ambigüedad en detrimento suyo. En el interior, sin embargo, la táctica es todo. Por eso su desconocimiento de los consejos generales y su desdén de lo literario debían poco después costarle su puesto a la excelencia profesional, con la partitura y el alzado chocando el uno con la otra. Si la de su ministro –constructivista– seguía el método en el sentido de Descartes, la manera de actuar impresionista del jefe del Estado tenía que ver con el arte poética según Verlaine: *Tampoco hace falta que vayas / A elegir tus palabras sin error / Nada más querido que la canción sombría / En que preciso e indeciso se unen / Son bellos ojos tras un velo...* Tantos velos que la mirada se pierde en ellos, y a veces el camino. El primer titular de Asuntos Exteriores del primer septenio habría dirigido una política exterior sin miramientos, con el viento contrario. Le faltó a este espíritu demasiado explícito y seguro de sí el arte del malentendido, que exige volver a entrar en el juego si por desgracia llega a distraerse. ¿Ignoraba que llevarle un largo de adelante al acontecimiento es amotinar las potencias y los prejuicios contra sí? Nuestro Príncipe mantenía que los asuntos de fuera deben someterse a los de dentro. De ese modo un intuitivo superdotado sustituyó pronto al provocador lógico en el departamento, como un violonchelo a un clarín.

Ante la ausencia de esclarecimiento patronal para sacarme de la niebla me hice una objeción evidente: un gran profesional no tiene tiempo que perder con un niño. Las orientaciones tácticas y estratégicas, aunque atañen a su sector de atribución, se regulan en el piso de arriba. Una investigación cerca de mis pares mejor colocados me enseñó que, competentes o no, todos los eliseanos estaban en el mismo caso. La brida al cuello, ningún plan de ruta, destino desconocido. El nuevo jefe de los servicios secretos, por ejemplo, nombrado a la ligera por ser amigo de un amigo y simplemente por oídas, estaba abandonado a sí mismo. Nunca obtuvo del jefe del Estado el menor “encuadre”, instrucciones de conjunto u orientaciones regionales, de manera que tuvo que remitirse a las buenas tradiciones y a la lectura de los periódicos para adivinar a quién había que tener por amigo y a quién por enemigo. A decir verdad, cada uno ya sabía: seguir como antes, como modesta sucursal del Gran Líder de Occidente, al menos sería lo menos arriesgado. Un cierto claroscuro deja tal cual los intereses. Es la ventaja del dejar hacer, dejar mear, de servir a la vez

a la reconducción de los reflejos condicionados y al hechizo re-formador.

Bien mirado, ese silencio sobre los fines perseguidos, más allá de la ecuación individual de alguien experimentado, revelaba un secreto universal: la pasmosa condición de aficionados de los profesionales. Cada uno imagina sus decisiones como fruto de sabias combinaciones, largamente maduradas, a partir de informes. Lo más a menudo tienen que ver con cabezonadas, arranques de humor, viejas pesadeces, antojos o manías. Una antigua relación de provincias, la recomendación de un primo o de una cuñada vista y no vista, un reflejo del ascensor, una casa solariega acogedora deciden un nombramiento para la dirección de un puesto público, de un ministerio o de una dirección administrativa –seguramente mejor que el examen de una biografía, de una obra o de un carácter. Y eso sucede con las grandes elecciones como con las pequeñas, línea general o selección de agradecidos. El especialista se mueve por intuición, dice, por instinto. A la buena de Dios, frecuentemente. Lo mismo da decir: a ojo de buen cubero, de farol, por cómo sopla el viento. Me pareció, mirando desde más cerca, que los aficionados son más propensos a sopesar y a preguntarse sobre el fondo y las finalidades. Esta aplicación no facilita las necesarias movilidades y polivalencias. ¿Habéis notado que, entre los ministros de aquella época, los que han dejado huella, Badinter, Cheysson o Lang, no eran entonces ni elegidos ni intercambiables? Su ministerio era su vida; pensaron en ello durante años; lo cogieron con todas sus ganas y su mejor voluntad. El profesional, en cambio, que sirve para todo, pasará sin inquietudes ni remordimientos, de la Cultura a las Telecomunicaciones, o de la Justicia a la Salud.

4. *No seáis demasiado sutiles.* Desconfiad de los cultivados y de los eruditos (y peor para vosotros si el consejo 4 parece contradecir al 3, como el 2 al 1. Eso os enseñara la dialéctica). Es el error de los subalternos el pesar demasiado los pros y los contras. Los ayudantes son más inteligentes que los jefes, por eso precisamente no son jefes. ¿Qué pensaban en el fondo de sí mismos Platón de Dionisio, Maquiavelo de Lorenzo, Turgot de Luis o Diderot de Catalina la Grande? Que no sabían lo que hacían. Sí pero de todos modos lo han hecho. Los demás hablaron de ello. El saber es un árbol con la fruta seca y demasiados considerandos perjudican a la decisión, como demasiada lucidez al amor. En el fondo, la facultad que po-

see un pequeña oca graciosa de inspirar al poeta transido los cantos más sofisticados sólo tiene igual en la de un rústico con las riendas de suscitar en el gran cerebro sabias lucubraciones y máximas de puro bronce. Entre Laura y Petrarca, como entre Odette y Swann, hay la misma distancia que entre Lorenzo de Médicis y Maquiavelo, como entre Carlos X y Chateaubriand, el tarugo que decide y el ventrílocuo que redacta. Raros son los períodos en los que el texto y el comentario están a nivel (el gaullista fue quizá uno de ellos, cuando un Mauriac o un Malraux podían actuar con armas iguales sobre el original). Al igual que es ridículo quererse más responsable que los propios responsables, debemos admitir que hay profundidad en la aparente superficialidad, en el expeditivo descaro de los que deciden. A ello debemos el asunto llevado con decisión y el *molto presto* de los buenos gobiernos. (Y no cuento el caso en el que un agradecido demasiado orgulloso toma una delicadeza de su bienhechor por descaro. ¿Cuántas veces le oí a François Mitterrand decirme a propósito de este o aquel: “Se interesa por tal cosa. Encuéntrale algo ahí dentro. No honorífico, sino remunerado”. No era la función lo que importaba, sino el amigo. Este último, ¡qué le vamos a hacer!, no comprendía que el Presidente hacía como que tenía en cuenta la función del recién ascendido sólo por ser agradable con él. Este último se quejaba poco después: “El Presidente no se interesa por lo que hago. Me ha dado algo para que me entretenga”. ¿Cómo decirle que el Amo había accedido a su deseo por pura amabilidad, solamente para agradarle, y que el meollo le importaba un bledo?)

La inteligencia de quien toma decisiones no es la del intelectual, hasta tal punto el ejercicio plácido de la autoridad necesita de inconsciencia y de audacia para responder al acontecimiento inmediatamente ce por be. “Uno se compromete y después ve”, decía Napoleón, el autor de “La guerra es un arte simple y todo de ejecución”. Sabéis que aceptar las consecuencias de lo que se quiere diferencia al discurso simpático y hueco de los hombres de ideas, del discurso ingrato pero lleno de los hombres de acción. Es el idealista de la paz por el derecho quien no ve contradicción (como Blum en el 36, con España) entre querer la solidaridad militante y rechazar el compromiso militar. Es el corazón puro de la “izquierda moral”, que puede alzarse a la vez contra el “imperialismo americano” y contra nuestras ventas de armas (sin darse cuenta de que un país que produce armamento tiene necesariamente que vender y que si él no lo produce no le quedaría más remedio que abastecerse en el abastecedor imperial, que se con-

vertiría en productor único, y en consecuencia pasar bajo su férula, y por tanto reforzar su dominio sobre el resto del mundo, clientes y aliados). Si os hago crédito de este realismo mínimo (sin el cual habrías tomado el camino de las universidades o del monasterio), permitidme que llame vuestra atención sobre un punto menos familiar. A fin de cuentas, no sabe uno lo que hace. ¿Por qué? Porque uno no sabe lo que hará mañana, lo que hicimos ayer. Los tirones de efectos perversos, como los efectos felices, escapan al cálculo; no se prevé el alcance de una decisión insignificante, ni la insignificancia de una grande y solemne. Esos deslizamientos incontrolables justifican que uno no se lo piense mucho antes de firmar. Lo más importante de la firma es que se ponga; después tendremos tiempo de verlas venir; antes, no hacemos más que sufrir. Es inútil molestarse, *alea jacta est* y que pase lo que tenga que pasar. Por eso la incultura es la estocada secreta de los hombres de Estado. Y lo que puede pareceros “debilidad de los argumentos” en el Soberano es la fuerza distintiva de la soberanía. Si su depositario no tiene la suerte de ser un buitre, ojalá almacene sus curiosidades en exóticas reservas, lejos de su coto cerrado.

“Yo no sería rey”, decía Luis XIII, “si tuviera los sentimientos de los simples individuos.” Respetad la simplicidad de los reyes. Si queréis a cualquier precio algo complicado, dejad que actúe el tramantojo de la escena pública. El teatro toma prestado lo más claro de su credibilidad a la involuntaria conjura de los bastidores, de las tablas y del patio de butacas. Los actores en escena, estrategias de efecto retardado, ponen –tras su mutis– a atiborrar de segundas intenciones el relato de sus “golpes” azarosos: evocan en sus Memorias (ellos o sus turiferarios) su visión del porvenir, su profundo conocimiento de los hombres, “la vocecita interior”. Los contemporáneos-espectadores del palco, viendo sólo algún buen detalle en el proscenio –moneda única, tratados que rectificar, gestos de asentimiento–, no pueden sospechar de qué caprichos e incidentes de última hora esos hechos consumados son el resultado, fecha tope obliga. Y los hilanderos de la actualidad en los principales camerinos, que supuestamente conocen el envés del decorado, ellos mismos se devaluaron al confesarnos que los bastidores del reino están vacíos de grandes designios, y que sus pequeños secretos indiscretos tras las puertas no valen un comino. De los políticos en escena nos gusta creer que “esconden su juego”; es suponerles demasiado; la mayoría ni lo tiene. Lo que de ningún modo impide que un juego se perfile a lo largo de los años. Al igual que andar es una sucesión de caídas recuperadas, una estrategia es una sucesión de restableci-

mientos tácticos llevados a cabo *in extremis*, o de huidas hacia adelante unidas una a la otra (los que construyeron la Unión Europea bien lo saben: cada paso significativo, desde el “Gran Mercado” a la “unión monetaria”, luego a la “política exterior y de seguridad comunes”, fue una tirada de dados para salir del mal paso precedente). El tiempo que pasa tiene como efecto casi mecánico tranquilizarnos a destiempo, reinyectando causas y razones a ese ir dando tumbos, añadiendo intenciones a lo fortuito. Confiad en el catalejo de los observadores. Añadirá mil pasos de sombra, retorcidos y sagaces, a una escena que, demasiado brutalmente iluminada de súbito, repele por sus trivialidades. No imitéis al etnógrafo que se indigna cuando ve al explorador acampar en “pueblo primitivo”, la tribu brasileña en vías de desaparición cuyas sutilezas mitológicas y el muy arduo sistema de parentesco superan el entendimiento del pretencioso occidental. Extrañaos más bien de los excesos de inventiva de los analistas y politólogos que, sin duda para halagar a la clientela con platos refinados, se empecinan, sobre el papel, en “complejizar” un encadenamiento de imprevistos. ¡Cuántos hombres sutiles de altos vuelos, por denegación de las apariencias, ponen en los titubeos de un empírico la mirada de Agatha Christie! Será milagro a destiempo ver cómo la Historia escrita transfigura un “logro” en un póquer mentiroso o en una partida de ajedrez. El “pragmatismo” es una virtud, sin duda, y el “instinto”, el “olfato”, cualidades. Pero no os ocultéis lo que cubren esas hojas de parra: chulería y desconcierto. Flotador a la deriva en el océano al que, por falta de carta marina, los recursos y las corrientes le siguen siendo desconocidas, a un gobierno se le tiene por sagaz si permanece a flote, de manera que puede sustituir la inteligencia de las cosas por un carácter bien templado, el que se necesita para afrontar a una echadora de cartas llamada Coyuntura con una máscara de Gran Maestro del ajedrez.

Tened presente que la interpretación más descabellada (la que nos hará exclamar: “¡Vaya guión!, ¡vaya novela!”) tiene todas las posibilidades de ser la más traída por los pelos, aunque sea la más tranquilizadora. Al reencantamiento *a posteriori* del pasado lo avala ese movimiento espontáneo que nos lleva a medir la causa por el efecto. Pese a nuestras pascalianas divisas, es humillante admitir que la nariz de Cleopatra o el retraso de Grouchy hayan podido estar en el origen del nacimiento de un imperio o del final de otro. Es endeble, lo admito. ¿Qué puede haber más fastidioso para nuestro amor propio que la investigación histórica al establecer que el atentado de Sarajevo, en 1914, disparador de una monstruosa carnicería con todo lo que trajo (comunismo, fascis-

mo, etc.), fue cosa de un electrón libre como agente con dos cabezas locas, de ningún modo “teledirigidas”, y no un tenebroso y coherente complot urdido a distancia por los servicios serbios o rusos? No había nadie detrás de Lee Oswald. ¿Y qué pasaba por la cabeza de Gorbachov cuando un atolondrado lanzó la palabra *perestroika*? Un paso en falso, una avalancha: ¿quién se va a creer en la ladera de enfrente? Al igual que el mayor secreto, el más pesado de levantar, para un amante de los misterios es que no hay secreto, lo más duro de admitir, para el adepto al “juego de marionetas” es que no hay, en las bambalinas, nadie que maneje los hilos: ninguna sinarquía, ningún comité internacional, ningún tenebroso tramando en la sombra sus complots.

5. *Sed realistas, creed en los símbolos.* No creáis en lo “real”, como hice yo. Preocupado por lo verdadero, todo fue falso. No confiéis en los hechos, en la razón, en el fondo de las cosas. Lo real es una categoría técnica, cambia con nuestras máquinas, y la nuestras no son las de Mazarino. Lo real, para un posmoderno, son los medios de comunicación y los hechos, las imágenes de los hechos. Yo llevaba un realismo de retraso. Quería servir a la República como, antes, otros servían a la revolución: poniendo los medios de lo posible al servicio de lo imposible. Así actuaba el iluminado realista. Las condiciones lo han destronado: ha llegado la hora de los jactanciosos bien iluminados. Olvidad *La documentación francesa* y cultivad el trato. Un hombre con fama de importante es un hombre importante: cuidad vuestra reputación, más que vuestros proyectos. ¿Pero no ha sido siempre así? No se gobierna a los hombres en función de la realidad de las cosas sino de las representaciones que una sociedad se hace de ellas. Éstas no son asunto de esquemas ni de cifras sino de amor y de odio. Las representaciones del adversario son diabólicas, las del protector son angélicas. Llevad el agua a ese molino, sin abrir demasiado el expediente. En política, dos y dos son cuatro, es el principio del fin. Tomad, un ejemplo.

Me pregunté hacia 1983 lo que había que entender concretamente por el término *gulag* en la URSS de aquella época. Tres millones de detenidos era, entre nosotros, la cifra televisiva y consensuada. Después de muchos desciframientos, verificaciones, viajes (incluido Moscú), entrevistas, cálculos y ruines trabajos, obtuve una aproximación de tres mil “prisioneros políticos” en las veinticinco repúblicas de la Unión (que, desde luego, querían

ignorar esta categoría penitenciaria). Lo publiqué y dos periódicos, ese mismo día, me acusaron de ser un agente de influencia del KGB, encargado de desinformar a los franceses. Después de la caída del comunismo, los nuevos responsables rusos anticomunistas publicaron la cifra exacta: trescientos. En vuestro universo un hombre prevenido vale por medio. De ahí la mala reputación creada a los agrimensores, calculadores y registradores en los medios bien informados (“¡El honor no es un asunto de cantidad, señor!”). No os desacreditéis con los datos exactos, bebed en las mejores fuentes. La Historia real tiene su ritmo, la de nuestras imágenes tiene otro. Hay que ajustar el paso al segundo, si no queremos bailar a contratiempo. Hablar de la realidad del *gulag* en Francia entre 1930 y 1960 os colocaba al margen de la *intelligentsia* reinante; describir su realidad en 1980, también. Cuando había seis millones de presidiarios en la URSS, bajo Stalin, las recepciones de la embajada soviética en París estaban en boga; bajo Brézhnev –algunos millares– dejarse ver allí resultaba fatal. Cuando el totalitarismo se quedaba en agua de borrajas era cuando había que ser ferozmente y únicamente “antitotalitario”.

En política, donde nadie tiene razón solo, no es racional seguir siendo racional, como tampoco es realista conformarse con la realidad. Hay que coger para el mundo la “manta” del mundo, *aunque* ella, o más bien *porque* ella lo esconde poco a poco. Tampoco tenéis que informar, sino comunicar. Son dos “ejercicios” rigurosamente opuestos. Distribuid vuestro tiempo y vuestras energías según el modelo de la asociación humanitaria o de lucha contra el cáncer, del intelectual titular, y del hombre de Estado en videosfera: un tercio para llevar a cabo el trabajo, dos tercios para que hablen de vosotros. No olvidéis que hay dos y solamente dos vías de acceso a una buena posición: el Lot-et-Garonne y *Paris-Match*, feudo electoral o imagen fuerte. Fijaos en cómo funciona el Estado catódico-electivo y haced lo mismo: en cuatricromía en portada, los editoriales en las primeras páginas, los ecos en el medio, investigaciones e informes de relleno. Lo “relacional” río arriba, la factual río abajo. El primer deber de un gobernante es dar gusto al público, darle coba, redundancia –amigo simpático, no padre severo. Lo que se le pide no es conocimiento sino reconocimiento (por lo que el actuar colectivamente, en su farfuleo arcaico, se acerca más al terreno religioso que al terreno científico). El comunicador tiene la eficacia del sacerdote, del hechicero de la tribu. El informador molesta y perturba inútilmente las certezas. Ajustad la oferta a la demanda.

¿Era la alegría interior de servir a una gran causa? ¿La ausencia de televisión, de maquillaje, de sondeos? En América Latina, nuestras armas eran ridículas, nuestros proyectos delirantes, nuestros sudores sin gran efecto, y cuando le doy vueltas en mi cabeza a aquellos años emana un no sé qué de serio, de auténtico y de luminoso. Con minutos radiantes, de los que la felicidad física toca la irrealidad, sensación mágica que tuve en 1966, durante una solitaria exploración a pie por las junglas de Bolivia, varios meses antes de unirme a Guevara. De mi paso con “los hombres de poder” en Francia, país que cuenta, Estado reputado, situación “seria”, quizá porque el cuerpo no sacaba nada del derroche, ningún recuerdo de gozo puro, pleno. Pese al interés de los viajes, la riqueza de las informaciones recogidas, la vanidad de la pequeña importancia, no puedo librarme de una sensación de ficticio y de hueco. Mauriac decía que en política no se puede ser feliz dos veces...

Ahora que las “divergencias políticas” con mis amigos de entonces, agudas espinas en el momento pero rápidamente mitigadas, van a dar a esa corta memoria de superficie donde se inscribe en nosotros la crónica del tiempo que corre, me llega de esos años gris rosados, como una niebla meona, un *smog* de hondonada, una tenaz impresión de farsa, por demás más próxima a lo falaz que a lo fraudulento. Baña ese mundo y ese episodio de vida, tan trabajoso sin embargo, tan ajetreado, en un halo de cosa apagada e insulsa, demasiado desconsoladora para disfrutar una vez pasado con una bella melancolía (compensación autorizada de los “funestos vagabundeos”).

Antiguos miembros de los gabinetes o ministrillos de paso somos numerosos, creo, en este apuro –salvo que no es lo que uno piensa. La sensación de malestar, de confusión sin gloria que me queda de aquellas maceraciones burocráticas (como a cualquiera, me parece, que poco o mucho haya participado en la cotidianeidad de los asuntos) no es la de haber estado en contacto o haberse pringado en “sucias historias”, a pesar de la negrura que se asocia por tradición con las calles laterales del poder (“antecámaras” o “serrallo”) y desencadena enseguida en nosotros, ante palabras como “razón de Estado”, reflejo condicionado por cien lecturas escolares, la imagen de maldades, sombrías maquinaciones o turbias intrigas (los “asuntos” que toman hoy el relevo de los venenos, máscaras de hierro y gabinetes oscuros de Alejandro Dumas y compinches). De cerca, lo novelesco de aquello se deshace a la vista. Sobrevive más bien un “tengo un aspecto astuto”, vergonzoso, de esos que se murmura en el día que palidece, después de un baile de máscaras en

dudosa compañía, cuando cada uno se quita el lobo y la capa –el sentimiento de haberse mancillado en un *show* de dudoso gusto. Un carnaval de bondades estudiadas, una puesta en escena de bellos gestos, un diluvio de bellos discursos fabricados por otros es todo lo contrario de las fechorías eficaces que vendrían a sazonar, por la buena causa, una tenebrosa “novela de la energía nacional”, de la que casi lamentaríamos no haber visto desarrollarse aunque sólo fuera un capítulo ante nuestros ojos (desde el entresuelo, si no en el escenario, vestido de feroz en pleno ejercicio). No veo nada indigno ni escandaloso en una mentira valerosa y circunstanciada como la que consiste, para un presidente recién elegido, en no revelar un cáncer. Nada que merezca la horca en ese engaño, aunque se hiciera so capa de transparencia. Aquel falso gran secreto, útil para algo, rehabilitaría casi a las medias verdades pasaporte puestas cada día en circulación para divertir a la concurrencia, dar de qué hablar a los medios de comunicación. Cuando oigo “el poder y sus sombras” no puedo impedirme hoy añadir, *in petto*, “chinescas”, y la restricción se añade al malestar. Lo que me viene a la boca no es un “¡En qué apuro me he metido!”; más bien: “¡Vaya camelo, todo eso!” Tongo, ostentación, charlatanería, nada por aquí, nada por allá, te la han jugado.

Nos gustaría recurrir, a guisa de excusa, a la antigua y respetable razón de Estado (cuyos partidarios parece que son cada vez más escasos). Eso supondría que hemos percibido en alguna parte la razón y un Estado, por alguna similitud unidos. No es el amoralismo lo que sorprende en los pequeños y grandes mecánicos de esta fábrica de artificios; es una imitación bastante barata. Los tipos falsos de las comedias comunicantes (entre los que Mitterrand, por cierto, no se encontraba, como tampoco el pequeño cuadro de grandes funcionarios que alrededor de él hacía girar la máquina en una anónima y ya anticuada lealtad al servicio del Estado) me parecen menos interesantes, hasta más sospechosos que los hombres de linaje de los melodramas literarios (desde un punto de vista novelesco, se entiende). El Elíseo (como, supongo, la Casa Blanca, el Kremlin, o cualquier otro lugar de organización de los espejismos centrales): una linterna mágica mejorada por la ingeniería audiovisual y un amplio espectro de “efectos especiales”. El Estado audiovisual: un derivado del abate Robertson y de su famoso *fantascope*, más bien que de Messmer y de su cubeta, hasta tal punto el camelo vistoso puede más que las otras clases de simulacros. “El arte de hacer aparecer espectros o fantasmas” tenía en el siglo XVIII el hermoso nombre de fantasmagoría. Hoy lo

llamamos política. Uno se extraña de que esa histórica y cotidiana mezcla de proyectores y teleapuntadores pueda suscitar otra cosa que no sea un “Entretenidas, de acuerdo, pero no muy serias, todas vuestras historias”. Es cierto que en el cine mi gusto va por Lumière más que por Méliès: no estaba hecho para el Teleestado.

Remanencia auditiva: globalmente “frufrutante”, en oposición con el fragor del cañón o con el tronar de la tormenta. La del charlatán que manda ensalzar, fruncir la mercancía, la del vendedor de feria que camela con el sentido primero de “dar a una pieza de tela una presentación ventajosa inflando los pliegues”, para hacer creer al parroquiano que hay más tela en el lote puesto a la venta. El farol es un oficio, no tan difícil como dicen. Al cabo de un año o dos se le coge el tranquilo; y en mi humilde nivel, para mi propio gobierno, llegué a distinguir cuatro grados en la escala del camelo, por orden ascendente.

C 1: constitución con trompetas y clarines de una *célula de crisis*, o *antiterrorista*, en la cumbre, de un *grupo de contacto*, de una *task-force* (una “célula de crisis” en el Quai d’Orsay es alguien en un despacho al lado de un teléfono, que recibe los despachos de la AFP y los telegramas sobre el asunto, los clasifica cuidadosamente y se pregunta qué hacer con ello).

C 2: nombramiento en una región dada de un *embajador itinerante* o de un *enviado personal* del Presidente (cuyos informes se quedarán en el cajón, pero que “toma el pulso” y “mantiene el contacto”); envío de una *misión humanitaria de urgencia* (con gran equipo televisivo).

C 3: Las *cumbres* internacionales de gran espectáculo, esos “tiempos fuertes” de la música americana en los comunicados prefabricados; la *declaración común* del Consejo europeo (a manera de acción); el *gran dictamen* sobre la cuestión del día (la reforma del Estado, el medio audiovisual, la droga, la audiencia, los suburbios, etc.) –que no será leído por nadie, y aún menos por sus destinatarios (Presidente, primer ministro, ministros, etc.), pero que dará lugar a provechosas ceremonias con altas personalidades en cartel (coloquio, entrega, alocución, etc.)

C 4: *Consejo supremo* de esto, *Comité consultivo* de aquello, *Cortes generales* (comodín), *Conferencia de premios Nobel* en París alrededor del Presidente, *Colegio mundial de los creadores*. El nivel C 4 es casi siempre “Cultura y comunicación”. El frufú perfecto: la *cultura* cuando ha cortado con la *civilización*, de la que debería ser un relevo. Cuanto más inconsistente la exhibición, mayor el ruido alrededor: reportajes, aperturas del telediario, prime-

ras planas de las revistas. Quitadle a esos prestidigitadores la claqué y los anuncios: se queda la corriente de aire... que no se queda.

Para el “consejero eliseano”, encargado de una de las veinte ventanillas de amenidades dispuestas como aureola alrededor del hacedor de lluvia central, el señuelo es una rutina rebelde a cualquier escenificación y sin brillo. Consiste esencialmente en recibir solicitantes y pedigüños, diez o quince al día, como a escondidas, escuchar o hacer como que se escucha, tomar notas ostensiblemente y deshacerse del pelma en sus objetivos, encantado, provisto de una carta debidamente formalizada, salvífica y calmante. El C cero, nivel del encargado de misión corriente, el escamoteador de base, será el prestidigitador por vaivén, el cubiletero de las administraciones, el trilero que remite –de un despacho “desgraciadamente incompetente” a otro que, ese sí, estará “plenamente capacitado”. Cada titular remite al solicitante con gesto desolado al de enfrente que sabrá “prestar la atención que tal expediente merece”, el cual a su vez sólo podrá deplorar el error de orientación cometido por el primero y lo enviará a un tercer subdirector. Eso supone mucho trabajo. Uno no se imagina la cantidad de pelmazos que 1) tienen un problema urgente, vital, espantoso que solucionar y 2) tienen el morro de encargárselo personalmente al presidente de la República, tanto por desconocimiento de las vías de recurso y de los mecanismos administrativos como por una confianza conmovedora, que sería risible si no fuera multimilenaria e incoerciblemente mágica, en la omnipotencia del curandero de escrúfulas bajo su roble. Cada pequeño vicario de la realza sagrada firma entonces un modelo de carta cuyo duplicado no dejará de enviárselo al demandante perjudicado al que recibió ocho días antes para demostrarle el caso que hace de la escandalosa injusticia de que fue víctima. El interesado que no se sabe ininteresante e ignora las señales codificadas que indican el rompehuevos-directamente-al-archivo, se deshará en agradecimientos y juramentos de eterna gratitud. El formulario dirigido por el alto consejero a la subdirección del ministerio –“recogida de la máxima urgencia”– termina con un aparentemente impetuoso “Le ruego que me tenga informado del curso de este asunto al cual, como ya tuve ocasión de decírselo, concedo la mayor importancia”, del mejor efecto. Allí donde el eterno agradecido verá el signo de una singular generosidad y de un “ordenado” absolutamente-pasmoso-a-un-nivel-tal-de-responsabilidades, el destinatario descodificará sin melindres: “Y sobre todo no volváis a tocarme las pelotas con ese tipo”. La subdirección competente sabe

el abismo que separa el terciopelo de un “tener a bien” (que no hay que confundir con un “tener en cuenta”, que se destina a un igual y no a un subordinado) con el “no dejará de informarme”, mano de hierro a medias desguantada comprometiendo al personal subalterno a no remolonear. Justo un escalón por encima (C 1), está la carta “para la firma del Presidente”, en papel con membrete (sensación de garantía). Tres o cuatro al día, del tipo: *Señor Presidente* (o: *Decano, Diputado, Ministro, Secretario General* o simplemente *Querido amigo*, según los títulos del “alto solicitante”).

Tras haber sabido con un vivo interés su preocupación concerniente a los problemas de (resumir aquí la cuestión planteada), *he pedido a uno de mis colaboradores más allegados, el Señor X, que asiste al secretariado general en estas cuestiones cruciales, que se informe enseguida dirigiéndose al Ministro.*

Espero que las dificultades aparecidas puedan ser superadas satisfactoriamente para las diversas partes afectadas y en el respeto a las mejores tradiciones que siempre han inspirado a la República en este terreno.

Le ruego que acepte, Señor..., mis más cordiales saludos (a elegir, añadido manuscrito, firma con tinta azul).

Para la rutina de los viajes oficiales, el hacer creer deberá aumentarse con una nota ligeramente personal, pero no demasiado, digamos, sentida. Y eso será entonces la inmemorial alocución, con ocasión de la memorable cena de reciprocidad ofrecida por el presidente de la República en la embajada de Francia en Brasilia en honor del inmemorable presidente de los Estados Unidos de Brasil: “Déjeme decirle, Señor Presidente, querido amigo, cuán sensible soy a las palabras que acaba de pronunciar. Nuestro encuentro hará época en la historia de las relaciones entre nuestros dos países. Relaciones modernas, estrechas y confinadas, que corresponden a lo que son nuestros dos países, y de los que su capital ofrece la penetrante y admirable imagen. Es a ese mensaje de amistad y de confianza del que es usted portador, Señor Presidente, al que nos corresponderá mañana dar la respuesta que pide, que merece, y por qué no atrevernos a decirlo, que exige. Permítame pues levantar mi copa. etc.” (Yo tenía cuarenta años largos cuando rendí a mi país tan señalados servicios diplomáticos. No permitiré que nadie diga que es la fuerza de la edad.)

Si existe un secreto profesional compartido, una connivencia un poco canalla entre los miembros de la internacional tribu, izquierda o derecha, este, sur u oeste, gira sin duda alrededor de un “Se les entretiene con nada”. En el fondo, es verdad, sujetos, ciu-

dadanos o militantes, somos un buen público. En el momento, las falsas apariencias funcionan, o casi.

Por haber trabajado en el interior de la chistera de conejos, e incluso si está borrosa la frontera entre la trampa y el music-hall, me cuidaré mucho de acusar a los ases de la mistificación. Sería demagogia denunciar a los falsarios y chalanes que embaucan a la gente sencilla. Un prestidigitador no engaña a nadie; no es un bribón; trabaja por encargo, como los truquistas profesionales del cine. Nunca dejaremos de pedir magia, proezas y oropel. El ilusionismo gubernamental es una magia de sustitución; colma un cierto vacío de creencia en lo sobrenatural. Cada uno sopla *in petto* a su presidente, su ministro, su diputado: “Engáñame, y hazlo de manera que me lo pueda creer. Así pues, cuida tus trucos”. Sólo me creo la mitad, pero aplaudo al artista.

Ya veis hasta qué punto iba en dirección contraria –como “espíritu crítico” lanzado a la caza de lo falso. El pretexto falso era nuestro deber fabricarlo, contar con él; en una palabra, garantizarlo –economía de mercado obliga.

6. *Sed decididamente demócratas*, y no delicados (o republicanos). Impactad. Dad codazos, dejaos ver. No penséis en excelencia sino en notoriedad. No hay más patrón que valga. Es vuestra potencia de fuego. Os lo tendrán en cuenta desde la primera ojeada, con tanta seguridad en la estima como la que necesitaréis en el frente para sobrevivir. No olvidéis, al tiempo de hacerlo, de denunciar la infamia del famoso: “El papa, ¿cuántas divisiones?”, lanzado por Stalin en Yalta. Ni de observar que los moralistas más asqueados por ese cinismo ponen la fórmula en práctica, no frente al Santo Padre (del que todos saben que vale por un centenar de ellas), sino frente al primero que se cruce en su camino: “Y él, ¿cuántos votos representa?”, “¿Qué superficie tiene?”, “¿Qué índice de audiencia?”. De la respuesta a esas preguntas que ni siquiera tienen conciencia de planteárselas –de tal modo las han interiorizado– dependen, ante nuestros pares, la duración de la entrevista, el calor con que nos estreche la mano, el sacar el libro de la pila formada en la mesa o la invitación de un fulano a comer; en resumen, la dosis de consideración. Forzosamente, ésta no se nos puede dar del todo y a todos, hace falta un criterio. Permítase incluso ver en esta medida inmediata de los humanos, en este arte de dividir a los vivos a la primera ojeada en pesos pesados, medios y ligeros, la más penetrante definición del “olfato”, del “sentido” político, que debe-

ríais hacer vuestro lo más pronto posible. “¿Para qué puede servirme este hombre?” –esta pregunta pragmática y pertinente constituye nuestro denominador común. Se convierte al punto en un “cuántas divisiones” modernizado, conforme a la naturaleza de las fuerzas enfrentadas en período de paz –¿cuántos electores, lectores, telespectadores? ¿Qué cota, audiencia, qué porcentaje? ¿Qué influencia, qué crédito en su medio? Así se distribuirá vuestro tiempo útil. Yo había achacado a una distracción, un cansancio el hecho de que en 1981, poco antes de las elecciones, el candidato único de la izquierda, al encontrarse con su comité de apoyo durante una calurosa recepción, haya aislado enseguida como interlocutores en el barullo a un animador de variedades televisivas y a un ilustre humorista. Pasó la mitad de su tiempo platicando en un aparte con esas dos cabezas de cartel del espíritu de los tiempos, evitando (no cuidadosamente: instintivamente) a los profesores de universidad sin nombre, los actores de teatro sin cartel, los poetas sin fama, autoridades espirituales a su manera, que sus colaboradores intentaban en vano presentarle. Discriminación visual muy cierta compartida por todos los candidatos en liza –pues es un rasgo de especie. Caracteriza la clasificación instantánea del vecino, ya sea en la circunstancia más trivial, profesionalismo del que Stalin cometió el error de hacer una formulación demasiado concisa y densa. Cuando el *politicus* hace la guerra, cuenta en divisiones; cuando hace campaña, en clientelas. Siempre pesos y medidas. Clasificación por puntos. A cada especie social, sus patrones. ¿Qué hay de malo en ello? No se puede juzgar con respecto al absoluto, todo gremio tiene sus criterios de ordenación. No es, sobre todo, una cuestión de conciencia moral sino de conciencia profesional (a la cual debe siempre reducirse la primera). En mi profesión, el *box-office* es de naturaleza distinta: un filósofo no somete una tesis a votación, un escritor no aprecia un estilo según la lista de libros más vendidos. Un teorema comparte con un poema la misma situación absurda de carecer de punto de comparación. Si algo valen es por ellos mismos, y de una vez por todas. (Lo que llamamos “incompatibilidad de caracteres” no es más que un asunto de hábitos. No es tan fácil cambiar de oficio y de ambiente. Para subir a la torre Eiffel, deshaceos de ese lastre de retrasados.)

7. No hagáis un drama de la “corrupción”. Evitadla, moderadla, hasta donde podáis llegar. Sabed que es inevitable y para nada dramática. Es suave, fluida y sin relación inmediata con Liechtenstein

o comisiones en el mercado público. Tan natural que el “corrupto”, como el cornudo, es a menudo el último en enterarse de su nuevo estado. ¿Quién habla de comerse el sombrero? Uno lo mastica, con la cabeza en otra parte. Uno roe, mordisquea. Sin eructos ni pesadez de estómago. El cataclismo en el escalafón contrarresta la crisis de conciencia. Creo poder atestiguar que el ascenso de clase del antiguo “pequeño burgués proletarioide”, llevado por un azar electoral o el largo brazo de un protector a un “puesto de mando”, es un proceso que le pasa sin saberlo más que una elección que le compromete, un buen día. Un deslizamiento sin grandes palabras, nada de la súbita renuncia de los relatos edificantes.

Lo que sólo después se traducirá en fórmulas hechas –“microcosmos”, “izquierda caviar”, “*nomenklatura* rosa”– se anuncia en el fuero interno del advenedizo (si puedo ofrecirme como muestra) en forma de incongruencias tan minúsculas que aún le cuesta mencionarlas diez años después: endomingarse cada día de la semana con traje y corbata; meterse indolentemente en un gran cilindrado gris metalizado, que le espera por la mañana a la puerta de casa, sentándose al lado del conductor; posición ostentosa del notable que quiere seguir siendo pueblo; oyéndose invitar por teléfono a un “pequeño almuerzo de trabajo” en el Plaza-Athénée, lugar normal de trabajo no pensado hasta ahora; asistir a *Rigoletto* un sábado por la noche desde un palco presidencial vacío en una sala de ópera llena hasta rebosar; estrechar la mano con un gesto lleno de sobrentendidos, en el bullicio de un cóctel, a un gran patrón de la industria, un nabab libanés o antillano *off-shore*, una estrella de la televisión todo sonrisas (lo que uno nunca habría, en su vida anterior, juzgado posible ni realmente deseable). Incluso se le coge rápidamente gusto a esos abrazos con las eminencias que uno no conoce ni por asomo, y a que a uno le parezca completamente natural esta connivencia entre completos extraños (los *first-class people* que forman una única gran familia, que se desplaza en cohorte a París, Nueva York o Milán, inmutable y sonriente como el *big business* y el *show-biz*, de donde provienen esos mascarones de proa). Luego será el primer viaje oficial en el séquito del Presidente, ese día fatídico que os llevará no a la corte real de Suecia sino, antevíspera de la partida, al Cuerno de Caza, a alquilar un chaqué y una camisa de plastrón y botones de nácar. Las “obligaciones” se encadenan, pasan los meses y os dais cuenta de que ya va siendo hora de hacerse un esmoquin a medida, en lugar de adaptar de cualquier modo una chaqueta paterna, un pantalón del hermano mayor y una pajarita encontrada en el fon-

do de un armario. El *Who's Who*, mientras tanto, os ha enviado por correo vuestro currículum que os ha parecido grotesco, pero siempre menos que un carta de rectificación o, el colmo de la coquetería minuciosa, la misma tachada y anotada, de manera que al no contestar nada, por negligencia, seis meses más tarde os descubríis integrados, cooptados, armados caballeros entre “los cuadros dirigentes de la nación”, para mayor regocijo de *Charlie-Hebdo*; y que al ver esto os decidís –“pues bien no, nada de esmoquin”– renunciando de rechazo, con un orgulloso gesto de mentón –la suerte está echada– a aquellas ceremonias del Eliseo que obligaban a vestirse por encima de vuestros medios o, en todo caso, de vuestras costumbres y de un “ideal del yo” compulsivamente malquistado con las tarjetas que lleven abajo a la derecha, trágico paréntesis, “traje de etiqueta y vestido largo”. Renuncia final al esmoquin que cortará en seco una ascensión prometedora (la sociedad a fin de cuentas se divide en dos: los que tienen un esmoquin en el armario y los demás, como antaño las levitas y los mandilones), pero que, por el momento, tiene más de cobarde alivio que de voto monástico; ya que ese despojamiento preventivo os va a permitir no tener que volver a responder, con voz de falsete, que “todo eso, no vayas a creer, es gracioso, nada más”, al cruzarte a la entrada de casa, por una siniestra coincidencia, a las ocho y veinte de la tarde, con algún “viejo camarada” risueño “que hizo el 68” y que no está en el pesebre, o no todavía, y que no pudo ocultar, al veros subir a un R25 con chófer, disfrazado de pingüino o de crupier de casino, una mirada, mezcla en dosis variables (variando, según el origen social del testigo sorpresa y su “nivel de expectativa”, es decir el espesor de su propia agenda y el número de sus viejos condiscípulos integrados en el nuevo *establishment*) de envidia brutal y sin literatura, o de conmiseración a lo Flaubert para con el veterano-de-las-barricada-que-se-ha-echado-a-perder, o de sartriano reproche al cabecilla-convertido-en-hijoputa-titular.

Los deslizamientos progresivos del éxito, por desdeñables, incluso deliciosos, que os parezcan en tiempo real, retrospectivamente será cuando tomen un aspecto más notable (o menos inconfesable). Cuando, pasados los años, ciertos “patinazos aislados”, que tienen ya que ver con la brigada financiera y no con la crónica de las ideas, dejando de hacer reír en privado, indignen a algunos millones de almas buenas en la lectura de las páginas “Tribunales” de su periódico habitual (para los desafortunados), o de las páginas “Política” (para los más precavidos). Sin llegar hasta epílogos tan conocidos y carcelarios, las premisas versallescas de la des-

viación vuelven el espectáculo de un triunfador “de izquierdas”, y en primer lugar para él mismo, más entristecedor que el recorrido que juzgaríamos con razón más propio del “arribista” llamado de derechas. Este último, en efecto, fuera de las campañas electorales donde tales consideraciones de circunstancia se supone que no tienen importancia, no habrá tenido que echar pestes durante años contra “el reino del dinero que ensucia y mata”, los tecnócratas sin corazón y las élites aisladas del pueblo, antes de hacerse él mismo apadrinar en la cena del Siècle, invitar al foro de Davos, o convidar por un director general a tomar un bocado en un restaurante de mil francos por cabeza. Que la corrupción de un joven Alcibíades empiece por un traje príncipe de gales y por unas camisas a medida de casa Charvet hará sonreír a más de uno. Cada uno sabe, sin embargo, con saber no social sino físico, que un socialista que ya no coge el metro durante seis meses porque tiene un chófer (con el añadido, para los VIP, de un guardaespaldas) es un comediante en acto y un impostor en potencia (digamos lisa y llanamente, un neoliberal cien por cien). Añadid al CX en ejercicio una o dos invitaciones al trimestre al 20 Horas, y el cambio será natural, elegante, tanto más sentido por el afectado cuanto que lo sentirá cada vez menos. Si el delito de iniciado no existe todavía al cabo de esos decaimientos anestésicos, corolarios de la llamada cultura de gobierno, Thermidor y Directorio harán acto de presencia en los analistas chistosos. Queda por establecer –replicará en este punto un cacique de la Vieja Casa que tales infantilismos exasperan– cómo un ministro de Estado “salido de un medio modesto”, o presumiendo de ello, puede permanecer incorruptible y conservar su habitación en casa de su amigo carpintero sin convertirse en Robespierre. (El ejemplo de Olof Palme, en Suecia, el antiguo primer ministro socialdemócrata, sugiere que no es imposible. Yo vi cómo le pedía, una noche, a uno de sus colaboradores después de una cena de pie y a todo prisa en Estocolmo en su despacho, que le llevara a casa porque su coche oficial se lo retiraban después de las ocho y que el suyo estaba averiado.)

Ese vago cosquilleo, ese ligero “malestar” que experimenté año, durante algunas semanas, en el Habana Libre al desembarcar en la Tricontinental, me ha perseguido veinte años después sobre las alfombras de la Savonnerie rosa (aunque al cabo de un año nuestros amigos a cuyo cargo estaba ya no hayan hablado en el extranjero o en público, y con razón, del “gobierno socialista de Francia” sino del “gobierno francés”). Todavía lo experimento

hoy, aunque vaya a la asamblea en bici o a pie, hecha limpieza de toda “posición oficial”, cada vez que hago causa común con los parroquianos más visibles de nuestra *intelligentsia* protestataria, los peces gordos de nuestro acuario. Cada vez que me encuentro en uno de esos treientos metros cuadrados sitios en el obispado metropolitano donde azacanean maestresala y niñera, y donde el señor de la casa, intransigente con los principios y atento con el oprimido, manda servir a los compañeros un Moët et Chandon mientras dicta por teléfono a *Libération* nuestra última encíclica exigiendo el envío inmediato del contingente para salvar de la matanza a tal o cual minoría. Bronceado, al regreso de un fin de semana en el Danieli o de una semana en las Seychelles, con el chófer a la puerta, nuestro campeón a gusto en todas partes, que tutea a los grandes, empezando por los periodistas que cuentan, y que tiene dificultades para seleccionar entre las diarias peticiones de entrevistas, no sabe lo que es el dinero pero sabrá darle eco como nadie a las llamadas de urgencia, a las convocatorias “contra la pared e indefenso” –al tiempo que se burla de los privilegiados franchutes de los sindicatos y de la mezquindad del asalariado normal. Esta correlación entre el tren de vida personal y la exigencia moral en política –que hace de nuestra red “derechos humanos” una aristocracia al cuadrado en la aristocracia del mérito que es ya de suyo la alta *intelligentsia*– no le quita ciertamente nada a la generosidad del detalle y a lo bien fundado de los valores esgrimidos por nuestras plumas por encima de las cabezas fofas, a pesar de sarcasmos fachas y pullas de costumbre. Simplemente acrecienta (la sudodicha correlación) mi respeto por los que viven de acuerdo con sus sermones, donde hoy veo en primera fila a los militantes cristianos, curas en el trabajo de la Misión de Francia o laicos benévolos de Acción Obrera, y otros, comunistoides o asimilados. Incluso a la hora de los “instalados”, nunca entró en mis sueños hacerme profesor en Sarcelles y, parado de lujo, habito esos mismos barrios altos, me cuento y me cuentan en el número de los *happy few* metomentado a los que el hiato entre el vivir y el predicar apenas importuna. Mucho mejor: ese hiato alimenta este intervencionismo con clase y en todas las direcciones, ese tono perentorio y apenas sugerido en el que se reconoce en sus obras y sus pompas al “intelectual comprometido”. En esta familia política, a la que no constriñe ninguna titularidad oficial u obligación de empleo, el desfase pasa inadvertido. Se nos podría reprochar no hacer lo que decimos y no decir lo que hacemos si no hubiéramos cogido la costumbre de vivir en un planeta y de

hablar de otro, sin sentirnos en nada descuartizados por este gran descarrío.

Para quien no tiene buenos reflejos existen recuerdos un poco viscosos. Voy a confiaros uno. Un desliz, entre otros. Anodino, fatal. Desesperadamente corriente, como tantos os han de ocurrir, a cada cual su turno. Pregunta: ¿Cómo acaba uno heredando gratis dos soberbias defensas de fino marfil, regalo de un déspota de África negra? ¿Hay que cazar y matar al elefante? No, a la gacela. ¿Hay que dedicar un panegírico en alejandrinos a un Nerón de bolsillo, en este caso un coloso de aspecto bonachón, un sargento-presidente con las cárceles llenas (lo que sabremos mucho más tarde)? Respuesta: una escapada a ciegas basta. Sigamos. Un día de invierno, agotado por el trabajo, yendo por un pasillo del Palacio en compañía de mi amigo B., murmuro:

—Si al menos pudiera irme una semana al sol...

Sin mala intención. Mi excelente compañero (de la célula africana) me contesta, porque le gusta agradar:

—Que por eso no quede, yo te lo arreglo.

Sin segundas intenciones. Dos días después caen sobre mi mesa dos billetes de avión para una capital africana, y un telefonazo:

—Todo arreglado, irán a buscarte al aeropuerto.

—Magnífico, ¿cuánto te debo?

—Deja, ya veremos eso después.

—Sabes, de África negra— le digo —no conozco nada ni a nadie; una playita bastaría...

—Ya verás, son magníficos y tendrás una paz regia. No te preocupes de nada, los compañeros están al corriente.

Bueno, cuelgo, aliviado, pensando en todo lo que me he evitado: la cola en el mostrador del Club Med, el chárter a Orly que llevará cinco horas de retraso, el bungalow que no tendrá vistas al mar, la mesa de huéspedes bajo la enramada, etc. Viaje en primera clase, jefe de gabinete del Presidente a la llegada, hotel de lujo, aire acondicionado en la habitación: amiga canadiense contenta, funcionario del Eliseo encantado. Dos días después, invitación a comer en el palacio presidencial. El desastre. Imprevisible. ¿Cómo escabullirse? ¿Darse la buena vida sin pagar la cuenta? Imposible. Cálido recibimiento, bebidas embriagadoras, recuerdo de los amigos comunes, proyectos locos.

—Mañana me doy una vuelta por el Norte, les llevo conmigo— me dice el cordial coloso al final de la comida.

—Por supuesto.

—¿Usted caza?

—Cuando hay que comer, Presidente, sí. Si no...

—Ya verá, eso proporciona un buen contacto con la selva.

Cortejo de Mercedes, helicóptero, rebaño de gacelas a la vista. Nos apostamos. Disparo. Bambis por todas partes. Imposible no dar en el blanco. Veo a una que se desploma en mi línea de tiro. Paracas uniformados se agitan a nuestro alrededor. Volvemos. ¡Uf! Pensemos en otra cosa. Vuelta a la capital. Me despido. Salida para el aeropuerto al día siguiente por la mañana; despedida, lamentable recuerdo de la muerte gratuita e, *in extremis*, la catástrofe. En el momento de subir al avión llega corriendo el ayuda de campo con una gran sonrisa y un enorme pernil de gacela bajo el brazo (larga pata exquisita, pezuña delicada, cuarto trasero encantador, todo, para echarse a llorar). “De parte del general, para usted, recuerdo de una cacería feliz.” Vergüenza, y más vergüenza. Imposible colocarla en una maleta, un frigorífico, un portaequipaje. Dirección: la bodega. Esquivo las miradas: no solamente el crápula asesina antílopes sino que se empeña en almacenar los cadáveres. En el aeropuerto de París, confusión general. Imposible dejar el paquete tras de sí, cobardemente. Bambi en desorden en el carrito, a través del vestíbulo, bajo la mirada indignada, horrorizada de los vecinos y en particular de los más jóvenes, íntimos de Disney. Nunca llegaré a subir “eso” a mi casa. ¿Y cómo deshacerse de ello? ¿Enterrar la cosa en los jardines de Luxemburgo? Veo un rincón recoleto, pero haría falta una pala y por la noche está cerrado. ¿Un cubo de basura? La portera me denunciará, y sería vergonzoso. A la altura de la Puerta de Pantin, alivio. De repente me acuerdo que eso se come. Caza, con castañitas asadas. Seguidamente dirección Elíseo. Dando rodeos llego a las cocinas, con mi víctima bajo el brazo, un poco sanguinolenta. No me llega la camisa al cuerpo. Principesco, el jefe de los chefs, Marcel Le Servot, acepta de buena gana el trueque, proteínas raras por conciencia tranquila.

—Esto viene de Rambouillet, ni visto ni oído, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Tenía pues el alma en paz cuando, ocho días más tarde, llamaron a la puerta de mi domicilio. Era un miembro de la embajada del país de mis vacaciones. Tenía un paquete, tan alto como él, que desembaló delante de mí, en mi despacho: dos defensas de elefante, del más bello redondeado, empaladas cada una en una peana de madera. El paquete estaba abierto, la postal de felicitación de año nuevo también. ¿Pedirle al desconocido que volviera a embalar todo?

Era ofender, se mire como se mire, a un lejano pero hospitalario y generoso donante. ¿Aceptar el regalo? Era corrupción pasiva y prenda dada para no se sabe qué reciprocidad. De los dos males elegí el menor. Por suerte, los costosos ornamentos ocupaban demasiado sitio y, no sabiendo dónde meterlos, los bajé enseguida al sótano, no sin regocijarme pensando en la cara que pondrá mi progenie cuando llegue el día de la herencia, ante el sorprendente patrimonio. Por suerte, robaron en mi sótano poco después, lo que evita tener presente ante mis ojos los estigmas ebúrneos de mi muy corruptible liviandad. Por suerte, no he vuelto a poner los pies en aquella selva ni he vuelto a ver a su general presidente de entonces. Pero tengo bien merecida la página asesina del boletín ciclostilado de unos jóvenes demócratas de dicho país en el exilio consagrada dos meses más tarde a los poco apetitosos safaris de un “supuesto ex revolucionario” y de un opresor en activo. Aquel pernil de gacela, aquellas defensas carísimas todavía me visitan en plena noche.

8. *Preparaos para la soledad.* Lo sé: no hay derecho. No estaba en el programa, era incluso lo que habíais creído olvidar al correr tras lo colectivo perdido; pues tal era vuestro deseo inconsciente, como el de millones más: empujados por Eros, huir de Thanatos en Thanatos, así es desde la noche de los tiempos, desde que hay jóvenes voluntarios para experimentar el sombrío orgullo de desaparecer en infinitas servidumbres. Seréis devueltos no obstante a vosotros mismos, y sin haberos separado mucho. Tendréis que componéroslos. No hablo de la soledad terminal y normal, común y previsible, la del destituido o del dimitido, del parado o del jubilado que, recién vuelto a casa aliviado de su grado, su puesto o su mandato (en el aparato del Estado o del partido, en su servicio, en la empresa, el periódico, la administración, la casa editorial, etc.), ve enmudecer su teléfono, vaciarse su buzón, blanquear de un día para otro las hojas de su agenda. No es más que el efecto banal y mecánico de una ley de funcionamiento admitida por todos (incluso si no nos gusta mucho hablar de ella, tan trivial y mecánica como es), según la cual una persona cuando llega a ser inutilizable (de la que no podemos esperar nombramiento, invitación a cenar o a viajar, subvención o condecoración) se convierte en persona infrecuentable (funcionalmente hablando, dejando a un lado cualquier consideración personal), que tachamos de nuestra agenda sin mala intención (o más bien que ella misma se ausenta de ella). Hablo de una soledad de juventud, de carrera, de función y por así

decir de plenitud. De algo que esté al otro extremo de lo que habíais soñado al oír las palabras socialismo, o nación, o civismo, o república o pueblo. Si esas palabras tenían un sentido en común, por muy diferentes que fueran, era el de señalar una virtual superación del cada uno para sí, un más allá posible al *habeas corpus*, al tedio de ser una isla más en un archipiélago de paso. Sin duda vosotros no pensáis celebrar la unidad oceánica del individuo y de su comunidad en no sé qué abolición regresiva y romántica de las actitudes de reserva; no sois idiotas, no soñabáis realmente con un comunismo utópico o monástico, con un falansterio, con una Icaria de buenos salvajes en pleno París con los chalecos que se abrochan por la espalda, compartiendo el peculio, las tostadas con mantequilla por la mañana y las veladas escutistas por la noche, todos para uno, uno para todos; no planeabais ser sólo *uno* en el cuerpo del Presidente, del ministro o del primer secretario, como ciertos predecesores vuestros sólo eran *uno* en Jesucristo. Sin suponer un alma de “monje caballero”, una vocación propiamente mística, japonesa o sacerdotal, sin suponer realmente posible ni en el fondo deseable la nacionalización de los egos después de la de la siderurgia, la colectivización de los narcisismos después de la de los instrumentos de crédito, os habéis hecho a pesar de todo una cierta imagen digamos militante del servicio gratuito, del don de sí mismo, susceptible de reagrupar a gente de procedencia o de obediencia diferente en un servicio regido por un mismo ideal. La imagen no de un cuerpo de élite, falange o fraternidad secreta, de una sociedad de los Trece, de una “cita de amigos” surrealista o de una escuela de mandos de Uriage; no de una unanimidad gremial de tebanos apiñados en sagrado batallón, no de una cohesión totémica de zulús postrados ante el tótem o la bandera. No. Pero os atrevéis todavía a imaginar algo así como un círculo restringido, una cofradía de amigos, un espíritu de equipo, una banda, una francmasonería sin trucos ni bajo cuerda, digamos una especie de solidaridad instintiva o maquinal entre adeptos a una misma concepción del mundo, unidos entre ellos por un jefe de fila que encarna por su vida y su persona el supuesto ideal (parto aquí del supuesto de que estáis un poco harto de ser individuos privados, aún sensibles a las sirenas roncadas de la fraternidad humana, insatisfechos de las tendencias a la degradación reavivadas por el culto liberal al dios dinero; en resumen, que tenéis madera de buen empleado, cuando no de buen camarada).

¿Necesito añadir que sonábais enfáticos y que ibais desencaminados, y que la secretaría de los palacios de la República os devol-

verá rápidamente a la tierra? ¿Que aparte del gimnasio e incluso del salón de festejos, en el bullicio de los invitados (en una entrega de la Legión de honor, en una recepción del 14 de Julio, en un simposio de los alcaldes de Francia, etc.) os sentiréis más bien abandonados a vosotros mismos? Solos en vuestro coche oficial, solos en vuestro despacho decorado gracias a vuestro esmero con un Nicolas de Staël prestado por el Patrimonio nacional, vuestro pequeño cuartel general de terciopelo granate con un empleado de protocolo y registro, hijo de la prudencia y amigo de la carrera. Os habréis convertido en uno de los *novi viri* del momento, un ejemplo representativo de las famosas capas ascendentes a los que periódicamente se les da acceso, porque los desheredados y los dominados depositan periódicamente su confianza en futuros dominantes que aprendieron cómo hablar a los pobres antes de aprender a comportarse bien, antes de incorporarse a Chez Edgar, Neuilly, el golf de Saint-Cloud, el Polo de Bagatelle, el Jockey-Club, el Racing, el Interaliado, Megève, Roland Garros, todos los lugares estratégicos de una clase que, para salvar los muebles, sabe cómo hacer sitio a los recién llegados. Así pues, bienvenidos al club. Nada alevoso en ello, una alternancia mecánica y simple, periódica y previsible.

Desde aquí os oigo protestar contra ese desengaño fácil, contra esa denigración apesadumbrada o, peor, sarcástica; o peor aún, neurasténica. ¿Decís que no hay que extrapolar? En parte es verdad. Hemos servido, mis amigos y yo, a un gran solitario. Un diferente, un secreto, un individualista a quien se le daba de maravilla revolver los organigramas a su alrededor, componiendo jerarquías imprevisibles, aleatorias, en completo desorden, y que, en cuestión de grupos, sólo toleraba las redes (concurrentes, yuxtapuestas y activables sólo por él, en tanto que necesidad). Esta ventajosa capacidad de soledad nos valió el mejor entrenamiento en la ley del medio: en una sociedad competitiva, el hombre de poder es un solitario con contactos. Es el número y la variedad de vuestras conexiones lo que dará la medida de vuestro poder: vuestras conexiones telefónicas; el número y la densidad de las teclas en la consola de vuestro “clasificador”, rematado por un “interferidor” bien destacado; el hilo acústico que pone instantáneamente al actor en relación, por línea directa y sin filtro, con los otros actores, los activos de la red. Eso crea un gremio, en cierto sentido, pero estrictamente utilitario, en circuito cerrado, y sin consecuencias. No galvaniza ningún movimiento de conjunto en la periferia; sólo excita las ganas de estar dentro, los celos de lograrlo, es decir de

adquirir uno mismo un buen colchón de relaciones. No forma una *contrasociedad* en el interior de la ganancia y el provecho ambiente; avala y reconduce la sociedad competitiva triunfante por todas partes. Nada más ni menos arriba que abajo. Las éticas son colectivas o no son (¿quién cree sólo en algo?). Todos los apresurados, los superdotados, los superinformados que os rodearán y se llamarán cincuenta veces al día no tendrán ya nada que *les respalde*: nada de tradición obrera o de dinastía sindical; nada de memoria militante o de nobleza de organización, como en los socialdemócratas de Suecia e incluso de Alemania. No saben nada de las canciones de lucha, ni de las grandes exequias reservadas a los dirigentes socialistas, lejos del *Te Deum* y de las catedrales, en las plazas, en la Bolsa del Trabajo o en los grandes vestíbulos de alcaldías revestidas de negro (como en Estocolmo para los funerales del antiguo primer ministro asesinado, con las oriflamas violeta y los guiones burdeos de las secciones del partido, ordenados por centenares detrás del armón de artillería donde estaba puesto el ataúd). Nada de la secular estela del socialismo y del comunismo, con sus congresos numerados, sus escisiones, sus agarradas; nada de un honor diferente que tuvo sus reglas, sus ritos y sus propias banderas; todo eso es hoy letra muerta; poniendo al desnudo tácticas individuales, codicias individuales, biografías individuales, sin esas banderas que lastren o que obliguen, que vienen de más lejos que nosotros y que nos llevan más lejos. Hermosos recorridos en una palabra, entonados, sin traspiés, con la misma cordialidad exacta y triste que esa en la que vosotros mismos ya os bañáis, a la edad en que otros cantaban el *Canto de los partisanos* –“¿Cómo-está-usted-querido-amigo. Su-señora-esposa-nos-acompañará?”

Además una gestión de carrera supone el conocimiento de los cursos, en alza o en baja, que dan el encanto a esta bolsa de reputaciones por naturaleza fluctuantes, de la que pronto seréis uno de los títulos a los que vigilar (entre algunos centenares más). Por eso tendréis que proceder, al menos una vez a la semana, a *establecer la posición* vía los rituales de ajuste jerárquico llamados cócteles o recepciones (Elíseo, ministerios, embajadas, Casa de América Latina, Club Interaliado, etc.). Si no conocéis vuestra cotización, los demás (que han venido con la misma preocupación que vosotros) os la harán saber en pocos minutos; fíaos de la mano invisible del mercado que da a un torbellino mundano, de apariencia aleatoria y browniana –formado por millares de trenzados, entrevistas fugaces, giros sobre el ala o movimientos giratorios–, una muy fina

estructura de orden que tendréis que decodificar rápidamente. Este orden es el de las dominancias que prevalecen en el instante *t* en lo establecido, sistema móvil de preponderancias que siempre hay que renegociar, pero que este tipo de reuniones permite a la vez registrar y regular a través de multitud de mensajes cinéticos, posturales, vocales y ópticos que se intercambian entre compañeros reunidos en departamentos estancos. El volumen sonoro y la acentuación de los *cherami* (sobre la primera sílaba, buena señal; sobre la segunda, inquietante); el deslizamiento más o menos evasivo de las miradas de conocidos de las que habéis, de lejos, interceptado el barrido visual; los movimientos centrífugos o centrípetos de los vecinos inmediatos en cuanto entráis en el terreno, a un paso de la puerta, os servirán de indicadores preliminares. La refriega será caliente, conservad vuestra sangre fría. Como decía el mariscal Foch en 1914 cuando las operaciones se complicaban: “¿De qué se trata?” De un grupo de fusión, de orillas fluctuantes y de centro generalmente móvil (según el Invitado principal o el Anffitrión, Presidente de la República, Primer ministro o super Director General), en cuyo interior cada importante se mueve a través de mil vicisitudes y obstáculos fortuitos según una lógica sencilla: tratar de subir la pendiente que debe a cualquier precio orientarle hacia el Centro (él mismo en constante desplazamiento), pendiente que los demás, los más desamparados, intentarán a cada instante hacerle descender. El ojo como faro giratorio para ver de dónde viene el peligro, y bloquear *in extremis* los trabajosos acercamientos del pesado que como quien no quiere la cosa se acerca a él para retenerle según pasa y desviarle, con un *queridamigo* meloso de usurpador o de hipócrita—cada Importante trata de despegarse de uno menos importante que él, que por su parte intenta pegarse a uno más importante. Esos centenares de maniobras giratorias y de sentido contrario reposan sobre un presentimiento compartido, con esperanza para unos y temor para otros, según el cual la notoriedad es contagiosa y la no notoriedad también: ser visto en conversación con un Importante vuelve importante; pero al revés, ser sorprendido en conversación prolongada con un anónimo, por muy empresario que sea este último, amenaza con hacer bajar vuestra propia cotización. El acercamiento al Central supone pues una zigzagueante labor de contorneos y de enderezamientos, aprendizaje penoso para el no iniciado. No os dejéis desalentar por la dificultad; las técnicas del cuerpo se aprenden solas; vuestras secuencias gestuales se coordinarán por sí solas con las demás. Mezcla ines-

table de crueldad y de elegancia, de brutalidad y de soltura, la ritualización de las dominancias permite en la esfera social una regulación natural de la vida colectiva, casi tan espontánea como en un grupo de macacos *rhesus* aislado detrás de una reja. Por eso los esquemas sensomotrices de esos ceremoniales de adaptación llegarán a ser los vuestros en el espacio de algunos meses —como una segunda naturaleza. Siempre encontraréis en esos reuniones congéneres de mayor graduación que pronto no tendrán más remedio que estrecharos la mano, y llegará el día en el que os deis cuenta de vuestro valor exacto ya no en la insistencia de una mirada o en la rapidez de una fuga sino en la presión de los dedos, sólo por el tacto, con los ojos cerrados. Descubriréis que el balanceo rítmico de los antebrazos alineados en un mismo plano vertical, a lo que el etólogo expeditivo reduce en Occidente el “intercambio de un apretón de manos” disimula en realidad tres señalizaciones implacablemente incompatibles. La primera: una presión del pulgar sobre el dorso de la mano contraria, acompañada de un oblicuo movimiento del brazo, hacia el exterior, permite dar a comprender a un peligroso que se le saluda preventivamente, porque es inevitable, pero que se le agradecería que dejara el paso libre. La segunda: cuando el movimiento oblicuo es centrípeto y el pulgar aprisiona firmemente la mano del homólogo en la dirección de su propio polígono de sustentación, es que se le reconoce suficiente superficie como para pararse en su compañía uno o dos minutos e intercambiar algunas palabras a la vista de todos. La tercera es un gesto más anodino pero más audaz, que permite no revelar nada de sus propias estimaciones y dejar al otro en *stand by*, víctima de un flotación generalizada de los precios que sólo podrá inquietarle si no le enloquece: es el apretón de manos de espera, neutro, sin presión ni hacia adelante ni hacia atrás, en un eje sádicamente vertical. Entrenaos. La neutralidad es la táctica de los amos que, en esas burbujas especulativas, saben mantener la incertidumbre sin dar demasiada esperanza al fulano, sin tampoco privarle de ella de entrada. He conocido expertos a los que estos ejercicios repetidos proporcionaban terminaciones anteriores tan sutilmente inervadas como las de un Glenn Gould o de un parlamentario de la IV República.

No vayáis a creer que esas delicadezas de comportamiento son un hecho exclusivo de los *politicus* entre ellos. Los intelectuales, que viven en la incesante ansiedad de su imagen y del mayor o menor ascendente que ejercen a su alrededor (sin hacer de la belleza de una forma o de la verdad de las cosas su primera preo-

cupación, como los artistas y los sabios), no son menos hábiles que los electivos y los elegidos en la estimación social del *socius*, en los indicadores sin fallo ni perdón del peso comparado de sus colegas. El ballet de cortesías propio de nuestra tribu parisina, al que el cóctel anual de Seuil, a primeros de junio, ofrece un marco hospitalario y verdecido, muestra las inflexibles seguridades en las trayectorias de los danzantes estrella, las muy científicas medidas en los saludos recíprocos del cuerpo de ballet, sus paradas cronometradas y sus reagrupamientos jerárquicos, que harían palidecer de envidia a las reuniones en comparación espontáneas de la “gente político-mediática”. No me extrañaría que una etnografía comparada de esas tribus haga resaltar, en las galas rituales de Matignon, del Senado o de la Asamblea, avances, encuentros o prevenciones individuales más verosíblemente gratuitos o menos fácilmente explicables que los, calculados al segundo y al milímetro, de dos mil intelectuales, de los que ninguno puede soportar al otro, reunidos una noche en mil metros cuadrados, entre tres buffets y diez plantas verdes.

Hay que vestir a la verdad con paradojas: completamente desnuda, chocaría demasiado. Si he adoptado para dirigirme a vosotros este tono de guasa algo fácil, no es, o no sólo, para hacer honor a la jovialidad desdeñosa que tan bien sienta al viejo-de-la-vieja-guardia-a-quien-ya-no-se-la-volverán-a-dar. Recordad que lo espiritual es la excusa de lo científico, como “el humor es la cortesía de la desesperación”. Cada uno de esos codicilos apresuradamente añadidos al testamento del gran Italiano resume cosas vistas, oídas, llevadas a cabo y archivadas. Dicho esto, no vayáis a creer que, si nada aquí es falso, aquí está toda la verdad. Por encima de la línea de flotación está felizmente la tecnoestructura, que es lo esencial. Los cohetes espaciales, las telecomunicaciones, el petróleo, los océanos, los aviones y los satélites –esas cosas serias no admiten pamemas. Lo que queda de Estado en Francia se aferra a esas empresas públicas o parapúblicas y aún encontraréis (no por mucho tiempo, apresuraos) “gente buena” al servicio del interés general, que hace el trabajo escrupulosa y desinteresadamente. Es cierto: se habla mucho de los mercachifles, y no lo suficiente de los íntegros. He conocido algunos. ¿Nombres? ¿Por qué no? ¿Me tomaríais por un literato dando vueltas en el trapecio con red, muy por encima de las contingencias? Desengañaos. Puedo citaros antiguos colegas con los que me crucé en aquellos años por los parajes eliseíños: además de Hubert Védrine, espíritu independiente, Jean-Louis Bianco, Christian Sautter, François

Stasse, Jean-Daniel Lévi, Élisabeth Guigou, Michel Vauzelle, y muchos más. No compartía todas sus ideas; nuestras opciones de vida son diferentes; pero es bueno recordar que también existen, bajo el artesonado, hombres y mujeres que intentan poner un poco de orden en el caos, honradamente.

4. De la fidelidad

*Una carta dolorosa - Son los demás quienes traicionan
- Las dos fidelidades, la china y la japonesa - ¿Curiosa
coincidencia? Me apartan, me aparto - Para la imagen,
lo peor es siempre seguro - ¿Cómo aprender a romper?
Nunca he sido un hombre libre - La deuda incalculable
- Un santo: Pierre Brossolette - "Las ventajas de una
buena posición."*

No me vanaglorio de mis abjuraciones. Son otros tantos remordimientos. Me despiertan antes del alba. Disecar a un patrón al borde de la tumba, al que se ha jurado, diez años antes, respetar, a quien se debe el poco de respetabilidad que uno mismo ha adquirido y con quien se mantenía antaño las relaciones más cómplices; traicionar su confianza; escupir en la sopa; apuñalar por la espalda; trepar, enano, a los hombros del gigante, para crecerse un poco: ya conocemos, ¿verdad?, esas palabras livianas, esas palabras de pasillo y de cena. No necesito escuchar detrás de las puertas –el monólogo interior no está hecho para los perros.

No hay asunto más grave, en el compromiso, que la fidelidad. Mucho más que en amor, si se pueden separar esos géneros de una misma locura, si se puede olvidar por un instante que la pasión política, mucho más que la homosexualidad autorizada de los machos, fue el erotismo propio del siglo xx (la adhesión a una causa se distinguía tan poco del apego a un líder como la necesidad sexual del deseo erótico). No hay asunto que soporte menos la broma que todo lo que atañe a la única moral que cuenta en este terreno. Los Casanovas del foro no deberían hacernos gracia, polucionan el espacio sagrado, le preparan la cama a los bárbaros. A riesgo de aburrir con minucias e insignificancias, quiero responder seriamente a la pregunta más seria. Como se puede hacer a la carta de un amigo, a la reconvención de un allegado, que, como nos mira desde lejos, nos cala mejor de parte a parte. Un *examen de conciencia* sobre hechos desprovistos de toda importancia puede tener una minúscula para la fractura de los corazones humanos –la única excusa para quien se expone al ridículo de hablar de sí mismo.

París, 18 de junio de 1990

Mi querido Régis,

Tus humores te extravían y me desconciertan. ¿Crees realmente que se pueda militar para la llegada al poder de un jefe de Estado, recibir por ello luego la recompensa con un puesto envidiado por todos, verse impuesto en un estatuto especial pese a un entorno hostil, llevar a cabo prestigiosas misiones, formar parte del Consejo de Estado –y pasar por un hombre neutro, distraído y despegado? ¿Exactamente: sin apegos?

Pues ninguno de esos puestos está ligado solamente al servicio del Estado. Todos son, por el contrario, dependientes del capricho del jefe del Estado. De la confianza que ha puesto en ti –que tú has merecido que ponga.

Nunca he dicho, en efecto, yo, que rompiera con Mitterrand. Por la sencilla razón de que nunca hice juramento de fidelidad. Eres tú, quien, al albur de la conclusión de un libro (que me gusta), y de una entrevista (hecha a toda prisa), señalas tu decepción, tu pesar, tu chasco. Para mí, no debiéndole nada al poder, no esperando nada del Príncipe, he alternado libremente elogios sorprendidos y requisitorias desencantadas, ditirambos y procesos. Me ofrecieron, en 1982, ser embajador; lo rechacé. Quizá por otra parte me equivoqué. El rumor pretende que habrías deseado ser ministro con Roland Dumas y que te lo negaron. Me habría alegrado por ti. Nuestras situaciones no son las mismas...

Es a Jean Daniel a quien debo ese dedo en la llaga después de que yo publicara un breve opúsculo consagrado a de Gaulle (a causa del centenario de su nacimiento), divorcio consumado con su amigo, mi patrón. Si quiero ahora contestarle sin darle el pego, voy a tener que explorar mis subsuelos, lugares poco relucientes. No habría traído aquí los reproches privados, crucificantes y no infundados del director del *Nouvel Observateur* si no resumieran lo mal que yo pensaba, por un cierto lado, de mi mala acción y la náusea que entonces yo me daba, tras aquel giro manifiesto. En el calvario de una educación política, la defección, el perjurio, la felonía –es la estación más dolorosa, la más crucial también, la del “muere y renace”. Quizá entonces más valdría morir para la política que esforzarse por renacer...

Acordarse en primer lugar de que son los demás los que traicionan, por naturaleza. Y en particular los hombres públicos, a los que estamos demasiado inclinados a condenar por contradicciones, si no es por prevaricaciones, expuestos como están por la publicidad que se le da a sus hechos y dichos, mejor consignados que los nuestros. Expuestos a la calumnia de los ignorantes, la más inicua (como lo es un primer ministro talentoso a causa de una sangre contaminada, que nada tiene que ver con él). Además de la diferencia de vulnerabilidades debida a la iluminación (los unos obrando bajo los proyectores, nosotros en el claroscuro) como a los riesgos objetivos del oficio (infinitamente superiores allí donde el paso azaroso es consustancial al andar), un diletante tendrá más posibilidades, frente a las metamorfosis de un profesional, de jugar a la paja y a la viga. No soy una excepción en el lote, es el del género humano. Por mucho que sepamos que, tras la fachada engañosamente única de una fisionomía (que, porque la creemos reconocible, da el pego), un hombre es una casucha en el interior de un piso amueblado con cualquier cosa; que sepamos hasta qué punto ese agente doble es no solamente diferente de la imagen unificada que se hace de él el prójimo sino diferente en todo instante de él mismo; esperamos más homogeneidad, incluso más personalidad, de las personas que nos rodean, y *a fortiori* de las personas destacadas que de nosotros mismos. Por eso somos más intolerantes para con las variaciones de los demás que para con las nuestras propias, que minimizamos espontáneamente. Lo que nos parecerá, cuando nos volvamos sobre nuestra vida pasada, como una *muda* o una *adaptación*, necesaria y natural, se convertirá en el prójimo en lamentable *palinodia*. De igual modo que lo que es en nosotros *audacia rentable* es claramente una *impostura* en nuestro rival, y no dejaré de llamar *mudanza* al *cambio* de mi adversario. Así es: nosotros claudicamos pero queremos que nuestros representantes anden derechos. Nos concedemos el derecho de no hablar con una sola voz, nosotros, pobres diablos a los que tanto nos cuesta cohabitar con nosotros mismos, pero si por ventura el presidente y el primer ministro, en una conferencia en el extranjero, llegan a contradecirse, denunciaremos la disonancia, nos burlaremos de la casa de tócame Roque, y diremos: "Francia ya no está gobernada." Cada uno prefiere pecar por exceso de rectitud que por exceso de inconstancia, hasta tal punto se da más valor a terminar como mártir de su ética que como víctima de las circunstancias.

"Mírate en el espejo, amigo, antes de despotricar." Acojámos la objeción guasona como hermana mayor. Educa. "Que yo sepa"

(como dice el “profesional” antes de precisar que él “habla por boca de” su vecino –paraguas destinado a amortiguar el impacto de un hecho desconocido y adverso que podría surgir de improviso), no veo con qué justificar el trivial “¿Fulanito? Ah, sí, el antiguo izquierdista, convertido en mitterrandista y ahora neogaullista...” Risas en la sala. Por más que me haga mil nuevas presentaciones, que eche los bofes por nada, que convoque como testigo del burión nuestra viciosa inclinación a adjudicarnos el papel más lucido (no-ha-variado-ni-una-pulgada-en-sus-convicciones), no puedo reconocermé en esa ingrata verosimilitud. “Izquierdista”, ya lo he dicho: si el calificativo tiene un sentido, no lo merezco; nada más regresar a Francia, en el humo de después del 68, sostuve que si un cambio profundo fuera posible sería solamente en un marco legal y electoral (malquistándome por eso con todos los extraparlamentarios del terruño). “Sobre la base de este análisis” me adherí a Mitterrand desde 1972 (prestándole una vocación gaullista algo forzada, hasta tal punto toma uno sus deseos por realidad.) No reniego de ese apoyo al único posible de entonces, incluso si no fue el ideal esperado. En cuanto a mi “gaullismo”, confío en que no tenga nada de partidario ni de oportuno y aún menos de improvisado. A riesgo de caer en el defecto genérico que acabo de señalar, sólo me reconozco, en cuanto a la doctrina, una “muda” y sólo una, o en cuanto al detractor, una apostasía y no dos: la que comenzó en los alrededores de 1968, después de mi primer aprendizaje, y que me hizo abandonar la fe marxista-revolucionaria en la unidad cosmopolita y de los oprimidos, a medida que descubría la roca nacional (o, más ampliamente, mental y cultural), así como las envidiables singularidades del modelo republicano. Desde entonces, si he podido variar en mi apreciación de las personas, de su mayor o menor aptitud para fijar en Francia, contra viento y marea, la idea nacional-republicana, no he cambiado la clave de lectura de los acontecimientos (y todo me indica, mezcla de pereza y de resignación, que ahí me quedaré).

Y aún me cuidaré, locuelo de mi posición (como todo escritor), gozando del privilegio que me otorga mi oficio que es anteponer la lealtad para con el destino a cualquier otra, juzgar a un político con las dos manías del político (cuando se abandona a las facilidades de su propio oficio): todo el mundo cambia, salvo yo; mis adversarios no son honrados, si no no serían mis adversarios. François Mitterrand tenía demasiada sutileza para ceder a esta última vulgaridad, “la tendencia desastrosa de los hombrecillos”, como decía Lawrence, y cuyo equivalente en la gente de ingenio

podría ser el “ninguno tendrá ingenio como nosotros y nuestros amigos”, que inspira los ataques cruzados en el seno de la *intelligentsia*. Tenía en cambio suficiente oficio para poder cambiar de utopía en plena travesía, pues así es el genio del *politicus*, saber adaptarse al tiempo que hace. Lo que le llevó a trocar a medio camino la utopía socialista por la utopía europeísta. Fue por aquélla por la que me alisté en 1974 y 1981; nadie nos hablaba entonces de la “Europa federal” excepto el campo contrario; luego, era el testigo. Lejos de tomar el camino contrario de su predecesor, Giscard d’Estaing, como era lógico que así lo anunciara haciendo campaña contra él, se introdujo fielmente en sus huellas. Por eso se vio a un socialista hacer avanzar a la sociedad liberal avanzada, a un laico entronizar la escuela privada, al elegido por los funcionarios interinizar la desarticulación de los servicios públicos, al firmante de una moción de congreso que prometía la ruptura con el capitalismo adoptar la política financiera más a la derecha que el país haya conocido desde la Liberación, y a un jacobino declarado, en el país de Colbert y de Napoleón, dar un empujón a una Europa hanseática (habrá otras, por suerte). ¿Por qué criticarle el derecho a cambiar, o peor aún achacar esa adhesión a mediocres motivaciones (“todo lo que permite durar es bueno”)? Faltándome a mí mismo, en ese capítulo, espíritu de sistema, me avergonzaría hacer de Catón denunciando zigzag, torcimientos y contorsiones. Todo el mundo sabe bien que no hay línea recta en política –aún menos que en arte (donde nadie acusará a Picasso de haber abjurado de sí mismo al abandonar el período azul por el rosa) y en amor (donde cada uno puede ser polígamo y estar muy sinceramente enamorado de aquellas a las que engaña). “Gobernar” quiere decir llevar el gobernalle, y ningún navío se desliza recto en el mar: para conservar el rumbo hay que maniobrar. Mi *non pussumus* era más trivial: aficionado, puedo permitirme el lujo de una fe simple, e incluso de sacrificarle “posiciones” y “situación”, porque en mi caso no son sacrificios: no tengo que vivir de ellos al tener otras fuentes de ingresos posibles, otras maneras de hacerme ver, otras vanidades a las que recurrir. Incluso tengo todo que ganar, para la reputación, sirviéndome de mi cláusula de conciencia, como el gacetillero cuando su periódico cambia de director y de línea. De lo que abusé, hasta taparme la nariz ante el cocinero en los hornos. Hasta sospechar que el capitán tenía como único rumbo permanecer al timón. Hasta lanzar sentenciosos dictérios: “La política, señor, son pequeños compromisos al servicio de una gran causa, no al revés”. ¿Quién soy yo para ha-

blarle así con altanería? Nada. Un sofófilo, sostenido por nada que no sea su pequeña reserva mental e inclinado, como los pre-tenciosos de su especie, a leerles la cartilla a los especialistas. Cada uno su especialidad. Intentemos al menos seguir siendo profesionales en nuestra calidad de aficionados, sin caer en la tentación de incluírnos, con los mejores, en la “moral de la con-vicción, abandonando a los menos buenos a la “moral de la res-ponsabilidad” (infatigable antítesis Ciencias Políticas). No es menos fácil, en definitiva, evadirse de las realidades en los ideales que del ideal en las realidades. De esas dos defecciones de signo con-trario la menor variará según el papel que uno se ha asignado en la distribución, el cual decidirá si el idealismo o el realismo, la credulidad o la picardía, será nuestra deformación profesional o nuestro punto débil. Mi error habrá sido haber imaginado posible un tercer término o un justo medio. Como, desde el cuerpo hasta la educación, todo me empujaba hacia el testimonio y la doctrina, he querido remontar mi pendiente para hacerme útil pringándome en sucios asuntos (otros van desde el prurito intervencionista hasta el absentismo casi budista). No me ensucié demasiado, pero no he servido para nada. De ahí la felicidad de seguir siendo marginal, preferible a las voluptuosidades de lo que llamo dema-siado de prisa “corrupción”. En cuanto a la cuestión de saber lo que más vale: no contar para nada en el juego de fuerzas, o que los principios no cuenten nada, a fin de presionar sobre las fuer-zas y el acontecimiento, más vale dejarla abierta por la página “Libre opinión”. Y venir a depositar una vez al año, el uno de mayo, la rosa roja en el Père Lachaise al pie del muro de los Fe-derados, con algunas docenas de chiflados que, en un gesto de piedad ridícula y necesaria, vengan a calentar sus viejos huesos ante la fosa común de los últimos comuneros, con un último rayo de sol y de fidelidad.

Confucio tiene esta virtud por la más alta de todas. ¿Habría des-de entonces que estar de acuerdo con Shotoku Taishi, el regente de la emperatriz Suiko, cuando como buen confucionista inscri-bió en la *Constitución de los diecisiete artículos* éste: “Someterse absolutamente a la intención del emperador”? Existen dos fide-lidades, la grande y la pequeña: la china y la japonesa, para consi-go mismo y para con su señor. Todo se juega a dos letras, una *i* y una *n* de más o de menos: ¿fiel a *qué*, o bien fiel a *quién*? En Chi-na hay que ser en primer lugar leal consigo mismo, fiel a su

conciencia; en Japón prima el deber de obediencia al superior. Puede ocurrir que, por fidelidad a su señor, un señor feudal japonés se vea obligado a traicionar su propia conciencia; y que un vasallo chino, porque sabe cuál es su deber, esté obligado a traicionar a su señor. ¿Seremos chinos o japoneses? “Fidelidad”, cuántos crímenes se cometen en tu nombre... “Traición”, cuántos suicidios absurdos y falsos casos de conciencia... Cuántas fidelidades que fueron felonías, cuántas traiciones que fueron lealtades... Un comunista que, hacia 1935 o 1936, admitiera públicamente la infamia de los procesos de Moscú y el trabajo forzado en Siberia traicionaba a los suyos, al Partido y todo lo que hasta entonces había dado un sentido, una unidad a su vida. Uno más que “grita con los lobos”, se “une a la arrebatiña”, “sirve objetivamente a nuestros enemigos”. Pero ese desertor sagaz no traicionaba la idea de revolución socialista, que incluso salvaba del desastre arrancándola, como los trotskistas, de una encarnación execrable. Mientras que los camaradas ciegos traicionaban en el fondo la Idea a la que creían servir (y en cuyo nombre condenaban a los videntes a muerte o a la infamia). Hasta aquí es fácil, pero, ¿lo es realmente en un segundo examen? Pues debilitar al Partido era innegablemente disminuir las posibilidades de la revolución. ¿Podía haber una revolución proletaria en Occidente sin y contra el principal partido obrero, que portaba la Idea, forjaba los cuadros y las tropas? ¿Le quedaba al hombre honrado una tercera vía: no decir esta boca es mía, hacer como el avestruz? Éste se negaría a elegir entre justificar y denunciar la desviación, guardaría silencio para no hacerle el juego a nadie. Pero, como decía Simone Weil, “a fuerza de no querer saber, se llega a no poder saber”. Aquí estamos otra vez condenados a la rueda. ¿Dónde está el honor, definitivamente, cuando se ha visto, al igual que el Géricault de *La Semana Santa* eligiendo bajo los Cien Días seguir a Luis XVIII contra los hijos de la revolución, a un Aragon permanecer hasta el final en el partido estalinista íntimamente execrado, “elegir por honor el deshonor”? ¿Cuándo tantos hombres han puesto su orgullo en quererse esclavos...? Es fácil decir que de dos traiciones hay que elegir la menor. Queda por saber si es la fidelidad del corazón o del espíritu, Tokio o Pekín, quién importa más, y sobre eso no habrá nunca unanimidad (se sabría). A cada uno le toca encontrar la respuesta. Dependerá de la edad, en una pequeña parte: normalmente, comenzamos nuestra carrera como un samurai fanatizado y la terminamos en la piel de un viejo sabio manchú. Y del oficio, en una grande: un individuo entrenado en

las ideas, apasionado por unos valores y unos proyectos, antepone el "¿a qué?"; para un soldado, un hombre de corazón, un acólito, será el "¿a quién?", porque pone el sentimiento por encima de la ideología. Esto se parece a un trabajo de bachiller, sección filosofía moral. Por desgracia es más complicado. Pues sucede que los amigos de las ideas tienen también un corazón. ¿Ignora el ideólogo el sabor del pan partido en familia, de las ensoñaciones en voz alta bajo las hayas, de las confidencias en el rincón del hogar donde se dora el champiñón, con la trufa y el armagnac? Por su lado, el amigo de juventud de buena pasta, poco tacaño con los programas, ¿no tiene también sus pequeñas ideas, una coherencia propia que vale tanto como cualquier otra, más pomposa o abstracta? Temo que no haya respuesta adecuada para el tema de bachillerato; que todas sean defectuosas y desafortunadas. Lo que nunca impedirá al primero en llegar tirar la piedra contra las "los no fiables", hasta tal punto el linchamiento tiene poder calmante sobre las conciencias.

Con la gran desventaja de sus lealtades, es cosa probada que el hombre de pensamiento será más fácilmente lapidable que el corazón de oro. Abraza la lógica de las ideas, cuando seguir la lógica de las fuerzas es el destino de la gente de poder. Porque es más rigurosa, luego más abstracta, la inteligencia exige líneas rectas, mientras que la voluntad zigzaguea para ajustarse al acontecimiento: por lo que el intelectual es naturalmente propenso a traicionar al político. El *qué* filosófico se vuelve contra el *quién* político, porque a menudo el *quién* se acomoda a cualquier *qué*. Como el juego de las fuerzas cambia más rápido que nuestras ideas, buenas o malas, el hombre de acción habrá tenido tiempo de cambiar tres veces de chaqueta antes de que el doctrinario a su lado se percate de que se ha cambiado de ortodoxia. Pero es el práctico quien, al simbolizar para las multitudes la causa que de hecho niega, fijará en definitiva la norma de lo recto y lo desviado. Así es. No lloremos. Al contrario, alegrémonos de los raros momentos en que coinciden ritual y fe. No existe mayor alegría que la coincidencia de las dos fidelidades, a la conciencia y a un jefe. Es raro que esa dicha dure mucho, es la de los comienzos, antes de que el camino y nuestro credo se bifurquen; de ahí la predilección de todos nosotros por los preliminares (empecé diez novelas, sólo terminé dos, y cada vez a regañadientes: acabar, es acabar de cualquier manera). No moralicemos esas fatalidades, a cada cual su propensión, su visceralidad. A cada cual su mal menor. Lo mismo da saberlo por adelantado sin embargo: quien se frote contra esos cactus algo de sí mismo dejará en ellos.

Como las ideologías que se suplantán una y otra encabezando el cortejo, los decepcionados se suceden en el camino de los *ismos*, y se parecen más de lo que piensan, más que nuestros propios *ismos*. Tras los aparecidos del “comunismo totalitario”, aquí están los del “socialismo democrático”. No me perdonaría confundir un molino de palabras girando loco con una máquina de vapor de moler hombres; los costes del desencanche bajan con la profundidad de los compromisos; pero es del interior, siempre, de donde vienen las peores represalias, es su propio dedo vuelto hacia él lo que el antiguo devoto debe afrontar. El vasallaje hace al hombre. Al romper nuestra fe, concha protectora, es una parte de nosotros mismos lo que se desploma, y por culpa nuestra: el exclaustrado renace, un fiel sombrío. La privatización de los juramentos de fidelidad que siguió a la desaparición de los antiguos marcos colectivos de creencia no ha hecho la defección más indolora; al contrario. Los “intelectuales comunistas” (en la época de Claude Roy, de Roger Vaillant o de Edgar Morin) vivían en un cara a cara obnubilante, desde luego, pero con un fantasma, el Partido, de dirigentes lejanos, que provenían de otra clase social, que vivían en otro planeta. No hubo “intelectuales socialistas” para tomar el relevo (tanto mejor para la socialdemocracia); pero hubo “los amigos del primer secretario”, “los íntimos del Presidente”, con, en lugar de las “tomas de posición” o de las “cartas al Comité central”, un juego de recompensas y de desgracias, de enfados y de idilios. Se sustituía la adhesión *de jure* por un vasallaje *de facto*, aunque sin promesa solemne ni fe jurada; los camaradas de antaño, por los vasallos. Esos vínculos personales, que le valieron privilegios a los ascendidos, creaban enseguida un aumento de pena y de reprobación, hasta tal punto se perdona más fácilmente una divergencia de ideas que un incumplimiento de la amistad. Al pasar del mundo totalitario al democrático, la apostasía cambió de tono, del mayor al menor. Pero lo que perdió de altura religiosa lo recupera en indignidad personal. Sangra menos y rechina más. Todo hará rechinar, seamos justos. Al seguir siendo miembro del clan, oídos y ojos cerrados, estoico ante las difamaciones de los “perros” y el diluvio de los “asuntos”, el fiel compañero tampoco se librará del desprecio. A cada cual según su grado. Pérdida de prestigio en ambos casos. Leal para con el patrón, soy oportunista. Leal para con la Idea, soy un amigo infiel. ¿Cuál de los dos calificativos nos servirá mejor? Un ejemplo ilustre pondrá a cada cual sobre la pista: quizá por haber seguido fiel a Platón y a su escuela, sin sentirse obligado con la secta de

un mago oriental en boga –Jesús llamado Cristo– Julián, el emperador leal entre todos a la fe de su ciudad se convirtió para siempre en el Apóstata. Siga usted sin decir esta boca es mía a su bienhechor en las travesías más inciertas: habrá trocado su ideal por un plato de lentejas y le abrumarán con una cita de Montaigne: “Un cortesano sólo puede tener ley y voluntad de decir y pensar favorablemente de un señor que, entre tantos miles de vasallos, lo ha elegido para alimentarlo y criarlo con su mano.” Advierta usted por el contrario de la jugarreta del señor recordando sus programas de antaño (por cuya fe se comprometió usted a su servicio): será un cortesano hipócrita, que se venga con grandes palabras de un amargo desengaño.

Y quizá nuestro acusador no esté equivocado. ¿Cómo repartir la razón en una decisión de alejamiento, entre un semiconsciente cálculo de intereses (a partir de aquí pierdo más que gano) y el reconocimiento objetivo de un desacuerdo? ¿Entre el narcisismo herido y el idealismo frustrado? ¿Abandonamos una tribu entusiasta (como lo era la mitterrandiana) porque vemos cómo se eclipsa el ideal, o bien porque nos cansamos de abrazar sombras? ¿Abrimos los ojos porque el Príncipe nos aparta, o nos apartamos porque hemos abierto los ojos (y que el Príncipe, persona astuta, lo adivinó)? La honradez moral implica plantearse esas preguntas, quizá la honradez intelectual pide no responder a ellas; hasta tal punto lo propio de la ambición política es movilizar embarulladamente lo que de peor y de mejor tiene un individuo, que sólo se desenmarañan *post-festum*, sobre el papel. ¿Me atreveré a ponerme como mal ejemplo de esta regla general? En 1988, dimití porque no veía ya nada socialista (a lo que habría podido acomodarme), ni siquiera, en el fondo, republicano (lo que, en cambio, me dolía demasiado) en la política generalmente seguida por los míos, a la que el cliché un poco gastado, “compromiso sin premisas con el sistema”, le iba como un guante. Algunos meses antes, extraña coincidencia, deseé dirigir la Misión del bicentenario de la Revolución, y se trató de nombrarme secretario de Estado para el Pacífico Sur, o de “relaciones con los países en vías de desarrollo”, cerca del ministro de Asuntos Exteriores. Sobre el primer punto, el presidente de la República dijo que sentía mucho saber de mi candidatura demasiado tarde, después de que Jean-Noël Jeanneney hubiera aceptado el puesto; y el buen equilibrio, tanto político como administrativo del nuevo gobierno ya pletórico, ex-

cluía que un curioso ciudadano viniera a entorpecer las cosas. Lo que seis meses más tarde sería un cuchicheo en la ciudad: “¿Fulanito? Ah, sí, intrigó mucho para colocarse; le contrariaron en sus pretensiones; tomó las de Villadiego. Todos iguales, ya ve usted”.

Para una apreciación ligera, los bípedos implumes están hechos así, ¿por qué buscar más lejos? Para el espécimen entregado a lo suyo es inicuo y desolador. A riesgo de descender a lo ínfimo y lo infame, precisemos. Después de haber seguido durante dos años en el Elíseo los preparativos del bicentenario de la Revolución francesa; después de haber lealmente contribuido y servido a la Misión de Baroin, primero, luego de Edgar Faure; después de haber asistido a la desaparición de los dos; después de haber buscado durante tres meses un sustituto para Edgar Faure, sondeado a cinco personalidades; después de haber, por último, oído al quinto, Jean-Noël Jeanneney, en mi despacho, subordinar su sí a condiciones legítimas y fundadas pero que me parecieron inalcanzables, le dije al día siguiente por la tarde al Presidente: “Pensándolo bien, si no se encuentra a nadie, y como en cualquier caso conozco el expediente, y tanto, podría ocuparme de ello yo mismo”. No hubo suerte: en el desayuno, esa misma mañana, había por fin convencido a Jeanneney para que cediera, en el momento oportuno. Era una excelente elección. “A ti te reservamos para el 93”, me soltó de manera chistosa Charasse, hombre fino bajo lo espeso. Ese pequeño contratiempo ajustaba las cuentas a todos: yo no daba evidentemente el tono que convenía dar a esas ceremonias (tenía otro en la cabeza, es cierto –de ahí mi veleidad). En cuanto al segundo punto, el del “ministro”, este es el asunto. Se había creado en 1986 (antes de las legislativas), por iniciativa mía y a la vista de los estragos causados por el atentado del *Greenpeace*, un Consejo del Pacífico Sur. Yo era su secretario general. Si queríamos al mismo tiempo proseguir con nuestras pruebas nucleares a fin de salvaguardar la autonomía estratégica del país (credo que compartía decididamente) y conseguir que se aceptase una presencia francesa en la zona, sin lo que las pruebas de Mururoa llegarían a ser problemáticas, había que repensar, reorganizar y en primer lugar unificar todos los servicios relacionados con este campo de actividades. Ese Consejo, tras un buen comienzo, lo dejó a media luz entre 1986 y 1988 la derecha (que no podía tolerar tener que reunirse con un extremista que olía a azufre). En 1988, cuando los nuestros volvieron a los asuntos, estaba claro que si no se le daba a ese organismo de coordinación administrativa un mínimo de autoridad y de continuidad políticas, todo se iría a pique

y Francia, en el Pacífico y más allá, se encontraría pronto con un muro. Yo conocía ya suficientemente la región y los atolones de Mururoa como para hacer ese sencillo diagnóstico. Por mi parte, tenía otros deseos personales como para andar arrastrando una vez más mis botas por Canberra, Wellington o Papeete, pero creía lo suficiente en la causa de la disuasión, y en que permite amplios márgenes de autonomía, como para “ceder a la afectuosa presión de mis amigos” si fuera necesario. Sospechaba que la disuasión nuclear (una de las piedras angulares de una “independencia nacional” inscrita como corazón del corazón en la Constitución, pero cuyo solo enunciado le parecía retrógrado, si no ridículo, a sus guardianes) no justificaba para los responsables grandes sacrificios en términos de política interior; que la “bomba” repugnaba a los movimientos ecologistas que tenían entonces el viento a favor (y que convenía atraerlos para consolidar una mayoría incierta); que, verde o rosa, el repliegue en el *Hinterland* europeo excluía ya que nuestro país se mezclara en asuntos lejanos de ultramar, y se preocupara aún de una política mundial, para la que todos saben “que ya no tiene medios”; por último, nuestras “fuerzas vivas”, como lo más preclaro de las clases dirigentes europeas, habían, en el fondo, elegido Washington y sus agentes ejecutivos (OTAN y la Alianza Atlántica), para “asegurar la estabilidad”, incluida la propia Europa, a menor coste. Pero como la querida harta de *backstreet* que pide a su protector que la lleve a un estreno a la Ópera, yo también me decía que ya era hora de que supiera a qué atenerme. ¿Se atreverá finalmente a “salirme”? ¿Pregonar la relación? ¿Asumir ante todos esa antigua pero molesta camaradería? Turbias motivaciones: cívicas e incívicas, nacionales e interesadas. En cuanto al Consejo de Estado, por donde nunca debí pasar, burla definitiva, irremediable cacharro, fue menos un salvavidas financiero de hombre ansioso (incluso si un debutante en el Consejo ganaba entonces menos de veinte mil francos al mes) que un remedio para salir del paso de un universitario rechazado. Deseando abandonar el Elíseo de puntillas en 1984, me las ingenié para que me nombraran “ingeniero técnico administrativo” en el CNRS, el grado más bajo en la jerarquía de los investigadores con marca de fábrica; me habría incorporado a un laboratorio de investigación sobre relaciones internacionales, donde me habría gustado seguir mis estudios en el terreno latinoamericano. Un voto de desconfianza contra mí terció en el centro y se me dio a entender que se veía con muy malos ojos el desembarco de un pseudointelectual incompetente que debía ese empleo al solo capricho

del Príncipe (que no estaba al corriente de nada). Un impostor puede engañar a todo el mundo salvo a *su* propio mundo. No me lo mandaron a decir. Esto me dio un primer indicio de la suerte que me esperaba por el lado de los cuerpos constituidos del Espíritu, por haberme revolcado un día en el fango oficial. Al saber esto, el excelente Paul Legatte me ofreció comenzar en el puesto de relator del Consejo de Estado en su primer escalón. Nombrado en 1985 en el turno externo, como un tercio del Consejo, me declararon, a petición mía, en excedencia sin sueldo a partir del 1 de julio de 1988. No se me oculta que esos tres años inestética e inmoralmemente pasados a costa del contribuyente, a pesar de un trabajo corriente y regular, justifiquen las peores sospechas.

Sopesado todo, ¿qué platillo inclinará la balanza? El fiel oscila. En las balanzas de mis recuerdos se inclina hacia la frustración política. En las del rumor, hacia la ambición desechada. ¿Es necesario precisar hacia cuál finalmente se inclinó?

Una motivación posiblemente honorable apenas volverá a tener éxito como una sutileza intelectual. Es la condición del mensaje, tener que rozar el suelo para atravesar la indiferencia ambiente. Nuestras pequeñeces se perciben mejor y de más lejos que lo que podamos tener en nosotros de digno o de estimable. Esta óptica paradójica, propia del espacio moral, invierte las proporciones del espacio físico. Lo que nos parece, en nosotros mismos, desdeñable o lateral, indiferente y hasta inexistente, ocupará un lugar central y desmesurado en el campo visual del vecino. No se puede hacer nada: lo mediocre es más comunicativo que lo demás. Hay ahí una ley del intercambio social análoga a la de la caída de los cuerpos o de los vasos comunicantes, sobre el que los medios de comunicación contemporáneos, que no lo han inventado, operan como una lupa de aumento. De donde resulta que nuestras “sociedades de comunicación”, alegre y malvadamente llevadas por la ley del género al escarnio bajo todas sus formas, susciten un serio problema de moral colectiva. Sea cual sea la jerarquía de valores que reine aquí o allí, una sociedad se respeta a sí misma gracias al crédito de intenciones que damos espontáneamente al prójimo, a ese principio de caridad del que cada cual hace que cada cual se beneficie. Sus consecuencias sociológicas superan nuestros intereses sociales inmediatos, pero nos corresponde a título individual, frente a esa ley de la gravedad *sui generis*, tomar nuestras disposiciones, a todos los efectos. Debo saber por ade-

lantado que los demás interpretarán de la peor manera mis iniciativas o mi inercia. Y que el paréntesis tendrá más importancia que mi tesis. Tanto arriba como abajo. Dedique usted en el transcurso de una conferencia especializada, ante un patio de butacas de lingüistas, un largo, laborioso y complejo desarrollo sobre los valores de pertenencia comparados entre lenguas, dialectos y jergas, y que se le escape en el giro de una frase, o en respuesta a una pregunta de la sala, una salida de tono *ad hominem* más o menos graciosa o páfida, inspirada por un personaje destacado (para poner un poco de sal en sus desarrollos abstractos o para despertar la atención flaqueante de los oyentes); será ese bajo placer de veinte segundos lo que ocupará lo esencial de las reseñas del día siguiente, reduciendo sus dos horas de fatigas a una salsa de acompañamiento, incluso a un simple pretexto para “ofrecer el plato fuerte” o “ajustar cuentas con fulanito”. Esa ocurrencia descortés no la habíamos preparado; se nos vino a la lengua sin pensarlo, sorprendiéndonos a nosotros mismos. ¿Pero no es esa precisamente la prueba de que la llevábamos en nosotros y que nos llegaba de lo más profundo? ¿Un síntoma, un lapsus no dicen más verdad que una composición escrita?

Con una vida sucede como con las pruebas de un libro que devolvéis, laboriosamente corregidas, a un corrector profesional: hojea delante de vosotros tres páginas del fruto de vuestras entrañas, al azar, y enseguida descubre, con una náusea más o menos educadamente reprimida (según los caracteres), tres monstruosas erratas que se os habían misteriosamente escapado. Ahí están, ese cuerpo del delito, irrecusable, para ruborizar al más ignaro. Por más que hayáis trabajado de un tirón, meticulosamente, en la elección de la palabra justa, en las transiciones, en las acometidas, ya no veis más, sospechoso señalado por el dedo, que esas sandeces que en realidad son faltas no de ortografía sino de francés, que reflejan un desconcertante desprecio no de la sintaxis sino de la más elemental honradez. ¿Y os atrevéis a publicar *eso*?

Nuestra vida pública, no es a un corrector, es a un periodista indiscreto y bien informado a quien se la entregamos cada mes (y para los más expuestos, cada noche). Se puede uno fiar de la corporación, que posee un ojo seguro. Ninguna falta de gusto o de gramática, ninguna mezquindad, ningún ridículo se librará de la atención de los testigos. Cometeríamos un error si viéramos en ello malevolencia o ensañamiento. Como para el corrector de imprenta, la censura es una función reguladora. Tiene sus coacciones desagradables pero necesarias, indispensables para la buena marcha

no de la librería sino de la democracia, con lo que supone de transparencia y de control de los medios gubernamentales, intelectuales y administrativos por los gobernados, telespectadores y sujetos. Pero más allá de esta utilidad colectiva y práctica, lejos de incriminar a los “perros” o a los “hurgadores de cubos de basura”, deberíamos tener (aunque sea superior a nuestras fuerzas) un motivo de reconocimiento más personal hacia el despreciador de oficio; deberíamos (aunque nos cueste) mirarle como, *mutatis mutandis*, el fiel católico, el miércoles de ceniza, al cura que marca su frente con una cruz gris mascullando: *Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris*. Polvo somos y en polvo nos convertiremos para los demás, tal que en nosotros mismos al fin. Así seremos juzgados al final por el qué dirán (ese tribunal de apelación que agrava los veredictos en primera instancia, fiable superviviente al que el gacetillero del periódico sirve en cierto modo de heraldo de armas). Sin ese corifeo que se adelanta en el escenario y en el futuro, que se dirige solo con una voz estentórea, por desgracia, a todo el anfiteatro, ¿sabríamos siquiera nuestro papel y qué lugar ocuparemos finalmente en el reparto?

El suelto nos hiere pero nos hace un favor. Tenemos demasiada tendencia, en nuestro fuero interno, a quedarnos con la versión elevada de nuestros actos; no es malo que la versión ramplona sea sistemáticamente divulgada, como contrapunto, por los jueces oficiando a cielo abierto (incluso si nuestro amor propio hubiera preferido, mirándolo bien, un dispositivo a la inversa: que al público se le instruya por nuestra solicitud de lo mejor, y que lo peor nos sea susurrado al oído por un procurador molesto pero discreto). Las dos tendencias forman una “horquilla”, como dicen los estadísticos; por grande que sea la desviación de las medidas, siempre será prudente, para sí mismo, quedarse con la media como el valor más verosímil. Así, entre el *Canard enchaîné*, que mantiene a sus lectores informados poco a poco de nuestras canallerías, sin dejarse influir por nuestros bellos discursos (almidonados de valores y de ideas), y la *Revista de metafísica y moral*, que sabe saludar como es debido la riqueza de nuestras referencias y el rigor de nuestras concatenaciones, ignorando nuestros ardidés y nuestros pequeños intereses de imagen, se abre una indecisión bastante espaciosa para que se pueda trazar en ella con toda tranquilidad, a lo largo de una línea mediana, un camino privativo. Ese sendero protegido (tanto como se puede) desembocará en la “honrada mediocridad” que probablemente nos caracteriza, en esas zonas morales templadas donde radicaba antiguamente la

virtud –clasicismo reflejo que podrá servirnos, por ahora, y a falta de un examen más profundo, de consolación. El rumor del que Jean Daniel se hacía eco ignora ese justo medio; prefiere lo escandaloso a lo trivial, con riesgo de tergiversar las cartas. Es el juego.

Nunca aprendí a romper, improviso cada vez, lamentablemente. Contraer nos es innato, cortar es un arte. El destierro, el encanto, el silencio y sus cadenas: todo se rompe a la vez, ahí está realmente el quid. “Cortemos aquí, señor.” Sea, pero, ¿por qué hoy? Contemporizamos, esperamos otra cosa para mañana, abogamos por las circunstancias atenuantes, el malentendido. Un edificio de fe no se derrumba como un rascacielos en un seísmo: se agrieta, resquebraja, y se colmata poco a poco. Cuando, a finales de 1983, dando la vuelta al parque con el señor del lugar, me explayé con él (estábamos solos) sobre el apuro de un ingenuo “antiimperialista” frente al atlantismo desbocado de nuestra política exterior, la oficial, sin considerar el rebajamiento de nuestros servicios secretos a mozos de armas del Gran Líder de Occidente, el Presidente reconoció que en efecto había trabajado por cuatro por ese lado, pero a título provisional y conservativa. “No podemos batirnos en dos frentes, Régis, el interior y el exterior. Comunistas en el gobierno, incluso en el extremo de la mesa, es ya muy duro de tragar para Reagan y el gran capital. Si además me enfrento a América, me convierto en Allende. ¿Es eso lo quiere usted?” No, yo no quería eso. “Espere un poco y verá. Bueno, los sandinistas en Nicaragua, ¿que me propone usted?” Tuvimos entonces un pequeño detalle para retrasar el estrangulamiento de Nicaragua por el imperio y sus “contras”. Era el otro imperio el que acaparaba toda la atención de los medios de comunicación, y por tanto del Estado: nuestros servicios secretos tenían mil delicadezas con los afganos. Hice el viaje (entonces un *must*) al Khyber Pass, en la frontera afgano-paquistaní, para conferenciar con unos señores de la guerra del siglo XIV bajo la enseña de los derechos humanos, en nombre del Presidente; estuve luego con el dictador paquistaní y los responsables de los servicios secretos, grandes amigos de los americanos y por tanto nuestros. A la vuelta recomendé que les enviaran el armamento que nos habían pedido, con la segunda intención de que ese precedente podría servir en otras partes. Era idiota, Claude Cheysson me convenció de ello, y Mitterrand no siguió mi consejo, afortunadamente. Después de lo cual mar-

ché a unas antípodas, concretamente a Vietnam para reanimar lo que pudiera ser aún de nuestras relaciones. Pham Van Dong, el primer ministro, me habló de Francia con palabras de Victor Hugo, sin saber que en París se hablaba yuppi y se veía *Dallas*. El gobierno no llegó más lejos con Hanoi, al haber puesto Washington su veto; cuando los Estados Unidos levantaron la prohibición para ellos mismos fue cuando descubrimos, diez años más tarde, salvados todos los obstáculos técnicos como por milagro, que ese país antiguamente francófono existía. Era demasiado tarde, desde luego, América y Japón ocupaban ya el lugar (los satélites raramente se anticipan). Algunos viajes, contactos, mediaciones del mismo tipo por todos los confines del mundo me dieron el pego durante todavía dos años. La creencia no es una llama de meche-ro que apagamos de un papirotazo; es un candil que se reanima en el instante en que se apaga. En 1986, un liberalismo revanchista ganó las elecciones legislativas para privatizar la televisión, suprimir los impuestos sobre las grandes fortunas, zurrar a los estudiantes y a los inmigrantes. La buena sangre republicana se heló en las venas. Pedí entonces volver a Palacio que había abandonado, asqueado, dos años antes para formar una muralla delante de nuestro jefe ultrajado, apretar las filas a su alrededor –la guardia muere y no se rinde.

La cuestión del honor en política no creo que se le plantee a nuestros intelectuales de honor; esa nobleza intransigente enarbola en sus escudos la divisa “¡Yo soy un hombre libre, señor!” De hecho, “un intelectual digno de ese nombre”, como dicen los dignatarios, no se rebaja al yugo de una disciplina colectiva, menos aún a un empleo subalterno en una pirámide cualquiera de quienes toman decisiones públicas. “El espíritu libre conserva su autonomía de juicio; no obedece a los escarceos de un partido o de un jefe; planta su tienda aparte, observa desde lejos, juzga por sí mismo.” Canción conocida. Canción ligera. Da por resuelto el problema. Supone un sujeto militante reducido a un ojo sin emociones ni recuerdos, un intelecto aislado, libre de adhesiones honorables, trenzado a lo largo de un episodio vital compartido. No tiene en cuenta que nuestras convicciones pasaron la prueba de fuego encarnadas por profesionales “en situación”, de los que llegamos a ser allegados en la misma medida en que nosotros, aficionados, militamos por ellas –profesionales a quienes pronto nos une una multitud de verdaderos y menos buenos sentimientos. El aire

puro de la independencia no tiene en cuenta el hecho lamentable de que cuando el espíritu no se satisface con ser espíritu puro, se alía con el corazón (y el cuerpo). Se paga un precio por esa coalición, por esa ley de encarnación de las creencias colectivas según la cual no se puede creer en algo intensamente sin unirse a alguien, reunirse en alguien, y le valdrá al militante tanta dicha para hoy como desdicha para mañana. Entre los inconvenientes que esta servidumbre involuntaria causa a la "libertad de espíritu", tan del gusto de las noblezas de pluma, hay algunos que no saltan a la vista, sino decididamente a la cara, llegado el momento. El primero es que un plebeyo convencido y consecuente con sus convicciones transforma su pasión por actuar en voluntad de servicio, para darle todas las oportunidades a dichas convicciones. De esta vocación resultará un cierto abandono de soberanía. El segundo es que al desaparecer los motivos llamados "ideológicos" que tenemos para entregarnos a una causa, más fácilmente que nuestros sentimientos de afecto o de lealtad para con *la* o *las* personas que, para nosotros, las encarnan, las connivencias sobreviven a las certidumbres. De ahí un cierto malestar íntimo. El tercero es que no tener las ideas de sus amigos, ni los amigos de sus ideas (lo que le sucederá más pronto o más tarde a cualquiera que mire el camino desde los lados), coloca ante el dilema: ingratitud (para con los amigos) o impostura (para con las ideas). De ahí una cierta reprobación pública.

La "perseverancia", ya lo vemos, es una bonita sucesión de molestias. Si eso consiste en poner los actos de acuerdo con los principios, esa valentía espiritual, accesoriamente física, lleva a entrar en un grupo de pertenencia, mejor colocado que un observador aislado para introducir un poco de esos principios en la vida. La perseverancia se transforma en ese estadio en espíritu de cuerpo. Pero los cuerpos tienen desgraciadamente una cabeza, al igual que los partidos y los Estados tienen un jefe. El espíritu de cuerpo, en ese segundo estadio, vuelve a ser perseverancia, pero en un sentido más lamentable, desarrollo desagradable y cálculo del primero. En el sentido de "los que siguen", en las obras de Racine, o "los que van detrás", en el bosque (cuando los jabatos siguen a la jabalina o los potrillos a la yegua). En el sentido en que, para servir a una causa, nos unimos al "séquito" de su campeón. Entonces es cuando el sujeto militante ideal se convierte en sujeto cortesano efectivo; el explorador avanzado, en un peón más en la comitiva, la escolta, la marcha. Si esa *diminutio capitis* sólo afectara al prestigio social del adherido individual, un "servidumbre y grandeza del servicio mili-

tante" acabaría con la dificultad. Lo molesto es que los grandes líderes son también hombres atractivos, que ganan al conocerlos. Lo que los espectadores irónicos llaman "vasallaje", los comprometidos lo viven como una solidaridad elemental, un afecto espontáneo y altamente motivado; los "séquitos" son igualmente pandillas simpáticas y los "acólitos" alegres soldados con quienes da gusto irse de juerga, a la playa, al cine, hacer travesuras de colegiales (sobre todo en los viajes oficiales, esas partidas de placer muy *cero en conducta*, en los que por fin hay tiempo de no ocuparse de nada —equipajes, expedientes, citas— y aún menos de esos países lejanos que atravesamos como sonámbulos y de los que a veces nos cuesta, dos días después, recordar el nombre). De ahí se deriva que, entre un estimable espíritu de camaradería y un despreciable ir-detrás-de, no hay ninguna muralla de China. Resumamos. Al principio teníamos: "Soy consecuente, luego soy". Al llegar, tenemos: "Para seguir siendo lo que soy, ya no soy". Entre los dos habrá existido un largo, un indeseñmaramañable cuerpo a cuerpo entre la fidelidad del espíritu y la fidelidad del corazón, nuestro cerebro y nuestra delicadeza, entre el chantaje orgulloso-intelectual que nos hacemos a nosotros mismos (si acompaño a esta decadencia soy el peor de todos) y el chantaje afectivo-moral que nuestros amigos nos hacen, ellos o la imagen que nuestro superego se hace (si abandonas ahora el barco eres realmente una rata). Con dolores en las articulaciones, la artritis propia de la conciencia que cambia y vuelve a cambiar. Algunos tienen el valor de cortar por lo sano; afectivamente rezagado, he zigzagueado varios años (por indecisión, sin ánimo de maniobra: como el veleidoso que soy). Remitirse al habitual: "ya sé pero sin embargo", para ahorrarse tener que concluir: no es el reposo absoluto, pero permite ganar tiempo.

Necesité diez años para dejar a Fidel Castro; cinco para abandonar a Mitterrand (después de la dimisión del corazón y la decisión razonada del alejamiento); no habrá una tercera separación; no queda ya tiempo. Una de las causas y no la menor del retraso en la ruptura como es debido es demasiado risible como para escribirla con pelos y señales: el miedo no tanto de verme privado del amor de Dios si llegaba a descubrir que ya no le amo con amor (lo que era de prever en la medida en que todo es trueque, allá arriba como aquí abajo, y en que al propio Dios le debe costar trabajo amar a quien no le ama) sino de apenarle locamente si le colocaba en posición de no poder volver a amarme. Lo que supone —confesemos, confesemos— que el buen Dios no me quitaba ojo, que me miraba desde lejos, cada mañana, por el rabi-

llo del ojo; mejor: que no me quitaba los ojos de encima día y noche, no pudiendo, en resumidas cuentas, prescindir de mi amor, a cuya desaparición, por muy Dios que fuera, probablemente no sobreviviría. Conclusión: un afiliado se desafiliará tanto más rápido y mejor de lo que ose imaginarse el padre tal cual es: bastante distraído, y aún más, que le importan un carajo sus hijos.

Creo que no me ha faltado franqueza y, además de las conversaciones, conservo a buen recaudo innumerables cartas y notas privadas en las que daba cuenta al patrón, desde 1982, de mis inquietudes, objeciones y desacuerdos. No sin subterfugios, como cuando le informé por escrito, ya en 1983, con orden y precisión, de las severas críticas que en el transcurso de un almuerzo privado en casa de Paul-Marie de la Gorce y con esa misma intención, Couve de Murville, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores del general de Gaulle, desgranó en mi presencia sobre la política exterior seguida desde 1981: las suscribí por entero, y no lo oculté en mi informe. Herido en lo vivo, François Mitterrand respondió con su mejor estilo y punto por punto (sin convencerme realmente). Al poco tiempo decidí publicar unas reflexiones concernientes a las relaciones exteriores, no sin someter a la censura previa del jefe del Estado (al cual, durante siete años completos, sometí todos mis proyectos de publicación, artículos y libros, incluida *Las máscaras*) los manuscritos correspondientes. Había, evidentemente, cosas más urgentes que hacer y se abstuvo de cualquier comentario. Ese silencio que le honraba (al que contribuían tanto su cortesía como su desinterés, su liberalismo como su escepticismo) no dejaba de inquietarme. Como esas síntesis iban, y de qué modo, a contracorriente de los líderes de opinión (que aprobaron con mucho y saludaron la política exterior del jefe del Estado), de la propia opinión (que siempre se ha adherido a la política exterior de los jefes de Estado sucesivos) y no la tomaban con nadie especialmente, sin personalizar la polémica, no hicieron gracia. A nadie o casi, entre los críticos, se le ocurrió ver ahí una desconstrucción radical de proyectos y procedimientos a los que, por otra parte, yo servía lo mejor posible.

Oponiéndome desde el interior, provocando sin motivo, suspiré por una destitución pública. Por desgracia, nuestro monarca, al que le importaban un carajo los estados de ánimo a su alrededor, no despedía nunca a sus escuderos. El Inmóvil dejaba pudrir, apartaba, confiando en la inercia de los viejos apaños para allanar los chichones y curar las llagas. Como la puerta de este indiferente sólo cerraba por fuera, necesitaría dar yo el portazo *motu*

propio. Mejor, en cierto sentido: sólo hay un placer superior al de ser distinguido, el de dimitir. Tironeado, lo rechacé buscando mil maneras indirectas. Hasta publicar una larga carta abierta de quejas en la que me dirigía a él. Ese libro debería haber llevado como título *Amonestaciones* (si esa palabra del derecho público de antaño no hubiera tomado un sentido desviado demasiado ridículo), y se tituló finalmente, más temerosamente, *Viva la República*, grito sedicioso pero convencional de aspecto. La cosa le gustó y llevó la elegancia hasta felicitarme calurosamente en una reunión privada por la inconveniencia. Sólo me quedaba enviarle, por la vía interior, una breve carta de dimisión (el 6 de julio de 1988, si se quiere saber todo). En esa fecha, en la cima de los sondeos, justo después de su reelección, el padre de la nación navegaba altivo sobre las olas del consenso: yo no podía reprocharme abjurar de un dios en peligro. Después de lo cual, para mi humillación, mandó que me impusieran una medalla de bronce del palacio del Elíseo para poner sobre la chimenea, y que me fuera concedida la Legión de honor por su jefe de gabinete, Jean-Claude Colliard. Como se recompensa a un criado después de quince años de buenos y leales servicios. Yo no dije esta boca es mía. El desdén es una virtud de jefe; me pregunto con espanto si no habré merecido esta injuriosa y mecánica gratificación como liquidación final: una condecoración roja en el ojal. Había servido, ya no servía, el siguiente. Más allá de la pena, el desastre.

De mis distancias tomadas, de mis objeciones hechas públicas, en las que es de buen tono ver sólo ingratitud y resentimiento, conservo aún mala conciencia. Como quien se va a cencerros tapados, deudor indelicado. Débito, crédito, pasivo, vencimiento, saldo, fianza: la lengua del banquero desafina cuando se trata de sentimientos. Hacia ese hombre que quería infligirme una Legión de honor tenía una deuda de reconocimiento —de esas que no valen en el terreno de los juicios políticos, como tampoco se puede hacer valer en justicia una deuda de honor, pero bastante grave para contrarrestar cien razonamientos tácticos y estratégicos. ¿No me había beneficiado, como los demás, de su gusto por los canallas y los irregulares? Gusto que sólo era el envés de una cualidad, más bien rara en su ambiente, esa mezcla de curiosidad intelectual y de valentía moral que le incitaba a dar una oportunidad a los marginales, a cazar futivamente fuera del qué dirán. Además de que al tener exactamente los mismos no tenía motivo para repro-

charle tal o cual defecto personal, grandes o pequeños, aún habría tenido menos razones para quejarme de ese empirismo desorganizador que aplicaba sabiamente a los asuntos. Sin él, nunca habría accedido al sanctasanctorum. Para atreverse a introducir allí a un dudoso aventurero, para no ceder a las advertencias de los servicios de policía, a las reservas de los amigos, a la hiel de los correveidiles, a las reprobaciones del *State Department* (que enseguida le pidió, una semana después de su entrada en funciones, vía su encargado de asuntos en París, que se me retirara el pasaporte diplomático, el cual suspendía prácticamente la prohibición que tenía desde hacía veinte años de penetrar en territorio americano), hacía falta un buen descaro y una bravura de *gentleman*. Inconsciencia, le murmuraban. En él, la nobleza del carácter neutralizaba la prudencia del político sin apagarla del todo (de ahí el puesto bastante subalterno que fue al principio el mío en el organigrama elisiano: el buen jefe no arría la bandera, la iza a media asta). Sin duda no dependía todavía de sondeadores y comunicadores consultados a cada momento. Sin duda conocía, desde hacía diez años que seguíamos en contacto, mis escrúpulos legalistas, mi culto al Estado-nación, mi pragmatismo; en resumen, qué lejos estaba de la imagen del guevarista-izquierdista-terrorista que llevaba en la piel, por el lado derecho. Yo había sido de sus colaboradores más cercanos en 1974, en el transcurso de su segunda campaña presidencial (pasando felizmente desapercibido). Había participado en la *Carta de las libertades* que en 1975 había pedido a un pequeño comité de libertarios razonables guiados por Robert Badinter (Attali, Bredin, Fabius, Schwartzenberg, Serres y yo mismo). Queda la extraña fuerza de inercia de las reputaciones, como si la aceleración electrónica de las noticias aumentara otro tanto la viscosidad de los clichés. En materia de imagen de marca, contrariamente a los delitos de sangre, no hay ni prescripción ni amnistía (más vale poner una bomba sin dejarse coger que pasar por un amigo de los terroristas). Tenía publicaciones doctorales, pero mis libros eran de una tirada demasiado confidencial como para invertir la corriente, que me creía rojo, cuando yo era rosa claro y filosóficamente negro. La protesta general suscitada en 1981 por mi nombramiento le había desconcertado, como quien saca un espantapájaros de un viejo armario para escobas. Ya sea para con la *intelligentsia*, la DST o el *Wall Street Journal*, él no había sospechado hasta qué punto tenía mala imagen –yo tampoco. Con gentileza, me ocultó su desagrado y me mantuvo la confianza. Cualquier otro político que no fuera él, calculador co-

rriente, habría estimado que lo que le costaba en Washington, Bruselas o Saint-Germain-des-Prés un pequeño gesto de amistad no valía ciertamente lo que podía hacerle ganar en Dar-es-Salaam o Tegucigalpa (esas capitales que no estaban en el centro de sus preocupaciones).

Ese tipo de cuentas pendientes obliga al silencio.

Si decir la verdad es en cualquier circunstancia un acto insensato, decir a quien se ama las cuatro verdades tiene mucho de heroísmo. Se hace a costa de uno. No es que la jerarquía sea particularmente rencorosa. Es soberbia, ni más ni menos de lo que se es abajo. A ese defecto extendido ella añade solamente esta característica, que le da toda su fuerza, la terca valentía del jefe nato a quien ninguna de sus palinodias puede desamar, de no volver jamás sobre el pasado próximo o lejano para decir: "Aquí me equivoqué", o "Allí debería de haber hecho otra cosa". Ese rasgo de carácter, común al latino y al francés, lo puedo atestiguar, parece transpartidario y transcultural. A un hombre de poder se le reconoce en que es fisiológicamente incapaz de reconocer que se contradijo, que cambió de opinión, o se desdijo, o incluso que nos la pegó, o más aún que mintió. Es de una pieza y seguirá siéndolo hasta su último aliento, como su recorrido rectilíneo y su proyecto nunca cambiado (y eso tanto más cuanto más haya multiplicado las andanadas). Por lo demás, los jefes son susceptibles, vulnerables, y aún más frágiles que vosotros y yo. Necesitan constantemente, infantilmente, infinitamente, protección; a nosotros nos toca mimarlos. ¿Por qué? Porque son más que nosotros, a pelo, el blanco de injurias y de críticas crueles; por eso su búsqueda de refugio (traducid: "Corte"), de un puerto de seguridad mínima, animal y mental. "¿He estado bien?": primera ansiedad del Presidente interrogando a sus colaboradores después de una alocución televisada. "¿Qué os he parecido? ¿Debo hacer otra toma?" ¿Quién se atrevería a decirle en ese instante de extrema indefensión: "Una mierda, Presidente. Un desastre. Grotesco"? Ese agresor es la hipótesis imposible, pues cuando se ama se quiere proteger, disminuir los sufrimientos, los temores del otro, y no sería pues del "entorno". Este último, por muy maledicente que pueda ser a espaldas del jefe, quiere en su presencia que el Inquieto se tranquilice en nosotros, como nosotros en él. Formamos instintivamente la tortuga alrededor de su cuerpo, los escudos sobre su cabeza. Ponemos los carros en círculo, como cuando los sioux aulladores

se abalanzan sobre los buenos acorralados blandiendo sus *toma-hawks*. Y así es la situación cotidiana de un presidente por naturaleza expuesto al plomo fundido de los malvados y a las dagas que se desenvainan en la sombra. Entonces, formar bloque, es seguir la corriente; es sano e insano; para el Amado, le tapa la vista, no le ayudará a hacer frente, como todos saben; eso fomenta el adulator y el *yes man*. Pero si rompo el perímetro de defensa, si dejo entrar en el refugio las miasmas de fuera, le hago el juego al Enemigo, que tiene como único objetivo que el Jefe dude de sí mismo, para hacerle hincar la rodilla. Así es la dinámica embrutecedora y cálida de los entornos. “Buena gente, sí, pero, ¡qué gilipollas! Demuestran ser unos tontainas.” Evidentemente, están ahí para eso. ¿El Jefe ya no ve a través de ellos? Felizmente para él, en cierto sentido. El libre debate sin tabúes ni orejeras, digamos el ejercicio de la democracia de ideas alrededor de los patrones demócratas (siendo demócrata aquel del que es posible alejarse sin incurrir en lo peor, como es democrático no el gobierno que ha sido elegido por una mayoría sino aquel del que los gobernados pueden deshacerse sin arriesgar la prisión o su vida), constituye, para el círculo de los allegados, un círculo cuadrado sentimental. Romperlo requiere fuerzas excepcionales y casi sobrehumanas. A este respecto, no conozco santidad más admirable que la de Pierre Brossolette, el más gaullista de los resistentes, que le hizo llegar al general de Gaulle, a Londres, el 2 de noviembre de 1942, una carta personal, fuera de la vía jerárquica, para decirle lo que nadie se atrevió a decirle (excepto sus enemigos) sabiendo sus muy graves defectos de carácter:

[...] Le hablaré con franqueza. Siempre lo he hecho con los hombres, por grandes que fueran, que respeto y aprecio. Lo haré con usted, a quien respeto y aprecio infinitamente. Porque hay momentos en que alguien tiene que tener el valor de decirle bien alto lo que los demás murmuran a su espalda con caras desconsoladas. Ese alguien, si a usted le parece bien, seré yo. Estoy acostumbrado a estas tareas ingratas, y generalmente costosas. Lo que hay que decirle, en su propio interés, en el de la Francia combatiente, en el de Francia, es que su manera de tratar a los hombres y no permitirles que traten los problemas nos suscita una dolorosa preocupación, incluso diría una verdadera ansiedad. Hay asuntos sobre los que usted no tolera ninguna contradicción, ni siquiera un debate. Son, por otra parte, de manera

general, aquellos sobre los que su posición es la más exclusivamente afectiva, es decir, aquellos precisamente a propósito de los cuales debería tener el mayor interés en ser verificada por las reacciones de los demás. En ese caso, su tono hace comprender a sus interlocutores que para usted su desacuerdo sólo puede provenir de una especie de debilidad del pensamiento o del patriotismo. En ese algo de imperioso que caracteriza sus modos y que lleva a demasiados colaboradores a no entrar en su despacho si no es con timidez, por no decir inferioridad, hay probablemente grandeza. Pero ahí hay, esté seguro de ello, aún más peligro. El primer efecto es que, en su entorno, los menos buenos sólo abundan en las ideas de usted; que los peores hacen una política de la adulación; y que los mejores dejan de prestarse gustosamente a entrevistarse con usted. Llega usted así a la situación, descansada en medio de sus preocupaciones cotidianas, en que ya sólo encontrará asentimiento halagador. Pero usted sabe también como yo a dónde ha llevado ese camino a otros como usted en la Historia, y a dónde corre el riesgo de llevarle a usted mismo...

Ni que decir tiene que, *mutatis mutandis*, yo nunca habría tenido el valor de enviar a mi Presidente bien amado, en sobre muy urgente, una tan rigurosa y altruista requisitoria. Sugiero no obstante esto a nuestras autoridades: que un facsímil de esta carta sea colgado en todos los pasillos y despachos del palacio. No para que obligue al consejero a compararse, luego a inquietarse. Las circunstancias no son ya las mismas, ni los tiempos. Hacerse matar por un jefe del que se han calado al radar todas las debilidades, como lo hizo Brossolette detenido tirándose por la ventana de la Gestapo en 1944, ¿quién se lo puede pedir a quién? No sería razonable contar con la excepción para fundar los comportamientos de la honrada medianía. No se forma un clero con santos y mártires. ¿Pero qué valdrían, qué sería de los fieles y los clérigos sin, sobre su cabeza, la imagen del sobrehumano?

“Evidentemente hay tantas ventajas en tu posición... Comprendo que disimules tus convicciones...” En esos términos un amigo, con convicciones exigentes aunque indulgente, apaciguó mis escrúpulos de conciencia (política) después del “hito de rigor” y de

las primeras oraciones públicas al dinero. Oía el eco, amortiguado por la camaradería, de otra *vox populi*, la que nos reprocha no que nos marchemos a contratiempo, sino que sigamos a contraempleo, enviscados como estamos en las redes y privilegios del “poder”. ¡Oh, los desdichados! ¿Saben de qué impotencia hablan? ¿Conocen las desventuras agridulces del intermediario? ¿Del casamentero que no sabe aún que los seres humanos (y no solamente las administraciones, los cuerpos de policía, los Estados) detestan hablarse los unos a los otros, sentarse alrededor de una mesa, airear los malentendidos, uno a uno, cara a cara? ¿Los *quid pro quo* “farcescos” a lo que se expone el que quiere en cada ocasión que griegos y troyanos coman juntos para reconciliarse. Lo chusco del *boy-scout* que llega en plena pelea “como el humilde dios de la sopa, condescendiente, entornando los ojos en el vapor de la carne y de la col”, resuelto a hacer lo necesario para que todo se arregle para bien? ¿Qué en particular? Nada de nada, la rutina, el cotidiano sinsabor.

Hacer que nombren, íntimo triunfo, a una lejana relación para un puesto cinco veces mejor pagado y mucho más prestigioso que el que ocupa uno mismo (o “encontrarle una salida”, con que “recolocarse”), a la salida de minúsculos brazos de hierro cada vez más agrios, cuya apuesta para cada consejero o ministro negociando entre bastidores la tajada es que sea finalmente elegido *su* candidato (ese casi desconocido adoptado como no lo sería un hijo o un hermano). Lo que no creará *un* ingrato sino *diez* descontentos: todos los demás postulantes rechazados. O sea cargar once resentimientos. ¿La cosa vale la pena?

Hacer de consejero malo del buen rey, sainete de repetición, éxito asegurado. Un ejemplo entre cien. Nadie quiere recibir en Palacio a un profesor de medicina conocido, bocazas anticonformista de tomas de posición valientes, que quiere que se le confíe urgentemente una misión oficial en Palestina (en tiempos en que a Arafat se le consideraba un apestado). Un amigo os habla de ello, hacéis todo lo posible por verlo. Ese hombre que apenas conocéis, lo apreciáis; por muy divo que sea, se sale de lo corriente; esa misión os parece algo excelente; los tres días siguientes vais a interceder ante el Presidente, el secretario general, vuestros colegas que os mandan a paseo; no les dejáis en paz; acabáis irritándolos seriamente: “Vamos a ver, insistes realmente en colocar a tu amigo, nos ataca los nervios, ya veremos más tarde”. El otro, comido de impaciencia, os hostiga por teléfono; al final os ponéis y como, por delicadeza –ociosa juventud a todo sometida– no queréis dejar que se

adivine lo que piensan de su persona en las alturas, inventáis un pretexto, forzosamente tonto, por el cual esta misión es inoportuna e incluso sin objeto. Tres días para nada, cesad el redoble. Dos días más tarde abrí el periódico y descubrí una larga entrevista del mismo en la que explica a lo largo de toda la columna la vergüenza que siente como ciudadano al ver a un calamitoso como vosotros ocuparse de asuntos tan graves, que no habéis dejado de poner obstáculos mientras que si hubieran puesto al corriente de ese proyecto de misión al propio Presidente, evidentemente... Os entran unas ganas de descolgar el teléfono: "Escuche, amigo, he perdido el tiempo cubriéndole la apuesta; no es la mía, es la suya; no le debo nada, y el Presidente piensa en tres personas que harían tan bien como usted el trabajo, y además en silencio. Váyase a tomar por culo". Dobláis el periódico y no marcáis el número. Por inútil quedaréis a los ojos de todos. ¿La cosa vale la pena?

Hacer de *go between*, interponiéndose en la esquina de una calle entre la mujer golpeada y el marido furioso, bofetadas garantizadas en las dos mejillas. Ejemplo, entre cien. Todo el que cuenta en París escribe desde hace meses al Presidente para que obtenga la liberación de un "gran poeta cubano preso, que se ha quedado paralítico por las torturas". Vais a La Habana, pasáis media noche en una entrevista privada con Fidel Castro. Os explica, con documentos en la mano, lo que ya sabíais, a saber: que el detenido, agente de policía bajo el régimen anterior, hace gimnasia como un atleta y en su vida ha escrito un soneto. Comprendéis las razones de Fidel pero le explicáis las vuestras, a saber: que ese no es un motivo para mantener a un opositor veinte años a la sombra, y que no puede pretender créditos de cooperación franceses sin responder a las peticiones francesas en cuanto a derechos humanos. Fidel cede al final a vuestros argumentos (y estará resentido con vosotros desde el día siguiente por la tarde por ese momento de debilidad). Os pide a cambio un recibimiento oficioso y discreto de ese "héroe prefabricado en el exterior". Os comprometéis a ello. El cual héroe, llegado a Orly en un avión del Glam, se niega a salir del avión por miedo a tener que andar en público, y especialmente delante del comité de grandes intelectuales franceses llegado para festejar al hemipléjico en su silla de ruedas. El piloto, que no habla español y tiene un horario que cumplir, se impacienta con este pasajero pesado y manda llamar al Elíseo para que envíen volando a alguien que se lo quite de encima. Os toca a vosotros -¿quién si no, puesto que sois los únicos que conocéis este incomprensible, embarazoso y barroco embrollo? Llegáis al aparcamiento y acabáis convenciendo al excarcelado para que

ponga fin al *bluff*, más le vale, y cuanto antes mejor, y de hecho el comité quitó todo valor a la sorpresa. Un periodista de la AFP sólo os ha visto bajar del avión y su noticia indicará, erróneamente, sin preguntaros nada, que habéis venido a recibir oficialmente y en nombre del presidente de la República al célebre y prestigioso poeta de la oposición. Cabreo de Fidel Castro, que se considera engañado, con razón. Cabreo del liberado, militante de extrema derecha que no parará de explicar luego que debe su liberación a todo el mundo menos al infame comunista que sois. La Habana y Miami por una vez de acuerdo, aplastar al más débil. ¿La cosa valía la pena?

Para ser honrado, hay que confesar que no son solamente nobles consideraciones sobre los valores republicanos las que llevan a dimitir. No dimitimos, *nos escabullimos* –lo que no impide vestir después un abandono por cansancio como protesta moral. Estamos hartos, simplemente, de recibir golpes de todos los lados, nos preguntamos si vale realmente la pena hacerse eunuco y sordomudo para servir a un trono vacío. Cuidémonos de dar excesivo valor a semejante abandono de puesto. ¿Qué es, en definitiva, un “puesto de responsabilidad”? Es la alianza del gesto y de la palabra. Un escritor no tiene nada más que ganar, cuando reina la ley de lo peor, que su propia aprobación –insuficiente. “Tintin gaucho”, “pistolero de broma” figuran entre los más suaves, los más amistosos calificativos que me han valido diez años de América Latina. “Carrelista” y “aprovechado” saldan un decenio de servidumbre a la oficialidad nacional. Tras los estigmas del exotismo, los de la *nomenklatura*. En *bureau* (despacho), hay *bure* (sayal). Pase. Habría por añadidura que soportar, chitón y boca cosida, que el empleado sea reputado por lacayo y el sayal por librea. Disminuido voluntario, descubriría, en las revistas especializadas de los sociólogos, el móvil que me había empujado a los brazos de las sirenas: cuando los intelectuales no son capaces, están obligados a recurrir a las armas políticas para triunfar en las luchas intelectuales. Asistente social fuera de escala había creído trabajar para los demás, sin horarios, sin vacaciones, más y mejor de lo que nunca lo había hecho por mi cuenta y en mi nombre; error, descansaba cómodamente en la seda, con la nariz en el salmón y los pies en la mesa. Me pregunto, sin embargo, si, en cuarenta años de vida responsable, mi único acto de verdadero valor no fue el incorporarme a los despachos socialistas, en 1981, para servir. Ni “enarca” ni miembro del partido, sin consejo municipal o diputación en mente, nada me obligaba a ello. Mi alistamiento no estaba en función de mi situación; peor aún, contradecía todas las tesis que acababa de avanzar,

en un libro de filosofía, sobre la razón política como añagaza constitutiva y causa sin esperanza; me desacreditaba por mucho tiempo entre mis iguales, los que no beben de ese agua. Pues bien, me juzgaba mal, una vez más: deshonor de los poetas, yo saciaba solapadamente mis pulsiones de criado. Me quedaba, después de todo, por descubrir lo más gracioso, que parece un *gag*; el ministerio público me llevaba ventaja en la queja; en el último acto me había realmente convertido en un chupatintas. La normalización de 1989 me habría hecho reír en 1981. Servir, sí; servir para nada, posiblemente –pero servir en la continuidad, a la reconducción, no. No había venido para gestionar un período de vacas flacas, sino para atacar al becerro de oro. ¿La Revolución francesa? Era triste conmemorarla para enterrarla. En resumen, habiendo marchado a la montaña, nos habíamos unido a la Gironda a falta de algo mejor; y he aquí, segundo septenio, que había que incorporarse al Marais, perseverancia obliga –sin comité público de salvación en el horizonte. Peor que lo infame: lo habitual. Es pedir demasiado al bravo soldado Svejik. Entonces el primo se rebela, en un último arranque, de esos que os dan, en pleno coloquio en las chimbambas sobre “Televisión y democracia” o sobre “El porvenir del hombre”: “¿pero qué coños he venido yo a hacer aquí?” Ese tema requiere ejecutantes honrados, pero, ¿qué tiene que ver conmigo?

Pues lo más sarcástico es todavía el malentendido intercambio de puesto (que forma parte del aprendizaje): los despreciables sentimientos que vuestro enemigo os imputa cuando corréis a Palacio; es cuando vuelven en masa cuando nos disponemos a huir de ellos. Para delirar (como lo hice en 1981) con una parroquia en estado de sitio, última sesión, todos al carbón –cuando uno mismo sólo es una “máquina de libros”–, civismo y patriotismo bastan; en esas austeras virtudes fundidas bajo la lámpara renacen, como orgullo y vanidad, los mezquinos intereses del yo: reabrir su tenderete dando al patio, sus *in quarto*, y sólo por gusto, algunos tragaluces dando a la eternidad (lo verdadero, el bien, lo bello). Entonces, volvemos a casa.

Entonces, ante vosotros, ya no sois el caballero felón, el conde Ganelon. Ni siquiera Du Guesclin, simple gentilhomme perdido entre los altos barones del reino, futuro condestable, rodilla en tierra, ante su Carlos V: “Majestad, las envidias son tan grandes que debo tener cuidado. Os ruego pues que al instante me descarguéis de este oficio y se lo confiéis a otro que lo acepte de mejor gana que yo y sepa ejercerlo mejor”. Entonces os transportáis en sueños a un *ashram* perdido del Himalaya, donde respondéis en voz

baja, cráneo rapado, vestido azafrán, a las preguntas de un monje budista intrigado por las vías de renuncia en Occidente. Evoca ante vosotros a Carlos V y al duque de Windsor, vuestros predecesores. Se pregunta sinceramente cómo se puede descender por su propia voluntad de los Olimpos y confiarse desnudo: quien al Dios de los cristianos, quien a una americana divorciada, quien a Buda. ¿Por qué, cuando el laurel triunfal os cosquillea el occipucio, renunciar sin avisar a cargos y dignidades para encerrarse en un monasterio en Yuste (1556), en el casino de Monte Carlo (1935) o en un rincón ignorado de Nepal (1988)? Protestáis y le pedís, con los ojos bajos, que no os coloque en el mismo plano, a despecho de las semejanzas superficiales, que Carlos de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio romano-germánico, rey de Aragón y de Castilla, de Cerdeña, Sicilia y Nápoles, rey de las Indias y de las tierras firmes de la mar oceánica, y que el príncipe de Gales, K.G., K.T., G.C.B., conde de Chester, duque de Cornualles y de Rothsay, duque de Carrick y barón de Renfrew, gran capitán de Escocia, convertido durante algunos meses en Eduardo VIII. Modesto republicano nacido en París, abonado telefónico e inscrito en el censo electoral, sólo habéis ganado una victoria sobre vosotros mismos; difícil, es verdad, en una época que sólo tiene ojos para los megalómanos, pero a fin de cuentas menos complicada. Algún día quizá decidáis romper vuestro voto de incógnito, salir de la sombra para echar luz sobre las razones que tuvisteis para entrar en ello. Algún día quizá diréis toda la verdad sobre la chabacanería de las tribus que, desde América hasta Europa, habíais decidido tomar bajo vuestra ala; sobre la ingratitud de los presidentes o déspotas que habéis hecho y deshecho, como el niño tira un juguete roto, sin contar el millón de amnésicos que os deben su carrera; sobre la molestia de los pedigüños y de los tejemanejes, la amenaza de las afrentas públicas y de los atentados, la fatiga de los viajes oficiales, entrevistas, rúbricas, consejos restringidos; sobre el hostigamiento de la prensa, la soledad, o la usura o la tristeza del poder. El más bello objeto del deseo, es cierto, nadie renuncia a él antes de tiempo sin mayor razón. Algún día quizá pondréis fin a las conjeturas que han rodeado vuestra abrupta retirada. ¿Cobardía, falta de valor, súbita náusea o designio de una mano larga, don para la melancolía o secreto reconocimiento de incapacidad? Cansados de vuestras injusticias y cansados de vuestras buenas acciones, ¿estabáis cansados de tener la suerte del mundo en vuestras manos? Eso será lo más probable, el rumor ganador. Pero que quede claro: no habéis tirado la toalla. Después de una madura reflexión, aunque

sin amplia consulta, tendréis que volver a sacar la pluma del estuche para contar por lo menudo –cebos, triquiñuelas e incluso recaídas–, con peligro de violar las conveniencias, vuestra ascensión hacia la paz de los reinos interiores.

Cualquier alfombra voladora de Oriente y de Occidente será buena para despegar de la sórdida realidad-tal-como-es: un escritor en penuria, dispuesto a firmar cada día la petición del día con tal de que le dejen en paz, solo con sus videos y sus viejos libros. Diga, señor, por favor, ¿no quiere usted ocupar en mi lugar este hermoso despacho y este bello coche? Gracias, señor, y viento fresco.

5. Servicio inútil

Mi sarta de insensateces - Dar primero no compensa nunca - Extraña política exterior - No hay estrategia feliz - Por qué es ridículo amar a su país - Admirable América - El esnobismo en política - Dimisión = oxígeno.

A lo odioso he de añadir una pincelada de ridículo. Tengo que decir aquí dos palabras de política, para la claridad del debate. Entrar en las “contingencias sistemáticamente mediocres”. Hablar de amigos, enemigos, camarillas, visiones del mundo, grandilocuencias: tediosa desvergüenza. Cuando cercamos *lo* político en sí mismo (porque realmente necesitamos una cobaya y éste está disponible), imposible dejar de lado *la* política si queremos localizar sobre qué patina la pequeña mecánica interna que nos hace cantar y discantar, dando a nuestros arrebatos y a nuestros fugas un vago aire de familia. Es muy mal asunto, *la* política, para un escritor. Inmiscuirse como ciudadano si no hay más remedio, nadie es perfecto. Debatir sobre ella es la inversión a fondo perdido, el tonel de los Danaidas. *La política, por desgracia, he ahí nuestra miseria / Mis mejores enemigos me aconsejan que la haga / Ser rojo por la noche, por la mañana blanco, a fe mía que no / Quiero si me han leído que puedan releerme...* A fe mía que sí, somos unos cuantos, como Musset, los que esperamos la relectura... Piadoso deseo: si nadie me ha leído anteayer, no veo por qué alguien me ha de leer mañana. En la categoría “ensayos de actualidad”, por definición, no hay *clásico* —“lo que se enseña en clase y merece ser imitado”. No es que el romanticismo ahogue esta línea de productos, sino que se pudren nada más salir. Cuanto más sagaz el análisis del tumbo, más rápida la perención; cuanta más estabilidad tiene lo de usar y tirar, menos posibilidades tendrá de permanecer. Esperando la coyuntura congelada, como ya lo son el filete de bacalao fresco o el cuscús real, esos productos de gran consumo y superficial circulación que alimentan la voluminosa “literatura política”, ese avión a pedales, vivirán tanto tiempo como un yogur. Consumir antes de fin de mes. Una puesta de sol en el Kilimanjaro, un bosquecillo de

hayas en Saintonge, una noche de amor, no tienen fecha de caducidad. El hindú saboreará, el luterano también, dentro de cien años como dentro de veinte (con ayuda del traductor). *Lo* político no tiene edad, pero *la* política, o “todo lo que será menos interesante mañana que hoy”, estafa a los ladrones de supervivencia que se dejan atrapar en ella. La santa cólera del panfletario, como la penetración del cronista –es la parte maldita de las bellas letras, la que hará bostezar a nuestros nietos o suscitará, en el 2096, la risa burlona del paseante de los muelles del Sena chamarileando a los libreros de viejo. La revista de moda parece menos perecedera; las fotos, el eterno femenino y la precisión del léxico tendrán más porvenir que la “intervención” del polemista. Mire usted, prescindiría de la sonata de los cadáveres, pero ya ve: he jurado hacer lo que sea para que me comprendan.

Las opiniones son abrigos reversibles: mantienen igual el calor al derecho que al revés, lo que complica la crónica de la moda. Diré en pocas palabras de qué lado llevaba la “traición-fidelidad”, la “perseverancia-tozudez”, o el “tipo majo-crápula”, del que hay que recordar que es el mismo tweed visto en blanco por Zig y en negro por Puce. Todas esas indicaciones sin voluntad de criticar ni intención de persuadir a nadie. La lengua del prosélito me ha abandonado, el ardor militante también. Convencer, influir, la ambición sería un exceso poco razonable –mis razones de entonces, que ya parecían entonces pura locura a un noventa y cinco por ciento de los electores de mi país. Sólo puedo pedirle sobre eso a mi conciudadano la magnanimidad de la que hace gala habitualmente hacia el filatélico o el halterófilo que comenta ante él las últimas peripecias de su club en La Garenne-Colombes. También nos es fácil dar muestras de paciencia para con deportistas o coleccionistas porque esos gachós no se meten en nuestro terreno. En el terreno que nos ocupa, cada cual se siente propietario, plenamente capacitado no sólo para meterse en lo que le importa sino para cerrarle el pico al excéntrico que no es de su opinión, en su calidad ya sea de infantiloides leve, ya sea de cabronazo. Esta alternativa (no hay un tercer término) no facilita las mejores condiciones de escucha (y no más en 1996 que en 1556 o en el 496 de nuestra era).

Yo llevaba el lado izquierdo. De izquierdas he seguido porque nunca hice economía política. En los años setenta y ochenta (de este siglo) creía identificarme en su presencia con los dominados y explotados (términos enojosamente reversibles también). Favorable, en casa, a una “coalición” (revés: una “combinación”) de los so-

cialistas, por más razonables, de los comunistas, por más pobres, y de los gaullistas, por más “una cierta idea de Francia” –cada componente neutralizaba los peligros del vecino. La situación interior, el jueguecito de los clanes y de los jefes de fila me dejaban, a decir verdad, bastante indiferente; sólo veía en ello un medio, una servidumbre bastante desagradable que permitía volverse hacia el juego de los intereses, la “gran política”, la única digna de pasión. En ese terreno por naturaleza incierto, mis certidumbres, reconozcámoslo, lindaban con lo extravagante. Contrariamente a Michel Foucault que veía en el Gulag el “peligro históricamente ascendente”, me parecía desde 1981 que el comunismo era una causa mundialmente descendente, y la Unión Soviética un coloso con pies de barro, incapaz de transformar sus arsenales en poder, y aún menos en influencia. Debíamos pues pasar esa página y mirar lo nuevo (como detenidamente y en vano intenté explicarlo en 1985 en *Los imperios contra Europa*). Si Europa tiene que existir un día en Occidente, es su relación con América la que le creará problemas (ya que la diferencia es más difícil que la confrontación). Tenía la debilidad de creer que la democracia en Europa occidental, al abrigo de cualquier finlandización (era ella quien “estonizaba” cada día aún más a Rusia), se encontraba como el Pont-Neuf, mientras que el reparto de Yalta se desmoronaba ante nuestros ojos de año en año. Que era irrealista hablar de “bloque totalitario” o de “mundo del Este”, lo que equivalía a meter a Hungría, Alemania Oriental y Bulgaria en el mismo saco, cuando cada uno de esos países cultivaba un comunismo centrífugo –lo nacional prevalecía siempre sobre la ideología (comunista o europeísta). Que lo que despuntaba, en cambio, la tensión antagonista que daba su garra al período ya no era “democracia y totalitarismo” sino “modernidad y tribalismo”, o “técnica y religión”. La mundialización técnico-económica trayendo la balcanización político-cultural como una sombra dirigida (como intenté detenidamente y en vano explicarlo en 1981 en *La Crítica de la Razón política*) por un vínculo lógico y necesario; habría que hacer frente a un temible ascenso de las pulsiones de pertenencia, pero también a la reaparición de una vieja idea nueva: la de nación electiva y no étnica, fundada como logicial y ya no como material (como intenté detenidamente y en vano explicarlo en 1984 en *El poder y los sueños*). La parte de sueño que constituye la paz por el derecho, la idea de un “nuevo orden mundial” garantizado por las Naciones Unidas como juez de paz universal –más valía renunciar a ello por adelantado. No había nada operativo que esperar de la ONU, salvo para ratificar más tarde acuerdos concluidos

entre potencias, acuerdos que durarán el tiempo que ellas tengan interés en respetarlos. Contribuir a unas *peace-keeping forces* bajo la bandera azul de nadie, y confiar en ello, disminuiría la autoridad de los contribuidores sin resolver los conflictos sobre el terreno (explicaba detenidamente y en vano en 1984). No nos equivoquemos de peligro principal. La alianza de Dios y de los ordenadores, más explosiva en el mundo árabe-musulmán que en otras partes, con la posibilidad de un cortocircuito tribal-nuclear, hacía del islamismo una fuerza ascendente, el único "totalitarismo" hoy en condiciones de funcionamiento. Convenía pues que los europeos dejaran de exagerar la "amenaza soviética", sobrevaloración que no hacía más que mantener su tendencia a abdicar su soberanía en las manos de los Estados Unidos, los cuales, a este respecto, imponían indebidamente a la opinión europea muestras periódicas a través de cien canales de desinformación. Bajo este punto de vista que llamarán "culturalista" (por oposición al "economicismo", común a las concepciones del mundo marxista y liberal), "la Europa de Bruselas, esa superación de la Historia", se me aparecía como el ejemplo mismo de una huida hacia adelante en el exorcismo. No es que la solidaridad, la interdependencia en el seno del Viejo Mundo no sean un devenir positivo y real que mantener con todo tipo de cooperaciones bi y multilaterales entre gobiernos, empresas, televisiones y cadenas de montaje. Pero los conjuntos populares viables no se *construyen*, piedra a piedra, como una catedral o un juego de mecano, sobre acuerdos en la cumbre de base económica. Brotan como vegetales o embriones, sobre sentimientos, una lengua, memoria y proyectos; lo vivo se corrige, se cuida, se protege pero no se regula sobre el curso de las monedas. Mientras tanto, si lo nacional solo no tiene los medios, lo supranacional tendrá aún menos la voluntad, y lo multinacional nunca será más que un instrumento, un multiplicador de fuerzas y no una fuente de fuerza. Contrariamente a los pequeños países del continente, que sólo encontraban ventajas en la puesta a nivel de las bazas de poder por el voto por mayoría simple o cualificada en los consejos y los recintos europeos, Francia, me parecía, tendría pronto más que perder que ganar en ese ensueño federal, versión tecnocrática del iluminismo, salvo volver a representar *El puente sobre el río Kwai* a beneficio de inventario. En cuanto a los areópagos de izquierda, no veía claro cómo podrían combinar a plazos su credo socialista y su credo europeo. Salvo que pongamos a Victor Hugo al servicio de la Bolsa, el internacionalismo obrero en taparrabos de la mundialización capitalista, y que disimulemos la Europa liberal real, la

de los banqueros, que descuajeringa la República y los servicios públicos, bajo la Europa social de nuestros banquetes, complaciente pero sin realidad. Mientras tanto, como intentaba detenidamente y en vano explicarlo en 1989, en *Todas direcciones*, estudio encargado por la Fundación para los estudios de la defensa nacional, una Europa puede esconder otra, los separatismos levantan la cabeza y nuestros esquemas de defensa así como nuestros medios de intervención son obsoletos. Era antes del caso yugoslavo.

He aquí, toscamente resumida, la sarta de insensateces que entre 1980 y 1990 intenté propalar, primero solapadamente, por medio de notas confidenciales, ante nuestros gobiernos, y luego descaradamente, con algún otro (como Jean-Claude Guillebaud y Emmanuel Todd), en el ánimo público. Aquí sonrisas compasivas y allí risas abiertas acogieron como conviene esas pamplinas. En un Estado poco terrorista pero él mismo aterrorizado por los poderes de opinión, para tener peso en el serrallo hay que dar la talla en la tele, o en su defecto en los periódicos. Al comprender al cabo de tres años este sencillo mecanismo, me decidí a sembrar la gangrena a puñados, publicando libros sobre esos temas, en lugar de meterla en los sobres acolchados MMU. Buen cálculo, completo fiasco. Los sabios llaman a eso un “bucle de retroacción negativa”: como mis obras no se vendían en librerías, mis notas no eran creíbles en Palacio. ¿Cómo rivalizar como flautista con las grandes cajas de resonancia que repercutían por todas partes *El síndrome finlandés*, o también *Cómo acaban las democracias*, o, televisualmente sobrecogedor, el despliegue de los carros rusos a través de la gran llanura central o, filosóficamente analizado, el carácter eterno *De la naturaleza de la URSS*? Sólo se hablaba del “lento deslizamiento que nos obliga a aceptar el imperialismo soviético”. Entre lo mal inspirado que yo estaba y lo mal informados que estaban nuestros vigías en las murallas, la relación de fuerzas era de uno a cien (mis tiradas no superaban el millar de ejemplares). Un publicista sin público es tan desolador como el actor cómico que no hace reír: o disuelve al público a causa de que no conoce nada de la naturaleza de la risa (que únicamente él domina), o cierra el puesto. La última solución me pareció la más sensata. El inglés tiene una palabra para designar a quien ni siquiera es necesario echar del tren porque no ha logrado subir a él: *a maverick*. En francés decimos: “inofensivo”. La astucia, en este infortunio, consiste en transformar una exclusión sufrida en marginalidad afectada (como el artista pintor del XIX suspendido

en las academias y que elige instalarse en la posición “bohemia”). Puse pues en mis invendidos la etiqueta “originalidad de espíritu”, aviso de derrota pero valor seguro.

Es un error, me temo, repetir que no se discute ya más de política que de gustos y de colores pues todas las opiniones valen. Están los juicios que pueden hibernar sin perjuicio, consultarse diez o veinte años después, y los demás. El sentido histórico, en definitiva, consiste en llevar dos jugadas de ventaja sobre las consecuencias de las operaciones. Todo depende de la cronología. Un rasgo de genio en abril se convierte en una trivialidad en diciembre. No es lo mismo decir “la cuestión no es saber si Alemania será derrotada, sino qué lugar tendrá Francia en la victoria” —como de Gaulle en Londres en junio de 1940—, que proclamarlo en los Campos Elíseos en 1944, como usted y yo. No es lo mismo, para un francés o un italiano de veinte años, inscribirse en el Partido comunista en 1943 y en 1945: la intrepidez también, como la perspicacia, es asunto de fecha y lugar. Ese es el verdadero inconveniente. Como las sociedades, no más que los individuos, no conservan memoria de las fechas, lo que previó, una vez que sale el tiro, ya no se le ve más; la brecha se cierra como una trampa, se funde en lo grisáceo, de manera que el discernimiento pasa tan desapercibido después como antes. Es una curiosa brujería la que vuelve intempestivo cualquier enunciado de verdad que tenga que ver con el tiempo presente.

De acuerdo: París esta lleno de genios políticos desconocidos, pitonisas dejadas de lado, Casandras sin empleo. Somos, en cada generación, algunos miles de inutilizables los que moriremos persuadidos de haber sido infrautilizados, después de una vejez a la que tanto talento echado a perder y una vocación desapercibida habrán hundido en la hipocondría. No me libro más que cualquier otro de esta comedia común; tanto es así que me niego a cojer el autobús 63 para evitar que se me encoja el corazón al pasar a lo largo del Quai d’Orsay como un extraño. Ministro *in partibus* de Asuntos Exteriores, sucesor en línea recta de Talleyrand, Chateaubriand y Tocqueville, no me es fácil asimilar que un politicastro de cortas miras ocupe mi residencia particular y se recueste en el sillón de Vergennes en el momento mismo en que me pisa los pies algún don nadie bajo sus ventanas. Pues sí, ciertos itinerarios despiertan inútilmente el despecho más penoso: la expropiación sin indemnización de la que nadie quiere levantar acta. Será pues

murmurando el muy clásico “Ah, señoras y señores, habrían visto lo nunca visto” como afrontaré sobre ese punto las pullas de los guardianes de la decencia lanzadas a las “mentiras interesadas de la memoria, a las habilidades del ego siempre dispuesto a recomponer en su beneficio la óptica de los recuerdos”. Mis amigos están honradamente convencidos de que me he equivocado en cada momento crucial porque ellos mismos se equivocaron, en el buen momento, con todo el mundo. Todos atravesamos un desierto archicolmado, donde los espejismos se convierten en realidad si somos más de un millón de sedientos gritando juntos milagro. No pido la amnistía ni el olvido de las ofensas, pero que echen un ojo al expediente y ya dirán si me pavoneo con las profecías retrospectivas de historiador. Sería más que feliz, en realidad, absteniéndome de todo juicio de circunstancias; los míos sólo me han valido irrisión porque no han acertado demasiado. Afortunado azar que debo a una enfermedad genética: veo, oigo la ideología en el rumor del tiempo, como otros el lenguaje directamente en un página de literatura. En el artículo serio de la mañana se destaca, aumentado diez veces, lo que nos hará gracia al día siguiente por la tarde. Lo que se llama en efecto *ideología* no es solamente la idea de mi adversario; es lo que cada ambiente, cada decenio decide tener por real, y que el decenio siguiente (o el ambiente de al lado) considera imaginario, y rueda la bola, un año con otro. En ese titular en portada –un flameante editorial, un anuncio en el metro– se ven palabras anodinas titular como un catafaro de bicicleta por la noche. Ese incurable defecto de visión, más cercano al estrabismo que al discernimiento, no se lo deseo a nadie. Vuelve asocial y asincrónico, especialista en desafinar y fracasar. Pensar contra sí es la regla de la salvación personal. Pensar contra sus intereses es la condición de la salvación colectiva, pero además de que uno se ahoga enseguida es la muerte política garantizada. Así es la aporía de nuestros gobernantes: no se gobierna en Francia contra los notables, y éstos siempre han llevado dos jugadas de retraso sobre las partidas internacionales en marcha. En resumen, Mitterrand hizo bien no cortando nunca el cordón con los senadores, manteniendo el fuego lento a distancia. Sobrevolando Cuba en avión, en 1975, con Castro a su lado, escribía imperturbable treinta postales, enviadas a sus corresponsales de Charente y de la Nièvre, mientras el caudillo le exponía el próximo plan quinquenal. No he visto al Presidente ni una sola vez en país extranjero no dar prioridad sobre cualquier otra obligación o conversación a la muy devota ceremonia de las postales, para el

consejero general, el hostelero de la región o la prima Julie. En el Hexágono, en el propio Elíseo, cuando recibía para almorzar a un jefe de Estado extranjero, en el momento del café o antes, no dejaba de mandar que se sentara cerca de él el parlamentario de la Comisión de asuntos exteriores o el presidente de la asociación de amistad franco-“loquesea”, para encarrilar de nuevo la conversación, a saber: las parciales del domingo próximo en Loir-en-Cher. En una buena democracia, ya sea consular o de opinión, la política exterior, que nunca ha hecho que elijan a nadie, viene muy lejos después de las cosas serias. Se lleva mejor con el despotismo ilustrado. Control parlamentario débil, sondeos no pertinentes, opiniones borreguiles, temas de difícil acceso –al tiempo que constituía el terreno reservado al Príncipe de tiempos antiguos, y a conjurados sin vínculos locales. Dejo a la reflexión lo que el gusto por la alta mar revela en materia de incapacidad democrática.

Si doy crédito a mi pequeña experiencia personal, cuando más cerca está una retórica de las realidades positivas, menos influencia tiene en las ideas, y más se aleja de las realidades prácticas. En Francia, todo lo que yo haya podido escribir de verdadero, en el momento, ha sonado a falso; en América Latina, todo lo que dije que era falso, como el porvenir ha demostrado, ha sonado justo. Para Francia, eso se explica. Las mentes con fama de positivas, abrumadas por urgencias y recargadas de papeles, se manejan con mucha ingenuidad en el fondo y con exactitud en el detalle, entelequias fabulosas, irrealidades gruesas como una muela vacía, tales como “el Este”, “el Oeste”, o “el Sur”; “el Campo Demócrata”, “Europa”, “el Totalitarismo”, “Occidente”. En las notas canónicas, atiborradas de ideología hasta los morros, emanando de los despachos más serios, estados mayores o Secretariado General de la Defensa nacional (las que el Presidente asimilará tal cual por no tener tiempo de variar sus fuentes, de comparar las diversas producciones nacionales sobre el mismo tema, las que el ministro retomará sin apenas cambiar una coma en sus respuestas a la Asamblea, sin cuestionar el sentido de las palabras que recalca con voz grave), se deslizan así diez extravagancias que tienen un aire sensato, y que harán pasar por un extravagante al que es un poco más exigente con ellas. Las ideas platónicas a las que son tan aficionados nuestros prácticos, sustraídas a la Historia, cosificadas de una vez por todas, son pura metafísica, de lo que un metafísico se dará cuenta más fácilmente que un burócrata. Son sin embargo autoridad, en y por el círculo del reconocimiento social, en virtud del cual el oficial general cree en la simpleza que le obsesiona porque encuentra la misma en su

periódico habitual; el periodista, por su parte, la cree avalada por el intelectual de renombre que la utiliza en su informe publicado por la fundación Saint-Simon, obra ésta que bebe en las mejores fuentes administrativas y especialmente en las notas de los servicios de estudios del ejército. Así se fabrica el pensamiento confeccionado en serie de una sociedad, o sea el conjunto de cuestiones que no son cuestión para nadie (salvo a los ojos de los filósofos y de los anarquistas, que se parecen al menos en que lo social para ellos no es autoridad). De ello resulta que el debate, en los medios bien informados, consiste la mayor parte del tiempo en discutir de manera muy informada de cosas que no existen. Los puntos débiles de las notas de los expertos (a los que lo *policy making* enmascara generalmente lo *politics*) son, habitualmente, los puntos de partida y de llegada, lo presupuesto y la finalidad. “La Unión Europea, ¿para hacer qué?”, o “la Alianza Atlántica, ¿para qué sirve?”, son preguntas desagradables en todas partes, pero más que en otras en la sede de las Comunidades, en Bruselas, y en las cumbres de la Alianza, donde sea. No tienen equivalente en la incongruencia de que: “Europa, sobre el mapa, empieza y se acaba ¿dónde?” O esta otra: “La alianza defensiva sí, pero, ¿contra quién?”

La política exterior parece todavía más extraña que la otra. Cuanto más despolitizada está, más se muestra afable y mejor avenida. La “autoridad de la cosa” ha sido sustituida por la del signo, un gobernante da el pego con nada de nada. Entre la cólera y el prejuicio no hay sitio para el hecho. Un viaje espectacular del Presidente al Beirut a sangre y fuego permitirá a los franceses olvidar que Francia pierde todas sus posiciones no solamente en el Líbano sino en una región en la que había contado mucho. Otra incursión relámpago a Sarajevo encantará a los fotógrafos y escamoteará lo insostenible de una política humanitaria. Con ayuda de la televisión, una buena gestión de símbolos, con un zas de *name dropping*, da a luz una diplomacia por el morro; y el “os tengo deslumbrados”, de una política exterior electoral de las más plausibles. En el litigio doméstico donde cada cual pagará al contado, lo adulterado, lo inconsciente no pueden eternizarse ni el bromuro televisivo servir de panacea. Cotas y puntos de sondeo, indicadores económicos, resultados electorales, curvas del paro permiten separar participantes y proyectos. En período de paz, el macrocosmos imaginario y complicado de las relaciones internacionales, sin videntes, se transforma rápidamente a los ojos de los telespectado-

res en campos cerrados del Bien y del Mal, donde la realidad intermediaria no tiene ya nada que hacer. La visión puramente moral conviene a la vez a una cierta impotencia de los gobiernos y a nuestra demanda de hermosas imágenes. Lo simbólico requiere la exageración; y nuestro maniqueísmo, más allá de las fronteras, se entrega a ello con delectación. Enviados al paro técnico por nuestras democracias convertidas en escépticas para los asuntos corrientes, el diablo y el buen Dios se toman la revancha en los vándalos zulús. A los politólogos les corresponde decir lo que se puede suponer de previsión en los asuntos llamados internacionales (erróneamente, hasta tal punto se entrecruzan lo local y lo mundial). Lo que no deja de sorprender es la poca consideración de que gozan ante los gobiernos los escasos organismos que, preocupados por la información, se esfuerzan por conservar la razón (como el excelente Centro de análisis y de previsión del Quai d'Orsay, el equivalente francés de los *policy planning staffs* anglosajones). Aunque estén más *enterados* en las administraciones que en los periódicos, esos consultores muy rara vez son consultados por nuestros elegidos; mucho menos, en todo caso, de lo que lo son los institutos de sondeo o los observatorios de opinión por los candidatos a la búsqueda de "estrategias de campaña ganadoras". Cuanto más escaso lo que está en juego, más meticulosos los preparativos. No se regatearán por ese lado los créditos para acumular *encuestas* sobre intención de voto, *estudios* de las curvas de buenas opiniones, *análisis* de popularidad presidencial (componentes positivas y negativas, potencialidades, rectificaciones), *estimaciones* por simulación informática de los potenciales electorales en las próximas legislativas, *orientaciones* de campaña (sobre muestras representativas de las diversas fracciones del electorado), *consejos-imagen* para el próximo "Las cartas sobre la mesa". Para la guerra o la paz se contentarán con aproximaciones, ideas vagas y buenos detalles. En las luchas internas, para lo que es elegir la fecha de una entrevista, el nombre del próximo primer ministro o con qué *jingle* entrar en campaña, el *staff* bruñe el arsenal y refina los considerandos. El candidato que arriesga su puesto toma confianza; el diplomático, que arriesga menos, ¿puede contentarse con mostrarla? No es que imaginemos posible un conocimiento exhaustivo de los factores en juego ni que una decisión pueda deducirse de un recuento. Sin soñar, muy al contrario, con bifurcaciones claras y tajantes (cuando hay sobre todo laboriosos "procesos decisorios" que proseguir por el impulso adquirido), ni siquiera un acuerdo posible sobre los criterios de apreciación (¿a

qué llamaremos aquí perder, o ganar?), cuesta mucho resignarse a la pantalla de humo. Los asuntos electorales seguirán siendo siempre más fáciles de manejar y modelizar. ¿Qué mejor que un duelo electoral en segunda vuelta, entre dos y nada más que dos jugadores, juego de suma nula, delimitado en el espacio y en el tiempo, para un adepto a la “investigación operativa” a la que ofrece un caso de figura ideal? Los modelos matemáticos, por desgracia, no dicen esta boca es mía ante esas partidas inciertas de jugadores múltiples, menos personalizadas, sin arbitro ni tiempo fijo como las que desarrolla, de una manera inasible, difusa e ininterrumpida, el transcurrir del mundo.

Aunque me hubiera dado más trabajo del que ya me he dado para pulir una armazón demasiado áspera –“hacer las cosas sencillas” exigía el doble de trabajo–, aunque hubiera asegurado mejor el servicio posventa, en el ring seguiría estando ese obstáculo que franquear que es la paradoja. La de *Si vis pacem para bellum*, (“Si quieres la paz, prepárate para la guerra”). La inversión de los contrarios, que caracteriza en este terreno al buen razonamiento (si no justo, consistente), merece maldición.

En estrategia es una ley elemental que el camino malo será el bueno. Cuando una compañía avanzando a través de un terreno accidentado llega a una bifurcación entre un sendero y una carretera provincial, más le vale coger el sendero, probablemente menos vigilado y más inesperado por el enemigo. El principio exige muchas matizaciones en su aplicación, de las que una podría consistir en coger justamente la provincial para desbaratar el cálculo del cálculo (como la historia judía tan conocida, en la que el judío polaco yendo a Varsovia le dice a su compadre “voy a Varsovia” para que el otro crea que va a Lodz cuando va a Varsovia). Queda ese vicio imperdonable del segundo o tercer grado; fatalmente paradójico, el estratega trastorna nuestras causalidades simples y lineales. En un “duelo de comunicación” es un impedimento temible. Incomprensibles, chocando en sus sofismas, los defensores de esta postura mental forman los más antipáticos de los hombres de paradojas; sólo una crisis o una guerra, cuando se viene abajo el cartón piedra, puede darles una oportunidad. Imperfección aún más redhibitoria hoy, cuando las capacidades de simplificación están centuplicadas en nosotros por el choque de las imágenes y abreviamento de los tiempos de exposición. La imagen funciona en el primer grado. Positiva, pone todo en presente,

ignora la negación, la anticipación y el juego de los contrarios. Nuestro universo cotidiano es el de WYSIWYG (*What you see is what you get*), el universo estratégico de “lo que veis y oís es lo contrario de lo que tendréis”. Invertid lo plausible y encontraréis lo probable. Poned la imagen patas arriba y os encontraréis con lo real. Ahora bien cuando el polvo en los ojos se convierte en la sustancia de las cosas, lo que no funciona políticamente es lo que mejor funciona mediáticamente, y viceversa. La comunicación de masas se convierte en una escuela de inoperancia; el angelismo cotidiano, que quiere a cualquier precio hablar al corazón, alimenta una ineficacia propiamente inmoral. Todo lleva a temer que la pequeña pantalla consagre la política de los lugares comunes, convirtiéndose lo menos operativo en lo más creíble. El “derecho de injerencia” sería un ejemplo de ello, más espectacular que los demás. ¿Pero por qué ir tan lejos? La inmoral maniobra de unirse al Partido comunista para mejor deshacerse de él –como hizo Mitterrand, excelente estrategia de interior– hizo poner el grito en el cielo ya que había de qué escandalizarse. En lo internacional se juega a uno contra cien. ¿Cómo convencer a hombres y mujeres de corazón y de sentido común de que el armamento nuclear, espantoso, es un factor de paz *porque* es espantoso? ¿Que la “bomba” valora la seguridad con respecto al riesgo –yo viviré porque podemos morir, tú y yo– tan firmemente como un “escudo espacial”, si fuera técnicamente posible, haría nacer el riesgo de una certidumbre de seguridad? Haría falta media hora de explicaciones, y la atención habría desconectado antes. ¿Como convencer a los indignados del derecho de gentes que las mejores represalias que se puedan ejercer contra el violador empedernido no es cortar los contactos con él sino multiplicarlos, en particular en el plano cultural? ¿Cómo persuadir en tres minutos a los fieles del Tío Sam de que para contar en los Estados Unidos, y obligarlos si llega el caso, el aliado debe ir contra ellos, en el Este y en el Sur? ¿Que el camino de Washington puede pasar por Moscú, o al revés? De Gaulle pudo hacer que aceptaran sus vueltas y revueltas gracias a la autoridad intramuros contra el desorden; y nada más irse, su propio campo volvió a las lógicas familiares y decepcionantes del sentido común.

En el mercado de las buenas ideas, charlatanes del absurdo, la gente de mi especie sólo tiene en su maletín mistificaciones para proponer. He aquí una: nada mejor que una educación “conservadora” para inspirar una sociedad progresista –sólo una escuela retrógrada, cerrada por norma a las condiciones ambientales, pue-

de abrir las mentalidades al porvenir y a lo universal, conteniendo al mismo tiempo las violencias de fuera. Otra: no hay mejor remedio para el nacionalismo que la nación republicana, el debilitamiento de ésta provoca el refuerzo de aquél. O también: cuantas menos cabezas nucleares tengáis, más disuasivos seréis, por ser más creíble su empleo llegado el caso. ¿Preferís ésta? Un particularismo como el de Quebec, con las apariencias del atizador, entraña un núcleo futurista, que haríamos bien en meditar. O ésta: habrá más nacionalismos a la salida de la “construcción europea” que a la entrada; y el mejor favor que Francia puede hacerle a Europa, a riesgo de volverle la espalda, es afirmar su diferencia nacional; los demás europeos le estarán agradecidos mañana, pues desafiando el unanimismo será como se construya la unión. Una última: porque estamos penetrados por el espíritu americano, enamorados de sus ciudades, de su música, de su cine y de su manera de ser, es por lo que debemos negarnos a importar esos valores tal cual y a someternos a ellos. Un depósito lleno de invendibles. Con proposiciones de este tipo –sobre todo si pretendemos apoyarlas sobre hechos y argumentos– no se es competitivo. Cuando ya sólo hay sitio para un “a primera vista”, ¿cómo minar el imperio de las *falsas buenas ideas*? Volvemos a encontrar la página pero no se rebobina la cinta tan fácilmente. Ahora bien, ¿qué es la falsa buena idea? Aquella de la cual sólo podemos intentar demostrar su inanidad *en un segundo examen*, porque en el primero todo le da la razón. Pese al magnetoscopio, no tenemos tiempo de volver a pasar la cinta; y la televisión, donde una intervención de más de cinco minutos exaspera, hace a la frasecita indefendible, y al simpático, ganador siempre. Que el superestado federal, por ejemplo, sea la prolongación natural del lento movimiento emancipador que nos hace pasar de la tribu a la provincia, luego de la región a la nación, y ahora a los Estados Unidos de Europa, es muy probable. Ante una asistencia joven y de mentalidad abierta, apasionada por la paz y por la solidaridad, que se imagina que la historia va en línea recta, sin bifurcaciones ni retornos –nos avergonzaríamos de volver sobre esta idea feliz, simple y lógica. Si viviéramos doscientos años valdría la pena consagrar cincuenta sosteniendo apuestas de ese tipo. Mientras esperamos el verdadero suero rejuvenecedor, considero más oportuno (aunque bastante desagradable) confiar en esa bonita crueldad, moderada como está por la lentitud de los procesos y nuestra aptitud para cambiar de tema en el momento oportuno, con la cual las mayores ilusiones de una época abandonan los lugares de punti-

llas. El discurrir de las cosas me parece a este respecto más convincente, y menos crispante, que los aguafiestas del día, para disipar las añagazas complacientes que habrán ocupado en el gusto del momento (el de la antevíspera) los decenios en los que todos nosotros habremos jadeado y delirado. Cuando la refutación de las tesis actualmente en vigor se haya llevado a cabo, ¿quién guardará recuerdo de lo que fue refutado, a saber, de nuestras evidencias, tratados, convenciones y eslóganes actuales? Me inclino a pensar que todo eso habrá ido a parar al mismo *anticuado*, entre latoso y conmovedor, que las laboriosas antítesis alineadas contra esas mismas evidencias, tratados, convenciones, eslóganes, —en revoltijo— alegatos y diatribas, por el sello de conmisericordia que cada época pone en las grandes causas de la precedente: “ilusiones de una edad caduca”.

Pensándolo bien, pese a las conveniencias y las piedades aprendidas, es muy ridículo amar a su país como se ama a una persona o a Dios. Nadie negará que hay franceses en alguna parte en Europa (como, entre otros, ingleses y portugueses), es un hecho; pero pretender que exista algo como la nación francesa, británica o lusitana, es una lucubración. ¿Os habéis encontrado con Bélgica o Italia? ¿Qué os autoriza a tratar a una suma indefinida de individuos diferentes como a una joven o a un héroe de novela? Concederle los caracteres de una persona a una porción de tierra emergida es señal evidente de trastorno mental. Los historiadores que han descrito cómo en los siglos pasados el amor a la patria ha sustituido en las mentes sencillas al amor a Dios no saben qué decir. El francesito-que-ama-a-Francia, como el inglesito-que-ama-a-Inglaterra, etcétera, se siente tan desamparado —cuando se le pregunta si es realmente razonable— como el creyente en Dios forzado a explicarse delante de los no creyentes (los cuales, mayoritarios, no se cortan para burlarse de él). Dios, que es todo para el cristiano, no es nada en sí ni para los descreídos. La fortuna ambigua de las patrias, esas redundancias incommunicables, es que están todas en la cabeza. (Si al menos los alucinados pudieran hacer frente común contra lo tangible, organizar un reagrupamiento preventivo de todas las minorías ridículas, donde las más antiguas instruirían a las más jóvenes sobre los modos de superar la adversidad... Por desgracia, todos esos cultos, aunque compatibles sobre el fondo de las cosas —que es que esas cosas no tienen fondo, al ser demasiado fundamentales para tener uno—

son demasiado malévolos y celosos como para considerar una colaboración técnica. Cada religión tiene sus sectas y sus herejías, la nacional como las demás. En nuestro país –la rama Vercingetorix-Carnot-Jaurès se lleva a matar con la rama Clodoveo-Juana de Arco-Maurras– es difícil imaginar a las “dos Francias”, ya reñidas a muerte, aceptando consejos en catequesis pastoral de un tercero en discordia, dividido el país a su vez entre católicos, protestantes y ortodoxos que entre ellos mismos no se llevan mejor.)

Francia no existe más de lo que existe Dios, e incluso mucho menos, estadísticamente hablando –visto el número de cabezas en que habita. Un uno por ciento de la población mundial (0,8 por ciento de su superficie). Esperar de ese uno por ciento artístico que cambie el decorado para el noventa y nueve por ciento restante es al trastorno mental ya señalado lo que la psicosis es a la neurosis. El síndrome de Cyrano. En el marco de ese culto a las pequeñas diferencias, el narcisismo más extendido sobre el planeta, la sobrevaloración del yo colectivo alcanza, con el factor F como Francia, cimas innegablemente patológicas. Arrogancia, nostalgia de grandeza, excepción, ejemplaridad –los síntomas son conocidos. El gallo de pueblo exaspera tanto a nuestros competidores europeos, a los que debemos llamar “socios” porque sólo tienen intereses complementarios, como a los franceses que profesan esa otra religión revelada pero mejor acreditada que es la Unión Europea. Con la suficiencia jacobina llevaba una credulidad de retraso (el “voluntarismo republicano” es lo que queda de mesianismo revolucionario cuando ya no hay mesías, convirtiéndose así la República en la revolución de los decepcionados). Imaginándome que se podía abrazar su siglo sin entrar necesariamente en la fila –y aún menos sin “defender su rango”, como las viudas nobles y los jefes de sección–, había creído que Francia volvería a ser, con los herederos del 89 y 93 a la cabeza, “la chinchorrera del mundo”. ¿No era amada por todo lo que en el mundo rechazaba a Moscú y Washington? Nuestros socialistas *up to date* ya tenían bastante que hacer con la empresa Francia amenazada de quiebra como para ocuparse por añadidura de Chanteclerc. Su trascendencia estaba en otra parte: era el individuo, la sociedad civil, los derechos humanos. Su modelo supremo, la democracia americana. Si Europa era nuestro porvenir, América era nuestro presente.

Grande fue mi sorpresa al comprobar que los soldados del año II encargados de hacer temblar los tronos y las Dominaciones –“morid

para liberar a todos los pueblos, vuestros hermanos” – acechaban, temblando ellos mismos, la mínima “reacción norteamericana” (no se hablaba todavía de los “mercados”). Un mal artículo del *Wall Street Journal* o del *Washington Post* hundía a los servicios de prensa en un mutismo depresivo, del que el nuestro sólo salía al comprobar cómo, en el espacio de una hora, tras tocar a rebato, todos los consejeros se encontraban en el puente y, al ver las reuniones febriles sucederse en la sala Fournier para parar los contra-fuegos posibles: envío de banqueros a Washington en “misión de buena voluntad”, cenas que organizar inmediatamente con los corresponsales en París, giras de grandes artistas y de grandes patronos, llamadas telefónicas a las relaciones que cada cual podía tener al otro lado del Atlántico. El pánico a no estar como es debido, a desentonar en el salón –peor, a no ser admitido– da alas a la imaginación más asentada. Los preparativos del paso del emperador de Occidente por París hacían andar a todo el Palacio de cabeza, con ocho días de adelanto. En una casa más bien indolente, a la que se da cuerda como a un viejo reloj rústico en los rituales maquinales de cuartel (diana, relevo, cubrir carrera y fanfarrias), se veía nacer un ajeteo ansioso. La cuenta atrás había comenzado. Un ejército de plumeros, secadores, trapos, grúas, escaleras y cortacéspedes se desplegaba por todos los rincones para sacar brillo a los cobres, encerar, pulimentar, rastrillar la grava, rastrillar los arriates, sustituir los naranjos; los consejeros de paso lento corrían por todos los lados en los pasillos; los más jaraneros se contristaban, inabordables. Se sentía madurar un gran acontecimiento, al mismo tiempo que aumentar el nerviosismo al hilo de los días (y uno no podía dejar de pensar en la casita del farmacéutico de provincia preparándose con mucha antelación para la gran cena decisiva en la que el gobernador en persona haría acto de presencia). Una lista de invitados circulaba bajo cuerda en medio de murmullos y consternaciones. ¿Quién asistiría al almuerzo? ¿Al café? ¿Con el resto de la delegación americana, en el salón de al lado? Los que habían vislumbrado su nombre ocultaban su exaltación, los demás su desamparo. La llegada, la víspera, del *Secret Service* para inspeccionar los lugares –Ray-Ban, auriculares, altas siluetas elegantes, gestos a la vez ligados y precisos, *sexy* y contundentes– nos ponía a todos en las ventanas, pasmados: cine de verdad. No dábamos crédito a nuestros ojos. Nuestros gorditos de los “viajes oficiales”, desesperadamente aplicados, achaparrados y con los pantalones retorcidos, trataban de seguir sus pasos, jadeantes, farfullando en un mal inglés para responder lo mejor que

podían a las preguntas lacónicas de los nuevos amos del Palacio, de zancadas felinas y desdeñosas. Volvíamos la cabeza, avergonzados. ¿Cuándo dejará nuestra infantería patriótica y rolliza el vaso de tinto por la naranja exprimida? ¿Cuándo estaremos a la altura, cuándo tendremos la barriga lisa? Vaya, esa elegancia admirable de los superhombres de escolta nunca será la nuestra. Pero esta tristeza se desvanecía al hilo de las horas (incluso si el *Secret Service*, a la vista de todos, controlaba a partir de ese momento la situación: parque, vías de acceso, escaleras) y la excitación llegaba a su cima la víspera por la tarde, cuando una señorita del protocolo me informaba con tacto que podía considerarme como libre el día siguiente, más valía llevarse un expediente o dos a casa, al menos me dejarían en paz. Hay circunstancias en las que un “antiamericano” que no quiere molestar debe quedarse en casa. Así es como viví cada visita a París, o a Versalles, del “planetarca”, como los griegos llaman al Presidente americano: como un *coitus interruptus*, lenta ascensión sin conclusión.

Se decía que Francia tenía una gran tarea ante ella: “pasar de la nostalgia del poder al objetivo de la influencia”. Es el deber de los medianos, hombres y países, que ven cómo se consumen cada día sus reservas de soberanía (empezando por lo que las hace diferentes de los demás). El mediano es un entredós; se propone para los buenos oficios, como corresponde a los *adjutores Dei*, pacientes con relación al Todopoderoso, agentes con relación a los pecadores. Francia quería pues servir de intermediaria entre América arriba del todo y África abajo del todo, donde los presidentes locales reciben al nuestro –que se hace cinco en tres días, exactamente como un presidente americano de gira por Europa– con la misma ansiosa excitación, el mismo deseo de que todo esté impecable, que nos caracteriza a nosotros cuando se trata de “ofrecer al huésped de la Casa Blanca un marco y una seguridad dignas de él”. Tal es la naturaleza fractal de las relaciones de poder: se reproducen idénticamente en escalas diferentes. El inconveniente del país mediano es que se siente demasiado grande para interesarse por los pequeños, mientras sigue siendo demasiado pequeño para interesar a los grandes. Si intrigamos a los notables americanos en 1981, porque creían esas rosas un poco equívocas, vagamente peligrosas, a las que vigilar de cerca, pude ver por mil señales, en años siguientes, relajarse la curiosidad y la consideración por un “aliado impecable” –hasta tal punto conseguimos borrar la pequeña diferencia. Una vez puesto en órbita un satélite aburre, Cabo Cañaveral mira para otra parte. Moderados en

adelante por Alemania, el nuevo director continental, nuestros amigos norteamericanos ya no tienen demasiado tiempo que perder en Europa con los franceses, concienzudos pero un poco lentos (como nosotros con los senegaleses, esos demasiado buenos alumnos). Y senegalés fui yo mismo en Norteamérica (a donde no había ido desde 1961, por falta de visado de entrada). Con el mismo asombro y la misma exaltación que, antaño, el empollón de Dakar educado en el culto de sus ancestros los galos y de “amiga mía, vamos a ver si la rosa” descubre qué es lícito en el Barrio latino e incluso está bien visto burlarse del gobierno y de los manuales escolares, yo surcaba esos admirables Estados Unidos, el último lugar de Occidente donde se puede meter uno con el imperialismo americano sin pasar por un retrasado o un neonazi. El afán de emulación normal en país colonizado obliga a esos naturales del país a ir a la metrópolis para descolonizarse el espíritu; y la declaración que os hacen pasar en casa, en París, por un “antiamericano” cascarrabias y fascistizante parece sagaz o normal en un comedor del *New York Times* o en una sala de conferencias de la *Rand Corporation*. Por mi parte, contaré entre el número de ventajas paradójicas de este período eliseano la de haberme vuelto más bien “proamericano” (por seguir con esos términos idiotas). Son los Estados Unidos, por ejemplo, quienes han vuelto *in*, en nuestro *establishement*, la lucha contra el *apartheid* surafricano, causa hasta entonces marginal, piadosamente confinada en los círculos comunizantes o “*cathos* de izquierda”. Al encontrarme con Olivier Tambo en Estocolmo en 1982 tomé la iniciativa, atolondradamente, de invitarle poco después a París. El dirigente en activo de la ANC fue recibido a la chita callando; fuera de Claude Cheysson y de Danielle Mitterrand, rigurosa y fiel, que lo acogieron con los brazos abiertos, nadie se interesó por él. Algún tiempo más tarde la comunidad negra americana salía a la calle, *Time* y *Newsweek* se movilizaron, Ted Kennedy fue a regañar en su país a los afrikaners. La causa estaba ganada y de una cosa a otra el viaje a Soweto se convirtió entre nosotros en un *must*. En 1981 el nombre de Nelson Mandela dejaba oficialmente indiferente; diez años más tarde era alguien junto al que había que fotografiarse. El “imperio americano” había arrastrado a la izquierda francesa a la izquierda. Como *civil servant* experimenté también una cierta envidia por esa Roma deteriorada que provee, de una manera muy gramsciana, a los medianos de hegemonía y de proyección de fuerza, tanto intelectual como financiera y militar. ¿En qué parte que no sea Washington se siente de igual modo

resonar al planeta entero, con tantas conexiones con él? Viajando a través de los *think-tanks* de la *US foreign policy* –Hoover Institute, Georgetown, Johns Hopkins, Carnegie, Harvard, etc.–, viendo la tolerancia, la audacia crítica, la libertad de tono reinante en las revistas y los coloquios de la “comunidad estratégica”, he medido mejor el tutelaje de las periferias, la estrechez provincial que impregna las visiones de nuestras autoridades del mundo exterior. Lo más divertido es que están en su mayor parte inspiradas por una metrópoli que no cree en ellas. En 1985 en París, en nuestros periódicos, clubs y fundaciones sólo se hablaba de una formidable revolución tecnoestratégica que venía del “escudo espacial” y de los “rayos láser”. Se llamaba el SDI, la “iniciativa de defensa estratégica”, que dejaba en la sucesivo sin objeto, decían, la disuasión nuclear y nuestra “bombita”. Yves Montand animó en televisión una gran emisión explicativa para escenificar esa ruptura decisiva, que nos permitiría quizá detener *in extremis* las oleadas del Ejército rojo. El efecto sobre la opinión local fue enorme. El azar quiso que yo me encontrara algunos días antes en los Estados Unidos, huésped del subsecretario de Defensa en la administración Reagan, Richard P., número dos entonces del Pentágono. Había simpatizado con aquel feroz antisoviético, especialista en John Donne y los poetas barrocos ingleses tanto como en la planificación nuclear (doblete vivamente desaconsejado a un francés, mientras que la ida y vuelta entre la universidad y la administración es allí algo aconsejado). Me explicó con precisión que ese pseudohito cósmico era un truco de comunicación montado expresamente bajo su responsabilidad, por iniciativa del Presidente, para forzar financieramente a los soviéticos y conseguir algunos créditos suplementarios en “investigación y desarrollo”. Por lo demás, una tontería destinada al consumo externo. De lo que informé detalladamente, a mi regreso, al presidente Mitterrand, a quien Védrine por su lado había puesto en guardia contra esa vasta diversión. Es uno de los milagros americanos que pueda nacer una afinidad personal entre un patriota antiimperialista curioso y un patriota imperial avisado. Y todavía es otra complejidad, ésta propia de un Estado de derecho complicado: cuando mi amigo pasaba por París, y aunque estuviera en lo alto de la escala jerárquica, en virtud de un reglamento que concede al embajador americano en Francia un derecho de fiscalización sobre los interlocutores locales de todos los miembros de la administración de viaje por su país de residencia, no se le concedía autorización para ponerse en relación conmigo. Por eso se las in-

geniaba para vernos a escondidas, en los salones traseros de un bar, para charlar clandestinamente sobre alejandrinos y kilotone-ladas. ¿Cómo no nos va a gustar un país en el que encontramos hombres libres incluso en el centro de la oficialidad?

1989. Que la conmemoración de la Revolución francesa haya coincidido con su entierro, que los socialistas hayan presidido la desaparición de la idea socialista en este país, que la izquierda haya hecho una política de derechas –todo eso, anecdótico, recuerda una constante aún subestimada y que a los futuros decepcionados de cualquier orilla les vendría bien tener en cuenta cuanto antes: la forma política del esnobismo que constituye el desmarque de sí mismo. El placer infantil con que nos dedicamos a desmentir la idea que los demás se hacen de nosotros, a hacer que se alegre el vecino-adversario actuando al revés de lo que espera (el pulgar en el mentón, “¡te he pillado, eh, tramposo, a que sí!”). El partidario del reparto pone tanto cuidado en seducir a los hombres de negocios como un general de división en hablar de metafísica con un profesor o que un liberal convencido en practicar lo social. Ese paso cruzado, casi instintivo, no es ajeno a nuestras divinas o malditas sorpresas (según se sea adversario o partidario). Siempre se puede contar con un socialista para limpiar las últimas huellas del paso de Jaurès por esta tierra, y con un gaullista para borrar hasta la sombra de una obligación gaullista (como si cada nuevo equipo quisiera en primer lugar convencer a los adversarios que pueden hacerlo igual de bien, si no mejor). A veces me pregunto si el permanente discreteo de los profesionales, que no ponen en el programa y con razón, no debería legitimar en el aficionado de base el voto de frentes al revés (voto a la izquierda para tener una política de derechas, voto a la derecha para tener una política de izquierdas). Pero no es conveniente, se me dirá, levantar la liebre, pues si la cosa se extendiera volveríamos al punto de partida. Basta de bromas: la ironía de la historia tiene de qué helar cualquier veleidad de prejuicio. El “efecto perverso” sería una traducción de ello casi demasiado anodina. Sabemos perfectamente que antes de tomar una medida simpática hay que prever por adelantado sus efectos contrarios antipáticos. Prohibir la publicidad de los alcholes o del tabaco es bueno para la salud pública, malo para la libertad de prensa (que extrae sus recursos de la publicidad). Descentralizar el poder público es bueno para la democracia local; y también para la co-

rrupción general y las mafias transnacionales. La bandera azul estrellada de Europa, la de la Virgen Santa, baja los humos de las naciones-Estado pero anuncia el regreso de los grandes señores feudales. Tocqueville mostró cómo los jacobinos habían ejecutado lealmente el programa estatista de los Borbones que habían decapitado, y los conservadores de todos los tiempos han argüido para no hacer nada que cualquier modificación brutal del *statu quo* produciría indefectiblemente un regreso al pasado. Lo que complica más aún ese círculo vicioso conocido, el desfase entre la personalidad de los actores y el contenido de su acción. La historia entera se parece a una obra de Brecht donde los mejores hacen lo peor y donde los peores hacen lo mejor sin saberlo. Es *Madre Coraje*: nos identificamos espontáneamente con la madre en medio de las desgracias de la guerra; la cantinera arrastra su carricoche, lucha por la paz, bella fuerza de vida; y he aquí que se pone las botas con la soldadesca y provoca, involuntariamente, la pérdida de sus hijos. En 1960 nunca se me habría ocurrido ir a Rabat pero ya he peregrinado a Túnez para encontrarme con los portavoces de los resistentes argelinos en armas. ¿No era Ben Bella más simpático que Hassan II? En 1970 seguía detestando (y legítimamente) el poder marroquí y admiraba el orgulloso nacionalismo argelino. Veinte años después nos es forzoso comprobar que el rey de Marruecos, tan grande como político como antipático como individuo, ha construido un país habitable, donde se puede respirar, hablar, leer y pensar, mientras que los héroes de la lucha armada argelina, individualmente tan estimables, han engendrado la Argelia que ya sabemos.

Para comprender la diferencia que conviene establecer entre el actor y sus actos, y todo lo que implica ese hiato, Brecht recomendaba el distanciamiento. Es más fácil en el teatro, ante un episodio de la guerra de los Treinta Años, que en la calle y la historia inmediata. ¿La gente simpática hace cosas antipáticas (y viceversa)? Quizá, pero los primeros se asoman cada día a la pequeña pantalla y me hablan en el aparato; tienen un rostro, una voz, un impulso comunicativos. Las cosas de las que habláis en cambio son para mañana, me conciernen menos, y lo peor no siempre es seguro...

Me esforcé y no lo logré. En distanciarme y relativizar. En tener la perspectiva del buen profesional. En admitir el uno por ciento, que es una realidad; en comprender lo que significa para una Re-

pública “convertirse en una democracia adulta de ánimos pacificados”; lo que significa para un antiguo grande cultivar su “poder de proposición y de influencia”, en saber que la política de Occidente se haría en lo sucesivo en Washington y la nuestra en la papelera. No logré felicitarnos, a nosotros franceses, a nosotros europeos, por el estatuto de autonomía interna del que conservamos el goce (“la independencia en la interdependencia”, decía Edgar Faure para los tunecinos, el cual sabía cuidar las susceptibilidades). No pude realizar en el tiempo deseado (y no saco de ello orgullo alguno, ya que presumo de realismo) el repliegue sobre el patrimonio, sobre el país de cultura –perfumes, abadías, grandes mesas, museos–, sobre la dulce Francia donde tan bien se vive. No pude resignarme a vernos así empujados fuera de la Historia, con palmas en la espalda y bonitos cumplidos. Fracase incluso en roer el hueso de la francofonía oficial, producto de síntesis y de consolación: Francia es un reino de lenguaje, por supuesto, pero hace falta algo más que una lengua para crear un reino (¿qué sería un dialecto sin cañones, sin máquinas-herramientas ni telefilmes?). Era sin duda mi ilusión creer que se puede seguir siendo una gran nación al dejar de ser una gran potencia. Esa creencia no me resulta indolora, y frente al más rápido, al más apabullante declive de nuestra Historia (fuera de las derrotas militares más rápidamente remediadas), sufrí dolores de amputado. ¿Amputado de qué? De una huella, de una ausencia, de una mayúscula desvanecida. Los afortunados que no las han inscrito en sus neuronas lo llevan mejor. Cuando el servicio inútil se convierte en doloroso es cuando se deja de retroceder.

Soy el primero en reconocer lo absurdo de todo esto. El primero en reírme de los viudos patéticos del romanticismo que se arrancaban los cabellos porque el cielo está vacío. Llamaban al buen Dios. Nadie responde. Abandono. Desesperación. Soledad. Orgullo estoico. Dios no quiere responder, Dios los provoca con insolencia. Pero si no hay nadie allí arriba, preciosos míos, os calentáis la sangre para nada. Simplemente no existe abonado en el número solicitado. Nada que esperar. La nada. Inútil hacer girar las mesas. El viudo nacional conserva el énfasis un poco chusco de Alfred de Vigny en el monte de los Olivos, incluso si el Narciso patriota ha sustituido el enfurruñamiento divino por la desgracia histórica.

¿Qué puede hacer un seminarista un poco tocado al que introducen en el arzobispado por la puerta de servicio y que descubre que los príncipes de la Iglesia reunidos en el salón son ateos? Col-

gar sus hábitos en el armario. Esperando días mejores. Es una manera como cualquier otra de salvar los muebles. ¿Cómo servir a un Estado que ya no cree en sí mismo? ¿Cómo dejar el nombre en los anuarios, incluso si ya no se escribe al margen desde hace años? Esta sensación de impostura, como de estar a disgusto, desemboca tarde o temprano en la dimisión. La mía será tardía, es el ingenio de descansillo.

París, 28 de diciembre de 1992

Al Señor Marceau Long
Vicepresidente del Consejo de Estado
Palais-Royal, París

Señor Presidente,

La cortesía, la apertura de espíritu, el sentido del deber, por no mencionar la competencia profesional de los miembros del Consejo de Estado que tuvieron a bien, entre 1985 y 1988, considerarme como uno de los suyos, a pesar de los pocos títulos que ofrecía a su consideración, dejarán en mí un profundo recuerdo. Esto no es, Señor Presidente, una cláusula de estilo. Descubrí en ese cuerpo a fin de cuentas bastante desconocido, sobrecargado de trabajos ingratos y mal remunerados, una cualidad de conciencia y a veces de abnegación que vuelve desagradables los clichés de sus detractores.

Me había parecido más conveniente, en 1988, retomar por un tiempo mis estudios de filosofía y de historia que continuar unas investigaciones de jurisprudencia en una subsección de lo Contencioso, tarea manual estimable pero de un interés intelectual limitado. Un simple principio de economía de las fuerzas podía explicar mi licencia. Al no haber en la actualidad ningún otro “acomodo” en la función pública ni en el sector privado, todo, empezando por el respeto y la amistad que siento por muchos de mis colegas, y acabando por la dificultad de tener que vivir de la pluma, debería persuadirme para volver al Palais-Royal. Pero las “conveniencias” se han convertido entre tanto en consideraciones personales sobre el valor hoy del servicio al Estado. De nada serviría el ardid de buscar lo conveniente y la comodidad: al final es demasiado incómodo sacrificar las convicciones al bienestar. Así pues lamento,

Señor Presidente, tener que presentarle mi dimisión. Verme “dado de baja”, según la fórmula oficial, me será menos penoso que asistir día tras día y en los primeros palcos a la disminución de la República.

Permítame explicarme.

El Consejo de Estado es un lugar superior. Haría falta además que hubiera un Estado al que aconsejar. ¿De qué sirve servir a algo que ya no sirve? ¿Por qué cuidar de un cuerpo cuya alma se apaga? Del Estado republicano, el que sobrevivió un año con otro bajo nuestros ojos, al haber desertado de sus propios principios y finalidades sólo tiene las apariencias. La amplitud de la catástrofe impide imputárselo a tal facción, partido o coalición provisionalmente en el poder más que a tal otra. El dejarlo en suspenso parece colectiva y colegialmente asumido por los gobernantes de hoy, de ayer y de mañana.

So capa de “modernización”, la rebaja de los servicios públicos a empresas comerciales y el interés general por todas partes sustituido por la sola lógica de la rentabilidad; so capa de “regionalización”, la vuelta forzosa de los reyezuelos, de los feudos de familia y de los notables, es decir, la regresión feudal de lo que se había supuesto uno e indivisible; so pretexto de “tolerancia” y de “derecho a la diferencia”, el laicismo deshecho en la escuela y la instrucción pública entregada a las comunidades religiosas, a los intereses cambiantes de los jefes de empresa, a los humores del orden local; so capa de “construcción europea”, la dejación de responsabilidades con los vecinos, la abdicación de todo querer propio, el cual no se confunde con el amor propio; bajo el nombre de “solidaridad occidental”, la nación alineada, alienada con las hegemonías de fuera, hasta el envío puro y simple de las fuerzas francesas, por todas partes por donde andan comprometidas, teatros de operaciones o de comedias onusianas, bajo mando americano; con la anestesia de las imágenes, las virtudes privadas sustituyendo a las obligaciones cívicas, la caridad-espectáculo de un día a la organización más laboriosa de una injusticia, y el ideal *boy-scout* a la ayuda pública para el desarrollo; bajo las invocaciones a la “sociedad civil”, una pléyade de autoridades administrativas independientes, de comités de sabios, de organismos especializados, de camarillas de todas clases, en

lugar del ciudadano y de sus representantes elegidos, es decir el abandono de la ley deliberada en común por el reglamento incontrolado; en fin, el ascenso a puestos propiamente políticos, al término de una perniciosa confusión de los géneros, de caballeros de fortuna y de comunicadores; en resumen, la lenta destrucción de la República por aquello que la niega, en lo moral y en lo propio: el mercantilismo individual y la demagogia mediática. Tal es el cuadro que se nos ofrece. Perdóneme si soy miope.

Sé bien que la democracia a la francesa que se llamaba "República" no es la forma acabada del devenir humano y que nuestra alta jurisdicción no es responsable del discurrir de las cosas ni del mundo tal como va. Tampoco ignoro que la avalancha mimética de nuestras élites hacia el modelo americano de vida y de pensamiento se remonta al menos a la marcha del general de Gaulle, en 1969; y que el período de Restauración planetaria que atravesamos en la actualidad apenas si anima a la fidelidad a los principios originados en la Revolución francesa.

Ciertos ingenuos, entre los que estaba, habían esperado mucho de una alternancia política, en 1981, para invertir ese movimiento o enderezar esa deriva. Los discursos pronunciados permitían pensar que nos hacíamos por ese lado otra idea del hombre y de la cosa pública. Cuando la nueva religión del provecho en el interior y de la normalidad en el exterior hubo ganado claramente a sus adversarios de antaño, pedí muy respetuosamente al presidente de la República que tuviera a bien eximirme de las funciones que ejercía cerca de él. El Consejo de Estado me pareció entonces como un hogar de resistencia posible al aire de los tiempos. ¿No está libre de la tiranía de la opinión, de las presiones de los poderosos y de la necesidad de cuidar su "imagen"? No le ocultaré, Señor Presidente, que he llegado, en estos últimos tiempos, a ponerlo en duda. Y cuando leo en el encabezamiento del boletín de información de nuestra Casa (diciembre de 1992) esta divisa exultante "¡Consejo de Estado, aún más de Europa!", siento alguna inquietud por las ideas reguladoras de la República a las cuales tengo la debilidad de entregar mi fe.

Las últimas decisiones, entre ellas la resolución Nicolo, tomadas por el Consejo desde 1987, contrariamente a toda su jurisprudencia anterior, han sometido ya las leyes

francesas a los reglamentos comunitarios, extrañamente asimilados, para la circunstancia, a tratados internacionales. Primacía del derecho europeo sobre el derecho nacional que ratifica, a las claras, la inanidad de nuestros debates legislativos, la inutilidad de nuestro Parlamento y la vejez del viejo principio según el cual el pueblo es origen de todo poder. Me pregunto simplemente si al desaparecer la soberanía popular será la supranacional o más bien infranacional la que ocupe su lugar, y si la vasta impotencia europea podrá realmente sustituir a nuestra modesta potencia pública. Un fallo de 1992 ha legalizado desde entonces el velo y otros signos religiosos en las escuelas de la República. Al ser Francia el único país laico de Europa, por principio constitucional, ya va siendo hora sin duda de atenuar esta anomalía. Uno contra once, no era razonable...

Para un republicano, una resolución que legaliza lo vuelve más legítimo lo que no puede serlo en sí. O entonces, *mutatis mutandis*, tendríamos que haber considerado respetables las leyes raciales promulgadas por el Estado francés en 1940 porque fueron validadas en toda regla y después del examen del Consejo de Estado de la época, y aprobadas por la opinión mayoritaria. "Y así no pudiendo hacer que lo que es justo sea fuerte, hemos hecho que lo que es fuerte sea justo..."

Usted sabe mejor que yo, Señor Presidente, porque su altura de miras y su sentido incomparable del Estado se lo permiten, que el miedo a perder el último tren lleva las más de las veces a equivocarse de andén. No estoy seguro, por mi parte, de que contribuyamos a proteger a los ciudadanos contra el regreso de los bárbaros eligiendo adaptarlos, es decir acomodarlos, a las relaciones de fuerza del momento. Lo que creo, o creo saber, de la Historia de Francia me informaría más bien de lo contrario.

Le ruego que acepte, Señor Presidente, la expresión de mis sentimientos tan deferentes como desolados.

Deferente era verdad, y lo sigue siendo; *desolado*, una media verdad, por desgracia. Una vez echada esta carta al buzón, después de media hora de idas y venidas por la acera, el pecho, confesémoslo, se desbloqueó. Detrás del despecho del monaguillo que descu-

bre su tabernáculo vacío despuntaba un alivio poco glorioso: la vuelta al vagabundeo. Sin impedir la pena, la cólera o las ganas de luchar aún por sus fantasías, esos reencuentros liberaban un espacio casi veraneante de imprudencia. Diez años de vigilancia, en lo tocante a los pulmones. Despreocupado como estaba todavía del París sofocante de las letras y de las ideas —que por comparación confiere a los “círculos del poder” un encanto primaveral de parques para niños—, pude creermelo restituido a los tiempos oxigenados de los actos, de los pensamientos para nada, sin “acción” ni reacción. En fin confiarse al tiempo perdido, sin temer a su sombra, al micro que anda por ahí, a la cámara invisible. No se aprecia lo bastante ese lujo moral, vicio reservado a los despreocupados y del que nos priva demasiado rápido la asiduidad de los grandes personajes: la metedura de pata, el paso en falso. El privilegio de tener emociones sin precauciones. Sin pegarse al terreno, tomar el viento o el pulso. De frecuentar demasiado a los prudentes se acaba por convertirse en uno de ellos. Todo el mundo sabe que la prudencia es la madre de la seguridad. Sólo que hay una buena y una mala prudencia, y no sabía qué fácil es pasar de una a la otra. ¿En qué se reconocen esas hermanas gemelas? La prudencia del hombre de acción responsable es una virtud libremente asumida; la prudencia de los hombres inactivos obsesionados por su imagen interviene bajo la coerción. No es ya moral, es defensa civil. Esos grandes ansiosos bajo vigilancia no pueden bajar la guardia ni un minuto. Nada de circunspectos: tetanizados, atrapados. No es culpa suya si están más expuestos que la media al trastorno de las intenciones. Nuestros hechos y gestos se vuelven contra nosotros, es la suerte común; nada más despegar giran sobre el ala, se ponen de espaldas, y vuelven a girar como kamikazes para aplastarnos en el suelo. En el ágora mediática, sala de ecos tapizada con espejos deformantes, donde lo que se dice de lo que decimos o hacemos se convertirá tarde o temprano en lo que dijimos o hicimos en realidad, el robo de los actos y de las palabras es una industria. Un saqueo organizado y consentido que tiene fuerza de ley. Todos tuercen y retuercen torcidamente al prójimo con toda su fuerza, por turnos. Entonces las presas se inmovilizan, con puertas y ventanas cerradas, se hacen el muerto o el idiota. Doble lenguaje, doble vida. Nuestros representantes declaman, engullen, inauguran, brindan, aman, se exhiben, dan vueltas, todo para engañar a ese miedo pegajoso, sin día de asueto. Nada de canguelo lívido, los obuses en la trinchera, el bosque en llamas bajo la ventana. Ese es un miedo saludable, memorable, útil, como una bofetada de áni-

mo. Para la gente de manivela (y los que giran alrededor, parásitos de parásitos), la primera preocupación es cómo pasar entre las bofetadas. Entonces saltan de un miedillo a otro, lo que, a la larga, les da mal aspecto. Eso se ve en los hombros un poco encogidos, en una chepa, una sonrisa un poco helada; en una cierta manera de achaparrarse, de andar de lado, de reducir trapo para ofrecer menos agarre al viento. En privado algunos se desarrugan, se sacuden, vuelven a encontrar su cuerpo, su timbre de voz, palabras propias. El hombre o la mujer públicos se descubren a puerta cerrada, *off the record*; ya no se les reconoce porque son ellos mismos. Es conmovedor, esas vueltas a la infancia en reuniones privadas, en los raros momentos en los que los vulnerables olvidan minas y ametralladoras. No es que nuestros elegidos, siempre a la busca de "soluciones audaces", carezcan de "valentía política" para "afrontar los problemas". Esa valentía casi estatutaria forma parte de la función. Para dar pruebas de audacia en las "grandes elecciones de la sociedad" (siempre en lenguaje editorialista o parlamentario), además fue necesario salvar la piel. Permanecer "en la carrera", en el "pelotón de cabeza". En el patio de los pequeños, o mejor, de los mayores, pero siempre en el ajo, en el flujo. Sólo este perdurar se paga con diez o veinte años de angustia, con un pequeño gran miedo al día. Miedo a pararse, si hace demasiado; de perder la ocasión, si no hace lo suficiente; a hundirse, si se queda a medio camino. Miedo a mojarse y a caer en la trampa, a la mínima palabra de más, al magnetófono que se queda enchufado, a la foto embarazosa, al apretón de manos que marca de por vida, del que el adversario hará un cartel y el biógrafo una sobrecubierta. Miedo a no sonreír ante el objetivo (ese tipo es siniestro) o desternillarse (ese tipo es un payaso). Miedo al periódico del día siguiente y al recepcionista del hotel, que le verá subir la escalera con una mujer que no lleva su apellido. Miedo al sondeo desfavorable, miedo al miércoles por la mañana, día en que sale el *Canard enchaîné*, el *Boletín oficial* de la parroquia. Miedo al Exocet lanzado un domingo por la tarde contra él desde su propio campo, a las sonrisas en los bancos de la oposición del lunes, a adoptar una postura el martes que el acontecimiento del jueves va a contradecir, a hacer una mala elección el viernes y a no cubrirse a tiempo el sábado, a perderse su 7 sur 7 (célebre programa de televisión) el domingo. El genio, dicen en la profesión, está en no cometer errores. Y el peor de los errores, en términos de oficio, es quedarse solo: separarse de la base, del electorado, del patrón, de los "amigos". De ahí la vigilancia de cada día. Nunca se sabe de qué estará

hecho mañana, ni cómo van a ir las cosas (esa huelga del sector público, ese golpe de Estado en Rusia, esa reforma de la Seguridad Social, esa coalición renqueante). De ahí una reserva de buena ley, una ponderación de larga duración, sembrada de pequeñas frases como cardos en un prado; justo lo que se necesita para que no te pisen. Para cosquillear a la opinión sin chocarla, salir del bosque sin descubrirse, unirse sin bajarse los pantalones, tomar distancias sin romper, rectificar el tiro sin desdecirse, decir sin decir, hacer sin hacer. El ideal para quien debe coger sin dejarse coger: un estar alerta falsamente idolente, una indiferencia atenta y aguda, el retroceso en el acecho. La cuerda floja, toda una vida. Nuestros príncipes son los menos libres de los hombres: esos vigías funámbulos nunca se pertenecen. Pocas cosas dependen de ellos; ellos dependen de todo y de todos.

Un día, al abandonar Venecia, Durero exclamó: “¡Cómo voy a echar de menos el sol! Aquí soy un gentilhombre y en mi país un parásito”. Cuando un parásito se desengancha tenemos un gentilhombre. Entregado a sí mismo, dispensado de esperar, liberado de las miradas. Todos pueden convertirse en gentileshombres en una República, desde el momento en que hay la ocasión, o la oportunidad, o la locura de vivir a su gusto, a su ritmo, porque no hay que ponerse cada mañana un medidor de audiencia en el pecho ni al paso de la tropa. El que puede no gustar sin sufrir por ello, y “mantenerse solo en una opinión que la muchedumbre abandona”, ocupa, en una democracia de opinión, la posición del noble. No tiene que apelar al juicio ajeno para verificar lo bien fundado del suyo; le trae al fresco dar pábulo y “enturbiar la imagen”. No conozco más embriagadora libertad que ésta: no tener público. Tener que responder sólo ante uno mismo, y no intentar nunca coincidir con el discurrir del mundo.

Era servidumbre depender de un señor que depende a su vez de todo lo que no depende de él. Y pura locura querer un señorío para sí. Para vivir a gusto entre los esclavos del tiempo, para navegar por esos parajes, tendría que haberme parecido bien el aire de los tiempos –sondeos, cotas y *hit-parades*. Mezclar el agua y el aceite. Un creador debe vivir y pensar incluso contra, al margen de eso; un político vive y piensa en función de eso. Artista o ilustrado, un individuo que aprecia la calidad debe hacer sonar la alarma en cuanto sienta que empieza a ser aceptable o popular; el hombre público debe inquietarse en cuando deja de serlo. ¿Dónde recogí esta verdad primera?

La imprudencia, primer paso hacia la soberanía. La impopularidad, el segundo.

6. *Ite missa est*

Los tribunales del Cielo - Arar el mar - Sólo hay progreso técnico - A las duras como a las maduras - Un animal que necesita amos.

"*Ambición*: satisfactoria. *Asiduidad*: mediocre. *Aptitudes*: pasables. *Resultados*: insuficientes." Ante los tribunales del Cielo, los holgazanes de mi clase se presentarán con un mal libro escolar, y es muy molesto. Dios ya no es francófono, y no nos hará regalos. Nada que esperar del tribunal de historia (san Luis, Retz, Bonaparte y de Gaulle); pasemos por alto, mortales, *de minimus non curat praetor*; felizmente, en el mismo pasillo, en la puerta de al lado, me aseguran que están los Tres Mosqueteros, que hacen pasar a los no admisibles, para una sesión de recuperación ("compensaciones imaginarias, novelas y relatos"). Cuento con un guiño para distender el ambiente: "D'Artagnan, les diré, no le ha fallado a las circunstancias pero las circunstancias le han fallado a D'Artagnan..." ¿Es un buen truco para robarle una sonrisa? No es seguro. Es la cantinela de los suspensos, a la larga se cansan de ella. Qué más da. Todos los presuntuosos anónimos corren detrás de ese "lo habría podido hacer mejor" –garabateado al final de su vida por un examinador capacitado– que no arregla nada pero que salva la cara, tan vanidosos somos.

¿Le echaré la culpa a nuestra mala estrella? Demasiado fácil. Se hablará en favor del traspie como el Frédéric de Flaubert. Pasemos sobre la ausencia de peripecias realmente dignas de interés. La Fronde, Waterloo, junio del 40 –esas desgracias sólo le suceden a los demás. Pasemos también sobre las bufonadas de la circunstancia. Cuando la tendencia era al anti-Estado, era castarse a contratiempo, hacer de chico de los recados de la curia justo en el momento en que la empresa rebajaba la administración; el cliente, el usuario; el pequeño juez, los grandes ministros; el personal contratado, el personal estatutario; el periodista, el enseñante; la iniciativa privada, el servicio público; la ley del mer-

cado, el reglamento; las colectividades territoriales, el Estado central; la media europea, la excepción francesa; y lo que hay de mediocre en América, lo que había de hermoso en Europa. Esa superioridad de clase, o ese reajuste, o ese desclasamiento, ha alimentado el *main stream* del que cada patriota se ha zafado a su manera para no hundirse con él. ¿Qué es un cambio de transporte frente a un cambio de civilización? Un fin de milenio no equivale al fin del mundo, sino de *un* mundo, de acuerdo. Queda que nos ha sido concedido asistir no al fin de un mundo, sino de tres a la vez. Estaba en nuestro tema astrológico que vengan a expirar tres ciclos de historia de desigual extensión sobre un solo lapso de vida: el ciclo Imprenta comenzado en el siglo xv, el ciclo República comenzado en el xviii, y el ciclo Proletariado comenzado en el xix. 1448, 1792 y 1917, el Libro, la Razón y el Porvenir, los tres pilares de nuestra religión laica se desmoronaron ante nuestras narices, a nuestros pies. ¿Cómo seguir diciendo la misa sin mirar el misal? Nunca en el pasado tantas rupturas se consumaron simultáneamente. Inútil deplorar o denunciar. Saboreemos más bien el privilegio. Esto tardará en volverse a producir.

Cuando entré en religión hacia 1960, la política manchaba de grasa los dedos y olía a tinta fresca. Un hecho no era creíble hasta que no se *leía* en el periódico; hoy, hasta que no se *ve* en la tele no existe. Es arriesgado pero no ridículo querer modificar la Historia haciendo hablar a sus silencios y a sus muertos sobre el papel. La gente de la imagen ha suplantado a la gente del Libro en el puesto de mando (por eso el profesional de la influencia que es el intelectual se mete en la televisión y en el cine). Confiarse al papel y no a la imagen era mantener la ballesta en la era del mosquetón. Mantener el porvenir en la punta de la pluma, ese delirio necesario del escritor reformador para violar la página que defiende su blancura, ya no nos está técnicamente permitido. ¿Cuántos de nosotros no hubiéramos temblado por ello? (Por fin *ellos* van a saber la verdad, *ellos* ya no podrán seguir como antes. Con lo que les lanzo ahí, a los lectores ávidos de saber, el Partido comunista no tendría más remedio que proceder a su autodisolución y los socialistas elegir otro comité dirigente. ¿La ENA va a cerrar? ¿El Quai d'Orsay a llamar a nuestra delegación permanente en las Naciones Unidas? Es probable. ¿Qué le voy a hacer? La verdad manda. ¿Apenas sale mi libro lo ahogan bajo otros veinte del mismo calibre y el mismo tema? ¿Recibe tres líneas de comentario aquí y allí? ¿Desaparece de las librerías al cabo de tres semanas? Clásica conjura de silencio. El próximo, en cambio, ya

veréis...) Nosotros, las manos de pluma, hemos pasado de lo estratégico a lo pintoresco: aquí estamos de encajeros de café, punto de Venecia o punto de Alençon. La supervivencia textil, el tejido de textos, trama y cadena. Nadie nos impide proponer a los bibliófilos frases cosidas a mano, una curiosidad entre otras. Para las cosas serias, mirad la pantalla.

Si al menos hubiéramos pasado de la revolución a la Reforma, de primera a segunda clase, o de la poesía a la prosa, sólo habríamos vivido un *decrescendo*, entre una deceleración y una disminución. Hemos, más verosímilmente, cambiado de partitura. Nos hemos bajado del tren. No hemos cambiado de período sino de tiempo. Cuando tenía veinte años el tiempo era una hoja de ruta, una orden de movilización. Estaba iluminado por delante, y nos llamaba hacia adelante. La política era el gran asunto porque el tiempo estaba suspendido como los puentes; vivíamos en el suspense de la revolución de Octubre, ese gran cambio de rumbo, y de la Revolución francesa, camino inacabado, interminable o más bien que terminar mañana. El tiempo era un vector indicando del pasado hacia el porvenir (no programable sino previsible; no radiante sino inédito, diferente de lo ya conocido). El tiempo era un gran viaje, nos llevaba de un menos hacia un más. Teníamos como destino otro mundo, que aún no existía en ninguna parte pero nos estaba prometido; y en nombre de esa misma promesa teníamos el ánimo y el corazón para denunciar las falsificaciones.

¿Por qué sentirse hoy bajo requerimiento? ¿Y hacia dónde avanzar? Fin de viaje. Todo el mundo abajo. Ya no hay suspense, señores pasajeros: acontecimientos sin final. Ya no hay obra. Nada de bajar y subir el telón. El mundo ha dejado de ser un teatro y la Historia de ser un drama, del que esperamos el último acto. Lo que se eclipsa en este fin de milenio (sin duda el menos milenarista de los tres o cuatro últimos de los que se conserva vagamente huella) es la idea, la espera, la obsesión del desenlace.

¿Pero era razonable acechar uno, y hubo alguna vez un final cualquiera sobre ese escenario? El ruido y la furia, ¿era necesario hacer de ello un drama?

Como muchos tuberculosos, Simón Bolívar tuvo un final lúcido. Antes de morir en Santa Marta escupiendo sus pulmones, en medio de los árboles del cacao y de los ceibos, solo frente a las olas, aquel octogenario de cuarenta y siete años dio parte en una carta al general Flores, el 9 de noviembre de 1830, de "algunas conclu-

siones ciertas a las que había llegado”: América del Sur era ingobernable, lo único que se podía hacer era emigrar, y el estado final más probable en esta parte del mundo sería “el caos primitivo”. Y añadió esta precisión: “El que sirve a una revolución ara el mar”. La palabra del final del hombre a caballo, ¿no debería servir de divisa a miles de peatones, conservadores o subversivos? Podría ser en efecto que el humorístico testamento del gran venezolano encerrase una bastante buena noticia. Pues, a diferencia de las aguas estancadas, lago o pantano, el mar, la mar, “perla espléndida” en el decir exacto de Valéry, está “sin cesar empezando”; y cada ola, que nace de borrar a la anterior, se ofrece a nuestros ojos como promesa de juventud. Requiere reja nueva y alegres labradores, convencidos de que lo harán mejor que los demás. Cada quince años aproximadamente (intervalo medio de la ondulación hoy), en la cresta de la ola agonizante, buenos reanimadores nos exhortan a “reinventar la política”, tan deteriorada en el último período, a recrear la democracia, a reformular, refundir, relanzar. Izquierda o derecha, acudimos entonces con nuestro arado para arar la ola creciente. No haría falta mucha perspectiva para dar a ese ritual “reinventar”, a los rituales renovados de la reinvención crónica (siempre “en un nuevo espíritu”), el ritmo pendular de un eterno retorno. Nuestros responsables nos conminan a volver a empezar, y como el mal creyente teme irse a pique con su creencia se aferra como a un salvavidas a la primera “perspectiva de porvenir” que se le tiende. Así daremos a la próxima oscilación el atractivo exaltante de un renacimiento, hasta la cresta de la ola siguiente que nos sumergirá, a nosotros o a nuestros hijos, en el asco o el remordimiento. Pero no por mucho tiempo. Volveremos. Mítines llenos a reventar, fervores en las calles, elecciones, tomas de riendas. Enseguida se echa a perder. Se recupera. Vuelve a caer. Empieza otra vez. Los ritmos de la esperanza militante, de tipo maniacodepresivos, se acoplan a las neurosis individuales del mismo nombre; de ahí la armonía natural en los vaivenes del fervor partidista y ese desarreglo del humor tan frecuente. “Tenemos derecho a hacer todo”, decía Picasso, “a condición de no volver a empezar nunca.” Si nuestros políticos, en conciencia, tomaran como lema esa palabra de artista, no lo quiera Dios, apostemos a que ya no habría candidatos en las próximas elecciones. Ni partidos, ni congresos, ni programas. No parece. Cada recién llegado, en ese terreno, nos promete una copia nueva, vuelve a empezar la antigua, y apenas hemos denunciado la palinodia cuando nos volvemos hacia la siguiente.

Si tanto me han gustado los esbozos y los inicios, ya sea en América o en Francia, es porque el nacimiento de un *ordine nuovo* (con más estrépito con que lo hace el ascenso de un nuevo equipo en un Estado ya con pátina) da la sensación de que la brecha, esta vez, va a estar emparentada con la alquimia. Que un pueblo, o un genio, o una doctrina, va a crear ahí formas nunca vistas de contrato social –ya se llamen autogestión, dictadura del proletariado o participación. Que vamos a romper por fin con el academicismo del pasado –ya se llame Estado de clase, alienación de masas o dominio de las élites. Que el político va a poder *inventar*. El “hito histórico”, la “gran fecha”, es el instante en que vemos a la ola crecer, con sus estremecidas crestas de espuma, en que nos persuadimos de que *ella* al menos será diferente. Es esa sensación de inminencia la que crea la patética belleza de los comienzos, ese gozo ansioso común a los descubridores de martinis y a los pioneros de los tiempos nuevos los que hacen que vuelvan a florecer revoluciones victoriosas o crisis de régimen. Asistí en 1961 a la proclamación del socialismo en las calles todavía rozagantes de La Habana; vi en 1979 la entrada del pequeño ejército sandinista en una Managua alborozada, sombrío solar transformado en Campos Elíseos de 14 de julio donde se mezclaban civiles y combatientes, hasta no saber quién desfilaba delante de quién; vi en 1981 un cortejo de machos encorbatados subir abrazados por los hombros al Panteón. Y en cada virada vibraba en mí, en una aura de mañana clara, la palabra del joven Hegel: “La gran obra de arte, divina en su esencia, es la organización colectiva, pensamiento grande que atormenta el espíritu de los hombres en todas las épocas de crisis social”.

Idea fija, engañosa, que traslada al registro político esperas propiamente estéticas. “Divina” y diabólica no solamente porque reduce a los organizados potenciales al estado de arcilla, de masa, de material ofrecido al modelado de un escultor realizado –metáfora cuya experiencia “totalitaria” ha mostrado la estéril crueldad–, sino porque suponiendo este acto de creación posible, ese modelador nunca sería un artista en sentido propio: cualquiera que sea su arbitrariedad o su megalomanía sólo logrará, en el fondo de las cosas, *chapucear* a partir de unas instrucciones de uso inalterables, bordar sobre un bastidor subyacente y coercitivo, la incompletud, con márgenes de invención hoy restringidos a casi nada. No existe un modo “cínico y utilitarista de ejercer el poder” –y otro, “moral y desinteresado” (como dice, frente a toda primera izquierda al final de ciclo, la segunda izquierda evangélica que

la adelanta por las palabras pero no por los hechos). Sin duda hay varias maneras de concebir una política, y de pensar lo político, ya que el discurso es libre; el ejercicio parece mucho más balizado. La creatividad contemporánea en eso está en lo más bajo.

Nuestros desencantos han llevado el compás de las expectativas. Si caímos desde lo alto en 1989 es porque desde 1789 (en Francia), eran desmesuradas. Entonces es cuando la esperanza en tiempos radicalmente nuevos ha sustituido en los ánimos al espectáculo, instructivo o divertido, de la eterna comedia que, aligerada como estaba de cualquier desenlace o efecto teatral ontológico, podía hasta entonces bastarse a sí misma y ocupar a los cartógrafos del corazón humano. Desde hace dos siglos no sería exagerado ver en el *chasco* el más pequeño denominador común de los participantes en el combate político, sean cuales sean el color y la época —el estribillo que recorre las memorias (cuando no son obras de propaganda, hechas para galvanizar o edificar). No es hasta la vida de nuestros vencedores, que dieron su nombre a nuestros aeropuertos, nuestras bibliotecas, nuestras plazas, cuando se le puede llamar “amarga victoria”. ¿Qué dicen, en definitiva, no los ilustres capitanes sino los soldados de la esperanza que sobrevivieron lo suficiente para volver sobre su combate pasado? ¿Qué dicen los Jules Vallès de la Comuna, los Sadoul del comunismo? Que han sudado sangre y lágrimas para desembarazarse del Viejo mundo, y que volvió a ser como antes... Como en 1938, en 1945; como en 1788, en 1796; como en 1916, en 1996. Letanía de tristezas. Por muy admirables que sean esos Sísifos para mí, me pregunto si su desilusión no es todavía ilusión, como un último faldón del velo maya dejado ante los ojos de nuestros más bellos desengañados.

Si tuviera el descaro de tomar mis incomparablemente más modestos fracasos por una iniciación, dándole a treinta años de decepciones una moraleja de fábula (a riesgo de privar a esas tribulaciones de ese suspense que, de bote en falso en rebote, daba pese a todo ganas de seguir), estaría tentado por este consejo de sentido común: para libraros de los sortilegios, romped también con el desencanto. Un desencantado es todavía un buen cliente para los encantadores. Olvidad la amargura. A menudo prepara una enésima arrogancia, como la apostasía una segunda conversión al revés. Sin *Mane*, *Thecel*, *Phares* que enarbolar por encima de las cabezas, sin legitimidad de sustitución en mi sombrero me cuidaré bien de llamar a quienquiera que sea a orar y a arrodillarse ante la panacea de mañana. No he recuperado la salud y no estábamos enfermos; en un manicomio, cada uno gasta de lo

suyo. A semejanza de los delirantes del foro que se las dan de buen doctor, la política que se erige como solución es una enfermedad que se da por una medicina. Al menos habré aprendido a no ver ya en el “alto responsable”, más neurótico que la media, a un posible terapeuta para nuestras propias neurosis. Aventureros optimistas anuncian que “el fin de las utopías y de las ideologías” permitirá una vida pública modesta y grata. Aunque lo deseo tanto como ellos, temo que tendrán que abandonar sus pretensiones. La peor de las ilusiones sería la de una sociedad sin ilusiones. La expresión “mentira de Estado” es una redundancia: allí donde hay institución hay superstición, es la lógica quien lo quiere.

Las ilusiones motrices se deben trocar, evidentemente, cada vez que podamos, una más mortífera por otra que lo sea menos. Pero, además de que las virulencias comparadas de los credos no se ven a simple vista ni en el momento, no se ve cómo renunciar a ellas sin decaer. La gracia, si se puede llamar así, reside en que sanar radicalmente de la necesidad de ilusión equivaldría a marchitarse, como agente histórico responsable; para curarse de esos delirios hay que repetir. Un militante puede jugar con las dosis, no con el principio (a reserva de abandonar el escenario). Mal incurable, cuidados interminables. Comprendo que a la pena provisional inspirada por tal o cual fracaso, el hombre de corazón tiene que oponer la Historia que dura. Desde luego. ¿Pero si la Historia que dura repite, de provisional en provisional, las mismas penas? Treinta años es menos de abrir y cerrar de ojos en el devenir de una sociedad. Lo que la corriente se llevó. Estoy de acuerdo. ¿Pero cómo servirse como de una prueba del poco tiempo otorgado a tal o cual deriva si el río de Heráclito hace bucles, si cada sociedad se baña poco más o menos en la misma agua que la precedente? Lo que valía para nosotros no desaparecerá con nosotros. Esa perennidad de las fuerzas delirantes debería permitir que acojamos la caída de cada ola con una sonrisa de compasión cómplice, y que palmeemos amablemente el hombro del decepcionado, al que el fracaso mitterrandista, sandinista, castrista (y mañana otro *ismo* hoy en crecimiento) lleva a la depresión: “Tranquilízate. Desastres, ha habido otros, y el de mañana no valdrá mucho más, ni menos. *Eadem semper omnia*”.

Una época que recapitula sin saberlo las precedentes y las subsecuentes, el duelo de lo político, ¿no es la política misma, trabajo interminable, penitencia sin fin? Podéis mandar a la porra este relato, pero no impedir que un adolescente deportivo y un poco soñador vuelva a empezar otro de la misma especie, el año próxi-

mo, donde sólo habrán cambiado los nombres de las personas, las fechas y los lugares –otro escenario, el mismo cañamazo. Tirad vuestro hábito a las ortigas, un fulano se meterá en él un segundo después. Como el animal humano compone sus variaciones musicales sobre dos temas dados: la sexualidad y la agresividad –rústica danza en dos tiempos–; como el poder y el deseo siguen haciéndonos correr y que no renovemos al cambiar de regímenes o de máquinas las dos pulsiones fundamentales de la especie, no hay ni antes ni después para jugar y perder en esta rayuela cuyas reglas cada generación descubre al final de la partida, sin lograr que realmente la siguiente se interese por ellas. Ésta está convencida, porque se acaba de inventar una enésima Sociedad de Naciones, una red numérica de amplia banda, y que una forma de despotismo acaba de desmoronarse, de que se las tiene que ver con un reparto de cartas enteramente nuevo y de que, para ella, irá mejor que la última vez (para los imbéciles o los desafortunados de la generación precedente).

La intensidad de las inversiones, en imaginación, en energía y en tiempo –ahí estaría el hecho nuevo– irá probablemente a la baja. Entrando en el porvenir retrocediendo (no hay manera de hacerlo de otro modo), los militantes del medio siglo, víctimas de ese movimiento casi mecánico que vierte las esperas de un inicio de siglo ascendente sobre su pendiente descendente, han pedido mil veces demasiado a la acción política. Y eso, cuando la oferta disponible no podía ya satisfacer a la demanda onírica y social. En ese sentido, educativo y sobriamente pragmático, quizá se puede ver, en la inexorable desaparición del Príncipe en el sentido superlativo que Maquiavelo daba a la palabra, en la desaparición de las altivas figuras que han prestado su nombre al mito de las soberanías todopoderosas y de las decisiones *ex nihilo*, a lo Churchill o a lo de Gaulle, la ocasión de una reforma intelectual y moral. El sorprendente estrechamiento de los márgenes de iniciativa, de los grados de libertad no hace mucho atribuidos al Estado-nación por la planetarización en marcha como a los titulares del ejecutivo (en democracias donde un juez, un periodista tienen más poder que un ministro o un secretario general de la Presidencia), ¿desvela un secreto que nos negábamos a ver? Si así fuera, en lugar de quejarse deberíamos más bien (para superar mejor el abatimiento que inspira el disparo fallido cuando la pistola es de un tiro) alegrarnos de la impotencia comprobada de los supuestamente poderosos. Personalmente, alrededor de 1960, estaba muy lejos de pronosticarla e incluso, en 1981, de diagnosticarla en el

momento, cuando estallaba ante los ojos. La desconcertante *diminutio capitis* de los caciques de la tribu bien podría ser que acuse o ilustre el carácter constantemente sobrevalorado del factor político en la hechura del *homo sapiens* –sobrestimación que no poco debe a la complacencia y la inveterada sobrexposición de la historia-batalla, de los treinta reyes que hicieron Francia, del vals de las Repúblicas y de las reformas constitucionales. “Sobredosis” regionalista mundialmente relevada, desmultiplicada por todas partes por la “imagen del Presidente”. Las dimensiones de la pantalla doméstica, propicias al primer plano, otorgan una prima de presencia a los líderes, campeones, estrellas y escamoteadores de escena, en el mismo momento en que se confirma su papel de simulacro o de comparsa. El volante de los conductores responde cada vez menos, nosotros estamos cada vez más obligados a tenerlos delante de las narices. El contraste entre su visibilidad y su ineficacia simultáneamente acrecentadas aumentará sin cesar el número de descontentos y de ánimos frustrados.

Hacia 1960 quise ir “allí donde suceden las cosas”; me jactaba de asumir la condición humana en sus obras vivas, soñaba con carrearla con su núcleo más duro. Cualquiera que sean las apariencias doctrinales o las vacilaciones de localización –Tercer mundo o Europa, Revolución o Reforma– fuimos unos cuantos millones los que prestamos el juramento de Napoleón: “La tragedia hoy, es la política”. Me pregunto si la fórmula no ha envejecido aún peor que el adolescente ultrapolitizado que yo era en aquellos años *partisanos*. La famosa palabra se ha desinflado; ahí está toda arrugada, buena para el diccionario o los temas de bachillerato. No es que no haya ya tragedia, ni ya no sea legítimo prodigarse. Es verdad que la especie humana es más que nunca una partida en marcha (y en vías de aceleración); que nada es menos arriesgado en nuestra naturaleza que hoy; que aún le está más permitido que antes a un individuo instruido y liberado, por simple curiosidad, sentido de las responsabilidades o instinto de conservación, tomar parte en la empresa *sapiens sapiens*, sector “investigación y desarrollo”. El joven ambicioso que quiere entrar en el juego, hoy, con la idea de modificar por poco que sea el reparto de cartas, está claro que le interesa volverse hacia la genética, las ciencias cognitivas o la neurobiología. “Las cosas suceden” del lado *big science* y tecnologías punta, no del lado de los proyectos de sociedad o de los programas de gobierno, cuya sola evocación

hace sonreír desde ahora a cualquier occidental medianamente informado. Lo que seguimos llamando, por costumbre, la responsabilidad política ocupa el espacio residual de un entredós incómodo, cada vez más laminado, entre dos tipos de condicionamientos: psicoculturales por un lado, tecnoindustriales por otro, ambos insuficientemente expuestos en nuestra tradición cultural y escolar. La evolución de las mentalidades colectivas, en el subsuelo, y la de las prótesis técnicas, a la vista de todos (y tanto más invisibles cuanto más evidentes) aparecen como los dos parámetros decisivos de la aventura incierta. ¿Pero no ha sido siempre así? Dejemos aquí de lado, si es posible, las placas geológicas de las religiones, de deriva lenta, como la de los continentes, y cuya temporalidad no está a nuestra escala. Quedémonos en la superficie, del lado de los acontecimientos. Omitido, pues, lo fundamental, quiero decir, en cuanto a los nombres propios, de los Confucio, Jesús, Buda, Lao Tse y Mahoma que trabajan subterráneamente el alma colectiva. ¿Qué habría pensado Napoleón a la vista de la máquina de vapor? ¿Carlomagno, a la vista del reloj mecánico? ¿Ricardo Corazón de León, a la vista de la brújula y del codaste? ¿No hizo Edison infinitamente más por el ensanchamiento de las posibilidades humanas, o los hermanos Lumière, que Washington y Lenin? ¿No son el automóvil primero, el sonido, la imagen a domicilio, disco y televisión, esos aceleradores de individualismo, quienes han echado a perder el proyecto de civilización socialista? Nuestro verdadero Prometeo, hoy más que ayer, es Dédalo, el patrono de los pequeños artesanos entre los griegos. El “fabricante de chismes” contribuye más a la hominización de lo contemporáneo que el hacedor de sistemas, y las verdaderas decisiones de futuro se toman en los laboratorios y los talleres de investigación. ¿Qué sería de la revolución feminista sin la lavadora y los anticonceptivos? ¿Qué sobreviviría de la “aldea global” y de las solidaridades humanitarias sin la electrónica y la informática? ¿Qué hay más determinante para nuestro futuro a corto y medio plazo que la explosión demográfica que ha hecho pasar en un siglo la esperanza media de vida de cuarenta y cinco a setenta y cinco años, y el planeta de mil a cuatro mil millones de ocupantes? Ese salto hacia adelante no fue ni programado ni puesto en marcha, y a menudo ni siquiera percibido por los altaneros de las cumbres, que no tienen el gusto de saber lo que sucede abajo o a sus espaldas. Primero fue la quinina, las sulfamidas y la penicilina, que cambiaron la vida de los cuerpos, igual que los neurolépticos para el dolor psíquico, el RU 486 para la libertad de las

mujeres. Hay revoluciones para los enfermos, ya que, físicos o mentales, sus sufrimientos tienen una base orgánica, susceptible de un abordaje técnico. No hay revoluciones en el ser en su conjunto de los sanos ya que su malestar aquí tiene un fundamento lógico, el axioma de incompletud, que hipoteca lo colectivo y da al grupo su cimiento identificativo, sobre el que la manipulación técnica no tiene dominio.

El ciberpunk tiene el mismo dispositivo óseo-muscular que el cazador de mamuts de Neandertal en posición vertical, y que se sepa el paso de la monarquía absoluta a la democracia de opinión no se acompañó de una transformación zoológica del primate carnívoro sometido a las mismas servidumbres alimenticias y reproductoras que hace cuarenta mil años. No más de lo que depende de nosotros poseer un estómago de rumiante, una dentadura raspan-te o unos caninos desarrollados (como los gorilas), depende de nosotros poder definir una identidad colectiva sin oponerla a otras, ni circunscribir un territorio sin abrirlo a un punto de coherencia exógena y por eso mismo sagrado: héroe fundador, jefe carismático o sacrosanta Constitución. A la estabilidad neuroanatómica del individuo responde la constricción de organización estructural del grupo: no tenemos la libre disposición ni de una ni de otra. Esta constricción fundamental, que intenté definir en otro lugar como un “axioma de incompletud”, lejano eco del teorema del lógico Gödel (no pudiéndose cerrar ningún sistema social con la sola ayuda de los elementos interiores al sistema falta un elemento trascendente para dar consistencia), hace de la vida política de los humanos una “amarga, sombría y sonora cisterna, sonando en el alma un hueco siempre futuro”. Señalar ese defecto constitutivo no equivale a negar las evoluciones positivas ni las mutaciones del medio ambiente debidas a los progresos técnicos (entre los cuales, en primera fila, el médico). Éstos no suprimen el imperativo de balbuceo, lo desplazan. Entre los demás animales, el destino de especie está fijado por su patrimonio genético. La invención técnica permite en cambio al *sapiens sapiens* librarse de la inmovilidad zoológica de otras especies. En las servidumbres de escasa flexibilidad del estar-juntos, el hombre tropieza con constricciones de repetición de las que sus herramientas progresivamente le han liberado frente a la materia, y eso desde los bifaces de Neandertal, hace cien mil años. El margen de juego que sus prótesis le dan con relación a la naturaleza y a la especie –la pasión política, sin cesar reactivada por la estructura delirante del grupo como tal, se lo arrebatara con relación al tiempo y a su alter ego. La técnica que evoca erróneamente a

Frankenstein, y de la que nos repiten machaconamente que nos vuelve esclavos, es nuestra principal herramienta de liberación. La política, en la que todos hablan de libertad, es el cantón de las servidumbres involuntarias. La felicidad y la desgracia no están ubicadas allí donde lo cree nuestro humanismo; va siendo hora de redistribuir buenas y malas casillas, aunque deban sufrir por ello el sentido común y nuestros literatos. Pobres aparatitos –máquinas, que a menudo pasan inadvertidas para las grandes mentes– están más cerca de emanciparnos que los visionarios que se disputan con gran estruendo la pantalla de la caverna.

Sería un error, sin embargo, si opusiéramos a los benefactores de la humanidad, que serían sabios e ingenieros, esos malhechores crónicos que serían ideólogos y demagogos. Quedaría por explicar por qué, después de milenios de falsas promesas, deslumbramientos y desilusiones, los vendedores de esperanza siguen acudiendo a la cita. Es la crónica quien crea el enigma, no la nocividad, hasta tal punto los diversos usos que se pueden incorporar a la función “gobernarle”: desde el consejero de marketing al *speech writer* se revelan insumergibles. La respuesta está en nosotros, no en ellos: de esos Fénix, que mueren de noche y por la mañana ven su renacimiento, nadie puede privarse. No es culpa de los políticos, ni nuestra, si la investigación científica y técnica no puede inventar una vacuna contra la guerra, el espíritu de ortodoxia o el racismo. No hay paralelismo posible entre la historia de las relaciones del hombre con las cosas y la historia de las relaciones del hombre con el hombre. No siendo de la misma naturaleza, no se desarrollan según el mismo tiempo. Cuando la segadora trilladora llega a estar disponible ya puede una sociedad poner la hoz (y el martillo) en el museo de las artes y tradiciones populares, el agricultor no volverá a ella. Cuando las técnicas de sondeo y el sufragio universal se trivializan, el que colocara a Hitler en el museo de los monstruos del cuaternario, entre los fósiles de animales tiránicos definitivamente anticuados, sería un insensato. La segadora da mejores resultados que la guadaña, pero Asurbanipal no es más mortífero que el presidente Mao, por la misma razón que el abate Pierre no es moralmente superior a san Pablo, y que Picasso no es mejor pintor que Velázquez. La noción de progreso no tiene más sentido en la historia del dominio del hombre por el hombre que en la historia de las religiones o del arte; no es que estemos en esto condenados al inmovilismo, sino que sobre esas vías de incesantes metamorfosis, ruidosas de inversiones y revisiones, en las que todo es posible y en todo momento, el “trin-

quete de irreversibilidad” no sirve. Ninguna “vuelta atrás” queda excluida aquí por principio. Podemos estar seguros de neutralizar algún día el virus del sida sin matar a su portador; pero no se vislumbra por qué operaciones un grupo estable podría sustraerse a los mecanismos de la delegación de poder, a su encarnación en un representante que representará siempre más que a sí mismo, ni cómo anular la premaduración biológica del niño de pecho sin poner al bebé en desventaja. El hombrecito es el único mamífero que no puede, en el primer estadio de su crecimiento, asegurar su supervivencia por sus propios medios. Un recién nacido necesita ciento ochenta días para doblar su peso; cuarenta y siete un ternero y sesenta un caballo. Coerción orgánica del desamparo, compartida por el contemporáneo de Pericles como por el de Miterrand, ambos sujetos, en su cuerpo y en su demasiado lenta maduración, a la angustia de abandono, a la busca del padre protector o de una seguridad en la figura de autoridad. Esos complejos biológicamente determinados, para los fetos persistentes que somos, ¿habrían cambiado fundamentalmente en el siglo VI antes y el XX después de Cristo? No se ve hoy fuente de más desconsoladores malentendidos que la confusión hecha espontáneamente entre la historia repetitiva, reversible y programada de las relaciones del hombre consigo mismo, y la historia acumulativa, “abierta” e irreversible de las relaciones del hombre con la materia. El *homo demens* da vueltas en redondo, únicamente el *homo faber* avanza. Si se me permite cargar las tintas, todas las desgracias del siglo que se acaba, en su vertiente liberal y marxista (dos caras de una misma presunción), le vienen de haber olvidado que en el mito de Protágoras, nuestro blasón de familia, si Prometeo logra arrebatarse el arte del fuego a los dioses para dárselo a los hombres, fuego del que construirán arados y herramientas, no es para él y para nosotros más que un remedio para salir del paso, ya que el arte de gobernar permaneció en manos de los olímpicos. Prometeo sólo llevó a cabo la mitad de su misión; y quizá su éxito en el equipamiento técnico del omnívoro oportunista no es más que un premio de consolación, simple contrapartida de un “jaque mate” en la competencia política. En lo tocante al ordenamiento de la ciudad, los humanos seguirán siendo simples aprendices que volverán a emprender cien veces su labor. Está escrito con todas sus letras en el umbral de nuestra cultura, la nuestra, occidentales demasiado seguros de nosotros mismos: la especie humana es sólo medio éxito; y la cosa política, su parte de fracaso, prevista y reconocida como nuestro mito inaugural.

En definitiva, hay menos motivos para alegrarse de los círculos viciosos de la sujeción que para lamentarse. Por mi parte, no veo nada humillante en el hecho de que las fuerzas que actúan en la era de Internet y de Airbus sean las mismas que las que existían en la era de los faetones o del corredor de maratón. Se podría por el contrario sacar provecho de ello, para reír como para llorar. Entre las numerosas ventajas que se pueden sacar de una incompletud constitutiva, no eterna sino transversal a cualquier historia empírica posible, contamos con la facultad que tiene el *homo politicus*, nombre noble del *homo demens*, de sentirse en cualquier parte como en su casa, en cualquier tiempo y lugar. En ese continente negro, donde no se debe jurar ni reír por nada, no hay anacronismos que deban hacernos temblar, ni excentricidades de las que podamos sentirnos indemnes. No hay cadáver vergonzoso que no puede volver a levantarse, ni “loco de Dios” que no nos agrede desde el interior –puesto que habita en el fondo de nosotros. Se necesitan ciertos choques cronológicos para tener la fugaz intuición de este pensamiento desagradable. Al saltarnos la división de las culturas y de los tiempos, esas *mises en abyme* exhuman raíces enterradas pero siempre virulentas, que se observan a simple vista en ciertos paroxismos, más abrasivos que los juegos de la paz. Nos resulta difícil representarnos al papa Urbano II exhortando, en un día de noviembre del 1095, en la plaza de Clermont, a unos centenares de creyentes en armas, a “expulsar a la vil ralea de las regiones habitadas por nuestros hermanos”, a liberar Jerusalén. No podemos ver a los arzobispos con báculo pasar entre las filas con el estandarte con una cruz roja y bendecir la espada de los caballeros con la rodilla en tierra. Pero podemos ver y oír en el sur del Líbano, casi mil años más tarde, a unos ayaatolás chiítas, con vestido negro y turbante blanco, detrás de Baalbek, pasar entre las filas de los combatientes islámicos antes de una incursión suicida en Israel, bendecir su fusil, abrazar a cada uno de ellos. Y el anguloso rostro de esos “fanáticos” de ojos brillantes está sin duda igual de inflamado que el de sus antecesores francos. La medicina preventiva no ha erradicado esos “furores epidémicos”, como ha hecho con el cólera o la mosca tsé-tsé. El desconcierto que sentí un día de julio de 1978 viendo en Managua a los comandantes sandinistas instalar su puesto de mando en el de Tachito Somoza, el jefe de la guardia nacional que acababa de largarse, organizar inmediatamente después los controles, distribuir los distintivos de acceso y las barreras jerárquicas, es quizá de la misma naturaleza que el del paleontólogo que ve dibujarse

sobre la pared de una gruta todavía desconocida, a la luz de una antorcha, los contornos carbonosos de una cabra montesa o de un mamut. O el que inspira al etnógrafo la aparición en pleno bosque de un indio en taparrabos y con cerbatana, que se encuentra con su primer blanco. Oír la primera palabra nacer en la boca del primer hombre: vieja fantasía del origen, de la que la ciencia debe desistir pero que el antropólogo no puede dejar de acariciar a su pesar. Es el que atormenta al contemporáneo, el simple telespectador de las metrópolis, y no sin razón, a la vista de los gestos fundamentales como la entronización de un recién llegado o los funerales de un viejo jefe. Un presidente ya no es la imagen visible de Dios, ¿pero el vínculo religioso y oscuro que une a un pueblo con su representante simbólico ha cambiado con el paso de la unción a la elección? ¿No hemos visto en los rostros que miraban pasar el ataúd del presidente Mitterrand en la pequeña pantalla algo de la aflicción que podía embargar a los sujetos enlutados de un Capeto, al paso de su cortejo fúnebre? Los dobles funerales del antiguo presidente, familiares y nacionales, Jarnac y Notre-Dame, ¿no han recuperado los rituales del antiguo desdoblamiento funerario de nuestros monarcas –los dos cuerpos del rey, carnal y simbólico, requiriendo dos ceremonias distintas? Es alrededor de los ritos de paso esenciales, entrada y salida, resurgimientos del inconsciente colectivo, donde aflora, en el vértigo de nuestras sociedades profanas, nuestro tiempo inmóvil.

En ese terreno de perpetua incompetencia seguimos siendo contemporáneos de la guerra del Peloponeso, de los Doce Césares y del Siglo de Oro. Tucídides, Suetonio y Saint-Simon podrán dar a los espíritus curiosos del año 2000 luces dignas de interés para una mejor comprensión de su telediario vespertino. Son las repeticiones inútiles del poder y del amor los que hacen de un Shakespeare, según dijo Renan, “el historiador de la eternidad”. Y de la actualidad, tal como la desgranar las hojas al día, ese depósito de eterna presunción, de eterna hostilidad, de eterna estafa al que podemos ir, en cualquier edad, a mancillar nuestras almas de jovencita en una revigorizante cura de verdad.

Si no hay, en esta sección de la existencia, lecturas o espectáculos inútiles, sin duda no los habrá nunca decisivos; y el orgullo que tenemos al sentirnos al mismo nivel que el rey Lear y Falstaff (como lo estamos, en el registro angustias amorosas, con Romeo y Julieta) debe moderarse por el malestar, si no la vergüenza de comprobar que no lo hacemos mucho mejor que esos desdichados, como si toda la experiencia, el saber, la riqueza acumulada

desde los isabelinos no nos hubieran servido aquí gran cosa. Sin duda los obreros de lo jerárquico seguirán teniendo interés en leer a Baltasar Gracián o a Mazarino, mientras que los tratados de mecánica del siglo xvi o los libros de observaciones astronómicas del xvii no hay razón ninguna para que interesen a los físicos y los astrofísicos de hoy. Si esas obras ya sólo son leídas, con razón, por los historiadores de las ciencias, las primeras pueden ser leídas con placer por cualquiera, pero sin provecho visible ni incidencia sobre su comportamiento. No existe una sola de las trescientas máximas y consejos que componen *El político*, *El oráculo manual* de 1647, en la que un íntimo del Elíseo, de la Casa Blanca o de la Moncloa no deba y pueda hoy inspirarse en su propia conducta y el desciframiento de las demás. Lo admirable es que pueda igualmente seguir orientaciones prácticas consignadas en el siglo xvii por un jesuita de Aragón, confesor del virrey y capellán en el ejército de un marqués, sin ni siquiera haberlas conocido, como si esos protocolos de experiencia los conociéramos por herencia, como si existiera en las generaciones, en el terreno de las tácticas de competencia y de supremacía y a despecho de lo que nos enseña la biología, una transmisión de caracteres adquiridos. Independiente de los credos, de las circunstancias y de las lenguas. Las relaciones de poder tienen sus reglas de oro que no se aprenden en los libros, como tampoco el desmontaje de los mecanismos de la manipulación de “varios por uno” nos quita las ganas de recurrir a ello en caso de necesidad. François Mitterrand no tomó ejemplo de Luis XIV. “Es necesario que siempre”, escribía este último a su hijo el delfín, “repartáis vuestra confianza entre varios; la envidia sirve de freno a la ambición de los demás”. El hijo de Jarnac no se dijo: “Mira, no lo había pensado, interesante, probémoslo”. No lo pensó, como tampoco leyó lápiz en mano el *Testamento de Luis XIV*; actuó. Y quienquiera que ocupe ese mismo lugar lo volverá a hacer, pues más le vale. Y quienquiera, recién salido de las escuelas de derecho o de ciencias políticas, que se lance a su vez a la carrera no necesitará tacones altos o chorreras de encaje para volver a hacer el duro camino resumido por La Bruyère: “Buscamos, nos apresuramos, ambicionamos, nos atormentamos, pedimos, nos niegan, pedimos, obtenemos”. Ese monstruo universal, abisal y superficial, simplista en sus fines y complicado en sus medios, como usted y como yo, es de ayer y de mañana; habla español, inglés, francés y otras cien lenguas, todas ajustadas a la intención, aunque igualmente desorientadas por el infinito, el inagotable laberinto.

El inconsciente político es un saco de malicias; reserva sus peores jugarretas a los que apuestan por las “cajas de ideas” y las telecomunicaciones para cambiar radicalmente las reglas del juego dominador. En cada época éste lo dispone a su gusto, pero reconocamos que encontramos en los pertrechos democráticos de la autoridad un yo no sé qué de *déjà-vu* que desbarata los proyectos quiméricos del anarquizante (el cual se cuida mucho de ponerse manos a la obra) tal cual las revoluciones del futurista reputadas como capaces de cambiar el aspecto del mundo (así las redes virtuales, las infovías que anuncian, parece ser, la edad de oro de una democracia sin sargentos ni secretos, igualitaria y libertaria, libre de fronteras y de relaciones de una sola dirección). Esta irónica insistencia otorga a las “rupturas”, “desvíos” y demás “ya nada será como antes” una virtud muy relativa; tendría con qué revigorar a los pesimistas tanto como deprimir a los optimistas. La televisión, por ejemplo, lo ha cambiado todo en cuanto al funcionamiento de las dominaciones imaginarias —y nada. Abramos el primer libro de historia del siglo XIX, nos informará bastante bien sobre el nuestro. Maldecimos la inconstancia, la inconsistencia del *zapping* electoral entre nuestros conciudadanos mientras que un sociólogo expone que “la opinión pública no existe”. No era en 1997 sino en 1837 cuando un politólogo anotaba: “No existe opinión pública en París sobre las cosas contemporáneas; sólo existe una sucesión de aglomeraciones destruyéndose la una a la otra, como una ola del mar borrando la ola que la precede”. Sonreímos al leer bajo la pluma de Proudhon que “socialismo y amor de las plazas van a menudo parejos”; nos desolamos al ver que en la primera elección del presidente de la República francesa por sufragio universal (masculino), Lamartine obtuvo 8.000 votos y Luis-Napoleón Bonaparte 5.434.000. En el juego de las citas y de los recuerdos, donde hay para todos los gustos, cada uno hará sus crucigramas. La mejor crónica de 1968 y de la generación Mitterrand se publicó en París en 1869, y es *La educación sentimental*, una crónica de 1848. La fecha no influye para nada.

La rueda de las ilusiones, de la que la incompletud es el cubo, admite subcontratos más utilitarios, como son las diferentes maneras de *imputación derivada* que consiste en buscar el origen en la aparición “fatal” de una maquinaria, de un acontecimiento o de una doctrina de lo que más nos choca en los extravíos de los que somos testigos y que nos gustaría pensar que son accidentales o localizados, teóricamente, y no prácticamente escandalosos. Para un contrarrevolucionario francés, por ejemplo, los hombres espera-

ron a Rousseau y el Terror para degollarse a gran escala, como, para un anticlerical, tuvieron que esperar a santo Domingo o a la Saint-Barthélemy para exterminarse divinamente. ¿Quién no conoce exorcismos del tipo sin el nazismo, no habría genocidios; sin Karl Marx, no habría Gulag; sin televisión, no habría Estado espectáculo? Aquí tenemos causalidades tranquilizadoras. Pero además de esos beneficios discutibles, siempre de buen provecho, no olvidemos que el eterno retorno de las religiosidades de grupo y de las alucinaciones colectivas que necesariamente suscitan, da todas las oportunidades a la variable “entusiasmo” al lado de la variable “decepción”. Eso confiere tanta legitimidad, después de todo, a la melopea reactiva como al himno *boy-scout* al futuro. Mal que le pese a todos los que confunden determinismo y fatalismo, y toman una gramática de lo indestructible por un prejuicio de demolición, no existe ninguna negativa a actuar sobre su presente en el que busca identificar las regularidades que actúan en la larga duración. En ese sentido, nuestras coerciones de repetición deberán tanto menos incitar a la resignación cuanto que tienen el feliz efecto, demasiado inadvertido, de dejar periódicamente lo antiguo como nuevo. Nadie ha pillado más sabrosamente la paradoja como Jean Dubuffet al confiarle a Paulhan sus desilusiones de posguerra y al añadir que sin embargo nada ha terminado; pues, “al revés que la de las chicas, en cuanto a la virginidad del mundo, hay un principio de rebrote, una permanencia de rebrote que coexiste con la permanencia de caída”. ¿De ese primaveral refloramiento, serenamente astronómico, en el que lo virgen viene *después* de lo ajado, el himen *después* del divorcio (tanto más cuanto que la memoria funeraria borra el final de cada estación de la esperanza, Frente Popular, Resistencia o socialismo, con sus últimos desordenes, para quedarse sólo con las promesas de los primeros días), quién se atrevería a quejarse? Algunos, como el propio Dubuffet, sacarán de ello “una falta total de fe en cualquier política”; otros, menos elitistas, menos “anarquistas de derechas” y felizmente menos numerosos que el campeón del arte bruto, verán ahí una razón más para volver a ponerse los arreos, con la certidumbre, esta vez, de “hacer realmente que las cosas avancen”. Hay mulas, por suerte, que se enganchan más fácilmente que otras a la noria de las grandes esperanzas. Es bueno para nuestro porvenir común que “el combate continúe”, con músculos y sueños tan frescos. La esperanza es una pasión vana pero no totalmente inútil.

¿Es posible desengancharse una noche, sin huir? Sería igual de innoble sacar ventaja de los errores para persuadir a los menos

gastados o a los más jóvenes para que abandonen la arena sin volver a preocuparse por los ferroviarios y por los inmigrantes, como me parecería igual de injusto verse tachado de enchufado por los novatos que suben al combate con una margarita en los labios. Para cortar con esos inevitables reproches de desertión me habría gustado poder sacar ventaja de una consideración casi cuantitativa, algo como un umbral de tolerancia en el fracaso, una tasa media de duelo más allá de la cual un veterano sería libre de coger el retiro sin indemnización pero sin oprobio particular. Hay que formar parte de la raza de los héroes para encarnizarse –*vox clamans in deserto*– más allá de ese grado de resistencia, física y psíquica, que varía según los temperamentos individuales. Conozco santos así; yo no soy uno de ellos; el Espíritu sopla donde quiere. La gracia en este caso depende de la naturaleza, del carácter de cada uno.

Yo no le recomendaría a nadie que herborizara en el talud del foso de los leones, hasta tal punto el deber de resistencia a lo peor se impone a todos. No porque un surfista de las olas no haya desviado el curso de las mareas, a pesar de sus bellas resoluciones iniciales, hay que dejar que devoren a los cristianos en la arena mirando para otra parte. En materia de compromisos públicos, los retornos de balancín a menudo hacen pasar de una añagaza a otra a quienes se dan demasiada prisa en concluir. Aún menos incriminaré la voluntad de poder del *politicus*. Por muy bamboleado que haya llegado a estar ese ludión, su ambición (que cada uno es libre de colocar donde quiera) alimenta, a través de inmensos derroches de energía, las prodigiosas máquinas de hacer y rehacer de la comunidad. Lo mismo que el deseo sexual, por muy egoísta que sea, es necesario para la conservación de la especie, la pulsión de dominio, por ferozmente exclusiva e individualista que sea, lo es igual para la reproducción de las instituciones humanas. En ese sentido, los hombres vanos no trabajan en vano, y nosotros deberíamos incluso estarles agradecidos por entregarse de tal modo, con su deseo de poder y de figurar, al interés general (que es también el nuestro). A su manera, estos obsesos crean “labor de progreso” al impedir la vuelta al desorden inicial, al seguir día tras día extrayendo del montón un todo. Esos egoístas son altruistas a su pesar. Y me gustaría creer que, al abandonarlos yo mismo por egoísmo, podría igualmente servir mejor, a mi manera, a la causa del Progreso. Es sin embargo a esta mayúscula a la que yo le vuelvo la espalda, avaricia o retraimiento, dejando a las vestales de la idea progresista el cuidado de reanimar la llama en

medio del desierto, para replegarme a mi jardín, el que cada Cándido se va a cultivar a la caída de la tarde. Lo debo en parte a un viejo arbolista como François Mitterrand, que me recordó *in fine* que cada una debe tender sus redes a su altura, con sus talentos propios, y del lado que pueda. Los líderes que se suceden, nos vamos repitiendo (lo que hacemos desde hace seis mil años), ¿sacrifican nuestro ideal militante (que les hacemos compartir sin pedirle apenas su opinión) a su carrera y a su fama? Tanto mejor: esos manitús que huyen por todos los lados nos enseñarán a no volver a sacralizar lo efímero y a devolver al duro deseo de durar, extrayéndose del flujo, la gama completa de sus medios. La vuelta a la tierra de nuestros ex grandes hechiceros ayudará a todo hijo de vecino a no equivocarse de ambición, ni de rastro. Corredor de fondo, ¿por qué extenuarse en el sprint?

Con qué facilidad cualquiera se toma por otro. Sería desolador si no nos encontráramos en el camino con algunos hombres providenciales que nos hacen volver a nosotros. Los tomamos por guías y son de hecho nuestros asistentes, coadjutores a su pesar y al nuestro. Por muy alejados que hayan estado de nuestra vocación, lejos de desviarnos para siempre, descubrimos, al final de la carrera, que nos han dado ganas de volver a ella. No eran tentadores colocados ahí para distraernos sino salvadores llegados, aunque un poco tarde, para persuadirnos de que no les siguiéramos, colocando entre ellos y nosotros una señal: vía sin salida. ¿No habríamos podido recuperar nuestro espíritu por nuestros propios medios? No. Mi iniciador en la filosofía, Jacques Muglioni, me lo había advertido. Un día de primavera de 1956 cogió una tiza para escribir en la pizarra de nuestro COU, en Janson-de-Sailly, una sentencia que a mis dieciséis años le hizo gracia: “El hombre es un animal que, cuando vive entre los miembros de su especie, necesita maestros” (Kant). Y añadió de palabra, optimista: “Necesita maestros para prescindir de maestros”. Mal hijo de las Luces, necesité jefes para prescindir de jefe. Sin duda no hay que confundir bajo esa palabra “maestro” el que educa instruyendo y el que rebaja dominando, el hombre de autoridad y el hombre de poder. El latín tenía un nombre distinto para cada una de esas funciones, *magister* y *dominus*. Unos amos de la tierra me sirvieron de maestros de escuela. Esa fue mi suerte, y mi desgracia; treinta años de formación permanente, la del bachiller desaparece tan rápido. Así pues, loado seas tú, oh mi maestro vespertino, “tú que sobre la nada sabes más que los muertos”,

campeón en todas las categorías de lo caduco, agregado de camelo y precario, laureado en fumífero, yo te rindo homenaje. Arrullándome con vanidades, me desengañaste de las mías. Eso llevó tiempo, era un tonto. Despertaste en un olvidadizo, salido de los palacios de la muerte, la memoria perdida de los linajes; te debo el más precioso, que no es entrever por dónde pasa en los asuntos del día la movediza, incierta línea fronteriza que separa la *transacción*, inherente a la acción sobre las cosas y los hombres, de la *capitulación*, que desanima a los que siguen para que insistan. De eso, cada uno puede discutir según sus quimeras o sus intereses del momento. Lo más durablemente precioso es poder localizar esa línea de puntos, mucho más neurálgica, muy interior ésta, que separa lo perecedero de lo que lo es menos —o la madera verde de la muerta en un viejo árbol desplumado. La dificultad se plantea porque esta línea de partición vital entre todas no es la misma para todos; cada familia de mentalidades aloja de manera distinta su ser y su nada; de ahí la importancia para el hombrecito de aprender a su debido tiempo a qué especie pertenece. Con ayuda de la época, que empujaba la rueda de la eterna espera, ya había visto en esos hombres sin obras, esos sembradores de olas, mis verdaderos congéneres; busqué un lugar en su séquito; me apliqué para hacerme ver. Y para soñar en volverme insustituible precisamente en la especie en la que los especímenes son más intercambiables, en el sector de los derroches más improductivos, perdí de vista mi pequeño patrimonio genético, mis verdaderas, mis únicas inclinaciones. El colmo de la ingratitud sería encima imputar a mis intercesores meteduras de pata biológicas que me conciernen a mí solo.

Anoto de pasada, oh mi dueño y señor, en lo que a ti respecta, sabes muy bien distinguir. Las vanas agitaciones no hacen dar vueltas a la cabeza de los hombres vanos hasta el punto de hacer que confundan la roca y el polvo. Tienes todo el tiempo para observar, es cierto; mueren viejos los políticos; tienen tiempo de tomar sus disposiciones. Que “el poder conserva”, basta para recordarlo ver esa excitación, esa vitalidad, ese fuego interno que te prolonga más allá de los sesenta y cinco años la edad de la jubilación en la función pública, y que te cubre los viejos cuerpos baldados con un no sé qué vivo en la ojeada, fogoso en la corva que permite a todos los que aguardan en la brecha resignarse. Hasta pasados setenta y cinco u ochenta años. Pero después, ¿qué? Después, nada.

Lo has adivinado desde hace tiempo, bajo la piel. Entonces, angustiado sin saberlo, mandas construir. Tu mediateca, tu estadio, si eres alcalde. Tu sede de la región, tu museo, si eres presidente

de un consejo de importancia. Una pirámide, un arco, si eres emperador en tu reino. Eso te consuela, oh maestro constructor, colgar tu nombre de un monumento. Sobrevivir en hormigón, piedra tallada, cristal o metal. Es lo que te queda de tus derechos reales de antaño: respetables presupuestos para inversiones (y tanto peor para el funcionamiento –después de nosotros el diluvio, el efecto colosal primero). Ésta es una justa compensación que te concedes por nada; en tu lugar yo haría algo parecido; no te envidiaría tanto si yo mismo hubiera construido mientras tanto una chabola. Al desesperar de dar forma a los espíritus, a lo largo, y al no soñar ya con rehacer el mundo, a lo ancho, te esfuerzas en el decorado y la altura. Tus adversarios clamarán contra la desmesura, lanzarán pullas contra el pequeño Luis XIV y unos despilfarros versallescos. Se dice pronto. Cada cual busca dominar como puede el fluido televisivo, lo efímero del electrón y del pixel. Cuando se renuncia a la Gran Historia, quedan los Grandes Trabajos, en vertical. Son preocupaciones de epígonos. Te das perfecta cuenta de que Pompidou hizo más por la armazón parisina que Charles de Gaulle –y Napoleón III que el primero de ese nombre. Cuando el monarca forjaba una leyenda sólida, el arquitecto manejaba el compás del albañil. Hoy los papeles se han cambiado: la abejas inauguran los crisantemos y los hacedores de colmenas se convierten en Miguel Ángel. No te enfades conmigo, presidente, ministro, alcalde, decididor, si te confieso que esas erecciones tan bien iluminadas por la noche me recuerdan, cuando deambulo por París, que el artista no eres tú, sino ellos. Su obra, de ellos, de Pei, Perrault, Tange o Nouvel, se verá por todas partes y por mucho tiempo. En cuanto a nosotros, dueños y servidores, estamos en el mismo caso: nos ponemos a pirriarnos por lo grandioso a medida que empequeñecemos; me pagan para saberlo; acosé al gran hombre por todos los rincones del mundo, y tú plantaste a lo largo del Sena el Gran Louvre, el Gran Arco, la Muy Gran Biblioteca. Juegas al volumen, no a la distancia. ¡Qué obsesión por el tamaño –como si la grandeza se calculara en metros...! Nueces vacías a menudo, bastante poco funcionales; pero no importa, la fachada salva. El vistazo. Las fotos efectistas, los despleables, el papel glaseado. ¿Quién se atrevería a pedir lugares de vida o de trabajo de verdad, cordialmente habitables, de interior, sin nada para mostrar? No hay tiempo: superficie y volumen. Los príncipes sólo tienen el de llenarnos los ojos de brillanteces y dejar al marcharse sus blasones en el suelo, en la baldosa de hormigón, detrás de una gran puerta corredera y acristalada.

Sé lo que piensas: que muerdo la mano que tan bien me alimentó (y no es culpa nuestra si lo que alimenta se pudre, si lo que se pudre sirve para crear, si lo muerto y lo vivo se reactivan así uno a otro). No niego que exista algún veneno en el elixir que aquí te sirvo; la gota de despecho es más fuerte que yo; me gustaría tanto revisar todo lo que te consagré, a ti Castro, Allende, Mitterrand. Si me dieras como desquite una segunda vida para corregir las pruebas de la primera, para volver a darle una apariencia de estilo, o si estuviera en tu poder concederme un serio añadido, estaríamos en paz. Dispersión, febrilidad, miopía, amor propio, prisa –tus imperfecciones, a la larga, llegaron a ser mías, uno no se deshace de ellas en un abrir y cerrar de ojos. No dispongo de grandes presupuestos ni blasones para consolarme de la nada vibrionaria con un bungalow a mi manera. Nadie se arranca del flujo de los días por un golpe de varita mágica. Es demasiado tarde para la obra; habría sido necesario jugar de entrada a la distancia, cortar en el mineral acto seguido; es tan duro, tan largo, la mínima huella. El artista es un animal de cuerpo blando, tendencia molusco, no crustáceo. Se arrastra por la arena. Se agita todo por dentro. Sin prisa. Hasta tal punto necesita machacar y rumiar para fabricar su concha, formar al final lo duro con lo blando (papel, lienzo o celuloide). Hasta tal punto necesita lentitud el lamentable anónimo, estancado en su campaña anodina y sin fasto, pegado a su mesa como un mejillón, para rezumar un abrigo habitable mucho tiempo después de su muerte (como cada cual, ermitaño insatisfecho, pasa a lo largo de su vida de una concha, de una obra a otra, huroneando entre todos esos generosos moluscos que nos han precedido sudando su caliza de palabras para depositarla, por turno, en nuestros anaqueles de supervivientes, y así sucesivamente, hasta el infinito). ¿Puedes imaginar que ese ser blando, incierto y huidizo, al que no haces mucho caso, contruya sobre casi nada una morada abierta al primero que llegue y cuyo nombre rivalice un día con el tuyo –envoltorio de frases, de pigmentos o de notas, mucho más acogedora y nutricia que una torre de cristal en el extremo de una explanada?

Esta obra de largo aliento que ya no tengo tiempo de segregar, apenas el de adivinarla en el pensamiento, que debería de haber escrito puesto que te conocí, que podría haber escrito si no te hubiera conocido, habría sido algo así como una “novela de aprendizaje” a través de las locuras de mi siglo. Habría trazado algunos fragmentos precipitadamente, un borrador hecho de prisa y corriendo y sin consecuencias; encontrarían esos legajos amarillentos una

tarde nevada de diciembre, desperdigados al pie de mi camastro; el oficial del juzgado llegado para levantar el atestado y que tendría cosas que hacer en otro sitio, no vería malicia en ello; apresurado, bajaría al sótano para echar a la caldera esos garrapatos todo sucios, con los viejos periódicos y otros cien desechos: facturas, fotos, peines, cartas, agendas; y veo desde aquí –ridículo megalómano, cine de visionario– esas patas de mosca encabritarse, fosforecer unos segundos, enrojecer y desaparecer como un trineo de niño grabado *Rosebud* en un hogar de chimenea pseudogótica, bajo las bóvedas de cartón piedra de Xánadu.

Pequeño léxico militante

Esperar
Aura
Comparar
Elección
Comprometido
Enemigo
Entornos
Izquierdas
Alturas
Ilusión
Incompletud
Información
Inocencia
Disfrute
Fraseología
Ruptura
Secreto
Suicidio

Hay excelentes vocabularios políticos. Este modesto “breviario de podredumbre” quisiera remediar su propia excelencia –no para contradecirlos sino para completarlos. Confinados en las esferas superterrestres de las instituciones y de las doctrinas, nuestros manuales de referencia son quizá demasiado sabios como para que les falten los puntos de enganche internos, fútiles o incongruentes, de los que suspendemos cotidianamente nuestra preocupación. Si nuestra vida política mezcla inextricablemente nuestros desatinos con la razón, como se ha visto aquí demasiado, nadie se reconocerá en ella sin abandonar el empíreo de las ciencias oficiales, sin descender a lo anodino, sin prestar oído a los gazapos, lapsus y carraspeos, donde dormita una gramática desconocida.

Los diccionarios consagrados tienen grandes entradas. Este glosario personal y último sólo propone entradas de servicio o salidas de socorro. En esas materias delicadas, un índice general es de una utilidad más bien limitada; que cada desorientado invente el suyo, explorando a tientas su laberinto, distinguiendo las puertas falsas de las buenas. Aquí van las palabras clave que me abrieron algunas cerraduras. Esto es, en resumen, una educación política: descubrir que no hay llave maestra y hacer camino construyendo su propio manojito de llaves. El problema, entonces, es que la definición afecta a la confesión y el índice a la declaración. Ese será el precio del rigor.

Esperar

Inmutablemente, la conciencia política del mundo pone en posición de espera (de las próximas elecciones, de la salida de la crisis, del sondeo de mañana por la mañana, del próximo puesto, de la lucha final). Aunque esta característica aflore más claramente en la izquierda del espectro, debemos ver en ella una propiedad de especie.

1. Del pronóstico a la profecía, de la política de espera a la Gran Noche, la muestra de acechos comprende todas las variedades de la expectación. Las sectas revolucionarias llevan la espera de tiempos mejores hasta el éxtasis; el partido del movimiento se contenta con una sana economía; el centrismo practica una gestión comodona. El propio partido del orden se cuidará de indicar que no hay nada (muy nuevo) que esperar del mañana. En el acecho, sólo el grado marca la diferencia.
2. Ejemplar será el militante que pase su vida (incluido el último suspiro) en un andén de estación donde se afana en juntar las maletas para subir a un tren que no saldrá (o que, si se mueve, lo hará en la dirección equivocada, dejándole al final más lejos del objetivo de lo que estaba a la salida). En realidad, si el creyente de izquierdas tenía un destino, la Revolución, el Socialismo, la Paz, la Felicidad, no ha tenido punto de llegada. Este infatigable caminante, con una buena voluntad a toda prueba, es el *homo viator* de la tradición cristiana, de la que el revolucionario del “es medianoche en el siglo” fue una variante más que niña buena: sacrificada. Siempre en la salida, forzado a la inmovilidad por el espíritu acomodaticio de las “masas alienadas”, el dirigente proletario tascaba el freno saboreando día a

día los “signos precursores de la crisis mundial del capitalismo”. Si captaba uno por la mañana, por la tarde lo perdía de vista. Tener vocación es consagrarse al pródromo. Existir a plazos, pero sin término.

3. La espera, que sería una virtud de izquierdas, tiene como contrario y complemento la atención, fuerza de derechas, que se fija en lo que está. Como no espera la luna, un temperamento conservador verá pocos fuegos fatuos. Menos febril, más agudo, parece gozar de una mejor aptitud para la lentitud y la observación. Todo indica que las grandes *acciones* se ejecutan en posición de espera –del Mesías, de la Gran Noche, del día D– y las grandes *obras* en posición de atención. En la espera, la mirada *looks through*; en la atención, *looks at*, por el abandono de los horizontes lejanos. Nos gustaría reconocer en esos dos caracteres dos edades de la vida, como el amor y la ambición que se suceden, en los clásicos... ¿Consolará esta hipótesis a los que han corrido tanto tiempo a lo largo de los raíles que no llevan a ninguna parte, sin perder el tiempo en pararse en los seres y en las cosas? Desearíamos que hubiera individuos como civilizaciones que, en la elección de su color preferido, empiezan por el rojo y acaban por el azul. Qué feliz es una vida cuando empieza por la historia –el rojo– y termina en el azul –la geografía. Ese no parece ser el caso de la “generación infierno”. Si al menos las víctimas del *no future* pudieran volverse sobre los herbarios, las colecciones de minerales o de mariposas, seguir las huellas de un pliegue herciano en los flancos de una meseta calcárea... La velocidad es un pesado obstáculo –*zapping*, motos y clips– porque impide a nuestro sistema nervioso discriminar en el verde manzana, oliva, almendra, esmeralda, pistacho, césped, billar, veronés o jade, confundiendo esas riquezas capitales bajo un pobre “verde”. El ideal: abrazar una causa sin cerrarse a los matices, a la magnífica diversidad del mundo. En realidad, los que esperan demasiado miran mal; los que captan el matiz se olvidan pronto de esperar. Lo mejor sería sin duda repartir el tiempo: uno para los mitos, otro para las cosas, juventud-grandes líneas, madurez-colores. Lo peor: no esperar nada, sin poder estar atentos. Ni futuro ni presencia. Improbable. ¿Qué adolescencia ignora el amor, qué edad madura la ambición?

4. La espera tiene el mérito de hacernos vivir el presente en futuro perfecto, según la propiedad del tiempo sagrado. En los am-

bientes de extrema izquierda que conocí, esta inversión cronológica producía dos veces al año un “balance y perspectivas”. El ejercicio consistía en enumerar en los momentos bajos de la actualidad los “síntomas de descomposición”, “los crujidos en el armazón”, “postreros sobresaltos”, crisis general, estadio último, y principio del fin. “No vivimos, esperamos vivir”, decía Pascal. Traducción: “esto no puede durar”, “esto va a estallar”, “no le queda mucho tiempo”. Una normalidad relativa se transforma con este sesgo en síntoma prometedor, el esperado tiempo fuerte se anuncia en los tiempos débiles de lo vivido. Es toda la historia del mundo que se esperaba a sí misma, según el círculo sin fin del delirio escatológico. El siglo sólo sería legible por los beocios a partir de su conclusión, cuando todo estuviera consumado: el punto de fuga unificador, sin estar en el cuadro, lo hacía posible. Definición del *eskaton*: un acontecimiento que seguirá a otros pero él mismo no poder ser seguido por ningún otro. ¿Las sombrías llanuras se parecen? Sí, como los propileos del paraíso. Vieja costumbre mesiánica: el hundimiento de Judá, en el 586 a.C., era ya para el profeta Daniel el prelude inmediato del Advenimiento. La doctrina de las dos edades, tal como se lee en los rollos hebraicos, estipula que esperando la edad mayor, la pequeña, la nuestra está llena de “puertas estrechas, difíciles y laboriosas, escasas y llenas de peligros”. La continuación de los tiempos ha confirmado esa afirmación.

Entre la revolución proletaria y nosotros se interponían, en los años *partisanos*, estrangulamientos: muro de Berlín, vopos en torres de observación, crisis de los misiles, baladronadas de Krushev, batallas fronterizas chino-soviéticas, vietnamitas abandonados a sí mismos, y otras mortificaciones. La “oración de la mañana” que era la lectura de los diarios obligaba a sortear las fintas, las fechorías de un Dios perverso que se divertía despistándonos para ponernos mejor a prueba (en las vísperas del Apocalipsis, el Anticristo y el Cristo se vuelven hermanos gemelos). El maligno genio lograba su propósito; como prueba, los revisionistas, abandonistas, derrotistas, socialtraidores, gente de poca ciencia, que se dejaban caer del tren uno tras otro, engañados por las últimas noticias. Así eran las trampas de “una situación mundial particularmente compleja” (que nuestros teólogos utilizaban como “un complejo sobredeterminado de contradicciones, cuyos aspectos secundarios no pueden hacer olvidar el aspecto principal”). Un ojo adiestrado de militante “historiza” las acciones más o menos bárbaras de los

líderes al igual que el ojo del fiel “espiritualiza” los gestos de los oficiantes. La letra de los informes mata esas liturgias; el espíritu de los intérpretes las vivifica. Como en los ágapes totémicos donde cada concelebrante mastica una víscera y donde un muslo del antepasado se transmuta, por la operación sobrenatural de la fe, en misterio de la Eucaristía: “Comed, éste es mi cuerpo; bebed, ésta es mi sangre”, teníamos nuestros periódicos y nuestros libros, santas tablas impresas, donde acontecimientos bastante siniestros por sí mismos se transformaban, después de la exégesis, en signos de liberación. Interpretadas a una buena distancia, las revoluciones reales (rusa, china, coreana o albanesa), rituales bárbaros y tenebrosos, se convertían en entremeses rusos previos al banquete celeste, sabor anticipado de Luz.

5. La espera era más prosaica en las tierras santas de la Idea, donde comer hasta saciarse y volver al trabajo chupaba las fuerzas del fulano, extenuación devoradora, demasiado modesta para retener la atención de los fervientes en el exterior. ¡Que “signo de los tiempos”, sin embargo, la cola delante de las tiendas! Se estaba lejos del milenio en las filas de espera ante el panadero en Varsovia, Moscú, La Habana. Pero las segundas parecen, retrospectivamente, una expiación de la primera, puesto que *nosotros* somos castigados por donde *nosotros* hemos pecado. Desgraciadamente, no era el mismo *nosotros*: el castigo comunista caía sobre los demás, como los polacos o los vietnamitas, cuyo mesianismo secular no era la fe mejor compartida. El socialismo imaginario, el de las catacumbas, nació de la espera; el socialismo real, el de los Estados, murió de ella –hartos finalmente sus rehenes de hacer cola ante los escaparates vacíos.
6. Mañana será otro día y si la noche es larga...¿No es físicamente necesaria La Gran Promesa para aguantar el tipo en los peores momentos? Geneviève Anthonioz de Gaulle, antigua deportada, relata que en Ravensbrück dos grupos de mujeres permanecían de pie: las cristianas y las comunistas. “En cuanto una de nosotras perdía la fe, sus posibilidades de sobrevivir disminuían a ojos vista.” Madeleine Riffaud lo confirma en cuanto a sus camaradas comunistas. Dos linajes, una sola familia. Los campos y nuestras heroínas revelan verdades comunes de las que cualquiera puede mediocrementemente dar testimonio. En el “trullo”, en

la penumbra, para no perder pie, un detenido debe inventarse cada mañana una cita con un rayo de luz bajo la puerta, un relevo de centinela, una cisterna a lo lejos. Conozco hombres libres con el horizonte más cerrado que ese hombre encerrado. El horario en redondo, enchufar la tele, echarse un whisky al colete, comer, dormir, parlotear, parir libro tras libro, sin una buena escapatoria a otra parte, es sobrevivir más que vivir. Un mundo sin fin del mundo, donde no se espera nada más, encierra también una catástrofe, por otra vuelta de malicia: tan perjudicial para la moral de las tropas como para la moral a secas.

Aura (del jefe)

Ciencias ocultas. Especie de halo que envuelve el cuerpo, visible sólo para los iniciados (Petit Robert).

1. El rostro, el cuerpo de los dirigentes irradian un “algo” singular, una luz sutil y hechizante –a los ojos de sus partidarios. Se habla entonces de magnetismo, de carisma, o de “magia”. La historia es testigo de que la presencia física no es indispensable para el efecto de deslumbramiento (Hitler, buen orador, pero enclenque y sin belleza; Stalin, apagado y bajo, etc.). Si existe ilusión óptica, procede de una necesidad general. No podemos dejar de ver a nuestros capitanes de esperanza a contraluz, nimbados de una mayúscula. El aura: halo del jefe a contrapalabra.
2. Sólo obedecemos bien a los vicarios. El axioma de incumplimiento permite comprender por qué el denominador común de un grupo siempre será, en su retina, más (moralmente) que lo que es (realmente). Esta regla de elevación tiene sus altibajos, y las épocas de fuerte tenor mitológico y como consecuencia de poderes fuertes la confirman con más esplendor que los períodos prosaicos o escépticos como el nuestro, en el que la libertad de cultos y la separación entre lo espiritual y lo material nos conceden la gracia, oh cuán precaria, de poderes políticos débiles y sin prestigio. Queda ese juego de prestidigitación: aunque sea arrancado a un voto mayoritario, el puesto supremo se beneficia, *por encima* de él, de una fuente (invisible) de luz (visible) –Júpiter, Dios, la Nación, Europa, la República, Occidente– que aureola su envoltura carnal. Tribunos, césares, zopencos, condottieros, comandantes o presi-

dentes, los credos cambian con las épocas y los procedimientos de acreditación; permanece esa corona involuntaria y dorada que permite al jefe de fila mantener con su grey, sin ni siquiera abrir la boca, este discurso subliminal: "Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida. Soy la Virtud, el Socialismo, la República, la Revolución, Europa" (como el Santo Padre es Pedro y a la vez no lo es). Esta irradiación por detrás desde el punto de mira colectivo, en la cima óptica de una pirámide de creyentes, construye lo más claro del ascendente que ejerce sobre nosotros el delegado de lo Englobante. La transfiguración del jefe por la Palabra lo convierte en un charlatán involuntario (aunque los mejores sepan representarlo conscientemente). En todo caso, acrecienta la devoción en los servidores de la Palabra ya que cada uno consiente a un Principio sacrificios que no haría por un Príncipe; la reverberación disminuye en cambio el discernimiento de sus tropas, volviéndolas hipermétropes. En el foro distinguimos peor los rasgos y la vida del protagonista, ahí, ante nuestras narices, que la lejana señal de adhesión que lo magnifica a nuestros ojos: Cristo salvador por un monarca de derecho divino, Virtud por Robespierre, Patria por Pétain, Revolución por Castro, Izquierda por Mitterrand. El portaestandartes mejora a nuestros ojos, como lo hace cualquiera de perfil perdido.

3. Cuando el proyector mitológico se apaga, algún tiempo más tarde, es como una *top-model* que pasa de una iluminación de estudio a la luz natural (que nos parecerá veinte años después artificial, a los ojos de los retirados que seremos entonces), que se quita las pestañas postizas, los tacones altos, volviendo a ser una "mujercita" entre las demás. El potentado sustituye al soberano, por corte de corriente. Quitadle la gracia de Dios a Luis XIV, queda un tententieso; la Virtud a Robespierre, un pisaverde sin salida; la Victoria a Napoleón, un aventurero afortunado; Revolución al Líder Máximo, un déspota incompetente; el Socialismo al Presidente, un ambicioso hábil, etcétera. La cantinela de los decepcionados (de la monarquía, de la República, de la izquierda, de la derecha): "¡Así que ese tipo no era más que eso!" Eso: el mismo, menos la fluorescencia de la Palabra. Los años se encargan solos de la resta.
4. Recordemos que el imaginario colectivo no puede fundir una luminaria de mil vatios sin encender al instante una segunda

en el extremo opuesto, que fundirá a su vez, llegado el momento. Y así a continuación. La escena esta siempre iluminada (la política sin Grandes Palabras o la oscuridad absoluta).

Comparar

Nueve errores políticos de cada diez provienen del razonamiento por analogía, origen de tantas determinaciones como meteduras de pata. Al igual que en arte, el aficionado siente mejor comparando las obras; frente al acontecimiento, cada uno tiende a reaccionar por comparación con el pasado, principio de razón pero también de grandes tonterías. Aunque en principio vuelto hacia el porvenir, el “progresista” parece más vulnerable al virus de la analogía que el “conservador” (en principio vuelto hacia lo caduco).

1. Desde la adolescencia he visto a una decena de Hitlers reaparecer en el horizonte (desde el egipcio Nasser al serbio Milosevic, pasando por Gaddafi, Jomeini, Saddam Hussein, y diez despreciables reyezuelos de un día). Cuando afecta a nuestros intereses, esta comparación, condición previa obligada a la ruptura de hostilidades, responde a un reflejo condicionado y a una buena preparación táctica de la retaguardia. Pero independientemente del “buen truco” para galvanizar a las tropas, ¿qué cronista no ha, con total buena fe, comparado nuestros años noventa con los años treinta o, últimamente, la guerra de Bosnia con la guerra de España –inepcia histórica “rentable” (en valor emotivo)? Quizá es necesario, para que una actualidad aún mal descifrada nos diga algo, que le hagamos hablar en una lengua conocida. ¿Sólo tendríamos elección entre un enigma silencioso, el acontecimiento en bruto, y un discurso de ventrílocuo? Al igual que el físico no puede determinar a la vez la velocidad y la posición de la partícula, al observador del curso de las cosas le cuesta aprehender al mismo tiempo la originalidad y la regularidad del acontecimiento nuevo, como si cada uno de los dos términos hiciera huir al otro. Para que lo insólito o lo inespera-

do tenga sentido debemos inscribirlo bajo una ley, referirlo a una constante, y como consecuencia, por algún lado, abolirlo en su diferencia. Así creí yo que de Gaulle en 1958, llevado al poder por los pretorianos de Argel, repetía el golpe de Estado del 2 de diciembre. Y a bosquejar al nuevo Napoleón amordazando a Marianne por detrás –cartel comunista que pegué en 1958 en las calles del Barrio Latino. Se creyó que las barricadas estudiantiles del 68 en París hacían una revolución a lo 1848; que la victoria de la izquierda en mayo del 81 era un nuevo re-frito del Frente Popular, y Mitterrand un nuevo Blum, etcétera. El *analogador* se equivoca cada vez, pero se da y nos da gusto. Complacencia aún más necesaria para el activista que para el periodista. Los indios insurgentes de Chiapas, en 1994, toman el nombre de Ejército zapatista. Nacido en 1870, ejecutado en 1919, en el México feudal de Eisenstein, Zapata vivía en un mundo sin relación aparente con el de las *maquiladoras* y los rasca-cielos de Ciudad de México. ¿Pero cómo crear algo nuevo sin insertarse en una tradición? ¿Cómo prever sin comparar? ¿Tener ascendiente sobre el porvenir sin ayudarse con ejemplos y mitos? La voluntad de sacudirse los espectros vivientes, curiosamente reanima a los fantasmas del pasado. En el carácter agresivo, cuanto más grande es la voluntad de ruptura más fuertes son las ganas de un nuevo comienzo.

2. Plusmarquista en conmemoraciones, cartógrafo sin valor, mejor historiador que geógrafo (a contrapelo del hombre de orden, si está permitido generalizar), el individuo de “ideas avanzadas” paradójicamente parece más inclinado a iluminar el después que el antes. Como si dar razón de lo menos por lo más conocido constituyera un reflejo de autodefensa frente a la inasible novedad. En el fondo, ¿qué otra cosa hace el historiador? Desde el momento en que repone el acontecimiento en una serie, también él deja de observarlo en su disposición manifiesta y tenderá a sacrificar lo que tiene de original a lo que tiene de regular. ¿No fue la analogía la primera forma de comprensión histórica? Tucídides comparaba sistemáticamente las guerras del Peloponeso con las guerras médicas (que se desarrollaron un siglo antes); Plutarco bosquejaba a sus ilustres por pares y contrapuntos, como “vidas paralelas”. Voltaire transforma su Carlos XII en nuevo Alejandro, Julio César se ha reencarnado cien veces en veinte siglos. Quizá el culto probado del revolucionario por las revoluciones pasadas le sirve no sólo para legitimar su acción presente, sino para re-

animar su propio entusiasmo que, si no, amenazaría con enfriarse, convenciéndole de que después de todo es posible. Que no es un utopista ni un alucinado sino un hombre que, insertándose en una historia larga, abraza a su tiempo precediéndolo. Y quizá no sabe hasta qué punto tiene razón.

¿No se podría, de hecho, superponer a vuelo de pájaro las trayectorias de las diversas revoluciones abiertas por el ciclo 1789 (francesa, rusa, china, cubana, etc.) y extraer una cierta constante en los avatares: efervescencia, normalización, represión, agotamiento, apertura y vuelta al *statu quo ante*? ¿Y no se puede comprobar, sobre el conjunto del período, una misma función paradójicamente nacionalista (a la inversa del lenguaje internacionalista de los actores)? Jacobina, bolchevique, maoísta, vietnamita, coreana o castrista, una revolución lanza, continúa o concluye una afirmación “nacionalitaria”, de manera que aquellos que han roto una cierta continuidad histórica acaban, sin quererlo, por recoser ellos mismos el desgarrón. Los jacobinos concluyeron la obra capetiana, los bolcheviques en el exterior retomaron la tradición imperial de los zares, Mao Ze Dong restaura la China de los Ming: lo que demostró Tocqueville en el ejemplo francés parece valer para todos los demás.

3. En la navegación del día a día, conservar la buena distancia con la actualidad es tan difícil como antaño encontrar el paso del noroeste. Sin suficiente distancia, nos volcamos sobre el apunte sin perspectiva; demasiado, en el delirio de interpretación. Un reportero tiende a la toma directa en detrimento del sentido; un editorialista prefiere salvar su red, su clave de lectura, antes que atrapar al pez. La izquierda revolucionaria se emparentaba en este sentido con la “prensa burguesa”: prefería interpretar antes que descubrir. Es el peligro del sectario: cuando el *a priori* mata al *a posteriori*. A la cabeza de los zapatistas mexicanos fin de siglo, “Marcos”, periodista-poeta, parece ser la excepción que confirma la regla, de tanto como logra hacer el funámbulo entre los mitos y los hechos. Los sinsabores, los fracasos sufridos desde hace un siglo han conducido a la especie retro a un saludable compensación. Queda ese hecho insólito: para el esclavo de la memoria que es por tradición el revolucionario, la repetición equivale a sosiego y la novedad a trastorno (por eso el reportaje y la investigación son necesarias en la izquierda respondona como en la revolucionaria, aún más reñidas que la izquierda gestora con el mundo real y actual).

Elección

Sinónimo de adhesión. Elección por el sujeto militante de aquel al que va a dar, según sea, su voto, su tiempo, su vida. Quien escoge elige. Incluso si no es elegido, todo jefe es elegido (objeto de una investidura afectiva, singular, de su "electorado" –tropa, feudo o comunidad). Ahora bien, esta simpatía física, entre el elegido y el elector, tiende a identificar opuestos más que semejantes, las afinidades electivas se producen las más de las veces a contrario.

1. Cuanto menos constituido está un cuerpo político, aun cercano a la muchedumbre de bordes fluctuantes (por oposición a los ejércitos, iglesias y partidos estructurados), más desarrolla un vínculo afectivo fuerte entre sus miembros para compensar la falta de coacciones exteriores. La fijación libidinal sin finalidad sexual sobre un objeto común, el jefe epónimo del grupo (fidelista, kennedista, mitterrandista, etc.) preserva a este último de la disgregación alimentando en cada uno el espíritu de cohesión y de sacrificio. Sin este "amor desexualizado, homosexual y sublimado por otros hombres" –por retomar los términos de Freud–, ninguna comunidad humana (religiosa o política, confundiendo a ambas la política de alta tensión) podría *tomar cuerpo* con el alma colectiva, el estado amoroso que hace de ello una unidad viva. Sin esta elevación del egoísmo en altruismo, o, para ser más exactos, menos *boy scout*, sin la desaparición de un narcisismo rudimentario bajo otro más elaborado, el propio proceso de civilización apenas habría sido posible. La desgracia está en que esa elevación, o sublimación, está igualmente preñada de pulsiones agresivas, y que la fuente de energía que construye la civilización permite también la barbarie. La *libido dominandi* llamaría pues a un Montesquieu

para regular el equilibrio de las tendencias, porque sólo el amor de un tercero puede limitar el amor de sí mismo. Demasiada preocupación por uno mismo pone al grupo en peligro, demasiada preocupación por el grupo pone el yo en peligro. El final de un "gran amor" provoca el sálvese quien pueda de los despechados o de los asqueados, en el mismo momento en que su formación colectiva necesitaría cerrar filas alrededor del Amado para sobrevivir. El desamor por el Amo de la Justicia hace salir de la funda los espejos y los cuchillos al mismo tiempo. Guerra civil entre diadocos. Cada uno vuelve a sí mismo, pero el "nosotros" se deshace. Inútil apelar al interés común de los subjesos del Imperio en descomposición: el afecto no se razona.

2. Si nos remitimos al comienzo de la historia de amor, la cristalización a la que puede compararse el nacimiento de un grupo electivo, veremos que son los contrarios quienes se encaprichan el uno con el otro (como en México en 1955, los jóvenes Guevara y Castro, personalidades opuestas). Signos de fuego y signos de agua, signos de aire y de tierra se buscan. ¿Por qué las atracciones viriles habrían de obedecer a una ley menos tonta que la atracción entre los sexos, que imanta el rubio bajito con la morena alta y trae cada semana *charters* de hermosas nórdicas a Grecia y a Túnez? ¿Qué hay de más normal que un coloso de ideas cuadradas, Leo ascendente Leo, subyugue a un endeble lector de Proust, Virgo ascendente Virgo? La polaridad regula también las relaciones interiores de los escindidos que somos nosotros (los hombres del común no son de una sola pieza como los hombres de poder) entre nuestras caras diurna y nocturna. Empujará a tal indeciso a predicar el voluntarismo, a un escrupuloso a preconizar el golpe de fuerza, a un alma sensible a alabar la moral de las manos sucias, y a un sentimental a repetir que no se hace buena política con buenos sentimientos. Ejemplos: el refinado Drieu la Rochelle eligiendo al bruto Doriot, el anticonformista Aragon al conformista Stalin, el internacionalista Malraux al "nacionalista" de Gaulle, etc. Por eso la mayoría de nosotros no tiene el carácter de sus opiniones, y es que adoptando por modelos de identificación los individuos que menos se le parecen, es esa concesión relámpago del deseo quien modela sus tomas de posición y no el progreso interior de una convicción razonada. Volviendo a mi caso personal y al relato anterior, mis señores no eran los que

más se me parecían. La corriente pasó de entrada con Fidel (creando su pragmatismo extravertido la diferencia de potencial); con el Che, un poco menos, por ser de la misma familia: introvertidos, papívoros, caracterialmente secundarios, europeos de temperamento (los argentinos son los europeos de América Latina). Enamorarse de su contrario es descarriar. ¿Si Mentor se parece a Telémaco, qué va a enseñarle? Por lo que el vínculo de fidelidad no se libra menos de la lección de moral que el vínculo amoroso: entra en esas dos servidumbres (si se las puede llamar así, pues amar a otro distinto de sí mismo es liberarse de sí mismo) una parte demasiado grande de *involuntario*.

3. Sin caer en las imágenes de la muchedumbre-hembra entregándose a su líder-macho (tan queridas por Hitler como por los psicólogos finiseculares que leyó de cerca), está permitido ver en la adhesión política un hijo legítimo de Eros, como lo era para Platón el arrebató filosófico. Al igual para él la búsqueda de lo verdadero no era meditación solitaria sino engendramiento de un discípulo por un maestro, que permitía al alma prolongar hacia el Bien el impulso de un cuerpo amoroso, de igual modo la adhesión de un individuo a un movimiento colectivo no se produce al término de una reflexión lógica, sino por conversión afectiva hacia un hermano mayor tomado como arquetipo y modelo. Se podría prolongar el mito del *Banquete* interpretando la elección de un líder como el acto por el cual una conciencia de hermano menor reconoce, en su doble invertido, lo que le falta para alcanzar la perfección cívica que ha contemplado “antes de su vida terrestre, en compañía de los dioses”. Así se reconstituiría aquí abajo, en una síntesis fantasmal, el *hombre completo* de una vida anterior, como el andrógino primordial del mito, con sus dos rostros, sus cuatro brazos y piernas, antes de que esa bola autosuficiente se cortara en dos mitades, siguiendo cada una su camino pero siempre ansiosas la una de la otra.

La admiración que manifestamos espontáneamente por nuestro complemento, nuestra gloriosa mitad, sería la alegría pre-setida de los reencuentros, la aspiración de rehacer la unidad perdida. ¿Vamos a nuestra perdición? Sí, pero para curarnos de la herida de haber nacido, así y no de otra manera, que nos hace tan imperfectos. Ese impulso adivinatorio e instintivo hacia el otro ideal (cada uno el suyo) sería señal no tanto de al-

truismo como de un narcisismo terapéutico destinado a reparar esa secreta amputación. A través de una prótesis viva de dones opuestos a los nuestros encontraríamos, pero por poderes, la plenitud olvidada. La alienante y a veces adorante adhesión del militante a un jefe de fila, grotesca cobertura de una reconciliación moral consigo mismo, ya no pondría de manifiesto en ese caso la necedad de la esponja adherente a su roca sino una inteligencia propiamente sobrehumana, por algo animales que puedan ser las manifestaciones, puesto que nos ayudaría a levantarnos de una caída, a escalar el cielo de nuevo. En esta hipótesis, la locura de una elección política debería interpretarse como el avatar moderno, accesible a los feos y a los solteros, de lo que era la locura erótica para los griegos, "locura venida de los dioses", los cuales no hacen nada al azar.

4. Extrapolación optimista, lo reconozco. Se puede imaginar una aproximación al fenómeno más aguafiestas y decir, a la vista de las situaciones más triviales: elegir este o aquel es exagerar desmesuradamente la diferencia entre un político y otro. La verdad se encuentra sin duda entre Platón y Bernard Shaw, incluso si el beneficio de la edad nos hace deslizarnos solapadamente del aristócrata ateniense hacia el desesperado inglés.

Comprometido (intelectual)

Expresión que se ha vuelto obscena, casi tanto como la palabra "intelectual". Evitarla.

1. Bonito empleo sin embargo. Querido por los alumnos, que conocen la partitura de memoria (Calas, Dreyfus, *L'Espoir*, Bernanos, *El silencio del mar...*), y acariciado por los correveidiles. ¿Nuestro cantante de ópera nacional mete la pata? Toda Francia se lo perdona, con el ojo embebido. La sandez forma parte de su encanto, redhibitorio para el figurante, enternecedor en los tenores. ¿Va a tener que esconderse un año o dos en su camerino para hacerse olvidar, y que la posteridad, buena chica, llame a su puerta con los brazos cargados de rosas? "¡Buenos días, señor Zola! ¡Señor Barrès! ¡Señor Malraux!" Flashes, lágrimas, ministros, coloquios, placas, tesis, aniversarios. Cada decenio, un petulante centenario, que no sospecha nada, le echa más ardor para retomar el mejor papel. (En los años sesenta –faltaban titulares– estuve a punto de representar el intermitente del espectáculo. Tenía el aspecto de un buen suplente. Como una cebra para representar a un tigre, pero el regidor ve las cosas desde lejos.)
2. Con la afluencia de jóvenes primeras figuras al Conservatorio, imposible escapar al sentimiento de parodia, de pantomima, o simplemente de usura, como si ese *must* del teatro francés encogiera cada día con el uso. "Intelectual comprometido", eso no es serio, eso ya no tiene importancia. Hasta el punto de que el papel de composición deja en las memorias una imagen alterada por demasiadas superposiciones: puño en alto, o brazo extendido, en un estrado, de pie detrás de Doriot, el aspecto

forzado, el distintivo Mao en el ojal, distribuyendo *Je suis partout* en los bulevares, no, *La Cause du peuple*, no, error, la Declaración de los Derechos Humanos. Como si lo esencial estuviera en la postura de desafío, la palabra excesiva, la complicidad caracoleando. Poco importa que los Hemingway caseros desdeñen la carabina, el jeep y la pesca con tal de que añadan la fachenda al marcar el paso, la voz de falsete, dos tonos más alta –el *french touch*. El *comprometido* repugna a las jerarquías, militar, política o administrativa. Sin diócesis asignada, ese giróvago sólo obedece a sí mismo y gobierna a los espíritus en directo. Día y noche, sin horas de oficina –es su fuerza– pero con preferencia en el eje de los objetivos– es su debilidad. A nuestro animador no le gusta la grasa, no es regular, no examina un informe, no presta atención a las fechas, no mira un mapa, no recorta una cifra, escrúpulos de destajista. Pega un berrido y pasa la página. (Yo era demasiado chupatintas, demasiado puntilloso para aspirar a los “efectos de caballería”. La alta traición perjudica menos al terrorista de la frase que la alta función pública.)

3. El tema del compromiso no habría tenido eco después de la guerra si el autor de la doctrina no se hubiera comprometido a tiempo. El extremismo literario raramente lleva a lo extremo.

Valiente pero distraído, Sartre atravesó los años negros sin pegar un tiro. ¿Habría, si no, descargado su metralleta después de la batalla, aterrorizando a todo su pequeño mundo con una toma de armas retardada? No habiéndolo hecho suficientemente *antes*, quizá ese valeroso lo ha hecho un poco demasiado *después*: ese afán de emulación expiatorio intimidó a más de un civil culpable, en la “*intelligentsia* progresista” de los años de la guerra fría. El “partido de los fusilados” representaba el papel de maravilla. “Venga, no diremos nada, pero firma aquí”, dice Aragon, padrino sin piedad. Poetas, pintores y cantantes no rechistaron. La llamada de Estocolmo, el Movimiento de la paz, era el pagaré de confesión que había que suscribir, como buenos compañeros de viaje, si querían que la clase obrera les perdonara haber pintado y cantado en la hora alemana mientras otros cantaban en los suplicios. La mala conciencia del rezagado no debía perturbar a Romain Gary, en sus escondites diplomáticos, a él que, compañero de la Liberación, llegó a Londres en 1940. Ni a Jorge Semprún, veterano de

los campos de concentración, clandestino en España. Los artistas como los sabios tienen sin embargo una apreciable ventaja sobre los “intelectuales”: en los duros tragos tienen derecho a escurrir el bulto. ¿No era Sartre al principio un artista? ¿Por qué haber obedecido?

4. Cavaillès y Pulitzer actuaron cuando hacía falta, sin pregonar los considerandos. Me los imagino, después de la guerra, volviendo en silencio, el uno a las matemáticas y el otro al joven Marx, como Jean Prévost a Stendhal y Marc Bloch a los Capeto. Como Vernant lo hizo al griego y Canguilhem a la medicina. Todos esos hombres hicieron la guerra sin que le gustara, eso vale más que lo contrario. Tenaces y buenazos. *Filósofos combatientes*, y no “intelectuales comprometidos”. Sonrientes samurais. Los japoneses tienen una expresión para describir ese ideal ético: *sentôtekina tentan*, el desapego combativo.
5. Desearía poder decir: no fui nunca un intelectual comprometido.

Enemigo (papel motor del)

Entrar en política es granjearse enemigos. Triunfar es descubrir una multitud de enemigos personales a los que no se conoce personalmente. Salir (tras fallecimiento o cambio de rumbo) es convertirse en el amigo de todo el mundo, para un postrer abrazo. Así pues, la primera operación sería heroica, y la última un poco cobarde, si todo eso no fuera eterno y casi mecánico.

1. El compromiso menos odioso, la más serena “bajada a la arena” no impedirá a quien toma partido que haga la guerra en tiempos de paz. Y muy pronto que los congéneres se dividan en amigos y enemigos, efectivos o potenciales (la categoría del neutral encubre ya sea un camuflaje, ya sea una vacilación). La política, a pesar de que las tenga, traslada la hostilidad de las fronteras al interior; del extranjero que era, el enemigo se hace interior (agazapado en el país, el Estado o el partido). Sea cual sea el campo de lucha (partisana, literaria, económica o amorosa), el mundo del guerrero es a la vez funcional y abstracto, vilmente pragmático y noblemente simbólico, tan poco propicio a la duda como a la atención. Un mundo de seres sin rostro ni biografía, sin singularidades, en el que cada uno se ve comido (en la mirada del guerreador) por la posición que ocupa en el teatro de operaciones, su capacidad dañina o su utilidad. El enemigo, en ese sentido, hace la vida fácil.
2. Por oposición a la situación de guerra, en la que hay que herir y matar al otro físicamente, aquí, se aniquila verbalmente y se hiere al otro por la palabra (diferencia entre el enemigo y el adversario). Lo encasillo, lo califico, lo descalifico, lo desacredito, etcétera. Lo esencial sucede en el lenguaje. Cuando un arqueó-

logo encuentra los huesos de un guerrero, encuentra una espada al lado, en la tumba. Cuando un biógrafo desentierra a un político, encuentra fórmulas asesinas en la Biblioteca Nacional. Prueba de buena salud. La guerra fue feliz. Los cuerpos se pudren, y las apuestas, y las situaciones –no las palabras, buenas o malas. Las segundas sobreviven a las primeras.

3. Mientras estamos vivos es todo lo contrario. Sobrevivimos muy bien a nuestras propias maldades. Se produce una tal selección biológica en nuestro interior que, si conservamos grabadas en nuestra memoria todas y cada una de las injurias que hemos soportado, olvidamos enseguida las que nosotros mismos lanzamos. Le damos la mayor importancia a las primeras, mientras que a las segundas, las nuestras, nos parecen evidentemente desdeñables (pues demasiado bien conocemos su carácter contingente o jocoso). Así como los ataques, calumnias, ultrajes que nos dirigen revelan a nuestros ojos la negrura del alma del adversario y la infamia intrínseca de la ideología que le ciega, así también imputamos los horrores que nosotros proferimos al calor de las circunstancias o a las necesidades de la competencia. Inflexibles con el prójimo, nos amnistiamos a nosotros mismos enseguida, en cuanto se calman la exaltación colectiva y el delirio paranoico que hacen del insulto tanto un deber moral como un automatismo psíquico. Si es verdad que por naturaleza lo colectivo es tonto (incluido, si tomara cuerpo, un colectivo de premios Nobel), y que hay pues un nivel mínimo incomprendible, la gilipollez comunitaria está en función de la temperatura ambiente. En las crisis internacionales cada uno se supera. Cuando baja la fiebre ya nadie quiere oír hablar de ello. Y los cizañeros de esta levitación repentina y compartida sólo verán un patinazo más o menos embarazoso en su pasado entusiasmo, que se apresuran a olvidar. Un disidente se convierte, en tiempos de cohesión, en un cobarde “al que fusilar por la espalda”, como lo exigen abruptamente comentaristas por lo común ponderados. Hemos visto ese furor odioso, en la gente más educada, caer sobre Jean-Pierre Chevènement, ministro de Defensa, al inicio de la guerra del Golfo, cuando tuvo el valor, dimitiendo, de poner sus actos de acuerdo con su pensamiento. Al encontrar a una periodista habitualmente sutil y socarrona que había reclamado para él, de pasada en un artículo, el Tribunal Supremo por deserción ante el enemigo, nada menos que eso, le pregunté, tres meses después de los acontecimientos, si

no lamentaba los excesos de su pluma. Con ojos como platos: “¿O sea, de qué quería yo hablar?” Ya no se acordaba de que había impreso, claramente, “traición”. Me asombró su mala fe. Una semana más tarde me encuentro a Adolfo G., antiguo trotskista mexicano de origen argentino. Le digo lo mucho que me alegra hablar con él: es para mí un modelo de rectitud revolucionaria, de inteligencia y de lucidez. Me mira con el mismo aire perplejo y suspicaz con que yo miraba a la insultadora amnésica del antiguo ministro, y me recuerda que veinticinco años antes le acusé por escrito de agente de la CIA, de desviar fondos secretos y de dividir el frente guerrillero (automatismos de época). Me ruborizo y caigo de las nubes. “¿Yo, tales gilipolleces?” Me enseña el libro y la página. Lo había olvidado todo. Otro yo, otro tiempo, otro mundo —ése en el que al heterodoxo se le trataba como enemigo y en el que era natural desacreditar su persona para no discutir sus ideas (y por tanto, las nuestras propias). Conclusión: una injuria de menos para hoy es un rubor de menos para mañana.

Entornos (agrura de los)

Estado o partido, escuela o camarilla, psicoanálisis o astrofísica, los dignatarios del pináculo se parecen todos por la igual distribución, alrededor, de sus pequeñas indignidades. Que el afecto de los entornos sea tan escasamente sinónimo de ceguera, como su lucidez de desafecto, constituye uno de los más excitantes misterios de los “círculos del poder”.

Los moralinos consideran sin razón a la corte, pandilla, camarilla, banda o guardia cercana –según los términos convenidos– como lugares de adulación. Ese género de sarcasmos señala al profano no introducido. En realidad, en el “primer círculo” es donde peor se habla del Jefe, en el segundo un poco menos, en el tercero apenas. Que no haya hombre grande para sus criados es un tópico que se comprueba frecuentando un buen número de “casas” (del líder de opinión, del gurú de escuela, o del líder sin más). La *domus* es viperina; y la capilla, blasfematoria. De ahí la estupefacción del catecúmeno en marcha amorosa hacia su santuario: cuanto más se acerca a los altares, más derecho tendría de ver declinar las reservas, crecer la veneración por el objeto de un culto cada vez más inflexible. Es a la inversa. Cuanto más progresa el neófito en la intimidad del patrón, más oye a los acólitos, diáconos y subdiáconos –viejos compañeros, alter ego, fieles del primer momento, brazo derecho o izquierdo– contar “horrores”. Divulgar los pequeños secretos –avaricia, doble juego, patrañas, cóleras, etc.–, bromear sobre las manías, desmontar trucos y faroles.

Acceder al primer círculo es ser por fin admitido por los avisados a denigrar al que es el centro, pero con sonrisas de enterado, en comandita y según ciertas claves. Ese espabile equivale a

cooptación y rito de paso: "El patrón no es para nada lo que tú crees, muchacho". Guiños, caras cómplices, palmaditas en la espalda. "¿Sabes la última...?" "¡No es posible. Anda que, no falla una!" El Ausente ocupa obsesivamente el comentario, cada uno no hace más que hablar de él —esa machaconería designa a la comunidad cotilleante como la de los "íntimos de"—, pero con una mezcla de desengaño y de sorna que el impetrante deberá hacer suya poco a poco (eso requiere algunos años) para "estar" realmente. Tema que está latente bajo esos pingos de antecámara y de secretariado particular: "Engaña a los demás, bueno, pero a nosotros no nos engañan". Todos los entornos que he conocido me recuerdan a los friegaplatos y pinches de cocina de un restaurante de tres tenedores reunidos en la antecocina, después de cerrar, y leyendo en voz alta, palmeándose los muslos, la última crónica gastronómica que pone por las nubes "una mesa por todos los conceptos excepcional". Cuando conocemos el reverso del decorado, el elogio de nuestro propio jefe por un desconocido siempre nos parece gracioso.

Los cocineros en cambio sacarán los cuchillos si oyen sus propias pullas en una boca extraña. Y tomarán por un traidor, una basura, alguien en quien no se puede confiar, a cualquiera de ellos que repita o cite en el exterior lo que se dicen cada día entre ellos, sin pensarlo. La ley mafiosa del silencio no prohíbe las habladurías, más bien las incita, pero en los lugares idóneos: en la vecindad inmediata del Soberano. El leal tiene como señal distintiva no la admiración incondicional del Soberano, sino el a puerta cerrada tierno del descrédito.

Izquierdas (psicología de las)

Para el naturalista, el homo politicus se subdivide en homo senester y homo dexter. Clasificación apresurada. La observación del terreno, a diestra como a siniestra, señala en realidad tres tipos de comportamientos correspondientes a tres grupos consanguíneos o tres poblaciones relativamente estables: el revolucionario, el protestón y el gestor. (Proust: "Lo que acerca, no es la identidad de las opiniones, es la consanguinidad de los espíritus".)

Aunque exista también una derecha revolucionaria (llamada fascista), protestona (llamada poujadista) y gestora (llamada de gobierno), y porque los azares de los viajes de exploración me han hecho atravesar los tres pueblos de izquierda (diez años en cada familia), me limitaré aquí a consideraciones de historia natural que tengan que ver con el género *senester* (el poner en frente las dos tablas del díptico permitiría sólo una etología científica del *politicus*).

1. Aunque comulgando con el dogma de una superioridad de principio y genérica sobre el género *dexter* –la cual, siendo adquirida, ya no necesita demostrarse–, las tres izquierdas (la IR, la IP, y la IG) son tanto menos caritativas unas con otras que, a fuerza de codearse y de tener, eso creen ellas, las mismas propiedades y objetivos, acaban por confundirse a sus propios ojos, imaginándose dotadas de los mismos fines de guerra, de los mismos valores y de los mismos ancestros. Es una ingenuidad llena de efectos perversos, y podríamos releer los dos siglos transcurridos en rivalidades exterminatorias, en guerra civil de las izquierdas, como el efecto real de una identificación iluso-

ria, por desconocimiento de todo lo que separa digamos a los mamíferos de los artrópodos. El ser vivo que, bajo el nombre de “revolucionario”, hace *secesión* con la vida inmediata (para precipitar el advenimiento de lo que debe ser y será) no está sujeto a las mismas jurisprudencias que el que la pone en *acusación* en su repetitiva iniquidad, menos aún que el que le da un *consentimiento* de principio para poder enmendarla en los pormenores. El sentimiento del no, no tiene los mismos criterios del delito o de la felonía que el sentimiento del sí. Así fueron interpretadas como actos de canibalismo suicida, puesto que eran intraespecíficos, conductas de agresividad perfectamente normales entre especies diferentes. Teniendo que repartirse un mismo territorio físico y moral hubo devoración en bucle, y esta cadena alimenticia de palabras, de personalidades y de organizaciones nutriéndose las unas de las otras aseguró una cierta estabilidad demográfica al conjunto. Si las “fuerzas del progreso” no dejan de deplorar esos desgarramientos intestinos, que impiden la victoria definitiva de la Humanidad y del Bien sobre el Mal y la Reacción, un amigo de los equilibrios ecológicos, más preocupado por la integridad de las especies que por la desgracia de los especímenes, se felicitará por ver que a la escala del siglo cada una de esas izquierdas sirvió a las otras dos de antepecho, a la vez aguijón y correctivo. Si fueran libres de soltar la brida a su instinto principal sería para cada una la catástrofe y la extinción sin frases. La IP recordando a la IR, globalizante y milenarista, que también hay individuos en la tierra y heridos que cuidar enseguida. La IR recordando a la IP, volátil y emotiva, el sentido de la eficacia y la organización; y la IG, a las dos precedentes, el sentido de lo posible y de lo factible. Viéndose la especie realista recordar a su vez, por la competencia vital de las otras dos, que “la verdadera vida está ausente” –verdad primera que previene la asfixia. Esas luchas internas esconden sin duda una armonía preestablecida, al igual que el melón de Bernardin de Saint-Pierre estaba hecho para ser comido en familia.

2. Si la postura de espera, característica del *homo politicus*, compone un fondo de psicología común, la izquierda *sacrificatoria*, o revolucionaria, vive una historia *sin presente*, en la esperanza exasperada de la salvación colectiva y la incesante evocación de los heroísmos pasados; la izquierda *intelectual*, o protestona, vive una historia *sin pasado*, escandalizada como está, cada

día, por el surgimiento inexplicado, desvergonzado, de lo intolerable; la izquierda *profesional*, o gestora, despreocupada de la posteridad, se ha desembarazado del *futuro*, pues la Historia dará su veredicto en las próximas elecciones, y es hoy cuando hay que reparar la cabina del ascensor. La IR es mística, perseguidora, orgullosa, centrípeta y disciplinada –en ella se muere joven. La IP es vanidosa, inestable, reactiva, centrífuga y moralizante –de ella no se muere. La IG es obstinada, menesterosa, robusta y tolerante –en ella se muere viejo, y se deja vivir. La primera es una *vocación*, la segunda una *actitud*, la tercera una *profesión*. Ahí hay *sistema*, allá *talento* y aquí *mano izquierda*: cada una su virtud principal, principio de vicio posible. El mártir, el buen corazón, el complaciente (o, al decir del competidor, el violento, el pico de oro y el fullero). Lógica de la *idea*, lógica del *sentimiento*, lógica de las *fuerzas* –izquierda del *ejemplo*, izquierda de los *principios*, izquierda de los *resultados*–, eso hace tres cableados nerviosos, tres tipos de inteligencia, tres sistemas de puntos de apoyo y de prejuicios. Ciertamente, el observador puede experimentar, ante esos universos mentales de finalidades incompatibles, el mismo “estado de cómodo descuartizamiento” que recomienda Julien Gracq al aficionado a la literatura moderna tironeado entre Céline y Montherlant, Joyce y Françoise Sagan, pero a condición de que rectifique a cada instante su visión “por medio de coeficientes y de correcciones de ángulos aprendidas”. Para hacer eso, el naturalista debe, él también, alejarse, dejando de entusiasmarse por una o por otra, una manera de ponerlas en perspectiva. Si no, condenará en lugar de comparar. Pues cada especie no desconfía de nada, salvo de las otras dos. Denuncia los malos instintos de la vecina, sin inquietarse por los suyos. Entre esas tres hermanas enemigas sucede el mismo tranquilizador malentendido que entre izquierda y derecha: cada género explica sus flaquezas como accidentes individuales y las del género adverso como manifestaciones de su esencia. (Para ella misma, la izquierda es desinteresada por naturaleza, sólo a sus descarriados les gusta el dinero; pero la derecha la encuentra tal que en sí misma a través de ese hatajo de ladrones incompetentes e hipócritas que son la comidilla, reconociendo, en el montón, algunas almas íntegras y duras en la tarea. En sentido contrario, se admitirá que el hatajo de gandules, conservadores incultos y patrioterros, inclinados por naturaleza al mercantilismo y a la vista corta, que constituye a la derecha como esencia genérica,

admite en su seno algunos “tipos bien”, entregados a la cosa pública, pero es para confirmar la regla.)

3. Cada ramificación del *homo senester* propone una gama de muestras que va desde lo admirable a lo ridículo, y so pena de caer en el panfleto (hablando, por ejemplo, de las águilas, los pavos reales y lo faisanes), convendría considerar cada categoría bajo su *mejor perfil* (la crítica de las bellezas no compensa en la polémica, pero da a la clasificación biológica su rendimiento óptimo). Los *ismos* son las anteojeras del observador político. Reducid al pueblo del martirio al *fanatismo*, al pueblo del testimonio al *exhibicionismo*, al pueblo de los responsables al *oportunismo*, y la misa está dicha desde el introito. Habrá que abstenerse de ello, sin olvidar sin embargo que las perversiones colectivas son postes indicadores, y que recurrir a lo monstruoso puede poner sobre la pista de una norma de conducta. La categoría de los temerarios no ha proporcionado por azar cómitres y pequeños Robespierres; la de los justos, Savonarolas de tablado y vanidosos “intelectuales de izquierda”; la de los profesionales, inculpadados por desviación de fondos y Topazes. La distorsión patológica sanciona injustamente pero revela el carácter propio de la especie, desviación normalmente dominada pero riesgo genético presente en cada individuo. La violencia, como *ultima ratio*, estaba preñada de esos gulags; como el moralismo, de esas camisas blancas; y la eficacia a cualquier precio, del tribunal correccional. Cada linaje es castigado por donde tiene su inclinación, y se expone a los peligros de su virtud. *Pessima corruptio optimi*.

Alturas (atracción de las)

Ver sin ser visto, ver antes que los demás y más que ellos: atributo y facultad de la supremacía. La posición del mirón invisible que los satélites de observación militar confieren a los Estados dominantes, las elevaciones de terreno la aseguraban antaño a los dominadores, y cada uno puede, a su pequeña escala, aprovechar. Las ceremonias de la mirada están íntimamente unidas al ejercicio de la autoridad, la escalada de los altos lugares forma parte de los preparativos: entrenamiento idóneo para las mocedades del Jefe. A falta de alpinismo, la ascensión ritual de una eminencia (Solutré en Borgoña, Pico Turquino en Cuba, etc.) satisfará a jóvenes y viejos.

1. ¿Dominar el paisaje no es ya hacerse desear por el congénere? ¿No vienen a ser lo mismo dominación y punto culminante? En materia de vivienda siempre he tenido el complejo de nido de águila –bastante trivial y que no transforma necesariamente a los enfermos en Zaratustra o en Adolfo Hitler sopesando Europa desde lo alto de Berchtesgaden. Pero es un hecho que Giraudoux destacó en el primer acto de su *Guerra de Troya* (“Azotea de un muralla dominada por una azotea y dominando otras murallas”): nuestros responsables son más proclives que los demás a mirar el mundo de arriba abajo. Murallas, jardines suspendidos, espolones y tejados de mausoleos, como hoy balcones y miradores, corresponden en la imaginería de la servidumbre a lugares idóneos para que los jefes acampen. El objetivo legítimo les coge a contrapicado. Como Dios en la iconografía cristiana. Efecto óptico de imposición. El niño levanta la cabeza hacia su padre, desde abajo: la visión de abajo arriba pone de nuevo en marcha el antiguo terror, agranda lo pequeño. Al revés, acostumbrarse a ver a los hombres en des-

plome más pequeños de lo que son es ya convertirlos en soldaditos de plomo a lo lejos en la llanura. Es prepararse a “jugar a los hombres”.

Yo habría sido incapaz de elegir domicilio, en el campo, encajonado en un valle, una hondonada, ni siquiera el flanco de un otero. Quería la tebaida en lo alto de una cresta, con el ventanal sobre el abismo, despejado sobre las lejanías. Ningún lugar me exalta más que el monasterio encaramado en lo alto del monte Athos, con sus balcones de tablas, saledizo calado sobre el precipicio —o los escitas de la Santa Montaña en lo alto de su pico, donde reza el anacoreta, el atleta del exilio. El “loco de Cristo” toma a sus congéneres de lo alto. O, en la propia Francia, la aldea medieval de Thines en Ardèche, con sus muros de arenisca y sus tejados de loza, su cementerio y su iglesia románica, dominando abruptamente un ramal de gargantas arboladas —aún sueño con adquirir allí un refugio.

2. Esas eminencias nos resultan queridas (tanto más cuanto que somos de talla mediana), porque acercan a Dios pero también por la toma de posesión ocular que nos permiten como un derecho de pernada sobre las tierras circundantes. No sólo están los monjes y los ascetas. Los príncipes japoneses recién coronados escalan la montaña para poder abrazar de una sola ojeada su territorio. La altitud purifica a la injerencia panóptica de toda curiosidad, indiscreción malsana; absuelve al mirón de sus fealdades: ya no espía, contempla. Pero lo más envidiable de esas alturas es que que no la hay más alta en el vecindario: ya que nadie puede echarnos el ojo, nos garantizan *la última vista*, como quien conserva la última palabra.
3. El ejercicio agudo de la mirada despierta o traiciona un placer bastante sospechoso de *sobre-velar*, que la escucha no permite. No hay disimetría posible en la audición: tampoco hay muchos melómanos entre los jefes políticos. Es un club en el que se inquieta más al pincel que al piano. Duros de mollera, los grandes capitanes tienen en general el ojo vivo y penetrante. El “ojo del Príncipe”. Por la mirada nos hacemos dueños y señores de la naturaleza, pero de las naciones también, incluso en primer lugar. El oído no respeta las distancias, sumerge a todos los auditores al nivel de un mismo baño sonoro, sin perspectiva ni vuelo. El oído le va bien a la presa, el ojo al predador. Desconfiad de los que manejan monóculo, gemelos, ca-

talejo: se empieza por los anteojos, se sigue por la escopeta de cañones recortados, y se acaba sobre un caballo blanco en Austerlitz.

A lo que el técnico responderá que el gusto por las cumbres era solidario de una forma ya arcaica del poder, entendido y ejercido como una fuerza o coacción ejercida de arriba abajo. En la época de las redes, de las pantallas y del *remote control*, un jefe puede establecerse en llano, incluso en el subsuelo, sin *diminutio capitis* redhibitoria.

Dudo de que esas disposiciones funcionales hagan desaparecer el placer singular del mirador.

Ilusión (fecundidad de la)

Cada uno se complace denunciando las anteojeras de la "gente bien instalada", en nombre de su propia amplitud de vista. A los imbéciles y a los fanáticos, con la cabeza llena de ilusiones, oponemos el espíritu escéptico de la gente razonable (nosotros). La antítesis tiene todo para gustar: los cerrados de mollera de un lado; los ladinos del otro. El problema es que cubre bastante bien la oposición entre los actores y los espectadores. La ilusión, o la providencia de la gente de acción. Traducir "se ilusiona" por "se envalentona". Y "ciegamente" por "animadamente".

1. "Los hombres hacen la historia", decía Marx, "*pero* no conocen la historia que hacen": en esta fórmula trillada es la segunda proposición la que da validez a la primera. El "*pero*" es un "*porqué*". Quien no se ciega no avanza. Los hombres no se meterían a hacer la historia si supieran de antemano cuál; esa presciencia les asquearía de seguir, porque la mayor parte del tiempo hacen lo contrario de lo que habían querido.

La pertinencia de una elección política está en función de las escalas de observación. Ningún protagonista resistiría a la vista de un zoom hacia atrás que recolocara la acción que lleva a cabo, sobre un plazo de cinco o diez años, en un cuadro cronológico ampliado cinco veces, al tamaño del siglo: es necesario a menudo menos de cincuenta años para que estalle el trastocamiento de las consecuencias en las intenciones. Los que dominan la marejada desde lejos, *suave mari magno*, están mejor colocados para presentir el desenlace; los que tiran desde los bordes del ojo del huracán están preservados por sus certidumbres de una clarividencia que al momento les enviaría al fondo.

2. Es en la propia Europa, antes del final de las últimas dictaduras, donde el deber de anteojeras se ha revelado más perverso. Como su organización era un *instrumento* –siendo el Partido comunista el más sólido o el único que se ofrecía al español *antifranquista*, al alemán *antifascista* o al francés *antipetenista* para llevar a cabo la lucha–, el militante, ya estuviera instruido e incluso informado, no tenía ni el tiempo ni las ganas, en pleno cuerpo a cuerpo, de hacerse el difícil. Si quiere batirse, un guripa desarmado no va a denigrar el revólver oxidado que ha encontrado tirado. Será después de la batalla cuando el militante deje de mirar a través del partido para mirarlo a él. Descubriendo, por esa conversión de la mirada, que sólo había sido una herramienta de su herramienta, la cual se servía de su abnegación para reproducirse a sí misma y proseguir su carrera ciega hasta el muro final. El fuego de la acción le va mal a esa inversión de óptica, que se confesará plenamente cuando “la guerra ha terminado”, como dice Jorge Semprún (el cual no se decidió, como hombre de honor que es, a cuestionar públicamente a su partido hasta después de la muerte de Franco). Cuando un paisano lo ve claro, tiende a quedarse en la cama. Los audaces lúcidos son escasos. ¿Cuántos hombres de la Historia han unido clarividencia a largo plazo y resolución a corto plazo? En Francia, de Gaulle, y no solamente en 1940; y en el siglo precedente, pero sólo por momentos, Bonaparte (pues es en Santa Elena, en la impotencia del espectador libre de compromisos, cuando Napoleón comienza a percibir el sentido general de su empresa).

Esos grandes clásicos de la lucidez apenas han tenido, por lo que sé, émulos en América Latina –exceptuando a Bolívar, que se alzó al mismo grado de humor sintético en los últimos meses de su vida. Queda que el hombre a caballo abrió los ojos una vez que hubo puesto pie en tierra.

3. Leo, en una obra sobre los intelectuales de preguerra, un paralelo Gide-Bergamín en total provecho del francés. En 1936, nuestro gran escritor resistió todos los chantajes por denunciar con lucidez y valor la impostura de la URSS estalinista, mientras que el español quiso “friolentemente” guardar sus ilusiones. Desde luego. ¿Pero fue Gide a combatir en España en 1937? ¿Fue su comportamiento, bajo la Ocupación, de una particular valentía? Cuando se alaba la lucidez de un individuo no se debería, me parece, dejar de observar cómo su rechazo de las ilu-

siones y cegueras ha repercutido luego en su conducta. Si no la foto está trucada, por recorte.

4. Todo sucede como si a cada descenso de nuestra facultad de juzgar correspondiera un refuerzo de nuestra capacidad de acción, de manera que a una lucidez sin sombras, si fuera posible, correspondería una atonía abúlica, como una sombría resignación al mundo tal como va. Dime, soldadito, cuál es tu credulidad y yo te diré cuál es tu valentía; y si los conductores de hombres van a poder contar contigo.

Nuestra razón política, llena de creencias y de mitos, sería una sinrazón con respecto a la razón crítica y científica, pero ésta, aplicada en el foro, ¿no sería no menos grotesca, o fatal? “Las cosas del mundo menos razonables”, decía Pascal, “se vuelven más razonables a causa del desarreglo de los hombres.” Se puede tener por envidiable, a este respecto, “el ideal democrático de una vida política transparente en sí misma, regida por la razón y manejada por individuos libres y autónomos”, de pasión constante y emotiva cero. No se da mucho por su puesta en práctica, fuera de breves treguas o de lugares muy protegidos, como Suiza, ese punto vélico de la tela europea donde todos los vientos se encuentran para anularse.

Incompletud (ley lógica de la)

El equivalente, en el universo político, de la ley de la gravedad en el mundo físico. La rueda de los furores y desencantos. El invariante de las variaciones. Como eco al teorema del lógico Gödel (que demostró que siempre habrá una proposición indecidible en un sistema determinado de axiomas), la incompletud postula que el fundamento de una colectividad, no pudiendo ser interno a esa colectividad, cada una está a la búsqueda de otra cosa que lo que ella es.

No es el lugar para entrar en los detalles de una demostración hecha en otra parte, en la *Crítica de la razón política*. Como la incompletud está en el fundamento del credo y de la actividad política, no se puede no volver aquí sobre esta ley de formación de grupos estables articulando, por un vínculo lógico negociable en sus formas pero por principio ineluctable, el *cierre* de un territorio –imaginario o material, o los dos juntos– y su *apertura* a un punto exógeno de cohesión. Lejos de oponerse, como quería Bergson, lo cerrado y lo abierto se suponen el uno al otro, obteniéndose la cohesión *interna* por referencia *externa*. El paso del amasijo al conglomerado, o *del montón al todo* que constituye el “milagro” de una formación colectiva, es prueba de una doble fijación: posición de una frontera, recinto o límite (territorial, doctrinal o legendaria), y posición de un *punto de ausencia* –un estar, un decir o un escrito–, agujero fundador heterogéneo al conjunto considerado del que viene a cristalizar la homogeneidad. Suspendido como está de un valor fundador inverificable e indemostrable, el cuerpo político está soldado al fiduciario. Funciona a crédito, a la adhesión y al imaginario. No pudiendo “cerrarse” ningún sistema con la sola ayuda de los elementos interiores al sistema, la de-

marcación práctica de una colectivo supone la puesta en relación de los individuos con un dato sin posible atestación empírica, objeto de un acto de fe, establecido por la creencia: héroe fundador, mito de origen, sacrosanta Constitución, mayúscula reguladora (la idea de República, por ejemplo), sociedad sin clases, etc. Ese punto de fuga, simbólico o transfigurado, vedado por definición a la manipulación técnica o crítica, constituye lo *sagrado* del colectivo al que une (al carecer de evidencia lo sagrado no hay necesidad de lo divino para existir); su operador externo de legitimidad, sin lo cual desaparecería la personalidad colectiva afectada, por implosión o dilución. Por muy diversas y atenuadas que sean las manifestaciones, la credulidad colectiva sería pues signo de una lógica formal de consistencia, excluyendo la autoválidación y la autogestión de una comunidad por ella misma. La incompletud da a las colectividades humanas su estructura delirante, variable en sus efectos, irremediable en su causa.

Información (lamentable retraso de la)

“Pero cómo, así que no sabía usted que...” Estupefacción. El sujeto militante tiene de pronto vergüenza de haber dado su fe a un modelo, a un país, a un hombre del que no sabía (lo que todo el mundo sabía), a elegir: que marchó a trabajar a Alemania durante la guerra, que colaboró en Vichy, que fue Argelia francesa en su juventud, que no ha escrito ninguno de sus discursos, que tiene una cuenta en Suiza, que recibió una maleta de billetes en tal capital extranjera, etcétera. O bien, más grave (régimen, país), que se encarcelaba a los disidentes, fusilaba a los prisioneros, reprimía a los homosexuales, etcétera. ¿Cómo pudo ayer...? ¿Y cómo aún puede, hoy, mirarse en el espejo? Sujeto contrito y desgraciado.

Depresión infundada. Lo patético de ese remordimiento de repetición (“ah, si hubiéramos sabido...”) procede de una falta de información acerca de la naturaleza de la información. Ésta no es un objeto puesto a disposición, que sólo dependiera de nosotros el captarla o no. La información es una cierta relación del viviente con su medio. Cada uno busca proteger su propio mundo, cuando conviene; y como lo real es por naturaleza desagradable (siendo como es el principio de placer el antagonista del principio de realidad), cada organismo –individuo o sociedad– debe hacer la criba de lo que puede o no absorber. Llamemos a ese filtro la “autodefensa informativa”. Frente a un hecho molesto, me cierro, me retraigo como una ostra bajo el chorro de limón. Hay malas noticias que no se pueden físicamente oír, que no se *deben* oír en el momento en que rompen una clausura vital o arruinan nuestras empresas en curso.

Una información es o no verídica; es pertinente en una situación vivida, o no. Nietzsche había prevenido: primero vivir, luego infor-

marse. E informarse justo lo suficiente para vivir. La célebre fórmula de Napoleón –“Uno se compromete y luego ve”– es más una comprobación que un consejo. Un “uno ve y luego se compromete” sería más lógico, en abstracto, si nuestras elecciones de vida dependieran del estado de nuestras informaciones. Felizmente o desgraciadamente es al revés. En política el deseo de participar precede o gobierna nuestra apertura a las realidades, nuestro deseo de saber. Entrar en la orquesta, para el sujeto militante, es más importante que escuchar la música tocada por la orquesta; cuando sale del foso es cuando la melodía puede tomar forma en sus oídos.

La suerte del Gulag en Occidente ilustra bien este inconsciente termostato. Inasimilable por los medios intelectuales franceses (por razones de homeostasis interna) entre 1920 y 1960, en los tiempos en que existía a gran escala, el Gulag provoca en París fracturas furtivas y marginales (Kravchenko, Koestler, David Rousset, etc.); las defensas inmunitarias del microcosmos les ponen rápidamente fin. Sólo atraviesa las clausuras de nuestra integridad (nosotros: “la *intelligentsia* progresista de Occidente”) a partir del momento en el que este organismo colectivo ya es desestabilizado sino confortado en sus nuevos ideales por la desagradable realidad (evidentemente, cuando la información llega a nosotros, en Occidente, es cuando el Gulag, sobre el terreno, ha sido más o menos desmantelado).

Después de las revelaciones aportadas sobre la juventud y las largas amistades del heraldo de la izquierda, ciertos partidarios suyos dijeron en 1994: “Si lo hubiéramos sabido, no habría sido jamás candidato ni elegido en 1981”. Error probable: con las vivificantes creencias de la época no habríamos querido, no, no habríamos podido leer ese libro de Péan –que para nosotros habría quedado como una curiosidad marginal– para puristas de extrema izquierda o hurgabasuras de extrema derecha.

Los optimistas que conceden a la verdad un poder milagroso, terapéutico o más bien taumatúrgico –“si hubiéramos sabido, evidentemente no habríamos...”–, olvidan el busilis de la historia, que vale para los individuos y aún más para los grupos en activo: la verdad está subordinada a la vida. Ella misma es una ficción necesaria del egoísmo vital pero no la más acabada: de todas las ficciones, el error es aún la más nutritiva.

Qué lástima que Nietzsche no naciera antes que Marx. Los marxistas eran demasiado curas para comprender al primero, pero Marx bastante impío, bastante bulímico y transgresor para “cargar con” este terrible descubrimiento. A menos que... su propia clausura informativa no le hubiera desviado.

Inocencia (técnicamente imposible)

“Nadie reina inocentemente” (Saint-Just). En otras palabras, no hay ganador pardillo.

La tajante ocurrencia del montañés que decapitó a Luis Capeto, más conocido como Luis XVI, vale para toda la realeza –política, literaria, mediática, académica, profesional, etc.–, desde que la entronización no es hereditaria o por veteranía. Evitemos tomar la observación por lo trágico: es todo un aserto técnico. Imposible subir los escalones del trono y “adivinar” sin, en uno u otro momento de la ascensión, forzar el destino, violar una conveniencia, arrimar el ascua a su sardina: pequeña trampa, semimentira, cuasi timo, zancadilla, jugarreta, inelegancia, corrupción. Toda posición de supremacía, sin ni siquiera llegar al Nobel o a la cima del Estado, se debió pagar con un empujoncito *borderline*, haciendo del feliz ganador más o menos un impostor. Lo que explica las reticencias –sonrisas esquinadas o muecas– de los bastidores de la hazaña en la evocación del “gran hombre”. Sabemos, porque estábamos allí, que tal descubrimiento de laboratorio no es exactamente el del laureado coronado, el cual ninguneó a sus ayudantes en su primera conferencia de prensa (habiendo hecho ellos el trabajo); que tal acto de candidatura a la suprema magistratura se ha planteado para tirarse un farol, habiendo embaucado la víspera al candidato mejor colocado en el partido; que tal *best seller* ha sido en parte copiado del manuscrito de un desconocido que, curiosamente, no ha podido ser editado; que tal modelo de coche, que tal plano de arquitecto, que tal manual de bioquímica, etc.

¿Las cocinas del éxito huelen mal? No importa, la Historia sirve los platos en el comedor y las puertas del *office* se cierran au-

tomáticamente detrás de ella. La naturaleza autoborradora del éxito disipa a plazos los malos olores.

La inculpación de Saint-Just hay que contraponerla a la disculpa hegeliana: "La Historia efectiva es su propio tribunal". De manera que todo se arregla; el pequeño medio, cansado de guerra, pone de acuerdo, refunfuñando, a la gran prensa; los "ruidos de cagaderos" se pierden poco a poco bajo los aplausos de la sala; los falsos pretextos mediáticos se convierten en verdad que va a misa. Todo el mundo acaba por creer en ellos. Consagración. Unanimitad. *Vox populi*. Funerales nacionales.

Nadie reina inocentemente, de acuerdo, pero la inocencia viene a la larga a recompensar al falto de delicadeza suficientemente caradura para aferrarse al puesto, tapándose los oídos y, al hacerlo, validar su usurpación.

No es seguro que esta historieta ofenda a la moral.

Disfrute (del poder)

Ausente de los diccionarios y tratados de ciencias políticas; inusitado en las Memorias de los oficiales, donde abundan por el contrario voluntad, deber, vocación, resolución, grandes objetivos y finos cálculos (sin hablar de fidelidad, valor y temperancia, materiales constitutivos de toda estatua interior que se precie). Prueba de que la politología es a las voluntades lo que la sexología es a los sentimientos amorosos: una coartada que da vueltas alrededor del tiesto.

1. Al igual que el amor se vuelve vergonzoso mientras triunfa la pornografía, el puro placer de dominar, cuando ya sólo se oye hablar de “carreras” y de “posiciones”, debe ocultarse como una indecencia. Barthes sostenía que la “sentimentalidad del amor debe ser asumida por el sujeto amoroso como una transgresión fuerte, que le deja solo y expuesto”. ¿Qué decir entonces del sujeto ambicioso? Es extraño que esta emoción íntima y bruta, la del animal humano accediendo a la más modesta preeminencia (doméstica, de clan, corporativa: decano, patriarca, director, etc.), pase por la mismísima obscenidad, en un siglo más politizado sin embargo que todos los precedentes. Ese descrédito censura la pequeña voluptuosidad feroz tan seguro como el gesto tierno. Le ha conferido al discurso ambicioso, en su forma más elemental, la “extrema soledad” que el semiólogo reconocía en el discurso amoroso, ridículo, no actual, abandonado por las lenguas y los saberes. Uno y otro sólo están sujetos a una afirmación, exigua y tenaz, en primera persona.
2. Sí, he disfrutado de los coches con conductor, con divisa, con banderola, del ballet de motoristas a toda máquina, de las ca-

lles recorridas en dirección contraria con las sirenas ululando, de los correos discretos entregando los sobres a tiempo y en propia mano, de los comedores privados y sin pagar, de las notas sin encabezamiento ni firma de los servicios, de las líneas protegidas, de las destructoras de papel, de los teclados telefónicos de treinta teclas, de no volver a hacer cola en los aeropuertos, donde se pasa directamente de la sala de autoridades a la pista, de los aviones dispuestos a despegar en cuanto montamos, de los periódicos y semanarios depositados en la mesita, de las autopistas sin embotellamientos. Sí, disfruté también de una casa con terraza con vistas colgantes; de ver por mi ventana, en verano, a mi vecina de enfrente rehogar su comida, en el piso de abajo, sin ser visto por ella; increpar en voz alta a un personaje que no puede responderme porque está muerto o impedido; de retrasar mi propia respuesta a la carta de un peticionario, o peticionaria, que sin embargo dependen de ella. ¿Quién intentará el tratado de los pequeños vicios inmundos? ¿De las pequeñas ventajas de la función? Lo sexual tiene curiosamente más libertad para ser dicho en público que la dominación: una vez levantado el primer tabú, la censura se ha lanzado en su totalidad sobre la pulsión de dominio. ¿Cómo evocar esos espasmos discretos ligados a la relación humana más anodina desde el momento en que se vuelve disimétrica y sin reciprocidad posible? Además del valor, nos falta el lenguaje. No nos atrevemos y no sabemos.

3. En nuestras élites mediático-políticas donde las perversiones, proezas y fantasías sexuales no se llevan mal, encontré a tan escasos personajes importantes atreviéndose a declararse enamorados, asumiendo el desenlace tan tonto del amor, como importantes asumiendo sin evasivas las incoercibles y mudas ganas de reconocimiento, de titulares y de mando. El contraste es aún más flagrante en el medio intelectual. Esa nobleza meritocrática, a la que se entra por oposición, donde se vive de clasificaciones puntillosas y mutuas vejaciones, sólo está sin embargo poblada por grandes y pequeños enfermos, obsesionados por la prelación y el rango, disfrutando de reinar en los colegios, comisiones de especialistas, o de anticipo sobre recaudaciones, comités editoriales, consejos científicos, jurados (lugares todos donde tiene cogido al colega y al competidor). Pero es así: así como los que corren tras las faldas pueden pregonar sin ruborizarse sus desventuras, los que corren tras las cá-

tedras magistrales, las jefaturas de redacción y las direcciones de los programas deben callar las suyas. La respetabilidad de un intelectual sufrirá más confesando que amó en su juventud a un tirano que a los muchachos o a una prostituta de una sola pierna. Entrad en una librería y ved si el flechazo por Hitler, o la pasión por Mussolini, si el encaprichamiento por Mobutu, Títo o Pétain llenan las estanterías. Sólo encontraréis castas consideraciones generales sobre el Leviatán, la alienación y la servidumbre voluntaria.

Decididamente, falta el cuerpo.

Fraseología (echar pestes contra)

“Sería hora de acabar con el reino de las palabras huecas y las fórmulas vacías” (aquí y allá).

1. Como llamamos fraseología a la retórica de nuestros adversarios, llamamos “palabras” a las ideas en que ya no creemos e “ideas” a las palabras que en vez de ellas hemos preferido un momento después, y en cuyo nombre nos burlamos del verbalismo de nuestros mayores o de nuestra juventud. En 1965, *democracia, derechos humanos, Europa* sonaban en mis oídos como cascabeles herrumbrosos; en 1995, *revolución, imperialismo, lucha de clases*, resuenan como tambores reventados. ¿Qué reparto se hará, en el 2050, entre pitos y flautas? Algunos sociólogos consideran el “poder de las palabras” como un mito; cuestión de definición; el poder de los mitos, ese sí que no es una palabra. Por lo que el animal enfermo de la Historia puede ser considerado incurable.

¿Queréis curaros de la política? Es sencillo. ¡Operaos de la retórica! Ese programa común al personal dirigente de cualquier época y país peca de ingenuidad. Desgraciadamente inaplicable, es una añagaza más. ¿Cómo seleccionar con certeza las piedras filosofales, distinguir el “cliché pernicioso” de los “verdaderos valores”? La tabla podrida de Zig será el salvavidas de Puce: vuelta a la casilla de salida, Zig y Puce para ese viaje no necesitaban alforjas.

2. Además no podemos prescindir de grandes palabras –de valores de referencia– en la dirección de los asuntos, las que empleamos son transparentes como cristales. No vemos aquello a través de lo cual vemos. Un revolucionario no podía, por ejem-

plo, "pensar la revolución" (que le pensaba a él y lo programaba). Si los relojes pensasen sus resortes, ¿darían acaso la hora? Un "europeo" que invoca a cada momento "la necesaria construcción de la Europa unida" considera un sacrilegio cualquier intento de "igualación" de la entidad Europa. El practicante que dice sus oraciones cada día se pregunta qué ocurre con ese Dios al que reza.

Su Majestad la Palabra magnetiza a sus sujetos tanto mejor cuanto que opera en secreto, sin notas a pie de página, sin instrucciones de uso. Soles interiores, negros a fuerza de deslumbrar, las palabras maestras por las que guiamos nuestros pasos en la ciudad son aquellas, en el fondo, que menos comprendemos. Sé de qué me hablan cuando me señalan por su nombre a mi hija, un cuadro, al tendero de la esquina; pero, ¿la Justicia, el Progreso, la Libertad? Sólo los historiadores, esos astrónomos con retraso sobre la vida de las estrellas, podrán explicar dentro de un siglo a nuestros tataranietos lo que nuestra ingenuidad entendía por esas grandilocuencias de definición débil (como las imágenes del mismo nombre), y en qué trampas nos hicieron caer. ¿Serán entonces astros muertos? Es probable. En período de actividad esos astros se esconden detrás de su propio resplandor. Los cronistas no ven ni gota porque esos planetas gravitan en órbitas seculares, poniendo de manifiesto la larga historia de las mentalidades (tan alejada de las próximas o de las últimas presidenciales como la tectónica de placas de la jardinería). Como nuestras ambiciones de adulto se agarran a ilustraciones infantiles. ¿Cuántas decisiones graves han salido del tebeo o Monte-Cristo, Leclerc en Koufra, Marius en su barricada, Peter O'Toole en su camello?

En cuanto a los moralistas, el Comité Central de las palabras burla su vigilancia porque su arbitrariedad aparece sólo después. Nadie rechista en el momento, sólo los sectarios de la Palabra contraria, obediencia por naturaleza inaudible.

Ruptura (dolores de la)

En lo político-pasional, donde existen relaciones felices, no hay más divorcio que en otras partes. Más vale saberlo por adelantado para no presumir de sus fuerzas.

1. Es el pliegue de los afectos lo que vuelve tan difícil "pasar la página". Pasar a otra cosa, sin detenerse en ello y *de una vez por todas*, como Julien Gracq entregando el carnet del Partido comunista ante la noticia del pacto germano-soviético, o Lévi-Strauss abandonando de buenas a primeras las Juventudes socialistas (y el pacifismo que le había hecho aprobar los acuerdos de Munich). Previendo las fijaciones sentimentales, la relativa brevedad de esas militancias ayuda al desapego sin frases. Las inmersiones de larga duración vuelven por el contrario la *ruptura* (con un partido, una dependencia, una cabeza de fila) vacilante, chirriante, cacofónica. Como si una obscena y glandular insistencia hiciera befa de los progresos, los descubrimientos de la inteligencia. Es que nuestros ritmos internos son inconvenientes, desfasados entre nuestra parte afectiva, capa pesada y lenta de depurar, y nuestra parte discursiva, más alerta, sensible a las presiones del hecho y del argumento. Más "irresponsable". Renunciar a algo es más fácil que reñir con alguien. Sigue siendo más indoloro para una conciencia (política) rendirse a la verdad que para una memoria (emotiva) desdecirse. Incomodidad de tener que combinar las dos, que conjurar las palabras nuevas que nos explican nuestro pasado y las viejas músicas que todavía lo hechizan. De ahí los gazapos, las incoherencias del militante que empieza a interrogarse, "abre los ojos", "rompe el encanto". El cuerpo a cuerpo de las informaciones y de las complicidades. El trabajo que le cuesta a las tripas

ser sincrónicas, cuando el cerebro sigue su camino, presuntuoso. Cada antiguo esto o aquello está cargado con un peso de ternuras que tira hacia atrás, de manera que un derrotismo intelectual implacable puede hacer buenas migas, en un mutante, con un cierto irredentismo sentimental. ¿Si hay sadomasoquistas, por qué no habría de haber abstencionistas comprometidos? (Yo me impliqué a fondo y a tiempo completo en la campaña electoral de Mitterrand en 1981, después de haber escrito dos años antes *Francia, fin de emisión*, al que yo no tendría, quince años después, nada que suprimir, donde explicaba en todas las páginas que no había nada original que esperar de un país normalizado y vuelto a centrar.) Y si oyera esta noche a una muchedumbre en mi calle cantar *Bella Ciao* o *Los cuatro generales*, con las pancartas y los eslóganes de 1965, por supuesto que bajaría a la calzada para ir tras sus pasos, sin ignorar la añagaza de esas exaltaciones contagiosas, de resultados probablemente contraproducentes (agravando la inicial iniquidad que se quería abolir). Se puede pensar una cosa y hacer la contraria, ya que pensamos sobre la cosa política conscientemente pero entramos en ella empujados por su inconsciente.

¿De que sirve no “contentarse ya con las palabras” si esos aires olvidados nos ponen de repente la carne de gallina, si ciertos timbres de voz siguen afectándonos, en el mismo momento en el que las frases que pronuncian nos parecen delirantes e insostenibles? “Bien lo sé... pero sin embargo.” Si me llaman “camarada” o “compañero”, algo en mí vibra, intacto y fresco como en el 40. En vano me jacto de ver bastante claro en el análisis de las cosas si no me remito a la evaluación objetiva de una coyuntura por la conducta que lógicamente de ella se deduce, que debería adoptar y no puedo. Así el celo sirve durante años a una fe extinguida.

2. El bloqueo afectivo, la machaconería de las dichas pasadas no carecen de efectos cómicos, como el juramento de borracho que lanzamos para la galería: “No, no volveré a las reuniones, no volveré a comprar *Le Monde*; por otra parte, no volveré a intervenir jamás en esos debates ineptos, inútiles; no me volverán a pillar”. Al día siguiente el deseo de influir puede más, con sus alucinaciones. (¿Cuántas veces no habré canturreado ese “vámonos, vámonos” de ópera cómica? ¿No habré añadido a tal o cual “obra de intervención” una notal final perentoria señalando que esa sería mi última palabra, que todo eso ya no

me interesaba, que no volvería a escribir jamás de política, que el esfuerzo no sirve para nada? Lo que no deja de ser demasiado cierto, pero no me impedía repetir un año después con un libro de estrategia diplomático-militar o una "libre opinión" sobre la Europa de Maastricht, la guerra del Golfo o Yugoslavia, sin efecto alguno, como era natural, por ir contra corriente.) Que nuestras fulminaciones no tengan ninguna influencia sobre la marcha de las cosas y de los espíritus podemos admitirlo; pero que ya no la tengan sobre nuestros propios reflejos es ofensivo.

3. Si el *homo politicus* no fuera doble sería fácil de enmendar, de razonar. Toda "toma de conciencia" estaría seguida al momento por efectos. Pascal: "Los hombres están tan necesariamente locos que sería estar loco por otra vuelta de locura el no estar loco". A esta sensatez que no se sabe locura se refiere Octavio Paz —ese gran lírico comprometido pero cerrado al fervor de los demás— cuando escribe: "La política es el teatro de los espejismos", trivialidad piadosa, al tiempo que añade, trivialidad esta vez arriesgada: "Solamente la crítica puede preservarnos de sus hechizos nefastos y sangrantes". Optimismo que no tiene en cuenta la doble naturaleza de todo individuo implicado en los asuntos públicos (*a fortiori* si es un "intelectual"). Teoría y práctica no van de común acuerdo. La crítica tiene todas las posibilidades de revelarse impotente ya que, al igual que hay dos historias en la Historia, la de las máquinas, que avanza, y la de los cuerpos, que se estanca, el individuo que cree en los espejismos es distinto al que ejerce su espíritu crítico, incluso si psíquicamente sólo son uno. El hechizado y el exorcista, el delirante y el lúcido pueden cohabitar al mismo tiempo en un solo individuo o una misma época social. Hannah Arendt y los *gauleiters* son contemporáneos, como los *Ensayos* de Montaigne y la Saint-Barthélemy. Llevamos los dos en nosotros, a nuestra manera (el genio y el horror nos faltan).

Cada uno repite a lo largo de su vida la historia del cancelólogo brillantísimo que, partidario de decir la verdad a los pacientes, una vez que a él mismo le afectó la enfermedad, al punto se lo ocultó y murió en la certeza de que una mala gripe se lo llevaba.

Secreto (necesidad del)

Consustancial al deseo de acceder a una “situación de poder”: descubrir lo que nos está escondido. Al placer de ejercerlo: ocultar a los demás lo que importa. ¿Tengo poder? Me callo porque sé lo que vosotros no sabéis. ¿Vosotros no lo tenéis? Os manifestáis y gritáis en la calle (por ignorancia de lo que hay que saber)

1. “Sacristía” y “secretario” tienen la misma raíz, *secernere*, poner aparte, distinguir. Lo profano es de libre acceso, lo sagrado es secreto, el secreto está bajo el sello, los sellos tienen guardias tras un doble recinto. Zigurat, acrópolis, torre, ciudadela o puesto de mando subterráneo —un lugar de poder está indicado por los muros que lo esconden a la vista desde fuera. Hoy: por las barreras metálicas, el filtro en la puerta, los guardias republicanos, centinelas, ujieres, vigilantes que apartan ostensiblemente al *vulgum*. El poder está allí donde no podemos entrar como Pedro por su casa, tras el puente levadizo donde hay que enseñar la patita blanca (huella magnética o tarjeta tricolor). El punto central: la sala de la cifra; el signo de reconocimiento: el mensaje codificado, la línea críptica. El prestigio del poder está menos unido a la exhibición de fuerza que al hermetismo, al a puerta cerrada y al silencio. “El prestigio no puede existir sin misterio ya que se venera poco lo que se conoce demasiado bien”, escribe de Gaulle (el único de su campo de prisioneros, indica Lacouture, al que sus camaradas nunca vieron desnudo bajo la ducha). Un secreto de Estado es una redundancia y un Estado sin secretos no lo es. Conclusión: la voluntad de volver a cualquier precio transparentes las esferas estatales parece o dimisionaria o hipócrita (permitiendo *in extremis* la hipocresía escapar a la dimisión). Nada más sacrí-

lego y más inepto que la publicación de un parte médico periódico del jefe del Estado, que todos los demás remilgos publicitarios importados de América por unos tontos (que ignoran que en los Estado Unidos Dios se hace cargo personalmente del espacio reservado, mientras que un Estado laico está obligado a tener su sancta-santórum en el interior de sí mismo). En las iglesias bizantinas el santuario está cerrado por el iconostasio. En una sociedad atea, por el secreto de Estado.

2. Las teorías delirantes del poder como ocultismo generalizado y conspiración permanente (de tipo situacionista), y, al otro extremo de la cadena, las obras informadas sobre la parte de sombra de un régimen (red tenebrosa, servicios de información, misiones ultrasecretas y relevos de desinformación), paradójicamente consolidan la apología del régimen en cuestión. Mantienen el imaginario ancestral de la sombra, el mito monárquico de una omnipotencia escondida tras la apariencia anodina, el largo brazo teledirigiendo a los inocentes sin que lo sepan. El investigador lleva a cabo un trabajo cívico y necesario pero no puede ignorar que acrecienta así la fuerza de sugestión y el prestigio, la parte de misterio y el poder de los poderes que denuncia. Si corre la cortina de la ducha hace pensar que todavía hay otras, en otra parte o detrás.
3. La puerta en las narices, el cartel “prohibida la entrada”, el servicio de orden que nos empuja con un brazo musculoso recrean la situación de infancia. No vamos al despacho de nuestro padre o al salón cuando hay invitados. Hay discusiones en las que los niños no pueden participar. Es lo que vuelve la vida interesante, nos hacía escuchar en las puerta y espiar por los agujeros de la cerradura. Llega luego el terrible descubrimiento: que las discusiones a las que los niños no estamos admitidos son ellas mismas infantiles. Estamos entonces resentidos con nuestros padres, por haberles creído.

Nada más decepcionante que la trivialidad de las “altas esferas”, la frivolidad de los apartes entre jefes de Estado, las trivialidades que se intercambian a solas. La animación, las conversaciones de los “grandes de este mundo” no son sustancialmente diferentes de las nuestras. Los santuarios de las estrellas y semidioses, vistos desde dentro, tienen baños, manchas en las alfombras, olores de cocina, y se oyen las mismas bron-

cas y simplezas que en nuestros apartamentos. Pues no es lo sagrado quien exige el recinto, es el recinto quien hace lo sagrado. La prueba: en cuanto nos encontramos en la calle, sin acceso, nos vuelve a tomar el sentimiento de que allí, tras los muros del Palacio o las barreras metálicas, hay una vida agitada, sobreexcitada, "a cien por hora", de la que estamos excluidos porque es inaccesible al común de los mortales (como una estrella de la pantalla recupera para nosotros su impalpable y fabulosa diferencia en cuanto nos ha abandonado).

4. Podemos conservar algunas bastillas, algunas ciudadelas infranqueables. Sería demasiado desmoralizador arrasarlas todas. ¿Cayó el Muro? ¿Se declara ciudad abierta? No, no nos rendiremos. Exigimos de nuestras sociedades que levanten otros muros, que ciertos lugares sigan militarmente prohibidos y que se mantengan las entradas prohibidas, por lo menos muy severamente controladas. El sueño del poder está a ese precio (y en particular nuestra confianza en la aptitud de nuestros gobernantes para mandarnos porque no pueden decirnos todo ni mostrarnos todo).

Suicidio (malestar ante el)

Antes las salidas voluntarias, la corporación posmoderna sigue bajo la influencia del concilio de Arles del 452, que prometió el infierno al suicida como presa de un furor diabólico (aliqua furoris rabie constrictus). La censura cristiana del suicidio ha resistido muy bien la secularización de nuestras sociedades. Entre los no creyentes, el suicidio del político sigue siendo sacrilegio.

Un antiguo primer ministro, un consejero del Presidente se matan. Un breve pánico se apodera de los allegados, de los amigos, de cada hijo de vecino, como ante una inconveniencia, una incomprensible enormidad que hace tambalearse la imagen que teníamos tanto de esos hombres como de la cosa pública.

1. ¿Cómo explicar esta paradoja: nuestra vergüenza difusa ante el ejemplo mismo de la firmeza de ánimo? En primer lugar porque hay en ella malas maneras para con los profesionales de las palabras. La política es lenguaje, y el silencio llama al silencio. La muerte voluntaria es jugarle una mala pasada a los sermones y a los elogios fúnebres. Imperdonable. Humilla nuestra capacidad de explicación, se mofa de la recuperación partidaria, deshace la presunción intelectual. ¿Cómo insertar en un bello concierto de razones el disparo por el que lo irremediable irrumpe en el progreso, la diferencia individual en el supuesto unanimismo y el vértigo en nuestras lógicas? La plenitud del acto subraya la pobreza de los discursos (incluidos los psicoanalistas) o denuncia su retórica. No es que carezca de sentido, es que tiene demasiado; eso nubla el ingenio. El tribuno está allí para aducir lo sencillo, apaciguar la angustia con claras

certezas. Todo suicidio es enigmático, la ambigüedad hace su fuerza, apolítica y salvaje. Es cada vez diez en uno; uno solo resume la serie de los posibles (a los que hay que restar, en nuestras latitudes, el suicidio de acompañamiento, a la manera *sati* hindú o guerrero galo). Podemos leer en él una señal de desánimo, de ánimo, de reconvención, de resolución, de melancolía, de venganza, de culpabilidad. ¿Cómo seleccionar? ¿Con cuál quedarnos? ¿Y qué hacer con un punto de interrogación? Silencio. Nada. Meditación. Ensoñación. Música fúnebre. El *Requiem* de Mozart derrota cualquier política, domina y apabulla cualquier discurso.

2. Es en el “campo popular” donde hoy el acto aristocrático por excelencia (los esclavos en Roma tenían prohibido el suicidio, reservado a los hombres libres, únicos dignos de ceñir esa corona) es a la vez el más frecuente y el mejor censurado. ¿Por qué tan frecuente? Quizá porque llegada demasiado tarde a un mundo demasiado viejo, la especie militante de la que se ha apoderado el *spleen* ya no tiene el recurso del compromiso monástico que permitía al cristiano morir para el mundo sin tener que matarse y al jansenista saborear la espiritualidad del aniquilamiento, retirándose entre los solitarios de Port-Royal, sin suprimirse físicamente. ¿Por qué la censura, especialmente en el universo comunista, que hubiéramos podido creer materialista, y por esa razón espontáneamente de acuerdo con las sabidurías de la Antigüedad, cínica, epicúrea (“No hay necesidad de vivir en la necesidad”, decía Epicuro) y estoica (Catón de Útica acosado por César: “Ahora, soy mi dueño”)? Porque los fundadores tenían que ver más con Cristo que con Séneca. El *Manifiesto del Partido comunista* tuvo como primer título *catecismo* comunista, o *profesión de fe* (como lo revela la correspondencia Marx-Engels de 1848). San Agustín puede pues abrumar a Jaurès sobre ese punto. El obispo de Hipona sólo preveía derogación de la regla en caso de citación divina. Contemporáneo de los mártires, más indulgente, Tertuliano había admitido que se puede lograr imitar a Jesús matándose para escapar de los malvados. Santo Tomás condena categóricamente el cuádruple atentado (contra Dios, la naturaleza, la caridad y la sociedad). Tal es el superego teológico del militante que no puede dejar de presentir en el suicidio de un correligionario un delito de huida o de deserción, en lugar de ver en ello una prueba de suprema responsabilidad. La vida del revolucionario pertenece a la revolución como la del de-

voto de Dios no tiene derecho a disponer de ella solo: reflejo medieval del supuesto emancipado (la Edad Media negaba la sepultura al suicida, cuando no hacía pasar al cadáver a juicio).

3. Sin duda hay en este tabú un interés puramente práctico, el del jugador de ajedrez en conservar sus piezas, que llevó a Napoleón a censurar el suicidio por amor del granadero Gobain en un parte célebre de la Grande Armée: ¿cómo “jugar a los hombres” si los peones tienen el mal gusto de ahorcarse? *A fortiori*, la suprema rebelión contra el orden de las cosas no cabía en la ortodoxia bolchevique (“suicidio” era inencontrable en la Gran Enciclopedia soviética así como en la prensa de los partidos). La sana doctrina, más tolerante con el infarto que con el suicidio, con lo accidental que con lo voluntario, hará de ello un monumento de debilidad o de extravío, sin significación particular –un hueco, no una cima. ¿No es acaso criminal terminar con la vida, que es promesa de felicidad, cuando no hay edad para luchar contra el capital? En eso la izquierda más exigente no tenía la teoría de su práctica. Laura, la hija de Marx, y su marido el cubano Paul Lafargue pusieron fin a sus días en 1911, a la edad de setenta años. Innumerables los suicidios de comunistas de la época álgida, desde Mayakovski a Pavese, pasando por Joffé, Esenin, Glazman, Dazai y tantos otros.
4. El tema apenas ha interesado a los demógrafos. Veinte cada cien mil todos los años en las poblaciones europeas. La tasa es estable en todas las sociedades. ¿Cuántos en el pueblo de izquierdas? Siempre menos que en la extrema izquierda, donde la tasa de suicidios a simple vista no fue inferior a doscientos cada mil. Un hombre o una mujer que se compromete en la vía del *no* radical tenía cien veces más de probabilidades que otro de violar la prohibición conciliar. Los defensores de Massada lo mostraron: sólo un ser sujeto a una absoluta moral sostendrá que “la nada vale más que una vida sin justicia”. La elección individual o colectiva de la nada sigue chocando al optimismo histórico que sirve de decorado convenido al “campo de la esperanza” (somos poco numerosos los que defendemos la causa de una izquierda pesimista). Del lado bolchevique, ciertos suicidios –el del trotskista Joffé en 1928, por ejemplo– se dieron como actos ofensivos y militantes, verdaderos banderines de enganche. ¿Miseria de la revolución, grandeza del revolucionario? Esos disparos de pistola restallan como orgullosos

“despertad”. Orgullo, sí, si el grito se entiende como “soy demasiado bueno para lo que tenéis que ofrecerme”. Se puede también entender como una manera de recordar a los empaquetados de la vida que lo real no es nuestra ley y que la vida importa menos a los hombres libres que sus razones de vivir. Era el mensaje de Jan Palach en Praga, o del bonzo en Saigón. Así se ha hecho siempre y en todas partes la división entre lo noble y lo vil, los samurais y los militarotes. A estos últimos se los reconocía en Japón en que ignoraban el *seppuku* ritual. Si un mercenario derrotado, si un político derrotado se vuela la cabeza, es que no eran ni mercenario ni político. Para que conste. Entonces, la muerte de un militante honra a toda su comunidad con esperanza y, reinsuflando vida a los principios que enarbola en sus banderas, da un nuevo impulso a los vivos. Es lo menos, si la de ellos se ve así realzada, que rueguen por el reposo del alma del sacrificado.

Índice onomástico y toponímico

- Accra 46
África 45-46, 55-56, 63, 104, 188,
205, 225, 253, 297, 359
Agustín, san 18, 110, 215, 222, 464
Alain (Émile Chartier) 27
Alarico 20
Albania 26
Alemania 79, 87, 206, 249, 302,
345, 348, 360, 445
Allende, Beatriz 172
Allende, Salvador 51, 135, 167,
169-172, 175, 178, 190, 192,
217, 234, 241, 324, 397
Althusser, Louis 28-29, 35, 79,
180, 202, 241
América del Norte 56, 114, 139
América Latina 31, 39, 45-46, 50,
59, 64, 72, 74, 89, 93, 101, 111,
117, 152, 167, 181, 190, 195,
224, 286, 302, 336, 350, 419, 440
Amsterdam 114
Angola 46, 80, 186-187
Aníbal 20
Anthonioz de Gaulle, Geneviève
406
Aragon, Louis 38, 162, 180, 315,
418, 422
Arbenz, Jacobo 31
Arendt, Hannah 233
Argel 44, 49-50, 67, 80, 114, 149,
178, 193, 241, 414
Argelia 23, 45, 50, 64, 103, 163,
241, 363, 445
Argentina 77, 79, 92, 139, 184
Aristóteles 27, 206, 223
Armstrong, Neil 160
Aron, Raymond 27, 202
Asia 45, 55, 207, 225
Asturias, Miguel Ángel 61
Attali, J. 232, 330
Auriol, Vincent 219
Babeuf, Gracchus 95
Bacall, Lauren 57
Badinter, Roger 256, 280, 330
Baez, Joan 36
Bagdad 114
Balzac, Honoré de 61, 71, 245
Banier, François-Marie 250
Barbey d'Aurevilly, Jules 153
Bardot, Brigitte 25, 160
Barka, Ben 43, 45-46, 89
Barn, Paul 46
Barrès, Maurice 249, 421
Barrientos, general 183
Barrios, Jaime 167
Barthes, Roland 49
Batista, Fulgencio 76, 138, 197
Baviera 97, 170
Beatles, los 25, 49
Beauvoir, Simone de 250
Beimler, Hans 85

- Bella, Ben 45, 49, 241, 363
 Bellochio, Marco 47
 Benjamin, Walter 236
 Berlín 64, 72, 83, 95-96, 118, 405
 Berlusconi, Silvio 271
 Bernanos, Georges 421
 Béjar, Héctor 46
 Bérégovoy, P. 152, 216
 Bianco, Jean-Louis 305
 Bishop, Maurice 62
 Blanqui, Louis-Auguste 34, 97
 Bloch, Marc 423
 Blondin, Antoine 250
 Blum, Léon 216, 237, 281, 414
 Bogart, Humphrey 57
 Bogotá 105, 160
 Bolivia 46, 51, 65, 79, 88, 90, 92,
 104, 128, 137-138, 146-147, 150,
 163, 170, 175, 182, 184, 188,
 193, 286
 Bolívar, Simón 34, 58, 60, 82, 135,
 158, 188, 192, 377, 440
 Bongo, Omar 256
 Borel, Jacques 49
 Bosnia 413
 Brasil 46, 114, 290
 Brasillach, R. 22, 120
 Brassens, Georges 135
 Braudel, Fernand 250
 Bravo, Douglas 33
 Brazzaville 34
 Brecht, Bertolt 46, 190, 363
 Brel, Jacques 49
 Breton, André 64, 84, 183
 Brézhnev, Leonid I. 285
 Briones, Tito 80
 Brossolette, Pierre 307, 332-333
 Bruselas 83, 331, 346, 351
 Buchenwald 23-24, 79, 276
 Buenos Aires 114
 Bujarin, Nikolai I. 83
 Bulganin, Nikolai A. 124
 Bulgaria 124, 345
 Bumedián, Huari 49
 Buñuel, Luis 49
 Buonarroti, Philippe 95
 Burkina Faso 63
 Bush, George 218
 Cabral, Amílcar 46
 Camaño, Francisco 44, 80
Campesino, Valentín González *el*
 30
 Camus, Albert 170
 Canaris, almirante 72
 Cantón 95, 97, 160, 235, 386
 Caracas 34, 50-51, 61, 65, 83, 111,
 235
 Carlomagno 37, 151, 384
 Carlos el Temerario 222
 Carlos V 56, 337-338
 Carlos X 281
 Carnot, Lazare 159
 Carpentier, Alejo 63
 Carrel, Armand 97
 Cartago 206
 Casasola, Agustín Víctor 21-22
 Cassi, René 247
 Castillo, Otto René 152
 Castro, Fidel 19, 37, 39, 50, 58-59,
 64-65, 67-70, 72-73, 81-82, 86,
 107, 111-119, 121-128, 130-132,
 134, 136-138, 141-149, 171-172,
 174-175, 177, 179-182, 184,
 190, 192-195, 197, 199, 202,
 327, 335-336, 349, 397, 410,
 418-419
 Castro, Raúl 123-124
 Catalina la Grande 280
 Cervantes, Miguel de 137
 Céline, Louis-Ferdinand 79, 433
 Céspedes, Carlos Manuel de 61,
 115, 148
 Chaliand, Gérard 46
 Chaplin, Charles 83, 85
 Charles-Roux, Edmonde 174
 Charpak, Georges 200
 Chateaubriand, François René 20,
 58, 97, 281, 348
 Chevènement, Jean-Pierre 218, 426
 Cheysson, Claude 278, 280, 324, 360
 Chibas, Raúl 148

- Chile 79, 93, 141, 164, 167, 169-171, 175, 192, 234, 241
- Chilperico 26
- China 26, 44-45, 50, 93, 103, 127, 137, 196, 241, 307, 314, 327, 406, 415
- Christie, Agatha 283
- Chu En-lai 44
- Churchill, Winston 16, 23, 199, 382
- Cicerón 110
- Cienfuegos, Camilo 66, 145
- Claudél, Paul 32
- Clausewitz, Karl von 64, 202, 206
- Clay, Cassius 45
- Cleaver, Eldrige 85
- Clemenceau, Georges 126
- Clodoveo 26
- Cloots, Anacharsis 191
- Colbert, Jean-Baptiste 226, 313
- Colliard, Jean-Claude 329
- Comte, Auguste 27, 222
- Congo-Kinshasa 46
- Conrad, Joseph 137
- Cooper, Gary 35, 127
- Corea 50
- Cortázar, Julio 216
- Cortés, Hernán 82
- Coty, René 217
- Couthon, Georges 148
- Couve de Murville, Maurice 328
- Córcega 114
- Cruz Wer, Rogelio 31
- Cuba 26, 31, 35, 39, 45-46, 50, 59, 64, 70, 72, 77, 82, 90, 93, 98, 100, 102, 106, 110-111, 113, 116, 122, 126, 137-139, 142, 144-149, 182-183, 185-187, 191-192, 196-197, 349, 435
- Daix, Pierre 79
- Dalton, Roque 105, 152, 182
- Daniel, Jean 310, 324
- Dar-es-Salaam 139, 331
- de Gaulle, Charles 17, 43-44, 77, 126, 135, 160, 163, 183, 232, 241, 247, 249-251, 253, 258, 261, 310, 328, 332, 348, 354, 367, 375, 382, 396, 406, 414, 418, 440, 459
- Dean, James 142
- Deferre, Gaston 43
- Degas, Edgar 148
- Delacroix, Eugène 36
- Deleuze, Gilles 161
- Diderot, Denis 143, 259, 280
- Diên Biên Phu 44, 103
- Dionisio II 223
- Dorticós, Osvaldo 124, 129
- Drieu La Rochelle, Pierre 418
- Dubuffet, Jean 49, 392
- Dumas, Alejandro 286, 310
- Dumas, Roland 310
- Dumont, Louis 250
- Duras, Margueritte 49, 149, 276, 373, 433
- Durero, Alberto 371
- Duvalier, François 122
- Dylan, Bob 49
- Eastwood, Clint 160
- Ecuador 89
- Edison, Thomas Alva 384
- Eduardo VIII 338
- Egipto 50
- Ehrenbourg, Ilya 180
- Eisenstein, Serguei Mijáilovich 35, 414
- El Cairo 45, 50, 89
- Éluard, Paul 98
- Enrique II 21, 122
- Enrique IV 235
- Ernst, Max 61, 79
- Escalona, Demetrio 80
- España 31, 36, 38, 84-85, 97, 102, 122, 199, 217, 264, 281, 413, 423, 440
- Esparta 206
- Estados Unidos 16, 44, 47, 61, 72, 117, 138, 144, 158, 192-193, 290, 325, 346, 354-355, 360-361
- Etiopía 80, 186-187

- Europa 21, 31, 46, 55, 61, 63, 78,
 81, 101, 103, 105, 109, 114, 120,
 153, 160, 170, 181, 183, 189-
 190, 198, 203, 206, 214, 216,
 234, 252, 260, 263-264, 313,
 320, 338, 345-347, 350-351,
 355-357, 360, 363, 367-368,
 376, 383, 409-410, 435, 440,
 453-454, 457
- Fabius, L. 232, 330
 Fanon, Frantz 46, 102
 Farrakhan, Louis 44
 Faure, Edgar 319, 364
 Federico II 115, 223
 Felipe, León 137
 Felipe el Hermoso 122
 Felipe II 57, 199
 Feltrinelli, Giangiacomo 183
 Ferré, Leo 49
 Flaubert, Gustave 9, 118, 294, 375
 Foch, mariscal 303
 Forman, Milos 49
 Foucault, Michel 250, 345
 Francia 21, 32-34, 36, 39, 43, 48,
 64-65, 72, 74-75, 77, 79, 84, 86,
 90-92, 95, 98, 103, 109-110, 116,
 118, 121, 126, 131, 153, 160,
 162-163, 170, 175, 191, 201,
 208, 213-214, 218, 221, 226,
 232, 234-238, 240-242, 245, 247,
 249, 252, 262-264, 285-286, 290,
 295-296, 301, 305, 311-312, 320,
 325, 332, 345-346, 348-351, 355,
 357, 359, 361, 364, 368, 379-
 380, 383, 421, 436, 440, 456
 Franco, Francisco 115, 149
 Francos, Ania 31
 Freud, Sigmund 148, 261
- Gaddafi, Muammar-el 413
 Gagarin, Iuri 47
 Gambetta, Léon 259
 García Lorca, Federico 38, 137
 García Márquez, Gabriel 196, 216
 Garibaldi, Giuseppe 119
- Gary, Romain 21, 422
 Géricault, Théodore 315
 Ghana 45
 Giap, Vo Nguyen 46, 56, 64, 102,
 144
 Gibbon, Edward 138
 Gide, André 440
 Gilly, Adolfo 46
 Giraudoux, Jules 234, 435
 Giscard d'Estaing, Valéry 313
 Godard, Jean-Luc 47
 Goldman, Pierre 74
 Gorbachov, Mijaíl 284
 Gorce, Paul-Marie de la 328
 Gorz, André 222
 Gould, Glenn 304
 Gracián, Baltasar 276, 390
 Gracq, Julien 200, 433, 455
 Granada (Estado de) 62, 66, 79
 Grass, Gunther 249
 Grecia 27, 171, 418
 Gregorio Magno 114
 Grossouvre, François de 152, 232,
 255, 258
 Guardia, Patricio de la 194
 Guardia, Tony de la 194
 Guatemala 45-46, 68, 79, 105, 182
 Guesde, Jules 234
 Guevara, Ernesto *Che* 31, 46, 50-
 51, 59-60, 77, 79, 86, 92, 100,
 102-103, 107, 116, 118, 128, 132,
 134-151, 157, 161, 169, 171-172,
 177, 181, 184, 186, 188, 191-193,
 199, 203, 241, 261, 286, 418-419
 Guigou, Élisabeth 306
 Guillebaud, Jean-Claude 347
 Guimard, Paul 232
 Guinea 35, 45
 Guinea-Bissau 46, 80
 Guinness, Alec 91, 197
- Habas, George 106
 Hallyday, Johnny 49
 Hamburgo 97, 183
 Hanoi 26, 34, 80, 325
 Hassan II 46, 363

- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich 169, 186, 189, 208, 264, 379
 Hernu, C. 257
 Herriot, Édouard 27
 Hikmet, Nazim 38
 Hiroshima 23, 205
 Hirou, Christian 70
 Hitler, Adolf 20, 386, 409, 419, 435, 451
 Ho Chi Minh 34, 144
 Holden, Robert 138
 Hong Kong 114
 Hugo, Victor 20, 37, 264, 325, 346
 Hussein, Saddam 413
 Hyppolite, Jean 188-189

 Ibárruri *la Pasionaria*, Dolores 23, 36
 Ignacio de Loyola, san 65, 130, 148
 India 45, 93, 250
 Indonesia 44-45
 Inglaterra 114, 167
 Italia 170, 244, 260, 264, 356
 Ivens, Joris 35

 Jacob, François 21
 Jagger, Mike 49
 Jamaica 193
 Jannings, Emil 85
 Japón 45, 114, 206, 257, 315, 325, 466
 Jaruzelski, general 272
 Jaurès, Jean 27, 217, 362, 464
 Jeanneney, Jean-Noël 318-319
 Jihad, Abou 46
 Jimeno, Claudio 167
 Johnson, Lyndon B. 44
 Jomeini, ayatolá 413
 Jospin, Lionel 174
 Joyce, James 84, 433
 Juana de Arco 36, 152
 Jukov, mariscal 124
 Julião, Francisco 46
 Jünger, Ernst 79, 249

 Kalachnikov, Mijaíl 47, 123, 172
 Kant, Immanuel 394
 Kassowitz, Peter 70
 Kennedy, John F. 135, 360
 Kennedy, Ted 360
 Kierkegaard, Sören 112
 Kouchner, Bernard 33
 Krushev, Nikita S. 125, 405
 Kun, Béla 83
 Kundera, Milan 105
 Kurdistán 95
 Kurosawa, A. 127

 La Bruyère, Jean de 259, 390
 La Habana 31, 39, 45, 55-56, 58, 67, 74, 80, 82-83, 86, 89, 97, 102, 104, 114, 116, 120, 123, 126, 129, 136, 138, 159, 172, 174, 180-181, 183-184, 187, 189-192, 194, 197, 335-336, 379, 406
 La Paz 78, 158, 206
 La Rochefoucauld, François de 90
 Lamartine, Alphonse de 251, 391
 Lang, Fabius 216, 232, 249, 280
 Lang, Jack 216, 232, 249, 280
 Lansky, Meyer 57
 Lanzmann, Claude 50, 250
 Las Cases, Emmanuel, conde de 194
 Lawrence de Arabia (Thomas Edward Lawrence) 21, 92
 Le Carré, John 76
 Lefebvre, Raymond 83
 Legatte, Paul 321
 Lenin 20, 25-28, 34-35, 44, 56, 64, 84, 93, 96-97, 101, 118, 126, 132, 159, 260, 384
 Leone, Sergio 85
 Léger, Fernand 61
 Lévi, Jean-Daniel 306
 Lévi-Strauss, C. 84, 178, 455
 Littín, Miguel 169
 Líbano 193, 351, 388
 Líster, Enrique 30-31
 London, Artur 85
 Londres 61, 98, 332, 348, 422

- Long, Marceau 365
 Lora, César 46
 Luciano, Lucky 57
 Luis XI 122
 Luis XIII 282
 Luis XIV 21, 135, 138, 258, 390, 396, 410
 Luis XVI 161, 447
 Luis XVIII 315
 Lukács, György 94
 Lumière, hermanos 288, 384
 Lumumba, Patrice-Émery 139
 Luxemburgo, Rosa 34-35, 101

 Maceo, Antonio 115
 Madrid 23, 31, 57, 83
 Mailer, Norman 193
 Maistre, Joseph de 110
 Malcolm X 44
 Malle, Louis 49
 Malraux, André 37, 77-78, 85, 223, 281, 418, 421
 Managua 152, 189, 379, 388
 Mandel, Nelson 46, 360
 Mao Zedong 19, 25, 27, 30, 35, 56, 64, 77, 89, 115, 122, 137, 144, 181, 241, 386, 415, 422
 Maquiavelo, Nicolás 123, 144, 202, 208, 280-281, 382
 Marchais, Georges 79
 Marche, Olivier de la 56
 Marcos, subcomandante 106, 146-147, 153, 415
 Mariana, Juan de 126
 Marivaux, Pierre 256
 Marker, Chris 35
 Martí, José 60, 104, 115, 134, 148-149
 Marx, Karl 25-26, 36, 58, 60, 80, 101-102, 118, 126, 202, 241, 263-264, 392, 423, 439, 446, 465
 Maspero, François 31, 46
 Matisse, Henri 49
 Mauriac, François 281, 286
 Mendès France, Pierre 136, 241, 245-247

 Mercuri, Melina 216
 Messmer, Pierre 287
 Meyer, Daniel 57, 241
 Médicis, Lorenzo de 19, 226, 281
 México 21-22, 45, 64, 82, 84, 103, 110, 137, 158, 196, 414, 418
 Miami 100, 112, 126, 187, 197, 336
 Michelet, J. 98-99, 216, 240
 Mifune, Toshiro 127
 Mikoyan, Anastasi I. 124
 Milán 183, 260, 293
 Millán Astray, José 149
 Milosevic, S. 413
 Mitterrand, François 19, 43, 51, 118, 122, 131-132, 134-136, 171, 174, 179-180, 190, 227, 231-232, 235-238, 240, 242-243, 245-247, 249-251, 253, 256, 259-262, 264, 281, 287, 310, 312, 324, 327-328, 349, 354, 360-361, 387, 389-391, 394, 397, 410, 414, 456
 Mobutu, Sese Seko 19, 46, 139, 451
 Modesto, general Juan 30
 Monje, Mario 184
 Montaigne, Michel de 318, 457
 Montand, Yves 361
 Montaner, Rita 57
 Montané, Jesús 67
 Montesquieu, barón de 417
 Montherlant, Henry de 433
 Moravia, Alberto 107, 119-120
 Moré, Benny 57
 Morin, Edgar 317
 Moscú 23, 26, 31, 49, 79, 83, 85, 89, 101, 118, 120, 176, 185, 191, 194-195, 219, 284, 315, 354, 357, 406
 Motchane, Didier 174
 Moulin, Jean 34, 37, 236
 Mozambique 46
 Mónaco 47
 Muglioni, Jacques 168
 Muhammad, Elijah 44

- Murat, J. 216
 Musset, Alfred de 343
 Mussolini, Benito Mussolini 115,
 119-120, 197, 244, 451
 Münzenberg, Willy 85

 Nancy 39, 64, 90
 Napoleón Bonaparte 96, 260, 313,
 375, 391, 440
 Napoleón I 233
 Napoleón III 179, 233, 396
 Nasser, Gamal Abdel 45, 242, 413
 Neruda, Pablo 61
 Neto, Agostinho de 46
 Nietzsche, Friedrich 445
 Nixon, Richard 19
 Nora, Pierre 250
 Nueva York 293

 O'Toole, Peter 92, 454
 Olivares, Pedro 167
 Ormesson, Jean d' 220
 Ostrovski, Nikolai 124
 Oswald, Lee 284

 Pablo, san 99, 121, 131, 140, 148,
 386
 Padilla, Herberto 181-182
 Países Bajos 47
 Palme, Olof 295
 Paraguay 47
 Paredes, Coco 175
 París 21, 26, 30, 32, 34, 37, 45-46,
 48-49, 62, 64, 66, 79, 83-84, 86,
 94, 96, 100, 103, 118, 135, 139,
 142, 153, 159-161, 181, 185, 191,
 195, 200, 217-219, 227, 250, 272,
 285, 288, 293, 298, 300, 310,
 325, 330, 335, 338, 348, 358-361,
 365, 369, 391, 396, 414, 446
 Paz, Octavio 457
 Paz Estenssoro, Víctor 158
 Páez, Nora 152
 Pekín 49, 77, 89, 114, 315
 Perrault, Gilles 76, 396
 Petkoff, Luben 46

 Pérec, Georges 49
 Periódicos y revistas
 Annales 250
 Débat 250
 Esprit 250
 France-Soir 181
 Granma 73, 82, 104
 Hérodote 250
 Inprekor 83
 L'Humanité 43
 La Parisienne 250
 La Pensée 26
 La Revue des Deux Mondes 250
 La Table Ronde 250
 Le Figaro 166, 220
 Le Monde 43, 456
 Les Temps Modernes 50-51
 Libération 296
 Mots 250
 Panorama Mundial 73
 Paris-Match 220, 285
 Pensamiento Crítico 116
 Quotidien de Paris 220
 Testimonio Cristiano 43
 Wall Street Journal 330, 358
 Pétain, Philippe 258, 410, 451
 Picard, Raymond 27, 83, 202
 Picasso, Pablo 61, 313, 378, 386
 Pinochet, Augusto 167
 Piñeiro, Manuel 58, 67, 71, 73, 75,
 175
 Pizarro, Francisco 82
 Platón 92, 110, 223, 280, 317,
 419-420
 Plutarco 414
 Polevoi, Boris 124
 Pompidou, Georges 48, 241, 396
 Pottier, Eugène 159
 Praga 45, 55, 105, 116, 197, 466
 Presley, Elvis 49
 Prévost, Jean 22, 423
 Proust, Marcel 19, 158, 418, 431
 Puente Uceda, Luis de la 46

 Quinn, Anthony 91

- Rabat 363
 Racine, Jean 326
 Radek, Karl. S 83
 Reagan, Ronald 324, 361
 Reed, John 83
 Reiss, Ignace 85
 Renard, Jules 252
 Renaud, Madeleine 49
 Renoir, Jean 236
 Reunión, isla de la 114
 Ricardo Corazón de León 384
 Riffaud, Madeleine 406
 Rivera, Diego 84
 Robespierre, Maximilien de 97,
 148, 159, 295, 410
 Rodin, Auguste 61
 Rodinson, Maxime 46
 Rodríguez, Carlos Rafael 125
 Rolland, Romain 83-84
 Rolling Stones 49
 Roma 20, 34, 49, 62, 76, 89, 120,
 160, 183, 213, 360, 464
 Rosmer, Alfred 83
 Rousseau, Jean-Jacques 222, 392
 Rousselet, André 174
 Rousset, David 446
 Roy, Claude 83, 317
 Ruanda 95
 Rubin, Jerry 85

 Sagan, Françoise 250, 433
 Saigón 34, 466
 Saint-Just, Louis 96, 148, 171,
 247, 447-448
 Saint-Pierre, Bernardin de 70, 432
 Saint-Robert, Philippe de 161-162
 Salónica 27
 Sankara, Thomas 19, 62
 Santamaría, Haydée 129
 Santiago de Chile 89, 235
 Santiago de Cuba 70
 Santo Domingo 44, 67, 79-80, 392
 Santos, Marcelino de 46
 Sartre, Jean-Paul 39, 101, 160, 181,
 422-423
 Sautter, Christian 305

 Savimbi, Jonás 138
 Sánchez, Celia 123
 Schopenhauer, Arthur 149, 208
 Semprún, Jorge 21, 422, 440
 Serge, Victor 34, 41, 83-84, 91-92
 Serguera, Papito 50, 67, 178
 Serres, Michel 206, 330
 Séneca 223, 272, 464
 Shanghai 84, 95, 97
 Shaw, Bernard 420
 Shrimpton, Jean 49
 Sierra Maestra 60, 68, 70, 94, 98,
 115, 123, 138-139, 146-147, 149,
 177
 Singapur 114
 Solzhenitsin 30, 110
 Somalia 80
 Somoza, Anastasio 189, 388
 Sorge, Richard 41, 83, 91
 Soumialot, Gaston 46
 Spielberg, Steven 79
 Spinoza, Baruch 167, 244
 Staël, Nicolas de 49, 301
 Stalin 19, 25, 84-85, 91, 96, 115,
 119, 122, 136, 180, 197, 285,
 291-292, 409, 418
 Stalingrado 23, 78, 124
 Stasse, François 306
 Stendhal 208, 235, 260, 423
 Styron, William 216
 Suecia 102, 293, 295, 302
 Suiza 47, 177, 441, 445

 Taizé, Roger de 256
 Talleyrand, Charles 259, 348
 Tanzania 45-46, 86, 114, 138
 Tegucigalpa 331
 Teherán 80
 Teodorico 222
 Teodosio 99
 Thatcher, Margaret 19
 Thibaud, Paul 237
 Thorez, Maurice 35, 79, 180
 Tirana 26, 197
 Tocqueville, Charles Alexis Clérel
 de 27, 348, 363, 415

- Todd, Emmanuel 347
 Togliatti, Palmiro 83, 102
 Tolstói, Liev N. 143, 208
 Tomás de Aquino, santo 202, 242, 464
 Trotski, León 44, 84, 91, 96, 101, 136-137, 159, 240
 Tshombé, Moïse 46
 Tucídides 389, 414
 Turkestán 93
 Turner, Ted 160
 Túnez 363, 418
 Tzara, Tristan 84

 Ulbricht, Walter 72
 Unamuno, Miguel de 38
 Urbano II 388
 URSS 26, 38, 45-47, 104, 124, 138, 144, 181, 205, 220, 250, 284-285, 345, 347, 440

 Vaillant, Roger 317
 Valdés, Ramiro 86
 Valentino, Rodolfo 142
 Vallejo (médico personal de Fidel Castro) 67
 Vallès, Jules 96, 161, 380
 Varsovia 23, 181, 220, 353, 406
 Vartan, Sylvie 49
 Vauzelle, Michel 306
 Velázquez, Diego 386
 Venecia 114, 168, 371, 377

 Venezuela 33, 45-46, 50, 61, 74, 79, 90, 133, 182, 187
 Vernant, Jean-Pierre 21, 38, 423
 Verne, Julio 137, 214
 Védrine, Hubert 305, 361
 Vian, Boris 18
 Viansson-Ponté, Pierre 43
 Vidal-Nacquet, Pierre 46, 250
 Vietnam 29, 35, 44-45, 103, 105, 114, 138, 325
 Vigny, Alfred de 364
 Vô Nguyên Giap 46, 56, 64, 102, 144
 Volonté, Gian Maria 35
 Voltaire 84, 96, 115, 138, 223, 414

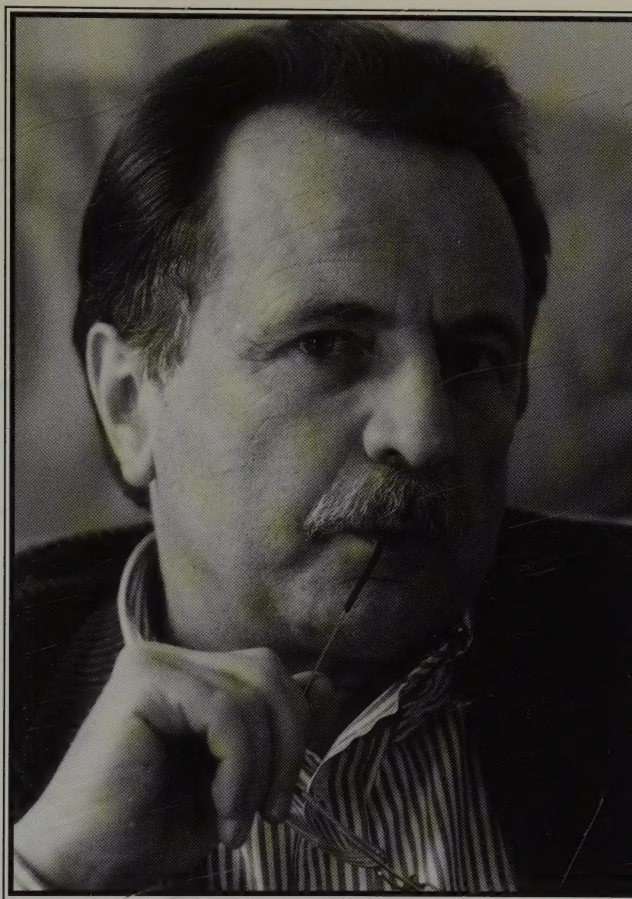
 Warhol, Andy 49
 Washington, George 126
 Wayne, John 127
 Weber, Max 178
 Weil, Simone 103, 315
 Wiesel, Elie 216
 Wolf, Marcus 72

 Yakovlev, Alexandr 194
 Yemen 80, 187
 Yugoslavia 457

 Zapata, Emiliano 34, 414
 Zavaleta, René 158
 Zola, Émile 169, 421
 Zurich 84

Índice

11	LIBRO I. Los comandantes
13	1. Trascenio
41	2. Alistamiento
107	3. La monarquía y el cruzado
155	3. La monarquía y el cruzado
209	LIBRO II. Los gobernantes
211	1. La investidura
229	2. Un señor
265	3. Consejos a las jóvenes generaciones
307	4. De la fidelidad
341	5. Servicio inútil
373	6. <i>Ite missa est</i>
399	Pequeño léxico militante
467	Índice onomástico y toponímico



“Respondí sí al telegrama de Fidel, que poco después, me envió a preparar la llegada del Che a Bolivia. Fue como antiguo compañero de Guevara como Salvador Allende me recibió a mi salida de la prisión en 1971. Fue como portador de un mensaje de Allende a Mitterrand como yo conocí a este último cerca de Pau, en 1972. Y fue como supuesto experto en el tercer mundo como el presidente electo me introdujo en el Eliseo, en 1981. Todo se encadena, ligado a un mínimo ademán.”

Y todo ello –y bastante más– lo cuenta Debray en esta obra de franqueza ejemplar.

En los años sesenta Fidel Castro arrancó a Régis Debray de la monótona tarea de pegar carteles revolucionarios en las calles de París y se lo llevó a Cuba, impresionado por su libro *Revolución en la revolución*. Ahí comenzó su trato con “nuestros señores”, concretamente, Fidel, el Che y, mucho más tarde, Mitterrand.

Régis arriesgó su vida, se salvó por milagro de ser fusilado con el Che y los suyos en Bolivia, y aguantó tres años de cárcel y la tortura hasta que la presión internacional consiguió que lo liberaran.

Años después François Mitterrand, habiendo ganado las elecciones, lo llevó consigo al Elíseo como consejero político. Debray no logró gran cosa en ese cargo en el que nadie lo escuchaba y muchos saboteaban sus iniciativas –suponiéndolo y tachándolo de ser el “exaltado izquierdista” de siempre. En 1986 Debray abandonó la asesoría presidencial y Mitte-

rrand lo nombró miembro del Consejo de Estado. Su evolución hacia posiciones menos ortodoxas de lo que el socialismo de Mitterrand pretendía lo llevaron a dimitir irrevocablemente en 1992.

Alabados sean nuestros señores narra esta insólita trayectoria ideológica y política con un estilo fastuoso en su forma, brillante en su contenido y de una aplastante sinceridad. Dijo Vargas Llosa de él que se trata de “un voluminoso ensayo [que] acabo de leer de un tirón y que recomiendo sobre todo a quienes, en estas últimas tres décadas, participaron de, o siguieron de cerca, las ilusiones, frustraciones, grandezas y miserias de la historia contemporánea.” Debray no se siente “continuador” de André Malraux, como se lo ha calificado repetidamente, pero como figura de gran escritor comprometido en la acción es, indudablemente, el Malraux de nuestra generación



9 788492 386932



PQC193284

5 7.00

del Taller de Mario Muchnik